



se

Rafael de Llano Beneyto

EL LLANTO DE LOS MONTES

Una novela sobre maquis, guardias civiles y la España en la que se enfrentaron a muerte

Lectulandia

Desde los montes Espadán y las fértiles estribaciones del Maestrazgo hasta las escarpadas y abruptas sierras turolenses de Gúdar y Javalambre, Mariano, Julián, «Poeta», «Magro» y un largo etcétera de maquis, algunos de ideología contrapuesta, se enfrentan a muerte contra un enemigo común: la Guardia Civil y sus temidas «contrapartidas». Dos jóvenes, producto del pueblo sufriente, tras profundas disyuntivas deciden un peligroso camino. Tras la fallida «invasión» por el valle de Arán, grupúsculos guerrilleros lograron entrar en España y contactar con algunos «huidos», iniciando una lucha armada contra el Régimen a la que se sumarían posteriormente otros infiltrados. Engañados por sus dirigentes con promesas de apoyo internacional y sublevación del pueblo, sufrieron una dura represión que se convirtió en abierta lucha a muerte. La Guardia Civil creó las llamadas «contrapartidas» que recorrían el monte fingiendo ser guerrilleros descubriendo enlaces, puntos de apoyo y suministros. Fueron sin duda los habitantes de las masías y caseríos aislados, los que sufrieron la verdadera tragedia ignorada por la inmensa mayoría del pueblo español. Situados entre dos fuegos, sin poder confiar en ninguno que los protegiese del contrario, prácticamente ignorados por la España urbana, dada las penurias y censura del momento, casi todos carentes de ideología política, la mayoría forzados a actuar en uno u otro sentido, conocieron directamente «el llanto de los montes».

Lectulandia

Rafael de Llano Beneyto

El llanto de los montes

ePub r1.0

Titivillus 13.02.18

Título original: *El llanto de los montes*
Rafael de Llano Beneyto, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ADVERTENCIA.

Los personajes de la novela son de ficción, aunque todos los hechos que se narran han sucedido en la España del maquis.

Los datos históricos se basan en recuerdos personales, documentación, bibliografía citada y, particularmente, en los testimonios mencionados en los *Agradecimientos*.

Se agrega al final una relación de los maquis históricos que se nombran, excluyendo los mencionados en las citas.

AGRADECIMIENTOS.

A los capitanes de la Guardia Civil de Mora de Rubielos (Teruel) don Laureano Hernández y don Fernando Gómez que vivieron la lucha contra el maquis.

A don Antonio Blasco Ferrer, maestro de Gúdar y procurador en Cortes por Teruel que conoció personalmente a algunos maquis, antiguos alumnos suyos que le salvaron la vida recordando los tiempos de escuela. Igualmente a su esposa Delfina Blasco y a su hija Pilar.

A Bonifacio Álvarez que me relató con apasionada sinceridad su íntegra y valerosa historia vivida; en la contrapartida.

A Román Aranda Navarro, alcalde de Mora de Rubielos, testigo presencial de algunos hechos del maquis, cuya sinceridad me inspiró *El llanto de los montes*.

A Enrique Celdrán, coronel jurídico que convivió con el maqui desertor Isaías, Maquinista, que fue *asistente* de su padre comandante guardia civil de Teruel.

A Olegario Chapa Pomar, abogado valenciano propietario de una masía, entre Alcalá de la Selva y Gúdar (Teruel) sin cuyas detallistas referencias sobre las sierras turolenses, la personalidad de sus habitantes y el conocimiento de la actuación del maquis, no hubiera podido ahormar esta novela.

Al Dr. Villalaín Blanco, catedrático de Medicina Legal de la Universidad de Valencia con quien recopilé datos y entrevistas sobre el maquis.

A Amparo Pastor, erudita valenciana y cronista burjasotense, por sus precisas correcciones filológicas.

A Carmen Bádenas, Manuel Mallou, Carmen San Claudio, Esmeralda Zorita, Francisco Cano, Joaquín Blasco, José Alcalá, José Beneyto, Manuel Arnau, Manuel Giménez, María López, Adelita Hernández, Teresa Cercós y tantos otros que rellenaron los huecos necesarios para engarzar correctamente el relato.

RECUERDO HISTÓRICO.

Desde que se produce el golpe de Estado de 1936, y cuando las tropas rebeldes ocupan los primeros pueblos, gran parte de republicanos, partidarios afines y algunos núcleos de fuerzas leales al Gobierno se dispersan por las cercanías temerosos de represalias. Numerosos grupos de izquierdas en Asturias, Santander, Galicia, Zamora, León y Andalucía, huyen de los nacionales escondiéndose primero en sus propios domicilios y posteriormente en las sierras. Entre ellos se encuentran tanto votantes del Frente Popular, como sindicalistas y republicanos a los que se unirán con el tiempo numerosos desertores, evadidos de las cárceles, infelices sin culpa alguna, delincuentes comunes, aprovechados e incluso románticos bandoleros e idealistas, conformando una masa heterogénea de nula afinidad ideológica, que abrirá aún más el abismo entre vencedores y vencidos.

Esta amalgama de gentes constituyen los llamados *huidos*, a los que no puede considerárseles como verdaderos *maquis*, aunque representan los prolegómenos de la lucha armada contra el franquismo. Huérfanos de dirigentes, abandonados por los partidos, acosados por los vencedores, buscan desesperadamente escapar de las represalias intentando, en principio, subsistir, esquivar, huir, de donde derivan sus nombres. Las extremas dificultades con las que se topan les obliga en ocasiones a cometer actos de pillaje, rapiñas, robos y saqueos que acaso pudieran justificarse si no se hubiera llegado al bandidaje y al crimen.

El sentido familiar del medio rural no solamente entre consanguíneos sino entre vecinos o conocidos, hacen que las ayudas a estos huído sean consideradas obligadas y moralmente aceptables. Tampoco las gentes que les proporcionan protección pueden considerarse *maquis*, si bien les sirvieron de infraestructura precediéndoles en cinco a siete años.

Con la entrada de las tropas nacionales en Cataluña, se inicia uno de los episodios más tristes y amargos de la historia de España: la marcha hacia la vecina frontera de Francia de un enorme éxodo de hombres, mujeres, ancianos y niños, junto a restos del ejército republicano vencido. Gran parte de ellos serían destinados a campos de concentración custodiados por tropas coloniales, en especial senegaleses,

seleccionados según estado de salud, sexo y edad, y alimentados deficientemente. Otra masa de españoles sería enviada hacia el interior del país galo, distribuida en inhóspitas regiones y no muy bien acogida por los naturales del lugar.

Acuciado por el inminente conflicto bélico, París ofrece a estos desesperados tres posibilidades: el enrolamiento en Compañías de Trabajo para fortalecer sus fronteras, el alistamiento en la Legión Extranjera, o el regreso a la España de Franco. La pregonada Línea Maginot, fácilmente desbordada por la *Wehrmacht*, empleó en su construcción gran número de españoles que, no siendo considerados como soldados y no pudiendo acogerse como prisioneros de guerra, terminaron sus días en los campos de concentración nazis de Dachau y Mauthausen.

Tanto la hiperbolizada resistencia francesa como el pomposo ejército de liberación comandado por De Gaulle contaron también con muchos heroicos españoles que pronto fueron relegados al olvido por la Francia Libre. Parte de estos grupos, no pertenecientes al ejército regular, realizaban operaciones de sabotajes y paralización de fábricas en la retaguardia nazi. Por su actuación inesperada y su ocultación rápida en el monte entre arbustos y anfractuosidades del terreno se les acuñó con el vocablo *maquisard*, derivado del corso *macchia* y origen del español *maquis*.

La mayoría de los refugiados creía que luchar contra Hitler representaba luchar contra Franco, y que la derrota de los nazis conllevaría el inminente derrocamiento del dictador. Un apasionado ejército de entre ocho a doce mil hombres se concentra en la frontera francesa esperando la ansiada orden de invasión, dispuestos a liberar a España de la dictadura «fascista».

Muchos de aquellos exiliados iniciaron la lucha impregnados de ilusiones; otros alimentaron su odio con la venganza, el rencor y también con el crimen; siendo lo más triste de todo que la mayoría confiaron sus vidas a unos dirigentes que siempre se escondieron tras ellos.

El Partido Comunista (PC) designa al teniente coronel Vicente López Tovar para comandar la 204 División de Guerrilleros Españoles. El militar considera poca posibilidad de éxito dada la insuficiente cobertura logística, la gran dificultad de trasladar el equipamiento necesario y la información recibida de pequeñas patrullas de reconocimiento, muchas de ellas en confrontación directa con la Guardia Civil, somatenes, soldados e incluso campesinos. Sin embargo su espíritu castrense junto a su ideología comunista, le obligan a emprender la operación Reconquista aun sabiendo que el efecto sorpresa ha quedado descartado, que el PC del interior no es tan fuerte como pregonan y que la ayuda del campesinado es problemática.

No falta quien opina que la causa principal del empuje para cruzar la frontera fue motivada por el propio Gobierno francés, inquieto por la presencia de un numeroso grupo armado de exiliados españoles, muy difícil de controlar. Llegó incluso a extenderse, posiblemente de forma propagandística, que Francia, a través de sus servicios secretos, avisó a sus colegas españoles, de la supuesta invasión. La Historia

reconoce que Franco reforzó el Ejército de Tierra destinado en los Pirineos, si bien parece ser que apenas concluida la guerra civil, admitida la inminente conflagración mundial y ante el temor de una posible entrada de tropas alemanas en España, el Estado Mayor del Ejército de Tierra reorganizó los efectivos de montaña, destinando diversas unidades en las cabeceras de los valles pirenaicos.

Aunque se admite que la orden de invasión fue dada por Monzón, responsable en Madrid del PC, influido por Gabriel León Trilla, al que posteriormente eliminaron los propios comunistas, muchos historiadores anteponen el mandato a la Comisión de Trabajo de la Junta Suprema de la Unión Nacional Española (UNE) conformada, entre otros, por Pasionaria, Carrillo, Lister y Modesto. Fuera cual fuese el origen de la disposición, y una vez realizadas diversas infiltraciones de *distracción*, al amanecer del 19 de octubre de 1944, un número de maquis, alrededor de cinco mil, cruzan la frontera franco-española por el mencionado valle de Arán.

En principio la orden de operaciones establecía un cierto criterio castrense en la prelación de su actuación: Franco, la Falange y la Guardia Civil serían siempre los objetivos prioritarios. Al Ejército, constituido por soldados procedentes del *servicio obligatorio*, debería considerársele enemigo secundario, excepción hecha de los mandos de inevitable ideología franquista. Se ordena simpatizar con la población en espera de recibir su apoyo y evitar desmanes, considerar a los militares prisioneros de guerra y respetar, expresamente, a la Iglesia y a los sacerdotes.

Para frenar la invasión, Franco dispone del general Rafael García Valiño, jefe del Estado Mayor Central del Ejército, eximio militar de fuerte carácter, quien designa como principales responsables a los generales José Moscardó, capitán general de Barcelona, Juan Yagüe, de Burgos, y José Monasterio, de Zaragoza. Parece ser que aunque los servicios de información sabían la pretensión del maquis de entrar por los Pirineos, ni conocían la orden de operaciones, ni esperaban tan elevado número de guerrilleros. Esto confirma las apresuradas últimas medidas adoptadas y ciertas dificultades defensivas que, por supuesto, no alcanzaron gravedad.

López Tovar sigue dudando del éxito de la operación. Su negación a entrar en Viella ante el riesgo de enfrentarse a un ejército regular, y la problemática sublevación de la población, le hacen establecer, al mismo tiempo que avanza, un «pasillo de retirada» que, de por sí, da idea de su intención.

La mayoría de los guerrilleros que atraviesan la frontera son antiguos soldados de las fuerzas republicanas, de edades dispares, procedencia distinta y generalmente de escasa cultura. Predominan los jornaleros y campesinos y junto a una mayoría analfabeta se entremezclan titulados de grado medio y algunos universitarios. Aragón, Andalucía y Cataluña son las regiones que prevalecen numéricamente entre los componentes, y aunque la gran mayoría representaban opositores políticos al Régimen de Franco, también se alinean bandoleros, oportunistas, rencorosos y malhechores. Más tarde, cuando se entremezclaron con los huidos y agregados del interior, la disparidad de criterios alcanzó el grado máximo.

Los combates se realizaron encarnizadamente en los principales valles del Pirineo Central: el de Arán, Roncal y Broto, acabando por detenerse la invasión y ocasionándose múltiples bajas cuyo número, difícil de valorar, puede estimarse por el lado de los invasores rebasando ligeramente el millar, y por el de las fuerzas represoras cercano a las trescientas.

Numerología aparte, lo cierto fue que la pretendida invasión resultó un fracaso que obligó a la rápida retirada del contingente atacante. La decisión, a todas luces acertada, dada la más que probable masacre, es objeto de varias interpretaciones. Mientras que unos defienden que la orden la realizó López Tovar, otros sostienen que fue Santiago Carrillo quien propuso el retroceso. Apenas diez días de comenzada la operación, la 204 División del maquis emprende la retirada escalonada, replegándose hacia la frontera francesa donde tuvieron lugar algunas incidencias con la Gendarmería. El Gobierno francés, ya claramente inclinado hacia el Régimen franquista, veía con lógica preocupación, la existencia de un numeroso grupo de guerrilleros armados en su frontera e intenta controlarlos. Trata de dificultarles la acampada ordenándoles presentar estadillos donde constase el número de hombres, material, armamento y situaciones del vivaque. Posteriormente, Francia aprieta más el control e intenta obligarles a entregar las armas, cosa que no consigue plenamente dado que los españoles las guardan en zulos preparados al efecto.

En la efeméride de *La Gaceta* del domingo 28 de octubre de 2010, Jesús Cervera recuerda:

Un desastre (la invasión) que sirve a Santiago Carrillo para deshacerse de quienes autónomamente han reconstruido el PCE en Francia durante los años de la ocupación nazi. Carrillo envía a varios de ellos a la lucha clandestina en España, muchos acaban ejecutados en pocos meses. Uno es José Vitini Flores que organiza un grupo guerrillero urbano en Madrid, los Cazadores de la ciudad, para desestabilizar el régimen franquista con atentados.

En febrero de 1945 hacen estallar varias bombas, asaltan comercios y bancos. La acción más osada sucede la noche del 25 de febrero de 1945. Del grupo de Vitini, José Carmona, alias Fantasma; Luis del Álamo García y Tomás Jiménez Pérez se reúnen en la glorieta de Cuatro Caminos, caminan hasta la calle de Ávila, donde un cuarto, Dalmacio Esteban González, entrega un arma a Luis. Se les unen Félix Plaza, el Francés, y Domingo Martínez Malmierca. En esa calle está la subdelegación de FET y de las JONS del distrito de Cuatro Caminos. Luis y Domingo vigilan desde fuera, José, Félix y Tomás entran y encuentran al secretario de la delegación, Martín Mora y al conserje David Lara. Les quitan la documentación, registran el edificio y los asesinan en el pasillo. La huida es fácil: la zona tiene muchos descampados y abundante población obrera dispuesta a protegerles.

El régimen utiliza este atentado para lanzar una campaña contra el comunismo que empieza con una gran manifestación al día siguiente. Y el edificio de la calle de Ávila se convierte en lugar de peregrinaje de falangistas que homenajean a los dos asesinados. El régimen airea los horrores del comunismo e incrementa su represión contra los opositores. En poco más de un mes son detenidos los autores materiales del atentado y muchos de los integrantes de los Cazadores de ciudad. Ocho serán fusilados, entre ellos Vitini y cuatro de los asaltantes, y el resto condenados a largas penas.

Sobre el anterior suceso, un medio de comunicación de la época se expresaba de la siguiente forma:

Frente a los enemigos de España, el pueblo español está alerta y en pie.

El alevoso asesinato de dos falangistas madrileños ha dado lugar a una de las manifestaciones populares más profundas y entusiastas que se recuerdan. Hace una semana, las balas comunistas abatían a dos militantes de un Movimiento que tanta sangre supo derramar ya por España. Unas horas después de la artera agresión, trescientas mil personas proclamaban en las calles de Madrid su adhesión entusiasta a Franco y su decisión de permanecer unidos a cualesquiera circunstancias históricas: he aquí la reacción.

Una inmensa muchedumbre, enardecida, acompañó a los restos de los dos caídos. Los ministros, las jerarquías políticas y militares y el pueblo, en suma, a través de todas sus categorías, se hallaban representados en la magna demostración, que ocupaba el espacio comprendido entre la calle de Génova, el paseo de Recoletos y la calle de Alcalá hasta la plaza de la Independencia. Más importante aún que el número de los asistentes fue la espontaneidad de la manifestación. Nadie había citado a los comerciantes, a los empleados, a los oficiales y a los obreros que acudieron; estaban allí por propia voluntad, para significar su dolor y su protesta; para dar a entender que todavía permanecen vivas en su memoria las aterradoras imágenes de la revolución marxista. No en vano esmaltan cien mil cruces la solemnidad de los cementerios madrileños. ¡Son demasiados los hogares que conocieron el duro y sangriento rastro de las checas, de los comités y de los pelotones de ejecución! El comunismo con su orgía inenarrable de crímenes, asoló una vez ya muchas tierras amadas de la patria.

Por eso, en el fervoroso clamor de las muchedumbres, cualquier observador podía advertir una profunda decisión. Jamás tolerará España la vuelta al sueño trágico de la dominación roja. Día a día cobra todo su valor la epopeya nacional. El Caudillo Franco, Capitán victorioso en las batallas, tiene la máxima y entusiasta confianza del pueblo [...].

Los dos patriotas asesinados constituirán por siempre un símbolo. Serán los primeros y los últimos. Las pistolas comunistas que troncharon estas dos vidas han conseguido efectos muy distintos de los que se pretendían. Sus estampidos resonaron como llamamientos en la conciencia colectiva del pueblo español, del que fueron una muestra los trescientos mil madrileños. Frente a los cuerpos acribillados, el país entero se agrupa junto al Caudillo y reafirma su tesón y su ímpetu^[1].

El temor a nuevos desórdenes que condujeran a otra contienda fratricida, provocó en el Gobierno de Franco una regularización de las normativas de la represión política ya iniciada en los primeros años de la posguerra. Las principales leyes encaminadas a restringir ideologías contrarias al Régimen y establecer el orden dictatorial quedaron representadas en:

- Ley de Responsabilidades Políticas de 09/02/39 por la que se declaraban ilegales todos los partidos que constituyeron el Frente Popular.
- Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo de 01/03/40, completada con la Ley de Seguridad del Estado de 29/03/41.
- Ley de Bandidaje y Terrorismo de 18/04/47, en cuyo artículo 5.º, refiriéndose explícitamente al maquis, dispone:

Los que apartándose ostensiblemente de la convivencia social, o viviendo subrepticamente en los núcleos urbanos, formaren partidas o grupos de gente armada para dedicarse al merodeo, al bandidaje o la subversión serán castigados:

1. Con la pena de muerte:
 - 1.1. El jefe de la partida en todo caso.
 - 1.2. Los componentes de la partida que hubieren colaborado de cualquier manera a la comisión de alguno de los delitos castigados con esta ley con pena de muerte.

4. Con la de reclusión mayor a muerte los que hubiesen tomado parte en la comisión de cualquiera de los delitos comprendidos en esta ley.
5. Con la pena de reclusión mayor los demás no incluidos en los números anteriores.

El Régimen afronta la repercusión que pudieran tener estas legislaciones en el medio internacional. Juan de la Cosa, seudónimo del almirante Luis Carrero Blanco, escribe en *Comentarios de un español* la acusadora y disparatada noticia de que el Gobierno *quisling* polaco pretende denunciar en la ONU la fabricación de bombas atómicas en España, concretamente en Portugalete, y propaga:

En el verano pasado se organizaron y armaron en territorio de Francia varios miles de rojos españoles que, con algunos franceses y otros extranjeros, se fueron infiltrando por la frontera del Pirineo para alterar el orden en el interior de España, lo que obligó al Gobierno español, a tomar las elementales medidas de seguridad de vigilar la frontera. Las infiltraciones de rojos no han cesado, y en mayor o menor proporción, nuestros vecinos no han dejado de hacer todo lo posible por perturbarnos el orden público y la seguridad interior de España...

Francia cerró su frontera y dio asilo y trato de favor a la cuadrilla de Giral. Ahora sabemos que en el sur de Francia se organizan nuevas partidas de rojos españoles y que los que había de éstos en el Marruecos francés van siendo enviados a la metrópoli, pagando los viajes no sabemos quien, para engrosar estas partidas, a las que fríamente se piensa enviar al matadero, pues, como es natural, a las partidas armadas hay que reducir las por las armas^[2].

La historia confirma que un reducido número de maquis, cercanos al medio centenar, habían logrado introducirse en territorio español tratando de contactar con los grupos de huidos, enlaces, puntos de apoyo y células del PC, acantonándose principalmente en Asturias, Santander, Guadarrama, Extremadura, Sierra Morena, Bajo Aragón, maestrazgo y Levante. Nuevas infiltraciones de grupúsculos de más fácil escaqueo, junto con masivas incorporaciones de represaliados o desarraigados vinieron a constituir las principales Agrupaciones Guerrilleras que actuaron en España hasta mediados de los años cincuenta: Asturias-Santander, Galicia-León, Extremadura, Centro, Andalucía y Levante.

Otros grupos, actuarían por su cuenta en solitario, por parejas, amistad o lazos de familia. Muchos de éstos, de ideario desconocido, se consideraban independientes, no obedecían a disciplina alguna y no encajaban en la denominación de guerrilleros, por lo que se les tenía por malhechores, o en el mejor de los casos aprovechados de las circunstancias. En ocasiones estas camarillas aisladas llegaron a colaborar, por razones de mutua conveniencia, con los verdaderos maquis, pero lo cierto es que eran despreciados por éstos, sobradamente conscientes de que no favorecían su aceptación por el campesinado.

Las pequeñas oleadas de individuos que se introducen en España a través de las fronteras con Francia, Portugal, Marruecos y Argelia van configurando las denominadas *partidas*, gente armada compuesta por material humano algo distinto del de la primitiva invasión. La mayoría están formadas por hombres jóvenes, con

una media de 25 años, donde abundan los jornaleros, labradores y mineros. También se encuentran titulados medios, sobre todo maestros, algún universitario, y procedentes de baja escala social como pastores y albañiles.

Sus zonas de asentamiento, escribe Aguado Sánchez en *El maquis en España*, se caracterizan por: «Poseer una idiosincrasia totalmente rural; poca densidad de población; escasez de comunicaciones; abundancia de caseríos y casas aisladas, apartadas de carreteras y caminos, donde podían encontrar colaboradores y puntos de apoyo; escasa o nula importancia económica y menos aún, estratégica y por último, estar ubicadas sobre varios sistemas montañosos, o en sus estribaciones, con vías de penetración hacia ambas vertientes».

La elección de estos lugares tuvo para el maquis sus pro y sus contra. Les favorecía efectivamente la ocultación, acción y repliegue, así como el abastecimiento de provisiones, mucha movilidad y posibilidades de supervivencia, pero tenían en contra la carencia de objetivos verdaderamente rentables para la actividad guerrillera, a lo que se sumaba la férrea censura de la prensa oficial que logró silenciar la práctica totalidad de sus acciones.

Las actividades de las partidas, sus maneras de actuación, su tipo de ofensiva y repliegue, su mayor o menor espectacularidad y tipo de objetivos estratégicos, distaban mucho de estar unificados. Desde el mismo asesinato político, de represión o venganza, hasta la simple propaganda, pasando por los secuestros, voladuras, atracos, suministro y atentados, estaban sujetos a variaciones ideológicas e incluso a diferencias regionales.

En Aragón tras el fracaso de la invasión, quedaron algunos elementos dispersos que, aunque realizaron actividades subversivas, no alcanzaron gran organización hasta que se unieron con el núcleo más importante de la lucha antifranquista en el monte, la Agrupación Guerrillera de Levante.

Cataluña, tanto por su localización geográfica cercana a la frontera, como por la idiosincrasia de sus pobladores no llegó a constituir una verdadera guerrilla, ya que interesaba dejar libre el tránsito de elementos hacia Centro, Levante y Sur de España, sin provocar la acumulación de fuerzas represoras. La comarca contempló el paso de los maquis, tanto al iniciar su entrada en España por el valle de Arán, como viéndolos cruzar en sentido inverso cuando terminaron las guerrillas. A diferencia de otras regiones, la acción más importante de los guerrilleros en Cataluña tuvo lugar en zonas urbanas. Francisco Sabaté Llopart, alias Quico, anarquista que combatió a las órdenes de Durruti durante la guerra civil, terrorista de dudosa ideología fue hecho prisionero por los mismos partisanos de la Resistencia francesa a la que decía ayudar. Cobijado en la frontera franco-española, que cruzaba con frecuencia escondiéndose de sus perseguidores, representó junto a José Luis Facerías ejemplos clásicos de bandolerismo libertario. Uno y otro realizaron juntos acciones violentas que acabaron con muerte de sus oponentes, pero pronto discreparon ideológicamente y separaron sus actividades. Francisco Sabaté organizó los llamados Grupos Anarco-Sindicalistas,

totalmente al margen de la CNT y del Movimiento Libertario.

A la zona Centro se le prestó, en principio, una importancia especial como núcleo de irradiación de órdenes y consigna a las demás agrupaciones. La existencia de guerrilleros tales como Cristino García Granda y José Vitini Flores, fusilados por las fuerzas del orden con motivo de los asesinatos de Cuatro Caminos y atracos a varios bancos; la presencia del ínclito Severo Eubel de la Paz que logró, tras ímprobos vicisitudes quedar libre de la pena de muerte, y el aniquilamiento por la Guardia Civil y Policía Armada en la misma capital de España de Cecilio Martín Borjas, jefe de la 5.^a Agrupación del Centro, provocaron la pronta destrucción de las partidas, algunos de cuyos restos pasaron a replegarse a zonas vecinas.

En 1944 en una reunión del PC en la Sierra de Gredos se constituyeron las agrupaciones de Extremadura, Centro y Córdoba de resultado guerrillero variable a las que se había concedido extraordinaria importancia dada su relativamente fácil conexión entre Madrid-Lisboa, cara a la propaganda, y las zonas del sur.

Asturias ha mostrado históricamente una clara tendencia a la actuación política, de la que basta recordar el grave incidente socialista obrero de octubre de 1934, catalogado por muchos autores como el principio de la guerra civil. Los numerosos huidos refugiados en sus montes sirvieron, posteriormente para ensamblar con los maquis procedentes de Francia, necesitando la actuación de las fuerzas del Ejército para batirlos. Durante bastante tiempo perduraron grupos aislados refugiados en la bravía orografía astur-leonesa que recibían aprovisionamiento y propaganda a través de los pasos clandestinos y las embarcaciones que tocaban la costa.

La región santanderiense, a pesar de su accidentado terreno, no se distinguió con la gravedad que cabía esperar en cuanto a organización unificada de grupos con mando y disciplina. Existieron, por supuesto, actividades guerrilleras por individuos aislados de ideología comunista.

La idiosincrasia gallega, con tendencia al misterio y clandestinidad, políticamente plagada de huidos al considerarse zona *nacional* desde el principio de la guerra, junto con la carencia de fuertes núcleos de población con pequeñas y aisladas *parroquias*, favoreció la acción guerrillera e hizo muy difícil, dada la desconfianza del paisano, la actuación de las fuerzas represoras. La psicología del pueblo gallego favoreció un peculiar entendimiento entre el campesinado y los maquis, llegando a exigirles, antes de colaborar, el castigo de mandatarios o caciques opresores.

En *El maquis en España*^[3], Tomás Cossías, único escritor del Régimen que rompe el silencio tácitamente impuesto sobre el tema entre 1939 y 1969, escribe:

El comunismo que empezó a tomar fuerza en España a raíz del establecimiento de la República, no llegó a establecer raíces demasiado profundas en el agro andaluz, aunque en las capitales, Sevilla y Málaga, sobre todo, encajara en la propia CNT y en los partidos revolucionarios de ese mismo carácter [...]. Mientras el anarquismo tiene fuerte solera en la historia andaluza, las doctrinas colectivistas tardan en encontrar en las zonas rurales respuesta y simpatía [...]. Cuando los comunistas de fuera de España enviaron mandos o dirigentes encargados de organizar la agitación guerrillera comunista en Andalucía, pronto echaron de ver ese fondo irreductible de lo andaluz y, más de una vez, los jefes comunistas tuvieron que hacer uso de

gravísimas represalias, practicando el fusilamiento y el asesinato entre los mismos componentes de su partida para imponer la disciplina... Las partidas y grupos sueltos que quedaron después de la guerra española (huidos) propendían, por un tropismo o nostalgia profunda y natural, a tomar las formas arquetípicas del bandolerismo andaluz. Integradas por elementos de diversas tendencias izquierdistas, pronto presentaron los rasgos, a la vez crueles y sentimentales, del bandolero tradicional.

Aunque la cacareada Agrupación de Guerrilleros de Andalucía pertenecía más que a la realidad a la capacidad retórica comunista, excepción hecha de la región cordobesa incluida en la Agrupación de Extremadura, existieron jefes de probada osadía y execrable actuación.

Hacia 1949 aparece en el sur de la península, probablemente venido del norte de África, un hombre inteligente, astuto y de fuerte personalidad conocido por *Roberto*, capaz de aglutinar a los distintos grupos de la zona, de carácter enérgico y sobrio, acaparador de opiniones muy diversas y hasta contrarias, podría haber hecho cumplir las consignas emanadas del PC, pero su muerte en enfrentamiento con la Guardia Civil tiró por los suelos la esperanza comunista de la unión de guerrilleros andaluces.

Fue sin duda la Agrupación Guerrillera de Levante (AGL), a la que posteriormente se agregó Aragón (AGLA), la mejor organizada, disciplinada, efectiva y equipada de todas las existentes. Dirigida y apoyada directamente por el PC, se organiza definitivamente en las Cuevas del Regajo, nombre inventado posiblemente para despistar su situación, de Camarena de la Sierra (Teruel). Al mando de Delicado, natural de Teruel, aunque venido a España procedente del *maquisard* francés, atraviesa la provincia de Zaragoza, y tras varios encuentros con las fuerzas represoras se incrusta en el maestrazgo, tomando asiento en la sierra de Javalambre. Su actuación abarca las provincias de Tarragona, Castellón, Teruel, Valencia y Cuenca, creando un serio problema para las fuerzas del Régimen hasta su declive y extirpación a cargo del general de la Guardia Civil Manuel Pizarro Cenjor.

La propia Guardia Civil reconoce haberse sentido desbordada en los primeros momentos; el maquis experimenta un auge sorprendente dado el apoyo de las bases de suministro de material, propaganda, armamento y hombres por el Partido Comunista Internacional, principalmente desde Francia. La ayuda militar consistió en el envío de mandos y preparación de los mismos, así como en el adiestramiento guerrillero en acciones terroristas y de sabotaje. El apoyo económico, según las mismas fuentes, se centró en el suministro de dinero, armas y municiones, y la acción propagandística se llevó a cabo mediante el envío de multicopistas, material impreso, y difusión radiofónica a través de emisoras instaladas en el extranjero^[4].

Camilo Alonso Vega, el 29 de mayo de 1955 en su discurso de despedida como director general del Instituto Armado definió al maquis como responsable de ocasionar un problema en España de gran trascendencia que «perturbaba las comunicaciones, desmoralizaba a las gentes, destrozaba nuestra economía, quebrantaba nuestra autoridad y nos desacreditaba en el exterior».

Los primeros objetivos a alcanzar por la guerrilla fueron proveerse de puntos de

apoyo, enlaces y simpatizantes que pudieran conformar los imprescindibles *maquis del llano*. Estos guerrilleros, sin duda más indefensos que los del monte, representaron los ojos y los oídos de los hombres de la sierra; sus informes, tanto sobre las fuerzas represoras como de objetivos estratégicos o económicos resultan imprescindibles. Especial interés alcanza la información detallada sobre los puestos de la Guardia Civil, armamento, componentes, dotación, patrullaje y lugares de apostaderos, así como la localización de grupos de somatenes o de falangistas que pudieran realizar acciones represivas. Cuando estos colaboradores eran descubiertos, las confesiones obtenidas, ya fueran ante presión, tortura, amenaza o meramente interés personal, las partidas a las que servían terminaban siendo abatidas.

Al margen de la idiosincrasia rural y del afecto comunitario, gran número de colaboradores, según datos oficiales de la Guardia Civil alrededor de 20 000, sirvieron de puntos de apoyo, enlaces, correos, delatores, y hasta hubo quien consiguió su enriquecimiento a costa de la lucha antifranquista. El perfil de estos maquis del llano, lejos de resultar uniforme ofrecía una notable disparidad. Los mejores informadores fueron los pastores y los habitantes de las masías, en su mayoría cooperadores obligados por la situación. Una figura de no muy clara explicación fue la de los guardas forestales, alineados por igual en ambos bandos, valiosísimos asistentes tanto para el maquis como para el Instituto Armado.

La infiltración por el Alto Aragón consiguió cierta efectividad a pesar de la existencia de algunas tropas moras del general Monasterio, pero pronto se convencieron del error en creer que serían recibidos triunfalmente por los paisanos de la sierra, casi todos indiferentes a cualquier ideario político.

La incursión por las fronteras guipuzcoana y gerundense, realizada casi exclusivamente por personal oriundo, provocó un enquistamiento de guerrilleros que, guarecidos en sus propias casas o merodeando los terrenos colindantes, esperaban un ilusorio cambio de régimen. Los pasos fronterizos de mayor facilidad servirían para el trasiego de maquis hacia Galicia, Asturias y Santander, y no faltan individuos que esconden sus armas en sitios seguros para aminorar responsabilidades o acaso en espera de mejor ocasión.

Relatos fidedignos refieren el enfrentamiento de seis maquis con un destacamento de soldados en el que mueren dos de los militares. Esa misma partida, a la que se agregan tres hombres, tropieza con un grupo de cazadores, encontrando en dos de ellos documentación falangista y abatiendo al más joven. El otro salva la vida gracias a que uno de los guerrilleros conocía a su familia.

Las sierras de Gúdar y Javalambre son las que primero cobijan a los que han conseguido infiltrarse. En una masía del término de Mora de Rubielos (Teruel) un pequeño grupo de maquis exigen cobijo y comida a la mujer que encuentran en la entrada. Ésta lanza unos gritos alertando al masovero que irrumpe con una escopeta de caza. No le dan opción y lo acribillan allí mismo ante los aterrorizados ojos de la esposa^[5]. Luego, encierran a la mujer en la cuadra, echan el cadáver en la porcaterra,

se preparan la cena, descansan un rato y, de madrugada, siguen su marcha. Días después la Guardia Civil realizó una redada de posibles enlaces y confidentes, uno de los cuales, según se cuenta en Manzanera (Teruel), se aterrorizó de tal forma que, antes de que lo detuvieran, se ahorcó en su casa.

Las partidas adentradas en parajes ásperos, abruptos, entre rocas, cuevas y matorrales, se topan con labradores, pastores, resineros, madereros que, si bien no los denuncian, tampoco se prestan a compartir objetivos ideológicos. Les ayudan, sí, pero desean quitárselos pronto de encima, no en vano esta primera oleada representa un maqui politizado, en gran parte comunista y militarmente adiestrado, razones que no encajan, tras el doloroso recuerdo de la guerra, en la conciencia del campesinado. Posteriormente, guerrilleros más jóvenes, acaso más valerosos y aventureros, muchos de ellos emparentados con los primeros o incluso procedentes de los penales y huidos de las cárceles, junto con los que sufrieron en sus carnes o familias la represión del Régimen, nutrieron las guerrillas antifranquistas que se asentaron en la sierra.

La España de la postguerra, un pueblo depauperado, extenuado por los sufrimientos de una contienda fratricida no está dispuesta a soportar otro cainismo, sean cuales fueran las razones que lo intenten justificar. Pero el país ni puede, ni le dejan, permanecer al margen del terrible conflicto bélico que asola al mundo entero.

Esa España *Una, Grande y Libre* es la misma tierra que proclamó la Monarquía, se avino a la República, formó el Frente Popular, creó la Falange, luchó entre dos bandos, distinguió vencidos y vencedores, y soportó miedos, padecimientos, torturas, venganzas, odios, barbarie, sufrimiento y muertes inútiles.

La historia sigue su curso: Conchita Piquer, Doña Concha, canta en Madrid en el Teatro Calderón *Tatuaje*; Hitler y Franco mantienen una conversación en Hendaya en la que el Caudillo evita su participación en la guerra; el bombardeo de Pearl Harbor hace declarar a Roosevelt la guerra a Japón; Antonio Bienvenida toma su alternativa en la plaza de Las Ventas madrileña; Rommel es derrotado por Montgomery en El Alamein; se estrena con inusitado éxito la película de Sáenz de Heredia *El escándalo*; Adolfo Hitler se suicida; finaliza la Segunda Guerra Mundial; se implanta en Francia el bikini, bañador prohibido en España; se establece el Plan Marsall; se crea el Estado de Israel; crece la afición taurina con el taquillero enfrentamiento de los novilleros Julio Aparicio y Miguel Báez *Litri*; la ONU anula la repulsa diplomática impuesta a España; Franco concede el cuarto indulto a más de 10 000 presos, incluidos los de motivación política; y cientos y cientos de sucesos más envuelven en silencio la España del maquis.

1. Agrupación guerrillera.

Las partidas.

Una de las partidas que habían atravesado la frontera formada por tres hombres: Julián, Chato y Antequera junto a dos más enrolados de un pueblo del Alto Aragón sirviéndoles de guías, cruzan la sierra de Gúdar con ánimo de alcanzar el maestrazgo castellonense y contactar con los grupos de resistencia. Los tres provenientes del «maquisard» francés, tenían muy poco en común con los agregados, mucho menos idealistas y más dados a profesionalizar económicamente sus conocimientos. Un sendero que faldea la montaña atraviesa carrascas, pinos, enebros y sabinas entre un terreno montaraz, surcado de grietas, hendiduras y rocas. No es la muralla pirenaica, pero la pequeña senda desciende el barranco de erectos paredones decorados de verde, grises, marrones y amarillos, cubriendo ahuecados abrigos donde cobijarse y reponer fuerzas. En una de estas cavidades les esperan dos guerrilleros, Ramiro y Cortazar, también provenientes de Francia, a los que había llevado un tal Fermín, labriego del lugar.

Todos los hombres no caben en la cueva, pero uno de los guías los conduce hacia una especie de cuneta que zigzaguea sobre la montaña, antigua trinchera del frente trolense de la guerra civil. Puede emplearse como cobertura, ya que está reforzada por losas plomizas, posee oportuna escurridera de aguas y se alivia con dos curvadas chimeneas colocadas estratégicamente como respiraderos. Los lugareños contemplan por primera vez lo que les dicen son latas de conservas y cajetillas de cigarrillos perfectamente liados que no precisan *hacérselos*. Unas hogazas traídas por los del país, tocino, y agresivo vino tinto, junto con raciones enlatadas satisface el encuentro e invita al descanso.

Algunos se tumban en el cobertizo, silenciosos, pensativos, todavía despiertos. Otros apuran los últimos cigarrillos de la coloreada cajetilla dibujada con dos arcos, simulando unas puertas parecidas a las que había en una postal de Madrid. Dos de los aldeanos salen de la zanja y contemplan la negrura de un cielo débilmente estrellado, cubriendo un monte lleno de penumbras que incitan a una sensación profunda de bienestar. Pero, desde hace tiempo, ninguno de ellos ha sido capaz de imaginar líricos cuadros de paz y concordia.

Poco a poco desaparecen las sombras dando paso a un oscuro lienzo carente de vida, como el futuro próximo que les espera. Uno de los jefes, Julián, sale también de la angosta cuneta e intenta entablar conversación con los dos campesinos. Hace tiempo que salió de España, huyó en el grueso de exiliados que partieron para Francia. Se enroló, durante la Segunda Guerra Mundial, con las tropas de la Francia Libre, en el escuadrón de carros del teniente Amado Granell, entrando en París con los primeros blindados que la liberaron. Quiere saber de España, de la realidad del pueblo, del apoyo al dictador y de su repulsa, de todas esas cosas que tan bien orquesta la propaganda comunista. Se considera libertario, anarquista, tan acérrimo antifranquista como anticomunista y acusa a estos últimos de gran parte de los desastres de la guerra civil. Reconoce, sin embargo que fue el PC quien organizó la operación Reconquista, así como quien les proporcionó el material de guerra necesario. Material que procedía de las fuerzas aliadas: piezas contra carro, alguna batería de montaña, metralletas *Thomson*, subfusil inglés *Stern*, del 9 largo, bombas de mano, fusiles máuser, pistolas *Astra* y *Luguer* y munición abundante aunque, a todas luces, insuficiente para aguantar el rechazo de un ejército convencional.

Para Julián el PC es un grupo internacional cuyo único objetivo es dominar y oprimir a las masas con sus principios. Y eso, no es mejor que lo que hace Franco, tiránico absolutista que habrá que eliminar, pero nunca para dar paso a otra dictadura, con seguridad mucho más terrible y cruel. Desde que salió de España soñó con volver a su pueblo, con recostarse sobre el barandal de piedra de la escalinata con descansillo que aboca a la puerta principal y única de la iglesia. No, él no creía en Dios, pero había un no se qué misterioso y dulce en el propecto portal adintelado que traspasaban los domingos las mozas cubiertas con sus pañuelos y algunas hasta con mantillas de sus abuelas. Estaba otra vez en España, pero todavía no había pisado la tierra de ese entorno acogedor y agreste, sensual y bravío que había representado su mundo. Habla con los dos paisanos, pregunta, pregunta tanto que hasta los hace desconfiar por lo que parece un interrogatorio. Ellos no entienden de política. Solo conocen a los mandamases del pueblo, unos aprovechados que viven a costa del humilde campesino. De politiquero, nada, de Franco saben que ganó la guerra porque tenía a los legionarios y a los moros de su parte. Ellos no son bandoleros, ni eso que dicen de maquis. Su única misión es servir de guía por los montes. Cuando lleguen a Mas Pomerale, donde dicen que hay un Estado Mayor del ejército del pueblo, aunque no ven ningún soldado, los dejarán y hasta la próxima. Las mil pesetas para repartir entre los dos, es un buen salario; sobre todo si se gana solamente cruzando la sierra en tres días. Julián pregunta por algunas personas pero ellos no las conocen, no son del pueblo y ni siquiera han oído hablar de ellas. Lo que sí pueden decirle es que los guardias han ocupado muchas casas, pajares, corrales y hasta algunas masías. Como en la mayoría de las aldeas no hay cuartel de la Guardia Civil, se alojan en casas particulares. Pagan la comida, y además la Comandancia da, a cada familia que los alberga, cincuenta pesetas mensuales. La mayoría de los vecinos están

encantados, pero tienen que disimularlo un poco porque se rumorea que los rojos van a volver a España. Inocentemente, o acaso con sagacidad, los aparentemente paletos hacen saber a Julián que no creen que la cuadrilla que conducen sean rojos, únicamente, aclaran, los consideran contrarios a los caciques, y con eso están muy de acuerdo. El maqui no aclara la duda, ni se la insisten. Tampoco lo engañan; él también pertenece al campesinado y posee la misma astucia, perspicacia y agudeza del aldeano. A lo lejos se escucha un sonido extraño, pronto conocido, que le hace sentir la emoción del recuerdo. Acaso el viento le trae imaginaciones nostálgicas, pero está seguro de oír *tocar a muerto*. Sí. Se escucha un tenue eco de campanas y para Julián siempre que oye ese tañido no puede evitar pensar que ha muerto alguien. Así ocurría en su pueblo aunque, los domingos, también tocaban a misa, pero eso no iba con él.

A la mañana siguiente los guías les apremian a seguir la marcha. Caminarán, contra toda costumbre, durante el día. No hay razón alguna para no hacerlo. Hasta aquellos parajes jamás han llegado los guardias. Otra cosa será cuando avisten Mas Pomerale. Allí habrá que permanecer apegado al terreno hasta que se haga la noche. Hay orden expresa de no deambular durante el día por los alrededores de la masía. La bajada entre pinos es abrupta y difícil, ruedan las piedras y resbalan peligrosamente las botas montañeras. Descansan en una reducida hoyada donde persisten vestigios de una antigua carbonera. Sombreado por acacias, a menos de diez pasos de la acampada, existe un diminuto embalse con escasa cantidad de agua pero que, según los guías, en época lluviosa, se deja entrever un pequeño manantial posiblemente resultante de las filtraciones de las nieves del cerro, que cubre de aguas el estanque.

Un poco más abajo, al pie de las riscosas laderas del pinar, aparecen los vetustos restos de un corral casi ocultado por espesos matorrales de zarzas y aliagas. En el pedregoso camino se adivina un sendero que culebrea haciendo posible la bajada hasta un rodal de arboleda extrañamente achaparrada, desde donde se abren, como brazos, dos imponentes barrancos que drenan el terreno. El grupo de hombres, en irregular hilera, cruza un cerro de sabinas, arbustos siempre verdes de tronco y ramas retorcidas y adornadas de hojas pequeñas. Han transcurrido varias horas desde que abandonaron las trincheras. Se detienen a comer junto a una cavidad de cuyo interior surge extrañamente agua del suelo al pie de unas rocas cubiertas de yedra. En uno de los ahuecados abrigos, un tronco colocado como abrevadero, advierte ya de la presencia del hombre, sin duda pastores que buscan calmar la sed para sí y para sus rebaños. Los payeses señalan a lo lejos y obligan a Ramiro a emplear los prismáticos. Sobre el ceniciento paisaje, aliviado por el verde de los enebros, pinos y sabinas, tapizando el suelo la chaparra, se adivinan los blancos muros de una casa. Fin de trayecto para los guías. Han cobrado su asignación y ya no son necesarios. Comen frugalmente, llenan de agua sus vasijas hechas de corteza de calabaza, y se despiden con pocas palabras. Emprenden la subida de la montaña, parecen reanudar el camino, pero todos saben que, apenas perdidos de vista, tomarán una ruta distinta a la que han

mostrado. La vida en el monte enseña a subsistir con astucia y, sobre todo, con desconfianza.

Julián autoproclamado jefe, acaso por su mayor militarización en los carros de combate que liberaron París, dispone que el Chato y Antequera se aproximen a la hacienda explorando el terreno pero sin dejarse ver. Tienen órdenes concretas. La masía es lugar seguro pero no es extraña a la vigilancia de los guardias ni al trasiego de alguna persona ajena. Allí les espera Mariano, el jefe de la Agrupación Guerrillera, con algunos de sus hombres, sin duda el exagerado Estado Mayor del que hablaban los paisanos. La masía Pomerale tiene su historia. Los dueños de la finca, pudientes terratenientes turolenses con briznas de valencianía, conservadores y católicos de toda la vida, la tenían arrendada *a medias* con Román, ínclito requeté alineado con las brigadas navarras fiel seguidor de la sacrosanta consigna de «Dios, Patria y Rey», cuyo comportamiento en el frente le valió, más que de sobra, para ser merecedor de la confianza de los hacendados. Su mujer, Felicita y su hija de 16 años, Rosina, constituían toda la familia directa del mediero que, por razones obvias, tuvo que contar con la ayuda de sus dos cuñados, Agustín y José, solterones vividores que habían consumido la escasa herencia que dejaron sus padres a los tres hermanos. La tuberculosis, jinete apocalíptico de la contienda civil, acabó con la vida de Román, quedando la masada en fraternas manos masculinas. Rara era la mujer de la época que se oponía a las decisiones de su marido y, mucho más extraña la que osara inmiscuirse en las de sus hermanos mayores, sobre todo cuando era viuda y ellos célibes. Madre e hija nunca fueron obstáculo para que Agustín y José mangonearan a su antojo la finca siempre que, justo es reconocerlo, cumpliesen sus obligaciones de arrendamiento. En cuanto al punto de apoyo que representaba para el maquis, nadie en el contorno podía sospecharlo, Rosina no sabía de qué iba la cosa, y Felicita consideraba un deber desconocer los tejemanejes de sus hermanos e incluso no juzgar las determinaciones varoniles. La masía, en cumplimiento con las leyes ancestrales que regían en la sierra, tenía a gala dar posada al peregrino, sobre todo cuando éste sabía agradecer el cobijo con óbolos sustanciosos y silencios remunerados.

El Chato y Antequera bajan la ladera protegiéndose tras los arbustos y pedrizas, orillando una pequeña plantación de almendros y un par de grandiosos sauces de ramas finas y colgantes. Extrañamente un trío de cuervos enluta con sus graznidos el cielo, dejándose caer cerca de un pequeño maizal. Uno de los maquis, mira hacia los córvidos y escupe tres veces, una por cada carnívoro de reflejos metálicos. Traen mala suerte, piensa, sobre todo si van en número impar. A la izquierda de la casona, por un pequeño paso entre dos alturas de poca importancia, camino natural del ganado trashumante, se acerca un jumento cargado, tirado por un paisano que los maquis suponen, acertadamente, se trata de uno de los hermanos de Felicita. El camino también es histórico. Durante el otoño la cañada se ve alterada por el paso esforzado de los rebaños de ovejas que se dirigen hacia el sur, dejando atrás estas montañas en búsqueda de los anchos valles de la meseta para sobrevivir en los

dilatados páramos de Castilla. Esa época es la más insegura para los guerrilleros. Algunos rabadanes, mayoresales y zagales, multitud para aquellos lugares, recorren dirigiendo sus cabañas desandando los caminos que transitan con el ardor de la primavera. Son gente montaraz, conocedor del terreno, sensibles al sonido de los árboles, el gorjeo de las aves y el leve roce de las abarcas. Más de una partida ha sido destrozada por el informe, sincero o agradecido, de los pastores. No es el momento ahora, pero cualquier precaución es poca. El mulero llega a la masía, conduce la acémila por delante de la fachada principal, sube un pequeño desnivel y llega a la era, abre un portalón y descarga la mercancía en uno de los pajares. Después regresa con la burra hacia la cuadra, la libera de los aperos, le acerca un cubo de agua recién sacada del abrevadero y entra en la casa.

Antequera se acerca a la masía. Deja el máuser tras unos esbeltos cardos junto a las dos bombas de mano que lleva en el cincho y se saca las perneras del pantalón de los leguis de las botas para disimularlas. Tras unas rocas medio cubiertas por lavanda y romero el Chato le cubre la descubierta en espera de que penetre en la casa. Un enjambre de abejas ronronea cercano mientras múltiples insectos, mariposas blancas, anaranjadas y amarillas sobrevuelan espinas, suaves verdines y reposan en las piedras. El maqui se distrae sin saber por qué, contemplando un cuadro de vida que apenas ha tenido tiempo para observarlo a pesar de convivir estrechamente con él. ¡Quién iba a decirle que unos simples artrópodos le retrotraerían a sus años infantiles! Recuerda aquella vez que, junto a otros niños, rodearon con un pequeño círculo de fuego a dos alacranes que se mataron entre sí, y cuando enjaulaban los nidos de los pájaros anunciando su propiedad y acercándolos, poco a poco, en pequeñas distancias hasta sus casas para que los padres alimentaran a sus crías sin perderlas de vista, y aquella vez que una serpiente se coló entre los barrotes de la jaula, y no pudo salir por tragarse al pajarillo y engordar exageradamente. De pronto, mirando sin ver, se percató de que su compañero y dos hombres más salían de la masía, parándose ante el corral. No había duda, todo estaba tranquilo, pero a pesar de ello no se dejó ver en su apostadero. Mientras Antequera se dirigía hacia el lugar de espera, los dos paisanos se metieron en casa. El Chato salió bruscamente de su ensoñación, pero no pasó directamente a la realidad. Antes, por esos raros mecanismos de la mente que tardan en desprenderse del hilván del recuerdo, imaginó los nauseabundos campos de refugiados franceses, los brutales senegaleses, la Legión Extranjera, el valle de Arán, el grupo de guerrilleros y finalmente aterrizó en la realidad.

Los dos maquis recorren el camino inverso para llegar hasta donde les esperan sus compañeros. Vuelven bien pertrechados. Les han dado una holgada bota de vino, pan, cecina y dos quesos ovejeros. Así les resultará más agradable la espera de la noche para bajar al Mas. Al mismo tiempo, escondidos entre unos carvajales, Julián, Ramiro, Cortazar y Fermín, a los que se han unido cuatro huidos y dos fugados de la cárcel, tratan de contrarrestar los esfuerzos de los servicios técnicos de Radio Nacional de España en interrumpir, sin conseguirlo plenamente, las ondas

provocativas de Radio Pirenaica:

El fin del tirano está próximo. Numerosas partidas de heroicos guerrilleros inundan el país apoyados por los campesinos y obreros hartos de humillación y sufrimiento. Algunas voces militares del propio ejército de Franco se disponen a librarse del criminal jefe del Estado. ¡Sufrido pueblo español! ¡Ayúdanos a liberarte de la tiranía!

La llegada de los rastreadores interrumpe la laboriosa acción de escuchar la emisora antifranquista. Todos son conscientes de que lo que más interesa en el momento es conocer la propia situación sobre el terreno. El camino está expedito, y los guardias pasaron el día anterior por la masía, no volverán a hacerlo hasta dentro de cuatro o cinco días, acaso una semana. Han hablado con Mariano, el nombrado por el Buró Político jefe de la Agrupación Guerrillera, destacado comunista especializado en *paseos* y quema de iglesias durante la guerra civil que, aunque jamás ha salido de España por permanecer escondido en cuevas y apriscos y mantenido por sus familiares, posee una buena hoja de servicios en el PC y, justo es mencionarlo, ha dado siempre pruebas de una inteligencia innata y dotes de mando. Le acompaña un tal Torrijeras, antiguo dirigente de Comisiones Obreras (CCOO), personaje segundón algo idealista, que se afilió al sindicato porque a su padre le dieron una paliza los falangistas madrileños por el simple hecho de cantar la *Internacional* con el puño en alto. Ahora se autoproclama pertenecer al Estado Mayor de Mariano.

Julián y Ramiro intercambian una mirada cómplice. Ellos son maquis, guerrilleros de verdad, de los que se han jugado la piel en el *maquisard*, antifranquistas convencidos que han cruzado la frontera para derrocar al fascismo y liberar al pueblo español de la dictadura falangista. Ninguno de los dos comulga con la ideología comunista que pretende una pregonada *dictadura del proletariado* auspiciada por el padrecito Stalin que se alió con los nazis y luego con las democracias según sus propias conveniencias. No. Los *marianos* no son de su agrado y a los *torrijeras* los consideran unos inútiles. Fue un error que la Agrupación de Guerrilleros Españoles, unidad integrada en las Fuerzas Francesas del Interior (FFI), fuera captada por el Partido Comunista en el momento de la invasión alemana en Francia. Error, en realidad, obligado por las circunstancias. Las FFI agruparon a todos los que luchaban contra los alemanes conformando cuatro secciones específicas: la francesa, lógicamente la más numerosa, seguida de la española, la italiana, y la alemana, alemanes enemigos de Hitler. Cabe señalar que los guerrilleros españoles ocupaban los departamentos del sur de Francia por lo que su acción quedaba facilitada por ser territorio no ocupado por los nazis, y encontrarse semiprotegidos por las autoridades del Gobierno de Petain.

Julián aconseja descansar, y mientras charlan, reponen fuerzas y fuman unos cigarrillos, requiere información detallada sobre la masía Pomerale. Está habitada, aparte de los dos maquis, por Agustín y José, hermanos de Felicita, y aunque ésta y Rosina no han sido vistas, les han asegurado que estaban en la casa. Los hombres son

de absoluta confianza, y en cuanto a las mujeres no hay que preocuparse de nada, resultan sordas y mudas para todo lo que deciden los varones. No cuentan como sospechosas. La historia del finado mediero, Román, su hoja de servicios en la que consta su adhesión a la cruzada y heroísmo, así como la ideología y religiosidad de los dueños de la hacienda, representan salvoconductos más que suficientes para las autoridades del Régimen. La masada resulta un punto de apoyo excelente para el mantenimiento de la guerrilla. Precisamente por eso, Julián insiste en que deben guardarse las máximas precauciones para no *quemar* el puesto. Esperarán pacientemente la llegada de la noche para recorrer la poca distancia que la separan del cobijo. Entre tanto los guerrilleros hablan de sus cosas, de sus familias, de los recuerdos de sus pueblos de origen y, como siempre que surgen estos temas, la añoranza del hogar y de sus seres queridos empieza a mermar sus ilusiones haciendo decaer su espíritu combativo.

Ramiro, consciente del peligro que la soledad del monte impregna de tristeza la otra soledad, mucho más agresiva, del espíritu, corta bruscamente el hilo que los une a sus atavismos y centra la atención en la necesidad de educar y formar al perfecto combatiente. Se encuentran cerca, les dice, de la más importante estructura socio-político-militar de la conspicua Agrupación Guerrillera de Levante donde, además de instrucción política, táctica, topográfica, manejo de armamento y explosivos, se enseña a quienes lo precisan, que son bastantes, a leer, escribir y nociones elementales de cultura general. La escuela, única en las guerrillas antifranquistas, está ubicada en los Montes Universales, entre los pueblos turolenses de Formón y El Cuervo, dirigida por uno de los más legendarios guerrilleros, Francisco Corredor Serrano, Pepito el Gafas, madrileño, estudiante de Ingenieros de Caminos y oficial del Estado Mayor durante la guerra civil. Ramiro, más estratega que político, siente cierta zozobra ante los seis nuevos guerrilleros agregados. Un total de doce hombres resulta excesivo sobre todo cuando se desconoce la valía de la mitad de ellos. No duda de que la experiencia de los huidos, sus puntos de apoyo y conocimientos del terreno, les resultara de gran utilidad, pero no sabe nada de su ideología, de sus motivaciones para escapar de los franquistas. Posiblemente sean meros representantes de la lucha por las libertades, pero también pueden ser simples delincuentes comunes, como seguramente lo son los escapados del penal. No debía aceptarse generosamente una nueva incorporación sin antes tener referencias ciertas del agregado, o cuanto menos tenerlo sujeto a observación, sin darle a conocer los planes, puntos de apoyo, ni enlaces, hasta poseer señal inequívoca de su lealtad. Algunas partidas exigían al recién llegado la realización de una ejecución, venganza o simple asesinato antes de ser admitido en la misma. La AGL había editado en ciclostil un folleto para escribir el historial completo del guerrillero, desde la niñez hasta el ingreso en la Agrupación. Había que hacer constar, entre otras cosas: las actividades escolares, medio social, si en la familia se compartía religiosidad, filiación política, etc., hasta los catorce años. A partir de entonces, debía especificarse si tenía o no estudios, su ingreso en

sindicatos, influencias ideológicas, y sobre todo, las actividades realizadas durante y después de la guerra civil. No se olvidaban en el panfleto las condiciones físicas del guerrillero, así como su opinión sobre las mayores dificultades que encuentra en su incorporación al monte.

La noche empezaba a borrar los bellos contornos del paisaje, trasformándolo en misteriosas formas imaginativas, sin duda intransferibles entre los distintos hombres que esperaban, mimetizados con los matorrales, la orden de aproximación a la masada. El aleteo de las aves, los trinos de los pájaros, el murmullo de las ramas, la vida acompañante del bosque durante las horas diurnas, había dado paso, no al silencio, sino al extraño runruneo de una actividad, posiblemente superior, expresión de una energía que invade la susurrante subsistencia en la sierra. Julián da la orden de marcha. Los maquis descienden escalonadamente el barranco, divisoria de términos de un terreno desconocido, oscuro y seco, muy distinto al que en la mañana verdea salpicado de pardo y ocre. Chato y Antequera marchan en primera línea, abriendo camino; cierran la bajada, Julián y Ramiro, como queriendo vigilar el despliegue de los hombres, acaso con cierta desconfianza, conscientes de la importancia del momento. Se ha ordenado que dos guerrilleros queden de guardia en las cercanías.

La avanzadilla llega a la portillera de entrada mientras otros dos hombres se cubren tras el pilón abrevadero, prestas las armas a cualquier circunstancia extraña. Otros, sin embargo, excesivamente seguros de la inexistencia de peligro, marchan despreocupados, fusiles en bandolera, mordisqueando sabores de pinocha. Son los recién incorporados, que no escapan a la observación de los veteranos. Con hombres así, piensa Julián, resulta muy difícil combatir en el monte contra un enemigo superior y, posiblemente, mucho más motivado, ya sea por principios, remuneración, recompensa o simple venganza. El plan ha sido trazado escrupulosamente aun a sabiendas que, casi con toda probabilidad, no haría falta tanta cautela. Los dos jefes maquis saben de la necesidad de extremar precauciones, de la obligación de no exponer inútilmente la vida de sus hombres y además, ambos lo reconocen, sienten el prurito de saber que van a encontrarse con Mariano, jerarca guerrillero impuesto por los alejados mandatarios del PC. La abierta puerta de la masada invita a la entrada. En el instante que los primeros guerrilleros la atraviesan, Ramiro, que ha quedado a la zaga cubriendo la aproximación, metralleta en posición de disparo, siente ese extraño hormigueo que le recorre el cuerpo cuando ignora el resultado de una acción. Es sólo unos instantes, pero el dedo índice se resiste a separarse completamente del gatillo de su arma. Luego, siempre le sucede igual, cuando presiente que ha pasado el peligro se relajan los músculos, la mano se vuelve flácida y, de forma involuntaria realiza un profundo suspiro. Se acerca al portal, pasa al lado de uno de los vigilantes que siempre se disponen cuando permanecen agrupados, y penetra también en la casona.

Mariano es un hombre de estatura mediana, acaso un tanto más bajo, firme de carnes aunque se le aprecia una cierta tendencia a la obesidad seguramente frenada

por su vida montaraz; algo cejijunto, de mirada adusta pero inteligente, cuando sonrío, raramente, hasta resulta agradable. De ademanes autoritarios, intenta hacerse simpático con los recién llegados ofreciéndoles descanso, alimentos que, de momento, les son rechazados y vino que se acepta. Torrijeras ocupa, como siempre, un segundo plano, saluda con la afectividad y aspereza del paisano y no pasa desapercibido para nadie que apoya, displicente pero con precisión, la *thomson* en la cadera. La masovera y su hija se han retirado a la primera planta, dormirán en una de las habitaciones señaladas para el servicio, cerca de las destinadas a ser ocupadas por los señores cuando acuden a la hacienda. Agustín y José, los actuales asalariados, han preferido alejar a la hermana y sobrina con pretexto de no complicarlas en sus cosas, posiblemente para que puedan hacerse las ignorantes y, con toda seguridad, para no dar pábulo a situaciones embarazosas ante la presencia de tantos hombres extraños.

Los maquis se acomodan en la sala principal, comedor-cocina y lugar de estancia, los más singulares alrededor de la mesa. La mayoría apenas habla. En realidad la conversación se circunscribe a Mariano, Julián y Ramiro, con alguna pregunta técnica a Cortazar. Se intercambian información, partes de operaciones, noticias dadas en *El Guerrillero* y Radio España Independiente así como pautas establecidas por el Buró Político.

—¿Cómo van los ánimos? —se interesa Mariano mientras se hace un buen trago de la mugrienta bota.

—Bien —contesta lacónico Julián.

—Mójate la gola y alegra esa cara a ver si mueves más la lengua.

—Las hemos pasado canutas para llegar hasta aquí y no tenemos información reciente.

—Pues ahí tienes el último notición del *El Guerrillero* —el jefe relee el ciclostil—. «En una masía de Mora del Rey el encuentro entre una partida y un destacamento de la Guardia Civil, les hace a estos un muerto y tres heridos graves. Todos los guerrilleros ilesos». Lee, lee que aún hay más —y le pasa el panfleto que, sin gran convencimiento, repasa Julián y tras una rápida lectura se lo entrega a sus hombres.

—Ya era hora que le dieran al de Villatorodos —habla Cortazar.

—Sí. Aún le han hecho poco a ese hijo de su madre —añade Fermín—. Sacarle 150 000 pesetas por el rescate de su hijo no es nada con lo que se merece.

—¿Lo conoces? —preguntó uno de los rufianes escapado de la cárcel al que le faltaba un ojo.

—Yo no. Pero sé de quien le rebanaría el cuello.

—Entre ellos yo mismo —concretó el que había preguntado—. Denunció un paso a los guardias que hicieron la *espera* en Fuente del Zorro y se cargaron a dos de los nuestros que iban por agua —lanzó una blasfemia y aclaró—. Uno de ellos era mi hermano.

—Dejaos de hacer mala bilis, estúpidos —cortó Julián—. No hace falta que os reconcomáis los hígados con inútiles recuerdos.

—Es que cuando se ponen a hablar, sólo cuentan sus desgracias —añade Mariano, y dirigiéndose al grupo les espeta leyendo—: ¡Mirad! ¡Saborear también nuestros triunfos!: «Conmemorando el 14 de abril, instauración de la gloriosa República, se ocupó el pueblo de Castañar, donde se dio un mitin que fue aplaudido por el vecindario concentrado en la plaza».

—Mucha politiquería guasona pero pocos resultados —se atrevió a proclamar un nervudo treintañero.

Mariano saltó de la silla con indudable ánimo de escarmentar al protestón, pero Julián más rápido, le sujetó por el brazo con férrea mano.

—Deja que se desahogue el hombre. A veces es mejor soltar un graznido que taponarse las tripas —y dirigiéndose al mocetón le habló pausadamente—. Yo también sé lo que es tragarse la mierda que todos hacemos. Pienso, como tú, que la política no es suficiente para ganar nuestra guerra. Tampoco me agradan los mítines —miró desafiante a Mariano que bajó los ojos—. Te contaré algo que te gustará más. Yo con mi gente he volado dos trenes de mercancías en las cuevas del Sordo. ¿Es cierto o no, Cortazar?

—Tan cierto como que estoy vivo. Y más aún; dimos tiempo a los maquinistas para que saltaran ilesos del convoy. Aún recuerdo el agradecimiento de los ferroviarios.

—Yo también puedo contar un hecho que sucedió en Manzanera, el pueblo de mis abuelos, de mis padres y mío —intervino un carbonero de enormes y callosas manos—. Tres hermanos veraneantes, dos chicas y un muchacho, hijos de un acaudalado valenciano, acompañados de una sirvienta, fueron secuestrados por una partida que envió a la chacha por el rescate de 150 000 pesetas para salvar a los señoritos.

—Siempre la cosa de clases —susurró uno de los maquis—. ¿A que no darían nada por la criada?

—¡Calla —interrumpió el carbonero—, que ahora viene lo mejor! La servidora, no sé si responsable o gilipollas, suplicó quedarse con las niñas y que fuera el chico quien marchase por la recompensa. Se accedió a la petición y se cumplieron los trámites a la perfección.

—¿Y los padres tragaron, no?

—Y más que les hubieran pedido. Luego, ya todos en casa avisaron a los guardias.

—¿Y no les pasó nada por el retardo?

—¿Pero de dónde sales tú, chiquillo? Los papás eran del Régimen. ¿Lo entiendes, *pardal*^[6]?

Y mientras entre los gruesos muros de la masía unos cuantos hombres intercambian recuerdos, deseos, imaginaciones, nostalgias y alguno hasta restriega los ojos, no se sabe si por verdadero cansancio o disimulo de emociones, innumerables historias, reales o legendarias, circulan por los pueblos de la sierra a pesar de los esfuerzos por impedirlo de las autoridades del Régimen.

Pedro Gómez Ejido, alcalde de El Cuervo (Teruel) fue fusilado, junto con su esposa, por considerárseles delatores de un campamento guerrillero donde los guardias mataron a uno de los maquis. En Almodóvar del Pinar (Cuenca) fueron ajusticiados el comandante del puesto y uno de los números. En la carretera de Alcorisa a Cantavieja, se realizó un control del que resultaron muertos los dos guardias que custodiaban el coche de línea y el alcalde de este último pueblo. En Pitarque (Teruel) se prendió fuego a una central eléctrica que quedó totalmente destruida. Un vecino del término de Puebla de Valverde y una mujer de Mosqueruela fueron ejecutados como delatores de guerrilleros. En La Caserna (Cuenca) fue capturado un vecino falangista, juzgado por un tribunal guerrillero, condenado a muerte y ejecutado en el acto. Un grupo de maquis entró en el pueblo de Requena (Valencia), confraternizaron con la vecindad, explicaron sus motivaciones de lucha antifranquista, repartieron propaganda y se retiraron a sus bases sin novedad^[7].

Los guerrilleros dirigentes, tratan de elevar la moral de sus hombres. Con mayor o menor acierto, más o menos realidad, nunca todo verdad ni todo mentira, siempre todo exagerado, la vida de los que luchan en la sierra sigue siendo dura, penosa, muchas veces trágica, raramente gratificante. El miedo, la venganza, el cada vez más brumoso idealismo, la sensación de abandono, las peculiaridades de cada individuo, los inconvenientes de convivencia sobre todo cuando sobrevuela el fantasma de la traición y de la muerte, resultan muy difíciles de sobrellevar. Por cada día de satisfacción se dan semanas de temor, inactividad, ocio, dificultades. No debe ocultarse que la vida de los guardias no resultaba mucho más complaciente. Mal remunerados, alejados por lo general de sus familias, bajo el férreo control de unos mandos escalonados, en los que la política resultaba inversamente proporcional a la proximidad de la guerrilla, no era el bienestar y la ventura quienes les servían de compañía.

Mientras la mayoría de los hombres que se encuentran en la masía buscan acomodarse lo mejor posible en la planta baja, corrales, pajares, nunca en el piso superior donde descansan madre e hija, los jefes organizan la formación de las partidas y su distribución en distintos sectores. Mariano completa su Estado Mayor (EM) con Torrijeras y el Chato añadiéndosele uno de los huidos; Ramiro se agrupa con Cortazar y Antequera; el otro huido y los dos escapados de la cárcel se supeditan a Fermín, permaneciendo en solitario Julián al que espera un grupo guerrillero que maniobra en Javalambre. Queda consensuado, como era de suponer, que Mariano sería el jefe de la Agrupación, estando bajo su mandato directo los jefes de las demás partidas que responderían de todos sus hombres, tanto los actuales como de los que posteriormente pudieran agregarse.

Pasado el tiempo, el grupo inicial de Ramiro, por causa de la denuncia de uno de los enlaces *quemados*, se verá obligado a desplazarse hasta la zona de la meseta, recorriendo la Mancha hasta conseguir despistar a las fuerzas represoras. Más adelante, ante la opresión del celeberrimo teniente coronel Eulogio Limia Pérez, el

sargento Ruano y el cabo Eladio, regresarían nuevamente al sector de Mariano. Fermín, acompañado de los más sectarios de la Agrupación, se considera dueño y señor de un imaginario territorio que realmente no encaja con el designado por el jefe comunista. Transgreden una y otra vez los límites de su sector merodeando lugares carentes de interés estratégico, más dados a la *recuperación de bienes* y a la venganza que a la acción puramente guerrillera, dando lugar, como se verá, a una de las acciones más crueles de la guerrilla. Julián por su parte, fiel a sus principios partisanos intentará enlazar con el grupo que le ha asignado, desde Francia, el mando libertario de la UNE. No gusta de mezclarse con los comunistas que siguieron la táctica estalinista de la Unión Soviética, eliminando a todo opositor aunque fuera de izquierdas. La erradicación por orden de Stalin de Bujarin, Kamenev o Trotski, alcanzó también a los anarquistas españoles y al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) que criticaban lo que consideraban la degeneración totalitaria y burocrática del dictador soviético.

El POUM, resultado de la unificación de la Izquierda Comunista de España (ICE) con el Bloque Obrero y Campesino (BOC), nace en 1935 en Barcelona en un momento trascendental y decisivo de la Segunda República, el comprendido entre la revolución de octubre de 1934 y la sublevación militar de julio del 36. Ambas organizaciones, ICE y BOC, representaban facciones discrepantes del Partido Comunista de España y de la Internacional Comunista (Komintern), que no perdonaron su heterodoxia dejándolos marginados de los dirigentes de la URSS. Aunque el POUM fue uno de los partidos del Frente Popular, acaba representando un problema para la República por causa de la presión comunista. Su enemistad con Moscú compromete las relaciones del Gobierno de España con su principal proveedor de armas y suministros de guerra. La posición de fuerza de Stalin hace que el POUM sea desalojado del Gobierno, circunstancias que para gran número de historiadores promovieron la debilitación de la República, las luchas entre las izquierdas y el derrumbe del Estado. Parece ser que el Gobierno de Largo Caballero intentó por todos los medios resistir las presiones soviéticas para erradicar los partidos disidentes, dando lugar a duras controversias y algaradas obreristas, pero su caída y sustitución por el doctor Juan Negrín, mucho más proclive a la URSS, sentenció el destino de los opositores.

A pesar de la innegable dirección del PC en la operación Reconquista de España, existen grupúsculos guerrilleros, no afines al comunismo, cuya única ideología era liberar a España de lo que consideraban último reducto del fascismo. Ya la eliminación de Trotski había sido de difícil asimilación para los comunistas españoles que, en su ceguera estalinista, no llegaban a comprender, aunque acataban, las determinaciones del dictador georgiano. Todo ello, junto con el pacto germano-soviético, resultó para los antifranquistas no pertenecientes al PC, un infranqueable abismo que perdurará a lo largo de toda la existencia del maquis. Estas y otras muchas cosas más, hacían que Julián no gustase de avenirse a las directrices

soviéticas y, por ende, renegase del PC acusándole de ser uno de los responsables de la lucha entre las izquierdas. Recordaba, como si fuera ayer, la revolución española del 34, su fracaso y la huida hacia Rusia de algunos campesinos y obreros que ingresaron en la academia militar soviética y en el Instituto Lenin. No hay duda que allí se formaron militarmente, pero igualmente cierto era que fueron aleccionados en política estalinista donde la mentira, la propaganda y el *lavado de cerebro* representaban los pilares *científicos* de la doctrina.

En la España cainita, se crearon mitos como el del albañil Enrique Lister que posteriormente comandaría una división, y el de Valentín González, El Campesino, que nunca fue tal cosa sino sargento desertor de la Legión Extranjera alistado con las huestes de Abd-el-Krim, y el de Juan Modesto, ebanista de Andalucía, que acabaría haciéndose cargo de un Cuerpo de Ejército. De estos tres, el más valiente y bravo fue El Campesino, pero en quien más confiaban los rusos era en Modesto, verdaderamente hombre del Partido y, sin lugar a dudas, el más inteligente. A Julián le brotaba el alma cuando recordaba al legendario Buenaventura Durruti uno de los creadores de un comité antifascista que agrupaba a republicanos, libertarios, nacionalistas y marxistas. Hombre íntegro, según el maqui, cansado de disputas internas y del desorden por el poder durante la guerra civil, decide incorporarse al frente con el bando republicano, liberando Zaragoza de los sublevados y formando con los anarquistas de la ciudad la famosa Columna Durruti. El enfrentamiento directo con los comunistas llegó hasta la negación de suministrar armas, artillería y cualquier tipo de logística a la Columna, que tuvo que limitarse a tomar los pueblos por donde discurría expropiando a los terratenientes, colectivizando las tierras, aboliendo la propiedad privada e instaurando el comunismo libertario. La historia recuerda que en Mora de Rubielos permanecían maniatadas en el patio de armas del castillo madre e hija, en espera de ser ajusticiadas por considerárseles fascistas, cuando el anuncio de la proximidad de Durruti, obligó a los comunistas a liberarlas temiendo represalias^[8].

La muerte del mítico anarquista, ocurrida en circunstancias extrañas, ha propiciado la aparición de diversas hipótesis más o menos plausibles. Para la CNT fue ocasionada por una bala fascista; según las emisoras de radio madrileñas fueron los comunistas los responsables quienes, a su vez, acusaron a los trotskistas y hasta a los mismos anarquistas dado el enfrentamiento entre la propia dirección. No faltaron teorías que achacaron el suceso a delincuentes comunes a quienes Durruti perseguía y hasta se atribuyó a un accidente al caérsele el fusil ametrallador que portaba. Julián no dudaba, y parece ser lo más cierto, que fueron sus propios seguidores quienes lo mataron en el Puente de los Franceses cuando intentaba frenar su desbandada y hacerlos regresar al frente.

* * *

La masía Pomeralea queda libre de refugiados. Todos los guerrilleros, cada uno con su partida han abandonado el bienestar de esa intimidad hogareña que evoca el fogón, la mesa con mantel de hule, el trébede, las brasas, el candil, la cantarera, y hasta la posibilidad de tumbarse con la manta colocada sobre las añoradas losas del lar. Como siempre, han empezado a salir con el inicio de la noche, cuando el silencio sólo es perturbado por un sonido susurrantemente continuo, con débil bordoneo de insectos salpicado de cautelosos roces de alguna alimaña que se refresca en la oscuridad. Proliferan los carrascales, el enebro y las hierbas aromáticas como la manzanilla, el espliego y sobre todo la ajedrea, esa planta de hojas vellosas alargadas de flores blancas o rosadas muy olorosas, empleadas por los campesinos en infusión beneficiosamente estomacal. Pero el camino resulta fatigoso y molesto, hay que ascender muchas cuestas, separar abrojos, evitar el rígido y pinchudo roce de la molesta aliaga parda. Mariano y su gente han partido los últimos, junto a Julián del que se han separado al llegar a la Fuente del Tordo. La despedida ha sido seca, sin abultados extremismos, se han chocado las manos y deseado suerte, el jefe de la Agrupación incluso ha dado unas palmadas en la espalda al solitario *maquisard*. No es muy aventurado suponer que ambos han quedado tranquilos al separarse. Ya se intercambiarán noticias, información y órdenes en las estafetas señaladas y, sobre todo, evitarán en lo posible *quemar* el punto de apoyo de la masía. Julián marcha con su macuto, más de veinte kilos de peso, metralleta, munición suficiente, cantimplora y cuatro bombas de mano al cinto. Mariano va mejor pertrechado, incluso lleva una radio-emisora americana que portan sus hombres turnándose. Uno va al encuentro de los maquis del Javalambre, o acaso de Espadán o sierra de Gúdar; lugar que se aclarará en la estafeta del *Loco*, punto geodésico de tercer orden. Los otros pretenden llegar a las Hoces del Cabriel recorriendo Landete y Talayuelas (Cuenca) donde se encuentra uno de los lugares más idóneos para enlazar con la AGL de la que pretenden recibir información y apoyo.

Años más tarde, tras un silencio cómplice por ambas partes, voces de uno y otro lado intentarán despejar una incógnita que no tiene visos de aclararse plenamente.

En *Campesinos y maquis*, Mercedes Yusta Rodrigo cita:

Ni unos ni otros, ni las autoridades del Régimen ni los mandos comunistas contaron con el peso que las viejas rencillas y conflictividad local iban a tener en la lucha de y contra la guerrilla. Así, Balbina Puerto, de Cañada de Benatanduz, muerta por los guerrilleros, era esposa del alcalde franquista de la localidad y se había destacado en la persecución de elementos izquierdistas, pero también mantenía fuertes conflictos con sus vecinos a causa del agua de riego. Ángela Gil, de Mosqueruela, fue asesinada por un guerrillero con el que mantuvo en su día un pleito de propiedades. En Castellote, un activista de izquierdas fue detenido por escribir un anónimo en nombre de los guerrilleros a otro vecino de la localidad, con el fin, según declaró, en el interrogatorio, de que abandonase la localidad. En medio, un asunto de celos por una mujer, que también fue detenida, no sabemos con que cargos. Florencio Guillén, guerrillero natural de Gúdar, ejecutó a ocho personas de esta localidad, entre ellos dos niños, en venganza por la muerte de su mujer denunciada a la guardia civil y aparecida muerta tras su detención. En Dos Torres de Mercader se produjo un doble asesinato atribuido a dos guerrilleros naturales de Castellote, enemistados desde tiempo atrás con las víctimas [...]. Esta explosión de violencia de ambiguo signo, a caballo entre lo político y lo personal, se produjo de igual modo a la inversa. Las familias izquierdistas eran acosadas por los somatenistas y la

Guardia Civil; las acciones de los guerrilleros encontraban por respuesta detenciones masivas, y a menudo indiscriminadas, de presuntos colaboradores; se multiplicaron de forma alarmante los casos de aplicación de la «ley de fugas».

2. Anarquistas y comunistas.

—Creo que te conozco.

—Pues yo no, señor —contestó el pastor, un tanto asustado ante la presencia de aquellos hombres.

—¿No eres el hijo de Sacristán?

—Sí señor, el mismo. Pero yo nunca le he visto a usted.

—Eras muy pequeño —el hombre esbozó lo que quería ser una sonrisa y se dirigió a sus compañeros—. Su padre no creía en Dios pero ayudaba a misa —y soltó una carcajada—. No sé lo que será ahora.

—Mi padre sigue con don Jesús, y nunca lo abandonará.

—¿Vive todavía el cura? ¡Hay que ver, «bicho malo nunca muere»!

—¿No fuisteis capaces de cargároslo? —intervino un sucio y malencarado recién escapado de la cárcel—. Si hubiera estado yo, no quedan ni los rastros de la sotana.

—Y te habrían fusilado como a tantos —sentenció el compañero de fuga—. No te habrían concedido la *perpetua* y no hubieras podido escaparte.

—Por uno más no se habrían dado cuenta.

—Pero ese *uno* —afirmó el que llevaba la voz cantante— era mucho *uno*. *Apiolar* a don Jesús era mucho *apiolar*. No te hubieran dejado ni los más rojos del pueblo.

—Si vieras a este comecuras con el fervor que oía misas en el penal...

—¡Porque nos obligaban! —el aludido soltó una blasfemia—. Acuérdate de la *saca* que hicimos en el convento —blasonó.

—¡Cállate, imbécil! No hace falta pregonar hechos pasados —los dos penados, aunque discutían a menudo, eran conscientes de que no había que remover las cloacas.

—Dejaos de estupideces —cortó Fermín—. El muchacho puede servirnos de mucho —se acercó al pastor y le dio un pitillo—. Anda, hombre, fúmatelo con nosotros.

—¿Llevas algo en la zamarra? —preguntó un maqui.

—¡Deja eso, animal! ¿No ves que el chico necesita comer?

—¡Y nosotros también! —bravuconeó el expresidiario.

—Podemos comer y además invitaremos al chaval —sentenció otro de los hombres, precisamente el huído que formaba el cuarteto—. Así me he pasado yo unos cuantos años —el pastor permanecía callado sin atreverse a intervenir en una escena que le superaba—. Vamos a ver, buen mozo. ¿Por qué no nos preparas uno de esos animales y celebramos nuestro encuentro?

—¿Y qué digo yo a los amos? —balbuceó el chiquillo.

—Pues nada. Que se te ha perdido, o que se ha despeñado por estos riscos.

—Me molarán a palos —lloriqueó.

—¡Vale! —intervino el jefe—. ¿Pueden estos veinte duros calmar algo la paliza? —Los ojos desorbitados del muchacho ante aquella nunca vista cantidad hablaron por sí solos—. Venga, disfrutemos todos. El vino lo ponemos nosotros.

—Y el pan —rezongó otro maqui—. Aquí llevamos unas hogazas de la masía.

—¡No hace falta que digas de dónde las has sacado, desgraciado! —Fermín soltó unos cuantos ternos—: ¡Sois unos bocazas!

—Quien sea. No mezcles —protestó otro.

—Venga, a lo nuestro. Chaval sepáranos un cabrito.

—Cogeré uno de don Jesús —el cabrero compaginó pronto sus intereses con la bondad del párroco—. A veces me dice que entregue uno de los suyos a alguna familia necesitada. Diré que se ha caído por el barranco y le dejaré dos pesetas en el cepillo de las almas del purgatorio.

—De los veinte pavos que te hemos dado, *espabilao*.

—Pero no los podré cambiar en ningún sitio.

—¡Apáñate como puedas, mocoso! A ver si te los quitamos.

—Dejaos de limosneo y preparemos la comida —el huído, conocedor de la feligresía de los pueblos, no entraba en disquisiciones—. El tal don Jesús, debe ser un cura extraño. El de mi pueblo era un viejo avaro que vendía hasta las patatas de su huerto.

—Para eso era suyo, ¿no? —el maqui ayudaba al chiquillo a despedazar al animal. Lo sujetaba entre las piernas, asistido por el pastor, y le daba un fuerte golpe en la cabeza con una piedra—. Cada uno hace lo que le da la gana con lo que le pertenece.

—Eso no es muy del Partido. Las cosas son de todos.

—Déjate de pamplinas —los estertores del cabritillo tras rebanarle el cuello regaban de sangre unas piedras—. ¡Lástima que no podamos aprovechar la sangrada!

—Y tú, ¿cómo te llamas, chaval? —Fermín trataba de condescender con el pastor, en previsión de necesitar su colaboración para otras veces.

—Me dicen el de Sacristán, pero mi nombre es Ismael —la cabra estaba ya desollada, el maqui la liberaba de vísceras no válidas, mientras el chico preparaba el fuego—. Soy pastor desde que me acuerdo, y mi padre además de alegrarse por su mote, no simpatiza con los guardias.

—No le agradan los tricornios, pero es amigo del clero. ¡Raro caso! —gruñó unas

palabras ininteligibles y dio la vuelta a la carne que se estaba asando entre unas losas —: ¿Pero es de los nuestros o no?

—No sé lo que quiere decir, señor —el chico era pastor pero no tonto—. Mi padre es un buen hombre.

—Que si es rojo, ¡vamos!

—En el pueblo dicen que ni él mismo lo sabe; pero es muy amigo de Cristino, un rojazo según el que manda en el cuartel.

Fermín creyó conveniente interesarse por el recién nombrado. Sabía de sobra que la primera regla del guerrillero era servirse de colaboradores. Si el comandante de puesto daba ese calificativo al tal Cristino no había duda de que era digno de tenerse en cuenta. No estaban precisamente sobrados de puntos de apoyo. Pero el maqui no quería alarmar al muchacho, lo necesita como primer eslabón de una cadena que intentaba engarzar con cuidado. Ya son tres, Ismael, Sacristán y Cristino. No es mal arranque para ser el primer contacto con los campesinos del lugar. Habla de lo que sabe agrada al paisano. La lluvia, el sembrado, las tierras en barbecho, el arado y muchas cosas más. Se interesa por la miseria del campesinado, las dificultades de sobrevivir en un tiempo donde se avivan los rescoldos de una guerra, y pregunta por familiares, amigos y sobre todo por los guardias. El pastor habla y habla, aliviando la monotonía de su silencio y la soledad del monte donde solo se escucha el susurro del viento, los rastros de algún ser vivo, el azote del frío y la tristeza de una tierra generalmente reseca. Fermín anota en su mente, mientras sus hombres inician la pitanza, los interesantes datos que le suministra Ismael. Vive solo con su padre que ya tiene bastante con ayudar a misa y criticar al Ayuntamiento en el bar, bueno, al Ayuntamiento y a los caciques que mantienen la autoridad. Esto lo dice en voz baja, como si temiera que se le oyese, y el guerrillero sonrío para sus adentros. Buen encuentro. Y Cristino ¿qué tal? Rojísimo, estuvo en la cárcel de donde lo sacó el señor cura. Lo sabe de buena tinta; nada menos que del sobrino Paco, íntimo amigo; íntimo y único. Los mozos del pueblo no suelen coincidir en sus tiempos libres con el pastor. Los pastores son otra cosa. Solitarios, mudos, ni siquiera piensan, pero cuando lo hacen llegan hasta las más profundas meditaciones que guardan sólo para sí. De pronto, Ismael, detiene su discurso y con un estridente silbido seguido del lanzamiento de una piedra señala a uno de los perros que azuce a una punta del ganado que había entrado en un maizal. Vuelve al soliloquio con el regusto de que alguien, por lo menos, le escuche y señala un cercano corral donde, cuando hay mal tiempo, le sirve de refugio. Sale temprano del pueblo, y a veces hasta se saca unos reales almacenando paja, cebada y pipirigallo para los días de nevada.

—Quédate un rato descansando con nosotros y luego ya te diremos cuándo debes marcharte —los del monte acostumbraban a retener a quienes encontraban para evitar darles oportunidad de denunciarlos—. Túmbate si quieres, que ya te cuidaremos el ganado.

—Gracias, pero no podría hacerlo.

Pasa el tiempo, Ismael vuelve a su habitual silencio y recuerda los comentarios de su padre, antes de dedicarse a los *latines*, cuando también era pastor y contaba que muchos pueblos de la sierra vivían, con cierta holgura, dedicados a la ganadería con ovejas, cabrío, machos y bueyes. Existían familias que tenían varios animales, y no como ahora que los integraban en un rebaño común de distintos propietarios puesto bajo la custodia de un pastor, que era él, pagado entre todos. Los maquis se marchan. Se han despedido agradeciéndole la comida, quedando en verse nuevamente pero, eso sí, contando con su silencio y hasta con su amistad. Uno de ellos, el más cetrino, le hizo saber que «le iba en ello la vida», directa amenaza que, sin negarla, fue suavizada por Fermín comentándole que al menos esperara un par de horas a moverse del lugar. Ismael asintió fervientemente, se apoyó en su cayado como tantas veces había permanecido inmóvil, y los vio alejarse por el pintoresco relieve de un paisaje repleto de pinos con aroma de plantas del monte.

Con esa inteligente simpleza que domina la mente del aldeano, comparó la placidez y belleza de la naturaleza, con la complicada y tortuosa vida de los hombres. Recorre el horizonte con la vista y se le torna ceniciento, posiblemente pincelado por la imaginación, entremezclado con los sentimientos de *los del monte*, con el recelo de los guardias, con las palabras suaves escuchadas, que ahora le resultan un tanto inquisitorias. Sí. Ha dicho muchas cosas, demasiadas. Ahora ha comprometido su libertad, si es que la ha tenido alguna vez, y pertenece al silencio, a ese agobiante silencio del que sabe y no dice que lo sabe, pero todos saben que sabe. No. No es un galimatías de palabras. Es la más pura realidad de la cotidiana vida de los pobladores de la sierra. Está asustado, pero ese miedo, sin saber por qué, le hace sentirse más serio, más hombre; es como si hubiera cruzado esa línea invisible que separa un final y un inicio de algo inexplicable. El rebaño se le ha desparramado y trisca por los naturales pastos. Vocea, gesticula, da unos cuantos chiflidos y los perros recogen el ganado asustándolo con ladridos y amenazantes dentelladas. El pastor agrupa el hato y lo conduce hacia otros pastos ayudado por los cánidos. Trabaja un buen rato, se ha descuidado mucho tiempo entre la conversación, los recuerdos y las imaginaciones, y no se ha preocupado como debiera de los animales. Se ha cansado más que otras veces, y eso que no le ha ocurrido nada nuevo, bueno, acaso ha colaborado en su flaqueza el miedo instintivo hacia los del monte. Al principio, sí, porque luego se encontraba tranquilo, más aún, orgulloso de tratar con seres tan de leyenda como los maquis. Ojalá pudiera contar su experiencia. Seguro que los del pueblo se quedarían boquiabiertos. Se sienta sobre una roca en un alto desde donde se divisa el valle, dos cardelinas revolotean juguetonas entre las ramas de unos nogales, a lo lejos los diminutos raíles del tren semejan paralelos trazos de negras líneas entrecortadas. Pequeñas lomas cubiertas de arbustos, donde se mezcla el rosal silvestre con el verdoso cardo ocultan la proximidad del pueblo, demasiado cerca para pasar inadvertido y demasiado lejos para que pudieran creer su aventura.

Ismael sabe de una persona a quien podrá contarle la historia, o mejor la hazaña,

de haber conversado con los guerrilleros; conversado y aun más, cerrado un pacto de honor y silencio que sólo puede compartir con un amigo sincero, fiel, seguro, honrado, leal. Amigo al que también gusta deslumbrar dándole a conocer un secreto que guardándolo sólo para si mismo pierde la mayor parte de su valor. Paco, el hijo del mejor alcalde que jamás haya tenido Costilleo, el sobrino del fanfarrón y comunista Cristino, rabiará de envidia, sin maldad, pero envidia al fin y al cabo por el protagonismo de su mejor amigo.

El cabrero idea retazos de lo que va a contar, decisión ya inalterable, y pasan por su cabeza recuerdos olvidados, acaso nunca comprendidos, interpretados ahora como el encaje de un *puzzle* en el que jamás había pensado. La huida y regreso de don Jesús, el encarcelamiento de algunos paisanos, el refuerzo del puesto de la Guardia Civil, el inexplicable miedo de unos caciques que aparentemente lo tienen todo, la suspicacia de su progenitor, las soterradas protestas del tío de Paco, las mismas dudas y divagaciones de su amigo, la división en castas de los vecinos, y sobre todo el silencio, ese silencio que como una negra sombra envuelve las miradas, las palabras, los gestos de los campesinos. Porque a Ismael, como a la práctica totalidad de los mortales, una reserva confidencial y peligrosa, le proporciona una siempre necesitada autoestima. Todo el pueblo cuenta cosas del maquis pero ¿quiénes los ha visto?, ¿acaso alguien ha hablado con ellos?, ¿qué valiente se atrevería, como él, a promocionarles comida, información y ayuda? Y de pronto se apodera de su persona un miedo cerval, terror a ser descubierto por los guardias, o por algún inconfesable delator que pudiera haberle visto. Dicen que en el monte se ve hasta el cimbreo de los tallos, la libación de las abejas o el escondite de un topo. Mira por todos lados y, aparte de su ganado, sus dos perros y el vuelo de unas perdices, solo contempla una orgía de colores entoldada por unas nubecillas blancas de formas tímidas y cambiantes. No. Nadie conocerá su aventura, nadie, ni su padre, solamente Paco, y eso cuando le venga en gana.

El tiempo realmente no existe, sólo depende de la velocidad y el espacio, dos incógnitas sumamente variables según el objeto que las delimita. Tan veloz es el minuto del que espera la desgracia, como interminables los segundos que nos separan de la dicha.

* * *

En una amplia extensión delimitada por las sierras de Espadán, Gúdar y Javalambre, en forzadas etapas de marcha intentan contactar dos partidas con un hombre procedente del *maquisard* francés. Una de ellas, la de los *maños* nunca conseguirá el encuentro, la otra, la que aglutina a diez hombres entre los que destacan el Magro, el Chispas y el Poeta lograrán juntarse con Julián para constituir uno de los grupos guerrilleros más activos de la zona. Cabe señalar que, con el tiempo, la guerrilla se nutrió con individuos de la zona donde actuaba, gente muy distinta de los primitivos

maquis que efectuaron la frustrada invasión por el valle de Arán que, a su vez, ya se diferenciaban de los llamados huidos de las zonas inicialmente nacionales.

Sobre los guerrilleros en la sierra conquense, espécimen de los hombres del monte, se ha escrito:

Los primeros maquis de las sierras de Cuenca estaban ideológica e incluso militarmente adiestrados, mientras que en los que forman parte de la segunda oleada prevalece, entre el sentir y el sufrir, el valor natural e incluso instintivo de la existencia. Los primeros pusieron sobre la mesa su convicción, los segundos su sufrimiento. A la postre, tanto unos como otros, la vida con la esperanza de ser la punta de flecha de la liberación de España del poder militar de Franco. No lo consiguieron. Y el destino hasta hoy, tras rehabilitar a los militares republicanos y a los combatientes de las Brigadas Internacionales, les sigue dando la espalda^[9].

Mientras la sierra se ve hollada por el maquis, el Régimen de Franco tiene que hacer frente a un nuevo problema. El minero asturiano Cristino García Granda, destacado dinamitero durante la revolución de octubre de 1934, voluntario en el ejército republicano, inquilino de los campos de concentración franceses cuando cruza la frontera hacia el exilio, convertido en teniente coronel por los mandos de la Francia Libre, jefe de la División 158 de la Agrupación Guerrillera y artífice de gran número de sabotajes, emboscadas, liberación de presos y héroe de la Resistencia francesa hasta llegar a hacer 1200 prisioneros alemanes, reteniéndoles armamento y material pesado, es capturado en España y condenado a muerte. En abril de 1945 había cruzado la frontera pirenaica con una docena de hombres con una doble misión: formar, en Madrid, el centro de Resistencia armada contra el régimen, constituyendo la Agrupación Guerrillera de la Zona Centro y eliminar, por orden de Carrillo al compañero comunista, colaborador de Monzón, Gabriel León Trilla. Tras diversas actuaciones de atracos, muertes y *depuraciones*, como la de Trilla y Alberto Pérez, César, es apresado por la policía española, juzgado por un Consejo de Guerra, condenado a muerte y ejecutado. El Régimen franquista sufre un alud de campañas de prensa extranjera que condenan la sentencia de quien consideran un héroe de la Resistencia francesa, y un jefe de maquis. En Marsella se publica, a título póstumo, una orden castrense que reza:

Resistente desde la primera hora, dotado de un alto espíritu de organización y de combate. Ha tenido bajo su mando las brigadas españolas de los departamentos de Losare, Arreche y Grad. Por sus repetidos ataques en la zona minera ha impedido el trabajo durante varios meses. Organizador del asalto a la cárcel de Gimes que liberó a los presos políticos. Bajo sus órdenes se ha librado combate al enemigo en la Madeleine, Gard y Escrimet, haciendo en conjunto, a pesar de la desproporción de fuerzas y de material, 1300 prisioneros a los alemanes y 600 muertos en el curso de los combates ordenados y dirigidos por este jefe de élite. Esta citación lleva el distintivo de la atribución de la Cruz de Guerra con estrella de plata.

Desde el otro lado se le atribuyen, aparte de las heroicidades en el *maquisard* francés, ejecución personal de dos miembros de la resistencia antialemana, demostrada crueldad en sus actuaciones durante la guerra civil, y eliminación de compañeros de su Partido, diversos atracos a bancos y oficinas de ferrocarriles, asalto

a dependencias de Falange, asesinato de policías, guardias civiles y autoridades franquistas, y una retahíla de hechos, seguramente tan ciertos como las hazañas francesas.

Todos estos sucesos repercuten fuertemente en la política internacional pero son ignorados por la mayoría del pueblo español que vive sorteando el hambre y haciendo todo lo posible por sacar adelante un país destrozado. Solamente los muy cercanos al Régimen, o aquellos que siempre dicen saberlo de buena tinta, están al tanto del cerco que las potencias democráticas establecen para España. Y, como siempre, unos lo consideran excesivo, agobiado por una *pertinaz sequía* y aprovechado por la conjura judeo-masónica; mientras que para otros la benevolencia de los vencedores de la II Guerra Mundial con el Régimen de Franco representa un duro golpe para la libertad y el entendimiento entre los pueblos. Razones pueden haberlas para uno y otro lado, pero lo verdaderamente cierto es que el paisano, el campesino, el payés, el ciudadano de a pie, la gran parte del pueblo no quiere ni oír hablar de una nueva matanza entre hermanos. Mucho se ha dicho sobre esa *tercera España* que intentó destruir el mito de las dos irreconciliables, sin lograr su honesto y magnánimo proyecto. Lo cierto fue que todos, y sin establecer distingo de bandos o épocas, cometieron atrocidades, brutalidades, represiones y terror. La crueldad de la guerra civil, fue la consecuencia de la impotencia de la República para mantener la legalidad del Estado. Años más tarde, pasado el *tardofranquismo* e instaurada nuevamente la monarquía y medio olvidada la Transición, tras un periodo de alternancia ideológica en el poder con fuertes rebrotes separatistas, el escritor converso Pío Moa publicaría en la revista *Época* del 14 de noviembre de 2010:

La tercera España no era tal, sino sólo algunos intelectuales dispersos que rehusaron comprometerse. Ellos no sólo eran impotentes para cortar el proceso revolucionario, sino que de muchas formas habían contribuido a él. Lo reflejan de lleno los «padres espirituales de la República», Ortega, Marañón, y Pérez de Ayala. Marañón, Besteiro y de modo menos preciso los otros, comprendieron que sólo los que luchaban en el bando nacional, aunque no fueran demócratas, estaban impidiendo la marcha de España a la mayor catástrofe de su historia, y que por ello «no podían ponerles pegas, aunque las hubiera». Y la responsabilidad de los componentes de la arbitrariamente llamada tercera España la expresa el lamento de Marañón. «Aun es mayor mi dolor por haber sido amigo de tales escarabajos y por haber creído en ellos». Llamaba escarabajos a los líderes izquierdistas, en quienes «todo es latrocinio, locura y estupidez».

Julián ya ha contactado con la decena de hombres que le esperaban en Javalambre, e inmediatamente se da cuenta de lo que ya intuyó en la pretendida invasión. El pueblo presenta ideologías destacadas pero tenía muy claro que pugnaba por sobrevivir a cambio de cualquier tipo de conveniencia o renuncia. Dadas las circunstancias, lo que mejor resultaba era permanecer al margen sin decantarse abiertamente por uno u otro signo. Además, y esto ocurre en la mayor parte del campesinado, los actuales moradores de la sierra son conservadores y religiosos, aunque sus convencimientos fuesen según su pragmático saber y entender.

Al jefe guerrillero le martillea el peor pensamiento que puede tener un responsable de la milicia: la duda de la idoneidad de sus propios hombres. Y

entonces, por una incomprensible asociación de ideas, achaca el más que probable fracaso de la lucha armada a los dirigentes comunistas. Mentiras, engaños, propaganda, encendidos y valerosos discursos cuando se hacen desde la retaguardia, cuando van a ser otros los que se juegan la vida en aras de unos principios que sólo benefician a unos pocos, precisamente a los más alejados de la muerte. Y ahora sí, concatenando reflexiones realiza un bosquejo de la histórica Dolores Ibárruri, ínclita representante del PC, tan modosita en su juventud consagrándose al Sagrado Corazón de Jesús y luego tan visionaria, tan encendida en sus proclamas, tan seria, tan pasional, posiblemente por sus mismas costumbres iniciales; con camaradas tan escrupulosos, tan responsables como el que quitó de en medio a Monzón y el que mandó eliminar a Trilla. Pasionaria, comunista de pro, distinguida y preclara defensora de la *famélica legión* sin obviar, para sí, la placentera vida del acomodo y la vehemencia del deseo. No. Julián no se siente moralista, se lo impide su propia conciencia libertaria pero, una mujer tan representativa, tan carismática, tan cordial, tan atrayente, tan importante... casada, con hijos, cuarentona, no puede encapricharse por un chaval de veintipocos años. No. No critica la pasión, pero sí a la protagonista. Una mujer de ese fuste no puede emperrarse con un muchacho, no puede consentir un espacio en su mente, ni en su corazón que le pueda restar energía y fortaleza. El maqui se enrabia con la leyenda de una mujer, perpetuamente de luto, atreviéndose a pedir al propio Stalin que su amante, Francisco Antón, preso en *Le Vernet*, Francia, sea liberado al firmarse el armisticio de Vichy.

El hediondo pacto germano-soviético, abyecto, ruin y despreciable para Julián sirve a Pasionaria para calmar sus ardores amorosos. No se comprende que sea el propio *comprensivo* líder soviético quien tenga que interesarse para que liberen a un pobre muchacho consumido por el hambre que se encuentra en prisión. Puesto en libertad, el veinteañero galán vuela hacia Moscú donde le esperan los brazos amantes de su protectora.

Pero ahora, no ha lugar a divagaciones psicoanalistas, de momento lo que verdaderamente preocupa al antiguo *maquisard* son las gentes que le han tocado en suerte. El factor humano, como el terreno y el apoyo, son elementos decisivos en la guerra de guerrillas. La sierra, aunque pobre, está idóneamente habitada para cubrir la estrategia guerrillera. Poblados aislados, molinos, tenadas, pastores solitarios, madereros, resineros, seres que conviven en una época áspera y dura, con dolores y esperanzas que pueden determinar el éxito o el fracaso de un soñado objetivo. Y Julián estudia a sus hombres. El Poeta, un soñador sin rumbo, el Magro, de entrada, no es de fiar, el Chispas, un antiguo dinamitero, quizá el mejor de los tres, pero el de físico más frágil, con pulmones carcomidos por la silicosis de las minas. Los otros siete restantes, demasiado simples para catalogarlos; acaso sean los que mejor resultado den, pero sólo servirán para cumplir órdenes, si lo hacen, nunca para establecer opiniones, estrategia o estudio de situaciones que no sean propaladas por el PC. Los comunistas pueden valer para conseguir un objetivo, pero siempre habrá que

enardecerles con proclamas rentables para el Partido. Y para Julián, no era asumible todo aquello que pretendiese una soviétización de España. Sin embargo, la nueva partida contaba con algo de sumo valor táctico, estratégico y provechoso; la existencia de más de 2000 proyectiles en un zulo junto a un pajar.

—¿Y cómo los habéis conseguido? —preguntó animado el nuevo jefe.

—¡Listos que somos! —contestó un pazguato—. No sólo los que venís de Francia sabéis hacer las cosas.

—Por supuesto —confirmó Julián, consciente de la estupidez del patán.

—Tenemos un enlace soberbio —aclaró Chispas saliendo al quite de la imbecilidad de turno—. Un soldado del polvorín de Godella que nos sirve munición.

—¡Magnífico! ¿Y de qué tipo?

—Del 7,6, para el máuser, pero la cobra bien, a peseta el cartucho.

—Y tenemos más de 2000 —insistió otro hombre de enormes manos y pies al juego.

—Buena cosa. ¿Y armas? —Julián valoró rápidamente los deficientes pertrechos que llevaban.

—Varias. Y bombas de mano —esta vez fue el Magro quien quiso hacer de introductor—. Están en el agujero, pero estos zopencos no pasan de saber manejar el mosquetón y la escopeta.

—¿Qué es lo que tenéis?

—Dos *naranjeros* de los guardias, una *Thonson*, cuatro mosquetones y tres pistolas *Astra*.

—¿Y granadas?

—Más de una treintena.

—¿Y cómo conseguís todo eso?

Nadie se atrevió, de momento, a contestar la pregunta. Julián estaba ciertamente asombrado de que aquellos hombres, para él tan poco provechosos, contasen con un arsenal de tal valía. Tras un silencio incómodo, alguien se atrevió a decir.

—Lo conseguimos a través del Partido.

—¡Somos ricos, muchachos! —se enaltecía el *maquisard*, comprendiendo que todavía no contaba con la confianza.

—De ricos nada, jefe —el guerrillero que hablaba era el de más edad del grupo; estaría en la cincuentena y le llamaban el Viejo—. No tenemos ni diez pesetas en conjunto. Todo va para armamento o para el Partido.

—Ya veremos cómo hacemos las cosas —Julián quería contemporizar al mismo tiempo que sentar sus directrices—. Necesitamos dinero, eso está claro, y tendremos que conseguirlo por nuestros propios medios, a las buenas o por la fuerza.

—Por las buenas nada, jefe —el Viejo no estaba por la labor de callarse. El paisanaje es más pobre que las ratas, si acaso los caciques o autoridades...

—¡Quienes sean! No vamos a arrugarnos ahora —intervino un buen mozo mientras daba grandes dentelladas a una manzana.

—¿Quién ha dicho de arrugarse? —La voz salía de un hombre rubio, medio albino que estaba sentado en la oscuridad de una covacha que hacía de refugio—. ¿De dónde han salido las más de dos mil pelras que hemos gastado en armamento?

—¿Y dónde están las otras tantas que sacamos de los secuestros?

—¿Cuatro mil? —Julián sacaba cuentas—. ¿Y cómo dice éste —señaló al mayor— que no reunís ni diez?

Siguió un silencio difícil de interpretar. El Viejo miró para uno y otro lado y bajó la cabeza. Parecía como si se consideraran culpables de un hecho inconfesable o poco comprensible. Pero no era momento de mostrar blandenguerías, Julián sabía que estaba en juego su autoridad, y había oído perfectamente cómo se repartía el dinero.

—¿Acaso habéis entregado la otra mitad al Partido? —No le hizo falta esperar a la respuesta. Espetó un exabrupto, gesticuló exageradamente y, ya reposado, con voz firme y bronca pronunció su primera arenga salpicada de contundentes tacos—. Mientras yo sea el jefe, el Partido tendrá que mantenerse de sus arcas, que para eso vive del dinerito que se llevó. No estoy dispuesto a consentir otro expolio de quienes nos jugamos la vida —recordó la huida de los jefes desde el puerto de Alicante, los vuelos y transportes a Méjico, a la URSS y demás escapadas de quienes no padecieron las terribles desgracias y humillaciones del doloroso éxodo republicano—. Aquí, el dinero recaudado se empleará para mantener la guerrilla y no para alimentar poltronas lejanas —paseó la mirada sobre todos los hombres que permanecían sentados en tierra y vio que algunos de ellos hablaban en voz baja—. ¿Alguien no está de acuerdo? —esperó unos momentos y continuó—. Comprendo que os parezca un extraño que hace poco luchaba contra los alemanes, pero también tengo que confesaros que no soy comunista —hizo un alto en su discurso—. No tengo ningún compromiso con el PC más que el agradecimiento, lo reconozco, de que haya sido el único que ha procurado unir a los antifranquistas. Todos somos españoles que deseamos librar a nuestra patria del criminal tirano que la domina. Acabamos con los nazis y acabaremos con la Falange, pero no a consta de vender nuestra libertad a otra ideología totalitaria.

—Compañero —intervino uno de los que hablaba en cuchicheos, el barbilampiño que ya había gritado anteriormente—. Nosotros, la mayoría, somos comunistas. Yo, y éste —señaló al de su lado— hemos entrado desde Portugal, ayudados por el PC que nos libró del dictador Salazar. Hemos sido, somos y seremos siempre del Partido. Si sobramos aquí, nos vamos y ¡salud!

—Nadie sobra contra Franco —aclaró Julián—. Pero insisto —y su voz sonó dura— si yo soy el jefe, la responsabilidad de la partida es mía y sólo mía, tanto a las duras como a las maduras. ¡Es el PC quien tiene que ayudarnos y no nosotros a él! Tenéis toda la noche para pensarlo. El que quiera puede marcharse.

No se habló más del tema. No hacía falta. Los hombres se esparcieron por el monte, algunos se juntaron, la mayoría solitarios en principio, para luego reunirse para cenar y tomar decisiones. Habían permanecido unidos durante cierto tiempo, sin

jefatura efectiva pero realizando acciones provechosas. En Sarrión (Teruel) despojaron de armas, munición y dinero a los somatenes del pueblo, irrumpieron en el Ayuntamiento, destrozan mobiliario y realizan un mitin desde el balcón del consistorio repartiendo propaganda. En pleno maestrazgo castellonense, se llevan 1300 pesetas de la reciente feria de ganado y cargan tres mulos, que luego abandonan, con ropas, víveres y un par de escopetas de caza. El secuestro del hijo de un hacendado les reportó un buen botín que perdieron totalmente cuando los guardias, tras realizar una redada entre los payeses, los localizaron y les mataron a dos hombres.

Julián se había alejado permitiéndoles una deliberación que comprendía necesaria.

—Yo me voy. Este militarote nos va a dar buena caña —el que así hablaba, cerrado de barba y cara cuadrada, de llevar un castoreño haría el perfil típico de un picador de Las Ventas—. Yo sigo en el Partido en el que me alisté en la República.

—Y yo —chilló un esmirriado, antítesis del anterior—. Desde que ayudé a limpiar de curas la capital...

—¡No hables así imbécil! —cortó un mocetón—. Lo pasado, pasado está.

—No serás tú quien me hable de moral, chacho —el enclenque tenía buena voz—. A ti no te iban los curas pero gustabas de las monjas —y echó un taco que fue coreado por alguna risotada.

—Dejaos de majaderías que ahora no interesan —Chispas tosía de vez en cuando mientras se explicaba—. Yo soy de los que me quedo con éste.

—Y yo, con el Poeta también —intervino Magro—. Será lo que queráis pero por lo menos veremos más pelas.

—A mi me gusta el chico —hablaba Viejo— pero nos dará mucha tunda y ya no estoy para esos trotes.

La conversación siguió por los mismos derroteros. Lealtad al Partido, conveniencias, miedo, valoración de peligros, pocos idealismos y mucha palabrería inútil. Poco a poco se fueron apagando las voces que, transformándose en murmullo acabaron por silenciarse mientras se acomodaban para descansar. A veces el paisaje contrapuntea los sentimientos, y mientras la serena noche de un cielo plagado de luces se cubre a ratos por jirones oscuros, diez hombres héroes o proscritos, bandoleros o idealistas, lo más posible ilusos, rumian un futuro con el que sueñan.

Todavía el rocío mañanero bruñe el verdor del romeral y los pinchillos de la zarzamora, cuando sólo quedan junto a Julián, tres maquis silenciosos, sentados en rodal sobre unas piedras, preparando un brebaje que dicen ser café americano en polvo. No hablan más que lo indispensable. Todos sopesan su destino. El jefe trata de conectar con sus hombres esa sensibilidad de afecto, comprensión, militancia, creencia en unos valores que van a necesitar al máximo entre los montes. Les habla de su pasado, de su duro transcurrir en su época de *maquisard*. Les habla, no para vanagloriarse de sus hechos, ni para envolverse en un legendario quehacer, sino para

comentarles que conoce los éxitos, los fracasos, la exaltación de la vida, y el dolor de la derrota. Describe, con la pasión del exiliado, el recuerdo de la tierra nunca olvidada, las casas tan sucias y apoltonadas entrañablemente queridas, los huecos como ventanas, los tejados agolpados entre sí, las paredes de piedra, las calles embarradas donde los pies se hundían entre los surcos abiertos por las bestias que chapotean o levantan polvo en tiempo reseco.

Esa España profunda que anida en el corazón con la fuerza del pasado se adorna con la imagen de mujeres sentadas en la puerta de sus casas, hablando, calcetando, pelando patatas; y asnos y bueyes que transitan mayestáticos sobre el empedrado, y aldeanos que trabajan o acaso matan el tiempo mientras se lían la picadura. Ellos son hombres curtidos, guerrilleros, acaso alguno lleve un muerto, o más, sobre sus hombros, pero sienten la nostalgia de esa tierra áspera, dulce y brusca, complaciente y severa, madre y madrastra que aunque maltrate o malcríe a sus hijos, todos ansían cobijarse en ella. Julián sabe que no debe pasarse en sus pensamientos, y mucho menos en sus palabras. A veces, el exceso de pasión exagera los sentimientos que se convierten en sentimentalismos y éstos en tristeza y pesimismo. En un extraño arranque, deja el apoyo del nogal y abraza uno a uno a los tres maquis que se han acogido a su mandato. Palmotea la espalda a Chispas que ha dejado de toser pero escupe un esputo sanguinolento, y al Magro que pelea con la yesca para encender el cigarro, y al Poeta que mueve en el aire los dedos de sus manos como si estuviese dándole a un acordeón.

A la otra parte del barranco, sin necesitar descrestar el picacho que sobresale por unas rocas, se divisan unos grupos de casuchas conjuntas en la lejanía. La realidad es que están bastante alejadas entre sí, alejadas más que por la distancia por la aspereza y quebradura del terreno. Fijándose más se trata de un pueblo y tres pedanías. Imaginando la aproximación, se distingue unos bancales de exiguas huertas donde se alinean caballones de tubérculos y algún que otro esporádico árbol frutal. Y en el ficticio recorrido, levantando cual diablo cojuelo, el techado de algunas casas, llegan a adivinarse las querencias de sus habitantes. De algunos, porque la mayoría están trabajando en la sierra, madereros, carboneros, pastores, labradores de secano y demás. Pero hay un lugar especial donde los hombres van vestidos de un verde oliva remachado de reflejos acharolados. Es evidente que se preparan para salir, se dirigen al armero y cogen varios fusiles. Los nervios no se dejan ver entre los guardias, pero los tienen; el radiotelegrafista no cesa de recibir y transmitir órdenes encauzadas por el comandante del puesto; hasta el alcalde permanecía atento en la casa-cuartel. Una nueva hazaña del maquis tenía en jaque a toda la línea de la Benemérita. La partida de Basiliso Serrano Valera, Manco de la Pesquera, había sido localizada en las proximidades del embalse donde habían ahorcado al dueño de una finca. Parece ser que el autor fue un tal Daniel, de Monteagudo de las Salinas (Cuenca), lugarteniente del Manco al que se le acusaron más de una treintena de muertes.

Jesús Núñez en la *IV Jornadas sobre El maquis en Santa Cruz de Moya*, octubre

del 2003, comienza su ponencia mostrando la «profunda satisfacción por ver en la misma sala a antiguos guardias civiles y miembros del maquis, protagonistas de aquella época que tan duramente vivieron enfrentados por imperativos del tiempo que les tocó vivir». La Guardia Civil, una vez quitado de en medio el Ejército por razones políticas, representaba por su naturaleza militar, organización, disciplina y despliegue territorial, el elemento más idóneo para combatir la guerrilla. Desechada la primera consideración de Franco sobre su disolución, dada su participación en la zona gubernamental haciendo fracasar la sublevación en lugares tan representativos como Barcelona, y ante la implantación mayoritariamente rural del maquis, el Instituto Armado, actuó de indiscutible protagonista de la represión. Es evidente que las primeras actuaciones de un ejército regular habían demostrado su impotencia frente a unos hombres acostumbrados a sabotajes, atentados y guerrillas cuya eficacia habían demostrado ya en territorio francés. Los dictados de Alonso Vega, director general de la Benemérita, fueron acogidos con disciplina hasta por el último número, fuertemente hostigados, justo es decirlo, por sus mandos naturales.

Al comienzo de 1936 la Guardia Civil contaba con unos 30 000 efectivos, la mitad en cada una de las zonas combatientes. Finalizada la guerra se amplió la plantilla en 10 000 hombres, la mayor parte procedentes de los sargentos provisionales desmovilizados, cuya experiencia resultó muy útil en la lucha contra el maquis. La incorporación de los integrantes del Cuerpo de Carabineros procedentes de la zona sublevada, superada la correspondiente depuración, proporcionó a principios de 1941 una plantilla de alrededor de 54 000 guardias civiles.

Se diseñó la estrategia de destruir físicamente al maquis así como tratar de presentarlos, ente el pueblo y las naciones extranjeras, como bandoleros, carentes de ideología política, ocultando sus victorias y dando publicidad a sus hechos más brutales con la finalidad de conseguir el rechazo en la población y eliminar toda posibilidad de apoyo social. La coexistencia, en el tiempo y en el espacio, de delincuentes comunes que realizaron actos deleznable contra la vida y la propiedad, tanto pública como privada, emborronaron todavía más la historia y la leyenda de los hombres del monte.

Y mientras la partida del Julián establecía sus principios de actuación, los hombres de Mariano, alrededor de cincuenta, entraban en un pueblo de aguas claras y ligeras, saludable aliciente para el descanso del que disfrutaba una conocida autoridad. Desde los tiempos de la contienda civil, el jefe provincial del Movimiento no había sido despertado a las cuatro de la madrugada, por uno de sus escoltas. Casado en segundas nupcias con una ricachona, cinco años mayor según malas lenguas, soportaba estoicamente los ronquidos de su señora esposa con esa resignación de quien reconoce haber realizado un buen casorio. Su beatífico y condescendiente pensamiento se ve interrumpido violentamente por un inesperado suceso.

Un grupo de hombres armados entran en el cuarto guiados por su guardián. El

sorprendido falangista intenta comprender el espectáculo que se desarrolla ante sus ojos, mientras su mujer trata de cubrir sus exorbitancias con una pudibundez no exenta de terror. Es un maqui quien se expresa.

—Venga, ¡arriba! La señora puede quedarse en su sitio, no necesitamos escaparate. Dinero y joyas.

—¿Dinero? —disimula el varón—. ¿De dónde?

—¿Joyas aquí? —gimotea la dama tímidamente.

—¡Si! —brama el guerrillero—. ¡Dinero de vuestros bolsillos, y joyas las que habéis traído para deslumbrar y humillar al pueblo!

—Solamente estos pendienteitos —apenas se distinguen entre los bien robustos lóbulos.

—Y las sortijitas, y la cadenita, y esas pulseritas tan monas que tanto deben molestar en la piltra —empieza a incomodarse el guerrillero, mientras uno de ellos trata de levantar las sábanas con la escopeta.

—¡Quieto estúpido! —corta el jefecillo—. ¡No vayas a asustar a la concurrencia!

La advertencia, intencionada o no, surte su efecto. Los tres maquis que han irrumpido en la habitación guardan silencio mientras encañonan al servidor. El nacionalsindicalista sale de la cama, recoge las alhajas y aderezos de su señora esposa, llega al armario, busca en su chaqueta y tira la cartera, con desprecio y orgullo, sobre las mantas.

—¿Algo más? —reta valiente.

—Lo más importante —silabea Mariano—. Que te vengas con nosotros.

El asistente, policía armada, al que naturalmente le han despojado de su pistola, trata de hacer un gesto que es rápidamente abortado por los guerrilleros. El matrimonio se mira contactando un sentimiento que seguramente nadie hubiera podido suponer. Ella salta del lecho sin cuidarse de nada y lo abraza silenciosa. Él siente una especie de ternura que jamás había experimentado desde que vio el cuerpo de aquel niño destrozado junto a unos raíles. No se dicen ni una palabra, pero el abrazo es fuerte, prolongado, acariciante y hermoso. Los dos se extrañan de no haberse sentido tan unidos como en esos instantes. Se dicen, sin palabras, lo que no se dijeron en los tres años de estrecha convivencia. Se han sido fieles, sí, pero recuerdan que *acostumbrarse no es amar*, y en estos instantes quisieran recuperar lo que una lustrosa viuda y un interesado fascista no habían sabido tener.

Cuando acaban de cerrar la puerta dejando sola a la mujer, la inmensa mole de grasa se desploma sobre el suelo formando una silenciosa y extrañamente bella imagen de angustia, dolor, y fortaleza.

A menos de un kilómetro de distancia, el jefe provincial del Movimiento, arrogante y valiente hasta el final, marcha hacia el puesto que le espera *para hacer guardia sobre los luceros*.

3. Los pueblos de la sierra.

Sus fuerzas vivas.

Los pequeños grupos acantonados en las montañas tienen como misión principal establecer focos de resistencia uniéndose a los ya creados por los primitivos huidos. Un tanto alejados del ideario castrense del que presumían los primeros invasores, provocan un clima de tensión, incompreensión e impotencia que aprovecha el Régimen para justificar una dura represión. Represión que por circunstancias de aislamiento y censura se acentuará en el medio rural. Fueron muchos los poblados, aldeas y municipios de las sierras de España que se vieron turbados por el llanto de los montes.

El río que bordeaba la planicie oeste de Costilleo contaba con la bizarra figura de un molino harinero, máximo exponente del orgullo de sus habitantes que vieron a sus abuelos construir el azud, esa pequeña presa para embalsar el agua con la que conseguir la altura necesaria para lograr una mayor presión. El exiguu caudal, casi estacional, obligaba a establecer esa diferencia de altura imprescindible para que la escasa corriente del río se despeñara en caída libre y obtuviese el máximo rendimiento de su fuerza. El agua precipitada movía directamente una rueda hidráulica provista de paletas que a través de un sistema de engranajes engarzaba el movimiento del eje horizontal de la rueda con el vertical de una piedra de moler.

A unos 1200 metros de altura, con sus cerca de 900 habitantes a los que se les agregaban unos dos centenares de sus pedanías de Pedregaz, Montanar y Masadas representa, además de un lugar agreste rodeado de un cinturón de montañas de salvaje vegetación, un verdadero centro cosmopolita en más de 70 km a la redonda. El río feraz y bravucón en la sierra, se transformaba en sosegado y tranquilo al llegar al pueblo. Una cadena de finísimos meandros con espesa y fresca vegetación bordea corrales, chamizos y pajares dando vida a un bello paisaje montaños. Está rodeado por cinco eras, cada una con su nombre propio según localización y funciones. La de Los Olmos, por los enhiestos árboles que la circundan, la de La Fuente, por la proximidad al manantial de dos caños que abastece al pueblo, la del Pobre, porque en ella se cobijaba, antes de la guerra, el único indigente del lugar, la del Aljibe, dada la proximidad del depósito para recoger el agua de lluvia y la de la Nevera, la menor de

todas, situada al norte, donde en un pozo se apelmazaba la nieve del invierno y podía conservarse la carne proveniente de la matanza durante todo el año.

El trípode sobre el que se asienta el discurrir cotidiano de Costilleo, está representado por don Jesús, el cura, don Antonio el médico, y el sargento de la Guardia Civil con funciones de comandante de puesto, don Mauricio Expósito Ruiz, conocido de mal nombre como el Sobrapelotas dada la impenitente costumbre que tenía de añadir la coletilla *me sobran pelotas* ante cualquier circunstancia comprometida a resolver. Posteriormente se agregó a las *fuerzas vivas* la reconocida intelectualidad de don Pascual, maestro nacional de evocadora historia.

Las irregulares calles del pueblo, que se inician en la periferia con los obligados corrales, apriscos y boyerizas, confluyen en la Plaza del Ayuntamiento donde además se asentaban dos tabernas y el estanco. A las espaldas del Consistorio, en una plazuela de menores dimensiones se encuentra la iglesia, templo parroquial dedicado a San Roque, excelso patrono del municipio, con su torre campanario de sección cuadrada aparentemente altísima dada el reducido espacio, y con su puerta de entrada flanqueada por dos pilares sustentando una hornacina que cobijaba la imagen del santo acompañado de su perro. En esta plazoleta, cuyo centro está curiosamente ornamentado con una fuente de tres caños que los más viejos del lugar no recuerdan haberla visto jamás con agua, se ubica el bar-mesón más importante del pueblo donde la dueña, con su marido, figura secundaria, y sus dos hijos atienden al personal que, en domingos y festividades, atiborran el local.

La iglesia parroquial de Costilleo, si bien no ha requerido ningún cambio arquitectónico desde su construcción a mediados del XIX, ha vivido sin embargo grandes variaciones en el número de su feligresía. En tiempos de la Monarquía la misa dominical contaba con una asistencia relativa, aproximadamente dos tercios de aforo del que el 90 por ciento estaba representado por mujeres. Durante la República, la cantidad de fieles quedó reducida a unas siete o diez viejucas con un par de ancianos, y nada más iniciada la contienda, se cerró el templo y desapareció el párroco.

Se decía, que el entonces alcalde, el tío Serafín, hombre cabal donde los haya, al enterarse de la rebelión militar, reunió al personal de su municipio para comunicarles la noticia y establecer su *modus vivendi*.

—Nosotros no entendemos nada de politiquero. Por lo visto se repite la historia de Caín y Abel, o Abel y Caín, ya me entendéis. Los dos bandos son tan españoles como nosotros. Vengan quienes vengan, mientras respeten nuestras pertenencias, no molesten a nuestras mujeres ni perjudiquen a nuestros hijos, serán recibidos por igual.

Las sensatas palabras del corregidor tuvieron por resultado que unos y otros entraron en el pueblo sin la menor consecuencia. Las mujeres hicieron pequeñas ganancias lavando ropas y preparando ranchos. Los jóvenes se agregaron a quienes quisieron y los más viejos siguieron en el campo, bebiendo algún trago con los ocupantes del momento y hasta opinando políticamente con discreción evidente

teniendo en cuenta la filiación del contertulio. Para conseguir esta envidiable situación, el bueno de Serafín no se contentó solamente con la pragmática arenga a sus conciudadanos. Cuidó también de quitar de en medio los posibles escollos que pudieran comprometer al pueblo. Facilitó la escapada de don Jesús, por aquello de las pocas simpatías hacia el personal eclesiástico de uno de los bandos, y exhortó a don Silvino, el cacique de la región, a que abandonase el lugar por si molestaban a alguien sus posesiones. En los únicos en los que no pudo influir, a pesar de su insistencia, fue en su propio hermano, Cristino, republicano irredento y petulante que precisamente junto con el sacristán, un pobre hombre, fanfarroneaban de sus ideales libertarios.

Con la instauración del nuevo Régimen las cosas habían cambiado bastante. El ínclito alcalde falleció, todavía en posesión de su cargo, antes de los dos años de acabada la contienda, Cristino fue encarcelado y liberado al poco tiempo gracias a la intervención de don Jesús que regresó inmediatamente al pueblo sin saberse jamás donde había estado. Sacristán continuó pasando desapercibido compaginando en cada momento sus ideas medio anarquistas y su trabajo eclesial, y la nueva autoridad del municipio recayó en don Manuel Tijano Carranza, alcalde *franquista* más conocido por El Cuchara por aquello de que *ni pincha ni corta*. Mención especial requiere el regreso de don Silvino, que habiendo permanecido escondido en la capital durante todo el tiempo, venía con ánimo de revancha constatando con energía la victoria de *los suyos*.

La misa dominical congregaba actualmente gran número de feligreses, o mejor dicho de asistentes endomingados que ocupaban sus correspondientes puestos. Primera fila, a ambos lados del pasillo, autoridades y personal significativo, a continuación, como era preceptivo hombres a la derecha, mujeres a la izquierda. El sacristán repicaba el tercero y último toque mientras se apretujaban en la entrada los más retrasados; las muchachas núbiles esperaban apoyadas en la balaustrada del coro el momento de entonar la misa de Ángelus, y algunos siseos autoritarios requerían el silencio en aquel caótico alboroto. Don Jesús, adecuadamente revestido para la celebración tocado con bonete, lo entregó a uno de los tres monaguillos, niños que realizarían ese año su Primera Comunión. Realizada la solemne reverencia ante el altar, se entonó el inicio del canto gregoriano. Llegado el momento de la homilía, y siguiendo la atávica costumbre, los hombres salieron de la iglesia a fumar, mientras las mujeres, ancianos y niños, permanecían sentados a la escucha del sermón, cuya finalización fue avisada por el sacristán para el reingreso de los varones. Terminado el oficio, llegó el emocionante momento de salmodiar los Gozos de San Roque, solemnemente conocidos por las más preclaras y longevas mujeres de la villa por transmisión oral directa de sus ancestros. Todos los concurrentes, puestos en pie, permanecían atentos, especialmente los hombres que, en silencio, admiraban a las avezadas conocedoras de las estrofas en un intento desesperado de desentrañar el sentido de las mismas, algunas de las cuales precisaban de intelectual interpretación:

Sed con Dios nuestro abogado.

Contra toda pestilencia.
A vos la peste también
hirió por orden de Dios
porque pensado por vos,
el mal se trocaba en bien.
Vos sois el médico en quien
perdió el mal su resistencia.
Otra parte más cruel
curasteis haciendo instancia.
El Concilio de Constanza
y todos los padres de él,
con salud al pueblo fiel
premiasteis la reverencia^[10].

La dificultosa salida de la iglesia, clásicamente entorpecida por quienes siempre se empeñan en establecer los comentarios en la puerta de la misma, servía también para los obligados requiebros de admiración, palmadazos de peloteo o cantinelas de envidia. Las mujeres formaban sus corrillos de comadreo, los hombres se encaminaban perezosos hacia el bar, los niños correteaban en la plaza y las muchachas casaderas parloteaban misteriosas, codiciaban a las que tenían novio y procuraban componer la figura ante la significativa mirada de los mozos.

El bar-mesón rebosaba gentío, griterío, susurros, maledicencias y algún que otro apretujón. La totalidad de las mesas estaban ocupadas por mujeres que saboreaban el aperitivo con su chismorreó adjunto, mientras en el mostrador se constreñían los varones intercambiando posiciones para alcanzar el refrigerio. Siguiendo una tradición jamás escrita, en la parte de la barra más cercana a la puerta estaban instaladas las fuerzas vivas del municipio: alcalde, secretario, maestro, forestal, cacique y comandante de puesto, rodeados del consiguiente cortejo de aduladores. Las restantes autoridades, don Jesús y don Antonio, no gustaban de tener lugar reservado y zancadileaban por el local agradablemente convidados por el personal. En el fondo del mostrador, junto al corral, se apiñaba una más escasa concurrencia que, según comentarios lenguaraces, constituían los menos afectos al régimen.

—Mi sargento —comentaba el halagador de turno—. Hay que ver la cantidad de medallas que lleva, ¿son todas por méritos de guerra?

—Casi todas —contestaba condescendiente el aludido—. Menos esta de la Cruz de San Hermenegildo y esta Minerva de profesorado, todas las demás son ganadas en combate.

—¿Y de qué ha sido usted profesor? —seguía el tiralevitas tratando de congraciarse siempre con el mando.

—De casi todo —respondía un poco más violentado el guardia—. ¡Hasta de gimnasia!

—Es usted todo un atleta, mi sargento.

—Bueno... He perdido bastante. Antes me sobraban pelotas para hacerme el maratón y luego *cumplir en parroquia*.

Las risotadas de los concurrentes manifestaban la comprensión y aquiescencia al

comentario. Nadie dudaba de la virilidad del comandante de puesto aunque, eso sí, siempre dentro del ámbito matrimonial.

—Nunca te veo en la iglesia, Cristino.

La frase dirigida por el guardia civil hacia un recién llegado, tuvo el efecto de acallar las carcajadas y silenciar al corrillo. El nuevo concurrente que, por cierto, había intentado pasar desapercibido para dirigirse hacia el otro extremo de la barra, era el convicto republicano hermano del fallecido tío Serafín, garbanzo negro de la familia. La injerencia del guardia civil, lejos de amilanar al paisano, le incitó a pararse en seco y contestar.

—Es que no entiendo el latín. ¿Usted se entera?

—Me sobran pelotas para enterarme de todo lo que me interesa. ¿Comprendes?

—Deje a la ignorancia en paz, don Mauricio —medió el autócrata don Silvino—. Hay quien no merece el menor comentario suyo.

El comandante de puesto, admitió sonriente la alabanza del cacique. Era cierto lo que le decía; y realizando un gesto despectivo continuó la tertulia. Por su parte Cristino, que tampoco deseaba confrontación alguna con la autoridad, se llevó la mano a la frente con los dedos semiextendidos en señal de saludo y marchó hacia su terreno.

—Algún día tendrás un serio disgusto —le increpó Sacristán—. El Sobrapelotas te la tiene jurada y no parará de buscarte las cosquillas.

—A mí no me asusta nadie. Y menos un civilón que ha hecho carrera sobre sus muertos.

—Sí... sí, tienes razón. Pero no chilles tanto.

Sacristán no se caracterizaba por su valentía. Mucha palabrería, mucha divagación, mucha progresía de salón, pero a la hora de la verdad igual levantaba el puño que contestaba arrobado los latines de la misa. Aunque el jolgorio del lugar permitía toda clase de conversaciones, no estaban los tiempos para extralimitarse en libertades, sobre todo desde que el Cuchara dejaba que la alcaldía fuese dirigida por el déspota de don Silvino que, recuperadas sus posesiones y convertido nuevamente en rico hacendado, gozaba de la exclusividad de dirigirse al sargento de la Guardia Civil sin emplear la subordinación militar, aunque naturalmente, tratándole de usted y siendo correspondido.

—Chillo y hablo lo que quiero, Sacristán. A mí no me calla ese tipo por muy sobrado de atributos que presuma.

—Está bien, Cristino —comentó otro contertulio—. Lo que pasa es que eres un picajoso y no se te puede decir nada.

—No. No se me puede decir nada que vaya contra mi libertad de comportamiento. No voy a misa porque no me da la gana, porque no soy ningún meapilas como vosotros y porque donde estén los curas no estará Cristino.

—Pues si no fuese por don Jesús, el que no estaría aquí serías tú.

—Bueno... Es que don Jesús no es un cura.

—¿Cómo que no es un cura? —saltó Sacristán—. A ver a quién crees tú que ayudo todos los días. Hasta entiende el latín y sabe de corrida casi todo lo que pone el misal. Es cura y muy cura. Hasta tiene el título de *prestíbero*.

—Querrás decir *presbítero*, animal —terció el más ilustrado del grupo.

—Bueno —insistió Cristino—. Será todo lo cura que queráis, pero tendréis que reconocer que no es un cura como los demás curas.

—Eso lo sabrá bien Sacristán que lo conoce más.

—Yo no conozco a ningún otro cura más que a éste —respondió el aludido— y para mí es un santo.

—¡Qué santo ni qué niño muerto, Sacristán! ¡Pero si tú eres ateo!

—Ateo sí, pero a mucha honra. Nada tiene que ver el ser ateo con el saber que don Jesús es un santo.

—Y, siendo ateo, ¿cómo es que siempre estás en la iglesia y ayudas a misa?

—Porque la iglesia es de todos, como dice don Jesús, y porque soy el único del pueblo que sabe hablar en latín.

La conversación teológica hubiera seguido no se sabe hasta dónde a no ser por la llegada de Teodoro que venía con noticias.

—Anoche estuvieron en la carbonera.

No hizo falta aclarar de a quiénes se refería. Un cierto desazón, no totalmente reprimido, se extendió entre la camarilla. La existencia de los maquis por los montes cercanos y su llegada en ocasiones hasta los alrededores del pueblo era de sobra conocidos por todos sus habitantes.

—¿Querían algo?

—Como siempre. Comida. Apenas pudimos darles lo poco que llevábamos nosotros. Y la verdad es que nos costó sacrificio. Habíamos estado todo el día apilando la leña y cubriéndola de arcilla para hacer el carbón y tuvimos que renunciar a la cena.

—¿Os amenazaron para que les dieseis de comer?

—No. Nunca lo hacen. Pero se les ve tan derringaos y hambrientos que nosotros, a su lado, parecemos favorecidos.

—Pues sí que deben estar mal, porque tú precisamente no eres un figuras del alimento.

—De todas formas, no creo que se les deba negar el sustento.

—¿Sabes lo que te digo? Que ni se les debe, ni se les puede negar. No piden nada, pero ¿qué pasaría si no les dais lo que necesitan?

—Pues lo que le pasó al Carmelo, que como no quiso darles un cordero se le llevaron tres y le dieron una somanta de palos.

—Y salió bien parado, porque al del Cantal, que les vendía buena cantidad de leche, panes y tocino porque se los pagaban bien, cuando no tuvieron para pagarle y se negó a dárselos le pegaron dos tiros y lo mataron.

—No fue por eso. La cuestión era que fue con el chivatazo a los guardias. Cuando

dejó de hacer negocio, le entraron los sentimientos falangistas.

—Pues al Juan Luis, del Cortijo Santa Inés, cuando los maquis le obligaban a que les matase alguna oveja para comer, y se lo decía al amo, éste le forzaba a que se las diese de las que le correspondían al mediero. ¿Y qué iba a hacer el pobre, si no tenía más remedio que achicarse con los del monte?

—Además el cacique Carzadilla era un *aprovechao*.

—*Aprovechao* y pesetero. Al final, el bueno del Juan Luis Cano, acabó en chirona.

—Me pega que saldrá pronto. Lo han trasladado al Penal de Santa María, y allí tengo un sobrino de oficial de prisiones que me ha dicho que el tal Cano Sánchez, no tenía más remedio que actuar como lo ha hecho.

—Pues yo estoy seguro de que le harán pagar el no haberlos avisado.

—¿Y cómo iba a hacerlo, si se jugaba el pellejo de la familia^[11]?

Nadie desconocía la proximidad de los maquis, había que ser muy ignorante, o acaso excesivamente ingenuo para no admitir, incluso, que los del monte precisaban de puntos de apoyo que, cuanto menos, les cubrieran sus necesidades. Pero la opresora nube del silencio que cubre los pueblos aislados de las montañas, como la ley de los desahuciados de las grandes ciudades, no conoce ideologías, sentimientos ni esperanzas; se rige solamente por la animalidad del instinto conservador, donde lo mejor es no saber nada aunque nada ignores. En más de una ocasión el esclarecido comandante de puesto había organizado batidas con sus guardias, somatenes y algún que otro exaltado de los pueblos cercanos, pero ninguno de estos rastreos encontró el menor indicio de los bandoleros. Más de un enterado de los que tanto abundan en el país, aseguraba que la alharaca y exageración de los preparativos de la búsqueda, tenían como único objeto alertar de la misma y evitar el encuentro.

Don Antonio, el médico, con su característica flema, siempre sosegado y tranquilo como correspondía a su profesión, se acercó al enigmático corrillo en cumplimiento de su diplomática actitud de compartir con todo el mundo. Nadie en el pueblo podría asegurar las simpatías políticas del facultativo. Asentado en Costilleo desde antes de la instauración de la República, amigo personal de aquel añorado Serafín con el que departía conocimientos socio-filosóficos utilísimos para la dirección del consistorio, aprovechaba siempre las tertulias para intercambiar documentación sobre sus dos grandes pasiones, la caza y la pesca. Su simpatía hacia don Jesús, no le impedía reconocer su agnosticismo, gustando cariñosamente de irritar al cura comentándole, en la menor ocasión, la inalcanzable posibilidad del entendimiento humano para comprender todo aquello que trascienda a la experiencia. El párroco no se quedaba atrás zahiriendo al galeno recordándole palabras premonitorias de la posteriormente famosa *Murphyología médica*: «Sólo porque el médico sepa el nombre de su enfermedad, no significa que sepa lo que es».

No se crea con esto que ambos personajes dejaban de admirarse, por el contrario, se estimaban, se comprendían y hasta se querían; no en vano representaban la

intelectualidad del municipio, eran responsables de la salud física y espiritual de los vecinos, amén de ser cordiales, cazadores impenitentes y compartir, por distintos motivos, el celibato.

—¿De qué habláis con tanto misterio, amigos? —La campechanía del doctor no se acompasó con el brusco silencio del grupo—. ¿Qué pasa? ¿Habéis cazado algún cochino estando en veda?

Todo el mundo sabía que la prohibición de cazar y pescar fuera del tiempo permitido era vigilada severamente por los guardias, en especial la del jabalí, por quien el comandante de puesto sentía un sentimiento protector digno de mejor causa. Este mamífero paquidermo de aspecto semejante al cerdo, aunque de cabeza más aguda, jeta más prolongada, pelaje muy tupido y fuerte y colmillos grandes y salientes, resultaba, en ocasiones como la presente, una seria amenaza para el campesinado. El temor no estaba en la peligrosidad de sus defensas, sobre las que existían numerosas y poco creíbles leyendas, sino en que podían convertirse en una seria plaga que arruinaba las cosechas. La hembra, más pequeña que el macho y de caninos más rudimentarios, aunque se reproducía una sola vez al año y su gestación duraba unos cinco meses, llegaba a parir jabatillos en número de seis, ocho, diez y hasta más en cada parición. Los jabatos maman durante cuatro o seis meses de la misma teta sin confundirse jamás, y aunque a veces buscan su alimento en pequeños animales, la base fundamental del mismo consistía en bellotas, frutas, castañas, raíces y granos, produciendo grandes destrozos en los sembrados y viñedos. No era pues extraño que don Antonio, irredento cazador, relacionara la sospechosa actitud de la camarilla con la actual devastadora invasión del jabalí. Sin embargo, sintiéndose incómodo ante la incomprensible reacción de los paisanos optó por alejarse entre comedido y molesto.

—Disculpad, señores, disculpad. No sabía que incomodaba.

—No se vaya, don Antonio. Usted nunca estorba —el sacristán trató de congraciarse—. Hablábamos de cosas nuestras que usted siempre puede escuchar pero, ya sabe, no está el horno para bollos en estos momentos.

—Ni yo quiero enredar tampoco.

—Espere hombre —Cristino se creyó obligado a intervenir. El silencio hacía correr la imaginación peligrosamente. Además don Antonio estaba con todos—. Aquí —señaló al carbonero— que ha visto a los del monte.

—Con tal de que no se entere el sargento, no pasa nada —tranquilizó el doctor—. Pero es mejor que guardéis silencio. Nunca se sabe.

—Todos en Costilleo saben que los guerrilleros andan por estos montes.

—Todos menos el Sobrapelotas.

—Y aun ese —sentenció Teodoro—. Habría que dudarle.

—En fin —convino el médico deseoso de cambiar de tema—. Estén o no estén por aquí, a nosotros no nos importa mientras nos dejen tranquilos.

—Los de uno y otro lado, claro.

—Naturalmente. Todos tienen su parte de razón. Sólo parte, ¿eh?

—Y ya que estamos en el caso —se envalentonó Cristino— dicen por ahí que usted operó a uno de ellos de una pierna destrozada por las balas.

—La gente es muy exagerada. Fue a un cazador de la capital que se le había disparado la escopeta y le dieron las postas. Se las saqué y marchó esa misma noche.

—Ya, ya —continuó Cristino—. Y por eso le llamaron a usted al cuartel ¿verdad?

—Pues sí, por eso —contestó categórico el doctor—. Así se lo conté al sargento y me dejó salir tranquilo.

—¿Y cree que se tragó el anzuelo?

—Yo le dije lo que tenía que decir. Si lo creyó o no, es cosa suya; pero lo cierto fue que zanjamos la conversación sin ningún contratiempo.

El relato del médico demostraba que don Antonio era mucho don Antonio hasta para el bravucón del Sobrapelotas. Él y don Jesús gozaban de bula para no ser interrogados. Las libertades del Régimen consentían el secreto de confesión y el profesional médico, si bien en este último caso no se mostraban siempre excesivamente comprensivas. Isidro, el herrero de Brunilla aseguraba que el médico del pueblo fue sacado a rastras de su casa por los guardias, acusado de esconder a un maqui herido al que no quiso denunciar. Lo único cierto es que nadie volvió a saber nada del doctor, y que su mujer y sus dos hijos desaparecieron del pueblo.

Haciendo honor al plato de croquetas del mostrador de autoridades, don Jesús departía con las fuerzas vivas del lugar.

—Esta noche no cenó. Comeré porque no quiero disgustar a mi hermana, pero de cenar nada de nada.

—No se preocupe mosén, tómese unos *litines* y verá cómo se le pasa la flatulencia.

—No es flatulencia, hijo. Es que ya no me cabe más con todo lo que he picado por ahí.

—Y dígame, *pater* —inquirió el sargento—, ¿cómo es que deja entrar en la iglesia a un ateo que además de no creer en Dios le ayuda a misa? En mi cuartel no entrará ningún rojo si no es para darle una somanta palos.

—Todos los hijos de Dios tienen entrada en el templo, hasta los que no saben que lo son.

—Bueno, vale, pero esa norma no sirve para mi cuartel porque los rojos son también hijos pero de otra cosa.

Las risas de los concurrentes pavonearon satisfactoriamente al comandante de puesto que, deseando ser condescendiente con el párroco para que quedase constancia de su entendimiento con la Santa Madre Iglesia, cambió la conversación.

—¿Se le ha dado bien la cacera esta semana, *pater*? —comentó por lo bajo, dándoselas de permisivo con el Vaticano.

—Estamos en época de veda, hijo mío. Y tú sabes muy bien que yo cumplo reglamentariamente.

—Cumple con los mandamientos sí, pero que yo sepa éstos no dicen nada sobre la caza.

—Por cierto don Mauricio —habló el cacique—. Puesto que los mandamientos no dicen nada sobre la caza, usted puede intervenir en ella, ¿no?

—Yo puedo intervenir en todo aquello que no se oponga a la Santa Madre Iglesia —blasonó el guardia señalando a don Jesús.

—Es que el jabalí me está destrozando la finca y ya llevo un porrón de duros perdidos este año. ¿No podría autorizar una batida de puercos salvajes?

—Me sobran pelotas para organizar lo que sea, saltarme las disposiciones y actuar con entera libertad, siempre y cuando no contravenga los mandamientos de la Ley de Dios ni, por supuesto, los principios del Glorioso Movimiento Nacional.

Centrada la conversación en los procederes cinegéticos, se discutió la conveniencia de proteger la cosecha que se solucionó, justo es decirlo, satisfaciendo a don Silvino, pudiente hacendado, valiente somatén y defensor a ultranza del pensamiento *joseantoniano*. La posibilidad de establecer una montería llegó a oídos de don Antonio o quizá solamente lo intuyó su olfato; el caso fue que el encomiable facultativo y empecinado cazador corrió presuroso hacia tan meritoria reunión.

Mientras el futuro se dirimía en tertulias aldeanas, la vida continuaba, cansina y dura. En el pueblo las mujeres realizaban el milagro de poner algo en el puchero; en la sierra se fraguaban tristes historias, y en las ciudades, ocultando sus vergüenzas e infortunios, se estrenaban cintas como *La tonta del bote* y *Sin novedad en el Alcázar*. Era la época en que el doctor Gregorio Marañón regresaba a España tras años de exilio, en los ruedos triunfaba Manolete, y una epidemia de tifus exantemático, *piojo verde* asolaba los barrios pobres de Madrid.

4. Maquis y masoveros.

Damián trajinaba en la solana de la parte alta de la casa. Una ventana cerrada con tela metálica permitía, a través de dos agujeros practicados en la malla la entrada y salida de los palomos que anidaban en unos cajones sujetos a la pared. Había que procurar que las aves volasen libres en busca de alimento cuando lo necesitasen y regresasen con el buche lleno para sustentar a los pichones. Hombre acostumbrado a la supervivencia en las montañas, sabía muy bien que con tres o cuatro parejas para criar obtendría apetitosos resultados.

La misma finalidad tenían los nidos de gorriones que había construido horadando la pared con la abertura suficiente para que cupiesen los pajarillos y encontrasen un nido acogedor en el pequeño saco en que acababa el orificio. Bajó la angosta escalera semi-caracol de desiguales escalones de obra para dirigirse a la cuadra. Distribuyó la ración de alfalfa entre el burro y el macho, cruce de la especie asnal y caballar, encaminándose al fondo hacia la parte más oscura donde se encontraba la porcaterra. Elvira, sentada sobre un serón repartía paja limpia sobre el suelo preparando la parida de la cerda. Había que tenerlo todo en orden, el agua caliente, los paños, incluso la aguja esparñera por si hiciese falta utilizarla y, no olvidar el acomodarse para pasar la noche cuidando que la cochina no aplastase a sus crías, posiblemente doce o más que se amontonarían sobre su tripa intentando mamar todas a la vez. Damián supervisó la situación a sabiendas de que no tendría que aconsejar nada a su mujer, mucho más ducha que él en aquellos menesteres. Volvió al zaguán y entro en el habitáculo principal de la masada, cocina, comedor y sala de permanencia. Se dio un buen trago de la bota, se acercó al poyo de albañilería y cogió un cántaro, panzudo recipiente de barro de boca y fondo más estrechos, encaminándose hacia el exterior. La masía Los Chopos era una propiedad estimable, no solamente por su rentabilidad sino por su privilegiada ubicación. Rodeada por erizadas cumbres de una sierra bravía, descansa sobre la suave ondulación de un pequeño valle cubierto por verdes prados que alegran el abrupto paisaje. Tiene además un hermoso chopal, que le da su nombre, por donde discurre, inmenso privilegio, un diminuto riachuelo, grandioso en su pequeñez, alimentado por una fuente. Los dueños de la hacienda, de cierto linaje,

residen en Madrid y acuden a visitarla una vez al año, confiando ciegamente en sus medieros que rinden cuentas a determinado apoderado. A pesar de la escasa posibilidad de que los amos visiten la propiedad, Elvira tiene siempre dispuestas las dos habitaciones del primer piso que cuenta además con un simulacro de servicio consistente en un cajón de obra, situado en un cuartucho, provisto de un agujero en comunicación directa y vertical con el establo.

Regresaba Damián de llenar la vasija y se detuvo mirando las encinas que crecían en semicírculo a escasos metros de la fuente. El comienzo de la noche empezaba a desdibujar el paisaje. Árboles, carrascas y rocas se confundían entre matas de lavanda, aliagas y romero, empezando a configurar extrañas siluetas que invitaban a la imaginación. Pero Damián estaba acostumbrado a las sombras del monte y sabía distinguir muy bien el contorno de las ramas, del vuelo del búho o del remolino de la tierra. Lo que sus ojos veían no era la rara mezcolanza de imágenes producidas por el azote del viento, sino las reales siluetas oscuras y silentes de dos hombres que se aproximaban cautelosamente. Acostumbrado a la visión panorámica que desarrolla el instinto de conservación de todos los seres vivientes del monte, el masovero percibió la presencia de otro hombre que, desplazándose rápidamente por su derecha casi fuera de su ángulo de visión corría a esconderse tras el edificio. Damián pensó en su mujer que estaba atendiendo a la puerca y se le encogió el corazón golpeándole con fuerza como si quisiera salirse del pecho. Nunca había visto a los de la sierra pero no había duda de que se trataba de ellos. No sabía como eran, ni lo que ciertamente querían, pues si había que hacer caso a lo que se contaba tanto podían resultar unos bandoleros como unos idealistas o incluso unos pobres hombres que sólo querían subsistir. Sin embargo, fueran lo que fuesen, les había tocado a ellos y no era cosa de alegrarse ante una situación espinosa. Según relataba el forestal, en el pozo del tío Raimundo habían violado a la vaquera. Claro, que el forestal era un falangista pendenciero y siempre hablaba de los malditos rojos que querían destruir a España. Por otra parte, Cristino, el hermano del antiguo alcalde, aseguraba que los guardias daban palizas de muerte en el cuartelillo a los que ayudaban a los maquis. ¡Señor! ¿Cuándo se acabarían estos odios entre hijos de un mismo pueblo? De todas formas, lo que estaba muy claro es que los del monte, con mayor o menor razón, lo que querían era matar a Franco. Bueno, matarlo o quitarle el poder. Era cierto que los tiempos eran malos, que el hambre, aunque no era su caso, se extendía por todo el país y que si te oían criticar a los falangistas o al régimen militar, estabas perdido. Pero ¿qué le importaba a él que estuviese prohibido hablar de política, o blasfemar, o levantar el puño, o tener que reír las gracias del Sobrapelotas y compañía? Lo que desde luego no estaba bien era lo de tener que someterse a las exigencias de la Fiscalía de Tasas. Esos si que eran ladrones. Pero después de todo, él sabía como despistarlos con sus escondrijos del granero.

—¡Damián! —la voz resultaba medrosa, alarmada—. Desde el ventanuco de atrás he visto un hombre con escopeta.

Elvira había salido de la pocilga en busca de su marido. Muy asustada debía estar para dejar a la puerca en tan delicado momento. Ella, con ese instinto defensivo de la hembra de la montaña, tenía mucho más claro que su hombre el sentido de la supervivencia. Damián permaneció quieto, impávido, mirando al carrascal sin volver la vista. Echó la mano izquierda, apenas separada del cuerpo, hacia atrás hasta encontrar la palma de su mujer y el engarce de sus dedos. No se dijeron nada. En silencio, plantados en la puerta de la masía, unidos por ese contacto que transmite, mejor que las palabras los sentimientos, admitieron su destino y esperaron la llegada de los hombres. Sabedores de haber sido vistos, los maquis no guardaron de ocultarse. El más próximo salió al sendero con paso firme y decidido. Su porte arrogante sin ser altivo, de estatura algo más que mediana, cabeza tocada por una boina y metralleta al hombro, manifestaba esa mezcla de temor y respeto que sólo emana de los líderes. El casi imperceptible ademán de su brazo y el cordial gesto de su rostro demostraron el intento de inspirar tranquilidad más que desconfianza. Detrás de él, otros dos hombres salieron del encinar en actitud mucho menos apacible. Damián observó que estos últimos llevaban las escopetas en posición defensiva y aunque vestidos de forma similar al primero, sus trincheras no eran de cuero, ni sus armas tan efectivas, ni el calzado que usaban gozaba de la solidez del utilizado por quien indudablemente ejercía el mando.

—Estad tranquilos. Somos guerrilleros antifranquistas, no deseamos haceros ningún daño.

El que así hablaba realizó un ademán autoritario y los dos que le seguían reposaron sus armas mientras un tercer individuo, el que había visto Elvira por la tronera de la cochinería, se incorporaba al grupo.

—Cuatro por lo menos —calculó Damián, mientras apretaba con fuerza la mano de su mujer—. Cuatro y bien armados.

—¿Hay alguien más en la casa?

—Nadie. Puede usted pasar a verlo.

—Vamos adentro. Chispas quédate vigilando. Los demás venid conmigo.

Pocas y eficientes palabras. Los tres hombres, precedidos por los medieros, entraron en la masía. Damián puso la bota sobre la mesa y acercó el queso y un buen trozo de cecina.

—No andáis mal de manduca ¿eh? —comentó un individuo extremadamente delgado, algo cargado de espaldas, de color cetrino y torva mirada—. A vosotros no os va tan mal el Generalote.

—La masía es buena, y los amos aceptan bien las *medias*.

—Entonces también eres tú uno de esos canallas que explotan al pueblo. ¿No sabes que la gente se muere de hambre a *puñaos*?

—¡Cállate!, Magro —zumbó la voz del cabecilla—. No estamos aquí para sermones. ¿Tienes armas?

—Una escopeta del 12 para la caza. Ahí en el dormitorio.

El maqui se encaminó hacia la habitación de los masoveros. De una pequeña estaca clavada en la pared pendía la carabina y el cinturón con cartuchos junto a un morral y un sombrero de paja.

—No me la quitéis —protestó Damián—. Me resulta necesaria.

—¿Para librarte de nosotros? —ironizó el guerrillero.

—No. Para buscarme alimento.

—Nadie te la va a quitar, *malpensao*, pero es mejor que la tengamos nosotros hasta que nos vayamos. Dile a la mujer que nos haga algo de caliente.

—Podéis comer de la olla que tenemos para toda la semana. Mi mujer tiene que atender a la puerca.

—¿Atender a la puerca?

—La cerda que está a punto de parir.

—Que vaya —se dirigió a otro de sus hombres—. Poeta, acompaña a la mujer. —Viendo que Damián apretaba los puños en gesto inequívoco de evitar dejar sola a Elvira, aclaró—. No temas. Respondo de ella.

La avidez con que daban cuenta de la comida, hablaba bien a las claras de la dureza de la vida en la sierra, de las obligadas privaciones y del fatigoso sacrificio que, al parecer voluntariamente, habían aceptado aquellos hombres. No obstante, el concepto de voluntariedad no estaba excesivamente claro para el masovero porque, ¿puede llamarse voluntario quien se echa al monte por escapar de las palizas de los guardias, o por la desesperación que provoca el ser tenido por rojo y ninguneado por los jerifaltes del lugar, o acaso el pobre desgraciado que sólo busca sobrevivir a la hambruna? Y no digamos del ingenuo, engañado por unos jefes cómodamente instalados muy lejos del país, que cree en la liberación del pueblo. Sin embargo, justo es reconocerlo, Damián también conocía a quienes defendían honestamente unos ideales pisoteados en aras de la paz y el orden. Recordaba, entre escéptico y comprensivo, aquellos momentos de guerra fratricida en que lo más práctico era permanecer al margen de cualquier ideología. Pero ¿era verdaderamente justa esa postura? Para él, desde luego, fue la más conveniente. Colaboró con los de la Columna Durruti transportando alimentos para los del frente, con el mismo interés con que lo hizo para con el Tercio de la Legión cuando irrumpieron en la zona. Esta última circunstancia le valió su más que aceptable actual situación al ser recomendado a los señores dueños de la masía para ser sus medieros. Influencia conseguida, nada menos que por el jefe provincial del Movimiento. Pero ¿no sería este mismo favoritismo el que le resultaría perjudicial en estos momentos?

—¿Vienen con frecuencia los guardias?

Las palabras del guerrillero le sacaron de sus inquietantes pensamientos. Las preguntas directas requieren respuestas de igual clase si no se quiere caer en la sospecha. Damián pensó acertadamente que no se trataba de dar información que no pudiese ser conseguida por otro lado. La cooperación era arriesgada, pero el engaño resultaba muy peligroso. El campesino hizo gala de su mayor pragmatismo. Mentir

nunca, decir la verdad ya veríamos.

—Casi todas las semanas hacen la ronda.

—¿Cuándo pasan?

—No tienen día fijo.

—¿Les facilitáis el trabajo?

—Como a vosotros. No nos metemos en nada. Todo el que pase por aquí tiene algo para llevarse a la boca.

—Me refiero a que si les informáis de la presencia de guerrilleros.

—Nunca los hemos visto.

—Pero ahora sí.

—¡Déjate de pamplinas, Julián! —zanjó el otro maqui—. Ya sabe lo que le espera si nos delata.

—Si me lo preguntan no puedo decir que no os he visto. Acabarían sabiéndolo y no se andan con chiquitas.

—¿Entonces?

—No iré a delataros —el masovero explotaba su ambivalencia— y conste que me la juego. Pero si me preguntan diré la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —Julián, aunque inquisitorio, admiraba la astucia del campesino.

—Que habéis pasado por aquí un día cualquiera, me habéis obligado a daros algo de comer y os habéis marchado sin saber siquiera hacia donde.

—¿Cuántos éramos?

—No lo sé. Yo sólo vi a dos de ellos.

—Que aspecto teníamos, cómo íbamos equipados, armas, edad, más cosas.

—No entiendo más que de escopetas de caza. Además, no estaba con ánimos de fijarme en nada. Mi mujer estaba atendiendo a la gorrina y yo marché junto a ella en cuanto me dejaron.

—Última pregunta, zorrón. ¿Por qué no nos denunciaste enseguida?

—Me la jugaré. Ya cuento con que no puedo escaparme del todo. Les diré que precisamente iba a dirigirme al cuartelillo cuando aparecieron ellos. Tendré el macho preparado para dar más sinceridad a mis palabras.

El lenguaje equívoco, indeterminado, no comprometido, que la gente del campo suele emplear para no descubrir sus sentimientos íntimos, totalmente opuesto al que usan cuando se trata de cuestiones de laboreo, ganadería, labranza e incluso metereológicas, era sobradamente admitido a la vez que comprendido por todos los de su clase. Julián, aún perteneciendo a un estatus diferente, más militarista que campesino, había contemporizado en sus tiempos de *maquisard* con aldeanos similares, conocía su idiosincrasia, y sabía cómo se expresaban. Las palabras de Damián le valieron su confianza aunque, lógicamente, procuró asegurarse.

—No creo que seas tan tonto como para perjudicarte a sabiendas.

—Dile lo que le pasó al Florián, o a Celestino o...

—¡Que te calles, Magro! ¡Cuando hablo yo no me interrumpes nadie! —quedaba claro que el jefe no admitía interferencias—. Enséñame la casa. Necesito conocerla bien.

Subiendo la irregular escalera, el maqui golpeó con su puño la pared lateral que la conformaba y sonrió maliciosamente. Ya tenía experiencia en estos trucos. Los campesinos solían colocar falsos tabiques que les sirviera de escondrijo para guardar el grano de la vista de los de Abastos. La empobrecida España de la postguerra sufría las consecuencias del abandono y destrucción del campo, de la exigua industria, de la alimentación, del trabajo, y aunque el Régimen intentaba fiscalizar los recursos en aras de una distribución más justa de los mismos, las necesidades, argucias, mercadeo, aprovechamiento, robo y por supuesto, vil y rastroso enriquecimiento configuraban el entramado sobre el que se sustentaba el país. La observación no pasó desapercibida a Damián que supo valorar la comprensión y silencio del maqui. El primer piso, lugar impoluto para aquellos lares, destinado a las posibles visitas de los dueños, no requirió gran atención del guerrillero. No así la parte superior, granero y solana abierto directamente al exterior, cuya disposición y vistas proporcionaba un observatorio privilegiado con unas troneras eficientes ante cualquier situación de emergencia.

—¿A dónde se dirige ese sendero?

—Directamente al corral de las ovejas donde duerme el pastor.

—¿Hay un pastor en la masía?

—Sí. Y hasta hace dos meses contábamos con mi hijo que está ahora en Ceuta haciendo la mili.

—Mucha gente ¿no?

—La masía lo requiere.

—Te hago responsable de todos. De su comportamiento y de su silencio.

—Yo sólo respondo por mí y por mi mujer.

—¡Por todos! —Ordenó tajante Julián que sin esperar respuesta bajó por la escalera dirigiéndose al establo.

La gorrina había parido cinco cochinitos y según la disposición de Elvira todavía no había terminado. El Poeta tumbado junto a la puerta daba cuenta de un buen trozo de cecina, amorrado a la boca del porrón trasegando largos tragos de vino peleón.

—¡Ya está bien de trincar, imbécil! La cogorza no te va a permitir caminar, y aún nos queda mucho recorrido.

El instinto y perspicacia de Damián, desplegado al máximo en aquellas circunstancias, le hacían calibrar los comportamientos de aquellos hombres, sus propensiones, gustos y diferencias. La autoridad del jefe, indiscutiblemente admitida por sus subordinados evidenciaba una muy superior instrucción, eficacia, e incluso cierta cortesía. Acostumbrado a observar más que a preguntar, a intuir más que a demandar, el mediero construía con mayor o menor acierto, pero con convencimiento pleno, sus deducciones.

Los cuatro hombres que formaban la partida podían muy bien representar el abigarrado perfil sociológico de una clase mayoritaria en el pueblo español. El jefe evidenciaba esa figura autoritaria, persuadida de poseer la verdad, honesta sin duda aunque lastrada por convicciones adquiridas circunstancialmente; el Poeta representaba ciertos rasgos de soñador, mezcla de ingenuidad e ignorancia, pronto a satisfacer sus deseos tanto como a reconocer sus debilidades; el Magro, acaso influenciado por su catadura descubría ciertos trazos de brutalidad encubierta de astucia; la silueta del Chispas, sin duda por su fugaz presencia, escapaba del análisis del masovero. Las más o menos acertadas, incluso posiblemente erróneas, deducciones del rústico demostraban más que suficientemente las convicciones y sentimientos del campesinado; convicciones prácticamente imposibles de cambiar dada la tozudez inherente a su idiosincrasia. Sin embargo, aún sin contar con la más mínima objetividad, la intuición popular acertaba en las conclusiones, y en la práctica el conjunto del grupo representaba un poderoso ariete capaz de incrustarse en el maleable terreno de una convaleciente España, vencedora y vencida, de la que todavía podían arrancarse jirones de dolor.

De regreso a la cocina Julián ordenó la marcha. Habían repuesto fuerzas y, como estaba mandado, caminarían hacia su destino por la noche, siempre protegidos por la oscuridad, para pernoctar a la llegada del día en su campamento base, o en algún refugio del camino. Ninguna explicación, ningún comentario, ningún detalle que pudieran orientar su meta ni sus posibles acciones. Tácito acuerdo de ignorancia, indudablemente beneficioso tanto para la partida como para sus colaboradores. Un par de conejos, ya desnucados, grueso trozo de cecina y pan de masada se llevaron de recuerdo. Doscientas pesetas sobre la mesa fue la recompensa que dejaron los guerrilleros. Recompensa y recuerdo adobados sustancialmente de desazón y angustia. No hizo falta que el mediero los acompañase hasta la puerta. ¿Para qué? Sabían el camino y, por supuesto adoptarían una dirección muy distinta a la que verdaderamente seguirían. Damián y Elvira se encontraron en el establo, se miraron sin hablar, el labriego pasó el brazo por encima de los hombros de su mujer y así, en silencio, se dirigieron hacia la porqueriza donde once porcatillos tiraban de teta vigorosamente. Luego, con el mismo silencio fueron hacia el comedor, tomaron algo de las sobras que habían dejado los visitantes y Damián, sin romper la reserva se marchó al dormitorio. Mucho tiempo después, acaso ya amaneciendo, Elvira se acostó junto a su marido, se enlazaron las manos como hacia muchos, muchísimos años que no hacían, y simularon dormirse.

En la tranquila masía, parecía como si todo se hallara suspendido en una atmósfera intemporal de sereno abandono. Despertaban los animales que empezaban a esparcirse por el corral, picoteaban las gallinas, correteaban los conejos, se pavoneaba un gallo entre observador y pendenciero, y se agregaban los gorriones mientras una rata se deslizaba, extrañamente tranquila por el canalón, esa especie de tubería que conduce el agua de lluvia por el borde de los tejados hasta el suelo. El

mamífero roedor desaparece en la cambra donde se almacenan, junto a los aperos de labranza, los frutos y granos de la cosecha.

Mientras Damián aparejaba al macho con sus arneses, cuidando de sujetar bien las cinchas para que no se escurriesen las albardas al acomodar la carga, Elvira enjaezaba al jumento para montarlo a mujeriegas. Era jueves, día de mercadillo en Costilleo y pensaban llevar al pueblo unos kilos de almendras, dos capazos de hortalizas y unas ristras de morcillas para hacer la temporada. Los siete kilómetros que los separaba bien costaban sus dos horas de marcha. Se habían levantado temprano, posiblemente sin haber conciliado el sueño, pero la ocasión no podía perderse, tenían que llegar al pueblo para mercadear sus pertenencias. Los cuatro o cinco tenderetes habituales venían a completarse, en ocasiones, con algún que otro puestecillo de las masías, única exhibición de productos nutrientes. Las albarcas, alpargatas, pañolones, fajas y demás paquetería nunca solían faltar en las plazoletas, pero el género alimenticio solía escasear.

La hambruna desatada en España tras la contienda civil perduraría largo tiempo agravada por una economía sin aparente horizonte internacional y carente de esperanza ante un Occidente enzarzado en una terrible guerra. Aunque la exagerada cifra del millón de muertos pudiera reducirse a un cuarto, la mitad de éste en contienda y la otra por represión de uno y otro bando, el número sigue siendo escalofriante. Los aproximadamente veintiséis millones del censo de españoles habían quedado abrumados por la terrible experiencia colectiva ya que, prácticamente todos habían sufrido activa o pasivamente la tragedia apocalíptica.

La España del nuevo Régimen presentaba una panorámica social muy distinta a la anterior. La estructura política adoptaba una forma de corporativismo en la que, la clase intelectual e incluso la proletaria pierde su influencia para dejar paso a una nueva organización asentada sobre el funcionariado, el Ejército, la burguesía, los terratenientes y la jerarquía eclesiástica. La España rural se debate en la miseria y se refugia en el intercambio de sus escasos productos de la tierra. A excepción de ciertos privilegiados, las grandes masas sociales de la postguerra pasaron hambre, y en ocasiones hambre mortal. No es de extrañar que en aquel ambiente surgieran grupos de individuos que especulasen con la desgracia e incluso se enriquecieran miserablemente. La introducción o venta clandestina de artículos de comercio, popularizó el estraperlo, forma engañosa de alcanzar grandes fortunas. El nombre provenía de unos extranjeros, Straus y Perlos, que introdujeron durante la República un nuevo juego de azar, especie de ruleta que permitía manejos fraudulentos que ocasionaron graves escándalos y que generalizó el nombre para todo tipo de chanchullos.

Los masoveros de Los Chopos jamás tomaron parte en esta clase de chalanería, lo que no les impedía comerciar con sus productos honradamente conseguidos. La presencia en el mercadillo les servía, no solamente para obtener ciertas ganancias sino para relacionarse con la gente, estar al día de los acontecimientos e intercambiar

prácticas informaciones. La pequeña alteración de la vida cotidiana del poblado ponía de manifiesto, paradójicamente, la calamitosa situación del país. Las visibles carencias nutricionales podían perfectamente extrapolarse a las ciudades donde empezaban a proliferar los suburbios, entidades donde se concentraban los más desfavorecidos convirtiendo lo que antes representaban zonas populares, castizas, típicas y tradicionales en las nuevos barrios bajos de la ciudad. Una catastrófica situación alimenticia y social se reflejó con la aparición de enfermedades tales como anemias, edemas, trastornos hepáticos, sífilis y sobre todo la temible tuberculosis. La obligada convivencia de familias enteras, abuelos, padres, hijos, en lugares insanos de escasa superficie, donde comedor, sala de estar y dormitorio se encontraba en una misma habitación, debiendo además compartir los servicios de retrete, cocina y lavadero con otras familias, era algo corriente entre la población empobrecida. En este punto justo es reconocer que la vida rural presentaba menos condicionamientos. Las carencias del Estado se ponían de manifiesto ante la imposibilidad de atajar la tuberculosis, presente prácticamente cuanto menos, en algún miembro de todas las familias y cuya única prevención quedaba reducida al diagnóstico precoz, alimentación sana y una vivienda higiénica. La situación se complicaba porque considerándose una enfermedad vergonzante los miembros activos de la familia solían ocultar los primeros síntomas por temor a perder el precario empleo al considerárseles contagiosos. En la España de los maquis la mortandad por esta enfermedad venía a superar la cifra de 30 000 al año, estimándose que enfermaban al mismo tiempo 150 000 personas, lo que dejaría marcada a toda una generación de españoles que debían afrontar la enfermedad con sobrealimentación, curas de reposo y traslado a lugares altos; algo que no estaba al alcance de la gran mayoría. Como es obvio la depauperante situación nacional, se centró entre la población más débil, ancianos y niños con un alarmante número de defunciones entre estos últimos, calculándose que la mortalidad infantil se encontraba alrededor de 130 por cada mil nacimientos, cuando en la Europa de aquel tiempo no llegaba al 40 por mil.

La España urbana y rural seguía impermeabilizada por un muro en el que las diferentes interpretaciones y consecuencias políticas, económicas, ideológicas, morales e incluso religiosas, separaban a unas sociedades indiferentes entre sí. ¿Qué se sabía en los pueblos de ese querer ser, de una nueva clase social que ante su obligado fracaso reduce sus aspiraciones traduciéndolas en infelicidad y malestar psicológico; o de esa otra forma de apariencia en que la frustración alimentaba la envidia; o de la tétrica plaga de enfermedades venéreas como consecuencia de una huida de la realidad; o de las colas del racionamiento; o de los carteles prohibiendo la mendicidad, hablar con el conductor del tranvía o tener cuidado con los rateros? Y de los maquis, ¿qué sabía el ciudadano de las circunstancias en que se desarrollaba la cotidiana vida de los poblados de montaña? Y aún más. Dentro de estos mismos, ¿qué se conocía de los que vivían aislados entre pinares, vados y boscajes cercados por peñascales y cumbres, separados de un mundo que ni conocían ni podían

comprender? Todavía no se ha escrito la terrible realidad de los masoveros, la mayoría indiferentes al problema político que los cercaba, incapacitados para su propia defensa, obligados a tomar partido en aras de su supervivencia, indefensos totalmente ante los guerrilleros como ante la Guardia Civil. Ninguno podía protegerle de los otros. Se sabe que en una ocasión, las fuerzas del orden descubrieron la colaboración con los maquis porque tres de los siete muchachos de la masía llevaban alpargatas nuevas, artículo de lujo que nunca hubieran podido conseguir si no fuera por su ayuda a los del monte.

Elvira y Damián no escapaban al desolador cuadro del que formaban parte. Si bien es cierto que el hambre no entraba en sus deficiencias, ni tampoco las enfermedades mermaban su salud, poseían a cambio la terrible plaga del temor, ese miedo que tanto llanto produjo en el silencio de los montes. Apostaron en el suelo los dos caballetes que sustentaban el tablón, extendieron el mantelillo y abocaron las almendras, hortalizas y rastros de morcillas. A su lado la agitanada quincallera, famosa por sus oráculos, pregonaba con lenguaje críptico sus baratijas, collares, pulseras, peinetas, dedales, pendientes, colgantes; todos ellos poderosos talismanes contra el mal de ojos, el de amores y hasta el de fortuna.

—¿Cuánto tiempo sin veros? —don Jesús también hacía su recorrido—. ¿Parió por fin la gorrina?

—Y buena parida que hizo, mosén —contestó complacida la mujer—. Once mamoncillos para engordar.

—Anda. Dame una rastra de morcillas.

—No se las lleve todas, *pater*, que la autoridad también necesita alimentarse. —La voz del Sobrapelotas, acompañado de su esposa, enrareció la situación—. ¿Qué tal por allá arriba? ¿Alguna novedad?

Damián sintió esa especie de opresión precordial que, a veces, le había alarmado. ¿Sabría algo el sargento, sospecharía o simplemente sería una pregunta rutinaria? El comandante de puesto no podía saber nada. Había convenido con los del monte que no ocultaría su presencia, pero el Sobrapelotas no le tranquilizaba su conciencia, y mucho menos en aquel lugar. Por un momento pasó por su cabeza sincerarse con el guardia y delatar a los guerrilleros. Acaso sería la única oportunidad antes de que se complicara excesivamente el asunto. Elvira pareció adivinar los pensamientos de su marido. Disimuladamente le rozó la pierna, se miraron a los ojos, y el masovero entendió el consejo.

—Todo como siempre, mi sargento —ya estaba echada la suerte—. Trabajo no falta y no nos va mal del todo.

—Y los amos, ¿no sabéis si van a venir?

—Nunca nos avisan, mi sargento. Pero siempre les tenemos preparada la casa.

—No es precisamente ahora momento de que vengan por estos sitios. Si van a la masía, díles que se pasen por el cuartel. Quiero hablar con ellos.

La mujer del guardia civil compró unas ristras de morcilla, un trozo de cecina y

hasta un puñado de almendras. La *guardia civil* tenía que disimular sus estrecheces, aliviadas en parte por los suministros del economato de la capital.

El trasiego del mercadillo recaía principalmente sobre el tenderete de los masoveros. Unas albarcas, una gorra para don Antonio, alguna que otra faja labriega, un par de sayas y pequeña quincalla fue la venta del día en los demás puestos de la plaza. Cuando el reloj del Ayuntamiento marcó la una, casi al instante se oyeron los tres toques del pregonero. Precisamente tres porque anunciaban *bando del señor alcalde* por el que se ordenaba la retirada de los puestos ambulantes. También Costilleo funcionaba a toque de corneta lo que era sobradamente admitido por el paisanaje acostumbrado al cumplimiento de las ordenanzas en aras de la paz, el bienestar y la concordia. Elvira y Damián recogieron los restos de sus productos no sin antes recibir el visto bueno del delegado de Abastos, personaje temible encargado de revisar y, en su caso, requisar los alimentos que consideraban excedentes para supervivencia del productor, ya que incluso para hacer la matanza tenía que contarse con el permiso de las autoridades. No era extraño por tanto que, como en el caso de los masoveros, tuviesen los campesinos algún que otro escondrijo donde ocultar generalmente el trigo para paliar su hambruna.

La calamitosa situación del país obligó al nuevo Estado, en un intento de solventar las necesidades alimenticias de la población a implantar el racionamiento que, como fenómeno de rechazo provocó la aparición del mercado negro, perverso enriquecimiento de muchos desaprensivos. Se estableció una cartilla provista de varios cupones que se canjeaban por el producto que podía comprarse. Así, cada persona tenía derecho a la semana a ciento veinticinco gramos de carne, doscientos cincuenta gramos de pan, cien gramos de arroz, otros tantos de lentejas, un cuarto de litro de aceite, y algún que otro artículo de primera necesidad entre los que se incluía el jabón y el tabaco. Otros productos que podían encontrarse eran básicamente boniatos, garbanzos, bacalao y tocino, y en raras ocasiones artículos lujosos como café, chocolate, azúcar y membrillo. El pan blanco, de harina de trigo, resultaba solamente asequible para algún privilegiado, siendo el negro, hecho con otras harinas generalmente de centeno, el de uso corriente. La sabiduría popular había definido el pan como producto resultante de la política establecida considerándolo «Negrín por fuera, Prieto por dentro, el comerlo es una Hazaña y va para Largo Caballero».

Las primeras horas de la tarde cubrieron la soledad de las callejas y plazuelas de Costilleo. Las gentes se hundieron en sus hogares a la hora de matar el hambre o a esperar a los del campo. Don Antonio, el médico, a horcajas de un mulo tirado por un labriego, regresaba de atender un parto en Pedregas; y don Jesús sentado en la mesa junto a su sobrina esperaba impaciente que su hermana Palmira les sirviera las alubias con chorizo y morcilla a las que echarles la bendición.

En la casona del que fuera alcalde durante la cuaterna Monarquía-República-Guerra-Franquismo, su viuda Amalia servía el cocido a su hijo Paco y a su cuñado que adoctrinaba al muchacho a regañadientes de la madre.

—Ya está bien, Cristino ¡Deja de marear al chico con tus *monsergas*!

—*Monsergas*. ¿Qué sabes tú de eso que llamas *monsergas*? Para *monsergas* las de los fascistones del régimen, que sólo saben oprimir al pueblo.

—Del régimen que tú dices también era tu hermano.

—Si. De éste, del otro, de aquel y del de más allá. Mi hermano era un santo pero no tenía ideales. Se conformaba con todo.

—Bien que lo quería el pueblo. Siempre quedó bien con todos.

—Porque todos son borregos, carne de matadero, sin sentido de la justicia, la igualdad y la libertad. Borregos, todos borregos. Bueno, todos no. Casi todos.

—Pues de esos *casi* quiero que sea mi Paco. Déjale que se haga un hombre como fue su padre.

—Un hombre será, y muy hombre. Aquí está su tío para ayudarle. Nada de falangismo ni beaterías. Un hombre como Dios manda. Bueno —corrigió—, lo de Dios es una coletilla. Tiene que conocer la verdadera historia que ha traído a este tirano.

—¡Cállate, por Dios! ¡No siembres más odio!

—Odio, el de los fascistas que nos gobiernan. La paz la traíamos nosotros con el poder anarquista, colectivizando y repartiendo un salario igual para todos. ¡Yo combatí con Durruti! —Cristino se enardeció en un discurso venal—. Buenaventura y yo éramos amigos personales. Yo le vi caer herido de muerte cuando en la Ciudad Universitaria de Madrid arengó a un grupo de anarquistas que retrocedían cobardemente.

—¡Si os matasteis entre vosotros mismos! —incredó Amalia.

El esclarecido libertario se levantó violentamente de la mesa, arrastró involuntariamente el plato que se estrelló en el suelo junto a la caída silla, espetó unos ternos y abandonó la casa dando un portazo. La escena si no corriente, tampoco resultaba excepcional. Más de una y dos veces Amalia y Cristino habían chocado, sobre todo por el temor de ésta a que las diatribas del cuñado envenenaran a Paquito. El muchacho recién cumplidos los diecisiete gustaba de las conversaciones de su tío, sobre todo de las relumbrantes heroicidades en el campo de batalla, de las sobrecogedoras noches de trincheras y, en especial, de las enternecedoras y románticas aventuras, adornadas de inventadas florituras, con las mozas de los pueblos conquistados. Pero nunca llegaba la sangre al río. Cristino volvería, aunque sólo fuese porque no tenía donde ir, ni casa que le alimentara ni cobijo que lo acogiera. Pasaría una temporada rezongón, cabizbajo ante su cuñada y acudiendo perezoso, junto a su sobrino, al trabajo del campo que ella misma le proporcionaba. Después, como siempre, seguiría su comportamiento habitual, palabrería, frecuentes visitas al bar, amistades comprometedoras y una cierta holganza con la que apenas se ganaba el jornal que le asignaba el apoderado de Amalia. La familia, sin ser terratenientes acomodados, gozaba de un cierto nivel que, en comparación con el general del pueblo era más que aceptable. El bueno del finado Serafín había

conseguido honradamente labrar un provenir para sus deudos, del que sacaba buen provecho su hermano.

Cristino recorrió las callejas desiertas, cruzó la plaza del Ayuntamiento, pasó de largo por las tabernas, atravesó la plazoleta de la iglesia en donde tuvo ocasión de dar una patada a un perro que salió ladrando con el rabo entre las piernas, dudó de entrar en el mesón pero decidió no hacerlo por no tener que dar explicaciones. De pronto se detuvo un instante como si una determinada idea hubiese debido ocurrírsele antes. Volvió sobre sus pasos en dirección a las casas que abocaban al pinar, llegó a un desvencijado portalón y llamó inquisitorio con los nudillos. No tardó la puerta en abrirse.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué te pasa con esa cara?

—¿Está el chico?

—No. Está en el monte con las ovejas. ¿Qué ocurre?

—Déjame entrar, Sacristán. Ya no puedo más.

—Pero ¿qué pasa hombre? ¿Te has peleado otra vez con la Amalia?

—Ya no aguanto más en este pueblo.

—Tranquilo Cristino. Tranquilo. No será para tanto.

—Estoy hasta el gorro de todos vosotros, de mi cuñada, del cura, del Sobrapelotas... de todos.

—Hombre. ¿Y yo qué tengo que ver en el asunto?

—Tú también, que eres un meapilas.

—¿Meapilas, yo, que soy el más ateo del pueblo?

—Sí, muy ateo pero todos los días vas a misa.

—Hombre es que soy el sacristán, y sin mí no podría celebrar don Jesús.

—¿Y qué? ¿Pasaría algo?

—Pasaría que daría un disgusto al buenazo del cura, y lo que es mucho peor, *me* se echaría encima el Sobrapelotas.

—¡Ah! ¡Por fin salió! Se te echaría encima la autoridad. La autoridad que es un fascista con tricornio, lameculos franquista que os tiene cogidos por los bajos a todos. ¡Y a ti el primero! Que no creas que no te veo saludar a los guardias bajando el corvejón.

—Bueno, vamos a ver. Siéntate y tomate una cazalla. Sosiégate y cuenta. Aquí un amigo para lo que sea. Cuenta, cuenta...

Cristino cayó abatido sobre la silla que le brindaba su amigo. Consciente de que una simple discusión con Amalia no era suficiente para explicar su estado de ánimo, trató de ordenar sus sentimientos y sincerarse para aliviar su excitación. Sabía que Sacristán, hombre de paz siempre arrimado a la conveniencia, había militado en la Casa del Pueblo sin sobresalir nunca por sus acciones. Viudo desde hacia poco tiempo, vivía con su hijo Ismael, pastor de oficio, apegado a su sacristía contrastando su función con el pregón de su ateísmo. Acostumbrado a fingir sus interioridades y guardar absoluto silencio en beneficio de su estabilidad, resultaba el compañero ideal

en quien descargar sus frustraciones.

—Ya no puedo soportar más el agarrotamiento con que nos tienen dominados. Hay que revolverse contra ellos. Como sea. Y ahora mismo.

—Serénate Cristino. No hace tanto que saliste de la trena.

—Pero esta vez no me cogerán. Te lo juro.

—No seas iluso. Tienen poder más que suficiente para encerrarte de nuevo. El «Sobrapelotas» te tiene más que fichado, y a la primera de cambio te echa el guante.

—¡Te digo que esta vez no!

—¿Y qué piensas hacer?, si nadie podemos mover un dedo sin que se enteren los guardias.

—Sacristán —Cristino posó la mano sobre el hombro de su amigo, lo miró fijo a los ojos, y le espetó solemne—. Me voy a echar al monte.

—¡Pero qué dices, desgraciado! ¡Estás loco de remate!

—No. No estoy loco. Ya lo llevo pensando mucho tiempo.

—¿Y qué sabes tú de los de la sierra? Si están más perdidos que el *pupas*.

—Nada de eso. Por el contrario. Están consiguiendo el levantamiento del pueblo. Tú sólo oyes la propaganda franquista.

—Yo oigo lo mismo que tú, que los dos nos movemos por los mismos andurriales.

—Te diré algo que no sabes. Escondida en mi cuarto tengo un aparatejo de radio que me proporcionó uno que salió antes de la cárcel. Cuando no hay nadie en casa, engancho al empalme que he apañado en el tejado y... a oír las noticias.

—¿Y qué dicen las noticias? Porque don Jesús y don Antonio también tienen radio y no suponen ninguna victoria a los de la sierra.

—Es que yo —Cristino adoptó un cierto aire misterioso— oigo Radio Pirenaica.

—¿Y eso qué es?

—La Radio de la España independiente, la que cuenta todas las cosas que nos oculta Franco, la que sabe de los sufrimientos del pueblo y del heroísmo de los hombres que luchan en los montes por nosotros.

—¿Y qué dice?

—Que la victoria está cerca. Que la guerra la ganarán, la están ganando ya las potencias democráticas. Que el nazismo se acabará en el mundo entero, y que España dejará de ser fascista por el triunfo del proletariado.

—¿Y de los del monte qué? ¿Dice algo de los maquis?

—Mucho. Dice que el Juanín tiene en jaque a toda la Guardia Civil del Norte y que el Foucellas roba a los gallegos ricos para dárselo a los pobres.

—Pero eso ocurre por allá arriba —remoloneaba Sacristán—. Aquí es distinto, y cuanto más abajo te vayas todavía más.

—Claro que es distinto, animal, como distintos somos los de cada pueblo. Según el tipo de montañas y bosques, las querencias de las gentes, incluso el clima, se buscan los objetivos y se actúa de una u otra forma.

—Pues vaya lío.

—No hombre, no. Hay que adaptarse al lugar. Hasta los mismos guardias llevan en cada sitio armas diferentes. Por aquí sólo tienen fusiles máuser del 7,62 de la guerra civil y algún que otro subfusil SCH *Meisner* capaz de disparar ráfagas de 450/minuto.

—Qué enterado estás. Ese fusil ametrallador que lleva algún guardia ¿qué arma es?

—Ese es el *Meisner*. Lo llaman *naranjero* porque lo envió Alemania a cambio de un cargamento de naranjas.

—Pues con tantas diferencias de la gente de los pueblos, como tú dices, no van los del monte a conseguir unirnos.

—¡Que te lo has creído!, ignorante. Allí, acá y allá las agrupaciones guerrilleras plantan cara al tirano. Chaquetalarga, el de Extremadura, entre el termino de Alía y Guadalupe ha recaudado, más de 100 000 pesetas. Y el Francés ha ocupado el pueblo de Santibañez Alto, dio un mitin, repartió propaganda, recuperó 60 000 pesetas además de víveres, ropa y fue aclamado por los aldeanos. Y no digamos nada del Roberto, de allá abajo que tú dices, que entre recuperaciones y secuestros ha conseguido más del millón de pesetas.

—Puede que sea verdad lo que cuentas, pero también es cierto lo que dicen en el cuartel porque dan nombres que yo conozco. En una masía de Castellón los guardias se han cargado a cinco maquis, entre ellos a Tortosino y al Rubio de Almería.

—También lo sé. Fue en Matet y los abatieron en una emboscada sin ningún tipo de contemplaciones.

La conversación duró toda la tarde. Al ponerse el sol, los dos contertulios marcharon a *hacer las estaciones*, traducción eclesiástica de tomar los vinos haciendo la ronda obligada, al mismo tiempo que reiterativa, de las tascas del pueblo. Al anochecer, sin que ni ellos mismos supieran el resultado de sus largas conversaciones, se despidieron como si nada hubiese ocurrido. Sacristán regresó a su casa convencido de su talante apaciguador y práctico y Cristino fue a cenar, silencioso y amansado, el cotidiano hervido que cocinaba su cuñada.

5. Trabajo en la trilla.

Contactos.

Costilleo recordará siempre como uno de los momentos más entrañables de su existencia la vida en las eras de los meses de verano; el trasiego de personas preferentemente varones, las relaciones vecinales y el esfuerzo de un trabajo común, que establecían contactos más amplios y estrechos que durante el resto del año. Situado a la vera de un río, no excesivamente caudaloso pero sí lo suficiente como para aprovechar la energía necesaria para moler el grano, gozaba durante ese periodo del olvido de sus penurias. Las contadas ocasiones en que la cosecha había resultado provechosa, se requería mano de obra que condicionaba el desplazamiento de algunos campesinos en busca de unos jornales con los que ajustar su economía familiar. Este traslado de gentes creaba lazos de amistad, compañerismo y simpatías que volvían a estrecharse en la próxima temporada. También los guerrilleros formaban pequeñas cuadrillas que buscaban un salario, amén de cierto descanso con que paliar la dureza de la sierra. Obviamente estos grupos reducidos, nunca más de tres, intentaban por todos los medios pasar desapercibidos, huyendo siempre ante la menor sospecha de identificación.

La tarea recolectora comenzaba con la siega, utilizando hoces pequeñas de corte dentado o bien grandes de filo liso que habían sido guardadas envueltas en vendas de tela o papel para que no se oxidasen y evitar cortes fortuitos. Los viejos del pueblo, enseñaban a la juventud a segar protegiéndose la mano izquierda con la zoqueta, estuche de madera acabado en punta en el que se introducían los dedos corazón, anular y meñique, dejando libres el pulgar y el índice para sujetar la *puñada*. Para asegurar la zoqueta, se ataba ésta a la muñeca por medio de cuerdas o correas que evitase deslizarse. Segada la mies se disponía en haces o *manadas* para proceder al acarreo en el que al clarear al día, a las cinco o seis de la mañana, se acudía al campo con carros, mulos y carretas para llevar a las eras la mies. Posteriormente se esparcía la parva en forma circular en la era y empezaba la trilla después de un breve almuerzo con su trago de vino para reponer fuerzas. El *trillo*, tablón guarnecido por debajo con cuchillas de acero o trozos de pedernal incrustados, portaba un asiento o simple silla para el que dirigía la yugada, que provisto de una zurriaga y un ramal conducía los

machos o bueyes. La bucólica imagen de un hombre, o mujer, viejo o joven con sombrero de paja, tralla y conduciendo la yunta resumía por sí sola la vida sosegada, feliz y tranquila del campesino que, por lo menos durante cierto tiempo, dejaba de preocuparse por las penalidades y el miedo. Los domingos y festivos en que se oficiaba *Misa Cantada*, don Jesús concedía dispensa a los que trillaban que, cuando Sacristán daba los toques de *alzar a Dios* paraban las yuntas, se arrodillaban las mujeres y los hombres, en pie, inmóviles se quitaban el sombrero hasta el final de las campanas.

En la era La Nevera, la más pequeña y orientada al norte, le había correspondido la trilla, por riguroso sorteo del Ayuntamiento, a Amalia que junto con su hijo Paco y Cristino trataban de solventar el trabajo. Al medio día, se torneaba la parva y se llevaban los animales al abrevadero. Las gentes iban a comer a casa o, como en el caso de Amalia y los suyos, lo hacían en la misma era adonde habían llevado las viandas. Mientras comían, y antes de echar una breve siesta para reanudar ya descansados la trilla, Cristino planteó el asunto.

—Es inútil. Nosotros tres solos no podemos levantar el trabajo.

—Pues habrá que hacerlo —respondió Amalia—. No tenemos a nadie que nos pueda ayudar.

—En el pueblo no, desde luego. Pero conozco yo dos paisanos de Barranquera que podríamos contratar.

—¿Y qué habría que darles?

—El salario normal, 20 pesetas al día y la comida.

—¿Y dormir? No me gusta meter extraños en casa.

—Dormirían en el pajar. De esa forma, además, nos cuidarían la parva. No está el tiempo para descuidarse.

Amalia reflexionó unos minutos. No le gustaba traer a nadie de fuera del pueblo, pero era cierto que por mucho que ella se afanase, tanto en casa como en la era, y Paquito y Cristino pusieran todo su interés en la trilla, no podían dar abasto. Había que dar vueltas con la yunta encima del trillo, voltear la parva, ablenar y llevar el grano al graneo. Demasiado esfuerzo para un hombre, una mujer, y un muchacho. Cuando había un montón trillado, tenía que aprovecharse el aire para despajar, echar al viento el grano y la paja para que se separasen al caer, luego se cernía con el cedazo, especie de aro tapado en una de sus bases por una tela metálica que solo fuese atravesada por la parte fina de lo que se cierne. El día terminaba cargando los sacos para llevarlos al granero, situado en el desván o sobrado que requería serio brío y verdadero sacrificio.

—Está bien. ¿Cuándo pueden venir?

—Mañana voy a Barranquera en bicicleta y se vienen conmigo en las suyas. Al mediodía estaremos aquí. Paco puede trillar y ya aventaremos y cargaremos nosotros.

Costilleo dormía soñando un futuro mejor desprovisto de las carencias que soportaba en la actualidad. El olor del grano y de la parva, de los mulos y pajares, del

polvillo de aventar y la frescura del agua del botijo a la sombra de la era hacia imaginar un panorama idílico. Al despuntar el día Cristino monta en su bicicleta camino de Barranquera. Recorre un poético senderillo entre el zigzagueante río y jóvenes pinares, deja a un lado el macizo del Tronchal para adentrarse en el bosque. Pedalea con fuerza la subida de una cuesta, en cuya cresta piensa descansar y reponer líquido mientras toma su pan con queso de cabra, pone en orden sus pensamientos y sopesa su decisión. Al llegar al collado, para la bici y, sin saber por qué permanece unos momentos sin apearse del todo. Luego, como si hubiese tomado la decisión de seguir adelante que hasta entonces tenía incierta, se recostó sobre la hierba. Quizá el paso que iba a dar resultara demasiado comprometido. Nunca tuvo contacto directo con los del monte. Los dos hombres de Barranquera eran guerrilleros de la partida del Fermín, uno de los grupos que formaban la Agrupación de Mariano. Estaban esperando en casa del herrero para agregarse a alguna cuadrilla de trabajo, pulsar la opinión de los aldeanos, conocer la disposición de las fuerzas de represión y, ¿por qué no?, echarse al bolsillo algunas pesetas.

Apenas un tiempo más de pedaleo y Cristino divisa Barranquera. La vegetación de enebros, zarzas, aliagas y romero embellece el bosque pinariego bordeando el camino por la izquierda y descendiendo por una senda que profundiza en el barranco. Luego asciende suavemente hasta el pueblo. Un apeadero donde raras veces se detiene el ferrocarril se encuentra apenas a menos de dos kilómetros de las primeras casuchas, una de las cuales corresponde a la herrería, minúsculo taller donde trabaja Marcial el hierro, con su forja y fragua, calentándolo y golpeándolo hasta moldearlo a necesidad, poniendo las herraduras a los animales, limándolas para asentarlas o realizando el encastre. El herrero enderezaba un trébede cuyo largo asidero aparecía curvado, inservible para su función. Miró a Cristino y le indicó con un gesto que esperase a que se marchase el muchacho que había llevado el trebejo. Al finalizar se llegaron al interior del taller. Atravesaron la cuadra y tras una portezuela medio oculta por el establo subieron por una escalerilla de madera al solado del granero que, obviamente, tenía otra entrada no disimulada. Dos hombres frente a un ciclostilo se ocupaban en reproducir propaganda, dedicada en este caso a la Guardia Civil y que Cristino leyó con avidez.

Nuestra línea de conducta respecto a la Guardia Civil, cuerpo que como consecuencia de su criminal comportamiento, está acumulando el odio en la inmensa mayoría de los españoles y en particular de las masas campesinas indefensas sobre la que se ceba cobardemente.

Fieles a nuestros campesinos con el pueblo y brazo armado de éste; conscientes de nuestro papel de defensores de los abnegados campesinos cada día con más fuerza y eficacia hasta que desistáis de utilizar tan bárbaros procedimientos de terror.

El Régimen franquista se hunde inevitablemente y vosotros con él. El pueblo está con nosotros y por lo tanto nada ni nadie podrá contra esa voluntad. Las horas del franquismo están contadas. Elegir: entre vuestro hundimiento y vuestra deshonor o a tiempo estáis de abandonar ese odioso cuerpo mandado por elementos llenos de crímenes contra nuestro pueblo. ¡¡Pronto será tarde^[12]!!

—Éstos son Chano y el Tarta, los dos hombres de quien te hablé —presentó

Marcial—. Aquí tenéis a Cristino, de confianza. Estuvo en la trena y salió más que *rebotao*.

Los maquis que habían detenido su trabajo estrecharon la mano del recién llegado. Cristino sintió un escalofrío de emoción al sentir el contacto humano de dos héroes del monte. ¡Cuántas veces había deseado tenerlos cerca, conocerlos, hablar con ellos, escuchar sus proezas y contarles sus aspiraciones!

—Compañeros, estoy deseando unirme a vosotros —comentó emocionado—. Quiero librar a nuestra patria del odiado dictador.

—Ten paciencia amigo —repuso Chano—. Resulta contraproducente el amontonamiento.

—Pero yo soy uno solo.

—En estos momentos es mucho más valioso el guerrillero del llano. Nuestros puntos de apoyo flaquean, algunos empiezan a estar *quemados* y huyen hacia el monte, otros nos abandonan miserablemente, incluso nos traicionan.

—¿Os traicionan?

—Sí. Están cayendo muchos por culpa de los delatores. El canalla del teniente coronel Limia Pérez ofreciendo el perdón a quienes se entreguen y delaten ha convencido a muchos cobardes.

—Pero eso es propaganda o conocéis algún caso real.

—Y tan real. ¿Te suena Dionisio Castellanos?

—¿El Palomo? ¿El corajudo que se evadió de la cárcel estando condenado a pena de muerte?

—El mismo. Fue René quien lo delató y llevó a los guardias al cortijo donde se escondía. Al principio se defendió pero acabó entregándose y pasando a engrosar la lista de colaboradores de Limia que ha terminado prácticamente con el Estado Mayor de la 2.^a Agrupación.

—No acabo de creerlo.

—Pues créetelo macho, que es tan cierto como que te estoy viendo.

La conversación siguió en el mismo tono de confidencias, preocupaciones y, por supuesto, hazañas gloriosas.

Según el Tarta, en el 17 Sector, cinco guerrilleros mandados por *Carlos* atacaron el cuartel del Puerto Escandón matando a un guardia e hiriendo a tres más, uno de ellos el cabo Teodoro Mateo, retirándose los asaltantes sin ninguna baja^[13].

—Necesitamos urgentemente enlaces que nos apoyen en el llano. Pero han de ser de fiar, valientes y sobre todo cautelosos. Estamos hartos de cobardes y de infiltrados que nos hacen mucho daño.

—Yo puedo ayudaros —comentó Cristino—. Por lo menos hay en el pueblo otra persona que, conmigo, puede servir de apoyo. Vengo a proponeros trabajo remunerado en la trilla de mi cuñada.

—Buena cosa —los dos maquis se miraron, y el que parecía más decidido explicó—. El Tarta se quedará con el ciclostil y yo marcharé contigo. ¿La mujer es

peligrosa?

—Mi cuñada es una beatuca de la que hay que guardarse, pero sólo se preocupa de las cosas de la Iglesia. Con tal de que no te metas con los curas no se entera de nada.

—¿Y el chico?

—Ese es un tío con toda la barba. Me adora y sólo ve por mis ojos. A sus diecisiete años sabe más de anarquismo que muchos de los que se juegan la vida en el monte.

—Nosotros somos comunistas —espetó orgulloso el maqui—. No nos gustan las ideologías chapuceras, pero si el muchacho es legal, procuraremos hacernos con él.

—Mejor que dejéis tranquilo al chico —Cristino no gustaba que criticasen sus sentimientos libertarios—. Ya me encargo yo de animar su patriotismo.

Comieron tempranamente en la herrería. Chano escondió su metralleta *sten* junto al máuser del Tarta, mostrando al alucinado Cristino las cuatro bombas de mano y los macutos y zamarras con que se pertrechaban. El maqui cogió la bicicleta de Marcial y partieron para Costilleo. El camino lo realizan en silencio, a un ritmo continuo solamente aminorado por la subida de alguna cuesta. Al llegar al collado paran, beben agua de sus cantimploras y descansan apenas unos minutos. Cristino ajusta a la bici el macuto lleno de propaganda que a veces le dificulta el equilibrio. Chano requiere datos, costumbres, querencias de los aldeanos. Se entera de la imparcialidad del cura y del médico, de la tendencia derechista del maestro y de la bravuconería del comandante de puesto, acompañado de seis guardias que apenas conviven con el campesinado. Se informa de la inutilidad del alcalde, el Cuchara y sobre todo toma buena nota de don Silvino, el cacique falangista, y del forestal su guarda personal, además de somatén. Hablan de Sacristán, un buen ejemplar para la causa. En él confía plenamente Cristino, puede ser un buen enlace, solamente hace falta no asustarlo demasiado, es un poco pusilánime, pero leal. Su oficio no le inhabilita para el apoyo, ni cree en Dios ni en la Santa Madre Iglesia aunque, eso sí, le tiene un especial cariño a don Jesús por el que daría su vida. Totalmente prohibido meterse con el cura, ni siquiera con don Antonio, el médico que ejerce su profesión para todos.

Pasan los barrancales y se topan con el molino. Por la vereda que bordea la pequeña presa regresa Ismael el pastor con su pequeño hato de ovejas. El perro ladra a los ciclistas, pero la voz del amo lo atempera al instante. Se saludan como es costumbre en todas las gentes del campo, y el pastor levanta el ala de su sombrero de paja y se queda mirando al nuevo visitante que nunca ha visto por los alrededores. Sí, debe ser un peón para doña Amalia; bien le gustaría a él trabajar con Paco en lugar de llevar el rebaño, pero la vida es la vida, y él había nacido para cabrero.

Tras dejar a la derecha los corrales, enfilan la pista principal del pueblo, la que termina en el crucero, cruz de piedra sobre un pedestal que hasta los rojos respetaron. Pasan la fuente y el lavadero donde unas mujeres se afanan en limpiar las ropas y los

miran fijamente, con ese desparpajo, a veces tan molesto, con que fijan la vista los aldeanos. Llegan a la era. Amalia y Paco se esfuerzan en recoger las parvas trilladas poniéndolas en un montón para luego ablentar, cerner y cargar los sacos. Cristino y Chano dejan sus bicicletas y con una breve presentación se ponen al trabajo.

Con la llegada del refuerzo, sólo ha podido contratarse a un hombre, Paco se excusa y dice marchar a llenar el botijo. Cristino sonrío y su madre se hace la comprensiva. Saben muy bien que es la hora en que Palmirica va a la fuente con el cántaro y el muchacho gusta de hacerse el enconradizo. La sobrina de don Jesús, como siempre, aparenta indiferencia y condesciende a que el chico le ayude a llevar la vasija para aliviarle el peso cuando está llena. A través del panzudo recipiente, las dos asas de barro transmiten sentimientos que no necesitan palabras, ni tan siquiera miradas. Van serios, callados, fijos los ojos en la lejanía y, de pronto, divisan a don Jesús. El joven de forma instintiva suelta bruscamente, como avergonzado, el asidero que los entrelaza, lo que no sorprende a la moza que sujeta con fuerza el cántaro. Pasan junto al cura, que les sonrío mientras Paco le besa respetuoso la mano, luego, con un simple adiós se despide de Palmirica. Mañana volverán a encontrarse junto a la fuente, acaso hablen o por lo menos lleven juntos el cántaro hasta el portal de la casa.

En las eras se acaba la jornada. Se han llenado los sacos, arrimada la parva pendiente, desyuncidos los animales a los que hay que llevar al abrevadero, engrosado el pajar y retirados todos los aperos y utensilios hasta el siguiente día. Amalia ha convenido el jornal con el nuevo peón, veinte pesetas, comida, cena, y dormida en el pajar, todo el tiempo que dure la trilla, y diez pesetas finales de suplemento por el cuidado de la era.

Ya en casa, mientras la mujer prepara la cena y Paco hace sus abluciones en el corral, Cristino desata el morral de la bicicleta y lo esconde con la propaganda debajo de la cama. Luego junto con Chano sustituyen a su sobrino en el pilón, y colocan los cántaros vacíos en los serones del macho para llenarlos en la fuente. Llevarán juntos la carga, para enseñarle la costumbre y luego cenarán y el nuevo trabajador marchará a dormir a la era. En el pajar no se está mal y hasta le sobrará la manta que le han dispuesto. Por el camino van encontrándose con el vecindario, las mujeres recogen los capazos donde llevaban la comida y regañan a los muchachos que corretean por las callejas, los hombres conducen las caballerías al abrevadero y, entre pasos, va Cristino presentando al nuevo paisano, de Barranquera, ayudante del herrero y necesitado de jornal.

Al mismo tiempo Paco, que duerme en la misma habitación que su tío, se tumba cansado en la cama esperando que su madre prepare la cena. De pronto algo le llama la atención. Desparado en el suelo, debajo de la cama de su tío sobresale un manojo de cuartillas escritas, desprendidas de un paquete mal atado. La curiosidad es insalvable y lee:

Nos dirigimos a todos los que sois enemigos del régimen actual de miseria, terror y hambre, para explicaros una vez más quienes somos, por qué luchamos y cuáles son nuestras acciones con el fin de destruir el confucionismo que el enemigo falangista intenta sembrar. Estamos seguros de que conociéndonos bien os uniréis más sólidamente con nosotros y juntos daremos la batalla final a estos criminales insaciables de la falange.

Es necesario que comprendáis que los guerrilleros no luchamos por nuestra defensa y seguridad, ni por la satisfacción de nuestros apetitos personales; somos hijos del pueblo y luchamos por el pueblo y para el pueblo. Cuando ajusticiamos a un falangista criminal lo hacemos para liberar al pueblo de un perro sarnoso, indeseable. Estos perros han asesinado a los mejores hijos de España y ni con la vida pagan sus repugnantes servicios al fascismo. Cuando ajusticiamos a un delator, lo hacemos porque solamente podremos consolidar nuestra lucha si sabemos descubrir y eliminar a estos criminales degenerados y traidores que se venden al enemigo para matarnos y encarcelar a cientos de familiares honrados que no han cometido más delito que honrar a la libertad de España.

Necesitamos dinero para montar y desarrollar nuestra lucha y por eso se lo arrancamos al enemigo falangista, también aceptamos donativos de las gentes honradas que tienen posibilidades y son enemigos de Franco. Pero de este dinero no nos beneficiamos en absoluto. Cuando ingresamos en las filas de los guerrilleros, no teníamos más fortuna que nuestros brazos y nuestro odio al enemigo y esa continúa siendo nuestra fortuna: vosotros sois testigos de cómo nuestras familias viven en la miseria.

Los civiles se disfrazan de guerrilleros y para desprestigiar nuestra lucha, cometen las mayores tropelías y atrocidades saqueando a los campesinos; asesinan a gentes honradas y violan a las mujeres. Estad alertas. No os dejéis engañar. Nosotros no atacamos a los obreros ni a los pequeños campesinos, ni a los propietarios de derechas. Ni a los católicos, ni a nadie que sea honrado y no sea responsable de crímenes.

Nosotros sabemos que es necesario que nos unamos todos los españoles sin distinción de ideas políticas ni credos religiosos y por eso estamos en la montaña, para facilitar la unidad y ayudaros a forjarla y para encabezar vuestra lucha.

Franco quiere la guerra civil, quiere que el odio entre los españoles se acreciente y que España se convierta de nuevo en un mar de sangre. Franco quiere salvar su cabeza y la de los criminales que le siguen a costa del dolor y la sangre de los españoles. Nosotros debemos evitar esto uniéndonos y consolidando la lucha de resistencia.

Los guerrilleros marchamos en cabeza y para que el enemigo no pueda confundirnos declaramos con absoluta claridad quienes son los enemigos de nuestra causa, contra los que descargamos nuestros golpes:

- 1.º Los falangistas que hayan cometido crímenes y los inductores y delatores.
- 2.º Los espías y delatores que actualmente estén al servicio del enemigo.
- 3.º Los propietarios y patronos que tengan a su servicio criminales y delatores.
- 4.º Los propietarios y patronos que se nieguen a negociar con sus obreros contratos de trabajo más humanos que los actualmente vigentes.
- 5.º Los terratenientes que concedan tierras a deslindar en aparcería o arrendamiento en condiciones abusivas.
- 6.º Los que tiendan mentiras y falsedades sobre los guerrilleros acusándonos de actos de terror que no hemos cometido o desfigurando nuestras acciones.

Lejos de aniquilarnos por el terror del enemigo, debemos luchar con mayor ardor. Hace años que Franco se sublevó y se lanzó a su criminal aventura de vender a España al extranjero y jamás habíamos conocido los españoles hambre y terror tan espantoso.

Si queremos terminar con esta destrucción, hemos de luchar, vosotros los campesinos que no tenéis más esperanzas que las de morir exterminados de hambre, debéis de luchar si queréis lograr un porvenir mejor acomodado, debéis uniros a los obreros y luchar también porque termine esta situación de terror e injusticia. Fuisteis engañados una vez y os habéis arrepentido de ello, porque habéis visto que la vida de hoy es mil veces peor que la que hubiésemos tenido si se hubiese empleado el camino de la democracia y de la comprensión social.

Aprovechad la lección y no hagáis de nuevo el juego a Franco, porque si atizáis el fuego del odio y desesperación, ese mismo fuego os abrasará.

Luchemos todos, cumplir nuestras consignas, proteger a los guerrilleros, sabotear, ocultar las cosechas, no las entreguéis a la Falange, apalear a las comisiones de requisa y a la Fiscalía de tasas, ponerlos de acuerdo y romper las cartillas de racionamiento y exigir la venta libre de productos, asaltar los almacenes de la Falange y repartir los víveres. Los falangistas se enriquecen mientras el pueblo se muere de hambre.

España produce tanto como el 36. ¿Por qué no se vive como entonces? ¡Abajo los ladrones de Falange! Luchemos por un Gobierno de concentración nacional, por un referéndum nacional de la República.

¡Viva el Ejército Nacional Guerrillero!

¡Viva España independiente y libre!

¡Viva la República!

Cuartel General de la 3.^a Agrupación. Estado Mayor^[14].

—¿Ya has terminado? —La voz de Cristino sorprendió a Paco que asustado dejó caer el papel—. Tranquilo. Ya eres un hombre. Demuéstramelo yendo a cenar serenamente y luego, solos, en el cuarto, ya hablaremos.

Tío y sobrino se sentaron a la mesa, el primero simulando campechanía, buen humor y hambre; el muchacho intentando achacar al cansancio la preocupación de su inquietante descubrimiento.

—Come, hombre, que te vas a arguellar más de lo que estás —sentenció la madre.

—Me parece que el chico tiene mal de amores —disimuló Cristino—. A lo mejor le ha dado calabazas la Palmirica.

—Déjate de tonterías y no malcríes al muchacho.

—A su edad yo ya había...

—¡Cállate, demonios! A ver si tenemos la noche en paz.

La cena transcurrió sin novedades, grandes ratos de silencio, algún que otro comentario en relación con la trilla, nada de particular interés. Chano marchó a la era y Cristino a la cama. Paco se quedó unos momentos ayudando a recoger la mesa, apagó el quinqué que adornaba la lámpara de petróleo con un depósito de porcelana y un tubo de vidrio para proteger la llama, y cogiendo por el gancho un candil de la cocina, encendió la mecha sumergida en el aceite del pequeño recipiente, dio un beso a su madre y se dirigió a su habitación. En contra de lo que esperaba, su tío no se había acostado. La pequeña llama configuró extrañas sombras que excitaron la imaginación del muchacho. Cristino le puso las manos sobre los hombros, le hizo sentar sobre una silla y, en voz baja, procurando no ser oído por Amalia, intentó calmarlo y atraérselo hacia su ideario. Sabía que no le resultaría excesivamente difícil. El chico manifestaba claramente la tendencia afectiva hacia él. Lo consideraba un héroe, hombre de ley, defensor de la justicia y de los más necesitados; había permanecido en la cárcel por envidias de falangistas y mandamases; además, don Jesús había respondido por él, y el buen cura no saldría a defender un mal nacido. Gustaba de conocer sus aventuras, su valentía, intrepidez y coraje, y sobre todo sus correrías y devaneos amorosos, dignos de un Don Juan de capa y espada. No. No tenía la cosa excesivamente mal para convencerle. Sentado sobre la cama, palmeando suavemente de vez en cuando las rodillas de su sobrino para infundirle camaradería y confianza, Cristino fue desgranando su postura de rebeldía. Sí. Era antifranquista porque el déspota explotaba al pueblo, robaba a los campesinos y enriquecía a los falangistotes lamebotas. La guerra habría tenido otro final si no hubiese sido por la ayuda de los criminales nazis de Hitler. El pueblo quería libertad y justicia. Es cierto que se habían cometido algunas tropelías; nunca se puede dominar por completo el

odio contenido, pero el pueblo siempre tiene razón, siempre la ha tenido, siempre se ha revelado contra el sometimiento y la tortura. Los curas, excepción de don Jesús por supuesto, han chupado la sangre del campesino y del obrero, engañado a las mujeres con milagrerías, encadenado a los hombres con prohibiciones antinaturales y obligado al pueblo a someterse a sus beaterías. Para liberar a España de todos esos mamandurrias y aprovechados están los guerrilleros, los hombres del monte que con su sacrificio, penalidades y valentía lograrán derrotar al tirano. Las democracias del mundo desean acabar con el fascismo y entrarán en España para darle el gobierno al pueblo. Pero para que todo esto se acabe de una vez hay que ayudar a los de la sierra dándoles el apoyo que precisan, víveres, pertrechos, avisándoles de la presencia de los malditos guardias, de sus movimientos y emboscadas; delatando a los caciques criminales, a los somatenes y a los asesinos falangistas. La Guardia Civil, desde que se fundó, ha intervenido en todas las acciones de represión del pueblo, contando siempre con el beneplácito de los poderosos, de los terratenientes y de los grandes capitalistas. El régimen franquista es odiado por la inmensa mayoría de los españoles, y sólo se mantiene por la fuerza y el terror.

Después de esta perorata, Cristino guardó silencio, saco su petaca lió un cigarro y se lo pasó al chico mientras él se enrollaba otro.

—Ya eres un hombre, chaval. La vida de tu tío está en tus manos. Sé que no me defraudarás.

—Pero, esos hombres, los de la sierra —balbuceó Paco— cometen atracos y asesinatos.

—¡Atracos, no! ¡Recuperaciones! ¡Recuperaciones de lo que han quitado al pueblo! Acciones económicas con que resarcirse de lo que nos han robado. Los obreros son explotados por los ladrones empresarios; los campesinos no pueden vender sus cosechas porque se las esquilman los de la Fiscalía de Tasas y apenas pueden comer con lo que les dejan. Eso lo puedes ver tú mismo.

—Pero también matan —balbuceó el chico en un intento de acallar su conciencia—. El otro día le oí a don Antonio, el médico, que no es sospechoso de falangista, que un tal Villacampa asesinó a un alcalde acusándole de ser colaborador de la Guardia Civil.

—¿Y, qué? ¿Te parece mal que se eliminen los chivatos asesinos? ¡En la guerra no hay que dar cuartel al enemigo! Antes de que te maten, tienes que defenderte, aunque sea matando. También se han cargado a Juan Fernández Ayala, —Cristino se daba importancia en sus conocimientos— uno de los más valerosos guerrilleros de allá arriba.

—¿Qué Juan Fernández?

—El de Cantabria. El Juanín ¡leñe!

—Nunca he oído hablar de él.

—Porque eres un ignorante, chaval. Dicen que guardaba en su refugio tres docenas de tricornos. Los de los guardias que se había cepillado. Y lo peor es que no

está claro quién lo pasaportó.

—¿Y quién es ese Chano que has traído?

—Un guerrillero de una de las muchas partidas que corren por estos montes. ¿Vas a denunciarlo?

—¡No, no! Yo no quiero denunciar a nadie. Yo sólo quiero vivir tranquilo.

—Paco, escucha bien lo que te digo —Cristino reposó sus palabras cuidando de impresionar al muchacho con su sentencia—. Ningún hijo de buena madre puede permanecer al margen de las torturas de un pueblo —y queriendo comprometer al chiquillo sancionó—. Eres libre. Tú respondes de tu decisión.

Sin esperar comentario alguno que, desde luego no llegó, se acostaron bien entrada la madrugada. Pronto la respiración de Cristino se hizo fuerte, pesada, rítmica, como si ninguna preocupación impidiese su descanso. Por el contrario, Paco pasó casi toda la noche en vela. Sólo al despuntar la mañana, apenas a un par de horas para levantarse logró conciliar el sueño, sueño de pesadillas, angustias, extrañas motivaciones, dudas, decisiones intemperadas y huidas hacia una paradisíaca realidad seguida de brusca caída hacia el abismo. De vez en cuando la figura de una mujer, mejor dicho, de una niña aparecía en sus sueños. Intentaba descubrir su identidad sin alcanzar a conseguirlo, pero de pronto una sotana se interpone delante ocultándole la visión, y su inconsciente relaciona la mancha negra con don Jesús, y a éste fácilmente con su sobrina. Sí. La muchacha es Palmirica, Palmirica a quien no dejan familiarizarse con un colaborador de los rojos, amigo de los que mataron a tantos curas. Pega un respingo sonoro acompañado de una sacudida violenta del cuerpo y se despierta. Cristino, en la cama de al lado ronronea sin sentido denotando haber oído algo extraño que no llega a despertarlo. Paco se arrebujaba entre las sábanas intentando hasta ocultar sus pensamientos y se esfuerza en no pensar ya que el sueño resulta imposible.

Las calles se llenan de paisanos que conducen sus yuntas, aperos, cestas y botijos a la era. Van cubiertos con sombreros de paja, las mujeres más coquetas todavía destocadas, llevando la humilde imitación del jipijapa de ala ancha, flexible, tejido de paja más burda sobre la espalda sujeto al cuello por el barboquejo. Algunos hombres van con la horca sobre el hombro, sujetada por el palo y sobresaliendo las dos o tres púas de madera sobre la cabeza, o con el rastrillo para la paja, o con el cedazo para cribar; utensilios que no se habían atrevido a dejar en la era. Todos se saludan y se apresuran a esparcir la parva, desmenuzando los montones y los fajos, comenzando la mañana abriendo bocado con lo traído de casa, sin faltar la bota de peleón.

Cuando Amalia y familia llegan a la era, Chano ya había empezado a tender la mies. Buen fichaje, piensa la mujer, trabajador y callado. ¿De dónde lo habrá sacado Cristino? No se responde porque no le interesa, es una simple asociación de ideas. Apenas se saludan, es lo normal, Cristino hace un breve aparte con Chano, éste mira a Paco que elude la mirada disimulando mientras prepara la yunta. La trilla comienza como de costumbre, el muchacho aprovecha cualquier oportunidad para quitarse de

en medio, monta en el trillo sentándose en la silla, arrea a los animales con la zurriaga y el ronزال para dirigirlos y comenzar las vueltas. La yunta va deprisa, posiblemente por la ansiedad del chico, aunque no viene mal cierta rapidez para que se triture más rápido la mies. Al medio día, mientras Chano lleva a los machos al abrevadero y Amalia se acerca a su casa para coger las viandas, Cristino y Paco se quedan solos. El muchacho se recuesta sobre la paja, mientras su tío sentado sobre una piedra que hace de poyete lía su cigarro.

—¿Más tranquilo, chaval? —y ante el signo afirmativo, continúa—. Le he dicho a Chano que lo sabes todo.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada. Confía plenamente en mí, ya he cuidado en ponerte en el lugar que te corresponde.

—Nunca diré nada. Te lo juro. Pero no sé si podré ayudaros en algo.

—Nos sobra y basta de momento con tu silencio. Ya irás comprendiendo más la situación.

Pasa por la era la pareja de la guardia civil haciendo la ronda. Un estremecimiento recorre el cuerpo de Paco que en esos momentos había cogido el botijo mojándose la camisa.

—¿Qué tal la trilla?

—Muy bien, mi cabo —responde Cristino deseando resultar agradable—. ¿Quieren liarse un pitillo?

—No, gracias. Por cierto, ¿quién es ese nuevo jornalero?

—Es Chano el de Barranquera.

—¿Chano? ¿Qué hace allí?

—Es el ayudante del herrero.

—¿De Marcial?

—Sí, mi cabo. Ya está viejo para el herraje y necesita que le ayuden.

—No sabía nada. Ya me pasaré por allí. Vale.

El guardia hace un simulacro de saludo y continúan el recorrido. Cristino ve alejarse la pareja y maldice los tricornios con soeces palabras.

—Debe sospechar algo —insinúa Paco asustado.

—¡Qué va! Es más torpe que un burro ciego. Sólo le gusta mandar, mandar y asustar, haciendo creer que conoce más cosas de las que suceden y lanzando insinuaciones que ni el mismo sabe para qué.

—Pero ha dicho que se pasará por la herrería.

—¿Y qué? ¿Crees que Marcial es un pipiolo? A ese no le sacan ni el nombre de su padre.

—¿Y qué dirá de Chano?

—Mira chico. Ni lo sé ni me importa un rábano. Lo que estoy seguro es que al viejo no le sacan una palabra aunque le arranquen la piel a tiras.

—¿Y qué piensas hacer con todos esos papeles que te has traído? —el muchacho

quería aprovechar la intimidad para acallar su conciencia o, por lo menos, conocer la gravedad del asunto.

—Repartirlos para que la gente sepa quienes nos mandan.

—¿Repartirla en el pueblo? —preguntó Paco horrorizado.

—En el pueblo, pueblo, no. Eso sería muy expuesto. Pero sí en las proximidades: Montanar, Pedregas y demás.

—¿También en las masadas?

—No. En las masadas tampoco. Sería muy difícil para los medieros desconocer su procedencia. No es fácil acercarse a una masía sin que sus moradores se enteren, y mucho menos que un extraño pase desapercibido a los pastores.

La llegada de Amalia con la comida y el regreso de Chano de dar agua a los animales cortó la conversación. Dieron buena cuenta de las viandas, regaron la garganta con el porrón y, como era preceptivo, echaron una pequeña siesta para reanudar con más fuerza el trabajo.

Ismael, el pastor hijo de Sacristán regresa al pueblo con el ganado. Saluda a todo el mundo a su paso por la senda de las eras, en la cuesta detiene el rebaño y echa un silbido a Paco.

—Después de cenar, en la plaza.

Quedan los dos amigos. Como todos los sábados, aunque éste, como el domingo también se trilla, la reunión será más corta. Se conocen desde niños, sus madres ya eran amigas de pequeñas, y desde que Ismael había quedado huérfano, la amistad se había intensificado hasta el extremo de que, en ocasiones, marchaban juntos al monte con el ganado. Amalia recomienda a su hijo.

—No trasnoches. Mañana hay que seguir trillando. Un ratico sólo para charlar y a casa.

Han acabado de aventar y siguen con la rutina de siempre. Completar los sacos, meter la paja en el cerrado, ir al abrevadero, cargar los cántaros, limpiarse un poco en el pilón y luego la cena. Al pasar por el cuartel, escuchan el vozarrón del sargento, comandante de puesto, don Mauricio Expósito Ruiz, alias el Sobrapelotas que entona, con evidente intención de demostrar su patriotismo, su cántico preferido, recuerdo heroico de sus tiempos de guerra: *El novio de la muerte*, canción legionaria sacada de un cuplé de los años veinte.

*Nadie en el Tercio sabía
quién era aquel legionario,
tan audaz y temerario
que en la Legión se alistó.*

*Nadie sabía su historia
más la Legión suponía,
que un gran dolor le mordía
como un lobo el corazón.*

*Mas si alguno quién era
le preguntaba,*

*con dolor y rudeza
le contestaba:*

*Soy un hombre a quien la suerte
hirió con zarpa de fiera,
soy un novio de la muerte
que va a unirse en lazo fuerte
con tan leal compañera.*

*Cuando más rudo era el fuego
y la pelea más fiera,
defendiendo su bandera
el legionario avanzó.*

*Y sin temer el empuje
del enemigo exaltado,
supo morir como un bravo
y la enseña rescató.*

*Y al regar con su sangre
la tierra ardiente,
murmuró el legionario
con voz doliente:*

*Soy un hombre a quien la suerte
hirió con zarpa de fiera,
soy un novio de la muerte
que va a unirse en lazo fuerte
con tan leal compañera.*

*Cuando al fin lo recogieron
entre su pecho encontraron
una carta y un retrato
de una divina mujer.*

*Y aquella carta decía:
Si algún día Dios te llama
para mí un puesto reclama
que a buscarte pronto iré.*

*Y en el último beso
que le enviaba
su postrer despedida
le consagraba:*

*Por ir a tu lado a verte
mi más leal compañera,
me hice novio de la muerte,
la estreché con brazo fuerte
y su amor fue mi bandera.*

6. La tragedia de Gadur.

A finales del verano, Fermín reúne a su partida. El Tarta y Chano se incorporan al monte. Uno deja la herrería y el otro, casi finalizada la trilla monta un pretexto y abandona Costilleo. Las órdenes del jefe son tajantes. Se hace necesaria una represalia inmisericorde en venganza de la criminal actuación de la Guardia Civil. Según informe de los guerrilleros, detenida la mujer del Fermín y llevada a la prisión, la han asesinado colgándola de los barrotes de su celda por negarse a delatar a su gente. La versión de los guardias, por supuesto, es bien distinta. Parece ser que la interfecta, desesperada por su encierro y temerosa de graves represalias, se ahorcó con un pañolón atado a la reja de su cárcel.

La partida de algo más de una docena de hombres se aproxima a Gadur, pueblo situado a 1600 metros de altura. Llevan cuatro metralletas *Sten*, cinco fusiles máuser, escopetas del 12 y tres bombas de mano por individuo además de una carga explosiva que transporta el Tarta en una carretilla. El avance cumple los requisitos propios de la guerrilla. Dos hombres ejercen de exploradores apenas kilómetro y medio adelantados. En la cercanía del poblado, de unos 400 habitantes, uno de los que marcha en descubierta se detiene en espera de dar la señal al grueso de los maquis, mientras el otro se aproxima hacia las primeras casas. Todo había quedado correctamente planificado. Sobre pasados los pajares y cobertizos, el guerrillero se topa con dos labriegos que montan sendas caballerías. La brusca detención hace escorarse la albarda de uno de los machos que casi tumba al montador.

—Deteneos. Somos guerrilleros y venimos bien armados. No queremos nada contra vosotros. Quedaos en este redil y no os pasará nada.

Haciendo una señal al otro destacado, espera a que éste divise al resto de la partida para darle el visto bueno del paso. Los aldeanos ya en el suelo y sin despegar palabra, presentan esa serenidad del campesino acostumbrado a doblegarse ante los acontecimientos que consideran fuera de sus posibilidades. Apenas a dos tiradas de piedra se encuentra el cuartel de la Guardia Civil, con su destartado aspecto sólo alegrado por los vástagos de una parra que caprichosamente trepa por la fachada. ¡Qué ajenos están sus moradores de lo que tienen tan cerca! Llega el grupo de maquis

en abanico, todos van armados, el de un extremo porta un artilugio rodado con un paquete encima. Instintivamente los dos rústicos acarician a sus animales que empiezan a rebufar inquietos. ¡Dios quiera que las mujeres estén dentro de casa! Y los niños. ¡Y mejor que los mozos no estén todavía en el pueblo! Nunca se sabe cómo reaccionan los jóvenes. Ni tampoco los de la sierra. ¡Se cuentan tantas cosas!

—Vosotros seis, con el Tarta y su carga hacia el cuartel. Los demás conmigo — ordena el jefe dirigiéndose a sus hombres Luego se enfrenta a los del pueblo—. ¡Aquí quietos! ¡No quiero ni un respingo de los animales!

Mientras los seis guerrilleros toman posición rodeando el pequeño acuartelamiento al parecer desprotegido, el Tarta pasa por delante de una garita elevada, extrañamente vacía, y deposita los explosivos junto a la pared que la encumbra. Para su suerte la puerta principal cerrada, sólo consta de una mirilla en el centro que condiciona dos ángulos muertos de visión a ambos lados de la tapia. El frote del eslabón hace prender la chispa en el pedernal y enciende la yesca que el maqui aplica a la corta mecha, corriendo a refugiarse entre los suyos. Casi al instante, acaso aún antes de que explosionase la carga, las metralletas ya han comenzado a enviar sus ráfagas sobre puerta y ventanas imposibilitando la salida de los guardias. Esquirlas de piedra, cemento y arena preludian un cortejo de odios, dolor y muerte. Callan los montes ensordecidos por los chasquidos de los proyectiles, el grajear de las aves, el ladrido de los perros y el inaudible terror de las gentes.

Los hombres del Fermín derriban algunas puertas y sacan a sus moradores mientras el resto de los vecinos asisten horrorizados a la razia. Varios hombres permanecen en los quicios de sus portales apoyados en el espigal. Se cierran ventanas violentamente, se atrancan puertas y el rugido infernal de las armas se extiende sobre la incipiente noche. Un miedo sepulcral se agarra a las gargantas, el estómago parece rebullir no se sabe si de vacío o temor, mientras que desde el fondo del corazón que se encana, cada individuo quiere pensar que la cosa no va con él. Sí. Son ellos. Los del monte. Nadie sabe bien lo que quieren, pero todos dicen saberlo. Don Jesús, el cura de Costilleo que, de vez en cuando se pasa por la aldea, sobre todo en tiempos de cuaresma, no se pronuncia. Dice que todos son hijos de Dios, los unos y los otros, y que los hijos de Dios hacen cosas buenas y cosas malas. ¡Y eso que se mató a muchos curas! Casi igual piensa don Antonio, el médico, que sin tener obligación por no pertenecer a su municipio, atiende algunas urgencias; pero éste no menta a Dios ni al diablo, dice que todos son españoles y que cada cual tiene sus razones y sinrazones para no poderse ver. El que no tiene duda alguna es el Sobrapelotas, comandante de puesto del otro Sector, ese los tilda de asesinos, cobardes, ladrones y criminales. Pero es que para él, Franco es el Generalísimo que siempre hace bien las cosas y que lo que desea es acabar con todos los traidores a la Patria, asegurando además que cuando se muera el Caudillo, Dios quiera que sea muy tarde, el Papa lo va a hacer santo. Se comenta que en Costilleo hay uno que fue anarquista, un tal Cristino que al final resultó ser un enchufado por familia y curato.

Las sutiles y rebuscadas divagaciones de los aterrados aldeanos, en un desesperado intento de encontrar una razón con la que defenderse si llegara el caso, tropiezan con la realidad del momento que no admite disquisición alguna. Varios guerrilleros conducen a empujones a unos cuantos vecinos llevándolos hacia las eras. Los detenidos: dos matrimonios, tres niños y una anciana, fueron agrupados contra unas tapias. El que parecía ejercer el mando solicitó a los pocos expectadores que informaran en el juicio popular que se iba a realizar a los acusados, sobre la colaboración criminal con el Régimen. La sensatez de los campesinos, o acaso el temor a represalias, les hizo optar por el silencio que a su vez llevaba implícita, justo es reconocerlo, la cobardía de querer permanecer al margen de la terrible situación. Los ocho rehenes fueron ejecutados, desgarrando las almas de las gentes. Jamás ninguno de los presentes pudiera, en su peor pesadilla, imaginar tan horrible masacre. Las mujeres lloraban postrándose de rodillas en una desesperada y ya imposible clemencia; los hombres intentaban hacer valer una virilidad incompatible con el sentimiento. Finalizada la siniestra desgracia, todos los maquis lograron huir sin ningún tipo de bajas. La aldea se tiñó de sangre, destrucción y muerte mientras la noche cubría el triste llanto de los montes.

La trágica noticia llegó esa misma noche a Costilleo. El comandante de puesto don Mauricio Expósito Ruiz, lanzaba tacos, juramentos y palabrotas, junto con el inicio de alguna blasfemia no acabada, dado su conspicuo catolicismo, rematada con la ponderación de sus atributos.

—Me sobran pelotas para aniquilar a esos hijos de su madre. ¡En mi sector tenía que haber sucedido! Lo que pasa es que el Generalísimo es un buenazo, y los que le rodean unos flojos peloteros. ¡Cualquier guardia de segunda sabe lo que hay que hacer para terminar con todo esto! ¡Maiques, prepárame el coche que mañana marchó a la ciudad! ¡A ver si me escuchan de una vez!

La Guardia Civil de los tres sectores que agrupaba la Comandancia permaneció en vela la noche entera. Se organizó una batida en la que intervinieron somatenes, falangistas y vecinos, mientras algún cacique, entre los que se encontraba don Silvino, marchaba repentinamente a la ciudad por asuntos personales.

El trasiego de autoridades entre la capital y los pueblos evidenció claramente la diferencia existente entre las dos zonas.

Es cierto que los campos han quedado medio arrasados, pero el campesino puede, a veces, burlar el fisco y retener parte de su cosecha, de sus animales, de su huerta, de lo que sea, incluso le resulta más fácil servirse de la picaresca, para vender lo escondido traspasando el fielato con triquiñuelas o sobornos. En la entrada de las poblaciones los carabineros recaudaban el impuesto de consumos, evitaban el estraperlo, e incluso empleaban el densímetro en las cántaras de leche para limitar el aguado. No es extraño asistir a la desesperación del taimado lechero ante el desparrame de sus cántaras excesivamente *bautizadas*. La carestía no recae solamente sobre los alimentos, sino que golpea también al vestido, zapatos, prendas de abrigo,

carbón, carburante, jabón, tabaco y otras cosas básicas. Un litro de aceite cuesta tres o cuatro pesetas, un kilo de arroz tres cincuenta, de garbanzos dos cincuenta, una docena de huevos seis pesetas, precios que llegan a triplicarse o cuadruplicarse en el mundo del estraperlo. Se fabrican sucedáneos como la achicoria, centeno, cebada, soja, para sustituir al café o al té, mientras los fumadores titulares de Tarjeta para la que se precisa cédula personal y avales, venden su racionamiento de tabaco que suplantán con hojas de berza, manzanilla o anís.

Nunca se supieron las conversaciones que el comandante de puesto de Cosilleo tuvo con el mando, ni las órdenes y disposiciones de éste y, hasta se llegó a dudar de que hubiera tenido valor para exponer sus ideas, pero su sentido de poderío se revistió de soberbia, engreimiento y jactancia dando a conocer al pueblo que se había quedado corto en tiranía y autocracia. La primera disposición del sargento fue obligar a todos los pobladores del municipio, incluidas las pedanías de Pedregas, Montanar y Las Masadas, a pasar por el cuartel a tomar declaraciones. Se mandó un pregón comunicando la división del municipio por secciones que acudirían a declarar determinados días, y que los guardias harían llegar a los caseríos más alejados en forma de panfleto.

Paco ya no suelta el asa del cántaro cuando aparece don Jesús, ni Palmirica se ruboriza ante la presencia de su tío. Ambos le besan la mano mientras el párroco les echa la bendición. En casa nadie ha hablado de nada, ni siquiera parecen haberse dado cuenta del festeo de los chicos a excepción, claro está, del espabilado del tío Cristino que, antes que nadie imaginase el menor gesto ya estaba al corriente de la situación. Los domingos a la salida de misa, las muchachas se juntan a un lado de la fachada principal de la iglesia, junto al campanario, y cuando divisan al chaval se marchan todas dejando sola a Palmirica con su amiga de turno que, como está mandado acompaña a la pareja para que no quede en situación de excesiva intimidad.

—Tu madre te necesita para el trabajo ¿verdad? —pregunta la chica.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Porque creía que querías estudiar algo.

—Es verdad. Mi madre piensa vender las tierras, y entonces marcharemos a la capital y yo estudiaré para contable.

—Para eso hay que saber muchas matemáticas. A mí se me daban muy mal. Siempre prefería la Historia de España y la Geografía.

—El maestro me decía que yo era el mejor en las *mates*.

—Entonces. ¿No viviréis en el pueblo?

—No. Pero vendremos a casa muchas veces. Yo... todas las que pueda.

Te lo aseguro.

Tras un periodo de silencio, siempre hablaban así, unas frases seguidas y silencio, otras más y nuevamente callados. La *carabina* no intervenía, ni siquiera los miraba, solamente se encargaba de saludar a todo quisque como avisando a la pareja de que no se aturdiesen demasiado.

—¿Qué te parece lo de Gadur? —ella preguntaba siempre.

—Muy mal, pero algún motivo habría para que hiciesen esa brutalidad. —Apenas pronunciada la frase, Paco se dio cuenta de que resultaba una impertinencia.

—¿Motivo?! —la muchacha se detuvo bruscamente y su amiga lanzó un gritito—. ¿Puede justificarse ese crimen con algo?

—No. No —atajó rápidamente Paco sintiéndose traicionado por él mismo—. Quiero decir que los bandoleros siempre se creen que pueden tomarse la justicia por su mano.

—¿Estás loco, Paco? ¿Cómo puedes hablar de justicia?

El acaloramiento de Palmirica, la acción de la amiga cogiéndola por el brazo en claro gesto de protección, y la extrañeza de alguna mirada de los transeúntes, avisó al joven que tenía que arreglar el desastre.

—Por Dios, Palmira. No lo tomes a mal. Es que cuando estoy contigo me pongo nervioso y no sé ni lo que digo.

El piropo surtió efecto, pero desde entonces hasta la llegada a casa, los silencios fueron más largos, las preguntas menos comprometidas, y el acostumbrado roce de la mano de él sobre el brazo de ella al despedirse, no fue tan prolongado como en otras ocasiones. Paco se dirigió hacia su casa maldiciendo su metedura de pata. Ya tendría para siempre a Palmirica ojo a avizor; y todo por no entender lo de los maquis ¡Qué bien se lo había explicado su tío! Desde luego lo de Gadur estuvo mal, muy mal de verdad, pero algo les habrían hecho a los de la sierra para que tomasen esa decisión. Posiblemente no querrían matar a los niños, sólo asustarlos, pero algún nervioso apretaría el gatillo y se los llevó por delante. La cabeza le ardía hasta casi estallarle en una entremezcla de posibles explicaciones y buenos sentimientos. Optó por no buscar disculpas y tratar de olvidar el asunto. La chica lo quería, estaba seguro, y él sabría arreglar el desaguisado. Se sentó a la mesa sin apenas dirigir palabra alguna. Su madre sirvió la comida.

—El tío no come hoy en casa. Se va con Sacristán a hacerse unas migas. Cualquiera día nos llaman al cuartelillo a declarar —se calla mientras sirve la sopa—. Miedo me dan las respuestas del tío —luego se sienta, bendice la mesa y sigue—. A ver cómo nos trata el sargento. Dicen que se está extralimitando un poco en sus funciones. En fin. Sea lo que Dios quiera.

En efecto, el ínclito, ilustre y esclarecido comandante de puesto se había tomado muy en serio, acaso demasiado, sus averiguaciones. Gracias a sus más que convincentes interrogatorios sabía que uno de los asesinos de Gadur había sido visto en Barranquera. Don Mauricio Expósito Ruiz que, además de blasonar de testes, no tenía un pelo de tonto supo sacar correcta acepción de la frase oída. El *haber sido visto* indicaba claramente que no era vecino del lugar. Los únicos forasteros de Barranquera fueron los dos ayudantes de Marcial, el herrero, uno de los cuales llegó a Costilleo acompañando a Cristino e intimando también con Sacristán, ambos a dos de dudosos antecedentes. Como colofón a sus deducciones, los dos foráneos habían

desaparecido poco antes del criminal episodio. El Sobrapelotas sonrió, se gustó a sí mismo, se alisó el todavía abundante y negro cabello, descorchó una botella de vino que le regaló el alcalde en el último aniversario de la victoria y se echó al colete unos buenos tragos, acompañados de unos tacos del jamón que descolgó de la cocina. Regoldó un par de sonoros eructos, se suavizó la garganta con una larga buchada del tinto y desabrochándose la guerrera y el cinturón, para refocilarse con más libertad, marchó a su despacho dispuesto a discurrir el método a seguir tumbado en el sofá.

Mientras el comandante dormitaba a pierna suelta, en el sentido literal de la palabra, don Jesús pasaba en la iglesia el rosario de la tarde. Le acompañaban media docena de mujeres, todas de riguroso negro, con pañolón en la cabeza, a excepción de las dos hermanas Moreno que, pregoneras de su alcurnia lucían velo de encaje, y el abuelo Manuel, sordo desde hacía años, que a veces se trabucaba en las respuesta siendo alertado cariñosamente por el cura con una palmadita en la rodilla. Finalizada la letanía, por supuesto en el más clásico latín y rezado el obligado padrenuestro por las intenciones del Romano Pontífice, el mosén realizó la consiguiente lectura de meditación, tomada de la *Imitación de Cristo* de Tomás Kempis:

Muchos están en obediencia más por necesidad que por caridad; los cuales tienen trabajo y ligeramente murmuran, y nunca tendrán libertad de ánimo si no se sujetan a Dios de todo corazón.

Anda de una parte a otra; no hallarás descanso sino en la humilde sujeción al superior.

La imaginación y mudanza de lugar a muchos ha engañado.

Verdad es que cada uno se rige de buena gana por su propio parecer, y se inclina más a los que siguen su sentir.

Mas si Dios está entre nosotros, accesorio es que dejemos algunas veces nuestro parecer por el bien de la paz.

¿Quién es tan sabio que lo sepa todo enteramente?

No quieras, pues, confiar demasadamente en tu sentido; mas gusta también de oír de buena gana el parecer de otro.

Si tu parecer es bueno, y lo dejas por Dios, y sigues el ajeno, más aprovecharás de esta manera.

Porque muchas veces he oído ser más seguro oír y tomar consejo que darlo.

Bien puede también acaecer que sea bueno el parecer de uno; mas no querer sentir con los otros cuando la razón o la causa lo demanda, señal es de soberbia y pertinencia.

La mayor o menor comprensión del pasaje quedaba al entendimiento de los asistentes. Lo corriente es que los rezadores no entendiesen casi nada de los que le leía el santo párroco, y de hacerlo, lo más lógico resultaba que una misma lectura fuese interpretada, no solamente de forma distinta sino incluso contradictoria entre algunos. El que no tenía problemas era el anciano cuya sordera le obligaba a cabecear continuamente asintiendo a lo que no percibía en absoluto.

A la salida de la iglesia cada parroquiano marcha para el hogar, nadie habla, nadie comenta; la ley del silencio, tan presente entre los desfavorecidos, aplasta como una losa las conciencias. El abuelo Manuel acompaña a casa a don Jesús, se despide a voces como siempre, y el cura le echa la bendición también como siempre. Antes de entrar en el zaguán de la casa cedida por el Ayuntamiento al párroco de la localidad, don Jesús vuelve la cabeza y divisa a Ismael y Paco que se dirigen, al parecer en

animada charla, hacia las eras. El buen eclesiástico realiza un leve y crítico movimiento de cabeza mientras cierra la puerta del portal y musita una plegaria.

—Te digo que lo de Gadur se veía venir —comentó Ismael.

—Nunca creí que fueran tan bestias.

—Mi padre decía que algo malo ocurriría.

—¿Por qué?

—Porque primero les habían hecho una canallada a los del monte.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Me lo ha dicho mi padre.

La confesión merecía respeto. Paco quedó callado. Caminaron largo trecho sin mediar palabra, cogiendo un tallo, mordisqueando una pinocha, aplastando un zarcillo, observando el boscaje como si fuera la primera vez que lo veían. A veces se paraba uno en el sendero, el otro caminaba unos pasos para detenerse también, en silencio, aparentemente absortos en un hermoso paisaje hartamente conocido. El montuoso terreno truncado por hoyas y barrancas secas y pedregosas parecía presentarse a sus ojos como algo equivocadamente novedoso, en un intento de fascinar sus sentidos para ocultar sus secretos. Paco rasgó el velo.

—También mi tío me ha dicho muchas cosas.

Los dos muchachos entendieron el afianzamiento de su confianza. Dieron un respingo de tranquilidad largamente deseado. Se miraron a los ojos y chocaron sus manos como si nunca lo hubiesen hecho en señal de sellar sus confidencias.

Ismael, que no entendía bien como su progenitor se confesaba ateo estando todos los días en misa y comprendiendo el idioma de los curas, se consideraba creyente en el patrón San Roque, llegando al extremo de haberle puesto ese nombre al perro, que sin duda llevaría el del santo, y si se apuraba hasta creía en el Santo Cristo del altar mayor. Y eso que nunca, o casi nunca iba a misa ni entendía los *vobiscorum*.

Paco era más religioso, por algo su madre le inculcaba la misa dominguera, pero no hacía ascos a la incredulidad de su tío que aunque tampoco quería a los curas resultaba un hombre sensato, sensato y sobre todo *fajao*.

Hechas las consideraciones apologéticas pasaron a lo verdaderamente preocupante. Sus conocimientos sobre los hombres de la sierra. Para el dulero, los del monte eran personas como todos, obligados a la vida montaraz, ruda, insociable y resistente por culpa de los civilones del tricornio. Sólo querían el bien del pueblo. Su padre se lo había dicho y, más aún, él los había visto muchas veces. Paco, por su parte relató las vivencias conocidas por su tío, también se inclinaba por los guerrilleros, pero no tenía tan claro la honradez y sinceridad de los mismos.

Los recientes acontecimientos de Gadur no eran precisamente correcta carta de presentación.

—Mi padre me asegura que todo fue porque los guardias empezaron primero y además, está seguro de que Franco va a caer de un momento a otro porque todos los países del mundo van a ayudar a los guerrilleros.

—Mi tío también cree eso, pero no está tan seguro de que nos ayudarán los de afuera.

—La verdad es que la vida del monte no es mucho mejor que la nuestra, pero son unos héroes que luchan por hacernos libres.

—Será muy dura para ellos pero los que los mandan bien lejos que están —manifestó Paco—. Desde Francia no puede verse lo que pasa aquí. ¿Y dices que los has visto?

—Varias veces —blasonó el pastor—. Ya te dije que incluso les entregué un cabrito para comer.

—Pues yo conozco a uno.

—¡Bah! Ese era el que estaba con vosotros en la era —presumió de enterado Ismael—. Era un pobre hombre.

—¿Cómo sabes todo eso? —el nerviosismo, la curiosidad y el desasosiego actuó de acicate.

—Estás tonto, Paco. Ya te he dicho que hablo con ellos y me lo cuentan todo —el pastor se pasó un tanto—. Lo primero te diré que son unos valientes.

—Los guardias tampoco son unos *rajaos*.

—Depende —blasonó Ismael de información—. Según mi padre, muchos civiles no quieren salir al monte, y si lo hacen es por obligación de sus mandos que hasta los castigan y pueden expulsarlos si demuestran miedo.

—Bueno. Miedo lo que se dice miedo deben pasarlo por las dos partes.

—Pues creo que sí. Pero los del monte quieren que el pueblo sea libre para decidir, y los civilones sólo quieren mandar.

—Y cuando manden ellos, ¿qué? ¿A matar curas otra vez?

—Parece mentira que seas un leído, Paco —las diferencias sociales quedaban admitidas—. Los maquis no quieren ir contra los de religión.

—Pero son comunistas. Yo lo he leído en unos papeles. Y los comunistas quemaron iglesias y mataron curas y monjas.

—Eso era antes —defendió el cabrero no muy seguro.

—Menudo lío, ahora que estoy acompañando a la sobrina del cura —salió por peteneras el enamorado—. ¡Para ninguneos estoy yo!

La pragmática sabiduría popular en el pensamiento de dos muchachos, hablaba por sí sola de la embrollada situación. En aquella España del maquis pocos españoles, muy pocos, de uno u otro bando habrían admitido la convivencia completa. El odio, la venganza, la eterna maldición entre hermanos, impregnaba a cada uno de razones. Ninguna de ambas facciones estaba dispuesta a torcer el brazo. Y los que callaban, esa mayoría silenciosa que aguanta y sufre penalidades, aunque con pacífica resignación, también tenía sus preferencias.

—Voy a tener que hacerme de los que mandan porque Palmirica no se casaría con nadie que oliese a rojo.

—Mi padre dice que una mujer nunca debe entremeterse con la ideología de su

marido.

—Ni un marido en la religiosidad de su mujer —sentenció Paco—. Pero dejémonos de tonterías. Tú que has estado en el monte con ellos... ¡Cuéntame! ¡Cuéntame! —La fascinante admiración no precisaba razonamientos.

Ismael gesticuló ordenando silencio. Se encontraban a la entrada del pinar, a pocos metros de los últimos pajares. Guió a su amigo por un sendero de cabras hasta llegar al cabo de unos minutos a una hornachuela, especie de covacha empleada para cobijarse cuando cuidaba el ganado.

—Aquí no nos pueden oír. Lo que voy a decirte no lo sabe nadie más que mi padre, y solamente en parte. La última vez que los vi, no hace ni una semana, estaba en el Pozo la Burra, acababa de sacar agua y echarla en el pilón para dar de beber a las ovejas. Ya no me asusté como al principio. No los conocía, pero por lo visto ellos a mi, sí. Eran dos y llevaban colgado del hombro dos fusiles. Enganchadas en el cinturón tenían unas cartucheras y una especie de pequeña y regordeta botella que mi padre me explicó eran bombas de mano. Venían a llenar sus cantimploras. Me saludaron tocándose la gorra y hablándome con campechanería.

Ismael siguió relatando su reciente encuentro, así como la confianza que iba tomando con los maquis. Le ofrecieron un buen pedazo de pan y queso que sacaron de su morral, proclamándose guerrilleros liberadores del pueblo, que luchaban para que no hubiera gente como él que ni podía estudiar ni trabajar por un buen salario y hasta le ofrecieron un cigarrillo ya liado, sacado de un paquetillo diciéndole se trataba de tabaco rubio que se lo pasaban de Francia. Le aseguraron que tenían a muchos pastores como amigos, que siempre les daban noticias de la *pareja*, y que en varias ocasiones habían cenado juntos en el monte y contadas sus respectivas peripecias. No parecían peligrosos aquellos hombres. Más aún, resultaban agradables y comprensivos, tanto o más que los propios vecinos. Por lo visto todos los guerrilleros se llevan bien con los de los pueblos, sólo son enemigos de los civilones, fascistas y caciques. Dijeron muchas cosas de Costilleo, sabían las andanzas de los guardias, las bravuconadas del Sobrapelotas y hasta conocían a varias personas de las que no dijeron nombres pero sí cuestiones ocurridas en el pueblo que solo podíamos saber los paisanos. Al final Ismael contó su confianza con los guerrilleros.

—Apenas salido el sol por aquella loma, no hace ni media mañana, he visto la *furgona* de los guardias. Estaba parada en el camino forestal de Peña Blanca. Le estaban echando agua al motor que rebullía echando humo.

—¿Y hacia dónde han ido?

—No lo sé, porque he seguido con el ganado, pero siempre que pasan por ese camino se van hacia Barranquera.

—Gracias chaval —me dijeron—, toma dos pesetas para que te acuerdes en silencio de nosotros. Se marcharon por donde habían venido, aunque yo luego los vi de lejos justo por el sitio opuesto por donde se fueron. Se ve que no tenían mucha confianza conmigo y me quisieron despistar.

—¿Y nunca te han amenazado? —inquirió Paco excitado.

—¡Qué va! Saben que soy una tumba. Un día, no lo olvidaré nunca, me tocaba encerrar al ganado en el monte y apenas cerré el portalón del corral me topé con tres hombres que llevaban un cuerpo inmóvil sobre un macho. Enseguida reconocí al mulo de la masía Los Chopos, sus arreos son inconfundibles mitad pardos y mitad rojos.

—Hola chaval. Esta vez te necesitamos en serio —me dijo el que sin duda era el jefe.

—¿Qué me quiere señor guerrillero?

—Al llegarte al pueblo, dile a don Antonio, el médico, que Julián lo necesita. Que venga hasta la primera poza del pinar y allí lo esperará alguien con la caballería. ¡Ah! Y que se traiga las cosas de cortar y coser.

Ismael siguió su relato. Cumplió de inmediato la orden del maqui y, sin ningún titubeo la trasladó a don Antonio que, siguiendo la ancestral costumbre de la escucha profesional sin comentario alguno, le despidió amablemente. Lo que no supo nunca el pastor es que cuando el médico llegó al punto de encuentro, quien le estaba esperando le comunicó que ya no hacía falta su intervención. Los montes volvieron a cerrar la tierra cubriendo con su llanto la tumba de un desconocido.

No tuvo el cabrero inconveniente en seguir contando sus historias adornadas, sin lugar a dudas, por la fantasía de los pocos años. En varias ocasiones se había topado con los maquis, muchas de ellas a propósito, les sirvió de enlace llevándoles comida, ropa, vino e incluso algunas mantas. Eso no lo sabía su padre. Y además, no era nada fácil efectuar el suministro, sobre todo porque tenía que recorrer pueblos distintos para conseguirlo. Muchas horas de bicicleta se había hecho. Cualquiera sospecharía fácilmente si en un mismo lugar se comprasen ocho panes que, a lo mejor no existían en el horno, o seis pares de calcetines, o tres mantas. Les resultaba más fácil a los guerrilleros proveerse de munición, armas y latas de conserva, por ejemplo, que de pan, carne o ropa de abrigo. Lo primero se lo pasaban por la frontera francesa, pero lo demás tenían que conseguirlo a través de sus puntos de apoyo.

—Y ¿sabes cómo se llaman?

—Naturalmente. —Ismael gozaba de sus privilegios.

—Entonces... Mucha confianza tendrán contigo.

—Pues claro, ¿qué te crees? Sé el nombre del jefe y de otros más. El Chispas, el Magro y el Poeta van siempre con el Julián. A veces se agregan otros, pero los que son hijos son los que te he dicho.

—¿Y por qué se llaman así?

—Dicen que para despistar a los guardias y que no puedan averiguar quiénes son, ni de dónde provienen. Nunca usan su verdadero nombre, aunque creo que Julián es el de verdad. Pero es que el jefe pasó de Francia, no vivía en España y por eso no tiene que ocultar nada. Los apodos se relacionan con su trabajo. El Chispas es quien se encarga siempre de prender fuego a los explosivos y Magro está más seco que una

sardina.

—¿Y el Poeta?

—Hace unos versos preciosos. A mi me hizo uno que me emocionó mucho: «Vas a darle de comer/ al ganado temprano/ y para lograr vencer/ ayudas al guerrillero». Además toca el acordeón.

—¡El acordeón! ¿Y tú lo has oído?

—No. Pero me lo ha dicho.

—Oye —Paco estaba ávido de conocimientos de esos hombres—. Si el macho era de Los Chopos es que Damián también está en el ajo. Bueno, Damián y Elvira.

—Eso no lo sé. Puede que sí, o puede que no. Puede ser que colaboren voluntariamente, o que los hayan forzado, incluso que les hayan robado la caballería. A mí eso ni me importa, ni quiero saberlo.

—Tienes razón. Pero ¿no tienes miedo a los guardias?

—¿Y cómo se van a enterar si sólo lo sabemos nosotros? Por eso no quiero preguntar nada de nadie.

—¿Y podré yo hablar con ellos algún día?

—¿Pero no estabas con la autoridad por querer de la Palmirica?

—Sí... bueno —el muchacho intentó salir airoso—. Lo que he dicho es que tendré que pensarlo. Todo esto es un verdadero follón. Hasta me cae bien alguno de los guardias.

—Toma, a mí a los únicos que no trago son al Sobrapelotas y al cabo; los demás son tan desgraciados como nosotros, o más. Están ahí, como podían estar segando, o incluso en la sierra.

—Cierto. Yo sé que hasta pasan hambre. Además según lo que me dices, los maquis tienen más ayuda del pueblo que los civiles. Van en pareja, día y noche, llueva o truene, tan al raso o más que los guerrilleros, con sus tricornios y capas verduzcas que dan miedo y pena. Dos cosas que no comprendo cómo pueden darse juntas.

—Por cierto, el Poeta sabe una poesía sobre la Guardia Civil. La llevo siempre escondida en el zurrón para que no me la encuentren y pueda aprenderla. Dice que no la ha inventado él y solo se sabe pedazos pero aunque yo no la entiendo del todo me parece muy bonita. —El pastor enseñó un pedazo de papel mugriento escrito con tosca letra con retazos del *Romance de la Guardia Civil* de Federico García Lorca:

Los caballos negros son.
Las herraduras son negras.
Sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.
Con el alma de charol
vienen por la carretera.
Jorobados y nocturnos,
por donde animan ordenan
silencios de goma oscura

y miedos de fina arena.
Pasan, si quieren pasar,
y ocultan en la cabeza
una vaga astronomía
de pistolas inconcretas.
Avanzan de dos en fondo
a la ciudad de la fiesta.
Un rumor de siemprevivas
invade las cartucheras.
Avanzan de dos en fondo
doble nocturno de tela.
El cielo, se les antoja,
una vitrina de espuelas.
La ciudad libre de miedo,
multiplicaba sus puertas.
Cuarenta guardias civiles
entran a saca por ellas.
Los relojes se pararon,
y el coñac de las botellas
se disfrazó de noviembre
para no infundir sospechas.
Un vuelo de gritos largos
se levantó en las veletas.
Los sables cortan las brisas
que los cascos atropellan.
Por las calles empinadas
suben las capas siniestras,
dejando atrás fugaces
remolinos de tijeras.
Y otras muchachas corrían
perseguidas por sus trenzas,
en un aire donde estallan
rosas de pólvora negra.
Cuando todos los tejados
eran surcos en la tierra,
el alba meció sus hombros
en largo perfil de piedra.

Mientras la España montañosa se tiñe de dolor, miedo y esperanza, en la parte urbana, capitalina, se cierra temporalmente por censura la revista humorística *La Codorniz* dirigida por Álvaro de la Iglesia; Santiago Bernabéu, presidente del Real Madrid, inaugura el nuevo estadio de Charmartin y el cantante cubano Antonio Machín triunfa con *Angelitos negros*.

En el plano oficial, España se rinde ante Evita Perón, artista, locutora y difusora del peronismo que, lejos de formar parte del gobierno de su marido, como reza la creencia popular, solamente participa en labores del Ministerio de Salud y Trabajo, desde donde impulsa un entusiasta populismo que proclama no olvidar su tiempo de hambre y miseria, creando una fundación que lleva su nombre y situando a la mujer en un lugar jamás alcanzado en el país. La prensa del Movimiento ensalza a una mujer que armoniza la libertad femenina con el matrimonio y el hogar. Falange elogia su postura, el pueblo se entrega ante su voz y figura, y hasta la Iglesia respeta su carisma.

La política internacional agrava considerablemente la situación española. La Organización de Naciones Unidas, en su Asamblea General, condena al régimen de Franco y aprueba la retirada de embajadores en España a todos sus estados miembros decidiendo el aislamiento del país. Solamente Argentina se atreve a contradecir a la ONU y envía a España un diplomático que hace las veces de embajador, estableciendo un acuerdo básico comercial entre los dos países según propias necesidades.

Las convulsiones que agitaban el mapa español, la salida de una guerra civil, el triunfo mundial de las democracias, incluida torpemente la Unión Soviética, el abandono del exterior y el apoyo del PC a los guerrilleros que se jugaban la vida en la montaña, tuvieron como resultado el aumento de la represión, censura y cohesión de las fuerzas del Estado. El PC creyó, o hizo creer, que potenciando la guerrilla se podía acabar con el Régimen, idea a la que se oponía directamente el PSOE esperanzado en un cambio político abanderado por el triunfo de los aliados. Ambas ideología fracasaron en su proyecto. Ni era posible terminar con Franco con el maquis, ni las potencias vencedoras se inmiscuirían para destruir un gobierno autoritario que les defendería a ultranza del comunismo.

Los dirigentes del PC no dudaban de que en las agrupaciones guerrilleras debía existir pluralidad política de izquierdas en que se incluyesen preferentemente socialistas, anarquistas, republicanos y libertarios, pero el fuerte proselitismo comunista y su inquebrantable decisión de mando hicieron siempre difícil la conjunción.

La radio, a pesar de que los escasos receptores resultaban excesivamente caros para la mayoría de los españoles, jugó importantísimo papel en aquella época, no solamente por las consignas ideológicas del Estado, sino por la posibilidad, aunque remota, de escuchar propaganda opositora.

Apenas dos años terminada la guerra civil, se emite desde Moscú la emisora Radio España Independiente, más conocida por la de España Pirenaica por creerse ser transmitida desde la localidad francesa de Toulouse. Por ella se difunde propaganda, consignas, partes de operaciones y generalmente éxitos de las agrupaciones guerrilleras, encaminadas prácticamente siempre a elogiar las directrices del Partido Comunista, amén de las obligadas diatribas contra Franco. Sus emisiones fácilmente asequibles en todo el territorio español, intentaban ser interceptadas por las autoridades del Régimen pero, con un poco de paciencia y habilidad podía soslayarse la censura. También desde Londres, se retransmitían programas antifranquistas traducidos al español y concretamente desde París, el PCE contaba con radioescuchas capaces de captar algunos partes oficiales de la Guardia Civil.

7. La escuela.

Asalto al tren pagador.

Don Pascual esperaba en la puerta de la escuela la llegada de sus alumnos. Ese año eran muchos, diez chicas y seis chicos, de edades entre los seis y los catorce años. A los pequeños sólo se les daba un cuaderno que tenían que conservar hasta final de curso, cosa imposible hasta entonces; a los siguientes se les entregaba el primer libro ya ajado, manoseado y deslucido por anteriores chiquillos; había que conservarlo todo el primer grado hasta llegar al segundo al cumplir los diez, donde se daba un libraco que tenía que durar hasta los catorce cuando se culminaría el tercer grado y acabarían los estudios en la escuela. El recinto, un pabellón de madera y obra, dividido en dos aulas comunicadas por una puerta que siempre estaba abierta para que el maestro pudiese vigilar la clase separada, por supuesto, de chicos y chicas, constaba en su parte posterior con un pequeño patio, cercado por un alambrado donde se ubicaban dos servicios, perfectamente delimitados por sexo.

Los muchachos esperaban el paso de las chicas para oír sus chillidos cuando les tiraban piedras al charco más cercano, algún atrevido intentaba levantarles las faldas en un vano intento de divisar algo más que las pantorrillas, y casi todas las chiquillas, aun las más desfavorecidas pegaban sus brazos a las faldas pregonando su honestidad no exenta de imaginación. Don Pascual ignoraba las chiquilladas, más atento a discurrir *la consigna del día* que, siempre acorde con el glorioso Movimiento tenía que escribir en la pizarra.

Rezada el Ave María, todos en pie y más o menos atentos a la oración, los alumnos ocupan sus pupitres de a dos, algunos de los cuales poseen un tintero y un par de plumas que deben cuidarse bajo pena de castigo cara a la pared durante una semana. El maestro designa a los dos encargados semanalmente de encender las estufas de leña, una en cada clase, con ramas, trozos de corteza de pino que arden fácilmente, y piñas secas que se encuentran en el cajón de los servicios. Luego ordena a uno de los mayores, chico o chica, a situarse en el centro de la puerta de comunicación de las aulas para leer el dictado del día. Los pequeños, exentos de esta carga, harán entretanto sus *rayajos*, palotes habituales y hasta alguna letra.

En esta ocasión, Gloria, la empollona sobrina del alcalde leía con su atiplada voz,

y con perfecta vocalización distinguiendo las *bes* de las *uves*, la *Enciclopedia Grado Elemental Dalmau Carles*, editada en Madrid en 1946:

Aragón y Cataluña se unieron a Castilla, por el casamiento de Isabel I de Castilla con Fernando V de Aragón. Los dos esposos son llamados los Reyes Católicos.

Aparte haber logrado el hecho glorioso y culminante de la Unidad española, los episodios más notables durante el reinado de los Reyes Católicos fueron: la toma de Granada, el descubrimiento de América y las conquistas de Nápoles y Navarra.

A principios de 1492, los Reyes Católicos tomaron la ciudad de Granada.

Con la toma de Granada, cayó el último reino que los moros conservaban en España.

En 1492, el navegante genovés Cristóbal Colón descubrió las Américas, protegido por los Reyes Católicos.

Cristóbal Colón murió en Valladolid, pobre y casi olvidado.

Las Américas o el Nuevo Mundo, eran sumamente abundantes en oro, plata, maderas finas y ricos frutos. Millares de europeos emigraron a aquellas tierras, consiguiendo fortunas cuantiosas.

El bueno del maestro recogió los escritos y tras ojear brevemente los dibujos y rayas de los pequeños puso en ambas pizarras, de chicos y chicas, ejercicios de las cuatro reglas aritméticas fundamentales. Cada alumno, según su edad, sabía muy bien los que tenía que realizar. Don Pascual, en unos momentos de tranquilidad, mientras corregía los dictados, recordó en silencio algunos retazos de su historia, cuando ingresó en Falange como amigo personal de Agustín Aznar, el que intentó liberar a José Antonio de la cárcel de Alicante y posteriormente fue el primer director del Seguro Social creado por el ministro Girón de Velasco. De aquellas revueltas callejeras pasó a formar parte de la Primera Línea del frente, siendo agraciado con la asignación de una madrina de guerra con la que se carteó tiernamente. Acabada la contienda conoció a la muchacha, siguiendo un romántico idilio que acabó cruelmente truncado por la muerte de la madrina aquejada de la terrible plaga de tuberculosis que asolaba al país. Desde entonces, el maestro, permaneció soltero y, curiosamente, sin quedar afiliado al movimiento falangista aunque, eso sí, imbuido de la moral, política y religión que disponía el Gobierno.

Llegada la hora del recreo, se cerró la puerta que comunicaba ambas aulas y mientras las chicas, podían salir de clase, incluso ir a casa durante media hora, o quedarse junto a la estufa como hacían casi todas, a los muchachos se les tomaba la lección. La misma operación realizaba con las muchachas mientras los varones disfrutaban del esparcimiento. Una última clase de lectura, cada chico o chica enmarcados en la puerta de comunicación, finalizaba poniéndose todos juntos de pie para cantar el himno:

¡Viva España!
alza los brazos
hijos del pueblo español
que vuelve a resurgir.

Gloria a la Patria
que supo seguir
sobre al azul del mar
el caminar del sol. (*bis*)

¡Triunfa España!
los yunques y las flechas
cantan al compás
del himno de la fe.

Juntos con ellos
cantemos de pie
la vida nueva y fuerte
del trabajo y paz.

La letra del poeta gaditano José María Pemán la confeccionó por encargo del general Primo de Rivera en 1928, y no durante la guerra civil como suele creerse. Más aún, antes de la contienda el mismo Pemán decide cambiar el segundo y décimo verso: «alza los brazos» y «los yunques y las flechas» en lugar de los originales «alza la frente» y «los yunques y las ruedas». La *Marcha granadera* ha sido desde el siglo XVIII considerada como el Himno Nacional de España, a excepción del periodo de la República en que se adoptó el Himno de Riego. Carlos III la declaró Marcha de Honor y debido a que se interpretaba musicalmente en los actos públicos donde aparecían los reyes, se popularizó con el nombre de *Marcha Real*. Franco lo oficializó durante la guerra civil siendo ratificado por el BOE el 17 de julio de 1942.

La escuela se cierra, los chiquillos corretean por la nieve, resbalan, algunas chicas caen con revuelos de faldas aplaudidos por los muchachos que solo ven lo que imaginan. Don Pascual se dirige a la fonda donde está alquilado disfrutando de una habitación con cama, armario, sillón, pequeña mesa con su silla y un lavabo, soporte de madera sobre el que se asienta una palangana provista de un agujero central por donde desagua a un pozal cuando se vierte la jarra para las abluciones; todo un lujo si se añade que la posada cuenta con un pozo ciego para los parroquianos, especie de letrina donde se recogen las deyecciones por carecer de alcantarillado. Mientras camina sorteando los pequeños montones de nieve que se acumulan sobre las piedras, adoquines, tejas caídas y hierbajos, saluda a todo el que se encuentra a su paso, ayuda a alguna viejuca para que no resbale en el hielo, y hasta se detiene unos momentos para colaborar en despejar la nieve de la puerta de una casa que le impedía abrirse. Era costumbre en el pueblo, emplear el *palo camino*, especie de tronco gordo que tirado por un animal, generalmente un burro, trazaba el camino de las viviendas muchas veces cubierto por la nevada. Los hombres se afanan en hacer transitables las callejas, hombres plenamente enraizados en su tierra aguantando los días de hielo y nieve, días que ya esperaban acarreando leña del monte, piñas, hojarasca con que alimentar las chimeneas. El agua se congela en las botijas, en los cántaros, y hasta los animales se ajuntan en las cuadras procurándose un calor que les falta. Noches cargadas de oscuridad y frío que con el paso silencioso de los días aglutina a los vecinos en alguna casa en torno a la lumbre y se narran historias, leyendas, cuentos de embaucadores y brujas que atemorizan a los niños pegados a las faldas de la abuela. Se habla de todo, de todo menos de maquis mientras se encuentre algún pequeño. Al final, cuando las mujeres y los menudos marchan a sus casas y la dueña

acompaña a la abuela al dormitorio y se retira a la cama, quedan los hombres solos, fuman su tabaco picado liado sin prisas porque no se podrá salir para nada al monte, beben una especie de licor traído de no se sabe dónde pero que caldea la garganta y sale el tema prohibido.

—El Sobrapelotas se está pasando un pelo.

—¿Un pelo? Más dirás un tajo de pelambre. Uno de Pedregas dicen que ha quedado encorvado de la paliza.

—¡Ahí es nada! En nuestras aldeas se han llevado los guardias a más de una docena que han desaparecido totalmente.

—No será para tanto.

—Pues eso dicen.

—Por lo menos el tío *Zancas* y su hijo, acusados de ser un punto de apoyo de los de la sierra, se los han llevado a la capital y, desde luego, no han vuelto.

—Pues yo sé, de seguro, que en un enfrentamiento entre los guardias y la partida de «Tito», a la que le habían hecho una emboscada mataron a éste y otro guerrillero.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Porque lo he leído en *Mundo Obrero*, y además decía que el *Tito* murió heroicamente. Causando varias bajas a los civiles.

—¿Y de dónde sacas tú ese periódico?

—No es un periódico, son unas hojas que han repartido por muchos pueblos. Nadie sabe quien las echa, pero están metidas en los pajares, y cuando los abres se vuelan por el pueblo.

—Pues al chico de Evaristo un guardia civil le dio un buen tortazo por estar leyendo una.

—Sí. Ordenan que se recojan todas y se lleven al cuartel sin leerlas.

—¿Y la animalada de Gadur?

—Sé de buena tinta que a *Grande* le ha sentado muy mal.

—Tú todo lo sabes de certeza.

—¿Y qué pasa? ¿Te incomoda?

La respuesta no tuvo lugar porque se oyeron dos fuertes golpes en la puerta y una voz imperiosa.

—Abran a la Guardia Civil.

No hubo posibilidad de repetir la orden porque el dueño de la casa abandonó rápidamente la tertulia y dio paso a la autoridad.

—¿Qué hacen aquí ustedes todos reunidos? —y sin dar oportunidad de respuesta prosiguió—. Anden. Marchen todos a sus casas que ya es hora. Si tardan más de diez minutos en estar en ellas tendrán que presentarse mañana al cuartel.

El personal cogió sus prendas de abrigo, chaquetones de piel lanuda de cordero, alguna pelliza vieja procedente de otro dueño, hasta una manta y sus obligadas gorras. Sin mediar palabra regresaron obedientes a sus hogares. Los guardias siguieron su ronda, envueltos en sus verdes capas, forrados tricornios con orejeras,

«naranjero» al hombro y paso decidido. La noche despejada y oscura, dejaba correr un ligero viento que se clavaba en los huesos como finas agujas de hielo. También los guardias sabían de penalidades. Gran parte alistados en el cuerpo por falta de trabajo y huyendo de la pobreza de los pueblos, de precaria educación, mal pagados, unas 13-15 pesetas diarias, con cuarteles destartalados, incluso viviendo acogidos en algunas casas, alejados de sus lugares de origen, y poco dados a la convivencia, unas veces por cortedad y otras por rechazo, no eran precisamente envidiados en su labor; además, no cabía duda, de que se jugaban el tipo.

El sargento recibía entretanto el parte que el radiotelegrafista le pasaba:

«Voladura torre eléctrica Juviar. Cuatro pueblos sin luz. Partida del Julián».

—¡Ya está bien! —bramó el sargento, olvidándose en esta ocasión hasta de mentar su testosterona—. Que dos guardias más vengan conmigo a reunirnos con los de la ronda para acudir al paso del Lobo. Si han volado el poste de Juviar tienen que salir por el barranco ¡No te duermas, tarugo! —piropeó al de la radio que salió veloz a cumplimentar la orden.

La búsqueda resultó infructuosa, el agotamiento extenuante y el estado de ánimo del Sobrapelotas era como para estar lo más alejado posible de su presencia. Al día siguiente, de buena mañana, el guardia Maiques tenía preparada la furgoneta para llevar al sargento a la ciudad. Había que conocer a fondo el caso y recibir las órdenes pertinentes. En la Comandancia General se encontraron los tres comandantes de puesto del sector. Ninguno había podido localizar la partida, a lo más que se había llegado era a la conclusión de que debía actuar entre dos demarcaciones por lo que resultaba complicado el mando unificado de sectores distintos. Mauricio Expósito aprovechó el momento para exponer que tenía una pista a seguir. Un confidente, exageró el calificativo, le había asegurado que un hombre visto en Barranquera había formado parte del crimen de Gadur.

Reconfortado de ánimos, el sargento llegó al pueblo y ordenó comunicar a Cristino y Sacristán su inmediata presentación en el cuartel. Cristino acudió el primero y, tras hacerle esperar un buen rato, el guardia civil excusándose con su trabajo lo citó para el día siguiente. Parecida operación realizó con Sacristán, aunque a éste lo citó para las nueve de la noche. No había duda de que el Sobrapelotas intentaba amedrentarlos.

Los dos convocados intentaron mitigar su angustia en el bar, luego en la tasca y al final en el mesón. Aunque no llegaron a embriagarse, la sobrecarga de alcohol, acompañada de la no acostumbrada hora de libación a la que tan puntual eran los vecinos, los abundantes cuchicheos inaudibles y la rara actitud de los dos hombres, alcanzó a extrañar tanto a los dueños de los establecimientos como a los escasos campesinos que vagabundeaban a esas horas. Naturalmente todo el mundo estaba al corriente de que el Sobrapelotas los había citado temprano para posteriormente mandarlos a sus casas sin interrogatorio alguno. Hubo avisado que intuyó que lo que el comandante de puesto deseaba era que todo el pueblo se enterara de la excepcional

situación.

Don Jesús, Amalia y Paco, no quedaron libres de dudas y elucubraciones. Mientras la mujer reconvenía a su hijo afeando la conducta de su tío y recriminándole tantas tertulias de politiquero, avisaba al muchacho de que tuviese buen cuidado en lo que decía cuando le tocase declarar. El mosén, teja en ristre, salió en busca de su eficiente ayudante. A decir del mesonero, en sentencia exagerada, poco menos que el cura sacó a Sacristán del bar por las orejas y se lo llevó a la rectoría. El Cristino ni se inmutó al parecer. Se quedó sentado un buen rato, solo con su botella, y aun se echó al gznate unos cuantos sorbos.

—Pero ¡hombre de Dios! —amonestaba el buen párroco—. ¡Pero a quién se le ocurre emborracharse teniendo que ir a declarar al Sobra... sargento!

—No estoy borracho don Jesús.

—Pues lo pareces. Apeistas a vinorro, además del malo, y vas a echarte a llorar delante de la autoridad agravando tu situación.

—Pues déjeme llorar ahora —balbuceaba entre hipidos Sacristán.

—Tranquilízate, hijo —se compadecía el cura—. Pórtate con respeto ante don Mauricio. Serio, pero sin gimoteos. Trátale siempre de usted, no olvidando darle el título de *mi comandante de puesto*.

—Pero si sólo es sargento —lloriqueó.

—¡No seas animal! Perdona hijo, es que me sacas de quicio. Es sargento con funciones de comandante de puesto. Eso se mira mucho en la Guardia Civil. Es un título que sólo se da a los que consideran responsables y son bien vistos por los jefes.

—Y si me pega. ¿Tampoco puedo llorar?

—¿Si te pega? ¡Ay, si se atreve a tocarte! Si se atreve a tocarte dile, aunque sea gimoteando y chillando como un gorrino, dile que soy íntimo del señor obispo.

—¿Y el señor comandante de puesto sabrá lo que es el señor obispo?

—¿Que si sabrá lo que es el señor obispo? —don Jesús pidió *in mente* perdón por su pecadillo de soberbia—. ¡Y tanto que lo sabe! ¡Como que sin el visto bueno del señor obispo, no tendría el puesto que tiene!

Sacristán pareció tranquilizarse un poco ante la seguridad de don Jesús. Bebió un largo trago del botijo de agua fresca que le pasó el cura, se arrodilló sumiso al recibir la bendición, le besó la mano y marchó a su casa. Esa noche su hijo no vendría, dormía en el redil con el ganado.

Entretanto Cristino recibía la regañina de su cuñada. La verdad es que iba un poco tocado, pero no tanto como para merecerse la bronca. Su sobrino en esta ocasión permaneció silencioso; tampoco le rió la gracia ni se interpuso en la gresca. Refunfuñó por lo bajo sin protestar y se metió en su cuarto a dormir la pítima. Después de todo hasta mañana no tenía que presentarse al Sobrapelotas y, además, ¿qué le importaba a su cuñada lo que podía beber o no, siempre que se comportara como Dios manda?, bueno como hay que comportarse. Lo que sí que tenía que hacer era prepararse las respuestas al civilón. Serio, tranquilo, sin alharacas pero con

señorío, eso, sobre todo con señorío, para demostrar al del tricornio que los libertarios son señores, verdaderos señores del pueblo, libres de toda mojigatería y melindre. Y sobre todo educados, muy educados. Se durmió imaginando al sargento abrumado por la exquisitez de sus argumentaciones y hasta sin rechistar mientras se repantigaba en el sillón y colocaba los pies sobre la mesa.

Era ya noche cerrada, gélida e intempestiva cuando Sacristán llamó a la puerta. El guardia miró por la rejilla y le dio paso acompañándolo al despacho del sargento. Pasó tiempo, mucho tiempo en el que el pueblo entero en su silencio, encerrado en sus casas, apretujados ante el fuego, removiendo los troncos para avivarlo, aún sin hablar estaban pendientes de lo que sucedía en el cuartel. Todos sabían las tendencias, ideario, presunciones y hasta fantasías del pobre sacristán, inocentón más que malintencionado, ignorante en su formación autodidacta, crédulo y, por supuesto, ateo por la gracia de Dios. Fácil de doblegar con amenazas, carne de cañón para el Sobrapelotas, difícil trabajo para don Jesús situado, entre la espada y la Cruz. Nadie supo quien lo vio, ni siquiera de donde salió la noticia, pero con el murmullo del viento entró en los hogares la revelación del suceso. Sacristán había salido del cuartel dando tumbos, tropezó o acaso se derrumbó sin fuerza, volvió a levantarse y cayó otra vez. La tercera caída fue evitada por don Jesús que, sin saber ni como ni de donde se había precipitado hacia él; todo el pueblo recordó las tres caídas de Cristo, el Cirineo y el peso del madero. Otro hombre, no se sabe quién, ayudó a llevar al maltrecho pecador a la casa del párroco. Éste, apenas unos segundos, los suficientes para dejar en la cama al desdichado, salió de la vicaría dirigiéndose con grandes zancadas, excesivamente rápidas para su edad, hacia la casa cuartel. Se ignora lo que sucedió dentro aunque la imaginación se desbordó recorriendo lares, peñas, árboles y montañas. Más de uno pudo jurar que vio salir al párroco desgredado con su poco pelo, enrojecido a pesar del frío, palmoteándose el pecho y diciendo unos latines que jamás habían oído en la misa.

Al día siguiente, Sacristán y Cristino no se encontraban en el pueblo. No hacía falta haberlos visto, todo el mundo sabía, hasta el comandante de puesto, que se habían echado al monte.

Casi al mismo tiempo, en el contiguo sector de la Comandancia, lindante por el norte con el de Costilleo, apenas a 30 kilómetros, un cabo muerto y un guardia herido parecían querer sopesar la tétrica balanza del odio. Y, como siempre, esa losa grisácea, agobiante y pesada cubrió el silencio de las gentes sin poder impedir el doloroso llanto de los montes.

La noche había sido dura para los dos huidos. Sacristán apenas podía dar dos pasos sin detenerse. A Cristino le dolían los brazos por el esfuerzo de llevarlo casi a cuestas. El camino resultaba áspero, rudo, escarpado y, sobre todo desconocido. Marchaban exhaustos, sin rumbo, entre piedras de cortes vivos y pinchos hirientes. Huyen subiendo el monte, sorteando la maleza que parece interponerse con la libertad. En un pequeño calvero, libre de árboles y sembrado de suaves y tentadores

arbustos se dejan caer, Cristino se acomoda en el suelo, Sacristán queda tal y como se derrumbó su cuerpo. Pasan inmóviles un rato, quizá excesivamente largo. El vapuleado fugitivo puede medio incorporarse para quedar sentado. Su amigo le ayuda a levantarse. Otra vez a emprender el nuevo calvario del interminable ascenso. Pero ninguno de los dos duda de su decisión. Sobre un grueso tronco que se eleva al cielo, Sacristán apoya sus dos manos, extiende los brazos y vomita residuos y sangre.

—¡Quietos ahí! ¡Ni un paso más o sois hombres muertos! —Una imperiosa voz atravesó el fárrago de hojarasca que cubría unas peñas—. No os mováis. ¿Quiénes sois y para qué venís al monte a estas horas?

—Somos huidos —el barboteo no ocultó la ilusión—. Éste acaba de ser torturado por los guardias. Miradle cómo viene.

De esta forma, Cristino y Sacristán entraron a formar parte de los hombres de la sierra en la partida de Julián, con el Chispas, Magro y el Poeta. Sin apenas darse cuenta, además de jugarse la vida, se habían introducido en un círculo del que resultaba muy difícil, acaso imposible, salir. Círculo que se incrustaba en la piel y en el alma, cambiándoles desde dentro lo que hasta entonces había sido su vida. Se distorsiona la mentalidad, se rompe el binomio hombre-tierra, transformándose en fiera-monte, no exactamente en el sentido peyorativo de la palabra, sino en el más amplio de supervivencia, mimetismo, ataque y huida, soledad y agrupamiento. Desde ese momento no tienen hogar, ni familia, todo se trueca por la partida, el compañerismo, las dificultades de una convivencia incierta, dificultosa y precaria. Desaparecen las paredes de la casa, el corro junto a la lumbre, los animales del corral, el macho, el burro, hasta las gallinas acaban echándose de menos. Las cuevas, las rocas, la caseta o la tienda de campaña, son los nuevos lares que les cobijan y, en un supuesto lujoso, el pajar o el granero de algún punto de apoyo que, desde que entran, sólo está pensando en el momento en que se vayan. Las agotadoras marchas, siempre nocturnas, en silencio, sin apenas reposo, separados en fila procurando no marcar los caminos. Caminos que ni siquiera son senderos ni veredas, sólo atajos, cortados, vericuetos, huecos, grietas y rendijas de las montañas. Igual que los animales del monte, buscan pasos por donde discurrir, escasos, difíciles que a más de uno les han costado la vida o la misteriosa desaparición del grupo. Hay que huir de los lugares habitados, de las carreteras, de donde trasiegan las caballerías, los campesinos y las carretas; siempre monte a través, traspasando impresionantes farallones, peñascos y barrancos. Y luego soportar las impertinencias, a veces verdaderas molestias del compañero tan harto como tú de una vida que sólo puede cubrirse con idealismo o rencor, y a veces tristemente sólo con resignación.

—Tenemos que asaltar el tren pagador de RENFE.

Julián expone los detalles. El Poeta y Sacristán se apostarán en la comba del Barranco del Sordo, uno a cada lado de la vía cubiertos por las rocas que inician el brocal del puente. Desde allí avisarán por señas la llegada del convoy antes de que dé el pitido de la curva donde tiene que aminorar la marcha. En ese momento Cristino

saltará sobre el tender para impedir cualquier acción imprevista de los maquinistas, el Chispas prenderá fuego a unos troncos que atravesarán los carriles, y Magro y el mismo Julián, cubrirán la salida de los guardias y del pagador que marcharan en el furgón de cola con el dinero.

Con la antelación suficiente el grupo de guerrilleros ocupó sus puestos. Desde su apostadero de la curva, los dos maquis divisaron como el tren se introducía en un túnel perdiéndose de vista hasta que lo tuvieron a escasos metros. Al poco rato, con un sobresalto de Sacristán apareció, casi de improviso, la enorme máquina de negro acero, con sus topes delanteros para absorber los impactos y proporcionar soporte para los esfuerzos del empuje. Le pareció un monstruo enorme, impresionante, echando humo negro por la chimenea y blanco vapor por los costados. Apenas se acordó de hacer la señal convenida anunciando su proximidad. La combustión de la caldera calentando agua convirtiéndola en vapor por ebullición, generando presión para mover los pistones que dan juego a las bielas que impulsan las ruedas, recordaba los bramidos de un gigantesco animal enjaulado que pugna por liberarse de sus ataduras. El Chispas prendió fuego a unos maderos impregnados de gasolina entrecruzados sobre los carriles, mientras los maquinistas, que de por sí ya habían aminorado la marcha antes de la curva, accionaron, al verlo, las grandes zapatas que presionaban contra la superficie de las ruedas intentando detener el ferrocarril.

El chirrido escalofriante de los frenos, junto con el golpeteo repicado de los topes, precedió en unos instantes al salto de Cristino sobre el tender amenazando a los dos hombres situados en la cabina. La inercia deslizó sobre los raíles el convoy durante un trecho más de lo previsto permitiendo a la pareja de guardias civiles, no situados en el vagón de seguridad como se supuso, sino prácticamente en los furgones extremos, protegerse por los aleros de las plataformas y disparar ráfagas de metralleta sobre los asaltantes. Enormes troncos de pinos posiblemente no correctamente estibados se deslizaron de su asentamiento haciendo descarrilar algunos vagones. Tras unos minutos de tiroteo, y el lanzamiento de bombas de mano por los maquis, la muerte de uno de los guardias y la inmovilidad del otro, herido, finalizó la refriega. El Chispas colocó un explosivo entre los goznes de la puerta blindada que solamente logró abollarla levemente, por lo que Julián ordenó detener la más que improbable apertura conminando al pagador enclaustrado a que abriese la puerta. El asustado funcionario, ya sumamente amedrentado, se esforzó inmediatamente en descorrer los cerrojos de seguridad que habían quedado medio trabados al deformarse la plancha. Entregó solícito los sacos del dinero, ocurriéndosele, entre protector y atemorizado, pedir permiso para socorrer al guardia herido.

Julián permitió el auxilio, mandó coger las armas de los civiles y ordenó el repliegue de su partida. Como siempre después de una operación, seguirían caminos distintos hasta confluir en el convenido punto de encuentro.

La nueva acción del maquis aunque silenciada por la prensa dado el paraje solitario del suceso, corrió entre labriegos, campesinos y pastores transmitida por el

silbido del viento, la maraña de encinas, las masas de pinos, los pinchos de aliagas y el susurro de los riachuelos recortados por piedras, juncos y flexibles hojas de retama. Ochocientas mil pesetas de botín no era poca cosa para los tiempos que corrían. El sesenta por cien había que entregarlo al Partido, cosa que Julián no estaba dispuesto a aceptar. Bastaba con el 20 por ciento. Lo restante no era sólo para él, sino también para sus hombres, mantenimiento de la partida y, la mayor parte, para los puntos de apoyo, enlaces y familiares de represaliados. Mariano, el jefe de la Agrupación, sabía muy bien de las prelaciones del Julián, pero hacía la vista gorda dada la extraordinaria valía del guerrillero. Otras cosas más serias ocurrían que había que cortar de golpe. Cuadrillas dedicadas íntegramente al bandidaje y saqueo protegidas con el nombre de partidas, la mayoría anarquistas e incluso comunistas apegados a sus tierras, así como grupos de huidos desde la guerra, no favorecían precisamente la opinión popular de los guerrilleros. Pero Mariano no es tonto. Sabe que la vida en el monte es dura, que a veces tienen que comportarse como alimañas, como individuos que necesitan comer, que precisan dinero para calzarse, para abrigarse, para fumar, que los enlaces son cada vez más exigentes porque cada vez viven más acosados, vigilados, incluso con familiares maltratados por los mandamases del Régimen. Por eso muchas veces perdona, mitiga, excusa ciertas pequeñeces que para otros significan abusos, vejaciones o simples canalladas.

En ocasiones las partidas son comparadas, por algunos aldeanos, con los recaudadores de impuestos robando el fruto de sus esfuerzos por orden abusiva o amenazante. ¿Qué más da que te quite el trigo el del fielato que el de la sierra? Uno lo hace por orden autárquica, y el otro por contribución a la lucha. Y si lo piensas bien. El primero puede multarte, incluso arrebatar con todas tus pertenencias, pero con el segundo puedes arriesgarte a tener que pagar con tu vida. Todo el mundo sabe que existen hacendados, algunos incluso afectos al régimen, que por miedo o simplemente por conservar sus propiedades pagan su tributo a los guerrilleros y hasta les procuran ropas y alimentos. En una ocasión, uno de los caciques de Mora, avisado por su mediero de que los de la sierra le habían exigido unos corderos, le respondió excitado que diese a los maquis lo que pidieran pero que no le comunicase nada a él para no tener que ir a delatarlo al cuartel o callar y jugarse el pellejo con los unos y los otros. El valor no tiene por qué ir unido a la fortuna.

El invierno resultaba amenazante para el maquis mucho más que para el campesino. Por precario que fuese el resguardo del hogar, mucho más desagradable se presentaba el cobijo en la montaña. El abrigo de una covacha aun con lecho amontonado de paja, unas mantas y hasta la propia vestimenta, apretados entre sí y turnándose en el extremo próximo a la entrada no era suficiente para librarse del helado ambiente de la sierra. Se añoraba no ya la lumbre o el calor de la cuadra sino el rescoldo de las brasas, la templanza de la pared o el cañizo del corral.

Julián tenía proyectado pasar parte del invierno en la masada de Los Chopos. Por seguridad no permanecerían en ella más de dos días seguidos, y por supuesto no

todos juntos, pero irían salteando la permanencia lo más adecuadamente posible. A unos 1500 metros de la finca, casi lindando con los pastos y a media altura de la loma tenían dispuesto un refugio de paso. La anfractuosidad de las rocas junto a la espesa maleza hacía prácticamente inaccesible el lugar a no ser que se conociera una estrecha grieta, sinuosa al principio, formando un embudo que iba poco a poco ensanchándose hasta desembocar en un pequeño mirador cubierto por un conjunto intrincado de hierbas, matas y rastrojos, desde donde se dominaba toda la quinta y gran parte de los pinares. Desde la natural atalaya se divisa desde muy lejos el camino que conduce a la masada perdiéndose, a veces, entre pinares, carrascas, enebros y sabinas que cubren hendiduras, valles y provocadoras formas rocosas. Cuando la nevada es intensa el ventano queda cerrado, haciéndose necesario un palo, tronco o utensilio que perfora la nieve para poder otear el terreno.

La partida se acerca a la masada. Hace tiempo que llevan vigilando desde el miradero la posible presencia de extraños. Magro se ha quedado en el refugio para avisar ante cualquier imprevisto. Los restantes realizan la acostumbrada maniobra de aproximación al objetivo: uno avanzado, dos protegiendo los flancos y los otros dos convergiendo por la parte trasera de la casa. El simulado canto del búho, dado por el que marcha en descubierta, alerta a los demás de que sucede algo imprevisto. La elección de este sonido, comúnmente empleado por el maquis se debe a la habitual presencia de esta ave rapaz, de vuelo silencioso, tanto en lugares inaccesibles como en bosques espesos, zonas peñascosas y en montes desnudos de vegetación arbórea, anidando en los huecos de los árboles, en las hendiduras de las rocas o en los edificios vetustos y ruinosos. Los maquis se pegan al terreno y montan sus armas en posición de disparo. Pronto el sonido de unas esquilas, campanas de hierro que se cuelgan al cuello del ganado, les avisa de la presencia del pastor que regresa del aprisco. Julián con una seña, ordena a Cristino que realice una envolvente sobre el cabrerizo, mientras el perro de ayuda intenta avisar a su amo de la proximidad de gentes.

—¡Hola mocetón! ¿De regreso a casa? —Cristino intenta mostrarse tranquilo y amable, aunque no oculta el máuser de repetición que cuelga de su hombro izquierdo —. ¿Hay guardias por aquí cerca?

—Ninguno a menos de cuatro horas andando. ¿Eres guerrillero?

—¿Y tú qué crees?

—Que sí.

—¡Vaya, hombre! Y siendo tan listo, ¿cómo tienes este oficio? —ironizó el maqui.

—Pues no sé —contestó con simpleza—. No es tan malo el trabajo. Hay gente del pueblo que no come y yo llevo mi morral lleno todos los días. Los medieros son buena gente y me mantienen a gusto.

—¿Y qué opinas de nosotros? ¿Te damos miedo?

—Pues como los civiles. Sí y no.

—Anda. Vuélvete al corral con las ovejas.

—Pero es que hoy tengo que cerrarlas en la masada.

—Pero yo quiero que desaparezcas. ¿Está claro?

La pachaza del pastor quedó en suspenso unos instantes, pero la presencia del guerrillero no permitía divagaciones. Silbó al perro, echó unas cuantas piedras, y regresó al monte con el ganado.

Elvira y Damián ya sabían de la presencia de los guerrilleros. A su hora en punto regresaba el pastor bajando de la sierra, habían percibido los cencerros y hasta el ladrido del perro, sonido algo distinto para un oído del monte del que solía emitir el animal para encarrilar al ganado. Hacía tiempo que los esperaban. El masovero advirtió que uno de ellos había hablado con el pastor y, sin duda alguna, obligado a regresar al redil. ¡Dios quiera que hubiera sabido comportarse! Hasta entonces le habían ocultado su conocimiento de los de la sierra. Ya se vería como compaginar la cosa. ¡Si al menos estuviese el chico en casa! No. Mejor que esté allá en África, con el genio que se daba podría ser peligroso en aquellos momentos. ¿Y el pastor? Bueno, ese era un infeliz. Si le daban algo se lo meterían en el bolsillo. No le gustan los guardias porque un día le dieron una patada al perro que les ladraba mucho, y el pobre animal anduvo unos días cojitranco. Elvira se arrimó a su marido pasándole el brazo por la cintura, el hombre se lo echó por los hombros y, con la misma postura que solían mirar al horizonte en los días de cosecha para adivinar el tiempo escrito en las nubes, esperaron en la puerta la llegada de los guerrilleros. No querían que creyesen que los cogían por sorpresa. Habían quedado en socorrerlos y, aun a regañadientes y en contra de sus principios, buscaban la seguridad.

—¿De qué pie cojea el gañán? —preguntó Julián.

—De ninguno —respondió el mediero—. Suele bailar al son que le toquen.

—¿Quieres decir que es productivo?

—Si le untas algo, seguro.

—Y tu hijo ¿cuándo vuelve de la mili?

—Tardará. Lo han hecho cabo y quiere reengancharse.

Elvira lloriqueó en silencio. Una mujer tan fuerte que ni rechistó cuando parió a solas en la masía, ni chilló más de lo imprescindible cuando le pisó el carro de los bueyes del carpintero, cada vez que nombraban a su hijo, allá tan lejos con los moros, se desmadejaba en gimoteos que lograban impresionar al esposo. Julián, convencido, cortó el tema.

—No comentes nada con el pastor. Cuantos menos conozcan nuestro compadreo mucho mejor para todos, sobre todo para vosotros. Lo hemos mandado al aprisco para quitarlo de en medio.

Mientras Damián sale al exterior siseando al gato que le maullaba pidiendo un mendrugo, la mujer prepara la olla, patatas, berzas, tocino y unos trozos de pan duro para que aliviara la grasa. Cuando están con gente desconocida, los maquis no hablan, si acaso para exigir algo o asustar, pero cuando toman confianza se

comportan como los paisanos de los poblados, si acaso algo más recelosos y agriados, y por supuesto desprovistos de cualquier convencionalismo o maneras corteses. En su endurecida brusquedad resulta a veces paradójico el cariño que demuestran hacia unos niños, incluso hacia los animales domésticos. Por lo general la mayoría de los adultos no les buscan conversación, pero el viejo de la casa que, por todo lo que ha vivido, ya no conoce el miedo, ni la impertinencia, habla, explica y pregunta sobre la vida en el monte, la caza, los guardias, el tiempo, y desprecia cualquier idea política de los unos y de los otros, atreviéndose a opinar sin remilgo alguno. No es el caso de los guardeses de Los Chopos que solamente responden sin ningún comentario más que el exigido. Damián, tan pragmático siempre, busca su arreglo mental para aquietar su conciencia y tranquilizar a la mujer. Ahora silencio, silencio completo para todo el mundo. De la prudencia del pastor ya se encargaran los de la sierra. Pero cuando regrese el hijo ¡Ah! ¡Cuando vuelva el chico! Entonces todo cambiará. Dejarán de ser medieros, que ya tienen su pequeño rento guardado, y lo primero será contarle todo a la Guardia Civil. No. No irán a decírselo al Sobrapelotas, que ese es un animal de bellota, pero irán a declararlo al comandante Roldán, que ese sí que es un señor guardia educado, comprensivo y atento, y hasta muy del Régimen, tanto que hasta le dieron una medalla del mérito militar con distintivo rojo por no se sabe qué cosa.

No muy lejos de Los Chopos, en Mas del Chorrillo, la partida del Fermín realiza el secuestro de un hijo del masovero, exigiendo 100 000 pesetas de rescate. Ante la imposibilidad absoluta de recoger esa cantidad, se conforman con llevarse dos caballerías cargadas de pan, dos jamones, varios sacos de patatas, 10 litros de aceite, un bidón de gasolina y cuatro ovejas ya muertas que piensan salar en el monte. El muchacho queda en libertad y los padres no tienen más remedio que escribir a los amos comunicándoles el desastre y rogándoles silencien el asunto sin darse por aludidos.

Como contraste palmario de la época del maqui, se estrena en Madrid *En un rincón de España*, primer informativo cinematográfico en color, y en los escenarios de la América del Norte, triunfa la pareja de bailarines Antonio y Rosario.

Las privaciones sufridas por todas las naciones tras el conflicto mundial, incidió lógicamente con más fuerza en España. La escasez de petróleo para la motorización de vehículos, en el mundo entero, provocó el avance del progreso industrial procurando, no solamente sucedáneos de la gasolina, sino carburantes sólidos como el carbón, líquidos como el benzol, alcohol, derivados de los aceites y los grasos tales como metano y gasógeno. Este último fue el elemento preferido en España hasta el extremo de que en las grandes ciudades, sobre todo en Madrid, el tráfico resultó prácticamente reducido a tranvías repletos hasta los topes y coches oficiales movidos por gasógeno, amén de un número muy reducido de vehículos públicos y particulares. La energía que podía obtenerse del nuevo y penoso sistema, era exageradamente pobre. Los aproximadamente 40 km/hora que podían alcanzarse en llano, quedaban

reducidos a menos de la mitad ante una leve cuesta. Cuando la pendiente resultaba algo más pronunciada había que recurrir al *reservorio*, especie de pequeño depósito que se comunicaba con el motor del vehículo, abriendo una espita que daba paso a reducidas cantidades de gasolina. La ingeniosa idea de adaptar un motor de gasolina para depender del gasógeno no era excesivamente complicada. Sin embargo, a la dificultad inherente a su escaso poder energético, venía a sumarse la aparatosidad del recipiente necesario para instalar el sistema que, aunque en los camiones, autobuses o furgonetas podían colocarse en la caja, techo o parte trasera, en los coches había que adaptar a veces un remolque para llevar el generador.

Los periódicos de la época explicitaban de forma ingeniosa, aunque engorrosa y sucia, la manera de repostar aquel tipo de combustible, intentando una cierta divulgación científica del proceso. El contenedor no era más que un recipiente metálico que pudiera producir una combustión parcial del producto, cuya variante clásica era la madera. Los kioscos de la capital que se preciaban de profesionalidad repartían octavillas con las explicaciones pertinentes sobre la nueva tecnología del gasógeno.

Por lo que se refiere a Costilleo, los únicos vehículos adaptados al sistema eran el automóvil de don Silvino, el cacique, y la motocicleta de los guardias que, junto a la furgoneta, conformaban el parque automovilístico del cuartel. Se comentaba también que, cuando llegaban a su masía los dueños de la de Los Chopos lo hacían con un auto al que llamaban *rubia* controlado por el nuevo invento.

Así era la España del maquis, la vida de los españoles, ese pueblo tan enriquecido por sus diferencias, como incomprensiblemente unido y desunido, a la vez, por su religiosidad.

8. El dulero.

El comandante de puesto.

El general don Camilo Alonso Vega, amigo personal de Franco y hasta entonces subsecretario del Ministerio del Ejército fue designado nuevo director de la Guardia Civil, con instrucciones concretas y amplias facultades para acabar con el bandolerismo. La práctica desarticulación de la Institución creada por el Duque de Ahumada, debida a la guerra civil, así como la absorción del Cuerpo de Carabineros, obligó al general, coloquial y subrepticamente conocido en medios castrenses como Don Camulo a articular un sistema de enseñanza y reparto de servicios acorde con la situación.

Se hacía necesario, para ser guardia civil, un cierto barniz cultural que superara los simples conocimientos de leer y escribir que se exigían hasta entonces. Tenía que aprobarse un duro curso demostrando aptitudes y conocimientos para alcanzar el difícil cometido de comandante de puesto, cargo que se había venido obteniendo con un sencillo y simple examen. Se estableció un escalafón único, tanto para los sargentos como para los cabos, articulándose una ley por la que se autorizaba la entrada en el Cuerpo con carácter definitivo de oficiales procedentes del Ejército. Alonso Vega también conocido como El Director de Hierro, consigue en 1948 aumentar la red de transmisiones, elevando las estaciones de 63 existentes al finalizar la guerra a 158 en toda España, todavía insuficientes para combatir al maquis. La compartimentación por zonas del Instituto Armado se formalizó por ley de 15 de marzo de 1940 en Sevilla, Barcelona, Zaragoza y León, añadiéndose en 1947, precisamente por el problema guerrillero, la de Teruel.

En el organigrama general, en el que influyen peculiaridades especiales tanto de tipo geográfico, histórico y económico, como la importancia de factores fiscales, de orden público, etc. se establecen puestos de mando regionales, no adaptadas plenamente al mapa político, formados por comandancias, cada una de las cuales dispone de un número variable de compañías constituidas, a su vez, por tres, cuatro o cinco líneas mandadas por un oficial o suboficial. Sin embargo la unidad básica, por excelencia de la Guardia Civil, la constituye el *puesto*, cuyo *comandante* extiende su actuación sobre uno o varios ayuntamientos, manteniendo contacto directo con

autoridades y población.

Don Mauricio Expósito Ruíz, comandante de puesto de Costilleo, en un exceso de celo ha dispuesto que lleven al cuartel a cualquier extraño al lugar que pase por las cercanías.

Todavía la lluvia estaba prendida en las ovaladas hojas de las zarzamoras, hierbas, cañas, y sobre el terreno convertido en marjal de piedras y barro, cuando dos personas se aproximaban al pueblo con un borrico cargado de voluminosos fardos cubiertos de fuerte tela. Eran el buhonero, con su mercancía de cintas, hilos, botones, peines agujas y demás, y la quincallera, gitana tenida por bruja que aparte de sus buenaventuras y maleficios prestaba servicios menos honestos a los exasperados. Pasan la chopera, camino de humedales y el cañaveral que enmarca en el horizonte cumbres de la brava sierra, y de pronto, como surgiendo de la nada, se topan con la *pareja* que tras saludarlos, corteses pero secos, les invitan a que los acompañen a la casa-cuartel. Al pasar por el lavadero las mujeres los miran con esa fijeza interrogativa y molesta que emplean los aldeanos, en contraste de esa otra desinteresada que, en ocasiones, ignora la presencia del forastero. Alguna se santigua al paso de la hechicera, las más mueven la cabeza en un gesto que puede explicar cualquier cosa. La arpía escupe en el suelo y rezonga sonidos incomprensibles mientras sigue al guardia que encabeza la marcha.

Con un día cubierto de nubes y encharcado, casi ningún campesino sale al monte. Paco aprovecha para acompañar a Ismael en la dula, el lugar comunal donde se lleva a pastar el ganado formado por animales de todos los vecinos. El pastor, desde que su padre se echó al monte comía en casa de Amalia y solamente acudía a la suya a la hora de dormir, pues no quería abandonar lo que siempre había sido su hogar. Repetidas veces y con insistencia, le había aconsejado la madre de Paco que viviese con ellos, ahora que tampoco Cristino ocupaba lugar, pero el muchacho se había negado siempre a salir de su casa, admitiendo solamente la manutención que, de otra forma, no le hubiese resultado muy fácil obtener. Ambos chavales, dadas sus propias circunstancias, habían estrechado su amistad. Ismael, lógicamente, era el más afectado llegando a veces, cuando estaba solo, a irrumpir en sollozos por su desgracia. Paco, aunque también impresionado por la marcha de su tío, tomaba el asunto con menos angustia, como algo largamente esperado y hasta necesario dado el carácter de Cristino. En sus conversaciones solitarias nunca faltaba el recuerdo amargo de la reciente historia. Y aunque intentaban conversar de cosas distintas, sobre la tierra, las muchachas, el ganado, los montes, el trabajo, incluso sobre la escuela y hasta de religión, su reconocida ignorancia política, como todos los jóvenes de su tiempo, les llevaba a imaginar épicas situaciones, así como tenebrosas y gloriosas hazañas que siempre terminaban en lúgubres pensamientos, serias palabras y tristes recuerdos.

—¿Y cómo sabes la casa donde tienes que dejar a cada animal cuando regresas?
—preguntaba el hijo de Amalia.

—Muy fácil. No tengo que hacer nada. Ya a la entrada del pueblo cada uno se dirige hacia la suya.

—Parece mentira que tengan ese instinto. Y tú, ¿cómo sabes si los llevas todos?

—Las cuento antes de recogerlos del monte. Si desde allí se marcha alguno, me avisa el perro. Pero no fallan. Les echo sal en las piedras y luego tienen que ir a beber al abrevadero.

Llegan al aprisco donde a veces encierra Ismael al ganado. Allí se sienta Paco, algo más cansado que el cabrero acostumbrado a triscar por los montes. Ismael usa la honda, segura y certera contra unas cabras que se salían del terreno. Gustaba enseñar a su amigo, bastante torpe según él, en el manejo del utensilio. Había que coger la cuerda preparada con un trozo de cuero fijo en su parte media, doblarla por la mitad, colocar la piedra en la doblez y agarrando juntas las dos puntas hacerla girar hasta que alcanzase la calculada velocidad; es entonces cuando se suelta una de las puntas y la piedra sale disparada a su objetivo.

—Pero si es muy fácil —insistía el pastor que no alcanzaba a comprender la ineptitud de su amigo.

—No. No puedo hacerlo. O se me cae la piedra o se me marcha para cualquier lado.

—Mientras no *te se* caiga sobre la cabeza, vale.

—No le digas a Palmirica que soy tan torpe.

—No creo que le interese mucho que sepas tirar el rulo. ¿Pero ya sois prometidos?

—Hombre. Tanto como prometidos... pues no. No hemos dicho nada en casa.

—Pero si lo sabe todo el pueblo, chaval. Hay quien dice que os ha visto agarrados de la mano.

—¡Vaya hombre! Sólo se la he cogido una vez y ya nos han visto. Y eso que ella se soltó enseguida.

—Es que la gente lo ve todo. Y eso que, aunque parezca mentira, en el pueblo aún puedes zafarte porque te miran pero tú también los ves, pero en el monte es distinto, tiene mil ojos y tú sólo dos.

—Eso lo saben muy bien los de la sierra.

El tema ya estaba sacado. Por el menor resquicio de la conversación se introducía la preocupación del subconsciente que pugnaba en aflorar al razonamiento. Los hombres del monte serían héroes o villanos, justicieros o verdugos, conocidos o extraños, lo que fueran, y por tanto tenían amigos, enemigos, detractores, simpatizantes y familiares. El lazo consanguíneo entre la gente de los pueblos es fuerte, a veces sutil y alejado pero siempre enrocado en el sentimiento.

—Pero ellos lo ven todo. Tienen unos anteojos que acercan las cosas.

—Sí. Se llaman prismáticos. Los guardias también tienen.

—¡Guardias! ¡Malparidos! Casi matan a mi padre y lo han obligado a echarse al monte. No se lo perdonaré nunca.

—Cálmate. No todos son igual.

—Eso creía yo antes. Pero ahora sé que todos, todos son igual de canallas. Se aprovechan del pobre desgraciado que no puede defenderse.

—¡Que no son todos igual, hombre!

—¡Ya veremos quien gana al final!

—Pues los de siempre.

—¿Y quiénes son los de siempre? —inquirió Ismael.

—Pues los que se apuntan al vencedor —siguió trascendente el amigo—. Tendremos que ver la cantidad de partidarios que al final les saldrán a los que triunfen en esta desgracia.

—Sí, pero entretanto, muchos no lo podrán contar. Mi padre decía que lo importante no es ganar batallas, sino la guerra, y que unas veces ganan unos y otras veces otros. Por lo que parece ahora toca a los otros.

Una incipiente lluvia obligó a los muchachos y al ganado a refugiarse en el encerradero. Ismael en el portón contaba incomprensiblemente las cabras que se amontonaban empujadas por los ladridos del perro. No faltaba ninguna. Cerró el portillo y abrió el ventano, no hacía tanto frío como para soportar encerrados el calor del ganado. Arreció la lluvia y tuvieron que entornar la tronera para no mojarse. Esperarían a que escampase, y en caso de empezar a caer la tarde sin hacerlo, saldrían para el pueblo antes de que se hiciese de noche. Ya procurarían resguardarse a trechos, en el corral del cura o en la choza del regajo. El pastor custodiaba el rebaño con esmero, no solamente porque gustaba del oficio sino porque cobraba unos céntimos por cada animal. Cuidaba que no se mojasen y atendía a los cabritillos que mamaban de sus madres hasta la saciedad.

La lluvia parecía haber terminado pero el cielo amenazaba con un ruido sordo y suave que cada vez resultaba menos espaciado y más grave. De pronto se escuchó el estallido de un trueno precedido de un relámpago en forma de líneas en zigzag que iluminaron el pinar.

—¡Aquí la tenemos! —advirtió Ismael—. Aguarda aquí que voy al hornacho a encender la hoguera.

Salió del apero cubriéndose con una vieja zamarra y corrió hacia unas peñas en cuya oquedad, según ancestral costumbre, solían los pastores prender fuego para procurar una llama que se viese desde el pueblo. De esa forma comunicaban a sus gentes que se quedaban en el monte junto al ganado. Al regresar al corral, totalmente empapado y aterido de frío, se despojó de las prendas mojadas arrebujándose junto al ganado del que pronto adquirió calor. Los dos muchachos quedaron en silencio, sin ni siquiera verse a pesar de su proximidad. La negrura de la noche solamente rota por alguna culebrina o estallido fulgurante hacía más intensa la soledad. La puerta se abrió bruscamente.

—¿Ismael? Soy el Poeta —percatándose de que había alguien más, empuñó el mosquetón—. ¿Quién hay ahí?

—Guarde los modales señor maqui —se atrevió a decir el hatero deseando impresionar a su amigo—. Nada más estamos yo, y el sobrino de Cristino.

—Hacedme un hueco chavales. He salido por provisiones y me ha cogido el temporal.

—Y ¿adónde iba, señor?

—¿Y a ti que te importa? ¿El tal sobrino es de fiar?

—Como si fuera yo, pero más letrado. Dile alguna de tus poesías.

—¡Para poesías estoy! Dejadme descansar hasta que se pase el chubasco.

No se habló más en toda la noche. Paco se quedó dormido agitado por pesadillas en las que su tío disparaba contra los guardias descabezándolos a todos y apilando los cráneos en un pozo hasta hacerlo rebosar de calaveras. A lo lejos aparecía Palmirica, y entonces se juntaban todos los huesos formando unos esqueletos que al aproximarse la chiquilla se convertían en regordetes angelitos que tocaban violines, arpas y pífanos. Al final, él y la muchacha se subían a una nube que bendecía don Jesús. Al despertar tardó unos instantes, que le parecieron siglos, en percatarse de la realidad. Se encontraba solo en el corral. Ni el Poeta, ni Ismael ni el ganado, estaban en el techado. Abrió el tranquero y divisó en la rodera a su amigo con su zamarra, el morral y la gorra achuchando al perro para que le recogiese una cabra. Agitó las manos mientras gritaba a lo que el pastor contestó con su característico silbido de llamada. Nuevamente juntos se bebieron un buen cuevo de leche recién ordeñada que les supo a gloria.

—El de esta noche ¿era ese que te hizo una poesía y toca tan bien el acordeón?

—El mismo. Ha dicho que le dirá a tu tío que te ha visto y que seguro que se alegrará.

—¿Y no podría yo ir a verlo?

—Eso sí que no lo sé. Los guerrilleros son muy desconfiados y solamente se ponen en contacto con quienes les ofrecen total garantía. Pero yo se lo diré cuando los vea. Si te aceptan, tienes que pasar antes una prueba que te pondrán para ver si pueden fiarse de ti.

—¿Y a ti que te pusieron?

—Eso no te lo puedo decir. Ni siquiera se lo dije a mi padre. No es solamente por tu seguridad sino también por la del que pueda saberlo. A veces, por muy recio que seas, las torturas te vencen y cantas de plano.

—Yo nunca diré nada.

—Eso lo dicen todos, y ya sabes que muchos los traicionan. Generalmente lo hacen por las inaguantables torturas, pero otras veces es la recompensa, el dinero que les dan, o el perdón que les conceden si delatan a los demás.

—Sí. Mi tío decía que muchos cobardes traicionaban a los compañeros para salvarse cuando los cogían. Pero a veces les salía mal el asunto.

—Cierto. A un tal Fernández, creo que se llamaba Baldo, Ferla, que cantó de plano cuando lo detuvieron, se lo pasaron luego por la piedra sin miramiento alguno.

Sin embargo el Perico cuando se quedó solo porque le destrozaron la partida se entregó a la Guardia Civil, a un teniente coronel, un tal Limia Pérez, que le perdonó la vida, incluso le dio dinero, por delatar a muchos compañeros.

—De todo hay, chico. Yo hasta he oído que algunos guardias hacen ruido cuando van de patrulla, para que los oigan los maquis y se alejen.

—Nadie busca el encuentro.

—Nadie, no. Yo, que tengo cierta amistad con el guardia Maiques, que es un buen chico a pesar del tricornio, se muy bien que, a veces, les hacen «la espera» buscando el enfrentamiento.

—Ese Maiques que tú dices, ¿es el más joven que hace de conductor?

—El mismo. Su historia es como la nuestra, o peor, pero al revés. Se fue de casa a la guerra con los falangistas. Tuvo que falsear su edad porque tenía 15 años. Combatió junto a los moros y legionarios, y cuando regresó con los vencedores se encontró con que habían matado a toda su familia. «¿Dónde hay que apuntarse para matar rojos?», preguntó. Y le dijeron que a la Guardia Civil.

Con estas conversaciones llegaron al pueblo. Las cabras, tal y como había dicho Ismael, nada más llegar a las eras cogieron cada una su camino. El dulero condujo al mayor grupo al corral del alcalde y de allí, marcharon los dos amigos a casa de Paco. La aventura había sido provechosa y entretenida como suele siempre gustar a la juventud.

Paco marchó al encuentro de Palmira, era la hora de acudir a la fuente de la entrada al pueblo. Como todos los días le puso el cántaro a llenar y lo llevaron entre los dos. Las gentes ya los saludaban como si de dos novios se tratara. Uno de los burreros se ofreció a llevarles la carga, mientras una mujer le chunguea:

—¡Calla, hombre! ¡Deja que se agarren del asa por lo menos!

Mientras la chica enrojecía de vergüenza, el muchacho agradecía las comprensivas palabras con un gesto elocuente que no disimulaba su satisfacción. Al pasar ante el cuartel, ahora ya se miraban a los ojos, unas incomprensibles palabras, más sonoras de lo habitual, les hizo volver la mirada. La gitana, plantada ante la puerta entreabierta, medio inclinada hacia delante y con los dedos índice y pulgar de la mano derecha haciendo una cruceta, se los llevaba a los labios mientras pronunciaba, al parecer, su maldición. No era muy difícil adivinar, dada la soledad de la cingara, que el quincallero no saldría muy bien parado del recinto. Paco en esta ocasión, se guardó muy mucho de exponer a Palmira sus pensamientos. ¡Otra paliza de órdago de los civiles! El Sobrapelotas estaba cada vez más enfurecido por no poder acabar con los guerrilleros. Se le escapaban de entre las manos; a veces de entre los mismos dedos y se embravecía al sospechar que el campesinado empezaba ya a dudar del tamaño de sus criadillas. Sin embargo, los sentimientos del chico, honrado en el fondo y generoso de familia, aunque inmaduro por su situación y aturdido e impetuoso por su edad, recorrían ese espacio de la ley de péndulo que solamente retrocede en los extremos, pero nunca se detiene en la mitad. Las

circunstancias del momento, el sospechoso destino del buhonero, la certeza del maltrato a Sacristán, la obligada huida de su tío y las habladurías nada favorables sobre el sargento, contrastaban con los recientes crímenes de Gadur y otros secuestros, atracos y extrañas muertes sucedidas en la montaña. ¡Si al menos pudiera confiarse con Palmirica! Pero no, eso era imposible. Lo era y lo sería siempre. Ni siquiera con su propia madre podía tratar el tema. Solamente Ismael, el pobre cabrerizo, el amargado pastor, era el único con quien podía permitirse el lujo de airear sus pensamientos.

—¿Qué opina tu tío de los guardias? —se atrevió a preguntar Paco.

—Mi tío no dice nada. Los curas no deben opinar de esas cosas.

—Bueno... pero tú sabrás de qué lado está.

—¡Qué tonterías dices a veces Paco! Los sacerdotes están hechos de madera de santo, han sido siempre mártires de la fe, y nunca han renunciado a proclamarla.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que te pregunto?

—¡Mira, hijo! Si te vas a poner impertinente como el otro día, suelta el jarro y marcha.

La verdad es que había que pensárselo bien lo de unir la vida con la Palmira. Puede ser que los años la amortiguaran, pero los hombres decían que la mujer *cuanto más vieja más pelleja*. Ya la haría entrar en razón. Una cosa era ahora, tan niña, tan inocentona, tan pudorosa, tan desconocedora de la vida, tan tantas cosas, y otra muy distinta cuando se casaran, vivieran en la misma casa y durmieran en la misma cama. ¡Ya veríamos entonces si se comportaba tan arisca con su hombre!

Al anochecer dos guardias regresaban del monte, a pie, con unos cuerpos tendidos sobre sus caballerías. No se veía un alma por las calles, pero todo el pueblo se enteró de las oscuras sombras de sus capas al pasar por la farola del cuartel, del chasquido más intenso de las herraduras y de los extraños bultos de los que sobresalían botas y brazos. Dos guerrilleros más habían sido batidos a la espera. Posiblemente de la partida que asaltó el ferrocarril. Les tenían jurada la muerte del guardia civil. Esa noche dormiría tranquilo el Sobrapelotas. Nuevamente volvería a sentirse un privilegiado de la orquitis.

La pareja del apostadero del Moro hacía días que acudía al anochecer a su puesto. Sabía que una u otra noche, siempre de noche, tenía que cruzarlo algún maqui para vivaquear o enlazar con la partida que traspasaba constantemente el sector. Por allí escaparon los del tren pagador y no tenían más remedio que volver a atravesarlo. No erró el comandante de puesto. Había pasado tiempo, es verdad, pero la constancia en el empeño valió la pena. Dos bandidos eliminados. No importaba del grupo que fueran, lo que verdaderamente prima son dos criminales menos. Esta vez sí que eran dos maquis, y de los de verdad, armas, cartucheras y munición incluidos. Desde ahora tenían que cambiar el puesto de espera. No solían caer dos veces en la misma trampa.

Nunca se supo del destino de los cadáveres. Según unos los llevaron simplemente al monte y los enterraron bajo tierra en algún lugar desconocido. Para otros los habían

trasladado en la furgoneta a la capital para tomarles las huellas dactilares y rebuscar alguna pista. Lo cierto fue que nunca jamás se conoció donde descansaban en paz, si es que descansaban. Lo concerniente al buhonero pasó al silencio de la historia, ni él ni la quincallera volvieron a aparecer por Costilleo y hasta hubo quien aseguró haber visto un alma en pena vagando por los pinares.

El invierno tocaba a su fin. Los hielos, las nieves y el viento se iban retirando poco a poco mientras las lumbres continuaban en los hogares cada vez más tenues, como marchitándose para sólo revivir con los pucheros. El riachuelo seguía crecido, nunca de forma exagerada, pero sí lo suficiente para fertilizar las cosechas, remover el herbero, alimentar la garba y rellenar el azud del molino. Don Jesús ya no pasaba el rosario junto a la estufa de leña de la iglesia, el maestro ya no usaba guantes de lana y el señor alcalde había sustituido la boina encasquetada hasta las orejas por un ajado pero elegante sombrero, color cáscara de castaña, que le había regalado el jefe provincial del Movimiento el día de su designación. Parecía como si Costilleo volviese a la vida, despertasen sus callejas de un obligado letargo, empezando a abrirse algunas de sus ventanas hasta entonces protectoras del murmullo de sus habitantes. Porque en realidad, el silencio del poblado no se correspondía con las tertulias del interior de los hogares. Durante largas horas doña Palmira, la hermana del cura, jugaba a la *brisca* con sus amigas, mientras el bueno de don Jesús prefería el *tute* en el bar, teniendo casi siempre de pareja a don Antonio y de adversarios al comandante de puesto y a don Silvino que se turnaba, a veces, con el alcalde. Mientras las mujeres repartían las tres cartas que correspondían a cada una y sacaban el triunfo colocando el resto para *robar* continuando el juego, la señora de la casa aprovechaba para entonar la oración de San Antonio del milagro de los pajaritos. Alguna mal pensada, sobre todo correspondiente al dúo contrincante, aseguraba en secreto que la Palmira modulaba el canto para comunicar a su pareja las cartas que poseía. Fuese o no verdad, lo cierto es que la interfecta echaba sus gorgoritos en tonos distintos y versos más o menos prolongados.

Mientras, la vida en el pueblo seguía su rumbo, las partidas se acomodaban en sus campamentos bases, los guardias emprendían sus jornadas y los muchachos acudían a la escuela alimentando la esperanza de una nueva primavera que aún tardaría en manifestarse. Don Silvino, el hacendado, regresaba de la ciudad de pasar el invierno para asentarse ya en su heredad. Ordenaba al forestal, somatén, guarda y asistente que cuidara la finca como a la niña de sus ojos, que no se la dañasen los campesinos ni le destrozasen los prados el ganado y, sobre todo, que tuviese mucho cuidado con el maquis. Bueno, cuidado, inteligencia y suspicacia. Echarlos, pero por su cuenta. Nada de comunicarle a él su presencia. Tanto si usa las armas, como si participa en compañía o incluso les cede víveres, mejor si le los vende, deberá hacerlo según propia voluntad y responsabilidad. Si quiere decirlo a los guardias, que se lo diga, pero nunca teniéndolo a él por intermediario. El forestal asentía entre valiente y socarrón. Comprendía muy bien al amo, pero el amo no lo entendía tan bien a él.

Mientras pudiese sacar provecho de los bandidos, les seguiría la marcha, ya llegaría el momento, no tenía la menor duda, de prepararles la encerrona y acabar totalmente con ellos. Entonces, le diría al Sobrapelotas que se había ganado su confianza para aniquilarlos y que antes no había comentado nada para no levantar sospechas. En el pueblo todo se oye y hasta las ramas de los árboles se agitan en murmuraciones. Conocía a Teodoro, el carbonero, que con su pinta de buenazo y cortico, sin más perras que las que le cabían en el bolsillo, había hecho su pequeño caudal a costa de informar a los maquis. También al quema-troncos le llegaría su momento. La primera y mayor caridad debe ser con uno mismo, pero no hay por qué traicionar al Régimen. Todo a su debido tiempo.

El invierno había impuesto el abrigo en casas de enlaces y puntos de apoyo, de gran número de guerrilleros, pero la llegada del buen tiempo y la necesidad de realizar acciones ofensivas y de recuperación obligaron a los maquis a tomar la iniciativa. Por lo general solían concentrarse en campamentos perfectamente mimetizados con el terreno, en donde permanecían un tiempo prudencial y establecían sus planes de actuación. Si bien gran número de grupos intentaban soslayar a las fuerzas del orden, teniendo como única finalidad la propaganda subversiva y operaciones de suministro y avituallamiento, la Agrupación de Mariano con más de 150 hombres en los tres sectores a su mando, tenía pretensiones mucho más trascendentales y beligerantes. En cada sector, que a su vez encuadraba dos o tres partidas se contaba con un ideólogo responsable, remedo del comisario político de la guerra civil. El Buró Político del PCE en Francia, a través de su comisión de Madrid, en un chalet de la Ciudad Lineal, disponía las órdenes que los enlaces debían distribuir a los del monte.

El teniente jefe de línea que abarca los puestos de Costilleo y tres más, comandados por cabos, dispone realizar una maniobra envolvente sobre la Agrupación de Mariano. Según las incompletas informaciones recibidas englobaría dos de los Sectores guerrilleros, dejando libre el tercero, de difícil cobertura, precisamente ocupado por las partidas del Fermín y Julián. A pesar de la maniobra, los enlaces de Mariano logran averiguar la zona de operaciones. Inmediatamente se dan cuenta de la no inclusión del tercer sector de la Agrupación, decidiendo el repliegue de todas las partidas hacia la zona libre. Sin embargo, la aglutinación de unos ciento cincuenta guerrilleros en un espacio, grande en sí, pero insuficiente para ocultar tantos hombres que precisan no solamente del escaqueo, sino del aprovisionamiento de alimentos y sobre todo del agua necesaria para la supervivencia, motiva serias discusiones entre los mandos. Julián, más experimentado por su actuación en el *maquisard* francés, asiente a regañadientes. Previsor en acciones de emergencia guarda como reserva, solamente conocido por los de su partida el vivac observatorio de Los Chopos, donde les obliga a inmovilizarse, prohibiéndoles ocultarse en la masada, suponiendo con evidente lógica que sería registrada por los guardias. Fermín, al ver ocupada su zona por la Agrupación y

sabiendo el riesgo de quedar en descubierta mantiene una agria discusión con Mariano, que hace valer su autoridad y lo amonesta severamente.

Por su parte el oficial jefe de línea dispone un observatorio en el punto geodésico de Peña Blanca, lugar privilegiado dominante de toda la zona ordenando a sus tres cabos, comandantes de puesto, avanzar en círculo sobre el punto referido como centro de la operación, y dispone al suboficial de Costilleo ocupar los posibles puntos de ocultación o acaso resistencia de las masías El Chorrillo y Los Chopos.

El sargento Expósito, después de ordenar a los somatenes y simpatizantes de su zona la ocupación de Montanar y Pedregas, marcha con cuatro de sus seis hombres a ocupar las masías designadas. Al entrar en los predios del Chorrillo sorprende al mediero y su hijo faenando la alfalfa, leguminosa empleada principalmente para el forraje, y cuidando de las vacas, a los que increpa con la metralleta.

—No os mováis. ¿Quién hay en la masía?

—Solamente mi mujer —balbucea el labriego.

Quiso la mala fortuna que en el mismo momento saliesen de la casa, de forma ciertamente sospechosa, dos hombres, al parecer armados en dirección al pinar. Los guardias no necesitan pensar mucho y abren fuego hacia quienes consideran enemigos, mientras el suboficial, embrutecido, dispara su *naranjero* sobre los dos indefensos labriegos. El cielo parece nublarse como queriendo ocultar la siniestra y dolorosa escena. Un grito desgarrado de mujer sobrepasa el sonido de los disparos, y una mancha oscura, sin saber de donde viene, como empujada por el viento, se agarra con inusitada fuerza a las piernas del sargento. La escena es sobrecogedora: el guardia civil pateando a la negruzca figura, revoltijo de faldas gimientes, en un intento desesperado de librarse de ella; sobre la tierra los cuerpos sin vida de los dos hombres de la casa y a lo lejos, el tableteo lúgubre y siniestro de fusiles y metralletas. Entre gritos, sollozos, blasfemias y culatazos la masovera cae inerte al suelo.

Vuelve a escucharse el sonido del monte tras un agobiante silencio solo rasgado por los golpes de las azadas que cavan la tierra. Servidores de la Benemérita voltean unos cuerpos en la fosa que acaban de formar. Muchos años más tarde una vengativa *memoria histórica* revolverá las heces de la sierra, tratando de alimentar la venganza con el hedor de la miseria. Pero, hasta entonces, la España del maquis aun tiene que recorrer su doloroso destino.

Todavía la oscuridad de la noche no ha llegado a cubrir la negrura del monte, cuando los guardias civiles regresan a su inhóspito hogar. Una caballería de la misma masía, transporta, atravesado entre los serones, el cuerpo desvanecido de una mujer, acompañado por un cortejo verde acharolado de hombres cansados, sudorosos, silenciosamente pensativos. Todos creen haber cumplido con su deber, pero es bien cierto que son muy distintos los pensamientos que atosigan los distintos cerebros. Para el jefe de la fuerza la operación ha quedado reducida a cuatro bandidos menos y al hallazgo de una más que provechosa informadora. Incluso hasta es posible que se alcance alguna recompensa oficial. Para otros un manto de irrealidad cubre por

completo el consciente, y hasta existe quien siente un extraño amargor en la garganta que parece inducirle al vómito.

La operación Línea cerrada marcó una inflexión en la Agrupación de Mariano. La muerte de nueve maquis entre los que se encontraban dos históricos, Jabato y Sergio, y la detención de otros cinco que al parecer se rindieron, fue citada en la orden del día de la Comandancia. El teniente jefe de línea recibe la medalla al mérito militar distintivo rojo, los tres cabos, comandantes de puesto, son promovidos al empleo superior, el sargento de Costilleo recibe una mención de honor y ascenso en la escala, y los números una gratificación de 200 a 500 pesetas según su grado de actuación. Sin embargo crece el rumor de que el Sobrapelotas aunque oficialmente felicitado, produce cierta desazón en la Comandancia General.

No mucho tiempo después, una inesperada noticia estalló como una bomba en el municipio de Costilleo corriendo como la pólvora por el contorno y alrededores. Esta vez no se trataba del maquis. Don Mauricio Expósito Ruiz, comandante de puesto, el cabo y uno de los guardias eran trasladados de destino, oficialmente por acoplamiento castrense de las fuerzas del orden. Casi nadie creyó en el motivo señalado; la mayoría se inclinó por el castigo a sus excesos represores, para los menos en premio a su actuación y hasta hubo quien criticó la decisión de la Comandancia. Lo cierto fue que Costilleo ascendía en la nominación del Instituto Armado, pasando de puesto a línea, esperándose con cierta ansiedad la constitución del acuartelamiento. El Ayuntamiento organizó la despedida de los guardias civiles. El alcalde don Manuel Tijano, alias el Cuchara, con todos sus concejales; don Silvino Martínez de Martínez hacendado de pro, el forestal y hasta, poco menos que a la fuerza, el maestro don Pascual formaban en la plaza junto a numerosos curiosos mientras los nominados guardias subían en el autobús de la Guardia Civil venido de la ciudad. No hubo discursos, formalismos ni paripé de turno. El Sobrapelotas, ya en el estribo del coche se volvió hacia autoridades y plebe presente, serio, firme, con orgullo y formalismo llevándose la mano al acharolado tricornio y realizando el saludo castrense. Así terminaba la historia, conocida, del comandante de puesto de Costilleo.

Entretanto, en la capital, totalmente al margen de los acontecimientos en las montañas, se llenaban las salas de proyección con personas que se veían dos películas por sesión al precio de tres pesetas, distrayendo sus preocupaciones con llantos, aplausos y hasta improperios o piropos dedicados a los protagonistas del celuloide. Las cintas, generalmente producto patrio, tenían sus incondicionales que admitían las *españoladas* como género exquisito y hacedor de historia. Otros criticaban.

Por lo que uno no habla de las películas españolas es porque la inmensa mayoría son amaneradas, cortas de ambientación, míseras de movimientos de cámara, con actrices y actores «recomendados» y con argumentos que quieren ser «comerciales» y que no engañan a nadie, ni siquiera al público ingenuo de los barrios al que intenta sorprender [...]. Cuando alguna película nuestra sale bien, somos los primeros en proclamar a los cuatro vientos, a los cuatro elementos, a los cuatro Jinetes del Apocalipsis, y a todos los cuatro que ustedes quieran, la excepcionalidad de esa creación [...]. Eso no quita que para cuando vayamos al café oigamos decir a directores españoles que saben lo mismo que nosotros o tal vez mejor la

penuria que padece nuestro cine: «Laurence Oliver es un payaso» o «Juana de Arco no está mal, pero les faltan calidades» y mil estupideces semejantes. Y como estamos hartos de simulaciones, de falsificaciones y de mentiras, permítasenos que aunque habitualmente dejemos caer nuestro compasivo mutismo sobre las cintas «de por acá», tampoco queremos callarnos ante tanta soberbia sin motivo^[15].

9. El jefe de línea.

La casa-cuartel.

Costilleo se recrea en dos nuevos acontecimientos. Uno de ellos consiste en la llegada del jefe de línea, teniente don José María Pecharromán Artola, acompañado del sargento Bellido, el cabo Justino, y seis números. El oficial, único casado de la fuerza armada, viaja con su mujer e hijo que, naturalmente, se albergarán en la casa cuartel. La obligada recepción del Consistorio, se acompaña de gran parte de vecindario, la mayoría por curiosidad, que se agolpa en la plaza a la llegada del autobús oficial de la Benemérita.

El teniente, de buen porte y mucha mejor cara que el anterior mandatario, estrecha la mano de las autoridades presentes así como de parte de los curiosos y saluda en general a todo el mundo. No empieza mal, por supuesto infinitamente mejor que el Sobrapelotas que se limitó, a su llegada, con el escueto y reglamentario saludo militar.

—La mujer es mucho más joven —observó una comadre.

—Y el chico, por lo menos es quinceañero.

—Pues el teniente no está nada mal —comentó con nostalgia una solterona.

—Mucho mejor que tu único pretendiente —remachó una arpía.

—Yo, para emborracharme, o con *champañ* o con nada —sentenció la núbil—.

No soy como otras que se conforman con cualquier cosa que les caliente la cama.

La conversación siguió por derroteros muy propios del chismorreo mujeril, mientras en los corros de los hombres tampoco se contenía el cotilleo.

—Ella es una buena hembra.

—Y él, mayor, pero buen mozo.

—El chiquillo parece despabilado. No sé si hará migas con los del pueblo.

—¿Qué tal será eso de la recta?

—La *línea*, animal —corrigió un enterado.

—Cualquier cosa será siempre mejor que el Sobrapelotas.

—Un teniente guardia civil es mucho. Algo se tiene que notar en el pueblo.

—¿En el pueblo? Una línea abarca varios ayuntamientos. Esto de los maquis nos traen a todos como furcias por rastrojos —siguió el sabedor—. Dicen que el

Pecharromán...

—¿Quién? —preguntó el coro.

—¿Quién va a ser? El teniente, don José María Pecharromán, héroe del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza.

El perspicaz y sagaz hurguillas, visto llegado el momento de demostrar sus conocimientos, se explayó en un historiado discurso sobre el santuario de la provincia de Jaén, durante la guerra civil. El jefe de la Comandancia de la ciudad, Pablo Iglesias Martínez adopta la postura de mantenerse neutral en la contienda, concentrando su fuerza entre la capital y las dos poblaciones más importantes, Andujar y Úbeda. La ecléctica decisión provoca un enfrentamiento en el seno de la guardia civil. Los dos comandantes se inclinan hacia el lado republicano, mientras que la oficialidad, más joven, simpatiza con la insurrección militar. El capitán de la Compañía de Andujar, Antonio Reparaz amigo personal del general Miaja y de merecido prestigio en el Cuerpo, ante la vacilación de sus mandos y el temor de los milicianos populistas, idea agrupar a toda la fuerza con su familia en el Santuario de Santa María de la Cabeza, próximo a Andujar, mientras se traslada a Córdoba con doscientos guardias civiles, pasándose al lado nacional, para defenderla del acoso de Miaja. El mando del Santuario lo ejerce el comandante Nofuentes, inclinado hacia el lado gubernamental, auxiliado por el capitán Santiago Cortés González, partidario del ejército sublevado. El capitán, secundado por toda la fuerza, destituye al comandante y emprende la organización defensiva, contando con un total de 270 hombres armados entre los que se contabilizan cuatro tenientes, dos alféreces, siete brigadas, once sargentos y veinte cabos. Los bombardeos, fuego de cañones, morteros y armas automáticas que descargan sobre el Santuario no consiguen rendir a unos defensores y refugiados famélicos, racionados severamente, faltos de alimentos, agua y cada vez más escasa munición. La más que desesperada situación solamente se refleja en los patéticos mensajes enviados a zona nacional mediante palomas o heliógrafos. La ayuda que el capitán Haya les lanza por avión sobrevolando el destrozado recinto no resulta suficiente para atender las más elementales necesidades de los sitiados. Tras nueve meses de angustiado asedio el enemigo irrumpe en el santuario, muere Cortés contabilizándose una treintena de hombres útiles, prácticamente sin fuerzas y munición para la defensa.

—Uno de los supervivientes —remacha el sabiondo— fue el teniente Pecharromán, entonces simple guardia, poseedor de la Cruz Laureada de San Fernando colectiva, como el heroico Cortés lo fue de la individual, fallecido en combate junto a 77 defensores y con un número de más de 121 heridos.

Hecha la referencia del momento los grupos, tanto de ellas como de ellos, se fueron alejando de la plaza. Un niño sacó la lengua al chavalín del guardia que respondió, inteligente y simpático con un guiño de complicidad. La llegada a la casa cuartel fue acompañada por el señor alcalde que disculpó al oficial de cualquier función protocolaria dado el lógico cansancio acumulado durante el viaje. El teniente,

a su vez, dio libertad a sus subordinados para que descargasen sus equipos y dispuso que todo el acuartelamiento se preparase para revista antes de finalizar el día.

Cuando estuvieron solos en el cuarto el matrimonio se abrazó en íntima conexión con sus pensamientos. Rosalía lloró sobre el hombro de su marido, como había hecho siempre cuando cambiaban de destino. Él, también como siempre le susurró palabras de aliento, seguridad y cariño. El muchacho en el cuarto de al lado, desembalaba su caña de pescar, su rifle de aire comprimido y trataba de ordenar unos libros.

—Tranquila, mujer. Siempre te has puesto igual cuando llegabas, y siempre te has lamentado marcharte.

—Pero ahora es distinto.

—¿Por qué ha de ser distinto?

—Porque aquí están los maquis, y nunca nos hemos tropezado con ellos.

—Precisamente eso es una prueba de la confianza que conmigo tienen los jefes.

—Ellos tendrán mucha confianza, pero yo tengo mucho miedo.

—De miedo, nada, Rosalía. Nada de nada. Tienes que dar ejemplo a las mujeres del pueblo. La Guardia Civil, y la *guardiacivila* —sonrió intentando ser tierno— no tienen miedo a nada ni a nadie. Y mucho menos a unos bandoleros de tapadillo.

—¿Y el chico?

—¿El chico? Pues como en todos los sitios. Acabar sus estudios en la escuela y hacer amiguetes.

—Acuérdate que en Nacaster, nadie quería *ajuntarse* con nosotros.

—Aquello era otra cosa. Había sido un pueblo del frente popular y la represión, justo es reconocerlo, resultó bastante dura.

Unas onomatopeyas, más parecidas a palabras malsonantes que a simples sonidos provenientes de la habitación contigua, obligaron a la madre a sisear imponiendo silencio.

—¡Es que no tengo balines! ¿A ver qué hago ahora sin poder usar el rifle?

—A lo mejor la Guardia Civil no te deja usarlo —bromeó el oficial.

—Ya sabes que con un certificado de buena conducta se consigue el permiso —contestó el chaval siguiendo la chanza—. Cuando vaya un guardia a la ciudad encárgale unas cuantas cajas.

Mientras el teniente se quitaba la guerrera y los zapatos y se tumbaba sobre la cama sólo cubierta con el colchón de borra, formado por esos desperdicios que quedan en las operaciones de acabado de los tejidos de lana y algodón, Rosalía disponía el, para ellos, lujoso apartamento. Un pequeño vestíbulo de apenas cuatro metros cuadrados, los justos para encajar frontalmente dos puertas, una para el despacho y otra para el dormitorio, comunicados entre sí, un cuartucho con ventana en el que a duras penas encajaba una cama y dos estantes y la suntuosidad de un servicio con inodoro, lavabo y bañera. Estas opulencias, pensó la esposa, son las que comprensiblemente encrespa los ánimos del pueblo. La casa cuartel poseía cuatro habitáculos para casados, con cocina y servicio común en el pasillo, además de las

consiguientes dependencias propias del acuartelamiento y dos amplias salas con literas y servicios de pozo ciego. Los tres pequeños apartamentos para casados, no tenían la pomposidad y aislamiento del correspondiente al jefe de línea y aunque el único matrimonio que existía era el del teniente, éste dispuso que fueran dos de ellos ocupados por el sargento y el cabo. En el medio castrense en general, y en la Benemérita en particular se hace necesario la valoración externa de la autoridad.

Esa misma noche, Pecharromán y el sargento recorrieron el pueblo. Se detuvieron en la plaza del Ayuntamiento, donde una farola medio alumbraba unos metros, luego en la iglesia ante la que el suboficial realizó algunas disquisiciones sobre la posible raza del perro del santo, y finalmente se dirigieron hacia la salida del pueblo. Pasaron las eras, los corrales, y se adentraron unos metros en el pinar. El camino forestal pronto dejó de serlo para convertirse, primero en un sendero y al poco rato en una especie de atajo que subía fuertemente empinado obligando a los paseantes a desandar el terreno hacia el cuartel.

—El plano del Servicio Geográfico del Ejército sitúa al pueblo en una especie de pequeño valle del que se arranca una elevada pendiente hacia Pico del Águila y Peña Blanca que sobrepasan los dos mil de altitud.

—Cruzada por tres vertientes y sus consiguientes barrancos —completó el sargento.

—Me interesan, sobre todo, las masías. Tenemos que visitarlas cuanto antes.

—Buen lugar para los bandoleros.

—Lo conoceremos como ellos, o mejor, dentro de muy poco. Además sabemos mucho del maquis de aquí. Hay desplegada una Agrupación de unos 200 hombres, mandada por el Mariano, comunista inteligente y cruel. Abarca tres sectores que disponen de dos o tres partidas cada uno, y corresponden a nuestra línea. Me consta que, por lo menos una, la del Julián tiene un jefe que no comulga con las ideas del bolchevique.

—Con el Julián andan los dos del pueblo, ¿no? —preguntó el sargento.

—Sí. El Cristino y el Sacristán.

—Un bocazas y un pobre hombre.

—No seas tan generoso Bellido. Esa partida fue la del tren pagador que mató a un guardia civil y dejó malherido a otro.

—Pues prepárese a discutir, mi teniente. Tengo entendido que el tal Sacristán era un meapilas muy querido por el mosén.

—En el informe consta que el *pater* quiere a todo el mundo, y no va a ser menos con quien le contesta los latines. El *pater* y el médico.

—Pues no habría que hacer distinciones. Digo yo.

—Hombre...

La opinión quedó para la interpretación del momento. La Iglesia era del respeto del Régimen, y en cuanto al galeno a todos convenía tenerlo de cara, sobre todo si no se inmiscuía en ningún asunto ni mostraba ostensibles preferencias por los contrarios.

Desde luego don José María Pecharromán Artola no tenía semejanza alguna con su esclarecido antecesor don Mauricio Expósito Ruiz.

El otro acontecimiento que dio mérito, brillo y esplendor a Costilleo fue la llegada de la maestra nacional, señorita Amparo, nunca doña, ni nombre a secas, ni diminutivo alguno, sino con el distintivo de *señorita*. Mujer de buen ver, en esa edad que rodea los cuarenta, más arriba, más abajo, mayor para su época pero con ese sugestivo y agradable trato que da la aceptación de quien se sabe para *vestir Santos* y lo admite incluso en propio beneficio, llevó al pueblo un cierto aire de alegría que el taciturno don Pascual no podía impartir. No obstante las circunstancias, la soledad, o simplemente la propia vida discurrieron por vericuetos no imaginados. Por supuesto la señorita Amparo venía para educar a las chicas. Los catorce años de ellas, todas ya mujeres, no se correspondían con los mismos de los muchachos, todavía excesivamente *pardillos* sin estar desprendidos de sus chiquilladas.

La señora maestra, sólo cuando se le nombraba por la profesión se magnificaba el tratamiento, lo primero que hizo fue cerrar la puerta de comunicación de las aulas, en clara distinción no solamente de enseñanza sino de sexos. De vez en cuando se transmitía a través del contramarco alguna frase, palabra estrambótica o simple frufú, que era coreado por sonoras carcajadas de la clase vecina, zanjado, por lo menos en intento, por el correspondiente profesor. Pero la señorita Amparo trajo una innovación que dio a conocer al pueblo entero los principios básicos de su magisterio. Todos los jueves, solamente las chicas acudían a la escuela por la tarde, tenían clase de labores donde se enseñaba a usar el dedal, la aguja, y las tijeras, y hasta hubo alguna despabilada que comentó que su tía había aprendido en la Sección Femenina, a hacer una cosa que se llamaba patrón y que se dibujaba sobre un papel y luego se igualaba con la tela y se recortaba para hacer vestidos.

Don Pascual, siempre ávido de conocimientos que, desgraciadamente, solía guardar para si mismo dado su carácter mustio y melancólico, sintió tocada su fibra sensible ante la preponderante influencia de la maestra en el pueblo. Armándose de un valor que no le había faltado en primera línea de fuego, decidió abordar a la enseñante.

—Verá usted, señorita Amparo, desearía cambiar impresiones con usted sobre la educación de los muchachos.

—Será un verdadero placer, don Pascual —admitió simpática y sonriente—. Hace tiempo que pensaba en decírselo yo, pero le veía tan..., permítame,... tan distante...

—Perdóneme usted, señorita. Soy así. Aunque no lo he sido siempre...

—Ya. No se preocupe. Usted sabe muy bien cómo son los pueblos —no quería parecer inquisitiva—. Conozco algo de su historia.

La conversación estaba iniciada. Había sido capaz de dar el primer paso, el más peligroso, el que precisaba de gran valor. El hielo estaba roto. Y como suele suceder en las personas tímidas, retraídas y hasta cierto punto acomplexadas, el desahogo y confianza explotó en un alarde inusitado. El maestro empezó relatando sus cuitas,

se olvidó por completo del motivo de su abordaje, hasta contó alguna anécdota que hizo reír francamente a la colega y, de repente, bruscamente, como también suele suceder en estas personalidades, el silencio cayó como una losa sobre los paseantes. Don Pascual tartamudeó lo que quiso ser una despedida hasta la próxima, la señorita Amparo le estrechó la mano con cierta cálida comprensión y el maestro se alejó sin haber hablado de lo que había pretendido pero habiendo dicho casi todo de lo que su intimidad necesitaba.

Otra pareja, acaso con las mismas limitaciones pero de muy distinta sensibilidad, contempló la extraña, ruda y aparentemente descortés despedida de los responsables del magisterio. Paco y Palmirica, que ya no necesitaban acudir a la fuente para agarrarse por las asas del cántaro, regresaban a sus casas a la caída de la tarde, siempre antes de oscurecer y nunca sobresaliendo los límites habitados del pueblo. Por supuesto no iban cogidos ni siquiera marchaban de la mano, acaso, eso sí, de vez en cuando, como tropezando con algo inexistente, Paco impactaba sobre el brazo de la chica y, cuando no había nadie por la calle, cosa excepcional, hasta se atrevía a rozarle la cadera. La calma era total a la caída de la ya tibia tarde, la sierra poderosa destaca casi en sombras sobre el horizonte con sus elevadas cumbres semejan picos que se hunden en el cielo.

Las casas de Costilleo, abrazadas entre sí para suplir su carencia de cimientos se asemejan cada vez más, como si fueran uniformes con la cercanía de la noche. Y desde lejos, no más allá de Peña Blanca, unos prismáticos ya casi cegados rebuscan en el paisaje el regreso de la pareja de la Guardia Civil. Los han visto en Pozo Blanco, en la hondonada del pinar descansando en la poyata cercana al pretil, justo al inicio del abrevadero, cumpliendo la ancestral costumbre de todo lugareño de verter agua sobre el pilón siempre que se saca el pozal para beber, con el fin de que los animales del monte puedan saciar también su sed. Ahora se divisan, ya cerca de la salida de la fronda, cuando ya declina la espesura para acabar cercana al pueblo. Sus tricornos firmes, sus ya negruzcas capas apenas balanceadas por la brisa, *naranjero* al hombro, siempre separados diez, veinte metros, protegiéndose de cualquier sorpresa. Adelantan a un paisano que regresa a casa con el burro inverosímilmente cargado de leña, piñas y hojarasca, mucho bulto y poco peso que el animal procura equilibrar en su marcha. Saluda el hombre, no se sabe si por educación, miedo o por costumbre, y responden los civiles, estos militarmente llevando la mano hacia la sien. Los binoculares vuelven a colgar del cuello del guerrillero, ya inservibles en la oscuridad. En el monte también se sueña, se añora, y muchas veces, muchas, se piensa en por qué todo aquello, por qué el odio, la sinrazón y la muerte. Sacristán sigue vigilante, aun le quedan casi dos horas de escrutar, escudriñar cada rincón visible, o sonido audible que puede presagiar peligro. Imagina el animado susurro del riachuelo, su paso por el molino, su abrazo sobre la tierra que circunda el caserío. No lo distingue desde el monte, pero no le hace falta, lo ve, lo ve perfectamente culebreando desde su inicio entre las vertientes de los barrancales, para acabar

mansamente perdiéndose en el valle. A su tiempo Cristino le hace el relevo. El nuevo centinela no tiene ganas de hablar, prefería estar echado sobre la manta, protegido por la lona que medio cubre el carrascal; pero el que finaliza su guardia ya no tiene sueño, ni apenas ha sentido el cansancio, se ha pasado el tiempo imaginando quimeras y se queda un rato en el puesto fumando el cigarro liado por sus dedos expertos, cuidando, eso sí, que la lumbre no delate su presencia.

—¿Sabes, Cristino? —y no continúa. El otro tampoco responde—. ¿Sabes una cosa? —repite al cabo de un rato—. A veces pienso que tengo que volver al pueblo.

El aludido se da rápidamente por enterado ante la confesión. Le agarra bruscamente por la muñeca, provocando la caída del pitillo que inmediatamente se apresuran ambos a apagar sobre el herbazal.

—¿Pero qué dices, *tontolhigo*? ¡Estás chaveta o *atorao*!

—Me voy, Cristino. Me tengo que ir. ¡No aguanto más!

—¡Estás loco! ¡Ya no podemos regresar hasta que venzamos!

—No venceremos nunca. ¡Lo sabes tan bien como yo!

—¡No es cierto! Pasionaria nos ha prometido ayuda. Las potencias democráticas, vencedoras a todas luces, vendrán en nuestro socorro para liberar a España de las garras del fascismo. Franco está ya derrotado. Hasta dicen que hay generales que están preparando su caída. El pueblo nos recibirá como salvadores de una pesadilla torturante y criminal. ¡Seremos libres, Sacristán! ¡Libres para siempre! Sin miedos, sin prohibiciones, sin angustias, sin...

Cristino silenció torpemente su perorata. Su compañero no lo escuchaba, no lo oía desde que comenzó su angustiado discurso. Violentamente, toscamente, lo abrazó y amparó sus sollozos. Sacristán destrozado, roto, desvalido, derrumbado por sus sentimientos, se sentó sobre las piedras intentando contener su angustia.

—Tranquilízate Sacris —quiso bromear—. Son malos momentos que tenemos todos. Y sobre todo, ¡por el amor de Dios! —sentenció el ateo— ¡que nadie sepa esto! ¡Silencio! ¡Sólo tú y yo conocemos tu desvarío!

—No es desvarío, Cristino. Es decisión.

—¡Pero, hombre! ¿Crees que te van a recibir con los brazos abiertos? Te torturarán y acabarás cantando todo lo cantable. Y lo peor de todo es que no te servirá para nada. Acabarán asesinandote, como a tantos otros que han flaqueado.

—No tengo ningún delito de sangre del que puedan acusarme. Recibiré algunos palos, no lo dudo, pero los recibiré a gusto ¡No quiero seguir en el monte! Tengo un hijo que me necesita, y un buen cura que me servirá de protector.

—Poco te valió cuando te apalearon.

—Pero ahora será distinto. Lo presiento. Hasta empiezo a creer que los curas pueden tener algo de razón cuando dicen que hay alguien arriba que se acuerda de nosotros.

—¡Ahora es cuando estoy seguro de que te has vuelto loco! Mira hermano, los guardias son los que menos creen... ¡Calla!... ¡Escucha! —murmuró con un siseo.

Un levísimo ruido, acaso el revuelo de unas hojas secas, o la entrada en su madriguera de algún animalillo del bosque, o quizá la cautelosa pisada de un ser racional alertó al guerrillero. Anduvo un par de pasos, apartó unos abrojos espinados sin cuidarse del pinchazo y sorprendió a Magro.

—He salido a mear —comentó el descubierta sin responder a pregunta alguna.

Cristino permaneció callado pero nunca olvidó aquel momento, ni la mirada torva, siniestra, del maqui.

—Hemos hecho demasiado ruido, Sacristán. Anda, vete a descansar y no pienses más en estas estupideces.

—¿Has visto a alguien?

—No —mintió—. Pero lo mejor es guardar en un sepulcro tus desvaríos. ¡Anda! ¡Márchate a la piltra!

A veces, ese apego a la tierra que envuelve a todos los hombres, trastoca la componente ideológica de la razón. El entorno forma parte del propio individuo y lo entreteje con las piedras, la fronda, con el verdor de los montes, con las plantas, insectos y animales, formando un todo que solo respira con los pulmones de la sierra. Cristino no se escapa del hechizo de los cerros, ni de ese airecillo suave, agradablemente oloroso de espliego y tomillo, que acaricia las cumbres susurrando venturas. Él piensa llegar hasta el final. No sucumbirá nunca. Ni siquiera se le ocurre imaginar que puede acabar su vida entre eriales o matojos. El miedo, los resquemores, el acoso sufrido constantemente son malos consejeros y tienden al derrotismo o la venganza. Lo sabe muy bien por propia experiencia. Y a pesar de que la noche invita al sosiego, a la templanza y al ensueño, las palabras de Sacristán, su desfonde, su inefable credulidad, le irrita al mismo tiempo que le entristece. Sí. Estaba seguro. El Magro los había oído. Si no. ¿Por qué esa excusa? ¿Para qué aclarar que había salido a orinar? Nadie le había pedido explicaciones. Cristino no dudaba que habría chivatazo. ¿Pero a quién? Si se lo decía a Julián, lo más seguro es que éste le llamara al orden. Pero ¿y si iba más arriba? Otra cosa era Mariano. Ése, sí. Ese además era el mando supremo de la Agrupación. La belleza profunda de una noche cenicienta ahondó aún más sus malos presagios. Ni el murmullo acariciante del viento sobre los pinos, ni los sabores imanados del enebro, la lavanda, y las sabinas, servían para el olvido. Los visibles recortes de los picachos de las cimas, las angostas hendiduras convertidas en enormes y enlutadas cintas, las tenebrosas sombras de las rocas, los imaginados solitarios valles, el armonioso conjunto de los ruidos de la noche, a veces estridentes, otras suaves, siempre penetrantes, se comportaban como alucinógenos que transportaban la mente en un estrambótico viaje. Mucho antes de lo esperado, tal era el desbordamiento imaginativo del maqui, llegó el relevo. Cristino marchó pronto hacia la tienda de campaña que le servía de cobijo, se arrebujó en un pestilente petate, adoptó la protectora postura fetal y se quedó dormido.

No. No amanecía igual en el pueblo que en la montaña. Mientras en ésta se instauraba el silencio, sin la algarabía nocturna de los insectos, correrías de pequeños

roedores o incluso las rozadas del jabalí sobre la maleza; entre las casas se iniciaban conocidos ruidos: los goznes de una puerta, el despertar del gallo, las bisagras de una tranquera o el rebuzno de un asno. Primero solitarios, aislados, luego menos espaciados, ya reforzados por el sonido humano.

Uno de los primeros en cruzar las calles fue el teniente Pecharromán, conductor y único viajero, además de su perro, de un nuevo coche, pequeño y hasta silencioso en comparación con la antigua furgoneta. Como acostumbraba desde apenas terminada su primera semana en Costilleo, partía con el alba con su pastor alemán que la chiquillería aseguraba ser un lobo, entraba en uno de los caminos forestales y aparcaba el auto tratando de ocultarlo entre ramajes, broza y furufalla. Desde allí con sus prismáticos al cuello, su boina verdosa, su pistola, una pequeña libretilla con su lápiz y el cánido, se introducía en la espesura del bosque. Siempre realizaba su escrutinio sobre una reducida zona de la sierra. Unas veces tendido pacientemente sobre el suelo cubierto por matojos, otras encaramado en la horcadura de un pino, o mimetizado en una intrincada escabrosidad, dirigía sus anteojos de aproximación desde distintos puntos de observación. De vez en cuando sacaba su libreta y realizaba alguna anotación que, invariablemente, comentaba con su perro. Llegado el mediodía recogía su transporte y regresaba al cuartel con la satisfacción del deber cumplido y el trabajo bien hecho. Recibía las novedades, se interesaba por los partes del radiotelégrafo contestando a algunos y tomando nota de otros, y se dirigía a sus aposentos con el radiante semblante del que sabe va a realizar uno de los acontecimientos más esperados del día. Metido en la vieja pero robusta bañera recibía, con satisfacción y agradecimiento, los tres o cuatro pozales de agua que le servía su mujer previamente rellenos y colocados en fila.

Casi al mismo tiempo que el jefe de línea disfrutaba de su baño, Mariano y su Estado Mayor, Chato y Torrijeras comían en la hacienda Los Molinos donde habían pasado la noche.

Los mandos de las Agrupaciones tenían su campamento separado del de sus partidas, a veces hasta tres o cuatro kilómetros con el fin de asegurar su aislamiento. Por lo general la ubicación del asentamiento solamente era conocida por ellos y los enlaces encargados de transmitir las órdenes emanadas del Estado Mayor al resto de las partidas. El trío guerrillero había abandonado su base, descansando en un lugar seguro. Mariano, cumplidor acérrimo de las órdenes del PC, seguía lo estipulado en sus estatutos guerrilleros. Con el objeto de ejercer con efectividad la vigilancia, tanto estratégica como política, de sus partidas solía visitarlas personalmente cada par de meses, consiguiendo conocer la disponibilidad y el ánimo de cada grupo mucho mejor que con la información de sus enlaces. Esta supervisión solía causar cierta preocupación a los guerrilleros, pues no cabía duda que representaba una forma de tenerlos sujetos a las directrices del Partido así como favorecer posibles desacuerdos, quejas, y hasta temidas delaciones.

Llegada la noche se acercó al caserío el Hurón, principal enlace de la guerrilla,

única persona que conocía todos y cada uno de los puntos de apoyo, estafetas y asentamientos de la Agrupación. Fiel a su apodo, la escurridiza personalidad de este individuo consistía en fisgar, introducirse en las madrigueras del maquis y conocer sus intimidades, siendo además astuto, insociable y huraño. Jamás llevaba armas, simplemente con su vetusta boina, morral provisto de tocino y pan, una navaja y su pequeña cantimplora de corteza de calabaza, era capaz de caminar hasta la extenuación, habiéndosele reconocido una marcha de cincuenta kilómetros en menos de veinticuatro horas. El gruñido de saludo del guía, se correspondió con unas palabras de reconocimiento y un par de palmetazos en la espalda que representaron una más que cordial bienvenida. Emprendieron la expedición en silencio, siempre adelantado el Hurón unos cuantos pasos, nunca excesivos dada la oscuridad de la noche.

Antes de amanecer, todavía envueltos en la negrura, el Hurón mandó detenerse gesticulando una orden de espera para cubrirse tras unas rocas. Se adelantó hacia un carrascal pedregoso, plagado de vegetación leñosa, y se detuvo ante un pino negral de cieno tronco y hojas alargadas, del que detrás de una aparente corteza cubierta de resina extrajo una pequeña lata. No pareció encontrar nada pues la volvió a su sitio, la cubrió cuidadosamente y accionó el brazo invitando a los guerrilleros a que le siguiesen. Apenas habían caminado unos minutos, cuando el guía se detuvo nuevamente y articuló el sonido del búho. Esperó unos instantes y lo repitió dos veces seguidas. Esta vez se escuchó una doble respuesta de la rapaz. El camino estaba libre. Al poco rato se encontraron en el vivac de Julián, distinto al situado cerca de Los Chopos. El jefe de la partida despertó a sus hombres. Chispas, Magro, Poeta, Cristino y Sacristán cumplieron a los recién llegados. El Hurón, sin que nadie se enterase, desapareció en la noche. Siempre actuaba igual. Jamás permanecía junto a las partidas más que el tiempo justo para realizar el contacto o recibir alguna orden. En esta ocasión, conduciendo al jefe de la Agrupación, ya había cumplido.

—Seguid descansando —contemporizó Mariano—. Todavía tendremos tiempo de charlar. También nosotros necesitamos de reposo. —Agua fresca, unos tragos de la bota y tanto los caminantes como los del grupo se repartieron los patates.

La belleza del paisaje de la España trágica era grandiosa. Cuando se esfuman las sombras iniciándose por las firmes crestas de la sierra la naciente iluminación diurna, ningún ser humano puede permanecer al margen del milagroso acontecimiento. Desde la atalaya del campamento se divisa la tortuosa barrancada, abrupta y estrecha que desemboca en otro barranco mayor, torciendo su curso para formar el afluente definitivo. A lo lejos parecen escalonarse unos bancales, posiblemente productivos, en cuyo horizonte se adivinan pequeñas planchas de tierra, acaso tejados de ruinosas casas. El águila mañanera planea con su pareja, ajenas por completo al drama que se desarrolla sobre el amplio manto verdoso que divisa.

El guerrillero centinela bosteza restregándose los ojos, y su homónimo contrincante, el guardia civil de puertas, redacta el parte nocturno de novedades.

Mariano sigue dormido, vencido por el cansancio de la larga caminata. Cristino no ha podido conciliar el sueño desde que llegaron los jefazos. Tenía miedo. Miedo. Miedo de lo que pudiera decir el Magro, de lo que sin duda oyó de la conversación con Sacristán. No sería la primera vez en que se constituiría un consejo de jefes de partida para decidir el posible ajusticiamiento de un guerrillero pero, eso sí, aparentando cínicamente que se atiende a la autocrítica y defensa del que ya tiene establecido el veredicto. ¡Cuántas cosas, sensiblemente iguales, son censuradas de formas distintas!

Pero la vida en campaña tiene también otras preocupaciones. Sobre un empedrado rocoso de forma oblonga, una seca piel de cordero esquilado se aplasta sobre el canchal formando un pequeño aguadero donde uno de los maquis limpia su atavío. Esta lujosa escena para los del monte, tiene su prelación establecida. La simple y necesaria higiene individual, no es cosa fácil ni está exenta de riesgos. Debe huirse de establecer acampadas cerca de las fuentes, frecuentemente conocidas y vigiladas por la Guardia Civil, pero el líquido elemento es indispensable para la supervivencia. Diariamente se establecen turnos de recogida de agua que, por lo general, obliga a desplazarse al descubierto. Y, por supuesto, prima la necesidad de beberla sobre la del aseo. Los jabones o simples derivados, ni abundan ni son en muchos casos utilizables. En más de una ocasión, la bajada de espumas por las corrientes de los riachuelos ha delatado la presencia de los de la sierra. Es más seguro, aunque mucho más dificultoso, utilizar el pilón de piel y verterlo al terminar sobre la tierra que lo embebe sin dejar rastro.

—Prepara el desayuno, Cristino —ordena Julián. Abre uno de los botes de leche en polvo y haz un poco de café.

Las partidas no carecían de ciertos productos que les pasaban de Francia. La leche condensada provenía del país galo, la denominada «en polvo» que tenía que disolverse en agua, procedía de EE. UU., y el café de Hispanoamérica. En evidente paradoja, el cerrojazo de fronteras con el intento de aislar a España, conseguía la penuria real de la nación, pero no incumbía a la introducción clandestina de mercancías, sobre todo, a las distribuidas por el PC. El hacer fuego era de las cosas que precisaban extremar las precauciones. Durante la noche no importaba mucho el humo, prefiriéndose siempre a la llama; cosa totalmente opuesta a la luz del día, donde la llama podía ocultarse tras unas rocas, pero el humo se delataba desde lejos.

—Compañeros —inició Mariano—. Quedo a la escucha de vuestras acciones, proyectos, necesidades, estado de ánimo y hasta de vuestras quejas. Ya sabéis que el Partido distingue a nuestra Agrupación como una de sus predilectas. Se ha recibido un importante alijo de armas automáticas que repartiremos entre las partidas que más las necesiten.

—Precisamos, al menos de una metralleta. Aún llevo en la partida un hombre con escopeta de postas —impuso Julián—. Y también granadas. Sólo me quedan seis.

—Lo tendrás. ¿Algo más?

—Sí. No es mi caso, pero muchos puntos de apoyo quemados se echan a la sierra

y representan más dificultades que refuerzos.

—Me consta —Mariano anotaba cosas en una libreta—. Pero no podemos rechazarlos dejándoselos a los guardias.

—Deberíamos tener trazada una línea de retirada hacia Francia para estos casos —apuntó Julián.

—¡Ni se te ocurra hablar de rendición!

—¡No he dicho eso!

La evidente discrepancia entre los dos hombres se manifestó en el primer encontronazo. Las palabras subieron de tono. No era precisamente Julián hombre dispuesto a arrugarse, pero su sentido de disciplina, acaso no comprendido por ninguno de los presentes, le obligó a callar.

—No creáis que no os comprendo —contemporizó el comunista—, pero el espíritu de lucha y victoria debe prevalecer sobre cualquier otra cosa. Me hablabas del peligro de incorporar a las partidas gente vigilada por los guardias —se dirigió a Julián en claro intento de suavizar la conversación—. Es cierto. Pero dime, ¿qué harías tú con Blanca, Rosita y la Sole que tuvieron que echarse al monte porque iban los guardias a por su padre? ¿Les hubieras negado la incorporación? ¿Se las habrías dejado a los civiles para que se aprovecharan de ellas?

—No. Por supuesto —se limitó a responder el aludido.

—Vale pues, pasemos a otra cosa. Lo que interesa ahora es haceros saber las nuevas disposiciones del Buró Político —recalcó las dos últimas palabras—. Desde este momento, cualquier edificio, oficial o no, ocupado por la Guardia Civil se considerará objetivo militar, así como todo tipo de vehículo que lleve esa fuerza. Pero hay algo más. Tiene que advertirse al pueblo que cualquier ciudadano que se encuentre a menos de 100 metros de cualquier guardia civil tiene su vida en peligro.

—Eso último no puede aceptarse —irrupió con indignación Julián.

—¿Por qué?

—¡Porque si se lleva a efecto habría que sacrificar a más de media población!

—Tú, ¡siempre tan exagerado!

—Como quieras. Mi partida no lo cumplirá.

Se hizo un tenso y agobiante silencio que, esta vez, fue asumido por Mariano. La postura de Julián, no admitía réplica alguna. Pasó del envite con una sonrisa que quiso ser condescendiente y desatendió el asunto. Sin embargo ninguno de los presentes dudó de que Mariano no olvidaría fácilmente el incidente. Las conversaciones continuaron en un tono más sereno y tranquilo, limitándose Julián a permanecer callado preguntando tan solo sobre algún detalle específico. Terminada la charla y tras un tiempo de descanso aprovechado por los cuarteros de turno para adecentar el campamento y disponer las vituallas, comenzó el inquietante y receloso testimonio individual. El jefe de la Agrupación realizaba siempre un aparte con cada uno de los guerrilleros, incluido naturalmente el jefe de la partida, con los que conversaba en secreto. Este tipo de interpelaciones era inquietantemente temido por

los interrogados que trataban disimular su angustia dándole el nombre de *las confesiones*. Confesiones que, en realidad, cumplían además de su significado de arrepentimiento y penitencia, zozobra y temor a la delación. Esta sensación agobiante capaz incluso de trastocar las reflexiones de la experiencia, sobre todo en individuos sujetos a la angustia del acoso y de la muerte, se dio en el maquis con frecuencia. Ya no era el amigo, ni siquiera el compañero quienes comparten tu destino, es el potencial enemigo, transformado en tal para asegurar su supervivencia. Quizá el único que mantenía la frialdad de su mente, firme al ideario castrense en el que se había formado, era Julián. Conocía hechos concretos de ese procedimiento que Santiago Carrillo y Pasionaria habían aprendido en Moscú.

Las llamadas, en palabra castiza, *confesiones*, no eran más que la traducción española de las conocidas autocríticas de la NKVD de Stalin, eufemismo que solía terminar en otra figura retórica, mucho más expresiva, conocida como *purga*. Víctor Kravchenko en *Yo escogí la libertad* describe con todo lujo de detalles la atiborrada sala de irrespirable atmósfera, impregnada por el humo de cigarrillos y por el temor, en donde se celebraba alguno de estos juicios. La figura del camarada elegido reflejaba todo el patetismo del momento en el gesto, la actitud, la súplica, y la angustia, que expresan por si mismas el supremo padecimiento moral. El cuestionado, normalmente locuaz y de lenguaje fluido, tartamudeaba ahora confundido, sudoroso, inseguro, vacilante, autoproclamando una culpabilidad que acaso no le correspondía.

Al finalizar la confesión, el penitente ensanchaba los pulmones con el balsámico aire de los bosques, recobraba el color, y hasta era capaz de sonreír, fuera cual fuera su resultado, tras unos largos lingotazos del odre o un refrescante y alargado trago del botijo. Nadie supo jamás, con certeza, la conversación que el jefe de la Agrupación había mantenido con el camarada. Ni siquiera Julián, posiblemente el que menos, conocía el más mínimo detalle. Mariano solamente relataba al jefe de la partida, datos, juicios, rémoras, felicitaciones o sospechas de los hombres de su grupo. Naturalmente, nunca podía saberse si eran ciertas.

—¿Qué tal te ha ido en el *kiosko*? —inquirió Cristino no muy esperanzado en la respuesta.

—Pues la verdad —Sacristán quiso realizar un gesto de agradable asombro—. No me ha parecido tan misterioso como decían. ¿Y a ti?

—A mí mal, muy mal.

—¿Qué te ha pasado? —el miedo se plasmó en su cara.

—¡Tranquilo, hombre! —Cristino se apresuró en la respuesta—. Nada malo, pero sí de mal gusto. A mí por lo menos me asquea. Me ha encargado que vigile a Julián.

—¿Al Julián? ¡Pero si es un bendito!

—Tú siempre tan eclesiástico. Será todo lo bendito que quieras pero no es comunista ¡Y yo, tampoco!

—¡Toma! ¡Ni yo!

—Y tú, ¿qué eres?

—Pues... ¿y yo qué sé?... ¡Pues como tú!

La charla continuó insulsa, anodina, intrascendente. Cristino comprendió muy bien que a Sacristán no le habían dicho nada referente a su desaliento. Acaso Magro no lo había oído, o quizá silenciado su descubrimiento. Imposible. Ninguna de las dos cosas encajaba con la excusa dada, ni con la personalidad del maqui. Lejos de tranquilizarse, por el contrario, la nimia y trivial entrevista que relataba el interesado, le hacía afianzarse en su conjetura. No podía descubrir sus sospechas al amigo, no debía hacerlo, ante el temor de un desequilibrio mental y alguna trágica consecuencia.

Llegada la noche se escuchó, algo lejano, un conocido carrasqueo. Primero una vez; silencio, y luego dos sonidos seguidos. El canto del búho anunciaba la llegada del Hurón. Con impecable imitación, el Poeta respondió con dos rumbos iguales.

Mariano y sus dos acompañantes se despidieron de los acampados, Julián realizó la despedida con el saludo militar. El no por repetido menos sugestivo concierto de los montes, llevaba ya tiempo interpretando su chirriante y a la vez melodiosa partitura. Un ave nocturna habitante de las hendiduras de las rocas sobrevoló el campamento; acaso motivado por un conocido sonido que le impulsó a buscar lo que sentía como llamada.

Cristino cumplía su turno de guardia. Desde hacía rato escuchaba las pisadas de Julián recorriendo despacio la reducida explanada, mientras cubría con su puño semicerrado la brasa del cigarrillo. No quería interrumpir sus pensamientos. Sabía muy bien que el noctámbulo no era precisamente dado al insomnio. Llevaba ya mediada su vigilancia cuando pensó que el silencio sobre un estado excepcional de su jefe, no resultaba ciertamente normal cuando el espacio que los circundaba nunca sobrepasaba una treintena de zancadas. Algo preocupaba al cabecilla que le impedía el descanso. No había que pensar mucho para adivinar que en la visita de Mariano estaba el origen del malestar, sobre todo habiendo asistido a la breve pero agria discrepancia entre ellos.

—¿Algún contratiempo, jefe?

—¡Bah!... Lo de siempre —y agradeciendo el respetuoso silencio de su subordinado, rezongó—. ¡El soviético que me tiene hasta los hígados!

—Yo siempre contigo, jefe. Los babosos comunistas fueron los responsables del desastre final de nuestra guerra.

—Bueno. Tampoco es cosa de desbarrar ahora —la disciplina pugnaba por hacerse presente, sin llegar a dominar la rabia—. No conviene que entre nosotros cunda la destemplanza. Es cierto que el PC predomina en las guerrillas, pero yo no estoy dispuesto a doblegarme ante la actuación de ese Buró Político que casi nadie ha visto.

—Creo que todos los de la partida coincidimos con tu opinión.

—Todos no —contestó críptico y seco Julián, y viendo que se aproximaba el

relevo, concluyó—. Vete a descansar y no murmures.

Había llegado ese crítico y misterioso momento en que se detiene la noche para que empiece a despuntar el día. En ese enigmático instante, asequible únicamente a determinados espíritus, Julián recuerda vívidamente los últimos momentos de la tragedia, cuanto los periódicos del todavía Madrid rojo, desdeñan y menosprecian a Negrín apoyando decididamente al Consejo de Defensa del coronel Casado. El violento maremágnun de los centros de poder de la República repartido entre la Presidencia de las Cortes en París, la Base Naval de Cartagena y las posiciones militares de Yuste y Jaca con sus respectivos mandatarios Negrín y Casado. ¡Guerra dentro de otra guerra! El Movimiento Libertario acordado por los dirigentes de París y constituido por la triada anarquista de la FAI, CNT y Juventudes Libertarias, se adhieren al Consejo Nacional de Defensa, dando un golpe mortal a los comunistas. Desde entonces Julián, uno de los heroicos componentes del *maquisard* francés, siente una animadversión personal, rayana en el desprecio contra el PC. No culpa directamente a Franco, aunque le odia, de la rendición incondicional que impuso bajo su bota, sino al execrable comunismo que tampoco podía tragar el general, y al que las potencias aliadas de la II Guerra Mundial quisieron detener poniendo a España como barrera.

* * *

El Hurón acababa de dejar a Mariano y sus acompañantes en el lugar mismo que los recogió para conducirlos hasta la partida de Julián. La historia de la hacienda Los Molinos en realidad caserío, prácticamente ignorada por las gentes a las que acogía, no preocupaba lo más mínimo al grupo de maquis cuyo interés se cernía exclusivamente en la reconocida seguridad que les brindaba. Aunque parezca extraño, no era raro que en ocasiones, mientras el capataz acomodaba a guerrilleros en las bodegas, cenaba a pocos metros sobre ellos la pareja de la Guardia Civil.

—¿Cómo ha estado la cosa? —preguntó el Chato.

—También aquí se nota la flojera.

—¿Alguno que *s'esparrama*?

—Peor aún. Que quiere chaquetear.

—No lo consentirás ¡eh!

—No. Pero no es tan fácil.

—Pues con el *Pelao* no resultó difícil —aclaró Torrijeras.

—Eran otras circunstancias, otro grupo y, sobre todo otros jefes de partida.

—No irás a decirnos que temes al Julián.

—Por supuesto que no, imbécil —barboteó Mariano—. Pero no estamos para deshacer guerrillas, y en este caso peligran dos y el jefe.

—¿Tan mal lo ves?

—De momento no. Pero hay que hacerlo bien.

—Ya sabes de mi experiencia con el cordel.

—Así de momento no. Luego ya veremos —sentenció Mariano enigmático—. No os preocupéis que ya encontraré la mejor forma.

—¿Y el Hurón? —inquirió extrañado el Chato.

—Como siempre. Aparece y desaparece misteriosamente. Sin olvidarse de cobrar, claro.

—¿Cuánto se le da?

—¿Y a ti que te importa, alcahuete?

—Nada, hombre. ¡No es para que te pongas así!

—Ni para que tú le des vueltas *alelao*. Se lleva 500 del ala, macho.

—Pues si lo sé, me hago yo de la cofradía. No creo que se juegue el pellejo como nosotros.

—Es cierto —asintió Mariano—. No se lo juega como nosotros. ¡Se lo juega más! Los enlaces y puntos de apoyo son las bases de la existencia guerrillera. Son nuestros guías, nuestra intendencia y nuestra información. Sin ellos nosotros no seríamos nada. Gracias a ellos nos comunicamos entre partidas y hasta entre Agrupaciones de distintos sectores. Hombres, mujeres y niños que ni siquiera tienen armas como nosotros para defenderse de los criminales opresores. Muchos al ser descubiertos son asesinados, torturados, obligados a convertirse en delatores. Pero por cada uno que nos traiciona, hay 99 que siguen siendo nuestro apoyo, nuestros ojos y nuestros oídos.

Mariano se extendió en una apología del guerrillero del llano, verdadero orfebre de los del monte, encargados de suministrarles medicinas, comida, incluso munición, ropas, calzado y demás enseres imprescindibles para subsistir en la sierra. En la época de los huidos, incluso apenas terminada la contienda civil, los apoyos se recibían de la familia, amistades, conocidos del pueblo; más tarde, con la llegada de los verdaderos maquis el círculo se extendió hacia represaliados, padres, hijos, hermanos de ajusticiados, encarcelados o etiquetados de rojos. La simple denuncia obedecía a veces al rencor de antiguas rencillas en las que el individuo daba rienda suelta a las más altas cotas de vileza. Y siempre quedó olvidado el sufrimiento, las penalidades, la desgracia de esa inmensa mayoría que vivió la personal tragedia del campesino, masovero, depauperado sirviente que no hizo nada para encontrarse entre dos enemigos irreconciliables: Guardia Civil y maquis.

—Ya me oísteis discutir con el Julián el desastre de los apoyos *quemados* —siguió Mariano—. No pueden permanecer en su puesto y ciertamente resultan una carga, a veces inasumibles, para las partidas. Pero ¿qué hacer? ¡No vamos a deshacernos a tiros de ellos!

—Acaso tenga razón el Julián. Sacarlos antes de que se *quemen*.

—¡Sacarlos! —bramó el jefe—. ¿Y cómo? ¿Rindiéndose en la lucha?

—En la lucha, no. ¡Rindiéndose ante la evidencia! —se atrevió a decir Torrijeras ejerciendo su pertenencia al Estado Mayor—. Alguien debe hacer saber a los de París cual es el estado real de la guerrilla.

—Y nos mandarán un comisario, como tantos, para que les diga lo que quieren oír —apostilló el Chato.

—¡Hasta en mi propio EM encuentro debilidad, deslealtad y abandono! —Se escuchó entre interjecciones, tacos y blasfemias—. ¡Antes morir que rendirse!

—Nunca te hemos hablado así, Mariano —se sinceró el Chato—. Esto no es para los de a pie; pero tú sabes, tan bien como nosotros que, ni los de Francia, ni los de Madrid conocen la realidad de la sierra.

—¡Bah! Los cacareados cazas de ciudad nunca han servido para nada.

—No. No me refiero a esos tan desamparados como nosotros o más. Me refiero, por ejemplo, a los del chalet de la Ciudad Lineal, a los jefazos que tolean desde la barrera.

—Esos son otra cosa —murmura Torrijeras.

—¿Qué otra cosa ni qué muerto? —se embravó el Chato, *maquisard* en otro tiempo—. ¿Y eso lo dices tú?, antiguo dirigente de CCOO. ¿Pues no quedamos que entre comunistas no hay castas ni privilegios?

—¡Ya está bien! —zanjó Mariano—. ¡Hasta vosotros os peleáis!

—Esto no son peleas, jefe, son autocríticas.

—¡Sean lo que sean, no es momento adecuado! —finiquita Mariano—. ¡Ea ya! ¡Dejémonos de imbecilidades! —y reconoce—. Estamos todos un poco nerviosos.

No es cuestión de ahondar en la cuestión. Todos piensan lo mismo. Si entre ellos, sólidos dirigentes de las guerrillas, surgen estas controversias, no es difícil suponer lo que sucederá entre hombres obligados a convivir en estrecheces, faltos muchos de ellos de ideología, huérfanos de moral y espectadores directos de la sangre y muerte de muchos camaradas.

10. La Sección Femenina.

Radio España Independiente.

Costilleo rezumaba olores de humos, vid, paja, pinos y sembrados. En las afueras crece la hierba que jalona las eras adentrándose casi en las cortas y levemente empinadas callejas. En las escuelas se oyen las risas, gritos y jugueteos de los chiquillos que disfrutan del recreo, mientras algunos se han acercado a sus casas a cumplir cualquier mandato o apetencia. Don Pascual y la señorita Amparo pasean, rodeando el edificio, siempre vigilantes de las ocurrencias de sus muchachos. La conversación principal, aparte de ciertas familiaridades gira en torno del acontecimiento del año. La llegada al pueblo de una acampada de la Sección Femenina, para la que el Ayuntamiento está adecentando lugares y locales. La sala de juntas del consistorio, la recién terminada nave anexa a las escuelas, pequeña pero segura y consistente, con sus paredes de piedra y ladrillo y su firme tejado de dos vertientes, y sobre todo los corrales de la era del Aljibe, libres totalmente de broza y paja, donde se dice que se albergarán las muchachas y hasta se ducharán con una manguera que están encajando en el desagüe de la cisterna.

—Me ha dicho don Manuel, el señor Tijano, que hasta es posible que venga Doña Pilar —comentaba ilusionada la maestra—. Pero, ojo, amigo Pascual, ¡esto es confidencial!

—¿Pilar Primo de Rivera?

—La misma. La jefa nacional de la Sección Femenina. Yo he tenido el honor de hablarle un par de veces. Es encantadora, sencilla como un ama de casa, firme como un mástil y piadosa como una santa. Da gusto hablar con ella. Además, me encargó personalmente que enseñase a las chicas las canciones patrióticas que tanta falta hacen para elevar el espíritu.

—También te encargaría —ya se tuteaban— que les enseñases sus labores, ¿no?

—Pues no. Eso ya lo hacía desde antes —comentó risueña.

—¿Y vendrá con la acampada?

—Eso no lo sabe el señor alcalde. Ni quién le acompañará, ni con qué medio se desplazará.

—Mujer, puede dudarse del cortejo pero no hay duda de que vendrá en auto.

La media hora de descanso tocaba a su fin. Los chavales entraban en las aulas y regresaban de casa los que habían marchado, aunque siempre alguno se escaqueaba para ser reprendido al día siguiente por el correspondiente maestro. Vuelve el silencio a las calles. Transita un labriego de piel morena con profundas arrugas en el rostro, azada al hombro tirando del ramal de un burro. Cruza una viejita, pozal en ristre, jersey de lana gruesa, delantal negro y pañuelo a juego cubriendo la cabeza. Un gato corre maullando al no haber podido librarse de una certera pedrada. La vida discurre con la normalidad diaria cuando no parecen existir los de la sierra. Pero la Guardia Civil vigila, recorre los montes, escudriña las cuevas, repasa las masadas, a pie, a caballo y, los más privilegiados en bicicleta por las terrosas carreteras. El teniente Pecharromán ha recibido sustanciosa información de un confidente. Le preocupa, en especial la próxima llegada de las muchachas de la Sección Femenina. No quisiera que durante su estancia se produjera el menor incidente. Desde hace tiempo, mucho antes que la señorita Amparo y el Cuchara conoce la próxima llegada de la ilustre visitante. Precisamente parece ser que hoy será el día elegido. Como si fuese una premonición telepática, el radiotelegrafista corre apresurado a avisarle. De uno de sus Puestos, el comandante del mismo informa con urgencia de la llegada de la Ilustrísima Señora Doña M.^a del Pilar Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, visita llevada en secreto, como solía, dada su natural resistencia a cualquier recibimiento oficial y, según habladurías, más que nada para sorprender la realidad del lugar elegido. Según el parte, el automóvil, de marca desconocida para el personal de guardia, había sobrepasado el destacamento a la desorbitada velocidad de unos 50 km/hora, no habiéndose dispuesto su detención por ostentar escudo oficial de la Falange, con yugo y flechas plenamente visibles, calculándose que llegaría a la Jefatura de Línea alrededor de hora y media de la comunicación. Pecharromán, hombre curtido donde los haya, acostumbrado a las sorpresas, con espíritu castrense, valor reconocido y dotes de mando indiscutibles, dispuso con efectividad sus órdenes. Avisó al alcalde que no presentaba ninguna de las cualidades del oficial y casi se atragantó durante el más que nutritivo y substancioso desayuno del que disfrutaba en ese momento con su señora esposa.

Antes de lo previsto llegó a Costilleo el automóvil con la eximia dama, acompañada solamente por una de las delegadas de sección y del avezado y diestro conductor. Doña Pilar se dirigió directamente a la casa consistorial donde, contra costumbre, ya se encontraba el regidor que después de mostrar su sorpresa realizó el paripé de pedir respetuosamente permiso para avisar al oficial jefe de línea.

Pilar Primo de Rivera, colaboradora entusiasta de su hermano José Antonio, fue nombrada por éste Jefa Nacional de Falange en 1933, dedicando literalmente su vida a la empresa. Durante la guerra civil llegó a contar con más de 500 000 afiliadas, dedicándose a la organización de asistencia hospitalaria, lavaderos, talleres y otros recursos. Desde entonces permanece al frente de la Delegación de la Sección Femenina y tiene a su cargo una amplia red de servicios. Es además miembro del

Consejo Nacional de Falange, de la Junta Política, procuradora en Cortes, de la Junta de Relaciones Culturales, del Consejo de Educación y del Instituto de Cultura Hispánica.

Después de un breve y sencillo recibimiento protocolario, las autoridades del pueblo acompañaron a la esclarecida señora a visitar las dependencias previstas para la próxima acampada que, con resignación del señor alcalde, sólo sería de cinco jornadas, pues ya estaba terminado el Campamento regional de Falange, donde pensaban instalarse los quince días reglamentarios. Don Jesús, que también acompañaba al cortejo aseguró la temprana y diaria misa que, ante la imposibilidad de realizarla *de campaña*, dadas las dificultades de ornamentación, se efectuaría en la propia iglesia, bajo la intercesión del excelso patrón San Roque. No olvidaba que el Vaticano se apresuró a proclamar su adhesión al Régimen, y el Papa Pío XII había enviado al Generalísimo un telegrama de felicitación por su triunfo y finalización de la contienda. La celeberrima dama acuñó el visto bueno, y ante el verdadero disgusto del alcalde que no pudo prolongar su vanagloria, se despidió rápidamente con el comentario de tener que inaugurar un Albergue del SEU al que acudía el señor ministro de Gobernación.

La ínclita primera autoridad gubernativa, el Cuchara, que abandonaba siempre su idiosincrasia cuando veía en juego su puesto, se apresuró a ordenar la disposición completa, aseo, limpieza, adaptación, ajuste y acomodo de los locales no solamente destinados a la acampada, sino a todo lo que tuviera la más mínima relación con el decoro, el adecentamiento y posibilidad turística del pueblo. Hasta la fecha nunca había sido Costilleo objeto de tal honra y distinción. Hubo también algún rezongón y quisquilloso vecino que masculló palabras de desagrado pero a nadie extrañó la natural objeción de los de siempre.

El alborozado y juvenil autobús llegó ciertamente renqueante a la entrada del pueblo. En las Escuelas se apiñó la chiquillería dando la bienvenida a tan esperados visitantes. Los maestros dieron suelta a la especie de jauría humana que se había soliviantado en las aulas. Todo el pueblo se apelotonó en la plaza hasta el extremo de que el conductor tuvo que hacer sonar la desvencijada bocina para abrirse paso. Las muchachitas bajaron del automóvil colectivo plegándose honestamente las faldas ante la desproporcionada altura del estribo, colocándose directamente en línea de a seis en el espacio que los curiosos desalojaban con rapidez al contemplar la formación. La bonita camisa azul con brazos arremangados y yugo y flechas bordadas, la impactante boina roja y la plisada falda, naturalmente por debajo de la rodilla, impresionó vivamente al vecindario. Los muchachos, tan inquietos y alborotados en las clases, permanecían serios, absortos, con algún que otro boquiabierto, contemplando un espectáculo al que habían tenido la dicha de asistir. Los mandos, tres mujeres guapetonas, una de ellas treintañera larga, dieron las reglamentarias voces de *cubrirse* y *firmes*; mientras la más caracterizada buscaba con la mirada a las autoridades. El Cuchara, situado entre una sotana y un uniforme verde, pregonaba a todas luces su

jerarquía con su característica sonrisa bobalicona, en contraste con la beatífica de don Jesús y la bizarra del oficial. Hechas las consabidas presentaciones, petición y concesión de los reglamentarios permisos, las impactantes y sensacionales flechas marcharon de tres en fondo hacia su asentamiento.

El pueblo entero volvió presuroso a sus hogares, mientras la chiquillería zangoloteaba alborotada siguiendo a las muchachitas. Martín, el pregonero, había anunciado *de parte del señor alcalde* que, finalizado el día y después de cenar tendría lugar, en el redondo de la era del Aljibe una sentada donde se representaría el *fuego de campamento*. Hubo quien se llevó directamente al lugar el chusco con aceite y sal y dos frutas para tomar sitio donde contemplar bien el evento. La pareja de guardias, sensatamente mandadas por el teniente, impidió que la plebe se acercase excesivamente a terrenos o habitáculos donde las chiquillas podían exponer sus intimidades.

Más tarde, cuando la Jefe de Campamento lo dispuso, se acercó en tropel el gentío circundando el espacio que se había delimitado al efecto. Unas pizpiretas niñas encendieron en el centro una hoguera a la que rodearon las acampadas dejando un cierto espacio libre. Una falangista monitora, tras agradecer a las autoridades presentes, incluido el señor cura, la cariñosa acogida y la masiva asistencia, pasó, en primer lugar, y ante un impresionante silencio, a relatar las gestas gloriosas de la España Imperial, las heroicidades de los camaradas caídos, y el recuerdo a una nación gloriosa con el pensamiento puesto en Dios, el Caudillo y la Falange. La disertación que, ciertamente fue breve para la cantidad de consignas patrióticas que se expusieron, fue seguida del cántico *Isabel y Fernando*, himno conmemorativo de la fusión de FET con las JONS de Onésimo Redondo.

En pie camaradas, y siempre adelante
cantemos el himno de la juventud,
el himno que canta la España gigante
que sacude el yugo de la esclavitud.

De Isabel y Fernando
el espíritu impera
moriremos besando
la sagrada bandera.

Nuestra España gloriosa
nuevamente ha de ser
la nación poderosa
que jamás dejó de vencer.

El sol de justicia de una nueva era,
radiante amanece en nuestra nación.
Ya ondea en el viento la pura bandera
que ha de ser el signo de la redención.

Con el brazo extendido
y la frente elevada,
trabajemos unidos
en la empresa sagrada.

La bandera sigamos,
que nos lleve a triunfar,
y sobre ella juremos
no parar hasta conquistar.

Los frenéticos y prolongados aplausos que provocaron las agradables voces femeninas fueron rubricados por las sinceras y emotivas palabras con las que correspondió la jefa de Falange. A continuación, y ya sentadas sobre el suelo, con las piernas graciosamente cruzadas, las muchachas entonaron canciones típicas de los pueblos, entre las que no faltó, por supuesto, *Asturias patria querida*. El momento más alegre de la noche dedicado a las poesías, *sketchs*, chistes y chascarrillos. Los chillidos, aplausos, gritos y risotadas del público, contagiaron al bueno de don Jesús que con el bonete en el suelo y las lágrimas rebosando sus ojillos, palmoteaba entusiasmado las ocurrencias de las chiquillas. Llegó el momento de invitar al público a contar alguna ocurrencia graciosa y aunque unos cuantos hicieron mención de salir, el cura se impuso, con seriedad desconocida, ante el temor de que soltasen alguna barbaridad. Fue el mismo don Jesús quien, sin esfuerzo alguno y aparentando cubrir el expediente aunque no podía esconder su risueño interés se ofreció a entrar en escena. Los palmoteos, felicitaciones, silbidos y vivas a San Roque, se confundieron con la cerrada ovación de las falangistas puestas en pié mientras el cura se arremangaba la sotana.

—Un cazador de la selva —relató el mosén— se topó con un feroz león que le cortó el paso con un rugido espantoso —aquí abrió la boca y emitió un extraño sonido ante la algarabía de los espectadores—. El pobre cazador echó la escopeta al suelo, puso las manos en plegaria y elevando su temblorosa voz al cielo rezó compungido: ¡Señor, dale al animal por lo menos sentimientos cristianos! ¡Tú puedes hacerlo! Y entonces... —continuó misterioso el cura— el león se paró en seco y mirando también al cielo exclamó: ¡Bendice, Señor, el alimento que voy a tomar!

Lo que siguió a continuación carece de posibilidad de descripción. Entre carcajadas, siseos, onomatopeyas, chillidos, vítores, aclamaciones, aplausos y demás algazara, el mosén tuvo que esforzarse para que no lo pasearan en hombros por el redondel. Justo es decir, sin embargo, que el responsable del alborozo era quien más lagrimeaba gorgoriteando de entusiasmo. Desde entonces fue prácticamente imposible establecer un mínimo de orden. El chiste de don Jesús, evidentemente supervalorado por la significación de su relator, descompuso los tácitos cánones de la discreción, obligando a abreviar la velada cuyo decoro empezaba a peligrar. Finalizado el espectáculo la gente regresó a sus hogares entre jocosos y apasionados comentarios sobre la excelente formación de las futuras amas de casa españolas.

De todos era sabido, ya se preocupaban los mandos de divulgarlo, que en la Sección Femenina no solamente se enseñaba el romano saludo del brazo elevado y la mano abierta en señal de dignidad y grandeza en contra del rencoroso y amenazador puño cerrado, sino también la conducta a seguir para convertirse en una buena ama de

casa: revisar los vestidos, ventilar las habitaciones, limpiar la casa, preparar la comida, recoger y enjuagar la vajilla etc. Además, todas sabían que, ya que las mujeres no estaban obligadas a prestar el servicio militar, tenían que realizar, al cumplir los 18 años, una serie de trabajos necesarios para la Patria cumpliendo el denominado Servicio Social. Como detalle de convivencia y respeto las *flechas* mayores y más adelantadas, renunciaban al voluntario reposo después de la comida, acudiendo a algunas casas para leer a los ancianos historias, leyendas o noticias a las que no tenían acceso.

—No se qué veis en estas chicas que os tienen a todos los mozos *embobaos* — comentaba celosa Palmirica.

—Nada, mujer —respondía Paco—. Es que nunca hemos visto tantas mozas juntas.

—¿Mozas? Pero sin son unas niñas.

—Pues muchas no lo parecen tanto —acababa el joven de arreglarlo.

El enojo de la muchacha apenas llegaba a la subida de la rocha, lugar donde terminaba la iluminación de la farola, permitiendo unos cinco metros de tenue oscuridad hasta llegar al portal. En ese trecho algún que otro traspíe, o discreto roce, aparentemente desapercibido para ambos, permitía transgredir el contacto espiritual de los enamorados.

El ruido lejano de un galope de cascos, advirtió del regreso de la *pareja*; en esta ocasión, dada la rapidez del sonido, generalmente sosegado y tranquilo, les produjo cierta inquietud que les obligó a una rápida despedida. Paco esperó el paso de los guardias escondido en la penumbra de la esquina. No había duda. Algo inusual transmitía su proceder. Aunque el cabo aminoró el trote a la entrada del pueblo, el resoplido de los animales y las ensangrentadas ijadas pregonaban la importancia de su llegada. Nunca llegó a saberse con certeza en el pueblo la información que se traía.

Al día siguiente, apenas izada la bandera sobre un poste de pino que el señor alcalde había obligado a encajar en un extremo de la era, y cantado el himno falangista, las muchachas se dirigen a la iglesia. Siguen las clases de gimnasia, trabajos manuales, labores caseras, excursiones, etc. Pero lo más extraordinario para el pueblo, y sin lugar a dudas para la muchachada, es el momento de las duchas que algún enterado conocía y había extendido el soplo. Las chiquillas, vestidas con un traje de baño que descubría únicamente cabeza, cuello, brazos y piernas algo por encima de la rodilla, se apelotonaban de cinco en cinco bajo la manguera que, enchufada sobre el depósito, dirigía hacia ellas la instructora. Las risas, chillidos y jarana de las muchachas, con sus graciosos y desgarbados movimientos contrastaban con la impávida postura de una serie de cabezas que asomaban sobre el tejado de los pajares y casas adyacentes. Todos los jóvenes del poblado, dada la hora cercana a la comida, llegaban tarde a casa y hasta había quien aseguraba que, nada menos que el señor maestro, los soltaba un poco antes de clase para que asistieran a la exhibición. Lo que sí era cierto es que los guardias encargados de vigilar la acampada, solían

hacer la vista gorda ignorando a los enardecidos espectadores. Hasta don Jesús empezaba a dudar, dadas las circunstancias, de la religiosidad de Franco permitiendo esos peligrosos alardes.

Como la vida misma, la inexistencia del tiempo, tan lento para algunas cosas como tan rápido para otras, el autobús volvió al pueblo a recoger a las *flechas* deteniéndose en la plaza como la primera vez, aunque mucho más apesadumbrado según el vecindario. Las chiquillas subieron el alzado estribo ante la estuporosa mirada de la juventud, y agitando las manos a través de las ventanillas se despidieron cantando el *Adiós con el corazón, que con el alma no puedo*.

Costilleo retomó su vida cotidiana. Don Jesús agradeció al cielo la vuelta a la normalidad, el señor alcalde resopló satisfecho, y el teniente Pecharromán respiró tranquilo.

—¡Ya se han ido las *flechitas*! —ironizó Palmirica.

—Sí —contestó serio Paco—. Ya se han ido.

—Estarás pesaroso ¿no? —siguió provocativa.

—Pues no. ¿Por qué he de estarlo?

—Pues bien que corrías a verlas cuando se duchaban tan indecentes.

—Pero mujer... Si sólo se les veían las pantorrillas.

—Sí, sí... las pantorrillas... y hasta el telón.

—Que no, mujer, que no. Que todo son exageraciones.

—Exageraciones... sí... Yo no sé qué tienen las de la boina que os han *trastocao* a todos.

—Pues ¿no querías tú ser falangista? —azuzó el muchacho.

El cegador fulgor de los celos, envueltos en la lozanía de la juventud, el embrujo de lo desconocido y la ilusión de un primer amor, rezumaba el misterio, la atracción y el forjado de la confianza en el futuro. Regresan de la fuente donde Paco ha llenado el cántaro de ella y el botijo de él, que ya pueden pregonar en el pueblo que realizan un trabajo conjunto de las familias. Un labriego se cruza en el camino y los saluda tirando del mulo cargado de haces de leña, mientras disimulan el consentido achuchón que finiquita cualquier tipo de discusión o enfado. Doblan la esquina del cuartel, alargando aposta el camino. Llegan al portal y permanecen un rato en la entrada: ella apoyada sobre la pared en un disimulo lánguido de sus sentimientos; él sujetando el botijo y el cántaro, con las dos manos ocupadas, no sea que algún maliciado rebusque interpretaciones. Un vientecillo suave, intermitente, seco, baja del cerro próximo con un murmullo que invade el pueblo pregonando:

Piensen los enamorados
piensan y no piensan bien.
Piensan que nadie los mira
y todo el mundo los ve.

* * *

—¿Estás seguro de la información? —preguntaba el jefe de línea al cabo.

—Segurísimo, mi teniente. Hasta ahora no ha fallado nunca el confidente.

—Pero ¿cuándo será?

—Eso no lo sabe; pero asegura que antes de que acabe el mes.

—Entonces, apenas faltan doce días. Prepara la espera en el corralón.

El oficial se quedó en el despacho un buen rato. Dudaba de la garantía de la advertencia. Acaso no debía comunicar la novedad a sus superiores. Había algo que no le encajaba en su reflexión. Sin embargo, tampoco era cosa de ignorar la noticia. Esperaría unos días, acaso una semana, y si no sucedía nada aconsejaría al cabo que dudase del informante. Existían enlaces que actuaban de topos en las fuerzas del orden; como también ocurría con el maquis. Lo difícil era cribar los testimonios, distinguir el falso del real; imposible a veces dado que el mismo informante desconocía la realidad del caso, e incluso estaba engañado. La nueva implantación de la antigua ley de fugas representaba para el oficial una cierta dificultad de aplicación moral. Admitía, por supuesto, que la huida del bandolero tras la voz de alto, debía impedirse por las armas pero, también resultaba cierto que esta decisión se prestaba fácilmente a interpretaciones excesivamente subjetivas. Sin embargo, justo es reconocerlo, la discutible y nebulosa ley, no había sido creada por el régimen franquista. Su aprobación tuvo lugar en 1921 para endurecer la legislación en un intento de frenar la tensión creada por la crisis económica de 1919, el trienio andaluz de 1918-1920, el pistoleroismo barcelonés de 1919-1923 y la inestabilidad política originada por la descomposición de los partidos en la República. Ya en 1920, fuerzas gubernamentales y pistoleros del Sindicato Libre aplicaron este procedimiento para eliminar gran número de anarcosindicalistas de la CNT. Pecharromán reconoció que, actualmente los mandos habían endurecido las órdenes. Menos mal que le enviaban dos nuevos guardias, casados y con hijos. Bellido podría quedarse en su apartamento pero el cabo Justino tendrían que pasar a las literas de los números. Por lo menos le apañarían un habitáculo separado de los demás con unas cortinas de hule, esa magnífica tela flexible e impermeable por uno de sus lados. Rosalía agradecería la llegada de las dos mujeres. Y aunque el chaval se defendía bien con los del pueblo, tampoco le vendría mal algún compañero hijo del Cuerpo.

Pecharromán, como tenía por costumbre, hace su ronda por la casa-cuartel antes de acostarse. Charla con el de puertas a quien desea buena guardia, y se acerca al adormilado radiotelegrafista que se despeja bruscamente ante la llegada del teniente. El oficial lo tranquiliza y ofreciéndole un cigarro fuman los dos en compañía.

—Puedes permitirte alguna cabezada, chaval. El timbre llega hasta mi cuarto. Pero estate atento.

—¿Espera hoy algo, mi teniente?

- Hoy no creo. Pero llegará.
- Los de la sierra parecen inquietos ¿verdad, mi teniente?
- Más inquietos deberían aun estar —tranquiliza Pecharromán.
- Dicen que los *franchutes* van a atravesar la frontera de un momento a otro.
- ¿Y tú te crees ese cuento? Venga, hombre, que ya somos mayorcitos.
- Perdone, mi teniente. Yo lo que sé, se lo he oído al del bar.
- Ése es un pobre hombre que gusta de dárselas de entendido.

* * *

En la lejanía, unos puntos negros, inmóviles por la distancia suponen la presencia de un rebaño que ramonea las puntas tiernas de los arbustos mientras el pastor y el perro limitan su recorrido. Una especie de manto verde-amarillento cubre los bancales, umbrías y hocinos hasta llegar a la casi impenetrable espesura que techa la cordillera. Pasado el cuartel, rocha arriba, donde el alcalde alardea de construir en un futuro próximo, no se sabe cuando, la conducción de los desagües, don Jesús y don Antonio filosofan sesudas ideas sin necesitar método ni escolástica.

—Debe reconocerse —enfaticaba el cura— que la reconstrucción de la enseñanza se ha adelantado notablemente a la de la economía.

—No lo dirá, querido preste —bromeaba el galeno— por la depuración de maestros que ha hecho el Estado.

—Ciertamente no, sapientísimo doctor —enlazaba don Jesús— sino por la cantidad de colegios religiosos existentes hoy en día, cerrados precisamente por la República.

—Sí y no, señor presbítero. Pero si la cultura mejora por el reconocimiento de la enseñanza religiosa. ¿Qué mejora con el reconocimiento de las casas de lenocinio? —le encasquetó el médico.

—La salud, querido amigo, la salud.

—Pero ¿no quedamos con que el fin no justifica los medios?

—Cierto. Pero también escogemos siempre el mal menor.

—Uno a uno.

—Mas bien cero a cero y la pelota en el alero —remachó el cura.

—Voy a tirarle un penalti, arremánguese la sotana. ¿Cómo acabaría usted con el maquis?

—Gol sin posibilidad de detenerlo.

—¿No tiene ninguna oración para el efecto?

—Muchas, mi querido ateo, muchísimas. Pero son tardonas. Para el Señor no existe el tiempo.

—Yo le apuesto a que los abandonan a su suerte.

—Coincido totalmente. Ningún mandamás está en el país. Dudaban del resultado.

—Más bien lo conocían plenamente y sólo querían recoger los frutos de una

propaganda estéril.

—Esperaban que les ayudasen los aliados.

—No sea inocente, don Jesús. ¿Cree verdaderamente que los americanos tolerarían un comunismo en España? ¿Y que el antisoviético señor Churchill abandonaría por las buenas a su cómodo *centinela de Occidente*?

—Lo he pensado muchas veces, doctor. Ese entendimiento con la Rusia de Stalin nunca lo tuve claro.

—Fue una alianza coyuntural, de momento, para librarse de la que tenían encima.

—Y lo de Francia, otro tanto. Mucha propaganda y parloteo pero reconocen al Gobierno de Franco casi desde el principio.

—Bueno ahí existe más lógica. Recuerde que en febrero de 1939 Daladier reemplaza al socialista León Blun.

—Y lo mal que lo pasaron en Francia los exiliados.

—Es verdad. Hasta tuvo que intervenir para paliar sus miserias el docto erudito André Malraux, que ya en sus novelas y ensayos describía las inquietudes de la época abogando a favor de los pobres exiliados españoles.

—Bueno —puntualizó el cura—, no solamente intervino ese inmoral de Malraux, sino también varias organizaciones cívicas y religiosas. Ya le he dicho muchas veces, don Antonio, que eso de la política no era trigo limpio.

—Sobre todo, querido mosén, cuando se quiere conjugar los sentimientos, la ley natural, la moral adquirida y las prelación del momento.

—Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Gustaban los buenos amigos de dirigirse ocurrencias, predicaciones e incluso pullas de fino encaje, pero el aprecio, la comprensión y el cariño enlazaba siempre dos almas gemelas solamente distanciadas por esa perístasis que conforma la personalidad. A veces, en la intimidad del momento que prosigue a unos tintos compartidos en los bares, admitidos por ambos como las *estaciones*, solían definirse como *dos yo iguales y distintas circunstancias*.

Vuelven sobre sus pasos, llegan a las primeras humildes casas con paredes de piedra y cemento; Ismael, el dulero, marcha ya solitario hacia su casa de acogida; después de cenar regresará a la suya propia. Los dos paseantes atraviesan las desniveladas y estrechas calles que conducen a la plaza mayor y a la de la iglesia.

—¿Qué será de esa alma de Dios? —murmulla en voz baja el sacerdote refiriéndose al pastor.

—¿Quién lo sabe? —matiza el médico—. La Naturaleza es sabia y previsor, pero usted dice, señor cura, que la Providencia escribe recto con renglones torcidos.

* * *

Radio España Independiente, más conocida como La Pirenaica por creerse, equivocadamente, que emitía desde algún lugar de los Pirineos, lanza sus

intencionadas noticias, agrupadas en consignas de lucha contra el Estado español. Creada a instancias de Dolores Ibárruri, Pasionaria, durante la Segunda Guerra Mundial, comienza su andadura desde Moscú el 22 de julio de 1941, intentando ocultar su localización, no sólo por salvaguardar la emisión, sino para soslayar la sensación de lejanía que podía desanimar a sus oyentes. La emisora, junto con los informativos en castellano de Radio Francia Internacional y la BBC, son las únicas noticias, la mayoría de veces exageradas o falaces que escapan al control del Régimen. Cuando la aproximación de las tropas alemanas a la capital soviética, la transmisión se realiza desde la ciudad de Ufá, de la República Autónoma de Baskiria, para posteriormente ya en el inicio de los cincuenta emplazarse de forma definitiva en Bucarest, la capital de Rumanía.

En todo el municipio sólo tres personas escuchan Radio España Independiente, una de ellas el autorizado jefe de línea que anota, entre indignado e incrédulo las, sin duda, desorbitadas noticias:

—La Agrupación guerrillera del Centro, pasa por las armas a un destacado falangista; mientras otra unidad guerrillera detiene a un autobús lleno de viajeros y tras comprobar que todos son pacíficos campesinos, los dejan marchar.

—En Sarrión (Teruel) se realiza un mitin contra Franco y sus secuaces que fue entusiásticamente vitoreado por todo el campesinado.

—Guerrilleros de Cataluña han atacado con granadas una camioneta de la Guardia Civil matando a dos de ellos y huyendo sin recibir ninguna baja.

—En la estación ferroviaria de Pontajarra se dinamitan los depósitos de agua, la caseta del guarda-agujas y un poste eléctrico.

—La Federación guerrillera de Galicia-León atacó por sorpresa el cuartel de la Guardia Civil dando muerte al comandante de puesto.

—En Valencia, un grupo de seis guerrilleros, asaltaron un banco de la capital, recuperando más de 600 000 pesetas.

—Una partida de la AGL estableció una emboscada en la que eliminaron al jefe del destacamento que les perseguía y dieron a la fuga a los restantes guardias que abandonaron su armamento.

—Franco y su camarilla de asesinos se quedan solos ante la próxima caída del último reducto nazi. El triunfo de la democracia, la libertad y de la República está asegurado. ¡Camarada únete a la lucha!

—Colabora con los guerrilleros informándoles de los desplazamientos de fuerzas y delatando a los chivatos para que sean ajusticiados.

—Los últimos instructores del Gobierno franquista, oficiales nazis de las SS, abandonan como las ratas el eminente hundimiento del Régimen.

—Crecen las protestas, huelgas y manifestaciones en toda España, silenciadas con mordaza por la prensa falangista. El Gobierno Republicano en el exilio prepara el regreso a su pueblo. Se reconstruyen las organizaciones obreras. España dejará muy pronto de ser esa inmensa cárcel donde mueren hambrientos y torturados los

verdaderos patriotas.

—¡Campesino! ¡Obrero! ¡Pueblo español entero! ¡Apoyad a los bravos guerrilleros que luchan y mueren por conseguir vuestra libertad!

Similares consignas, copiadas en ciclostilo y enviadas clandestinamente desde Madrid, son entregadas por Mariano a diferentes enlaces para que, a su vez, las hagan llegar a las partidas. Julián recibe un considerable número de octavillas para repartirlas en los caseríos y poblados. Se intenta realizar una acción conjunta que inunde de panfletos la línea que cubre la Guardia Civil de Costilleo. El EM de la Agrupación dispone los distintos objetivos, las vías de repliegue, los posibles puntos de apoyo y el obligado lugar de encuentro antes de llegar a sus bases, recordando la observancia de las estafetas. Al grupo de Julián se le especifica, contra costumbre, los hombres que deben realizar cada misión.

La propaganda mezcla verdades, falsedades y exageraciones. En los campamentos del maquis se extiende la noticia de la espectacular detención del guerrillero Gómez Galloso en plena ciudad de La Coruña. Perseguido por céntricas calles se estableció un tiroteo en el que fue gravemente herido, ante la criminal pasividad de los transeúntes que no hicieron caso a su petición de auxilio. La cobarde actuación de las fuerzas represivas tenía que contrarrestarse con una operación exitosa. Mariano preparaba un golpe de efecto para el que necesitaba un ejercicio de distracción que le permitiese llevarlo a cabo. El reparto de propaganda en la zona lograría concentrar a la Benemérita, dejando despejado el Sector donde pensaba actuar. La audacia del jefe guerrillero, le había llegado a diseñar el asalto a un polvorín cercano a la ciudad, sólidamente amurallado pero desprovisto de vigilancia efectiva. Las pocas garitas situadas en el cercado perímetro presentaban amplias zonas muertas que posibilitaban el asalto. El Buró Político del Partido insistía en una demostración de fuerza ante las iniciales muestras de indisciplina que se presentaban en algunos grupos guerrilleros. Se había llegado incluso a ordenar la ejecución de más de un maqui acusados de colaborar con el enemigo en un intento de ganarse la libertad. La Guardia Civil, que en un principio presentaba cierto desconocimiento de la guerra de guerrillas, iba, poco a poco, adquiriendo una evidente experiencia que mermaba los ánimos de los perseguidos. La imbricación de sectores que, hasta entonces, había sido exclusiva del maquis con la finalidad de dificultar su búsqueda y acosamiento, era ya neutralizada por la creación de patrullas móviles que permitían al Instituto Armado sobrepasar todo tipo de demarcación oficial.

En un intento de establecer un efectivo contacto entre las partidas, dada la escasez cada vez más pronunciada de seguros enlaces, Francisco Corredor, Pepito el Gafas crea el SIR, Servicio de Información Republicano, que a pesar del estudiado organigrama, proporciona escasos resultados.

* * *

Mientras toda clase de noticias, hechos, circunstancias, incidentes, efemérides, habladurías, fábulas y anécdotas se comentan en los escondidos pueblos de la España del maquis, los niños de las ciudades, ajenos por completo a la historia, aprenden a leer con el TBO, las aventuras de Roberto Alcázar y Pedrin y las legendarias gestas del Guerrero del Antifaz. La primera publicación del TBO originaria de 1917, suspendió sus actividades en 1939 al serle retirado su permiso de edición, reapareciendo en el cuarenta y dos hasta adquirir dos años más tarde el famoso formato que convertiría en 1945 a la *familia Ulises* en la festiva caricatura de la burguesía de la época. La importancia sociológica de la revista, más esperada por el estamento paterno que por los hijos, llega a originar una jocosa letrilla que cita Luis Alberto de Cuenca en *Cien años de cómic* del ABC literario, Madrid 3 de mayo de 1996.

Yo quiero un TBO,
yo quiero un TBO,
si no me lo compras lloro y pataleo.
Yo quiero un TBO,
yo quiero un TBO,
y me estaré quieto mientras yo lo leo.
Que con sus cuentos yo me divierto
y sus hazañas risa me dan.
Yo quiero un TBO,
yo quiero un TBO,
yo quiero un TBO, papá.

Las aventuras del intrépido aventurero español, Roberto Alcázar y su inseparable Pedrín, iniciadas en 1940, tienen ya otro matiz, hasta cierto punto propagandístico para el forjado de los jóvenes. El patriótico apellido, junto con el, aunque primitivo dibujo, indudable parecido físico con José Antonio, la manifiesta misoginia y el sentimiento protector de Roberto, ambientan los ideales que se pretenden imponer. Pedrín, de baja extracción social, provoca la envidia de todo adolescente con sus sonoras expresiones y espíritu inquieto y atrevido. *Toma del frasco Carrasco*, *Ostras Pedrín* y muchas onomatopeyas pasan a incrustarse en la cultura popular. En 1944 surgen las heroicas hazañas del Guerrero del Antifaz, iniciadas durante el reinado de los Reyes Católicos donde se relata la difícil, arriesgada y noble vida del valiente hidalgo español, siempre fiel a su dama a pesar de los asaltos provocativos de huríes, esclavas, odaliscas y favoritas de turno.

11. Extrañas muertes.

Asalto a un polvorín.

—¡Han matado al forestal!

Desde muy lejos, sin apenas entrar en el pueblo, cuando ni siquiera se entienden las palabras, el viento de la sierra ya transmitía la trágica noticia. Y cruzando la villa hasta el final de las casas, donde el camino empieza a querer convertirse en algo transitable, un sentimiento de angustia, miedo y muerte enluta las conciencias de los aldeanos. Algunos tiemblan, otros lloran, los menos permanecen impávidos, como tocados por un misterioso y atezado corsé que impide todo pensamiento. Don Jesús sale presuroso de la iglesia, ha interrumpido las confesiones absolviendo rápidamente a una viejucha que ni siquiera necesita el perdón. El jefe de línea todavía no ha regresado de la ciudad, ha marchado con el cabo y el conductor Maiques a la Comandancia General. El sargento Bellido atraviesa el portal de la casa-cuartel acompañado de un número, en dirección hacia donde proceden las voces. En la puerta de la iglesia, siempre se dan allí las noticias sin saber por qué, coinciden las autoridades civiles y eclesiásticas alrededor de un chiquillo que sigue voceando:

—¡Han matado al forestal! ¡Han matado al forestal!

Algunos hombres y bastantes mujeres, se agolpan en derredor del notificante que resuella sudoroso repitiendo la frase *Han matado al forestal*. Don Jesús le propina un suave pero efectivo papirotazo que le hace volver a la realidad.

—Han matado al forestal. Allí, en la calva primera del pinar. Le han *zumbao* en el *baticuello*. Todavía le chorrea la sangre.

El sargento ordena al guardia prepare las caballerías y le acompañe al lugar, el cura emprende el camino del monte con unos cuantos atrevidos, las mujeres se santiguan, el maestro acoge al pequeño que todavía solloza, y gran parte de la chiquillería corre hacia la sierra, mientras el señor alcalde y don Jesús se esfuerzan en detenerlos.

El guarda está tendido en el suelo rodeado de un charco de sangre. Efectivamente le han partido el cuello, posiblemente con un hacha dada la profunda hendidura que casi le separa la cabeza del cuerpo. No debió darse cuenta de nada. Le atacaron por detrás posiblemente sorprendiéndole en el lugar. Nadie duda de que ha sido obra de

los maquis. La escopeta, cananas y cantimplora han desaparecido, incluso las botas y el morral. Un guardia civil toma notas dictadas por el sargento mientras vacían los bolsillos del muerto e impiden acercarse al cadáver. Don Jesús llega y recita unas oraciones impartándole la bendición. Un poco retrasado acude don Antonio. No hace falta mucha inspección para establecer el diagnóstico. En un carro tirado por un mulo conducen a la víctima al cementerio donde permanecerá toda la noche sobre una especie de parihuelas construidas al efecto, por si existe alguna reclamación, alguien quiere velarlo y sobre todo, los guardias realizan el atestado. Evidentemente el somatén no era muy apreciado por el pueblo.

Durante un tiempo el luctuoso acontecimiento atenaza las gargantas de las gentes, el silencio no aleja los recuerdos y aunque, como se acostumbra, nadie menciona el asunto más que para hacer un signo temeroso o santiguarse las mujeres, los montes asumen con su sigilo lo imposible de ignorar. Todo el pueblo presupone, sin ningún género de dudas, que ha sido un crimen debido a la ideología falangista y bravucón comportamiento del somatén. No era querido, es cierto, pero tampoco nadie le deseaba ese final. Sin embargo, el teniente jefe de línea no tiene tan firme la certeza del motivo del crimen según se deduce del parte que envía por escrito a sus superiores.

Tengo el honor de dirigirme a V. I. como continuación de mi conversación telefónica del día..., en la que le comunicaba el asesinato por los maquis del guarda forestal y somatén de este pueblo D..., manifestándole lo siguiente:

1. La inspección y cacheo del cadáver proporciona los siguientes datos:
 - 1.1. En uno de los bolsillos le fue encontrada una nota que lo citaba para el día del suceso en el lugar donde halló la muerte.
 - 1.2. Los indicios apuntan claramente que no temía el encuentro.
2. El registro de su vivienda proporcionó los siguientes datos.
 - 2.1. Sesenta y ocho mil pesetas en metálico.
 - 2.2. Once latas de conserva: atún, caballa y sardinas.
 - 2.3. Dos jamones y un grueso de cecina.
 - 2.4. Tres pares de botas de montaña.
 - 2.5. Cinco pantalones de pana, con sus correas correspondientes.
3. De los puntos (1) y (2) se concluye:
 - 3.1. La rareza de la citación y la posible avenencia entre citador y citado.
 - 3.2. La excesiva cantidad de enseres encontrados en la casa no obtenidos para su propia utilización y consumo.
 - 3.3. La probabilidad de que el referido forestal representase un punto de apoyo actualmente peligroso para el maquis

Lo que comunico a V. I., cuya vida guarde Dios muchos años, para su conocimiento y efecto.

La realidad se aproximaba mucho a las conclusiones del teniente. Después de aprovechar las circunstancias de su condición y cargo que, prácticamente lo excluían de cualquier sospecha, el forestal había hecho su negocio hasta que los de la sierra, dadas sus agravadas y dificultosas circunstancias no pudieron compensar económicamente los favores recibidos. Fue entonces cuando el somatén, recordando

sus olvidados principios, amenazó seriamente, no sólo con suspender el suministro, sino exigiendo además cierta suma a cambio de su silencio. El equivocado envite, cuyo principal error fue el creerse suficientemente cubierto, fue la causa de su muerte.

Elvira y Damián sintieron por vez primera el acoso directo de los guardias.

—A los buenos días.

—Buenos días nos de Dios —se apresuró a contestar la masovera.

—¿Y su marido?

—En el encinar, recogiendo bellotas para los cerdos.

—¿Hay alguien más?

—El pastor que está en el aprisco.

—¿En el de la solana?

—No. Junto a la umbría. ¿Lo quieren para algo?

—Deseamos hacerle unas preguntas. ¿Sabe si duerme en el monte?

—A veces lo hace en la masada, pero por lo normal se queda con las ovejas.

Desde luego no pasa frío.

—Han visto a algún desconocido por aquí.

—El otro día pasaron unos tratantes que comieron lo que había —contestó la inteligente mujer curándose en salud.

—¿Y eran tratantes de verdad?

—¡Ay! ¡Yo qué sé señor guardia! A nosotros nos lo parecieron. Venían con dos caballerías cargadas.

—¿Qué llevaban?

—No lo sé, señor. Nosotros no registramos a nadie.

Marcharon los guardias en dirección al apero. Damián los encontró por el camino. Regresaba tirando del burro, cuidando no se descolgara la carga cuidadosamente estibada en los serones. Apenas hablaron. Ambas partes sabían de las preguntas y respuestas. Sin embargo el mediero apresuró el paso para llegar a casa. No dudaba que Elvira había sido interrogada, y aunque no temía que su mujer se hubiera ido de la lengua, quería saber las preguntas de los civiles. Sobre todo por el cabo que no daba puntada sin hilo, conocía a las gentes, y para él, las escuetas respuestas, la simple gesticulación, tenían su significado.

—¿Han sospechado algo?

—No lo sé. El cabo ha estado como siempre. Es como nosotros.

—Pero ¿qué te han preguntado?

—Ya te he dicho. Como siempre. Donde estabas tú, y el pastor, y si había visto a alguien por aquí.

—¿Y qué has dicho?

—Pues, como siempre, dónde estabais.

—Y sobre si habíamos visto a alguien.

—Pues en lo que quedamos. Que sí. Que unos tratantes pasaron por aquí.

—¿Y qué te dijo?

—¿Qué me va a decir? Ya te he dicho que es como nosotros. Sabe cuándo va a sacar algo más y cuándo no. A mí no me cae mal. ¿Y sabes una cosa? Creo que a él tampoco le caemos mal nosotros.

—En algo se tenía que notar que hemos sido paridos en los mismos matojos. Sin embargo. No te confíes, Elvira, no te confíes.

—Más debes preocuparte tú de tus prontos. Lo que temo es que venga el hijo. ¡Señor, qué suplicio! ¡Desear tanto verle y no querer que venga!

—¿Y has dicho que preguntaron por el pastor?

—Pues claro. ¿Cómo no iban a preguntar? ¿Crees tú que habrá alguien de estos montes que no haya visto alguna vez a los maquis?

Damián cruzó el portalón, llegó a la cuadra, palmoteó amistosamente al macho, descargó al burro y repartió el pienso. Llegó a la porqueriza y rellenó el pesebre; luego pasó a la conejera, había que alimentarlos bien, ya que compartían comida con las ratas; menos mal que luego correteaban por las proximidades de la masada. Cenaron en silencio. Damián se adormiló junto al fogón mientras Elvira recogía la mesa, revisaba los cántaros, encendía dos candiles y limpiaba la cacharrería. No le gustaba al hombre irse a la cama mientras su mujer faenaba en la casa. Era una costumbre que tenía desde recién casados, en realidad desde que nació el chico, mejor dicho desde que la preñez empezó a hacerla tardear. Unos inesperados golpeteos en la puerta le despejaron totalmente.

—Aquí la Guardia Civil.

Damián abrió el ventanillo de la puerta y descorrió el cerrojo. La *pareja* acompañada del cabrero se quedó en el dintel, sin ni siquiera traspasarlo.

—Nos llevamos al pastor. Búscate un ayudante, porque a éste puede que tardes en verlo.

—¿Quieren pasar y comer algo?

—No. Gracias. Tenemos prisa. Sólo queríamos comunicaros que nos llevamos a este.

No hablaron más. Los guardias se marcharon con el pastor. No hacía falta amarrarlo. Con dos civiles armados con *naranjeros*, uno abriendo paso y el otro de custodia no podía ir muy lejos el apresado. Elvira abrazó a su marido.

—¿Qué harán con él?

—Pssh —se encogió de hombros.

—¿Y qué dirá de nosotros?

—De nosotros no sabe nada. ¿Tú le has dicho algo?

—¿Yo? ¿Qué voy a decirle sin tu permiso?

—Por eso, mujer. El pastor sólo puede saber lo que le hayan dicho ellos.

—¿Y qué le habrán dicho?

—No lo sé. Pero creo que nada.

El casero procuraba calmar a su mujer, aunque en realidad compartía sus

preocupaciones. Más de una vez había temido un chaqueteo del gañán, hombre poco de fiar dados sus antecedentes. Sin embargo, la mudez que provoca la soledad, y la desconfianza que alimenta el desamparo le había acostumbrado a ocultar sus sentimientos, tragándose la incertidumbre y ocultando sus temores. Él era quien debía proteger el hogar, la familia, el ganado y las tierras. Así le habían enseñado sus padres y, para su dolor, no había sabido transmitir a su hijo. Al fin de cuentas, era lo mejor. El chico ya pertenecía a otro mundo, otra forma de ver la vida, menos aferrado a la tierra, más libre de buscarse el porvenir. Se había reenganchado en el Ejército. ¡Magnífico! ¡Los militares mandan siempre! Franco tendrá o no razón, pero lo que está claro es que impondrá en todo lugar sus soldados. Eso de que van a echarlo del sillón los del monte son paparruchadas. También creían los del Frente Popular que el pueblo les sería incondicional. Y eso que entonces habían muchas más posibilidades que ahora. Damián conocía a casi todos los aparceros del contorno y, a excepción de los del Chorrillo que ya habían pagado lo suyo, los demás deseaban que se terminasen los maquis, y volviese la tranquilidad a la sierra. Posiblemente les ayudarían. Pues claro. ¿Qué iban a hacer? ¿Acaso los guardias podían protegerlos? La vida resultaba dura para todos. El día era de los civiles, pero la noche pertenecía a los del monte. Parecía como si se hubiesen puesto de acuerdo en no compartir las horas. Posiblemente ninguno pretendiese encontrarse. Los hombres eran los mismos en las dos partes. Más se diferenciaban los jefes. Los de verde azuzaban a los suyos buscando el encuentro. Los del maqui eran distintos; sólo pretendían la sorpresa, el asalto, la emboscada. Aunque, eso sí, los que les mandaban desde lejos lo veían todo mucho más fácil. Aquí deberían estar para saber lo que es bueno. Hasta calmar la sed resultaba muchas veces peligroso. Nadie desconocía esa necesidad, y los civiles gustaban de hacer la espera en lugares propicios. Con afines pensamientos el matrimonio se arrebujó en la cama, ella como siempre cuando estaba intranquila se apretujó contra el marido que, condescendiente, aguantó un rato la postura. Luego, acaso dormido, se volteó al contrario.

Los guardias llegaron al cuartel, despertaron al teniente y encerraron al cabrero en el lugar que hacía de calabozo. Mañana sería otro día. El oficial quedó desvelado, hasta el extremo de no volverse a la cama. El hatero de Los Chopos no era más sospechoso que los demás pastores. De todas formas no era eso lo que esperaba. Acaso la información recibida no había sido más que un chivatazo fallido, aposta o no, ahí estaba la cosa.

La duda del jefe de línea quedó resuelta al día siguiente. Caída la tarde, mientras don Jesús, después de terminado el santo rosario repasaba las letanías, contestadas a coro con el *ora pro nobis*, un hombre silencioso, estremando la ocultación y el sigilo doblaba el esquinazo de la iglesia.

—¡Alto a la Guardia Civil!

La voz retumbó como un trueno, precediendo contrariamente a las tormentas al resplandor traqueteante de una ráfaga de metralleta. El movimiento instintivo del

alertado, buscando torpemente refugio en el ancillo del templo, provocó la súbita percusión del arma de quien le hacía la espera. Aún saltaba alguna esquirla de la sufridora pared cuando don Jesús, que había dejado a sus fieles con el *pro nobis* en la boca salía de la contrapuerta de la iglesia. Sacristán envuelto en una ensangrentada resma de octavillas yacía en el suelo. Mientras un hilillo de vida se le escapaba entre los labios, sus párpados asentían a la muda pregunta del sacerdote.

—*Ego te absolvo peccatis tuis.*

Don Jesús dejó reposar delicadamente la cabeza del que siempre fue su acólito sobre el escalón de la anteiglesia, silencioso se adentró en el templo, se arrodilló ante el Sagrario, y lloró.

La revelación hecha por el comprado enlace de que un maqui pretendía colocar un explosivo en la plaza de la iglesia había sido cierta, en parte. El petardo había sido sustituido por unos cuantos papeluchos propagandísticos, pero la funesta visita se había producido. Lo que nunca supo el teniente es que el aviso fue realizado a sabiendas, contando con que los guardias eliminarían al desgraciado bandolero. La canallada del Mariano había surtido su efecto. Lo que tampoco sospechaba éste era que su bellaquería no había pasado inadvertida a dos de sus hombres. Julián siempre se extrañó que se especificara en la nota informativa que fuera precisamente Sacristán quien llevara las octavillas a la iglesia de Costilleo. Cristino nunca olvidó la cercanía del Magro durante la comprometida conversación con su amigo.

El pueblo entero sintió el latigazo del infortunio ante la trágica muerte de quien siempre formó parte de la comunidad eclesiástica del lugar. Las gentes se deslizan por las tortuosas callejas para confluir todas ellas en el punto donde reposa el féretro del difunto. Ya se han hecho las pertinentes investigaciones médicas y de ordenanzas. Nadie se ha opuesto al entierro religioso de Sacristán. Ni siquiera el teniente ha objetado consideración alguna, y hasta los guardias parecen haber desaparecido del pueblo. El ataúd es transportado a hombros por los varones, como siempre ha sido costumbre, y seguido por la cruz y don Jesús dignamente revestido, recorren el trillado sendero del cementerio. Allí esperan las mujeres, muchas con mantilla, las más con velas encendidas. Un solemne silencio invade el lugar sagrado. Todos contestan las preces del oficiante, mientras distraen las oraciones con un pensamiento común: ¿Dónde estará Ismael?

El dulero había dejado las cabras en sus corralizas. Esa noche no fue a cenar a casa de Paco, lo que no extrañó demasiado al suponerse el brutal impacto recibido al enterarse de la terrible y calamitosa muerte de su progenitor. Porque, sin duda, se habría enterado. Nadie sabía cómo pero tampoco lo dudaban Sin embargo ya habían pasado más de 48 horas del luctuoso suceso y el muchacho seguía sin aparecer. Esto ya no resultaba tan admisible. El pueblo entero se preocupaba por la desaparición del pastor. Don Jesús y Paco colaboraban activamente en la búsqueda dirigida por la propia Guardia Civil. Se recorrieron todos y cada unos de los parajes donde solía pastar el ganado, las cuevas de abrigo, los corrales de encierro, las cárcavas naturales,

vaguadas, torrenteras, pendientes, simas y derrumbaderos, cualquier lugar donde podía haberse escondido, o peor aun, haber sufrido un accidente.

Inesperadamente, sin poderlo siquiera imaginar, ni saber cómo pudo hacerlo tan subrepticamente el cabrero contactó en solitario con Paco. Lo llevó, de noche, a la Peña del Morral, refugio que fue de las guerras carlistas, tapiado posteriormente durante la contienda civil y hábilmente exteriorizado con disimulo. Nadie podía suponer que el cobijo estuviese expedito. Con inexpresivo lenguaje y una patológica serenidad, Ismael relató sus vivencias. Sin inflexiones sonoras, ni siquiera gesticulación significativa, semejante a un mecánico monólogo de una lectura incomprendida transmitió, no ya sus sentimientos, sino los acontecimientos de su reciente historia. Se le habían acabado las lágrimas desde que se enteró de la muerte cruel de su padre. Huyó al monte, enloquecido, con la intención de unirse al maquis con un imperioso deseo, rencoroso y justiciero de venganza. Quiso la suerte, o la desgracia, que antes de contactar con partida alguna se topase con Cristino. El tío de Paco, sin mediar palabra, lo estrechó entre los brazos y lloró amargamente. Luego, repuesto del encuentro, se explayó en una retahíla de palabrotas, juramentos, tacos y blasfemias. Sacristán había sido traicionado por los propios guerrilleros. Estaba seguro. El jefe de la Agrupación, a través de un enlace doble había prevenido a los guardias de que un bandolero se acercaría a Costilleo con intención de poner un explosivo en la iglesia. Quería eliminar a Sacristán sabedor de que no deseaba continuar en el monte. En este punto, Ismael, como una repetición grabada textualmente en su cerebro comentó palabra por palabra, con pavorosa impavidez, las últimas frases de la entrevista:

—Tu padre fue enviado a la muerte —dijo Cristino—. El único petardo que llevaba era un manojo de papeles de propaganda comunista que le habían encargado dejase en la pila bautismal.

—Entonces... fue el jefe de la partida quien provocó su muerte.

—No. ¡Me consta! Julián sólo cumplió la orden que le especificó Mariano. Hemos hablado. Él está tan seguro como yo.

A partir de aquí, el pastor quedó callado, apoyado en el hato unos instantes. Luego, sin romper su mutismo, se levantó saliendo de la encajadura. Paco intentó detenerlo, pero la mirada fría, insensible, dura, falta de cualquier tipo de cariño o afecto, lo mantuvo impávido. Ismael se escurrió entre los árboles perdiéndose entre las piedras y zarzales de la montaña.

Paco desanda la rasante del collado culebreando para no perder el equilibrio. Llega al sendero que desciende levemente hasta un pequeño rellano que alberga un viejo y derruido corral de ganado. Mira hacia lo alto y, aunque no alcanza a ver a su amigo, lo imagina trepando por el farallón rocoso que oculta la parte más abrupta del siguiente barranco. ¿Qué será de él? ¿Cuándo volverán a encontrarse? ¿Se incorporará al maqui? No. Seguro que no. Él mismo ha sufrido una cruel decepción, repugnancia y dolor íntimo, que le provoca un fenómeno psicológico de apasionado

rebote inclinándole de forma desorbitada hacia el lado opuesto. Contará al teniente su descubrimiento, la información obtenida de Ismael, y también a don Jesús, y a Palmirica y a su madre, y al pueblo entero. Ocultará, eso sí, la presencia en la partida de su tío. Nadie creerá su ignorancia pero ¿qué más da? ¡Que piensen lo que quieran! Él también se apunta a vengar a Sacristán. Llega al redondel de la primera era, actualmente parcheada de amarillentas matas. Golpea con una patada una piedra y se duele de su estupidez. Pasa por el desierto abrevadero. No hay muchachas para llenar sus cántaros a la espera de los mozos con quienes trenzar idilios. Parece como si el cielo aplomase los rítmicos latidos de los montes, de los bancales, de las calles y de las míseras casuchas. Algo envuelve el ambiente del ignorado pueblo mártir que, paradójicamente, hace parecer irrespirable esa mezcla aromática del espliego y tomillo suavizado por el casi inapreciable perfume de la resina. Un par de niños pelotea torpemente con un trapo redondo, ovillado, mugriento, mientras tres viejos, sentados sobre un banco de piedra, con las manos apoyadas en sus gruesos cayados, recrean recuerdos.

Pero no es sólo Costilleo el sufriente de los montes. Más allá de sus lindes municipales, en la lejanía para el campesino, aunque apenas les separa dos o tres estaciones ferroviarias, la guerrilla realiza la operación crucial de su maniobra. Inundados los diversos sectores de propaganda, que ha obligado a las fuerzas del orden a desplegar una batida sobre el terreno, han conseguido aliviar, como deseaban, una parte importante del teatro de operaciones. El grueso de la Agrupación de Mariano cerca el destartado polvorín de Godella (Valencia), apenas vigilado por una sección de infantería. De las cinco garitas que conformaban la vigilancia, cuatro de ellas voceaban, cada media hora, la consigna de *Centinela alerta*, cerrando la quinta con el *Alerta está*. Apenas terminado el grito del último centinela, cinco fusiles semiautomáticos dispararon al unísono sobre las respectivas torrecillas, cuyos habitantes permanecían adormilados en su interior. Precisamente este deficiente cumplimiento de las ordenanzas les libró de un fatal desenlace. Medio acurrucados en el suelo del cuchitril, tras los primeros impactos, dispararon por la aspillera, gritando, a todas luces innecesariamente, la voz de alarma. Mientras los atacantes lanzaban algunas granadas sobre la puerta, pretendiendo establecer un punto de paso, dos metralletas apostadas sobre una alzada de cemento chancleteaban sin descanso. El lugar del asalto, situado en las afueras de un poblado donde existían algunas viviendas ocupadas por lugareños y por esporádicos veraneantes, resultaba objetivo rentable. Ninguna puerta, ni ventanas se abrieron durante la refriega. Los moradores de las modestas casas permanecieron envarados, como entumecidos por el temor ante el asalto de fuerza armada a un acuartelamiento. Los sorprendidos soldados, encaramados dificultosamente a improvisados asentamientos colocados sobre la pared interior del amurallado recinto hecho de piedra, ladrillo y adobes, disparaban a ciegas sin cuidarse siquiera de adonde dirigir los tiros. Algunos de ellos subidos en escaleras agotaban rápidamente la munición del máuser que le era sustituido por otro,

cargado con un nuevo *peine*, entregado por el sirviente situado debajo. Tan inesperada fue la agresión como la efectiva respuesta más o menos valerosa de la tropa. Pasado un tiempo, excesivo para la sorpresa y suficiente para recibir refuerzos, los maquis decidieron replegarse. Los guerrilleros escuchas de retaguardia anunciaban aproximación de vehículos^[16].

Los periódicos regionales no tuvieron más remedio que destacar la noticia. Peor hubiera resultado ignorarla.

Anoche, de forma cobarde y traidora un numeroso grupo de malhechores autoproclamados maquis, atacaron el pequeño destacamento de Godella, poniendo en serio peligro la vida de los habitantes de las próximas casas, entre los que abundaban mujeres y niños. La heroica defensa del reducido número de soldados que ocupaban el acuartelamiento, puso en fuga al considerable grupo de atacantes que incluso abandonaron parte de su armamento. Según nos comentó el cabo furriel Zahonero no hubo entre el personal militar baja alguna, mientras que, al parecer, los bandoleros abandonaron el terreno transportando a varios heridos.

La relativa tirada de ejemplares locales, prácticamente inexistentes en otras provincias, limitaba extraordinariamente el conocimiento del suceso, sobre todo teniendo en cuenta que los diarios nacionales ni siquiera la mencionaban. No obstante, las autoridades responsables del mantenimiento del orden en la zona sufrieron su consiguiente bronca y varapalo del Gobierno. El suboficial comandante de puesto de la Guardia Civil, fue cambiado de destino y el alcalde del municipio, privado durante dos meses de la cartilla del economato que disfrutaba por ser su esposa dependienta del mismo.

Por parte de los guerrilleros, el frustrado intento no les resultó totalmente baldío. En uno de los documentos mecanografiados que se impartían por pueblos y aldeas se decía:

El Ejército de Franco sufre un serio revés. Atacado el polvorín de Godella por una reducida pero valerosa partida, se logró obtener gran número de explosivos. La oficialidad apenas pudo contener la pasividad de los soldados que no querían luchar contra sus propios hermanos. El podrido régimen del Dictador toca a su fin. ¡Ánimo camaradas! ¡El triunfo es nuestro!

Las gentes de la sierra, las que sabían leer y tenían la posibilidad de enterarse, por medio legal o clandestino de las controvertidas noticias, habían aprendido a tamizar la información contenida entre líneas. El campesinado de la época no era precisamente instruido, pero tampoco tuvo nunca fama de tonto ni corto de alcances. La escasez de comodidades alentaba el ingenio de subsistencia, íntimamente ligado al de observación y entendimiento. En las casas blanqueadas, por adentro y afuera, con suelos de mezcla de arcilla y arena, gruesas paredes construidas con piedras y barro, vigas de pino, y ventanas sin cristales, podía estar limitado el confort, pero no la comprensión, el juicio y el razonamiento de sus moradores. Sin embargo, los acontecimientos sucedidos en el medio rural, aún los presenciados directamente por los propios habitantes, tienen realmente una muy reducida repercusión social. Los

hechos quedaban relegados a un pequeño grupo de personas, con muy escasas posibilidades de darse a conocer.

Entre los mismos maquis empezaba a crearse la desconfianza ante las noticias relatadas en sus panfletos, ya que las divulgadas sobre sus propias y conocidas actuaciones se alejaban bastante de la realidad. En la partida de Julián, existía una clara divergencia de opiniones. Mientras el Poeta permanecía al margen de cualquier discrepancia, inmerso en su utópica percepción de la realidad, Chispas y el Magro que le dominaba, se enfrentaban frecuentemente con Cristino que gozaba de una cierta preferencia del jefe guerrillero.

—No puedo soportar lo que se ha hecho con Sacristán.

—Los guardias no respetan nada y a nadie.

—Bien sabes que no me refiero a los guardias, Julián.

—Pues muérdete la lengua si quieres seguir vivo.

—¡No puedo! ¡No puedo! —se enrabietó Cristino.

—¡Pues tienes que poder o nos perderás a los dos!

—¿A ti? ¿Por qué?

—Por no pegarte un tiro ahora mismo.

Forjados por muy distintos principios tenían, cada uno a su manera, un común sentimiento de lealtad. La realidad, admitida con fatalismo obligado para uno, se trocaba en anárquica rebeldía para el otro. Ambos habían acabado en el grupo de los perdedores, pero el más experimentado, el que ya había conocido las glorias del triunfo, aunque fuera en el extranjero, sabía que ahora era distinto, tan distinto que ni siquiera le quedaba la esperanza de la victoria. Cristino, todavía creía en la ayuda de las potencias democráticas. La condena de España como simpatizante del eje, le hacía imaginar una fácil conquista liberadora del fascismo.

A una treintena de kilómetros, pasadas las cuatro barrancadas que conformaban la cordillera, se encuentra el escondite de Mariano y sus ayudantes. Ocupan el estratégico puesto de mando siempre separado de cualquier partida, protegido de sorpresas y alejado del contacto directo del grupo de maquis. La jefatura de la Agrupación debe cuidar su autoridad alejada de la difícil convivencia de tan heterogéneos componentes. Los tres jefecillos, acabada una frugal comida, sesteaban aburridos en ese perezoso momento de todo español que se precie.

—Por allí sube el enlace con el burro —el Chato pasó a Mariano los prismáticos.

—Es hábil, el muy granuja. Siempre lleva al animal fuera de sendas.

—Dejará la carga donde siempre, ¿no?

—Por supuesto. Ya la recogeremos nosotros. Ni siquiera él debe saber nuestra situación exacta.

—¿Y no lo sospechará?

—Puede. Pero le interesa no saberlo con certeza. Está así más seguro de los guardias... y de nosotros.

—Sabe lo que se juega.

—Y, sobre todo, sabe cobrarlo.

—Más le cuenta recibirlo en pesetas que en... —Chato trenzó una cuerda imaginaria.

La cómplice sonrisa de los compañeros exteriorizó sus pensamientos, y acaso por una cruel asociación de ideas les hizo derivar la conversación hacia otros derroteros.

—¿Qué hacemos con el otro?

—Ya estás tú con adivinanzas. ¿Qué otro?

—¿Quién va a ser?

—Tú dirás.

—El Julián ¡leñe!

—¡Ah! Vamos. El castrense —comentó despectivo Mariano—. ¿Qué pasa con él?

—Pues que temo que nos resulte un estorbo por lo que hicimos con su hombre. La última vez lo encontré un tanto *esquinao*... como si sospechase algo... Ya sabéis...

—No tiene por qué enterarse.

—¿Crees que es tonto? Estoy seguro que no le ha colado lo de Sacristán.

—Nunca podrá probarlo.

—¿Acaso es un juez? Nuestros hombres no necesitan más leyes que las nuestras, para saber las cosas. Y mucho menos el Julián que da ciento con honda a muchos enterados.

—Entonces... —el Chato estaba intranquilo—. ¿Crees que sabe la verdad?

—No lo dudo. Como tampoco dudo que permanecerá leal a la causa.

—Pero él no está con el Partido.

—¿Y qué? Nunca nos delatará. Confío en su silencio mucho más que en el de algunos comunistas de pico.

—Y... el amigo, ¿qué?

—¿Qué de qué? —burló el jefe.

—Que no es como Julián.

—Tranquilo. Torrijeras lo solucionará.

Los dos guerrilleros siguieron observando al hombre del borrico. Había ya sobrepasado la mitad de la ladera. El paso lento y firme del animal le hacía, a veces, rodear unos riscos o zigzaguear el impedimento de unas matas. Junto a un montículo de rocas se detuvo y descargó las alforjas. Luego cubrió los fardos con unas ramas de arbustos que, en realidad, no se precisaban para ocultarlos, y agarrado al ramal del jumento emprendió la bajada.

—Supongo que traerá los barrenos.

—Eso es lo que se le ha pedido.

—Estoy impaciente por saberlo.

—Quieto —ordenó Mariano, sujetando por el brazo al vacilante compañero—. No iremos por ellos hasta la noche. Volvamos a la tienda.

Estaba ya oscurecido cuando el Chato y Torrijeras marcharon a recoger los bultos.

El jefe tenía el privilegio de librarse de los servicios mecánicos. Dos docenas de una especie de cartuchos, envolturas cilíndricas rellenas de pólvora y provistas de una mecha, un buen cuarto de jamón, una garrafa de vino, tabaco y unos cuantos periódicos atrasados.

Se cenó con apetito separados de la tienda de campaña, se hicieron sus buenos tragos y, tras borrar concienzudamente cualquier resto de comida, liaron sus cigarros y, acaso motivados por la desacostumbrada libación, esperaron charlando la llegada del sueño. En verdad, no se prodigaban mucho estos momentos.

—¿Habéis leído lo de las playas de París? —preguntó el Chato.

—En París no hay playas, bestia.

—Bueno, pero hacen los trajes de baño, ¿no? Ahora dicen que las mujeres podrán bañarse en porretas.

—No hombre, no. En bikini.

—Pues algo bueno debe de ser porque lo han prohibido en España los curas.

—¡Dejaros de chorradas! —cortó Mariano que estaba más sereno—. Lo que tenemos que pensar es cómo ponemos algo de orden en la guerrilla.

—A los libertarios no hay quien los organice.

—No estarán organizados, pero son mucho más efectivos que nosotros.

—De eso nada —Mariano no permitía que nadie superase al PC—. Puede que en algún lugar hayan conseguido cierta popularidad, pero al fin y al cabo, no reportan casi ningún beneficio a la causa.

—Al pueblo les suelen caer mejor que nosotros.

—Porque no tienen orden ni concierto. Tanto ayudan a unos como a otros. A veces, es cierto, roban a los caciques y se lo dan a los hambrientos. Bien hecho, sí. Pero otras matan al primer desgraciado que se les pone por delante. No admiten dirección, leyes ni consigna alguna ¡Eso el Partido no puede admitirlo!

—Pero el pueblo —insiste el Chato— los cataloga como bandoleros generosos, que de algo han de vivir.

—¡Basta ya! ¡Menos mal que no te oyen los demás! ¡Somos nosotros, los comunistas, quienes tenemos que dirigir la lucha antifranquista!

—No es para ponerse así, hombre. Si te digo esto es porque estamos a veces separándonos de los campesinos. Lo de asaltar a los caciques, lo ven con buenos ojos, pero cuando les quitamos parte de la cosecha para que no se la den al Estado, nos consideran tan ladrones como a ellos.

—¡No compares! Una cosa es llevarse algo y otra esquilmarlos como hacen los de abastos —salió Torrijeras en apoyo del jefe.

—¡Ya está bien! —volvió a atajar Mariano acompañando la injerencia con unos cuantos tacos—. De un tiempo a esta parte se está produciendo un hecho que debemos cortar a todo trance. La huida hacia la frontera para regresar a Francia.

—Caen muchos en el intento.

—Cierto. Pero también otros lo consiguen. Tanto Carrillo como Pasionaria

presionan para expulsar del Partido a los que consideran cobardes desertores.

—Pero ellos no están aquí entre piedras, frío, guardias y traidores.

—¿Defiendes a los que nos abandonan?

—No. No es eso —se apresuró a aclarar el Chato, inquieto por la expresión de Mariano—. Es que las cosas cambian cuando se ven desde lejos.

—Ningún general pisa la primera línea de fuego —sermoneó relativamente convencido Mariano—. Hay que ver la cuestión en conjunto. Los árboles impiden muchas veces ver el bosque. Además —irrumpió con violencia—. ¡Dejémonos de pamplinas! ¡Estáis hoy un poco pasados! ¡Ya conocéis el nuevo Código de disciplina del guerrillero!: Nadie puede abandonar su destino sin el específico consentimiento de su jefe. Si lo hace deberá ser juzgado como desertor.

—Sí. Pero al que huye es muy difícil encontrarlo.

—Lo difícil es no percatarse con anterioridad de lo que va a hacer. Un buen mando, y aquí incluyo al EM —subrayó intencionadamente Mariano—, debe saber en todo momento el estado de ánimo de sus hombres, corregirlo si es posible, o incluso eliminarlo si es necesario. Es cierto que el Consejo de disciplina no funciona siempre como es debido. Todo guerrillero sabe, o debe saber, que incluso la reincidencia en ciertas faltas, se considera como delito y, en ocasiones delito grave, que tienen su justo castigo.

—Yo siempre me encargo de recordarlo cuando vamos de visita —pelotilleó Torrijeras.

—Precisamente para ti tengo un encargo —sentenció Mariano—. Vas a tener que emplear el cordel —y sin más palabra se retiró a la tienda de campaña.

Los dos hombres siguieron fumando un buen rato en silencio. Cuidaban de apagar bien sus colillas recogéndolas en una lata que enterraban al llenarse. Con esa desbordada sinceridad que da el alcohol, que tantas heroicidades y desgracias ha ocasionado desde que el ser humano descubrió la fermentación del zumo de la uva, rumorearon sus sentencias.

—El pueblo no responde.

—Tiene miedo de todos. De ellos y de nosotros.

—Dicen que habrá que abandonar el monte. Que aquí no hay posibilidad de vencer.

—¿Y qué será de nosotros?

—Ya nos empleará el Buró Político.

—Has entendido lo del cordel, ¿no? —se atrevió a preguntar el Chato.

—Tan bien como tú. Y hasta los dos sabemos para quién va.

—Schsss. No vayamos a liarla. Pasa la garrafa.

—Hace años que no me encontraba tan reposado.

En estas circunstancias, liberados momentáneamente por la fase de complacencia de la cogerza, se durmieron sobre el rastrojal. No solían nunca quedarse de guardia. El lugar, la silenciosa reserva de sólo tres personas, la oscuridad y, sobre todo, el

saberse resguardados por los diversos centinelas que vigilaban las partidas que los rodeaban, no precisaba desvelo.

Como si el aire llevase en su recorrido los sentimientos ajenos para encontrarse; a través de pinos, juncuales, aneas y árboles rodeados de entramada maleza, el monte transmite murmullos rebeldes de miedos, de rabia, de celos, de muerte. Y al otro lado del barranco, en la boscosa ladera con vetas de roca tapizadas de monte bajo, un hombre, desprovisto de cualquier arma que pueda delatarlo, con un pequeño hato, abarcas de caucho, gorra ceñida y cayado de pino, interrumpe la pensativa soledad de Julián acomodado sobre unas piedras.

—Me marchó a Francia.

El importunado no muestra sorpresa. Por unas fracciones de segundo pensó en sacar la pistola. Pero la conexión sensitiva no se acompañó de la motora, que ni siquiera llegó a ejecutar el menor movimiento de la mano. Se levantó despacio y clavó sus fríos ojos sobre el desertor. Los instantes semejaron siglos. Cristino aguantó la mirada pero no pudo evitar un escalofrío de duda, de repulsa sobre la voluntaria determinación. La tenue y enérgica frase del jefe le decidió.

—Ten cuidado. Suerte.

Durante toda la noche el escapado no fue capaz de olvidar la despedida. Las endrinas pupilas de Julián, dilatadas por la negrura de la noche, se le mostraban en los tocones de los pinos, en los botones de las zarzas, en el verdín de las rocas. Como el fugado de un presidio, bajaba a trompicones la ladera trastrabillándose con las piedras, agarrándose a los matojos, clavándose los pinchos en las manos sin siquiera sentir el dolor de los desgarros. Al clarear el día se detuvo en una especie de pequeña alquería de un solo edificio, habitado por un labriego de rostro extrañamente repulsivo y azada en ristre junto a una artesa. No hubo necesidad de presentación alguna. El rústico le señaló el botijo, la manta, el odre y el cobertizo donde acomodarse y gesticuló, sin palabras, indicándole la ignorancia de su presencia. Cristino agradeció el cobijo, se refrescó la garganta, gustó algo de sus viandas, y se tumbó sobre la manta. Durmió toda la mañana y buena parte de la tarde. Al despertar, estaba solo. El payés había desaparecido. Según sus cálculos, el tren correo que pasaba por Cabañas lo haría sobre la una de la madrugada. Le sobraba tiempo para llegar al apeadero. Comió un pedazo de pan con unos tacos de jamón con tocino, se echó unos tragos al colete y se volvió a tumbar sobre la manta. Abrió los ojos y un telón rojo escarlata nubló su vista. Quiso coger aire y una indolora opresión le impidió la expansión de los pulmones, un fuerte tirón fue lo último que sintió antes de quedar desnucado. Torrijeras libró el cuello del cordel y ayudado por el hombre de la azada colocaron el cuerpo sin vida sobre una caballería llevándolo al barranco por donde lo despeñaron.

12. Doloroso suicidio.

Decisiones trascendentes.

Sobre el escenario agreste y bravío de las montañas en el que se asientan los pequeños poblados de la sierra, entre el sol y la sombra de sus vetustas callejas, las gentes interiorizan sus afanes, sus amarguras y sus esperanzas. Los muros arrumbados de alguna vivienda solitaria, evocan el pasado reciente de la historia, muda expresión de la deserción del hombre. Por la solitaria carretera, nombre exagerado para el tortuoso camino, discurre temblequeando el coche de línea, autobús de diez y ocho plazas más el conductor, dos de ellas, primera y última a cada lado, ocupadas por la *pareja* de turno. Tan solo doce kilómetros separan la estación de ferrocarril del pueblo de Costilleo, pero el viaje no transcurre en menos de una hora, y eso si no se detiene más de la cuenta en la venta del Gavilán, lugar de cruce de varios senderos que provienen de cercanos caseríos. En esta ocasión, a los guardias que hacen el recorrido se les nota ufanos, hasta sonrientes, aunque de vez en cuando se les escape un gesto de intranquilidad. Llevan con ellos dos esperadas familias, las mujeres y tres hijos de los dos guardias civiles que llegaron destinados hace menos de quince días. El terreno se eleva, poco a poco, en forma de cerros, y el coche renquea pesaroso, tratando sobrepasar la dificultad. Más de una vez ha tenido que pararse, abrir cuidadosamente la toma de agua del motor, y dejar expeler el chorro de vapor que se reemplazará al poco tiempo con agua del garrafón llevado al efecto. Pero esta vez el elemento motriz está de enhorabuena. No hay que interrumpir la marcha, y hasta en la venta solo se detiene los instantes necesarios para que se apee un lugareño cargado de utensilios de papelería: lapiceros, gomas de borrar, libretillas, etc., productos lujosos por aquellos andurriales.

En el acuartelamiento se ha dispuesto el nuevo hospedaje. El pequeño apartamento del cabo Justino, junto con el que quedaba libre, pasaran a ser habitados por las nuevas familias, cuyas mujeres, junto con la señora del teniente, usarán la cocina ubicada en el pasillo, donde existe además un servicio común distinto al que corresponde al del jefe de línea. De ahora en adelante la casa-cuartel contará con un total de veinte personas, número sumamente elevado para aquella época. De entre ellas trece serán guardias civiles: teniente, sargento, cabo y diez números; tres

mujeres y cuatro muchachos. Las esposas, e incluso los chicos, son los encargados de establecer el mejor contacto con la población. De sobra es conocida la frecuencia con que, por distintas razones, los habitantes del acuartelamiento sufren el aislamiento de los vecinos. Aunque en algunos lugares se logra una franca correspondencia afectiva, en otros la repulsa es ostensible y, en la mayoría, predomina la fría cortesía provocada por el miedo, respeto y hasta por la misma cortedad del campesinado.

Rosalía recibe alegre y cariñosa a las recién llegadas, ya tendrá con quien compartir sus penas, sus preocupaciones, sus esperanzas, sus júbilos y hasta sus conversaciones anodinas y charlatanerías. Había contactado especialmente con Palmira, la hermana de don Jesús y con Amalia, asiduas asistentes al Rosario de la tarde, pero la lógica afinidad religiosa, no era suficientemente valorada por la esposa del teniente como amistad personal. Una mujer precisa comprometer más sus intimidades para sentirse arropada con la armonía de la fraternidad. Rosalía no escapaba a su condición y emotividad femenina. Sabía muy bien, incluso por propia experiencia, que hasta dentro de la propia Iglesia existen enemistades que no hacían más que demostrar, no tenía la menor duda, la presencia, en todo lugar, del maligno. El fariseísmo bíblico estaba más que extendido entre las gentes, en especial entre aquellos que se veían obligados a aparentar una religiosidad como pasaporte para medrar, aprovecharse o tristemente para tan solo poder soportar sus miserias. Envidiaba esas charlas en corrillo a la salida de la misa de los domingos en la que ella no podía participar por saberse ninguneada por la mayoría del vecindario. Nadie la rechazaba si se acercaba a algún grupo, pero su despierta inteligencia le advertía de que su llegada hacía derivar la conversación. No, la mujer del teniente no había sido todavía admitida en esa sociedad rural añeja, cautelosa, emparentada entre sí, y enraizada en su tierra.

Más tarde recordaría emocionada la primera vez que la panadera le preguntó si quería torta del país. La sabrosa masa casera, con pasas y nueces era el desayuno predilecto de su marido y, desde que llegaron a Costilleo nunca lo había podido saborear. Hasta entonces siempre que la pedía se le contestaba que no se había horneado ese día o que estaba agotada. Y la *guardiacivila*, como le llamaban, no era tan tonta como para creerse la repetida respuesta. Casi se le saltaron las lágrimas cuando fue la propia dependienta la que se la ofreció. Algo había cambiado en el pueblo. Como algo cambió también cuando le preguntaron si quería formar pareja en el juego de la *brisca* por ausencia de una de las mujeres que formaban el cuarteto. Pero, sin lugar a dudas fue el chaval José María quien primero formó hilo con los mozalbetes del lugar. Indudablemente jugó papel primordial su traviesa, rebelde e inquieta actitud que contrastaba con su nobleza, seriedad y lealtad cuando la ocasión lo requiriera. Más de una vez había sido conducido por los guardias al cuartel, cargando con culpas que no eran suyas, sabiendo, sin falsa humildad, que su castigo sería menor que el de cualquier otro. Otras veces, las más, era el verdadero culpable de la trastada. La rotura de las escasas bombillas o de algún excepcional cristal era,

sin lugar a dudas, consecuencia del rifle de balines del chiquillo que prestaba sin ambages a cualquier chava. Fácilmente se comprende que la ilusión de disparar con el rifle del hijo del teniente era una de las machadas predilectas de todo imberbe.

La casualidad, el azar o la Providencia, dispuso que en esta ocasión fueran la chiquillería, con el vástago del teniente a la cabeza, los que descubrieran el macabro y tétrico acontecimiento. En el Pozo del Moro, sobresaliendo apenas del brocal, suspendido de la garrucha por la cuerda que circula por la ranura, aparecía ahorcado el cuerpo sin vida de Ismael.

Parecía como si la desgracia se hubiera aposentado sobre Costilleo. Todo el pueblo permanecía angustiado, intranquilo, conmovido, temeroso de la ya esperada próxima adversidad. Incluso se llegó a pedir que sacaran a San Roque por las calles para evitar la peste del infortunio. Don Jesús negó la solicitud con exquisito razonamiento teológico:

—El santo saldría si se rogaran fuerzas sobrenaturales que, como su nombre indica, son necesarias ante fenómenos de la naturaleza, a los que sólo el cielo puede oponerse. Pero los desgraciados sucesos ocurridos en el pueblo no son nada sobrenaturales, son producto de la humana desdicha, de la debilidad de nuestros propios actos, del necesario perdón entre hermanos.

Otra cuestión dubitativa fue la posibilidad de enterrar al dulero en lugar sagrado, puesto que se había quitado la vida por propio consentimiento. El mosén fue también tajante en la decisión:

—Sólo Dios puede saber la última intención del último segundo del fallecido. Nosotros no podemos juzgarlo. Hasta es posible que Judas, el traidor, hubiese tenido un último instante de arrepentimiento y gozase del perdón de quien vendió.

Por supuesto Ismael fue enterrado en el Campo Santo, con todo revestimiento religioso y acompañado por la práctica totalidad de las gentes del lugar. Las mujeres lloraban, los hombres permanecían cabizbajos, y hasta los chiquillos moqueaban su angustia.

Hay ocasiones en que el sentimiento de un pueblo se resume en el de uno de sus habitantes; en que las vicisitudes de unos y de otros, contrapuestas incluso, se amalgaman en un sólo individuo, como si la tierra que los sustenta a todos y aguanta sus distintos pasos, se hiciera masa, formara cuerpo en una sola alma. Esa misteriosa destreza capaz de asimilar las inconexas sensaciones que el cerebro percibe de su entorno, traduciéndolas en volitivo comportamiento, moldeó, para bien o para mal, la personalidad de Paco adaptándolo a las circunstancias que marcarían su futuro. Los trágicos sucesos de la muerte de Sacristán, de su tío Cristino, de su amigo Ismael, envueltos en el no menos lúgubre finiquito del forestal, determinaron el mañana del muchacho.

Las arracimadas casas del pueblo, confluentes en callejas que señalan los verticales paredones de las cumbres, cubil no solo de la reina de las aves, sino de los hombres de la sierra, tratan de ocultar con sus tejados los sentimientos de sus

moradores. Pero no siempre lo consiguen. A veces hasta los humos de sus chimeneas delatan los pensamientos. Una misma noticia anima algunos fogones pregonando la reunión frente al fuego, mientras en otros la ausencia de emanación traduce la tristeza, penuria o arrebujó de sus habitantes.

Paco acompaña a Palmirica a su casa. Apesadumbrados por la carga, posiblemente inmerecida, que soportan sobre sus almas, no aciertan a encontrar conversación que enlace sus corazones. Ella dirige sus ojos a todas partes, como buscando un refugio que ni siquiera sabe para qué lo quiere. Él permanece con la cabeza baja, melancólico, triste, alicaído, sabedor de la causa de su abatimiento. Y de pronto, como tantas veces sucede cuando chocan la razón y los sentimientos, surge inesperadamente la chispa de la estúpida e incomprensible palabrería.

—Tú no tienes culpa de que tu tío fuera un rojo —terció ella.

—Ni tú de que el tuyo sea un sotanas.

El chasquido retumbó en la intimidad de sus almas. Ambos se dieron cuenta al instante de la brutalidad de sus palabras. Ella hizo ademán de separarse figurando un enojo que esperaba fuera reprimido, pero en él predominó el orgullo que le impidió la disculpa. La muchacha corrió sollozante hacia su casa. Paco permaneció impávido, clavado en el suelo como una estaca insensible. ¿Y ahora qué? Tirarlo todo por la borda. Estúpida decisión. ¿Pedir perdón? Ni hablar. Ella empezó primero. ¿Esperar que la muchacha se acercase? Tendría que ser la primera mujer que lo hiciese desde que existe Costilleo. ¿Entonces? Sólo queda cumplir el ritual de desagravio.

Antes de que finalizase la misa del domingo Paco salió de la iglesia y se apostó en la esquina por donde debían pasar los cumplidores dominicales. Palmirica rodeada por todo el cortejo de muchachas núbiles del lugar incapacitó cualquier tipo de contacto. Había que esperar otra semana. El siguiente domingo se posibilitó el abordaje. La chiquilla salió del bracete con su mejor amiga. Paco se aproximó al dúo, y empezó su retahíla de palabras. Nada de nada. Ni el más mínimo comentario. El muchacho se paró en seco, gesticuló con enfado y soltó un taco que espantó a las chicas. También esto entraba en el ritual. Otros siete días de espera. Por fin ¡bendición del Cielo!, el encuentro se hizo asequible. Palmirica se dejó acompañar hasta la plaza del Ayuntamiento, contigua a la de la iglesia, rebosante de personas como estaba mandado en los días festivos. Todo el mundo pudo observar como, la ofendida, se plantó casi en el centro geométrico del lugar, dirigió unas palabras al muchacho, excesivas según algunos comentarios, y lo dejó plantado, dirigiéndose en solitario hacia su casa. Último acto. Los dos enamorados esperaron ilusionados al próximo domingo.

Estas habituales discrepancias, difíciles de adjetivar, existentes desde que Dios creó ambos sexos y los dispuso en el Paraíso, no solían traspasar los límites comarcales, a no ser que terminasen en ruptura y la mujer fuese nuevamente cortejada por distinto varón. Entonces los rumores, murmuraciones, dudas, suposiciones y chismorreos alcanzaban una difusión ilimitada. Ser plato de segunda

mesa, no era precisamente en aquel entonces motivo de satisfacción.

El menor suceso relacionado con los del monte, prácticamente imposible de conocerse por los medios escritos o radiofónicos de difusión, era transmitido a través del murmullo del viento, o acaso por el vuelo de los pájaros a todos los poblados de la sierra. Pero con la misma facilidad que recorría las montañas, se detenía bruscamente ante la férrea muralla que cercaba el medio rural.

Las masadas no eran ajenas a los acontecimientos de los pueblos, por el contrario formaban parte consustancial del escenario. Posiblemente no alcanzasen a conocer las cotidianas habladurías de las vecindades, pero no se movía la rama de un árbol, ni un correteo de animales ni el trasiego de unos pies en la sierra que escaparan a su conocimiento. Los campesinos en general y en concreto los habitantes de las masías que formaban un colectivo especial dado su aislamiento fueron, junto con los propios guerrilleros y la Guardia Civil, durante largos años, los actores principales de la tragedia. Interpretes silenciosos y silenciados de un drama cuyo libreto se forjaba muy lejos de ellos, en el Buró Político del PC en París y en los despachos gubernamentales del Estado.

Elvira y Damián, paradigma de los que sufren sin causa los encarnizados odios de una época dura, triste y áspera, pretendían zafarse de una realidad que les estaba asignada. Nunca quisieron tomar partido entre esas rivalidades políticas, entremezcladas de rencores, lucha de clases y venganzas personales. Sin embargo, la vida resulta imposible sin la tierra que te sustenta, el aire que respiras y el entorno que te rodea. Mucho más en aquel periodo de postguerra en el que el ambiente encorsetaba las querencias y hasta limitaba la expresión de los sentimientos. Para el matrimonio, tanto unos como otros pisoteaban su libertad. ¿Acaso podían elegir su comportamiento? La tenue esperanza de escapar de la infernal rueda del destino tenía todavía un muy largo recorrido. Puede que no llegaran a verlo, pensaba el hombre mientras la mujer se envolvía en los recuerdos del hijo que, según últimas noticias visitaría pronto el hogar.

—¿Cuándo vendrá Dami?

Elvira suspiraba en la pregunta mientras recogía, cansina, los matojos de espliego que su marido había enmadejado. Esa planta de hojas lineales y flores de espiga azulada, sumamente abundantes en la zona, la vendían en el pueblo para su posterior destilación a fin de elaborar esencias y perfumes. Damián no contestaba a la pregunta, seguía ovillando tallos leñosos. La reiterada interpelación fue respondida finalmente mientras cargaban el mulo.

—No lo sé. Y puede que no sea bueno.

La mujer dejó la brazada en el suelo antes de acarrearla y estuvo a punto de desestibar la ya colocada.

—¿El qué no es bueno?

—La llegada del chico.

—¿Pero que dices, Damián? ¿Que no es bueno que veamos a Dami?

—Sí y no —respondió misterioso.

Elvira sabía que cuando su marido usaba la afirmación y su antónimo, lejos de indicar excusa o evasiva, señalaba una difícil y comprometida disyuntiva. Permaneció en silencio mientras terminaban el aparejo. Tras caminar un trecho preguntó intranquila.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Todo —generalizó sin tardar en especificar—. Nuestra colaboración con los del monte, los crímenes y muertes que nos rodean, el desconocimiento de nuestros nuevos vecinos. Todo.

—¿Y eso que puede perjudicar al muchacho?

—Mucho —volvió a universalizar antes de explicarse—. El monte comprime a todos los que lo viven y Dami, aunque haya estado lejos, es de aquí.

A partir de entonces, y contra su costumbre, Damián no paró de hablar hasta llegar a la casa. Sus compromisos con los de la sierra eran grandes. Aunque se vieron obligados a atenderlos no quedaban eximidos de responsabilidad. La desgracia de los del Chorrillo podía muy bien sucederles a ellos. Sobre los nuevos medieros, vecinos cercanos, no tenían conocimiento alguno, ni sabían de que pie cojeaban, lo más seguro es que fuesen chivatos del Régimen dada la reciente causa de eliminación de los anteriores. Las muertes de los del pueblo, la del guardia del tren correo y tantas cosas más no eran precisamente circunstancias favorables para que llegase un reenganchado del Ejército. Y Dami lo era. A lo mejor hasta era un mandamás. Dios sabe lo que aún les quedaba por aguantar. Lo había pensado muchas veces. Tenían que dejar la masía y marcharse a la ciudad. Sí. A la ciudad. Ni siquiera el pueblo resultaba ya seguro para ellos. Y no digamos si mientras está aquí el chico se acercan los maquis. Le había dado tantas vueltas al asunto que hasta había sopesado cerrar la masía unos días y marchar a la fonda a estar con el muchacho mientras disfrutaba del permiso. Pero pensaba que eso sería peor. Tanto el hijo como los del pueblo encontrarían extraña la situación, las sospechas aumentarían y la rareza del caso sería casi una confesión y ¿cómo paralizar la masada? Damián empezó a dudar de su sensatez ante la tontería que se le había ocurrido.

—Yo estoy segura de que San Roque nos protegerá.

La contundente confianza de Elvira dejó al mediero sin capacidad de respuesta. ¿Y que tendrá que ver el bueno del santo para todo esto? De todas formas, mejor era así. El fatalismo campesino en la imposibilidad de torcer el destino sin tratar de intervenir en el curso de los sucesos, favorecía el silencio. Ya no volvieron a hablar hasta que, por la costumbre, se dieron las buenas noches.

El cielo se oscurece cubriendo de sombras el montañoso terreno que circundaba el mar. Por el Pico del Águila se asomaba el astro de la noche iluminando renglonaduras que simulaban inexistentes senderos. Aguzando la vista, sobre una de esas alumbradas hiladas podían distinguirse unos puntos oscuros, móviles, a veces ligeramente alargados, que bajaban por la ladera en dirección a la casona. Ya más

cerca se adivinaba con certeza las siluetas de unos hombres que en ocasiones parecían simular extrañas figuras. El ladrido del perro guardián alertó a los medieros. Dos de los maquis llevaban en una especie de parihuelas a otro que parecía inconsciente.

Poeta y Chispas transportaban al Magro. Damián les abrió el portalón.

—A ver dónde ponemos a este —Julián cruzaba el zaguán.

—Pasarlo al fogón. Mi mujer calentará agua para lavarle.

Cuatro balas de *naranjero* habían atravesado el costado del maqui. Apenas quitado el paño que cubría las heridas un borbotón de sangre obligó a taponarlo nuevamente. Los tres guerrilleros se miraron significativamente, sin mediar palabra. Al cabo de unos instantes hablo Julián.

—Dadnos algo de comer y nos marchamos.

—¿Y qué hacemos con el herido? —interrogó el masovero.

—Nada. Nos lo llevamos nosotros.

Las insensibles palabras del guerrillero, incluso la desagradable petición de alimentos ante aquella escena, revolvió el estómago de Elvira. Al poco rato se marcharon los maquis con su infausta carga. Damián atrancó la portalada mientras su mujer recorría las ventanas cuidando de reforzarlas. Se abrazaron silenciosos unos instantes y antes de separarse el sonido de un disparo les anunció el desenlace. ¿Lo dejarían allí? El prosaico pensamiento del varón, contrastó con la compasiva señal de la cruz de la masovera.

El nuevo funesto acontecimiento prevaleció en la matinal comidilla del municipio que, como siempre, duraría solamente el tiempo necesario para entrelazar historias y figuraciones. Posteriormente el silencio atenazaría las gargantas aunque no los pensamientos. Y entre murmuraciones, sospechas, noticias, parloteos familiares y, aunque escasas informaciones se llegó a ensamblar el *puzzle* de lo sucedido. Una partida del maquis había asaltado la pequeña sucursal bancaria de Montanar. El cajero, hombre de recio talante, había intentado oponerse al desvalijamiento. Sin armas, solo con su fuerza y espíritu, logró derribar a uno de los bandoleros y alertar con sus gritos al vecindario. No pudo realizar acto alguno más, un fusil ametrallador le segó la vida. Los atracadores tuvieron la serenidad de arramblar con los billetes de la siempre descuidada caja de seguridad. Veinte mil pesetas no eran pequeño botín. Pero los segundos perdidos en el saqueo fueron negativos para los guerrilleros. El comandante de puesto, simple guardia de primera y los dos números, tuvieron tiempo de acudir al lugar del atraco. Unos minutos de tiroteo y la seguridad de haber herido gravemente a uno de los asaltantes, junto a la recuperación de la mayor parte del botín fueron los resultados del suceso.

El mismo día de los hechos, el teniente Pecharromán con el cabo y tres números acuden a Montanar, recaban el informe de primera mano e interrogan a algunos vecinos espectadores directos del asalto. Fueron cuatro hombres. Dos con metralleta. Uno de ellos, el que parecía jefe usaba botas de montaña, tres-cuartos, boina negra y bandolera de cartuchos. El que luego resultó herido por los guardias, entre un reguero

de sangre logró huir arrastrado por dos compañeros. Fue el que mató al cajero.

Pecharromán regresa a Costilleo. Mientras atraviesa lodazales, rodenos y matojos, ordena sus conocimientos. Un herido no es fácil de ocultar. La zona de actuación no es excesivamente grande, sobre todo teniendo en cuenta que hay que transportar a un hombre. Los bandoleros tienen que detenerse obligatoriamente, lo que les impedirá sustancialmente la marcha. Sabe muy bien que las piernas del maquis son fuertes, duras y resistentes. Se les reconocen marchas de 30-40 km, a todas luces imposibles con un hombre a cuestas. Necesariamente tienen que vivaquear en algún punto de apoyo, o en cualquier sitio donde puedan recibir ayuda, de buen grado o por la fuerza. La imponente masa montañosa que les rodea, los profusos árboles que parecen disputarse entre sí la tierra, las agrietadas peñas que conforman las sobrecogedoras quebradas, significan ciertamente un esplendido escondrijo pero, por la misma causa un inhóspito lugar para cargar con un herido. Había que establecer contacto directo con todas las masadas de alrededor. La llegada al acuartelamiento le confirmó sus deducciones, los maquis habían sido vistos por un pastor por los alrededores de Los Chopos. El cabo y tres guardias parten hacia la masada. Ya despunta el sol en el horizonte y la mañana parece aligerar la crudeza del suceso. La patrulla encuentra a Elvira y Damián recogiendo espliego, concedores en realidad de la obligada visita de la Benemérita.

—Buenos días señores —saludó Justino.

—Muy buenos días —respondieron a dúo los dos aparentemente sorprendidos masoveros.

—¿Podemos charlar un rato? —la amabilidad del cabo era de sobras conocida.

—Naturalmente señor. Vamos a casa si usted quiere y que sus hombres tomen un trago.

—Muchas gracias amigos, pero no solemos beber cuando estamos de servicio.

—Vienen por los del monte, ¿no?

La innata inteligencia junto a la astucia del mediero, le hizo adelantarse a lo esperado. Pero el guardia civil no le iba a la zaga, no en vano todos eran hijos de la misma tierra.

—Exacto. La verdad es que esperaba que se presentaran en el cuartel.

—Íbamos a hacerlo precisamente después de manejar estas espigas —respondió rápido Damián—. No creímos que fuera tan preciso el tiempo.

El cabo hizo un gesto de indiferencia. Nada se sacaría de aquellos avispados y sagaces serranos. Buena gente, si, pero desconfiados hasta los sesos.

—Mientras mis hombres inspeccionan la masía y sus alrededores, me contarán ustedes lo que saben.

La inesperada reacción del guardia cogió desprevenidos a los medieros. No esperaban tanta deferencia en el trato. Recordaban al Sobrapelotas y, aunque ya les había llegado el conocimiento de que las normas del jefe de línea, acaso por su heroica procedencia gustaban de otras maneras, nunca imaginaron una conversación

normal con un mandatario del temido Instituto Armado. Parece que habían cambiado los tiempos. No obstante aquello no estaba muy claro. Lo mejor sería ocultar lo mínimo posible. Damián comenzó el relato, adornado en ocasiones por la verbosidad puntual de su mujer que gesticulaba asintiendo cualquier frase del marido. Habían llegado tres hombres pidiendo ayuda para un herido. Cogieron lo que quisieron y marcharon rápidos hacia el monte. Sí. Se llevaron algo de comida. Parecían muy cansados y con nerviosismo exagerado. Bueno, el jefe estaba más tranquilo. Llevaban armas y cartucheras. Por lo menos dos metralletas. No sabían hacia donde marcharon porque nada más traspasaron la puerta la atascaron con un tronco y hasta cerraron con estacas las ventanas.

El cabo Justino dio por buena la información. Concordaba plenamente con lo que sabían. Localización de la partida dentro de la línea. Cuatro maquis, uno gravemente herido y dos metralletas. No hacía falta perder más tiempo. La confrontación de testimonios resulta de suma importancia. Por supuesto no se encontró nada de interés en el registro de la casa. Los guardias civiles regresaron a Costilleo donde Pecharromán dio las órdenes oportunas. Los tenían cercados.

Una de las avanzadillas compuesta por un somatén, dos vecinos y dos guardias dieron con el cuerpo mal enterrado de Magro. Sólo quedaban tres. La constante vigilancia mañanera del teniente, que había iniciado prácticamente desde la llegada a su destino sirvió para dirigir parte de su fuerza sobre el vivac de la partida de Julián, cercano a los Chopos. La cautelosa exploración nocturna de uno de los guardias aseguró la presencia de acampados en el lugar. Como acostumbraba a realizar los asaltos, con el clarear de la mañana, la Guardia Civil, con el sargento en cabeza acometió la toma del campamento.

No era fácil sorprender a los guerrilleros, pero la escabrosidad del terreno, la empinada cuesta que rodea el calvijar mimetizado con ramaje, sirve también para ocultar a los atacantes. Los guardias saben que la sorpresa es determinante, la resistencia desesperada y la lucha a muerte. Ambos bandos conocen sus circunstancias. Son astillas del mismo palo. Chispas sorprendido en su vigilancia apenas tuvo tiempo de disparar una ráfaga de metralleta y lanzar la bomba de mano que pendía de su cinto. Julián, todavía tumbado sobre la pelliza que le servía de cama dispara su arma mientras indica al Poeta que corriese con él a un nuevo refugio. Lejos de seguir la inveterada técnica guerrillera de huir monte arriba, el cabecilla aconsejó marchar hacia abajo y pegarse contra el suelo en espera de ser sobrepasados por los guardias. La maniobra surtió efecto. Encogidos en una cárcava, pequeña zanja excavada en el terreno por el agua de lluvia, cubiertos por ramizas y herbaza sienten a pocos metros el trasiego de los guardias disparando en alzada hacia el abandonado vivac. Julián supuso acertadamente una segunda línea de civiles, menos tupida, cerrando la ofensiva. No. Ya no había que bajar bruscamente. Aprovechando la aguadera que descendía transversalmente tenían que deslizarse hacia un lado intentando salirse en diagonal del barrido de la fuerza Julián y el Poeta escapan de la

acometida, mientras la Guardia Civil devasta el campamento y recoge al muerto. Y como siempre ocurría, cumpliéndose inexorablemente las razones de la naturaleza, lloraron los montes la maldición de sus moradores.

Mientras tanto, la seria política de las altas esferas mundiales, margina por completo las desgracias de un pueblo sufriente. Por decisión personal del presidente estadounidense Truman, al parecer motivado por la persecución franquista contra la masonería, España había quedado excluida del Plan Marshall, cruelmente cercada en su hambrienta necesidad. Pero a pesar de las reticencias de EE. UU. el Gobierno de Franco siente un gran alivio con los créditos prestados por Argentina para la compra de alimentos y materias primas por un valor de 1750 millones de pesetas. Naturalmente los productos deben provenir de la nación amiga, pero la ayuda al Régimen resulta evidente. España, por su parte cubre la deuda con la participación de su proveedor en varias empresas nacionales y la instauración, en Cádiz, de un puerto franco. Esta valiosa colaboración, junto con la posibilidad de que los americanos establezcan en un futuro próximo la concesión de créditos privados, la cacareada cercana apertura de la frontera francesa con inicio de acuerdos comerciales seguidos por Gran Bretaña e Italia, inquietan sumamente al Buró Político de París que empieza a dudar del éxito de la guerrilla.

Pero a la España rural, a pesar de los esfuerzos del Régimen no llegan estas bocanadas de aliento. El paisano siente las estrecheces en su hogar, los recaudadores de abastos no merman su agobiante presión, los frutos de la tierra apenas sirven para mantenerse, las bestias están escuálidas, los animales famélicos, hasta los puercos se comen a las ratas con las que se disputan el alimento y los corrales empiezan a derrumbarse. Sin embargo la belleza del agreste paisaje no se deja envolver por la penuria. El rocoso anfiteatro que circunda la lejana sierra emerge con su bravura deteniendo la espinosa vegetación de carrascas, enebros y juncos que comienza en los bajos del barranco. El sugestivo paisaje con sus altivas montañas, sombreados nogales, escalonadas cinglas que sirvieron hace tiempo de provechosos bancales, ocultan la sumisión de sus gentes y hasta la ligera esperanza que empieza a brotar en algunos.

La casa-cuartel alegra la comunidad con la charla de las mujeres y el correteo de los chavales. Los guardias, en cambio, se muestran vigilantes ante cualquier movimiento extraño de gentes no conocidas, buhoneros, carboneros, taladores de pinos, vendedores ambulantes, incluso hasta de algunos señoritos de ciudad, muy pocos, que buscan distracción, descanso o terapéutica montañosa para sus pulmones. El jefe de línea aguanta con entereza la comprensible bronca de sus superiores. Hay que actuar con firmeza, contumacia, brusquedad si es necesario, energía y rudeza si el caso lo requiere. La Dirección General de la Benemérita anuncia cambio de mandos y destinos, en aras de la necesaria aniquilación del bandolerismo en toda la nación. Se habla incluso de nuevas infiltraciones por Algeciras, Portugal y el Pirineo aragonés. Empieza a reactivarse la agitación comunista en algunas ciudades, se tienen

localizadas un par de células en Madrid y un grupo pequeño de anarquistas en la capital catalana. Se amplia el número de plazas de Policía Armada y Guardia Civil, facilitándose el trasiego de militares del ejército tanto oficiales, suboficiales como clase de tropa. Se programa y simplifica el reenganche voluntario, con promesas de ascensos y recompensas en lugares catalogados como zona de guerra. La falta de porvenir entre la juventud decide muchas veces la elección de un futuro incierto. Algunos se echan al monte, otros se enrolan en las fuerzas del orden. Gran parte de los componentes de ambas partes carecen de principios ideológicos, motivados únicamente por la supervivencia, propaganda, lazos familiares, o simples coincidencias particulares que en nada remedan cuestiones políticas. De esta forma ambas partes se nutren de un personal difícil de concienciar, sobre todo entre los componentes de la guerrilla, más indóciles, individualistas y heterogéneos. La Guardia Civil aún puede ejercer el orden con recompensas militares, destinos, medallas, incluso castigos de degradación, castigo o expulsión; pero el maquis solo puede premiar con efímera gratificación, la mayoría de las veces solapada, o castigar con la muerte. Resulta metafísicamente impensable que un militar sancionado, pueda delatar, vender o descubrir a sus compañeros; cosa que resulta fácil, efectiva y hasta con posibilidades de ser agraciada con la propia vida en el bando contrario.

Los continuos vaivenes del país, preocupado tanto en dominar su entorno como en cuidar las apariencias hacia el exterior, se traduce en el medio rural en hermética cerrazón en sus costumbres, inercia, usanzas y rutinas, conformando un todo prácticamente impermeable, ajeno a cualquier innovación que no surja de sus entrañas. No debe extrañar, pues, la inmensa conmoción que provocó las simples decisiones llevadas a cabo, como se verá, por dos hijos del pueblo.

Elvira divisó a lo lejos la furgoneta de los guardias que se detenía al finalizar el camino, mezcla de grava y arcilla, en la boca del barranco. Dos guardias civiles ascendieron por el sendero que remataba en el valle; un tercero permanecía junto al coche liberando al motor de su calentamiento. A más de cien metros conoció al cabo por sus andares. El otro le resultaba desconocido. Unos pasos más y la mujer ahogó un grito; luego corrió con los brazos abiertos al encuentro de su hijo. Dami correctamente uniformado de guardia civil estrechó fuertemente a su madre.

¡Damián! —gritó emocionada— ¡Damián! ¡Corre! ¡Corre! ¡Ven!

El mediero salió apresurado de la cuadra arrastrando la azada amenazante. Paró en seco al contemplar la escena, soltó la escardadera que reposó enhiesta sobre la tierra, pareció quedar enraizado y bajó los brazos en espera del abrazo.

Con muy pocos días de diferencia, Palmirica y Paco, pasean la calleja que termina en una pequeña formación de chopos que bordea la ribera de húmedas guijas. Caminan cogidos de la mano, admitido atrevimiento que va modelando las costumbres del campesinado. Él se para ante un altivo junchar, se enfrenta cogiéndola con las dos manos, la mira con honesta y firme entereza y musita:

—La próxima semana me alisto en la Guardia Civil.

Unos ojos acuosos y un abrazo de entrega, sin timidez ni retraimiento sellan el doloroso consentimiento. Un mirlo gorgoritea alocado mientras, en un cercano nogal, dos jilgueros entonan melódicos trinos.

13. Declive del maquis.

Nuevo intento.

Don Camilo Alonso Vega, el Director de Hierro, tuvo en todo momento la inquietud de acabar con el bandolerismo, como él mismo refrendaría posteriormente en su último discurso de despedida. El general dispuso la adecuación de la fuerza a las necesidades del momento, estableciendo cursos de preparación e ingreso en la Benemérita, así como la integración de todos los sargentos y cabos, cualquiera que fuese su procedencia en un escalafón único. La oficialidad, que hasta entonces se nutría del Ejército, destinados en comisión de servicio sin causar baja en sus Armas según ley de 15 de mayo de 1940, pasó a formar parte del Instituto Armado con carácter definitivo por ley de 25 noviembre de 1944. Tras el primer ingreso de tenientes procedentes de la Academia de Transformación de Oficiales del Ejército, que realizaban un curso de tres meses en un centro de Instrucción, y cuatro meses de prácticas en distintas comandancias a las órdenes inmediatas de un capitán, se llegó a crear la Academia Especial del Cuerpo, con lo que la oficialidad quedaba, a todos los efectos homologada a la del Ejército. En 1945 se había establecido una importante reforma interna, ampliando los cuadros de mando, creando nuevas comandancias, tanto móviles como de fronteras, así como adoptando las nuevas formas de lucha contra el bandolerismo, adquirida la mayoría de las veces a fuerza de sacrificio, agotadoras batidas e incluso por la simple improvisación.

La cruenta lucha establecida en el monte, mantenida con el fanatismo o la fe, el idealismo o el odio, siempre acompañados por la tozudez de una idiosincrasia, obligaba a muchos hombres a continuar muriendo o matando mientras la inmensa mayoría permanecería, durante muchísimo tiempo, totalmente al margen de la tragedia.

Los maquis habían también perfeccionado sus movimientos. Ocultos durante el día en el abrupto terreno y, aunque en menor ocasiones, en algún caserío seguro, realizaban las marchas por la noche a través de lugares apartados, nunca por caminos trillados ni senderos, cuidando siempre de no dejar huellas, precedidos por lo general de un par de exploradores, siempre distanciados, con prohibición de hablar, fumar o realizar excesivo ruido. Cuando se veían obligados a actuar durante el día,

permanecían largas horas de vigilancia para asegurar la acción. No era raro que al autosuministrarse con largueza, cosa imposible de ocultar, tuvieran que emplear caballerías del propio lugar que posteriormente abandonarían en el monte, ante la desesperación e impotencia del saqueado.

Aguado Sánchez, en *El maquis en España*, señala que las acciones guerrilleras tuvieron su auge en el periodo 1945-1947, a partir del cual iniciarían una inflexión solamente percibida por los expertos de ambos bandos. Las Agrupaciones mejor organizadas y activas que supieron mimetizarse con el campesinado y la orografía de la zona, fueron la de Galicia-León y la Agrupación Guerrillera de Levante (AGL), ambas dependientes directas del PC. Sin embargo, la aplicación de la nueva política del Régimen, junto a la nueva organización de la Benemérita, y las severas directrices de ciertos mandos acelerarían el declive de la lucha antifranquista. El teniente coronel Eulogio Limia Pérez lleva a cabo, con sus originales y astutos métodos, la represión hasta entonces más efectiva en Toledo y Ciudad Real, acompañado por el conocido sargento Ruano, jefe de las temidas contrapartidas. Por otra parte, el general Manuel Pizarro Cenjor unifica en su persona la jefatura de la 5.^a Región de la Guardia Civil con los nombramientos de gobernador civil de Teruel y jefe provincial del Movimiento. Otros mandos como los teniente coronel Montes de Oca, Gómez Cantos y Blanco Novo; capitanes Sánchez-Montoya, Laureano Hernández y muchos más, culminaron el barrido del movimiento guerrillero.

La eficacia del Instituto Armado se basó en la declaración de zona de guerra del territorio afectado, la captación de delatores con promesas a cambio de la traición a los compañeros y el soborno, y la efectivísima actuación de las conocidas *brigadillas* y *contrapartidas*. La infiltración de algunos topos de la Guardia Civil y del campesinado afecto al régimen entre los propios maquis, desmoralizan seriamente a los guerrilleros, consiguiendo la desconfianza y la mutua sospecha. Varios enlaces *quemados* se echan al monte, frecuentemente acompañados de campesinos temerosos de represalias, señalados por los vecinos o simplemente desorientados que, ante la vida dura a veces insoportable de la sierra comienzan un constante goteo de desertiones verdaderamente peligroso para el maquis. La huida a Francia del mítico Chaquetalarga, es seguida del apresamiento de las hermanas Goyorías, una de ellas amante del escapado que, por despecho o contraprestaciones, colaboran con Limia Pérez, siendo posteriormente encarceladas y finalmente puestas en libertad. La férrea voluntad de acabar con el bandolerismo que encarna el director general de la Guardia Civil, unida a su eficaz capacidad organizativa y total libertad de actuación, termina por surtir el efecto deseado. Al mismo tiempo que se lucha en el monte, se actúa rígidamente sobre los guerrilleros del llano, verdadero sostén de los de la sierra, procediéndose a la detención de familiares, amigos o simplemente sospechosos de prestarles ayuda.

El Servicio de Información de la Guardia Civil (SIG) recibió prioridad absoluta para cumplir sus funciones. Al mismo tiempo se ordenan actividades agotadoras de

larga permanencia en la sierra, en solitarios e intrincados parajes lejos de todo apoyo, sin opción a permiso alguno hasta el extremo de que las duras condiciones hacen desear a los guardias los inhóspitos puestos de la costa. Se amplían plantillas, instalan destacamentos, y se crean sectores y subsectores interprovinciales con la finalidad de que los límites de las comandancias no representen obstáculo alguno para la persecución. Sin embargo fueron las *contrapartidas* las que asestaron el golpe definitivo a los guerrilleros, formadas por guardias expertos y de valor reconocido, acompañados casi siempre de un desertor del maqui y algún lugareño de la zona. Perfectos conocedores del terreno, y en contacto directo con los jefes de Comandancia, tenían como misión principal buscar el encuentro con el enemigo y en especial descubrir las redes de colaboradores, puntos de apoyo y enlaces. Actuaban imitando los modales, costumbre, vestimenta, armas e incluso fraseología de los guerrilleros y generalmente con solo compartir cobijo con los moradores aislados de algún caserío ya sabían si era amigo, enemigo o indiferente. Sin embargo, justo es reconocer, que este tipo de actuación se prestó a extralimitaciones llevadas a cabo tanto por los guardias como por los de la sierra. Más de una vez pagaron los masoveros, incluso los más inocentes, la represión por no denunciar a los que se presentaban como maquis, o la de no avisar a éstos sobre la presencia de la contrapartida. Las órdenes de la Benemérita, cumplidas con mayor o menor garantía, o incluso despreciadas, ante el hallazgo de colaboradores fueron: Detener al confidente transcurridos unos días por la plantilla de la demarcación; continuar el contacto hasta conseguir mayor información y seguir el engaño hasta poder efectuar la *espera* a algún guerrillero o partida.

Por parte del maquis, una Agrupación Guerrillera abarcaba cuatro o cinco sectores, cada uno de los cuales estaba cubierto por tres o cuatro partidas, en ocasiones hasta siete, que a su vez estaban compuestas por tres u ocho hombres. Desde que el PC intentó la unificación del mando, cosa que nunca logró plenamente, procuró siempre emplear el lenguaje castrense y la demarcación en zonas de combate, imitando burdamente la organización militar en compañía, batallón, brigada, división, etc. que, lógicamente en ningún momento resultaron semejantes a las correspondientes del Ejército. Mientras que las unidades mayores solían estar mandadas por un jefe capacitado militar e ideológicamente, con su correspondiente Estado Mayor y responsable político miembro del PC, la partida, verdadera unidad básica recaía casi siempre, dada la singular peculiaridad del pueblo español, en el más resuelto, valeroso y populista de los guerrilleros.

Algunas partidas como la del Julián, habían quedado reducidas al mínimo, a todas luces incapacitadas para cualquier operación seria. El antiguo *maquisard* distaba mucho de adaptarse a una existencia huidiza, exenta de cualquier objetivo sin finalidad alguna más que la de esperar acontecimientos. El Poeta era distinto, seguía inmerso en su mundo, no ciertamente político pero si aureolado de un sentimiento utópico, universal, idílico, ignorante de su propia filosofía rousseauiana que concibe

al hombre asocial por naturaleza, con un principio feliz, de plena libertad, sin limitaciones impuestas por ideas y leyes morales, arruinado desgraciadamente por el progreso cultural. Acaso habría que preguntarse, sin encontrar respuesta, el por qué de la presencia en el maquis de tan ensoñador personaje. Los dos hombres, sin embargo, habían formado un incomprensible ensamblaje de sus personalidades, posiblemente debido a ese tipo de integración con la que el destino suple las carencias del psiquismo. De momento tenían que acudir, junto con otras partidas a la cita de Mariano en las cuevas del Ronchal. No conocían con exactitud, como la mayoría de los guerrilleros, la ubicación de las mismas, pero estaba previsto un punto de encuentro en la hacienda Los Molinos, donde serían recogidos por determinados enlaces que los llevarían a su destino. El mencionado latifundio gozaba de un bien ganado prestigio en el mundo del pragmatismo. Aunque ya quedaron atrás los años de abundancia y suficiencia del ilustre, ínclito y esclarecido marqués don Juan Luis Suárez de Lujan y Pérez de Lacosta, abuelo del actual propietario, todavía quedaba ese rescoldo de un marquesado señorial, aristocrático y, sobre todo, generoso con el gobierno circunstancial. Se decía del primitivo hacendado, que allá por principios del XX, preparaba al entonces rey de España Alfonso XII, alguna que otra cacería, sazónada de jolgorio y algazara que el simpático monarca no acostumbraba a renunciar. Las sempiternas lenguas maliciosas aseguraban que el sentimiento monárquico de don Juan Luis sufrió un resquebrajamiento debido a la injerencia de cierta dama que se interpuso entre súbdito y señor. Fuera cierto o no, lo histórico fue que don Juan Luis hijo, posiblemente heredado de su buen padre, gustó también del coqueteo, pero no con ricahembra, sino con algo mucho menos grato y atractivo para la monarquía, la tendencia provechosa hacia la República. Se decía que el citado primogénito gozaba de intereses comunes con cierto jerifalte del Gobierno, y naturalmente no era cuestión de jugarse un goloso patrimonio por aquello de quítame o no un rey. La célebre y preclara saga de los Suárez de Luján y Pérez de Lacosta estaba actualmente representada por don Juanito Ángel, nieto de aquel distinguido prócer tan monárquico como faldero, e hijo del no menos contemporizador neo-republicano, que gustaba de la habilidosa flexibilidad genética de sus ancestros de estar con todos sin estar con ninguno. La trisómica conjunción monárquico-republicana-dictatorial, dio como resultado la sabia circunstancia de que, en ocasiones, mientras la Benemérita comía en el comedor, los maquis descansaban en los corrales. Siempre, naturalmente, siguiendo las normas sociales.

Julián y el Poeta abandonan durante la noche el transitorio escondrijo cuidando no dejar huellas de su presencia, extremando la eliminación de cualquier resto de comida borrando con un improvisado escobillón cualquier vestigio que pudiera delatar su presencia. El frío viento que les había estado hostigando durante el día cede durante la noche cubriendo de amenazantes nubarrones un cielo sin estrellas. No había tiempo que perder. Emprendieron la fatigosa marcha protegiéndose del gélido ambiente con la boina encasquetada, los bastos y rígidos pantalones de pana, gruesos

calcetines, cuidando de ajustarse las zamarras, prenda de abrigo con forma de chaqueta hecha de piel que tanto se valora en la sierra, dispuestos a cruzar grandes barrancadas, cerros cenicientos y prietos pinares. Cercano el amanecer los dos hombres se alejan de una vegetación montaraz, exuberante en espesor y en altura, dejando atrás las grandes zonas de secano, áridas y pedregosas para dar paso a jirones de matorrales que preludian la tierra baja, llana y fértil. La llegada al caserío, precedida de las obligadas precauciones, proporciona a los caminantes un refugio seguro, cómodo y reparador. Una mujer de mediana edad, seria, callada, dispuesta, concedora de su oficio y de las causas, claramente adscrita al servicio doméstico, les sirve una hogaza de pan, corte de cecina y jarrón de leche, succulentos manjares para los despedados.

Todavía no han conciliado el sueño mañanero, cuando tres nuevos inquilinos se llegan al pajar. Pertenecen a la Agrupación Centro del extravagante Adolfo Lucas Reguilón García, alias Severo Eubel de la Paz, creador del estereotipado pacto de no agresión entre el maquis y la Guardia Civil. El controvertido personaje, envía a sus acólitos con la misión de imbuir su estilo en la lucha antifranquista. Madrileño de origen, nacido en el seno de una familia campesina, estudió magisterio, ejerciéndolo durante algún tiempo en un pueblo de la sierra. Autoridad sanitaria de Levante durante la República, ingresó en prisión al final de la contienda, de la que salió en 1943 dedicándose inmediatamente, dada su innegable capacidad propagandística, a tratar de integrar en sus filas tanto a la derecha moderada como a la izquierda radical, sin despreciar a algunos monárquicos despiertos que vieron en esa especie de apaño una posibilidad de medrar. Su irrealizable proyecto motivó tanto utópicas simpatías como vehementes rechazos.

Los cinco maquis, parcos en palabras dada la creciente desconfianza entre compañeros, esperaron la llegada del enlace que debía llevarlos a las cuevas del Ronchal. Como acostumbraba, ya entrada la noche, con el desagradable sigilo del torvo ganapán, apareció de improviso el Hurón. El muy capacitado y no menos siniestro conductor de partidas, siempre silencioso, huraño, insociable, especialista en fisgar los recovecos, siempre alerta al menor atisbo de peligro, dirigía la marcha algo adelantado cuidando de elegir los pasos en las anfractuosidades del terreno con indicaciones, gestos o siseos. La salida del sol les llegó cerca de un pequeño poblado que rodearon atravesando un canchal incómodo de gruesas piedras, mientras trataban de esconderse de los tres o cuatro campesinos que cruzaban un cercano sendero. La molesta sonrisa del Hurón, que no cuidó de ocultar su presencia ante la proximidad de los patanes, descubrió la triste y tácita complicidad de un conformismo que intenta ignorar la realidad.

Nadie los miraba, acaso ni los veían, inmersos en su mundo apegado a la tierra, ausentes de un presente que no iba con ellos y del que, paradójicamente no podían desligarse. No era de extrañar la lógica inhibición de la gran mayoría de un pueblo cansado, agotado, exhausto, resentido y exasperado de una reciente contienda de la

que sólo pretendía huir, olvidar y enterrar en sus doloridas entrañas. Las peculiaridades propias de la guerrilla, distaban mucho de las que se dieron durante la fratricida guerra del 36. El marcado carácter rural del maquis, su asentamiento en zonas aisladas, de escasa población y rudimentaria producción, resultaba diferente a la estrategia predominante en la guerra civil. La mayoría de los pequeños núcleos agrarios sobre los que merodeaban los guerrilleros, adquirieron un significado e importancia muy superior a la que padecieron durante los años 36-39. La táctica guerrillera, mucho más solapada que la de la guerra convencional, hace que el campesinado, punto de apoyo indispensable, sufra sus consecuencias de forma totalmente directa. Según la doctrina partisana adquirida, cada guerrillero del monte precisa tres individuos del llano para sobrevivir con éxito.

La comitiva hizo alto junto a dos covachas de ganado, de donde llegaba el ronchar de las ovejas junto a algún quejumbroso balido. El Hurón empujó la desvencijada puerta de uno de los encerraderos que apareció vacío de animales, cubierto de garbas y restos de alfalfa. Entraron todos los hombres sin mediar palabra. Maltrechos por la larga caminata se desprendieron de su impedimenta y se tumbaron agradecidos sobre el henazo, esa hierba segada para alimentar al ganado que resulta tan grata para el descanso. Sabían que tenían la mayor parte del día para descansar. Empezarían la marcha al atardecer, cuando la luz empezaba a apagarse dominada por la imprecisa bruma de la noche. Poco tiempo quizá para el sosiego y excesivo, sin embargo, para pensar, imaginar, dudar de todo lo que aun les queda por soportar. La reunión en el Ronchal no era cosa corriente. Ninguno de los guerrilleros presentes, excepción hecha del Hurón, conocían el lugar más que de oídas. Julián martilleaba su mente intentando encontrar una respuesta a sus convicciones, todavía firmes pero imposibles de ser llevadas a cabo tras los últimos acontecimientos. Mariano le ordenaría unirse a otra partida que ya tuviese su jefe, o acaso condescendiese a agregarle algunos hombres bajo su mando. Aunque esta segunda posibilidad resultaba más admisible, ninguna de las dos le agradaban. Al poco rato se abrió la tranquera, y el siseo del Hurón recomendando calma anunció la presencia amiga del pastor que, igualmente silencioso dejó sobre la banqueta de piedra apoyada sobre la pared, pan, medio queso y una cantarilla de leche recién ordeñada.

Más tarde de lo que imaginaban, ya noche cerrada, los guerrilleros precedidos por el guía abandonaron el cobertizo. Habían llenado sus cantimploras junto al pilón del abrevadero donde manaba un hilillo de agua que daba vida al árido barrancar. Tras unos minutos caminando por una senda de inclinada pendiente llegaron a una trayectoria horizontal abandonando el estrecho camino que proseguía su bajada, para emprender una empinada cuesta sin sendero ni vereda alguna. Las cuevas del Ronchal, enclavadas en abrupta y feraz topografía se escondían entre unos cabezos rocosos circundados por multitud de pinos y jarales en unos montes de espesa e intrincada vegetación. Un reverberante riachuelo, procedente de algunas fuentecillas y perpetuas nieves, pedregoso y yermo durante los meses de calor se convertía en

torrente durante los meses de lluvia. Altos farallones blancuzcos ocultan el secreto que cobijan como losas de un gigantesco panteón guardando el silencio de sus ocupantes. Llegado a un punto donde la vista contempla una dentada sierra similar a un mapa en relieve del que destaca un enorme peñasco, el Hurón detuvo la marcha. Sobre el conglomerado de rocas y barrancos que conformaban un hermoso cuadro de déifico pincel, surgía el imponente macizo surcado de sinuosas grietas taponadas por verdinegro bosque. El ya conocido canto del búho con su acostumbrada secuencia fue emitido por el guía que recibió la convenida respuesta.

—Aquí termina mi trabajo —comentó el Hurón—. Seguid en dirección de aquel tajo. Ya os saldrán al encuentro —y señalando una lejana y visible hendidura desapareció tan silencioso como había llegado.

Los maquis anduvieron según el rumbo indicado, acercándose hacia el formidable farallón de verticales paredes y numerosas aristas que, al entrecruzarse, formaban profundas y sobrecogedoras simas. Dos hombres les salen al encuentro acompañados por sendas metralletas *Sten*. Visten zamarra, pantalón de pana, botas de legui corto de cuero, y boina blanda sin visera. Se saludan parcamente y caminan todavía largo trecho por zonas de dificultosos matorrales y pequeños pinos, entre los que descansan rocas desprendidas, apuntaladas con inverosímil equilibrio. Traspasan un cornijal, especie de arista que disimula, mimetizada con aliagas y lavanda, la entrada en una agrietada roca que se prolonga por un estrecho túnel curvado. En algunas de sus paredes se han taladrado artificialmente una especie de hornacinas en cuyos nichos se encuentran barriles, cubas, vasijas, botes de conserva y viandas de una cuidada despensa, junto a mantas apiladas, cajas de madera y sacos de arpillera de contenido armamentístico. La galería natural, de unos 15 metros de longitud, apenas retocada artificialmente desemboca en un recogido circo de frondosa vegetación y tupido arbolado. Este espacio casi circular, rodeado de rocosas vertientes esconde unos cuantos barracones que pasan prácticamente inadvertidos dado el mimetismo con los colores vegetales del entorno. A media altura de la rocosa muralla, varias incisiones naturales permiten traspasar la pétreo pared a través de una especie de vomitorios a los que se accede por troncos o escalones artificiales. El horadado espaldón aboca al exterior por discretas resquebrajaduras que necesitan de cuerdas, cinchas o escalerillas para llegar a la falda del peñasco. Una covacha entre rocas con resquicios de fisuras que hacían de respiradero, conformaba un cubierto fogón que, en realidad, no precisaba ocultación dada la depresión central que protegía el amurallado hondón. En una de las paredes verticales internas del redondel, se encontraba un depósito de notables dimensiones, construido para recoger el agua tanto de lluvia como de un cercano manantial que la conducía a través de un canalón dirigido hacia la artesa.

El fabuloso e imponente campamento, no sólo por sus grandiosas y a la vez disimuladas dimensiones sino por su impensable emplazamiento, representaba un lugar seguro, ideal para convocatorias, cursos o incluso descanso. Como ya es sabido, Pepito el Gafas estudiante de Ingeniería de Caminos, antiguo oficial de Estado Mayor

del Ejército Republicano, dirigía la Escuela de Guerrilleros en la que se impartían conocimientos y prácticas de tiro, topografía, táctica, preparación de explosivos y propaganda, encaminados generalmente a la formación de mandos. En la actualidad habían cursado estudios dos grupos de maquis de 25 hombres cada uno que, posteriormente, se repartirían entre las distintas partidas.

Julián y el Poeta, junto a los tres hombres de Eubel de la Paz fueron aposentados en un barracón de madera, acondicionado con bancos apoyados sobre las tablas y toscos camastros, con sus correspondientes jergones de paja, esparto o simples hierbas y alguna que otra litera, donde descansaban una quincena de hombres. Los recién llegados se dejaron caer en las piltras deseando un tiempo de descanso. Todavía estaban dormidos, ya solos en la caseta, cuando Mariano en persona tuvo la deferencia de acudir a saludarlos, dirigiéndose a Julián.

—Ganas tenía de verte. Sal fuera a fumarnos un caliqueño. Tú, Poeta, sigue descansando.

La gutural sobria respuesta, junto con el abrazo no excesivamente efusivo manifestó claramente las respectivas afectividades de los dos hombres. El jefe de la Agrupación, consciente de la posición de su subordinado trató, desde el primer momento, ajustarse a sus conveniencias limando sus reconocidas asperezas.

—Comprendo que estés destrozado, Julián. Te han dejado sin hombres.

—¿Quién? —se atrevió a responder el aludido.

—¿Cómo que quién? —y sin esperar respuesta arguyó—. ¿Y qué más da quién fuera? Siempre es por culpa del Tirano.

Julián se mordió la lengua para no seguir con la fácil repregunta de a qué tirano se refería. El campamento estaba en movimiento. Sobre una especie de pista de tierra hacían ejercicios de educación física un grupo de guerrilleros, mientras otros se amontonaban en el camellón para sus abluciones matinales. Una cercana hilera de hombres se apostaba sobre un par de servidores que parecían dispensar leche y café de unas cántaras. Más alejados, alrededor de unas rústicas mesas de piedra, se acomodaban algo más de una decena de acampados al parecer entretenidos en interesante conversación.

—Tú tienes que instalarte en el pabellón de los jefes —ordenó complaciente Mariano—. Hemos de programar nuestra nueva organización como el enemigo ha estructurado la suya.

—A mí sólo me queda un hombre.

—Precisamente por eso. Lo tengo todo previsto. Sólo tengo que resolver la configuración de las partidas. Han venido también representantes y jefes de otras Agrupaciones, y tenemos que ponernos todos de acuerdo en la actual estructura de Sectores.

—¿No me irás a agregar a otra guerrilla?

—Tengo para ti un ambicioso proyecto.

—¿Incluirme en el PC?

—¡No hombre, no! No seas desconfiado. Se necesita alguien que coordine la actividad de los cazas de ciudad.

—¿Dejar el monte?

—Sí —respondió lacónico Mariano—. El maquis de la sierra empieza a declinar por la falta de ayuda de los del llano. Sabes muy bien que los puntos de apoyo se *queman* y son presa fácil de los guardias.

—Ya tuvimos una polémica discusión sobre el tema.

—Es cierto. Pero sólo discrepábamos sobre la forma de arreglarlo.

—No recuerdo la tuya —insistió provocador Julián.

—Pues te la cuento ahora —Mariano no quería entrar al trapo—. El guerrillero del monte, precisa la acción de los del llano, como éste necesita la acción devastadora de los de la ciudad.

El paseo los había acercado a las rudimentarias mesas formadas por pesadas losas que descansaban sobre grandes y falcadas rocas. Julián fue presentado como uno de los adalides del *maquisard*. El grupo de contertulios, formado por jefes de partidas no solo de la Agrupación de Mariano, sino también pertenecientes a otras Agrupaciones lo acogieron afablemente. En el momento que llegaron, estaba precisamente hablando uno de los representantes del Ejército Guerrillero de Galicia. La falta de apoyo logístico del maquis gallego obligó a revestir de tintes heroicos el ajusticiamiento del falangista José Videla a la salida de la redacción del periódico *El Ideal Gallego*. La creación de un Centro de Reclutamiento de guerrilleros, inspirada por el embajador yugoslavo en Lisboa, fracasó precisamente por la falta de apoyo ciudadano ante la brutal represión del dictador portugués Oliveira Salazar, amigo personal de Franco.

—Interesantísimo tema —cortó Mariano—. Precisamente quería enterar a nuestro amigo —señaló a Julián— sobre la necesidad de organizar la lucha guerrillera en las ciudades.

—Prefiero la guerrilla en la montaña —atajó brusco el señalado.

—Pues tu papel, lo reconocas o no, se ajusta más al medio urbano.

—No me gustan las movidas callejeras, ni la agitación ciudadana. Me asquean los movimientos sociales propagandísticos —insistió orgullosamente Julián.

—Nadie te manda eso —Mariano se sentía respaldado por el auditorio—. Nada de algaradas ni revueltas que fracasan sin remedio ante el cobarde ensañamiento del Régimen.

—¿Entonces?

—¡Sabotajes! ¡Cobertura de intrépidos! Voladura de centrales eléctricas, telefónicas, radios, periódicos, de todo lo que pueda rebajar la cacareada fortaleza del enemigo. ¡Y tienen que verlo en las ciudades! ¡Lo que ocurre en el medio rural lo silencia la censura! ¡Poco lograremos si sólo nos jugamos la vida en el monte!

Las aseveraciones del jefe de Agrupación eran totalmente ciertas. Todos los del grupo, incluido Julián, reconocían la realidad. La carencia de medios difusores de noticias, el absoluto silencio sobre cualquier suceso que resultara perjudicial a la

política del momento, la practica inexistencia de cualquier medio de comunicación escrito o radiado contraria a la opinión del Régimen, reducía cualquier información discordante a la simple comunicación boca a boca de lo que pasaba en la sierra.

—Tu experiencia en el maquis francés nos resulta imprescindible —Mariano halagaba a Julián—. Nadie mejor entre nosotros que sepa azuzar la retaguardia del régimen obligándoles a desplazar sus fuerzas concentrando sus efectivos, y aflojando al mismo tiempo la represión sobre el monte.

—Y sobre todo —terció un jefecillo— dando a conocer al pueblo la fuerza de nuestra empresa.

—¡Cierto! —bramó otro—. ¡Estoy harto de ver morir a los hombres sin que se sepa siquiera el porqué mueren! ¡La criminal mano falangista oculta nuestras victorias!

—El campesinado empieza a eludir su compromiso con nosotros dudando ya de nuestra posibilidad de victoria.

—Necesitamos una acción de fuerza que incline la balanza hacia la guerrilla.

—Las potencias aliadas chaquetean miserablemente y nos abandonan a nuestra propia suerte.

—¡Hasta el Partido sabe ya que no venceremos!

—¡Basta ya! —cortó tajante Mariano viendo que la conversación se le escapaba de las manos—. El camarada Julián tiene la llave de nuestra credibilidad.

—¡Yo no soy ningún camarada! —protestó bravamente Julián—. ¡Soy guerrillero! Y dudo mucho que tenga llave alguna.

La lucha antifranquista había llegado a un punto de inflexión, dadas las férreas disposiciones de los nuevos mandos de la Guardia Civil y el cansancio de los campesinos hartos de soportar lo que consideraban prolongación de la guerra. Guerra que para el mundo rural sólo recaía sobre ellos, totalmente al margen de las gentes de ciudad. La existencia de choques provocados por simples discrepancias, incluso anteriores a la guerra civil encuentran entre los maquis un clima de violencia que favorecen soluciones drásticas y hasta crueles. Si bien es cierto que, en un principio, existían algunos sectores rústicos favorables y hostiles a la presencia del maquis, en general el campesino no los delata pero tampoco se incorpora a sus pretensiones. Las inherentes necesidades del maquis, exacerbadas por delaciones, requisa de alimentos, secuestros, ejecuciones, agravadas por la política represiva del Régimen, y en especial por la actividad de las *contrapartidas*, acaban por imprimir en el medio rural un sello de temor más que de simpatía hacia la acción guerrillera.

La vida en las cuevas del Ronchal sigue su ritmo determinado.

Instalado en el pabellón de jefes, Julián confraternizaba con los de las restantes partidas, llegando al convencimiento de que tanto él, como el Poeta no tenían más remedio que acoplarse a las nuevas circunstancias. Las acciones de la guerrilla urbana, aunque no eran de su preferencia, tampoco representaban un serio obstáculo para admitirlas.

—Eres necesario, Julián —comentaba uno de sus compañeros—. Todos nuestros cazas de ciudad están medio descabezados, *quemados*, prácticamente huidos de sus escondites y hasta posiblemente deseosos de abandonar la lucha.

—Hemos tenido que represaliar a varios masoveros que nos habían traicionado y eso, naturalmente, ha radicalizado la lucha. Estamos desasistidos porque empiezan a considerarnos derrotados. Necesitamos demostrar nuestra fuerza. ¡Y eso tiene que saberse en todo el país! ¡La guerrilla urbana se hace indispensable!

—No me gustan los correteos huelguistas —se defendía Julián.

—No es eso lo que se te propone. Te lo ha dicho bien claro Mariano. Para esas cosas ya están los políticos de turno. Lo tuyo, lo que queremos de ti es el azuzamiento de las fuerzas franquistas, su desequilibrio, la torpe movilidad de su defensa. En resumen, ¡lo que hacíais en la Francia de la Resistencia!

—Vale —intervino Mariano—. Creo que todo está lo suficiente claro. Es hora de asistir a las conclusiones generales de actuación —dirigiéndose a Julián lo retuvo por el brazo—. No. Tú quédate aquí conmigo. Tenemos que hablar.

—Ya me dirás. No sé por qué ha de ser todo tan secreto.

—No es nada secreto, querido compañero. Pero hay cosas que sólo debemos compartir una minoría.

—Pero yo decidiré, ¿no?

—Por supuesto —Mariano se percató de que la oposición de Julián no era invencible—. Charlemos amigablemente. Toma un cigarro.

—Me conoces bien, Mariano. Pon tus cartas boca arriba desde el principio y nos entenderemos mejor.

—De acuerdo —Mariano encendió los cigarrillos—. Sabes que la situación empieza a ser complicada para nosotros. Los que están en Francia no acaban de creérselo, y por eso he llamado a uno de los de allí para que venga a verlo por sus propios ojos.

—Ya era hora de que se movieran de su poltrona los jefazos. Sigue.

—Amadeo entrará en España dando un rodeo a través de Portugal, para recalar en Valencia.

—¿En Valencia?

—Sí. Valencia. Madrid no es seguro a pesar de su gentío, y Barcelona está plagada de cazas de ciudad que no se atreven a salir del escondrijo. Valencia nos ofrece más garantías, sobre todo por la proximidad de la AGL.

—¿Y qué tengo yo que hacer en el caso?

—Mucho y muy peligroso. Sé muy bien que no te arredran las dificultades.

—Déjate de peloteos y vamos al grano.

—Verás —Mariano ya estaba seguro del guerrillero—. Amadeo llegará a la capital del Turia, en el tren procedente de Zaragoza.

—¿Y no sería más fácil vernos allí?

—Más fácil, sí, pero no nos conviene. Zaragoza y Huesca son zonas de paso en

las que no debemos actuar para no concentrar guardias civiles. Teruel está dentro del territorio de la Agrupación Guerrillera de Levante. El punto de encuentro tiene que ser Valencia. Ciudad que conoces muy bien.

—Vale. Sigue.

—Amadeo llegará a la Estación Churra en el tren correo procedente de Zaragoza, tomará una tartana que lo llevará a la *Ciutat vella* y tú te reunirás con él en el día, lugar y hora que se te comunicará antes de salir de este campamento.

—¿Y qué más?

—Mucho. Lo acompañarás hasta Barracas donde os esperará un enlace que lo recogerá.

—¿Y después?...

—Volverás a Valencia para poner orden en la capital y arreglar la cadena de transporte de armas. Luego, tu destino es Barcelona.

—¿Y allí, qué?

—Ya lo sabrás.

Mariano le entregó tres cédulas de identificación falsas, 20 000 pesetas y una especie de ficha de filiación guerrillera que le sirviera de salvoconducto entre ellos. Aun llegaron a tiempo de escuchar parte de las últimas conclusiones de la reunión. Julián recibiría un sobre con todas las instrucciones especificadas. El Poeta fue agregado a otra de las partidas, despidiéndose de su antiguo jefe sin aparentar el más mínimo sentimiento. Vivía inmerso en su mundo, sumergido en una especie de autismo que lo hacía prácticamente insensible a todo lo que no fuese su extraña sensibilidad lírica.

Antes de marchar las partidas a sus respectivos campamentos, guiados por los correspondientes guías, formaron en la hondonada y entonaron su canto de guerra:

¡Arriba, parias de la Tierra!
¡En pie, famélica legión!
Atruená la razón en marcha
es el fin de la represión.

Del pasado hay que hacer añicos.
¡Legión esclava en pie a vencer!
El mundo va a cambiar de base.
Los nada de hoy todo han de ser.

Agrupémonos todos,
en la lucha final.
El género humano
es la Internacional. (*bis*)

Ni en dioses, reyes ni tribunales,
está el supremo salvador.
Nosotros mismos realicemos
el esfuerzo redentor.

Para hacer que el tirano caiga
y el mundo siervo liberar,

soplemos la potente fragua
que el hombre libre ha de forjar.

Agrupémonos todos,
en la lucha final.
El género humano
es la Internacional. (*bis*)

La ley nos burla y el Estado
oprime y sangra al productor;
nos da derechos irrisorios
no hay deberes del señor.

Basta ya de tutela odiosa,
que la igualdad ley ha de ser:
«No más deberes sin derechos,
ningún derecho sin deber».

Agrupémonos todos,
en la lucha final.
El género humano
es la Internacional (*bis*^[17]).

14. Dos destinos.

«Cazas de Ciudad» y «Contrapartida».

Don Jesús contempla desde su terraza la lejana belleza salvaje del bosque y la galanura del pinar. Agradece a Dios el bienaventurado regalo de la Naturaleza que contrasta con la perversidad de los hombres. Todo lo que crece sobre la tierra rinde su tributo al Creador, menos el ser humano que intenta siempre transgredir sus designios. Intento fallido que jamás logrará su empeño porque el tiempo no cuenta para el Supremo Hacedor. Viejo ya; pasados esos sesenta años límites que parecían ser solamente reservados a los elegidos, recordaba con nostalgia su nunca olvidado hogar de la infancia. Su menuda madre, siempre risueña, vivaracha y expresiva, primera asombrada, en contra de toda opinión, ante la decisión clerical de su hijo, recibió la buena nueva y le estrechó con ternura. El padre, campesino de pro, honrado, trabajador y cabal, fiel cumplidor de sus honestas costumbres, pareció extrañarse mucho menos que su mujer de la firme decisión del chaval. Su único comentario fue todo un tratado filosófico.

—Ya me extrañaba que no intentaba palmear el culo a las mozas.

El buen párroco, rodeado del embrujo de su querida sierra, con los ojos dirigidos más allá de lo que podían distinguir, perdido en la imaginación de sus recuerdos, contempló todo su pasado, su niñez robando nidos, las desfogadas patadas a una pelota de goma en el patio del Seminario, la emoción del misacantano, los miedos de la guerra y la nostalgia de la paz. Nunca olvidaría aquel día que creyó llegado el fin del mundo, cuando en septiembre de 1939 Alemania invade Polonia y antes de cuarenta y ocho horas Francia y Gran Bretaña le declaran oficialmente la guerra. Cada vez comprendía más al bendito agnóstico de don Antonio cuando, en la intimidad de sus paseos, recitaba aquellos dolidos versos de Antonio Machado que sonaban a sincera confesión:

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...
¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...

—La tarde cayendo está
«En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón».
Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.
La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.
Mi cantar vuelve a plañir:
«Aguda espina dorada,
quien te pudiera sentir
en el corazón clavada».

—Tío, baja un momento. Ha llegado Paco.

La voz de Palmirica, ya mujer hecha, reclama emocionada la presencia del mosén. ¡Ha llegado Paco! Un Paco con pulcro y elegante uniforme de guardia civil, acharolado y refulgente tricornio, correaje límpido, impolutas botas, terrible pistola enfundada y, lo más importante de todo, seductora sonrisa tras el escondido beso de bienvenida. Ha pasado más de un año desde la triste y prometedor despedida, mucho, muchísimo tiempo esperando la rezagada carta, las 48 horas de permiso y, por fin, la finalización de su carrera. Lleva distinguidos galones de cabo. Ya es casi como el teniente piensa la enamorada. ¡Han pasado tantas cosas desde la última vez que lo vio! Fue aquella tarde amarga, luctuosa, sombría en la que el muchacho acudió al pueblo para enterrar a su madre. Doña Amalia había marchado a la ciudad a vivir con su hermana, desde que su hijo se inscribió en el Instituto Armado. Y el terrible mal de las abigarradas urbes destruyó sus ya viejos pulmones. Neumonía, una gripe mal curada decían, tuberculosis, sí, tuberculosis, la temida enfermedad vergonzante.

—Ven aquí, muchacho —don Jesús retiró su mano después de ser besada y abrazó al chaval—. ¡Estás hecho un hombre! ¡Supongo que te habrás pasado por el cuartel!

—Pues, la verdad, no —contestó avergonzado—. He venido primero a ver a Palm... a ustedes.

—¡Vete corriendo, chico! No vayamos a enfadar al teniente.

—¡Cierto! —gritó Doña Palmira que había permanecido callada—. Entre jefes no hay que rezagarse.

Paco sonrió halagado sabedor de la realidad de su graduación, y encajándose el tricornio que dejó fascinada a la mujercita, hizo el saludo militar y salió a cumplir su obligación castrense.

—El muchacho vale —rezongó el cura—. Y tanto que vale.

—La verdad es que yo —comentó la hermana— nunca pensé que el chico de la Amalia llegase tan alto.

Las complacientes palabras familiares llenaron de orgullo a una Palmira que empezaba a inquietarse pensando el obligado acicalamiento que requerían las circunstancias ¡Había que lucir el novio entre las amigas! Miró a su tío como suplicando el perdón de su gozosa vanidad. El mosén sonrió comprensivo y, ¿por qué no?, también con una pizca de orgullo por el cercano parentesco. Después de todo, y aunque nunca había gustado de blasonar, vanidad de vanidades... No obstante, el filósofo nato que existía en él, le hacía reflexionar sobre el por qué ahora los guardias le parecían más justos y comedidos que hasta hace poco tiempo. Posiblemente las fuerzas del orden habían suavizado su comportamiento. ¿O acaso era él quien había cambiado su mente? Lo discutiría con don Antonio.

La presentación en la casa-cuartel fue recibida con agrado por sus compañeros, las familias y, sobre todo, por el jefe de línea don José María Pecharromán que veía en el nuevo guardia, un sólido producto del que se consideraba promotor. Conocida la incipiente hoja de servicios del reciente cabo, la conversación, en el despacho privado del oficial versó sobre el futuro profesional del neófito.

—¿Qué tal te parece el destino?

—Lo que sea, mi teniente.

—No te pregunto eso, chico —lo trataba como un hijo—. Ya sé que irás conforme donde te manden. Me refiero a otra cosa. ¿Entiendes?

—Sí, mi teniente. Lo veo con cierto... respeto.

—Y miedo, hombre. Todos lo hemos sentido alguna vez.

—Sí, mi teniente, también con un poco de miedo.

—No te avergüences de ello. El miedo lo tienen todos los valientes. Sólo los irresponsables o locos lo desconocen. Yo pasé mucho en el Santuario. ¡Se tiene y se vence!

—Gracias, mi teniente.

—Olvida esa palabra de *gracias*, que no existe en el medio castrense. Mucho confían en ti los mandos cuando te encomiendan ese servicio.

—Ya sé que es de libre designación.

—Y tan libre. Has de saber que el mismo director conoce y aprueba tu caso. Hace tiempo me enviaron de Madrid un oficio recabando informes sobre ti.

—¿Y sobre mi familia? —se atrevió a preguntar Paco pensando en su tío.

—También sobre tu familia. Les dije la verdad y, aunque te parezca extraño te puntuó positivamente. La decisión de ingresar en nuestro Cuerpo, dadas tus circunstancias personales requiere entereza y valor. ¿Sabe ya Palmira dónde vas? —el oficial, como era perceptivo, conocía las vicisitudes de sus vecinos.

—No, mi teniente. Todavía no le he dicho nada.

—Dile la verdad si piensas en serio con ella. ¿Comprendes?

—Perfectamente, mi teniente. Los dos vamos en serio.

—No hace falta que lo sepa la familia. ¿Vale? Bueno, si quieres confesarte con don Jesús, tú verás.

El joven guardia civil tiene como misión la delicada y arriesgada tarea de infiltrarse entre los peligrosos cazas de ciudad. Deberá hacer la vida con ellos, acaso realizando acciones que lleguen a repugnarle.

El flamante militar se dirige hacia la casa del cura. Realiza su recorrido saboreando el pequeño trecho que le separa. Mira como si fuese por primera vez, con complaciente regusto la calleja que deseara más larga, propicia a ordenar sus pensamientos para decidir con Palmira su futuro. Los ha hilvanado muchas veces sin encontrar jamás una concatenación acorde con sus deseos. De pronto, como si una férrea valla le impidiera el paso, se detiene bruscamente, extrañado de si mismo, frente al portal de su antigua casa; mejor dicho, de su antiguo hogar, porque la casa, cerrada a cal y canto, seguía siendo suya. Se asombra de lo que parece descubrir, el vetusto portal conservando la pátina del tiempo y que ahora se le muestra blasonado con dintel de piedra labrada. No puede entrar a recorrerla. La llave la tiene don Jesús, que a través de su espiritualidad empieza a verlo como paternal acogedor de su futuro. Siente una sensación de vivencias, presentadas como último rescoldo de unos recuerdos que desaparecerán para siempre: el estallido de la adolescencia, el folklore popular, las tradicionales verbenas al son de música de cuerda, la magia de los fuegos artificiales simplemente reducidos a una traca y cuatro o cinco *salidas*, la procesión de San Roque, el toro embolado, el mercadillo, y tantas cosas que ya le parecen desaparecidas en una inmensa lejanía. Unas voces infantiles que corretean por la calle le sacan de su ensimismamiento, recibe el empujón del más adelantado y la gente menuda sigue jugando totalmente ajena, no sólo a sus pensamientos, sino hacia todo lo que perciben, sufren y gozan los adultos. Se da una vuelta por la plaza donde corrillos de hombres se entretienen en tertulias intrascendentes. Lo miran con asombro, algunos hasta se atreven a hablarle demostrando su admiración y aprecio, otros le observan con desconfianza, la mayoría se siente orgullosa considerándole un mandatario hijo del pueblo. Las mujeres, viejas o jóvenes, lo contemplan fascinadas por el porte de su figura con aquel traje verdoso, reluciente chambergo y autoritaria pistola. Más de una envidia el festeo de la agraciada.

A la caída de la tarde, en el íntimo paisaje de la huerta del cura, junto al mísero jardincillo que se les aparece como idílico vergel, Palmira y Paco se sientan sobre el único banco de piedras que parece acogerlos bajo unas hojas de azalea, esa adornada planta de venenosas flores. Hablan, hablan y se miran como solo el amor ignora la timidez y el sonrojo. Ella lo sabe ya todo y se entrega en un abrazo osado, resuelto, atrevido, que de haber sido visto por alguien hubiera sido tildado de pecaminosa caricia. Tras un largo silencio, Palmira sonrío al muchacho a través de sus húmedos ojos. Se levantan cogidos de la mano, y sin soltarse regresan a la casa de ella. Paco dormirá en el camastro del desván, medio encerrado con puerta interpuesta por la habitación de don Jesús, tal y como doña Palmira se ha encargado de pregonar por todo el vecindario, no fueran a comentar maliciosas interpretaciones.

Cuarenta y ocho horas más tarde el cabo Francisco Valdés Marín abandona

Costilleo camino de la capital, a recibir la comunicación oficial de su destino. La emocionada despedida, tanto la íntima como la del cuartel y la del pueblo, perduraría durante mucho tiempo en el recuerdo de los lugareños.

Casi al mismo tiempo, a unos siete kilómetros de distancia una situación similar aunque de muy distinta significación tenía lugar en la masía de Los Chopos. Todavía se encuentra el caserón sumido en la penumbra del medio amanecer, cuando en la puerta trasera de la cuadra que casi desemboca directamente en el pinar, se destacan tres figuras todavía no identificables. Dos de ellas permanecen abrazadas, la tercera enhiesta, solidamente afirmada sobre la tierra, se cubre con sombrero de paja y porta un azadón en la mano. El cuadro reúne las nobles características de tristeza, grandiosidad, y arrogancia de las despedidas paternas. Elvira estrecha sollozante a su hijo Dami, mientras el padre contempla un horizonte que está muy lejos de adivinar. El muchacho viste chamarra, prenda de paño basto que llega a la cintura ajustándose con cinturón de cuero, pantalón de pana, calzado del lugar y ajustada gorra negra sin ala ni visera. Un ancho corraje trenzado de compartimentos donde se albergan proyectiles le cruza el pecho acabando en una repleta cartuchera. Un arma de fuego portátil de repetición pregona su empleo. Cantimplora metálica y pequeño morral completan su atuendo. Se despide de sus padres para marchar junto a la contrapartida que lo espera a un par de kilómetros.

Una escalada de violencia descargada sobre los sufridos moradores de los montes, pueblos, barrios y masadas proporciona al gobierno la ocasión del endurecimiento de la contraguerrilla. La oficiosa pacificación que necesita la legitimidad del Régimen para su entrada en organismos internacionales, requiere una pronta extinción de la lucha guerrillera. En la erradicación del conflicto, intervienen con dura eficacia los hombres de las contrapartidas. El grupo al que pertenece Dami, cuenta con cinco hombres más: el sargento Bellido, el guardia Maiques, los dos hermanos Reyes, números de la Benemérita, y el maqui desertor Culebras.

Dami se había acercado al hogar paterno en vano intento de tranquilizar a sus progenitores. Su madre imploró amorosa que desistiese de su empeño. Damián permaneció callado, sentado en su silla de enea al lado del fogón, perdida la visión en la vacilante llama de los troncos y piñas bajo el trébede; nadie supo jamás lo que pasaba por su mente. Se habían visto obligados a confraternizar con la partida del Julián. El hijo lo sabía tan bien como la jefatura de Línea, pero el comportamiento del Instituto Armado, jamás historiografiado con justicia, tanto en su dureza como en su equidad, junto al valeroso aval de Dami, los libró de represalias. Aunque fueron pocos, no serían los únicos medieros que resultaron redimidos de culpa. En la masía del Zorro, preguntados sus habitantes por un guardia civil, sobre su preferencia de que los visitasen ellos o los bandoleros, el hijo pequeño respondió espontáneamente que prefería los maquis porque siempre les regalaban algo, ganándose un buen sopapo del número. La pregunta, respuesta y bofetada, demostraban a las claras el reconocimiento implícito de la connivencia.

El joven contraguerrillero se reúne con sus compañeros que han vivaqueado en la ermita de Santa Bárbara, rústica y pobre capilla de piedras y barro, tejado de una sola vertiente, asientos laterales de obra y un pequeño altar formado por una losa reposada sobre unas rocas. En la pared central, de no más de seis metros de longitud por casi cuatro de altura se encuentra un ajado cuadro de la patrona artillera y protectora de tormentas. El muro izquierdo se prolonga con una especie de cobertizo donde se aloja un aljibe con su pretil, garrucha, sogas y pozal para sacar agua. Un mojón de piedras superpuestas, con su correspondiente pararrayos marca el punto topográfico de división de provincias. Desde la puntal cota, se contempla en toda su extensión el barranco del Zorro, con sus dos empinadas vertientes cubiertas de vegetación y pequeñas rocas a las que se aferran los arbustos. En la parte honda de la ladera, profundizada por un río sobre el que sobresale, por toda su margen izquierda un terreno descendente plagado de carrascas hasta finalizar el barrancal, a unos trescientos metros del camino que une los poblados de Curiel y Montanar destaca la masía que nomina el barranco y cuyos tejados se divisan desde el pico eremítico.

La contrapartida del sargento Bellido se encuentra haciendo la espera. Un seguro confidente les ha comunicado que una partida de maquis pretende realizar un secuestro en una de las tres masías agrupadas en menos de un radio de 500 metros: la del Zorro, Los Luises y El Puntarrón, servidas todas por el río de la quebrada. Desde su privilegiada atalaya otean un amplio horizonte con desnudos peñascales que rematan las empinadas laderas y los pequeños senderos que comunican las masadas, dibujados entre el verdor oscuro que los ribetea. El mayor de los hermanos Reyes ocupado en vigilar el abrupto barranco que confluye con el del Zorro y en donde se encuentra el caserío de Los Luises da la señal de alarma. Un hombre montado sobre un asno de amplias alforjas emprende la marcha hacia el camino vecinal. Bellido dirige sus prismáticos hacia el objetivo y, ordenando a sus hombres que se plieguen tras ellos, sale rodeando el pinar, junto con Maiquez, al encuentro del labriego. A menos de un kilómetro de Curiel sorprenden al paleta que, naturalmente, los toma por guerrilleros.

—Señores —se adelanta el jornalero—, llevo prisa.

—Y nosotros también —apostilla Bellido—. ¿Están ya los nuestros en la masía? —se atreve a decir confiando en el engaño.

—Sí señor —confiesa el crédulo patán—. Me han mandado ir al pueblo.

—¡A recoger... la cosa!, ¿no? —la audacia no era demasiado aventurada.

—Sí señor. A ver si me dan el dinero —el gañán sonríe con regusto de complicidad.

—¡Pues baja del burro y acompáñanos! —el labriego se apeó lívido y desencajado, comprendiendo de golpe la situación—. Yo sólo cumplo lo que me han mandado.

—Perfecto, —el sargento lo echó a un lado mientras le apoyaba la boca del fusil ametrallador en la barriga—. Ahora también vas a cumplir lo que yo te mande.

El grupo se encamina hacia el pueblo que está empezando a despertarse. Se oye el chocar del tranquero que cierra un portón. Sale un viejo enjuto en bicicleta seguido de su perro. Se encamina al huertecillo, único bien que posee junto a su casuca, va a recoger unas patatas, y acaso alguna que otra hortaliza para comer. Mira sin asombro a los hombres que se dirigen al cuartelillo. Sabe muy bien que dos de ellos son de la contrapartida y el que va en el asno es un peón de la cercana masada. Dos gorriones vuelan alocados hacia los árboles como huyendo de un desconocido peligro. Un inesperado tramo de adoquines que embaldosan no más de veinte metros de calle, preludia, sin ton ni son, la plaza de la iglesia con marco de sillares y torre de mampostería y ladrillo. El templo no tiene párroco, realiza sus funciones el mismo cura que atiende a tres aldeas más. Ardua y pesada labor, sobre todo en invierno cuando el mosén tiene que recorrer las nieves a lomos de un macho propiedad, eso sí, del curato. Dos labriegos más se cruzan en el camino de los recién llegados. El sargento maldice por lo bajo su presencia, ordenando con tono amenazante la responsabilidad del mutismo. Llegan al cuchitril donde habitan el comandante de puesto, guardia de primera, y dos números. Bellido identificándose expone su plan de emergencia. Un guardia conduce al animal al cobertizo, mientras el paisano intenta sobreponerse al miedo.

—Este es Remigio, uno de los peones de Los Luises —reconoce el comandante de puesto.

—Y debe saber muchas cosas —afirma Bellido.

—Anda hombre —el guardia de primera intenta confraternizar con el aterrado paleta—. No seas tonto y cuéntanos todo lo que sabes.

—Usted sabe, mi comandante, que yo soy del Caudillo —lloriquea el bracero—. A mí me han obligado los bandoleros amenazando con matar a don Luis —se santigua— si no cumplía sus órdenes.

—¿Y a qué te han obligado? Habla Remigio y no tengas miedo —el guardia conocía de sobra al paisano, sabía de su simpleza y pretendía sacarlo del atolladero en qué se había metido—. Si colaboras con la justicia se te tendrá muy en cuenta.

—Verá, señor jefe, a mí me mandan a recoger dinero.

—Cuéntanos.

—Pues verán, señores guardias —el palurdo ya colectiviza—. Llegaron los de la sierra sabedores de que estaba en la masada don Luis, y han pedido 50 000 pesetas por su rescate.

—¿Y cuál era tu misión?

—Venir a don Luis, el otro Luis, el hermano, a pedirle el dinero.

—No creo que lo tenga en casa.

—Mejor —comenta Bellido—. Ganaremos un tiempo precioso. ¿Cuántos hombres hay en la masía?

—Con don Luis, el mediero y tres del monte, cinco.

—¿Mujeres?

—La del masovero.

El suboficial, jefe de la contrapartida y máxima autoridad local dispuso la actuación a seguir. Comunicarían al hermano hacendado, vecino del pueblo, la petición del rescate. Lo que tuviera disponible, nunca la totalidad, lo llevaría a la masía el servidor, comunicando que no tenían más en casa y que el resto lo recogería al día siguiente y lo entregaría por el mismo conducto.

Llevadas a cabo las disposiciones, Remigio regresó a Los Luises montado en su cabalgadura y con diez mil pesetas en el serón. Intentaba remolonear con el macho tratando de retrasar su llegada. Dándose cuenta de la inútil prevención y temiendo la estupidez de su tardanza, espoleó a su montura. En poco más de media hora llegó a la senda que abandonaba los tres kilómetros del camino vecinal, adentrándose en el barranco del Zorro, para coger la vereda que confluía en la vertiente de Los Luises.

Es ya media tarde, el ambiente frío y plomizo enturbia los montes con un horizonte pálido. El criado, tras el encuentro con los maquis, retorna de la masada a horcajadas sobre el burreño libre de alforjas, con una simple manta que le sirve de montura. Ha cumplido parte de su misión. De momento los del monte han creído la cosa. Ya veremos que pasa. Tendrá que volver otra vez para entregar el resto del dinero. Cuelga de su hombro izquierdo un morral, saco de lona ahora vacío, y cabecea frecuentemente como asintiendo a sus pensamientos. Va faldeando el monte que se recuesta sobre el camino y saluda con gestos al pastor que cuida del rebaño cruzando un terreno sarguero, ese arbusto de ramas mimbreñas que crece al borde de los ríos. El miedo parece azotarle el rostro. Siente el pescozón de la culpa por su delación y no puede evitar pensar que ojalá los guardias supriman a los del monte. No entiende de política, ni de intereses ajenos a los suyos, a su rutinaria existencia hasta ahora soportable. Una liebre se cruza en el camino y le hace sobresaltarse. Sobresaltarse él, que se enfrenta al jabalí con una simple escopeta de postas y el tosco cuchillo mangorrero. Las cortadas rocas que bordean la parte izquierda del camino, blancuzcas losas formadas por el trabajo del barreno, culminan en una exuberante vegetación donde se emparejan los barrancos para confluir en la vaguada. Llega al pueblo y marcha directo a casa del terrateniente donde dejará el macho y esperará disposiciones, tal y como le ordenó el señor sargento. Le recibe la criada del otro don Luis, el del pueblo, cincuentona todavía pita, fiel a sus señores hasta la muerte. Malas lenguas dicen que en sus años mozos calmó los ardores juveniles de sus amos, aunque eso ya pasó hace tiempo. Bellido, don Luis y el alcalde pedáneo le esperan en el salón de la casona.

—¿Cómo ha ido eso? —interroga el guardia.

—Bastante bien —balbucea Remigio—. Se lo han tragado todo y han amenazado muy en serio que acabarán con la vida de don Luis, con perdón —señaló al homónimo— si mañana no les llevo el resto, antes de la caída de la noche.

—¿A la masía? —interrogó don Luis.

—A la casa no. Son muy desconfiados. Me han citado en el Pozo de la Burra.

—¿Dónde queda eso? —pregunta el sargento.

—A un tiro de piedra de la masada —responde rápido el hacendado—. Asienta en la misma barrancada. Lo han elegido seguramente por las carrasqueras y el pinar que lo ocultan.

—Si son tres los bandoleros, —razonó el suboficial— uno por lo menos tendrá que quedarse en la masía con el rehén y los masoveros, así es que lo más serán dos los que acudan a la cita.

—El Pozo de la Burra está rodeado de escondrijos —el alcalde, hombre cincuentón y de buen talante, presumía de conocer todos los rincones de su pedanía dependiente del municipio cercano—. Me apuesto un duro a que, el que sea, se esconde entre los doce apóstoles —y ante la extrañeza del sargento aclaró—: son doce pinos de la misma altura con ramas engarbulladas que crecen juntos en un rodal.

—Allí me matarán —el peón se arrodilló suplicante— si no les llevo el dinero.

—¡Quieto y tranquilo! —galleó Bellido—. ¡El burro lo montaré yo!

—¡Dios sea bendito! —exclamó el suplantado sin poderlo remediar.

Apenas apunta la noche, el sargento y sus hombres emprenden la aproximación al objetivo. Uno de los guardias lleva al macho del ronzal, en el serón se esconde una metralleta cubierta por una manta, libre del seguro y con el cargador completo, acompañado de dos *peines* más. Todavía tendrán que esperar hasta mediada la tarde para cumplir lo dispuesto, pero prefieren ocupar el terreno con suficiente antelación. Todos están acostumbrados a dejar discurrir el tiempo, esas eternas horas preventivas de cualquier sorpresa, agazapados entre matorrales, piedras y abrojos, bajo el implacable sol, lluvia, viento, nieve o helada del momento. El día transcurre diáfano, el paisaje aparece espléndido, nítido, resaltando su belleza natural. El caserío se muestra solitario, silencioso, acompañado solamente por el vuelo de algunos pájaros y torcazos que dan vida a la subyugante panorámica. Dos hombres salen del establo. El comandante de puesto identifica, con los prismáticos, a uno de ellos como el mediero, lleva sombrero de paja y un cántaro en la mano. El otro, debe ser con seguridad uno de los maquis que acompaña al labriego cuidando de no ser sorprendido. Se dirigen al Pozo de la Burra. Solamente regresa uno de ellos, se trata del campesino, levemente forzado por el peso del recipiente lleno. El bandolero se ha quedado en el pozo, a hora ciertamente mañanera. Allí, escondido tras las carrascas, esperará la llegada del mandado. Menos mal, piensa Bellido que se han adelantado ellos. No hay prisa, esperarán hasta el atardecer cuando se atenué la luminosidad con el crepúsculo de la noche y las imágenes empiecen a no ser excesivamente diáfanas.

El pequeño valle empieza a sumirse en una penumbra que resalta la hondonada de la abrupta torrentera. De la casa sale un hombre, despacio, sosegado, tranquilo, como queriendo dejarse ver ante posibles caminantes o acaso vigías. Lleva colgada al hombro un máuser, arma oficial del ejército franquista. Bellido interpreta la escena. No se creen observados pero, por si acaso, simulan que sólo una persona se aproxima al pozo. El guardia civil razona. Un maqui ya está agazapado, pegado a las carrascas,

acaso tras la misma roca de la poza, o quizá entre los doce apóstoles del alcalde. Ya son dos. El tercero queda en la masía vigilando a los rehenes y oteando el terreno a través del resquicio de algún cuarterón. El sargento dispone que tomen la casa, monta en la cabalgadura, se asegura de portar la metralleta en perfecto estado de disparo a ráfagas, quita la manta que la cubría y la deja colocada en buena posición. Se acerca por la senda que bordea la abrupta incisión del barranco, cruza uno a uno los abundantes pliegues del terreno hechos transitables por pastores y masoveros. Bellido divisa al guerrillero que hace poco salió del caserío, permanece plantado en medio del sendero a escasos cincuenta metros de distancia. De pronto, unos disparos provenientes de la masía rompen el aprensivo silencio. Todo sucede a la vez. El maqui descarga el mosquetón, al tiempo que Bellido, dejándose caer de su montura lanza una ráfaga mortal que deja sin vida al bandolero. Desde una peña envuelta en vegetación espinosa a un par de metros del Pozo de la Burra, irrumpen los trallazos del arma del hombre apostado que impactan sobre la cabalgadura. La bestia se desploma entre relinchos, coces y espumarajos sangrientos, y el guardia civil la toma como parapeto.

Un silencio total, pesado y denso se instaura en la montaña, como la calma que sigue a una tempestad destructiva. Parece haber desaparecido cualquier vestigio de vida. Todo se torna de un color grisáceo, turbio, borroso, con olor a resina de pinos maltratados. Bellido consume al completo un cargador cubriendo en abanico la zona de donde procedían los disparos, y permanece apegado al terreno, separadas las piernas para afianzar el retroceso del arma, la cabeza protegida por el arco del cuello caballuno, ajeno por completo a esa mezcla de sangre, babeo y orines que le impregnan. Segundos, minutos que parecen horas inundan el llanto de los montes. Nuevas ráfagas de disparos. Otro silencio. Esta vez largo, muy largo, excesivamente largo. Hay que decidirse. Bellido alza la voz y reclama respuesta de sus hombres. Vuelve a gritar y oye responder el deseado grito de ¡Misión cumplida! ¿Con qué resultado? Eso sólo lo sabrá cuando se reúna con su gente. Se levanta y contempla indiferente el cuerpo del maqui yacente entre espliegos con la cabeza destrozada de imposible identificación. ¿Y el otro?, el escondido entre matorrales. Llega un guardia de la contrapartida, sin novedad, ¿y los de la masía? No sabe nada. Revisan el terreno que cerca el pozo, restregando arbustos, aliagas, pedreras y zarzales, un reguero de sangre sale junto a los pinos. Otro cuerpo sin vida, con el pecho destrozado y el vientre sangrante. La escena se completa con un cuadro de muerte grotesca y repugnante. El asno ametrallado, carente por completo de vida, rodeado de un enjambre de moscas que parecen haberse reunido para alimentarse de sangre y excrementos, cocea de vez en cuando como queriendo librarse de las picaduras de los insectos.

—Sin novedad, mi sargento —el guardia de primera saluda a su superior—. El bandolero de la masada, muerto. Los demás bien.

Bellido redacta, en el puesto, el parte correspondiente.

Asunto: enfrentamiento con el maquis
del jefe contrapartida SB
al Sr. Teniente Jefe de Línea

Tengo el honor de dirigirme a Vd. comunicándole que en el día de la fecha, enfrentada esta contrapartida con la ayuda de la guardia civil del Puesto de Curiel, con un grupo guerrillero que había realizado un secuestro en la masía de «Los Luises», el resultado satisfactorio ha sido el siguiente:

1. Los tres bandoleros muertos, pendientes de identificar
2. Sin novedad el secuestrado Don Luis Martínez Peña y recuperación de 10 000 pesetas que se habían entregado como cebo.

Lo que le comunico para su conocimiento y efecto.
Dios guarde a Vd. muchos años.
Fecha y firma

Y como tantas veces después de un duro servicio, la contrapartida no descansa. Dormirá en el monte continuando su transitar. Cruzan la cabecera del valle donde confluye una barranquera de tres vertientes, atraviesan un bosque sombrío tupido de pinos albar, en una calva verdinegra se detienen a pernoctar. Al comienzo del amanecer, todavía sumido el paisaje en la penumbra, las ramas del pinar semejan firmes cubiertas que cobijan los miedos, el agotamiento y el reposo. Los restos de un arruinado corral hacen de parapeto al desagradable vientecillo mañanero, los guardias desperezan sus miembros, mientras el Culebras, siempre vigilado, termina un pitillo sentado en un promontorio. Sucios, barbados, cubiertos de tierra, rasguños y arañazos de pinchos y rocas ceñudas, emprenden su eterno camino en busca de pistas, encuentros, señales que indiquen la proximidad del enemigo.

La vida en el monte es dura para todos. Los puntos de apoyo son el objetivo prioritario. Con el tiempo habían cambiado las formas de suministro. Al principio, los mismos enlaces subían al monte llevando al campamento, víveres, mantas, cuerdas, papel, lápices o tinta para escribir sus proclamas. Esto conllevaba el riesgo que al caer el recadero acababa declarando el lugar de asentamiento de la partida. Se procedió entonces a destacar a uno de los maquis para que se acercara al punto de apoyo, sin que los mismos campesinos supieran donde se encontraba el grupo. Este procedimiento dejaba mejores resultados, aunque al final, con la enseñanza de la experiencia, se procedió a que los enlaces dejaran, cada vez en un sitio, las provisiones o requerimientos, acudiendo allí posteriormente alguno de los guerrilleros a recogerlos.

La contrapartida de Bellido asciende por un collado de donde arranca una vertiginosa pendiente por la que serpentea un sendero con molesto y espeso follaje de aguzadas puntas. Abajo, en la hondonada donde finaliza la senda, un herbazal configura el prado de una masada que incita a visitarse. El sargento y Dami, con el Culebras se adelantan al encuentro del labrador que cuida su cosecha. Siempre conviene tomar contacto con los masoveros acompañado de algún exmaqui, conocido como componente de una partida de guerrilleros.

—A los buenos días —saluda Culebras, respondiendo el labriego con

onomatopeyas y marcada indiferencia—. ¿Hay alguien en casa?

—La mujer —es el único comentario—. Dile que os dé algo.

La tranquila respuesta y la continuidad de la tarea supone, sin necesidad de grandes figuraciones que el maqui es persona conocida. Los tres hombres marchan hacia la casa recorriendo el pequeño espacio que la separaba, esparciendo a las tranquilas gallinas que picoteaban en el ribazo, y haciendo corretear a dos gatos habituados al sosiego. El Culebras vocea en la entrada anunciando su presencia, acudiendo una mujer sesentona, la cabeza destocada, con falda negra y ajado corpiño sobre el que se ajusta un sucio delantal.

—¡Hola, majos! ¿Qué os trae por aquí?

—¿Qué nos va a traer? ¡El hambre! Nos ha dicho tu hombre que nos arregles un poco.

—A nadie se le niega el pan en esta casa —comentó la peculiar mujer.

—Es que somos más.

—Pues ya sabéis. Cuantos más, a menos se toca. ¿Vale?

Todos los de la contrapartida, excepción del que se quedó afuera de guardia entraron en la masada. Saciaron medianamente el apetito tirando a gusto del porrón, sobre todo el Culebras, a quien tuvo que llamar al comedimiento Bellido. Al poco rato llegó el masovero cargado con un saco de hortalizas que asentó en la bancada del lar; se quitó la gorra y echó un trago largo del botijo, rematado con otro algo más corto del tintorro.

—¿Vais de paso, no?

—Como siempre —habló Culebras— solamente queremos matar el gusanillo.

—¿Y los guardias? —preguntó interesado el sargento—. ¿Hace mucho que han pasado por aquí?

—Quince o veinte días por lo menos —interrumpió rápidamente la mujer—. Vienen de tarde en tarde.

El mediero miró fijamente a la vieja y permaneció callado. Nunca solía contradecirla y no le iba mal la cosa. Se sentó en una silla de pino, asiento de anea y ennegrecida por su eterno encierro y recostándose hacia atrás sacó de la faja su petaca. Se hizo un puño de tabaco picado, seco, de cortas partículas, color oscuro y sabor fuerte, mientras sujetaba entre los labios un papel de fumar, y se lió un cigarro sin cuidar siquiera de ninguna invitación.

—Que te aproveche —rezongó el Culebras.

—¿Quiere alguno? —ofreció no muy dadivoso el gañán, que ante el silencio de la concurrencia volvió a fajarse la tabaquera.

—Bueno, ya sabéis —advirtió el exmaqui—. No nos habéis visto.

—Descuida hombre —habló la vieja—. Nosotros damos siempre «comida al hambriento» y «posada al peregrino» —citó las bienaventuranzas— «sin que la mano derecha sepa lo de la izquierda» —acabó sin saberse si había hablado con intención o citando la Biblia.

La contrapartida retomó su marcha. Nuevamente en silencio en fila de a uno, cambiándose a trechos para hacer de avanzadilla, monte a través, huyendo de los caminos, cuidando de semejar lo más posible el caminar del maquis. Buscan el encuentro con la guerrilla, no rehuyen el choque como otros menos avezados, atentos a cualquier ruido extraño, huellas de pasos o tronchados arbustos. Atrás quedó la casona, ya ni se vislumbra la chimenea que ambientaba el lugar con su humareda. Pero sentados junto a la lumbre, espantando alguna que otra mosca borriquera, díptero con aguijón en vez de trompa, el rústico matrimonio demuestra la espabilada y despierta sagacidad femenina.

—Mañana vas al cuartel a denunciarlos.

—¿Pero qué dices, mujer? ¿Quieres que nos perdamos?

—Lo que oyes. ¡Mañana los denuncias en el pueblo!

—¡Estás loca! ¡Nadie puede protegernos de los del monte!

—Tú no estarás loco, pero eres tonto —increpa la mujer.

—Pero ¿no has visto al Culebras?

—Mejor que tú. A él... y a los otros...

—Bueno, ¿y qué?

—Que los otros son guardias.

—¿¡Cómo guardias!?

—Guardias y muy guardias. ¿No les viste las manos? Eran del campo, sí, pero no del monte. El más joven las tenía de hembra, si acaso algún rasgón de pinchos. Iban sucios, las uñas ennegrecidas, pero aunque comían con hambre, no lo hacían con la avaricia de los del monte. Te digo que eran guardias.

—¿Y si te equivocas?

—¿Cuándo lo he hecho? Esos hombres no llevaban el sudor, la podredumbre y el olor de animal montés que sale de los guerrilleros. No traían encima el tufo del miedo. ¡Son guardias! ¡Te digo que son guardias!

—¿Tan segura estás? —remoloneaba ya dudoso el marido.

—¡Segurísima! Si no los denuncias, el día menos pensado tenemos aquí a los civiles y nos matan a palos.

Completamente ajena a todo esto, la España urbana se escandaliza con Rita Hayworth en la película *Gilda*, puntuada por la Iglesia como 4, *gravemente peligrosa*, y el siniestro dictador Stalin en reunión privada con Carrillo, Pasionaria y Antón recomienda un cambio de táctica en la lucha antifranquista suprimiendo las guerrillas, prefiriendo actuar políticamente en células comunistas de infiltración obrera y campesina.

15. La Ciutat Vella.

Muerte en la estación.

Junto a la farola decimonónica, muy cerca de donde se alinean tres tartanas, pequeño carruaje de dos ruedas cubierto por un toldo y tirado por un caballo, Julián espera la llegada de los pasajeros. El tren acaba de lanzar sus pitidos de aproximación y se escucha el chirrido de los frenos y el borbotamiento sofocante del vapor. El guerrillero se ha adelantado a las previsiones. No tenía que esperar a nadie pero sabía que en ese día llegaría el contacto que debería conocer en el número 26 de la calle Mazantini, dos días más tarde. Sólo tenía referencias. Varón, pasados los cuarenta, 1,70 m de estatura, pelo negro, cara cetrina con bigote, gafas ahumadas y falta de los dedos anular y meñique de la mano izquierda. Otras identificaciones había realizado con éxito con muchas menos especificaciones. Mientras consume un pitillo inglés, de suave sabor, adquirido en el mercado negro, observa detalladamente a cada viajero que sale por la neoclásica puerta izquierda del edificio sobre la que se encuentra un vitral churrigueresco medio cubierto por el cartel de *Salida de viajeros*. No tiene que realizar gran esfuerzo puesto que los que se dirigen hacia los carruajes apenas llegan a la docena. La mayoría son esperados por familiares o amigos que, o bien llevan su carro tirado por un borrico para los fardos, o simplemente cogerán el tranvía para que los lleve a su destino.

Una mujerona, sana y corpulenta que transporta un enorme envoltorio, mantiene un rifirrafe con los aduaneros que le conminan a que descubra el sospechoso bulto. Un par de curiosos se acercan a la escena que produce un pequeño altercado. Todo el mundo sabe que los carabineros no se andan con chiquitas y tratan de evitar la entrada fraudulenta de artículos de comercio. Julián sonríe sin distraer su vigilancia al observar que, aprovechando el desorden un individuo enjuto y encorvado, con dos pequeñas maletas, sale presurosamente de la puerta aligerando su paso y sin ser visto por los guardias. Ahí va el verdadero estraperlista, piensa y acierta, porque la saludable mujer, tras comprobar la escapada, facilita el inocente desembalaje sin ningún contratiempo.

El ojo avizor del guerrillero le hace advertir la proximidad de un hombre, con las características sabidas que se dirige hacia una de las galeras portando un maletín y

colgando del brazo izquierdo una gabardina. Al subirse al landó descubre su mano izquierda confirmando su identidad. Julián coge otro carruaje y tras entregar al cochero dos duros, cantidad impensable para el servidor, ordena el seguimiento con total discreción. Conoce la ciudad y sabe que la calle Mazantini se encuentra precisamente a la otra vera del río. Para llegar a ella, o hasta la *Ciutat Vella* tienen que pasar el macizo puente de tres ojos, dejando atrás la zona de alquerías alejándose de la antigua y derruida muralla, para adentrarse en el centro de la ciudad, precisamente en uno de los barrios burgueses de casas con terrado y alguna hasta con ascensor. Pero las calesas discurren prácticamente en sentido contrario, siguen el cansino trote de las mulas dejando las huellas de ruedas protegidas por hojalata, esa lámina de hierro estañado que protege la madera. Llegan a un esparcido suburbio, chozas, barrizal y mugre donde juegan unos niños descamisados y bullangueros que acompañan a las caballerías y milagrosamente no se engranan entre los radios del carruaje. El calesero de Julián fustiga a la bestia y atraviesa fugaz el villorrio. Ha cuidado de mantenerse alejado del perseguido, pero ahora se encuentran en ruta abierta, llegando a un marjal entrecruzado por caminos de suelo firme abocados a espacios de tierras bajas de exuberante vegetación.

—Señor —grita el del pescante—, ahora llegamos a una zona de alquerías y casetas. Va a ser imposible que no se den cuenta que los seguimos.

—Pare un momento en aquellos árboles.

Medio cobijados en una pequeña alameda, Julián consciente de que no podían pasar desapercibidos, quiso asesorarse sobre el terreno.

—¿Hay muchas casetas por aquí?

—Una sola que esté cerca, señor. La del Pintor. No es precisamente una caseta. Está ahí al lado, pero si no quiere que se enteren que los seguimos debemos dar ya la media vuelta.

—¿No podría usted averiguar con seguridad si el pasajero ha bajado allí?

—Naturalmente, señor —el auriga veía aumentar su propina—. Nos esperamos en el caserío que hemos sobrepasado y yo le pregunto al compañero cuando regrese.

Realizadas las pertinentes recomendaciones Julián pudo enterarse de que el viajero se había apeado en la mencionada finca, edificio representativo adornado por un palmeral y una amplia terraza desde la que se divisaba un bello paisaje azulado de mar y cielo embellecido por el recorte de unas montañas no demasiado lejanas. El propietario era un pintor, de ahí el nombre de la quinta que en la actualidad estaba alquilada a unos señores de Madrid a los que nadie conocía. La información resultó satisfactoria, la remuneración más que adecuada, y el satisfecho cochero llevó a su viajero al mismo lugar en que lo recogió.

Julián acudió al hostel donde debía hospedarse, junto a la estación, con derecho a desayuno, cena, cambio de sábanas cada semana, jofaina de loza sobre un soporte de madera que desagua sobre un cubo, jarra, espejo y toalla individual y permanente; todo un lujo por 8 pesetas diarias. Las órdenes de Mariano empezaban a no ser

exactas, por lo menos en lo referente a localización. El esperado enlace no se dirigió hacia el popular barrio de la ciudad vieja, ni tampoco hacia el de clase media-alta de la calle Mazantini. ¿Por qué esa ocultación en la refinada alquería del Pintor? Puestos a discurrir, en la ciudad existían, por lo menos, tres puntos de apoyo: el de la mencionada finca, el del barrio burgués y el del centro antiguo. Aún quedaban casi dos días para darle vueltas a la cabeza. Después de todo, si no le parecía conforme la misión, ya no tenía ningún inconveniente para pasar a Francia, no huyendo, sino para desligarse del tortuoso PC. Muchos enredados hilos parecían envolver la madeja de los mandamases. ¡Antifranquista, sí; comunista nunca!

Sobre un primitivo marjal, ocupado en su mayor parte por arrozales se encuentran algunos pequeños islotes, en uno de los cuales está asentada la alquería del Pintor. Grandes masas de vegetación bordean el perímetro del lago, hábitat natural de numerosas aves acuáticas y vida sumergida que embellecen el paisaje y alimentan a sus moradores. La cantidad de agua que comunica con el mar muy superior a la que se vierte de los diversos barrancos, acequias y ríos, reunión superficial de la comarca, demuestra la existencia de una alimentación subterránea, ciertamente desconocida hasta el presente. Julián piensa volver a la Albufera en un intento de conocer algo de los visitantes del palacete del Pintor. Cogera el tranvía para dirigirse a Catarroja donde llegará para tomar el carruaje que tiene que conducirlo al puerto de barcas pasando por la pintoresca Isla del Palmar y llegando al Perelló. El cúmulo de fuentes que conforman el lago, puede recorrerse a través de una serie de canales, alquilando en el Saler una lancha por tres pesetas. No resulta muy difícil al maqui que el avisado barquero, sensual y epicúreo a la vez que realista, previo el correspondiente enjuague, describiese con los típicos arabescos del pescador todo y más de lo que sabía sobre los nuevos inquilinos.

—Son unos señores de Madrid. Y digo señores, no por el *encumbrament* sino porque hasta tienen un criado, algo *verinós* porque no se habla con nadie pero yo lo he visto en el *terrao* manejando un aparato de radio. Entre usted y yo, señorito, tienen pinta de estraperlistas fuertes, de esos que traen cosas del extranjero. Sé que han contratado a algún compañero para que les lleve en la barca unos fardos grandes que entran por el mar. Con ello no quiero decir, la *veritat* sea dicha, que sea mala gente. No. *Vostè* disculpe, pero todos sabemos lo mal que está *tot*.

La interesante conversación es interrumpida por los vocingleros gestos de un propio que regresaba apresurado hacia el amarre de lanchas cruzándose con la de Julián. Los barqueros hablan a voces en el idioma del lugar, salpicado de expresivas palabras algunas de las cuales son captadas por el viajero. El servidor se explica. La policía ha ocupado la alquería del Pintor. Por lo visto estaban esperando a alguien. Mejor es regresar a puerto. Trasiegan la laguna impelidos por la rapidez de la pértiga que se apoya en una profundidad media de 1-2 metros, sorteando expertamente las pequeñas y numerosas islas que la embellecen con sus matojos y cañaverales. Ya en tierra un corrillo de pescadores comenta lo sucedido, con mayor o menor ajuste de

realidad. Los agentes del orden han irrumpido en la finca consiguiendo apresar a dos de ellos, escapándose el criado de forma incomprensible. Se trataba de unos contrabandistas de armas, uno de ellos llegado recientemente de Francia y que ha resultado ser un jefazo buscado por las autoridades. Julián no precisa conocer más. Las suposiciones de los pescadores podían ser todo lo rocambolescas que quisieran, pero lo cierto era que Amadeo, el contacto llegado del país vecino había sido apresado. De momento la seguridad obligaba a regresar a la ciudad, abonar los gastos de pensión y cambiar inmediatamente de residencia. Acaso debería volver a la sierra, marchar directamente a Francia, o quizá intentar averiguar algo en la capital. Tenía una dirección: Mazantini 26, portería; y una referencia: Albañilería *El Pardal*, *Ciutat Vella*. Mientras regresa en el tranvía observa el sólido puntal agrario de los valencianos, ese fértil campo disputado al agua contaminada, al nauseabundo barro, cegando con tierra nueva el encharcado terreno. Ha sido vencida la ciénaga, y la luminosidad de Sorolla hace la belleza de lo real más cierta que la de la imaginación. El guerrillero se cambia de pensión; ocupa una habitación en casa de una anciana recomendada por la misma patrona del hostel que abandona. En la calle Martí, esquina a la Gran Vía del Marqués del Turia. La portera vende gusanos de seda, a diez céntimos la unidad de los más grandes, a punto de hacer capullo y por un real te da tres. Cerca está el cine Goya, y al lado un kiosco donde se puede encontrar nada menos que el *París Hollywood*, que se presta de mano en mano por 20 céntimos.

La portería del n.º 26 de la calle Mazantini, está regentada por un mutilado de guerra que mantiene al matrimonio formado por su hija y un pintor de brocha gorda que pasa la casi totalidad del día fumando picadura y leyendo el *Levante*. En el momento de la llegada de Julián está contando los dineros que su pizpireta esposa ha obtenido haciendo la limpieza en casa de los señores del piso principal centro. El recién llegado se identifica como enviado por Mariano el del pueblo. Contra toda costumbre el haragán suelta la calderilla en una pequeña bandeja de mimbre y se levanta rápido.

—¡Ah! ¿Mariano? ¿El de las masadas?

—Sí —responde el visitante, comprendiendo la intención—. El mismo. Vengo de por allí y me han dado esta dirección.

—Sí, sí —se dirige a la mujer—. Lolita, quédate aquí con tu padre que voy a acompañar a este señor.

Sale de la portería y palmotea la espalda de Julián como si fuesen antiguos conocidos a través de una misma amistad. El guerrillero, acostumbrado a estas improvisaciones, se aviene inmediatamente a la situación. Marchan aparentando una camaradería inexistente, cruzan la Gran Vía y llegan a la calle Ruzafa donde cogen el tranvía n.º 7, medio colgados en el pescante. Como siempre va atiborrado de gente, sobre todo hombres que van o vuelven de la faena. El griterío apenas deja oír el campanilleante sonido que produce el tranviario golpeando con el pie una varilla de hierro situada junto a la enorme rueda del freno. El convoy está formado por dos

unidades, la del motor y la jardinera, de bancos atravesados y unas cortinillas, más o menos recogidas, de lona gris. El color amarillo sucio del exterior, la brava ballesta que rula entre los cables eléctricos y que, en ocasiones, obliga al conductor a ajustarla manejando una larga cuerda, junto con los significativos letreros interiores de: *Conserven los billetes*, *Prohibido hablar con el conductor* y *Cuidado con los rateros*, ofrecen un cuadro pintoresco y popular del veterano transporte. Al apearse cerca de las Torres de Cuarte recorren largas y tortuosas callejas donde se asientan los artesanos de la ciudad, constituyendo una serie de gremios de canteros, *pedrapiquers*, *sogueros*, curtidores, *guanters*, zapateros y otros muchos que decoran los portales con sus elocuentes placas rotuladoras. Entre algún edificio de rango abolengo, más o menos abandonado, incluso casonas de estilo nobiliario, se apiñan otras que escenifican la vida callejera de la ciudad junto a destartados mesones, cuidadas posadas y típicos hostales, que dan nombre a más de una plazuela. Los recién conocidos se dirigen hacia otras zonas del barrio donde ya no existen grandes patios ni hermosas celosías entre cuyas rejas se vislumbran plantas y jazmines, sino casas de «escalera» con un pequeño ventanal resguardado por rejas para dar luz al interior. El gran sainetero valenciano Eduardo Escalante Mateo gran conocedor de este tipo de viviendas por haber habitado una de ellas las inmortalizó en representativos sainetes entre los que destacó *La Escaleta del Dimoni*. Llegan a un portal cuya placa de bellos, aunque gastados, azulejos luce el rumboso título de *Albañilería el Pardal*, llaman a la casa golpeando una aldaba en forma de mano cerrada sobre una bola. Una voz pregunta.

—¿Quién es?

—El Pintor.

La puerta se abre gracias a un ingenioso sistema de cuerda enganchada a un picaporte, que se vence al tirar de ella a través de una garrucha. Entran en el zaguán, lóbrego, húmedo y antihigiénico en el que se percibe un cierto vaho impalpable, suben al primer piso donde aparece un corredor, mugriento y desconchado, al que abocan cuatro puertas en una de las cuales se encuentra un individuo joven, aseado aunque con ropa raída que permanece apoyado en el dintel.

—¡Hola Vidal! ¿Qué te trae por aquí?

—Presentarte a un amigo de Mariano.

—Entrad y sentaos donde podáis.

El cuchitril es destartado en extremo aunque, eso sí, tiene un ventanuco enrejado que le permite ver la calle y, sobre todo, recibir luz del exterior. Otra de las comodidades es que, por la noche, no precisa encender bombilla alguna ya que, un hermoso farol decimonónico, ahora iluminado por electricidad, está instalado precisamente bajo el mugriento acristalamiento. Una cama metálica con colchón de borra, almohada a juego y una manta que sólo se emplea en determinados meses, componen el ajuar de noche, acompañado de una pequeña mesa de pino, armario desvencijado, y dos sillas de enea. Una puertecilla interior comunica a no se sabe

donde, quedando vedada para los visitantes.

—Este es Julián, el de la sierra —presenta Vidal—. Y éste —dirigiéndose al inquilino— es Calero, el único que escapó de la alquería del Pintor.

—¿Con que tú eres Julián el de la Agrupación del Mariano? ¡Menuda escabechina os han hecho!

—Nosotros nos jugamos la vida —responde de mala forma el maqui.

—¡Y nosotros también! ¿Qué te crees? Sólo yo he podido escurrir el bulto de la escabechina.

—Bueno —intercede Vidal—. No estamos aquí para cabrearnos ¡Es lo único que nos falta!

—Perdona chico —Calero retrocede—. Es que la cosa está muy mal. No te molestes si te pido el salvoconducto y las cédulas de identificación que te habrán dado.

—Sabes mucho, pero no todo. El salvoconducto ahí te va —se lo da bruscamente— en cuanto a mis cédulas de identificación son mías plenamente, intransferibles e *inenseñables*.

—Buen luchador —piropeó el ocupante—. Anda, sentaos en las sillas, yo me sentaré en la cama.

—Julián tenía que ocuparse de Amadeo.

—Pues se ha quedado sin servicio. A Amadeo y a los de la alquería se los habrán ya liquidado. Ya os he dicho que soy el único que se salvó.

—¿A la mujer también?

—Puede ser que aún esté viva. Son las más rebuscadas para las guarradas de los guardias.

—Lo malo es que nos hemos quedado descabezados —gimotea Vidal.

—Mi célula del PC ya no existe. Sólo conozco a uno del *agit-prop*.

—Yo no quiero nada con ellos —corta Julián—. Si no hay nada aquí, me vuelvo a la sierra.

—Espera, hombre. No seas tan impaciente. Quédate aquí en casa unos días y ya trataremos de enmendar el *empastre*.

—Muchas gracias. Me quedaré un par de días pero no aquí. Yo ya tengo mi sitio.

Calero pone al corriente de la situación al recién llegado.

Los *cazas de ciudad* organizados por el PC como apoyo imprescindible para el desarrollo de la lucha antifranquista, habían recibido un fuerte golpe policial en la región levantina. La represión contra grupos del tipo de Los Galileos y La Gabardina, junto al descubrimiento de algunas organizaciones clandestinas encargadas de distribuir propaganda, establecer contactos, difundir consignas e incluso realizar cotizaciones, cercena gravemente las células urbanas del PC.

Los tres hombres acuerdan reunirse en una céntrica cafetería valenciana, frente a la plaza de toros donde, en ocasiones, deleitaba al respetable el violinista Pascual Camps, en espera de las instrucciones que recibiría Calero de su contacto.

Cuando al cabo de 48 horas acuden al Café Teatro las noticias no pueden ser más desesperanzadoras. La policía, enterada por un delator de la presencia de tres maquis en una casa de campo ilicitana había intentado apresarlos, siendo recibidos por un fuerte tiroteo cuyo resultado fue la muerte de un agente y la consiguiente huida de los bandoleros. Unos días más tarde, un vecino que se dirigía de Beniganim a Cuatretondeta, pueblos próximos a Alcoy, descubre luz encendida en una finca de recreo perteneciente al popular novelista Rafael Pérez y Pérez, del que se sabía estaba ausente. Avisada la Guardia Civil, se dirige hacia la casa acompañada por algunos paisanos de los alrededores. En un largo enfrentamiento, mueren los maquis y resulta herido uno de los vecinos.

—No podemos renunciar a nuestros principios, ni dejar abandonados a los que luchan en la sierra. Aquí tenemos un lugar seguro donde esperar informaciones que nos llegarán sin duda desde Francia.

—Yo me retiro de lo imposible. En la portería paso desapercibido y no tenéis que temer nada de mí.

—¡Tú sigues con nosotros! —zanjó amenazante Calero.

—¡Déjalo! —intercedió Julián—. La cosa hace tiempo que empieza a ennegrecer. No conviene tener a timoratos entre nosotros. Por la cuenta que le tiene no hablará. Y si hablase... pues ya sabes...

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Me vuelvo al monte de donde nunca debí salir.

—Quizá tengas razón, amigo. La verdad es que nos pintan bastos. De haber salido bien las cosas, tenías luego que marchar hacia Cataluña, ¿no?

—A Barcelona concretamente.

—Pues por allí campea un tal Teherán, al parecer judío francés, administrativo de una empresa constructora, que se encarga, previo pago, claro, de pasar a Francia a los desertores del maquis.

—Muy enterado estás tú de todo —comentó, serio, Julián.

—Nunca he comprendido de dónde saca tanta información —intervino estúpidamente Vidal.

—¡Imbécil! Los jefes tienen confianza conmigo que no soy un cagueta como tú. ¡Anda! ¡Marcha a tu portería a cuidar a tu señora que yo quiero hablar con Julián!

—¿Qué es eso de cuidar a mi señora? —se escamó el aludido.

—Pues eso, cuidarla, que es lo que debe hacer un buen marido.

Vidal se marchó rumiando la advertencia. No es que le resultara muy agradable, pero tampoco deseaba ahondar en sus sentimientos. Vivía bien, su suegro mutilado adicto al Régimen lo mantenía, y su mujer, en el peor de los casos le costeaba sus vicios. ¿Qué más podía esperarse de esta perra vida?

—No debiste decirle eso.

—¡Bueno, hombre! Yo sé muy bien cómo tratar a mi gente.

—¿A tu gente? ¿No me dirás que eres un mandamás del Partido?

—Tanto como un mandamás, no. Pero algo pinto.

—Lo siento —remachó Julián—. No te pega ser comunista.

Los dos hombres se miraron fijamente, mucho más tiempo del que ellos mismo se percataron. Algo intangible, cerebral, psíquico, extraño, les entrelazaba y repelía al mismo tiempo. Calero fue el primero en hablar.

—Verás. Los de Toulouse han enviado un delegado para que establezca contacto con la vieja guardia del Partido. Sus informaciones han sido muy distintas de las que se esperaban. Ni la guerrilla estaba tan fuerte como se decía, ni mucho menos el dictador está a punto de caer. A su regreso a Francia y contar lo que le habían dicho y visto en España, ha sido acusado de derrotista y expulsado del PC.

—Y bien —cortó Julián—. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo, aparte de demostrarme tus conocimientos?

—Decirte que no tienes nada que hacer aquí.

—Volveré a mi sitio. Al monte.

—¿Y por qué no, salir de España?

La pregunta, directa, intencionada, autoritaria, acaso inexplicablemente suplicatoria impactó brutalmente en el cerebro del maqui que se sintió confundido. Sin saber por qué, posiblemente por asociación de ideas, recordó cuando Cristino le confesó su deseo de huir y le deseó suerte. Hurgando en los tortuosos recorridos de las sinapsis nerviosas, llegó a imaginar que quizá le esperase la misma suerte que al amigo perdido. Siguiendo una maraña inextricable de razonamientos, conjunto aberrante de sensaciones, se estableció entre ambos una enigmática conversación.

—¿Saldrías tú también?

—No —respondió firme Calero.

—Entonces ¿por qué me lo aconsejas?

—Porque tú has perdido y no tienes aquí futuro alguno.

—¿Y tú, sí?

—A mí me queda mucho por hacer.

Con un gesto instintivo, con seguridad no filtrado por el tamiz del consciente, Julián se llevó la mano hacia el lugar donde ocultaba su pistola. Calero permaneció quieto, con los brazos caídos y la mirada fija en los ojos de su acompañante.

—No lo hagas. Sólo serviría para perderte definitivamente. Márchate pronto. Antes de que sea demasiado tarde. Acaso nos podamos volver a ver alguna vez, si no en el mismo bando, por lo menos en el de la comprensión.

—Eres un traidor que mereces la muerte —susurró Julián.

—Soy un cumplidor de mis ideales. Como tú de los tuyos. Los dos hemos podido matarnos. Pero no somos asesinos.

Salieron de la cafetería decimonónica. En ese momento Camps, primer violín, interpretaba la *Serenata de Tosselli*, selecto compositor italiano que consiguió fama universal con esa obra, aunque fue autor de numerosas operas, sinfonías y romanzas, además de amante y esposo de la reina Luisa de Sajonia de la que se divorció para

contraer segundas nupcias. Llegaron a la Plaza del Caudillo, engalanada desde antaño con el colorido de las floristerías, pasaron por la plaza del Mercado uno de los famosos escenarios de novela del no menos colorista Blasco Ibáñez, rodearon La Lonja, en el centro histórico de la ciudad, frente a la iglesia de los Santos Juanes. Construida entre los años 1482 y 1548, fue su primer artífice *Pere Compte* siguiendo el modelo de la Lonja de Palma de Mallorca. Obra maestra del gótico civil valenciano, edificio emblemático de su siglo de oro, el xv, representó la muestra de la revolución comercial durante la Baja Edad Media, así como del prestigio y desarrollo social de la burguesía.

—Si quieres cruzar la frontera, llégate al maestrazgo, y en menos de quince días puedes rebasarla por el sector de la AGL —informó Calero ya desprendido de precauciones—. Ojo con emplear el tren como medio de transporte. Es lo que más se vigila. Si lo haces, no llegues a los Llanos de Barracas. Allí siempre se hace la espera por considerarse un paso obligado de guerrilleros.

—¿Por qué me dices todo esto?

—No lo sé.

—¿Acaso realizas un doble juego?

—Conozco tus antecedentes y no mereces morir como un perro.

—No me has contestado.

—No hace falta.

Caminaron en silencio un tiempo que les pareció eterno. Julián recordó las historias contadas de la guerra civil cuando los enemigos atrincherados se intercambiaban tabaco, librillos de papel y chocolate.

—Apéate en las cuestas del Ragudo, donde las dos locomotoras que lleva el convoy apenas dan para subirla. El segundo túnel es el ideal. Al salir del mismo, la lenta marcha facilita la escapada ayudada por la molesta carbonilla que obliga a cerrar las ventanillas en el oscuro trayecto. ¡Suerte!

Calero dobló una esquina de las tortuosas callejas del entorno y desapareció de la vista. Julián, se detuvo pensativo en la Gran Vía Marqués del Turia contemplando la orgullosa estatua del *Palleter*, Vicente Doménech, nacido en Paiporta en 1783, vestido de *saragüell*, traje huertano con faja roja en la cintura. Personaje popular y destacado durante la Guerra de la Independencia, fue el primero en alzarse contra los franceses en Valencia. El oficio que le valió su apodo, consistía en vender pajuelas inflamables para cualquier uso del fuego. Conocía la historia a través de su admirado antiguo jefe, el teniente Amado Granell aquel con quien entró en París con los carros de combate de nombre patriótico. Ni entendía ni quería tampoco hilvanar las nuevas circunstancias. La acción guerrillera estaba derrotada, y a pesar de las consignas, embustes y alharacas del Buró Político, ellos más que nadie sabían que enviaban a los hombres a la muerte. Moscú había ordenado el cambio de táctica, pero el PC español no estaba dispuesto a desistir en su locura. Algún día podrá saberse el empecinamiento en continuar un objetivo perdido. Muchos murmuraban que lo que

se perseguía era presentar, en el futuro, la heroica y única oposición al franquismo del Partido Comunista; aunque la extravagancia resultara creíble a través de una pila de muertos, ajusticiados, detenidos, traicionados y engañados.

Julián llegó al portal de la calle Martí, donde vivía alquilado Subió al cuarto y último piso cuya puerta le abrió la propietaria. La simpática viejecita, que se subía todos los días cuatro veces la escalera, le saludó cariñosa haciéndole saber que estaba preparando la cena, el típico hervido nocturno de casi todas las casas valencianas que pueden permitírsele: judías verdes, patatas y cebolla, generalmente sazonado con aceite y vinagre. Cuanta gente, pensó el guerrillero, soporta con estoicismo digno de mejor causa, el hambre, la enfermedad y la miseria, cuantísimos, millones permanecen ignorantes y, aún peor, indiferentes al llanto de los montes. Mientras compartía mesa con la anciana que cuidaba con esmero del servicio, Julián intentaba seguir la vivaracha y expresiva locuacidad de su anfitriona, sin lograr apartar de su mente la cada vez menos críptica advertencia de su enlace. También sabía él que la lucha estaba perdida, que los capitostes desde el extranjero los mantenían, no ya en un futuro incierto, sino derrotado y cruelmente vencido.

Entre tanto en un cuartucho malsano, con un pequeño tragaluz como única ventilación, ante una desvencijada mesa de madera sobre la que pendía una bombilla, dos hombres departían una muy significativa conversación. El habitáculo en cuestión se encontraba en uno de los numerosos burdeles del barrio del Carmen, lugar dedicado, aparte del lenocinio, a equívocas reuniones, transacciones sospechosas y común bribonería, naturalmente consentida por la autoridad competente a cambio de las confidencias del ama regidora y algún que otro beneficio.

—Gracias a la caída de Amadeo hemos logrado la desarticulación del comité regional valenciano. Este medio franchute ha cantado como los ángeles.

—Julián es otra cosa. Merece escapar a Francia.

—Tú siempre tan indulgente, Paco. Aún tenemos que exprimir más jugo.

—Me atrevo a pedirle, mi capitán, que lo deje escapar. Es todo un soldado.

—Y si se enteran los de arriba ¿qué? ¿Me salvarás tú?

—Usted sabe, mi capitán, que no sería el primero al que se le da suelta.

—Sí. Pero a cambio de algo.

—A cambio de toda la información que aún puedo obtener.

Los dos guardias civiles del Servicio de Información, tras un largo rato de confidencias salieron del prostíbulo como unos de los tantos consumidores del producto. La *madame* los despidió sonriente tras recibir diez duros, más del doble de un servicio completo, y sin emplear dependienta.

La España del maquis cubría su transcurrir con un ensamblaje de penuria, paz, ignorancia, festejos, sufrimientos, fútbol, toros, silencios, olvidos y rencores entre dos mundos irreconciliables de vencedores y vencidos, en un lento y trabajoso amanecer. La lucha antifranquista que para muchos significó la continuación de una guerra inacabada se desarrolló en las montañas, pero siempre con el necesario apoyo del

guerrillero del llano, y el debilitado eco del medio urbano.

De las muchas gentes que conformaban una historia relatada siempre parcialmente, sólo algunos conseguirían el recuerdo o serían resucitados por intereses políticos. Quedarían en la penumbra los Damianes y Elviras, ejemplos reales de los que sufren los dos bandos sin más ideología que su honradez y trabajo; los don Jesuses y don Antonios caras contrarias de una misma moneda de oro: las Palmiricas mujeres ya hechas antes de abandonar la pubertad, y tantas comparsas sin las que nunca se podrá comprender el relato: Ismaeles, Pecharromanes y Sobrapelotas, Marianos, Cucharas, señoritas Amparos, don Pascuales, Serafines, Cristinos, Poetas, Magros y un largo etcétera que permanecerán siempre sepultados sin que nadie les recuerde.

Mientras Paco, Calero, subía los desiguales peldaños de la *escaleta* de su vivienda, Julián esperaba fumando la retirada de la anciana, para intentar sigilosamente coger Radio Pirenaica en el suntuoso receptor de su patrona:

¡Viva la España Libre! ¡Muera Franco! El Tirano se refugia en el Pardo acosado por el clamor del pueblo. Varios generales firman un manifiesto en el que le facilitan una huida segura a Argentina si abandona el poder. La Falange hace guardia frente a los luceros de lo que ya se toma como mausoleo del Dictador. Los estados democráticos buscan la forma de estrangular al Régimen. Nuestra victoria es segura. ¡Comaradas: confiad en el pueblo que pronto os aclamará en la victoria! ¡Tenemos el triunfo al alcance de la mano! ¡Viva la Patria Libre! ¡Muera el Fascismo!

—¡Mentira! ¡Todo mentira!

Julián, contra costumbre, blasfemó furioso golpeando la mesa con el puño provocando un sonoro grito de la vieja desde su cuarto. Calmado, tranquilizó a la anciana refiriéndose a un imaginario gol del equipo contrario. Acabó el cigarro, limpió de cenizas el hule que hacia de mantel, bebió un vaso de agua y se metió en su cuarto. Marcharía a Francia, sí, pero antes cruzaría la sierra haciendo saber a los guerrilleros lo que les ocultaban sus jefes. No era una traición, no. ¡Era el reconocimiento del engaño a que estaban sometidos! ¡Los buitres del otro lado de la frontera, permanecían impávidos esperando alimentarse de la carroña! No denunciaría sus camaradas a los guardias. ¡No! Lo que haría es avisar a los del monte del cementerio donde los habían metido sus propios jerifaltes. Lo tenía todo muy claro. Seguiría las primeras directrices de Mariano en las que se le ordenaba acompañar a Amadeo a Barracas para reunirse con el Hurón. Aunque los planes habían cambiado, y el francés estaba en chirona, esperaba encontrarse con el enlace. No haría caso a las advertencias de Calero sobre apearse en el Ragudo a la salida del segundo túnel. Le parecía honrado, pero no confiaba tanto como para seguir sus instrucciones al pie de la letra. Bajará en la estación al arrancar el tren. Después, sin confiar plenamente en el Hurón, le expondrá la situación a conveniencia para que lo lleve hasta tomar contacto con las partidas y buscar el camino del paso a Francia. Hecho el plan, tranquilizada su conciencia y recogiendo su pírrico equipaje, se tumbó en la cama esperando el nuevo día.

Una vez hechas las cuentas con la patrona, que mostró su desengaño por la temprana marcha del inquilino, entrada ya la tarde, Julián cogió el *mixto*, convoy de personas y animales que paraba en todas las estaciones y apeaderos recogiendo o descargando su mercancía, y tardaba más de cuatro horas en llegar a Teruel. Todos los viajeros eran hombres de la sierra, en gran parte, ganaderos, pastores y peones responsables de los rebaños transportados. En el vagón más próximo al de los animales, en la mitad delantera del denominado *perrera*, el factor encargado vigilaba de soslayo al guerrillero. La empinada cuesta del bravío puerto, hizo chirriar en ocasiones las ruedas de las dos máquinas que lanzaban bocanadas de humo negro y resoplidos de vapor. En el tramo de vía que separaba los dos primeros túneles, Julián marchó hacia la plataforma del vagón. Acostumbrado a la guerrilla, en la que siempre deben valorarse los objetivos posibles eligiendo los más probables, el maqui previó ser vigilado y actuó como si fuese a apearse tal y como se le había aconsejado. A la entrada de la inmensa negrura del segundo túnel, Julián se agarraba a la baranda del estribo, y cuando las imponentes máquinas de hierro volvían a ver el cielo, entre hollín, carbonilla y vapor, había desaparecido de la vista. Casi en el mismo instante, el encargado de la perrera pareció sonreír tranquilizado, abandonó la observación y se instaló en el sillín abatible del que no se levantaría hasta la llegada al final de trayecto. Los hechos, sin embargo, no obedecían a la suposición. El guerrillero no se apeó del ferrocarril como imaginó su vigilante, simplemente había cambiado de vagón y, volviendo a la plataforma cuya puertecilla había dejado intencionadamente abierta, a pesar del molesto entorno, descansó satisfecho apoyado en la cristalera. Había dado esquinazo a cualquiera que le hubiese estado espiando.

Vencido el terrible ascenso ferroviario que bordea la vertiginosa montaña cubierta de pinos, sabinas y trechos de piedras, las locomotoras jadean orgullosas la llegada del codiciado altiplano. En la vieja estación, el aljibe espera su descarga sobre el depósito de las agotadas máquinas, unos pastores aguardan las ovejas que llegan en el *mixto*, la contrapartida del sargento Bellido en la que se encuadra Dami está apostada entre el edificio del andén y la casilla de peones camineros, y un escurridizo personaje se esconde en el escaque del cambio de agujas.

La campana da la salida al férreo transporte, el jefe de estación baja el astil rojo indicando vía libre, un estridente silbido responde al gesto y los roncós sonidos del vapor que escapa al mover las bielas, inician la marcha. Justo en el primer recodo, apenas a cien metros del final del andén, Julián salta del convoy. El hombre escondido cerca de la garita de los rieles móviles, le ve y emite el canto del búho. Julián no sabe imitarlo pero acude hacia el lugar de donde procede. Apenas ha desaparecido la visión del tren, quedando todavía el inconfundible estruendo de su desplazamiento, cada vez menos audible, un grito autoritario rompe el brusco silencio, siniestro, inmaterial, que se ha presentado inesperadamente. Julián, instintivamente, saca su pistola y corre en zigzag a refugiarse. Unas ráfagas de metralletas le hacen detenerse en seco, enhiesto, firme, orgulloso, volviendo el cuerpo

hacia donde le viene la muerte, cara a cara, sin un solo rictus de miedo, rencor, ni nostalgia. En ese instante enigmático, místico, que algunos espíritus viven en el preludio del fin de su existencia, jalonado por los incomprensibles extremos del infinito, Julián asiste a la contemplación de su vida entera, desposeída ya de todo encubrimiento, libre de prejuicio alguno que perturbe el grandioso silencio de su soledad. Es sólo un instante, pero siente que le espera un algo que jamás ha comprendido, recuerda su pasado, asiste a su presente y sonríe a un futuro que sin saber por qué imagina. Una sola idea, vergonzante por su realidad en un momento tan sublime le martillea el cerebro: debió hacer caso a Calero.

El Hurón permanece agazapado tras unos hierbajos que sobresalen por los agrietados bajos de la casilla. Apenas a veinte metros distingue el inerte cuerpo del guerrillero. Sabe que debe temprar los nervios y esperar posiblemente un gran rato. Es cuestión de tiempo, instinto y templanza. No es un héroe pero se acomoda fácilmente a la quietud y el mimetismo de los animales del monte. Unos segundos, minutos, acaso horas incalculables, en las que nota cuarteársele la garganta y el miedo le ha hecho orinarse encima. Sólo le separan seis metros de la plataforma que sobresale de las vías iniciando el andén. Seis metros son apenas dos saltos de liebre.

La estación, los ferroviarios, el ganado, los pastores, unos hombres, alguna mujer, y el Hurón confundido entre todos. Los sonidos de los disparos habían desperdigado las ovejas con la misma rapidez con que las personas se habían refugiado en el edificio del apeadero. Después, tenso silencio y asustadas siluetas que salen poco a poco de sus precarios escondites. Algunos se agrupan en pequeños corrillos, los pastores intentan recoger el ganado ayudado por los perros, y un individuo se difumina cauteloso entre los bancales. Las tonalidades del paisaje, la pureza de la atmósfera, la profunda panorámica de la sierra junto al vuelo chillón de algunos cuervos que se posan sobre la catenaria de unos postes de madera, parecen burlarse del llanto de los montes. La radio de estación comunica las novedades en el obligado parte.

En la otra España, no enemiga sino distante, la Iglesia se acerca a la clase obrera intentando aglutinarla en distintas asociaciones tales como la HOAC, Hermandad Obrera de Acción Católica y la JOC, Juventud Obrera Cristiana, y se acuña la primera peseta en el que se inscribe el lema: *Francisco Franco, Caudillo de España por la gracia de Dios.*

16. El bureo.

Crimen en la masada.

Provisto de mosquetón, granada y prismáticos, Dami recorría visualmente los amurallados peñascos, deteniéndose en una hondonada en forma de triángulo irregular donde se asentaba un pequeño caserío que presentaba cierta inusual agitación. Los informes recibidos en la contrapartida anunciaban la celebración del bureo de las masías con motivo de un enlace matrimonial entre medieros cercanos. La fiesta, organizada siempre por los masoveros gozaba de marcada popularidad entre los pueblos de alrededor, lo que no quiere decir que asistiese gran número de vecinos ya que aunque el acceso no estaba vedado a nadie, los condicionamientos de la época hacían que los masoveros y los del pueblo representasen dos clases sociales diferentes.

Con más asiduidad de lo que la prudencia les aconsejaba, algunos maquis solían acudir a las festividades tanto de los pueblos como de las masías. Se dice de Juanín el legendario guerrillero asturiano, héroe del pueblo, azote de la Benemérita y *donjuán* reconocido, que solía asistir a los bailes de los pueblos montañeses, gastar bromas a los guardias y hasta dejar algún recuerdo amoroso. La realidad y la leyenda se confunden siempre, sin discernir nunca con certeza cual supera a la otra.

La contrapartida concedora de estas circunstancias, solía enviar a algunos de sus hombres a los eventos festeros en un intento, más que de toparse con algún guerrillero, de contactar directamente con la opinión e informes del campesinado. Por lo general, estas reuniones de los desperdigados habitantes de la sierra, solían durar tres o cuatro días, obligando a las familias a desplazarse con cierto bagaje que les condicionaba al empleo del adecuado transporte, animales de tiro, carros o cabalgaduras. Algunos mozos de los lugares cercanos marchaban en grupo, a pie y prácticamente sin equipaje, pero la vigilancia de los guardias se extremaba sobre el individuo aislado o simplemente en pareja. Desde su privilegiada atalaya, Dami distingue al labriego pudiente, del asalariado, del peón o del simple vecino. A través de los espesos pinares, discurren senderos que comunican las masadas próximas, por uno de ellos discurre un grupo de lugareños con un trío de mulos tirados por sendos ronzales. Los animales van aparejados con serones cargados de bártulos,

posiblemente alguna manta o jergón para la abuela, los botijos necesarios y las obligadas alforjas. Sobre uno de los zurrónes del macho destaca un objeto castaño, limpio y reluciente, con una tablilla en forma de discreto ángulo donde asientan unas clavijas de madera. Se trata de un laúd, instrumento musical que se tañe punteando las cuerdas con una pequeña púa. Utensilio esencial para la fiesta junto con la guitarra, el más común, y la bandurria menos extendida. La ansiada orquesta alcanza su esplendor cuando se tiene la suerte de contar con algún paisano que se atreva con ese privilegiado instrumento musical de viento, con fuelle que se pliega y extiende entre dos tablillas provistas de válvulas y un pequeño teclado; sublime y grandioso acordeón chapurreado, por supuesto, de oído pero capaz de suplir a cualquier banda de música.

La dura vida de las masadas, alejadas del pueblo, exentas de las pequeñas comodidades que permiten la comunidad, ajenas a cualquier movimiento, cambio o noticias que distrajera su cotidiana monotonía, hacía de los bureos un entretenimiento social imprescindible donde se daba suelta a la imaginación con juegos, bromas, diversiones, cuentos y hasta algún retozo y coqueteo en busca de pareja. La significación de estas reuniones debe comprenderse en el marco de la vida del campesino aislado, que ni gozaba de la poca luz eléctrica del pueblo, y a veces tenía que alejarse para conseguir agua corriente. Los niños no podían siquiera acudir a la escuela, el nivel cultural solía ser muy bajo, y en consecuencia constituían un grupo social diferente, generalmente tímido y hosco. Los masoveros, casi todos medieros ya que los propietarios vivían en el pueblo o en la capital, se sentían inferiores, sabedores de ser considerados ciudadanos de segunda, por lo que los bureos les permitían relacionarse entre iguales sin temor al ridículo y caso de compartir la juega con algún extraño o desconocido vecino, gustaban de gastarles bromas, algunas de ellas pesadas, que provocaban el jolgorio del clan. Con el paso del tiempo la interacción entre ambos grupos fue aumentando, se establecieron matrimonios *mixtos*, se formalizaban *festeos*, se llegaba a invitar al cura que bendecía las relaciones y debía aguantar también alguna chanza, y hasta muchos mozos del pueblo, sobre todo en edad de *quintas*, preferían la juega de las masadas a las diversiones domingueras del lugar.

Las masías que organizaban los bureos solían ser las que poseían mejores tierras, estaban cercanas a fuentes de agua buena y abundante y, en general, presentaban mejor situación económica. No obstante, también se atendían las condiciones de las que contasen con gente joven, mozos o mozas casaderas, y hasta hubo quien alquilaba algún caserío más acomodado para realizar la fiesta. Aunque todo el terreno de la masada se empleaba para el jolgorio, el escenario principal del bureo para juegos, adivinanzas, leyendas, bailes y comidillas solía centrarse en la entrada, la cocina-comedor, el corral y la cuadra.

Mas Campanas, así llamada no porque tuviera las asociadas piezas huecas de bronce, sino por la existencia de los restos de un torreón, más que de campanario,

tenía la fachada principal orientada al sur, las puertas y ventanas de dintel a base de piedra picada, y el encubrimiento con entramado de vigas de madera colocado perpendicularmente al muro. El espesor de las paredes, de unos cincuenta centímetros garantizaba, por sí sólo, la generosidad del ambiente. Su distribución interior en dos pisos y granero, reservaba el primero para vivienda y tareas del campo, y el segundo para los dueños o visitantes. Los animales poseían un establo independiente, y la planta, excepción hecha del silo, no superaba los seis metros. El tejado, de dos vertientes, cubierto por tejas y baldosas, protegía los muros sobresaliendo del edificio. Una más que privilegiada era, tres pajares, pozo, abrevadero, vetusta balsa de riego y manantial de agua fresca, pregonaba la pudiente posición de los dueños y la privilegiada situación de los medieros.

El contraste entre la planicie y las cumbres embellece un paisaje momentáneamente alegre, vigoroso, raramente bullanguero donde se apiñan una cincuentena de personas, hombres, mujeres y niños que jamás ocuparon a la vez el terreno de la hacienda.

Desde una intrincada rinconada conformada por rocosos peñascos de caprichosas formas, dos hombres de la contrapartida, Dami y Culebras se dirigen a la masía. Van sin armas, vestidos al uso, limpios, afeitados y con apariencia serrana. El más cetrino, un tanto desagradable por su torva mirada y sonrisa rastrera, lía expertamente un pitillo que dejará en sus labios en incomprensible equilibrio. Por el camino se juntan con un pastor que conduce hacia la masía un rebaño de ovejas repicando esquilas. Recorren juntos ayudando con algunas piedras lanzadas con maestría la agrupación del ganado, atraviesan en animada charla las frondas de unas choperas y llegan al caserío. Nadie extraña a los recién llegados, un par de mozas casaderas cuchichean entre sí mirándoles de soslayo, dos gatos juegan con una piña, y provenientes de la trasera de la casa se escuchan los punteos de unos instrumentos de cuerda, a los que casi ahogan los arpegios de un acordeón.

—El del instrumento de viento es el Poeta —cuchichea Culebras.

—¿El de la partida del Julián?

—El mismo. Un poco más renegrido, pero el mismo.

—¿Conoces a alguien más?

—Por ahora no. Pero es raro que haya venido el versificador en solitario.

—¿Te conoce?

—¡Pss...! Yo más a él.

—Acércate a ver qué pasa.

El exmaqui se aproximó al acordeonista, no se sabe si por acatar la orden de Dami, o por la cercana presencia de una buena moza, de estrecho talle, prieto busto y generosas caderas. Desde el otro punto de la era, el guardia civil, en aparente interesada conversación con un tratante no pierde ojo de lo que sucede en rededor. Dos guitarras y un laúd, acompañados por las notas que desgranaba el Poeta interpretaban el pasodoble *Suspiros de España*, al que sólo le faltaba la emocionada

voz de Estrellita Castro. Los casados saltan los primeros al redondel, agarrados con los brazos estirados y la barbilla varonil alzada, un par de solteronas bailan en pareja y el Culebras que se dirigía a sacar a la guapetona, se ve agarrado por el brazo por un rústico con faja negra, encasquetada boina y caliqueño entre los dientes. Dami agudiza la vista intentando inútilmente adivinar las palabras, se excusa ante el chalán y marcha hacia donde se encuentran. A pocos pasos del objetivo, la maja le sonrío creyéndose elegida para el baile. El guardia civil, hombre de la época, cumple muy gustoso el mudo ofrecimiento y se enlaza con la muchacha. No sabe quien es el conocido del Culebras pero, por el momento, sabe muy bien lo que tiene entre sus brazos.

—¿Qué haces aquí? ¿Se decía que te habían apresado?

—Ya ves —medio tartamudeó el exmaqui—. Los bulos corren por todas partes.

—Pues me lo aseguró el Chato.

—Que no ve más allá de sus narices —intentó bromear Culebras—. Ahora estoy en la partida del Josefo —inventa.

—No he oído hablar de ése.

—Pues tú te lo pierdes. Poco riesgo, rescates económicos rentables y lucha contra los falangistas.

—Pues casi me pego a vosotros, camarada. Estoy en solitario. Han destrozado a todo mi grupo.

—Yo he venido con un compañero.

—¿Cuál es?

—Ya te lo diré. Luego nos vemos —cortó el Culebras—. No conviene que nos vean mucho tiempo juntos. Ya sabes. Siempre hay enterados. A la noche nos reunimos en las choperas.

Se separan. Culebras había olvidado a la chica, asustado por el encontronazo con el compañero. Lo recordaba de las Cuevas del Ronchal porque manejaba la navaja con una destreza digna de un cuchillero de circo. El juego del *diano*, consistente en pegar a un árbol billetes de peseta y hasta alguno de duro sobre los que se lanzaban las facas para llevarse los ensartados, era casi siempre ganado por el Navajas contra quien casi nadie quería apostar. Ya le contaría el encuentro al bribón del Dami que se refocilaba con su moza.

En un descanso de la rondalla, que deja solo al acordeonista, más que sobrado para continuar el bailongo, Culebras se acerca a la pareja excusando a Dami por necesidad de establecer un trato. Ni el requerido ni la chica ponen buena cara, pero el guardia sabe que tiene que cumplir con su deber, y asegurando su pronto regreso abandona el manoseo y la moza se reúne con el grupito de amigas que chismorrean sobre el acontecimiento.

—¡Es el Navajas! Me creía en chirona. ¡Han pasaportado a toda su partida!

—Cálmate, Culebras. ¿Qué le has dicho?

—Nada importante. He quedado con él, a la noche, en la chopera.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? ¡Para cargármelo!

—No seas bestia. Sólo lograrías denunciar tu presencia. Tenemos que llevármelo.

—¿Cómo?

—Fácil. Ya verás. ¿Sabe que estoy aquí?

—Le he dicho que he venido con un compañero de la partida.

—Vale. Nos vemos en la chopera.

La tarde es larga, bulliciosa, el viento apenas fustiga los trigales, las nubes transitan lentas, lineales, los músicos retoman fuerzas degustando sabrosas viandas y vino de la tierra; hasta han traído *madalenas* y bizcochos del Horno de Sebastián. Los viejos forman un *rodel* de sillas, bancada y garrotes. Todos fuman, hasta el cartero cuya mujer ha hecho la promesa de que no fume su marido.

—¡El cura! ¡El cura! ¡Viene el señor cura!

Don Jesús, montado sobre el burro, atraviesa el desolado calvero arrasado por el voraz incendio de hace ya más de año y medio. El pinar vio mermada su belleza por unas inexplicables llamas, pero la renovada vida de brezos, jaras y madroños va pincelando los restos de los chamuscados árboles. El mosén no viene solo. Dos mujeres le acompañan a pie, una apuntando todavía sus líneas adolescente, las dos algo retrasadas del jumento. Dami intuye más que reconoce desde lejos a Palmirica y a su madre. Ojalá estuviese allí Paco. Pero el infiltrado guardia civil no puede encontrarse con su novia, sigue en la ciudad expuesto a los más peligrosos acontecimientos. Las últimas informaciones lo sitúan manteniendo escondido, en *Ciutat Vella* a un maqui herido, intervenido quirúrgicamente en la propia casa de Las Escaletas por un médico del Hospital General. Si descubrieran que el tal Calero es un guardia civil su muerte sería segura. Dami sabe de los peligros, pero no reniega de hacer saber a Palmirica que su querido Paco se encontraba bien. Disimularía los riesgos, le mentiría sobre sus temores, le engañaría en su inseguridad, pero le garantizaría que su vida transcurría pensando en ella. Solamente los excluidos sociales, aun siendo voluntarios, saben apreciar los recuerdos. Las colectividades ignoran la alegría y beneficios que proporcionan los quereres de quienes se están jugando la vida.

El clérigo es ayudado por unos mozos a bajar del pollino, se quita la teja y saluda al respetable que le aplaude mientras los niños corren a besarle la mano. Algunas mujeres acogen a Palmira, mientras la muchacha se aproxima al grupo de las chicas. Los jóvenes miran con descaro las sugerentes líneas y el bello y atractivo rostro de la chiquilla. Pero sólo miran y sienten. Perciben y ven sin accionar ni hablar. En los pueblos, sobre todo entre los de las montañas, se respeta al máximo la propiedad del *festeo*. Por si fuera poco, el agraciado, además de amigo y paisano, es nada menos que un mando de la Benemérita. Alguno se atreve a saludarla, pero la timidez del lugareño, que precisa de la colectividad para extralimitarse, guarda la ancestral deferencia a la fruta vedada.

Don Jesús se acerca a los recién casados cuyas nupcias celebró en San Roque el día anterior. Bendice el matrimonio rato y consumado y se aclara el gaznate con un buen trago del porrón, excusando de momento la mistela y el bollo. Dami apenas tiene tiempo de esconderse de la avezada mirada del presbítero. Intentará más tarde localizar a Palmirica. Será difícil, muy difícil que pueda hablarle sin despertar sospechas de cualquier tipo. Encontrarse a solas, imposible, con amigas, peligroso. El joven se dirige hacia los corrales donde unos labriegos descansan no se sabe si del viaje o del jolgorio de la tarde. En realidad, casi todos los reunidos se preparan para la fiesta de la noche. Será mucho más provechosa, distraída y sobre todo succulenta. Los padrinos saben que para quedar bien no solo hay que llegar al hartazgo, sino que tiene que sobrar comida porque aunque quede saciada el hambre, si se llega a lo justo el convite no se redondea. Es la diferencia social que marca cruelmente la penuria de la época. Hay un tiempo de paz, tranquilidad y hasta de silencio que representa el prólogo de la celebración. Las gentes, desparramadas por los terrenos, sin necesidad de abrigo dada la bonanza de la tarde, parecen querer tomar fuerzas para la que les espera. Solo en la amplia cocina comedor de la casa el bullicio se descara entre los pucheros, sin traspasar lo más mínimo el espesor de las paredes.

El pantagruélico banquete termina por atemperar las fuerzas. Se comenta que el padrino ha tenido que vender dos bueyes. Poco a poco el silencio va sobreponiéndose al bullicio; y al inicio de las primeras sombras de la noche, cuando el cielo se va apagando y se transforma el paisaje, suenan los primeros acordes de la ronda, melódicos, cadenciosos, sólo marcados por instrumentos de cuerda, suaves, lánguidos, sugerentes y románticos, sin el llamativo y penetrante sonido del acordeón. El marido dirige la algazara y hasta don Jesús renquea en la última fila de acompañantes.

Cuando pasaba tu puerta
en la ventana no estabas,
iba acortando los pasos
por ver si tú te asomabas.

Desde que te vi me dije
que primero faltaría
en el agua el mar salado
que tú dejar de ser mía.

La naranja nació verde
y el tiempo la maduró
mi corazón nació libre
y el tuyo lo aprisionó.

El noviazgo es el *festeo*
la luna de miel, la siembra,
el matrimonio el abono
y los críos la cosecha.

Don Jesús asiente con la cabeza los versos que el coplista compone para el jotero, y mientras coge algún trozo de bizcocho de almendras del panero que le brinda una

aldeana y bebe su chorrito de *Anís del Mono*, echa de menos que no le canten una jota a San Roque. Dami se acerca hacia el mosén y le susurra unas palabras, le entrega un pequeño papel y desaparece tan misteriosamente como se presentó. El eclesiástico, acostumbrado al dominio expresivo, disimulo, y secreto del confesionario, recoge imperturbable el recado y se lo introduce en el bolsillo de la sotana. Se lo dará a su destinataria siempre y cuando la misiva no conlleve ninguna intención pecaminosa. Antes lo leerá. Naturalmente. Le ha sido entregado sin condición ni atribución religiosa alguna. La sencilla e intencionada misiva que, efectivamente recibió Palmirica, más buenamente intencionada que realista decía escuetamente: «Paco bien. Siempre pensando contigo. Un compañero de trabajo».

El Culebras pasea por el sereno ambiente del chopal, sin escuchar siquiera los lejanos ecos de la rondalla. El Navajas se hace esperar en la cita. Un repentino silencio le hace sentir un extraño ardor en el estómago. El miedo se le aparece casi todas las noches revestido de sombras. Desde que se incorporó a la contrapartida siente el amargor de la traición y la angustia de ser encontrado por algún antiguo compañero. Por lo comentado, el Navajas no sabe nada de su deserción, y lo mejor sería acabar con él de un certero golpe en la nuca. Con una de las múltiples piedras que tiene a su alcance, duras, ásperas, fáciles de manejar bastaría para acabar con una seria preocupación. Un levísimo ruido de brezo aplastado le hace sobresaltarse. Siempre ha gustado de ser el que acecha, espía, aguarda. Nunca planta cara a la lucha, ni ataca sin estar seguro de su ventaja.

—Soy yo, Dami. ¿No ha venido el Navajas?

Como si de un acordado instante se tratara, otros pasos mucho menos sigilosos preceden a una voz que no guarda cautela.

—¿Estáis ahí?

La tranquilidad de las palabras junto a la compañía del guardia sosiegan los temores del exmaqui. Ahora ya es fácil seguir lo dispuesto. No parece ser muy difícil convencer al nuevo personaje de que se agregara a ellos. No tiene grandes alternativas. Su partida había sido aniquilada y su porvenir más que incierto. Huir, entregarse o agregarse. La última opción era la sensata, sobre todo para quien no sabe que es muy parecida a la anterior.

—¡Hola camaradas! —saluda pacífico el recién llegado—. No encuentro al Poeta por ningún sitio.

—¿Y para qué lo quieres? —irrumpe Dami.

—Pues para nada. Para que se reuniera con nosotros.

—Cuantos menos bultos hayan, más claridad —sentencia Culebras.

—Siempre me pone nervioso sus incomprensibles apariciones y desapariciones.

—Parece que *está en la higuera* pero es *más listo que el cuco*. Logra largarse sin que nadie se entere.

Hablan poco tiempo. Deben aprovechar la noche para reunirse con los compañeros. Nadie les espera, ni extrañará su ausencia. El camino que han de

recorrer no es largo pero sí cansado. Siempre ascendiendo entre aliagas, rodenos, carrasca y pedregales, tratando de ocultarse hasta llegar a la pinada. Hay luna llena y la noche no llega a cubrirse. Poco a poco van alejándose del caserío. La empinada ladera que escalan, se remata en unos desnudos peñascales que tienen que abordar a través de resbalosa hojarasca pinariega, en la que un traspíe puede acabar en la temible fractura que horroriza a los del monte. La rotura de un miembro, sobre todo del inferior, es posiblemente una de las patologías que más pavor causa, ya que la movilidad, las marchas, el continuo cambio de lugar representa la piedra angular de la guerrilla.

—¿Falta mucho? —pregunta el Navajas que sube resoplando entre las carrascas.

—Apenas una tirada de piedra, pero estás muy flojo para venir con nosotros.

—Es que hace tiempo que no me entreno. Desde que me quedé solo apenas me he movido del escondrijo.

—Ya verás como te espabilamos —ironizó el Culebras—. Vas a ir más tieso que un ocho.

—¡Dejadme respirar un poco! —se tumbó sobre unas breñas en lo más tupido del bosque.

Los otros dos aprovecharon el cansancio del Navajas para tomar también un respiro. Estaban casi en la parte alta de la loma desde donde se veía, destacando sobre la espesura, una enorme roca sobre sus cabezas donde estaba asentada la contrapartida. Tras unos minutos de reposo emprendieron nuevamente la ascensión agarrándose a los arbustos, ramas y rocas procurando no provocar el desprendimiento de los numerosos cantos rodados que formaban largas incómodas hileras. En la concavidad del peñasco, conformando la reducida entrada de una cueva, Antonio, el mayor de los hermanos Reyes se encontraba sentado, con la espalda apoyada en la roca y el máuser reclinado en la piedra.

—¡Menuda guardia haces, chaval! Un poco más y te quitamos el fusil —amonestó el Culebras.

—¡Que te lo has creído, majo! Hace más de media hora que os he visto derregados en la umbría. Me sobraba uno, pero entre que iba con vosotros y estaba desjarretado no me preocupó lo más mínimo.

El Navajas se dejó caer en la entrada del cubil mientras Dami y Culebras se introducían en el agujero, para salir al poco rato con un odre de vino y un botijo de agua fresca.

—¿Dónde están los demás? —interrogó Dami, pasando el piporro al despeado.

—Han marchado hacia Los Mases. Se veía una humareda que no sabíamos de dónde era.

—¿Pasada Peña Blanca? —preguntó inquieto Dami.

—Sí. Entre ella y el Barranco del Zorro.

—Eso es en las masadas de Costilleo. Allí está la de mis padres —un negro presentimiento le inundó de temor que acabó provocándole una angustia

indescriptible—. Tengo que marchar ahora —comentó sin esperar respuesta—. Culebras, cuéntale la cosa al Antonio y encárgate del Navajas.

El muchacho no dio oportunidad siquiera a que sus compañeros pudieran aconsejarle. Marchó rápido, sin aprovechar el menor descanso, su mente sólo se cubría de malos augurios. Un solo pensamiento, sus padres, sus queridos padres, la mujer a la que dejó llorando en su despedida, y el viejo serio, con la mirada perdida en el vacío, con el cuerpo erguido, los brazos sobre la azada, intentando que el sombrero de paja le cubriera los ojos.

—¿Quién es este? —preguntó Reyes.

—Uno que ha quedado *descolgao* de su partida.

—¿Y?

—Y se queda con nosotros.

—¿Con nosotros?

—¿No me queréis a vuestro lado? Os aseguro que no soy manco —el novato jugueteaba con su navaja lanzándola con habilidad clavándola sobre la tierra hasta hacer el perfecto dibujo de una cruz.

—¿Eres de los de misa? —ironizó Culebras con un gesto burlón al ver el boceto.

—Esto no es nada de misa. ¡Es el signo de la muerte!

—Pues vaya compañía que nos habéis traído —rezongó el centinela mientras bebía un largo trago del pellejo.

—Si os ponéis así, me marchó.

—¡Qué va, hombre! ¡Tú no te vas a ningún sitio! ¡Tú te quedas aquí para siempre! —masculló el Culebras, mientras arrebatava el mosquetón al distraído Antonio y disparaba inmisericorde sobre el desconfiado maqui que aún tuvo tiempo de clavarle la navaja en el muslo.

La inesperada y miserable escena sembró de alarma las montañas, dos torcaces levantaron el vuelo, unas esquirolas saltaron de las piedras, Reyes agarró con furia al asesino mientras salían obscenas palabras de su boca y el Navajas empapaba con su sangre las pintojas grietas de las rocas. La orgía de miseria, cobardía y maldad cubría con su manto la impúdica ley de la supervivencia con la que el Culebras protegía su existencia.

No muy lejos, otro escenario mucho más dantesco hacia crujir las entrañas de la sierra acompañando con sus chirridos el llanto de los montes.

La partida del Fermín, con pleno conocimiento de Mariano que había cedido su territorio para la siniestra desgracia había ocupado en la noche la masía de Los Chupos. Elvira y Damián dormían en el viejo y todavía firme tálamo que estrenaron, entre ilusionados y nerviosos hacía ya más de cuarenta y cinco años, cuando los inquietos ladridos del perro, que desde los pies de la cama había corrido hacia la puerta, hizo saltar al hombre embutiéndose apresuradamente los pantalones.

—¡Vístete rápido, Elvira! Tenemos visita.

Los estruendosos golpeteos en el portón, acompañados de imperiosas voces no

ocultaban su procedencia. El masovero recomendó paciencia voceando desde el interior de la casa mientras terminaba de calzarse las alpargatas de esparto, giraba la enorme llave del portón y recorría la gruesa barra de hierro que afirmaba la seguridad.

—¡Déjanos pasar traidor! —bramó Fermín mientras empujaba al viejo—. ¡Nos has vendido, hijo de...!

—Yo no he vendido a nadie —la firme respuesta afianzó el valor de la esposa que salía apresurada del cuarto—. Sólo somos honrados medieros.

—¿Y el desgraciado de tu hijo? ¡Qué! ¿También es un honrado civilón?

—¡Sí! —chilló enfurecida la brava mujer.

La inesperada y valiente respuesta dejó de momento sin capacidad de reacción a los hombres de la partida, pero desde el final del grupo, donde siempre se esconde la rufianearía del cobarde, salió un obscuro bramido.

—¡Dejadme la vieja para mí! ¡En peores garitas he hecho guardia!

Las impúdicas y canallescadas risotadas que provocó la guarrería, se acompañó de un extraño crujido resultante de la fractura de mandíbula que produjo el fortísimo golpe de la llave que Damián estrelló en la cara del más cercano. Los ojos del cielo cerraron sus párpados para no descargar su ira impidiendo la libertad del mal.

La escena no precisa descripción. Larga, interminable, despiadada. Sin saber el momento del inicio, las llamas desprendían los tejados de vigas consumidas, los animales berreaban y mugían aprisionados en las cuadras, algunos corderos habían conseguido saltar los travesaños de pino resquebrajado, varias ratas corrían enloquecidas entre las llamas y en el zaguán de la casa, justo bajo la benditera de la entrada dos cuerpos yacían medio consumidos por el fuego con sus brazos estirados en vano intento de unir sus manos.

El correo del viento había transmitido el suceso en toda la contornada. Las primeras gentes llegaron de las masías cercanas, seguidas de la furgoneta y vehículos de la Guardia Civil de Costilleo. El campanario de la iglesia sonó la secuencia correspondiente a un incendio, la camioneta del cesterero cargó a los hombres disponibles y la radioemisora del cuartel lanzaba el SOS de la urgencia.

Dami fue detenido en su enloquecida carrera por unos potentes brazos que acompañaron su jadeo. Quedó en suspenso unos instantes para posteriormente gritar esforzándose en deshacerse de su trabazón. Sílabas entrecortadas y gruesos vocablos salían de su angustiada garganta mientras golpeaba con sus piernas libres al estorbo de su libertad. Los férreos miembros que le sujetaba permanecían impávidos en su inmovilización. Una voz conocida le gritó brutalmente al oído:

—¡Quieto Dami! ¡No vayas a verlo!

El rudo y bronco vozarrón de Bellido, extrañamente autoritario y comprensivo, mantuvo difícilmente la inmovilidad del muchacho.

—No los veas. No hace falta más dolor —y soltando la presa le dejó apoyar la cabeza sobre el hombro abrazándole virilmente en su sollozo.

El tiempo pareció detenerse en una lacerante quietud eterna, inexplicable, ajena al pavoroso y terrible cuadro que tenía lugar a pocos metros. Dami se desprendió del acogedor sargento y, ya sereno, sosegado y entero murmuró unas ininteligibles palabras mientras se dirigía hacia los restos de su hogar sin que las numerosas personas que trataban de limitar la irremediable tragedia siquiera se enterasen de su presencia. Una lluvia fina, suave, continua, acompañó con su lánguida mansedumbre el persistente y triste humear de los rescoldos.

Todo su pueblo va suspirando en busca de pan
han dado cuanto tenían para mantener la vida.
Mis ojos están consumidos por las lágrimas
mis entrañas hierven.
Ha hecho envejecer mi carne y mi piel, ha quebrantado mis huesos.
Ha levantado contra mí un muro, me ha cercado de veneno y de dolor.
La lengua de los niños de teta se pega de sed al paladar;
los pequeñuelos piden pan, y no hay quien se lo parta.
Se consumían nuestros ojos esperando vanamente el socorro.
Iban esperanzadas nuestras miradas hacia un pueblo que no pudo librarnos^[18].

La cruel partida del Fermín parece huir de sí misma atravesando encajados valles de bosques frondosos alternados de verticales agujas rocosas. Corren casi enloquecidos, espantados de sus propias sombras que les persiguen reclamando venganza. Algunos sienten una atroz sensación de angustia horrorizados de su criminal hartazgo, otros se esfuerzan en olvidar las recientes espeluznantes escenas, y los menos, se glorían de su malsana cobardía. Aguantan sin parecer cansarse una larga marcha hacia ningún sitio, sólo pendientes de alejarse del maldito escenario que ellos mismos construyeron. El sentimiento de culpa, sobre todo cuando ni el más perverso instinto encuentra motivación, resulta un castigo muy superior al ocasionado por el miedo. Uno de los guerrilleros, precisamente al que Damián le dio con la llave, da un paso en falso y se despeña dando un grito de auxilio. Se encuentra agarrado a una peña que le impide caer al abismo, a unos veinte metros del sendero que bordea el picacho. Uno de los maquis se acerca al desgraciado que se esfuerza, angustiado, en mantener el inestable equilibrio, un hilillo de sangre le corre entre las cejas juntándose con el de la desgarrada mandíbula y una punta de hueso astillado le asoma al nivel del tobillo. El hueco abismal del barranco termina en una pantanosa maleza de hediondo embalse estancado. El herido consigue afianzarse desesperadamente a la roca que le conserva la vida, mientras quien ha ido a su encuentro le observa la extremidad fracturada, mira hacia arriba, hace un gesto, y dispara su máuser sobre la cabeza del infortunado. La montaña no permite blanduras con engorrosos transportes, ni la seguridad acepta dejar estorbos que puedan cercenarla. Toda la partida prosigue su lento ascenso con la escueta idea de poner tierra por medio sobre los incidentes de la jornada.

Descrestada la cumbre prosiguen el descenso de la picuda montaña, buscando el refugio del enmarañado barranco de encinas y arbustos de brezos. A media altura de la quebrada, un viejo corral de ganado, medio cubierto por delgadas losas marrones,

invita imperiosamente al descanso. Unos cercanos balidos les anuncian la presencia del pastor, uno de los principales actores del escenario donde discurre el maquis. Se saben necesariamente obligados a representar una importante parte de la trama, la que sostiene el continuo trasiego de la guerrilla asegurándoles el camino unas veces, otras denunciándolos. Ladra el perro antes de que el zagal se haya dado cuenta de la presencia de gentes. Pero no precisa deducción alguna. No pueden ser más que ellos. Si fueran de alguna masía el chucho estaría silencioso y si se tratase de los guardias se hubiera quedado *de muestra*. Tendrá que sacrificar un cordero. Es lo menos que le puede pasar. Al pastor del Puntarrón se lo cargaron por denunciarlos a los civiles. La vida es así. Posiblemente sus nietos vivirán otra historia, pero nunca sabrán la verdad, creerán lo que les cuenten quienes siempre arreglan las leyendas, precisamente los que nunca las vivieron o, mucho peor, los que las amañaron a conciencia.

—¡Ea!, chaval. ¿Sabes quiénes somos?

—Sí señor. Los de la sierra.

—¡Bravo, chico! ¿Podemos comer algo?

—Pues yo ya me comí lo del zurrón —remolonea el avisado muchacho.

—¿Y los corderos no sirven para comer? Tienes muchos. Con uno nos conformamos. Y uno no se va a notar.

—Sí se nota, sí. Que los amos los cuentan.

—Y si te damos esto para ti solo —le enseña unos duros—. ¿También los contarán?

—¡Pssh! ¡No lo sé!

—Así me gustan los hombres —Fermín sabía bien del chalaneo entre patanes—. ¡Anda! Prepara la lumbre mientras descansamos un poco.

La concisa y significativa transacción era de sobra conocida por casi todos los habitantes de la montaña, incluidos los propios dueños de las masías y hasta los guardias, pero nada se podía hacer para impedirlo. En realidad, tanto los amos como los medieros, preferían ignorar la pérdida para cuidarse la tranquilidad y evitar la obligación de la denuncia. La responsabilidad era del desgraciado pastor que, por la cuenta que le tenía ya guardaría bien el secreto. Las montañas siguen las sabias leyes de la Naturaleza, y sus pobladores, animales, y humanos, producto de la tierra de la que forman parte, cumplen inexorablemente el principal instinto de la supervivencia. La realidad del maquis, su propia motivación así como su larga o efímera duración, según quien la comente, nunca podrá explicarse si se busca solamente el punto de vista político. Habrá que introducirse en la idiosincrasia de un pueblo, sus creencias, odios, generosidad y rencores, que conforman tanto su tipología como su psiquismo para llegar a entender su trágica existencia. De las múltiples crónicas que se han escrito sobre el tema, ninguna, a excepción de pinceladas tendenciosas, ha sido narrada por los hombres, mujeres y niños que vivían en las masadas, ignorados por la España feliz, que la había, y por la doliente, que también coexistía.

La noche con su oscuridad no puede cubrir las pesadillas de culpa, congoja,

ansiedad, hastío y miedo que asaltan los sueños de algunas conciencias no del todo estragadas. Y en el silencio del corral, junto a roncós sonidos respiratorios, se escuchan palabras entrecortadas, bruscas sacudidas y hasta algún gemido que muchos oyen y nadie demuestra percibir. Es cierto que poco a poco los sentimientos van acoplándose a las circunstancias: «Quien no vive como piensa, acaba por pensar como vive».

La España del maquis había alcanzado su punto de inflexión. El círculo natural de la existencia se entrelaza biológica y circunstancialmente en lo que muchos identifican como inexorable destino mientras otros piensan que pueden estructurarlo. Las iniciales Agrupaciones que, en principio, se habían repartido a lo largo y ancho de la piel de toro aprovechando territorios estratégicos de fácil mantenimiento logístico, fueron poco a poco mermando su eficacia. El apresamiento, eliminación o muerte en acción de combate, fue al principio, aunque sea difícil aceptar, un inconveniente relativamente fácil de sobreponer. Pero los tiempos habían cambiado.

Mariano se vio obligado a reorganizar sus grupos cada vez más acorralados por las fuerzas del orden. El acoplamiento de hombres pertenecientes a diferentes partidas ocasionó graves incidentes que no han sido estudiados en profundidad. Cuando los ensamblados resultaban simples guerrilleros el resultado podía considerarse aceptable, pero cuando coexistían más de un jefe en un mismo colectivo las discrepancias solían derivar en graves enfrentamientos y, en ocasiones, incluso en la muerte.

La partida del Fermín, aun cuanto no presentaba problema de jefatura, tenía el inconveniente de contar entre sus filas maquis procedentes no solamente de otros grupos, sino incluso de distintos sectores. De los nueve hombres que la formaban, tres pertenecían al Sector Centro, correspondiente al célebre magíster Severo Eubel de la Paz, dos a la partida del Roberto y solamente cuatro, incluido él mismo, a su grupo.

—¿Por qué no has avisado que se ha marchado el pastor? —pregunta colérico Fermín al despertar.

—Creí que no hacía falta.

El aludido hombre fornido y de mediana estatura, de pelo en pecho y lustrada calva, era precisamente el colocado como vigilante y proveniente de otro sector.

—Nunca soltamos a nadie antes de que anochezca. Tenemos que cubrir nuestras espaldas.

—Pero el chaval era de fiar.

—¡Idiota! ¡Nadie es seguro de nada! ¡No me extraña que os hayan dado *viento* de vuestro grupo!

—¡A mí no me dado *viento* nadie! —protestó con firmeza el forzado, acostumbrado a obedecerse a sí mismo—. Si no estás de acuerdo conmigo, me largo y en paz.

—No se trata de eso. Es por nuestra seguridad. ¡Por la tuya también!

—Pronto empezamos, compañeros. La jornada ha sido dura y los nervios nos traicionan.

Quien así hablaba se protegía con una manta sobre los hombros que empezaba a plegar hábilmente para su transporte. Insertado en la partida del Fermín, con quien no compartía criterio, había pertenecido a la de Eubel y hacía, o intentaba hacer de tranquilizador en las controversias.

Las montañas traslocan los ambientes bruscamente, como las nubes descargan sus tormentas. Parece como si la tierra lanzase sus lamentos hacia los cielos y estos permitiesen la revancha. De súbito, imprevisiblemente, con violencia y bárbara acometida un par de granadas de mano estallaron junto al corral acompañadas del siniestro tableteo de los *naranjeros*. El precario techado del redil se hundió permitiendo el fuego de la paja y tablas entrecruzadas por el barro. Los maquis salieron despavoridos de sus escondrijos mientras Fermín blasfemaba intentando organizar la desbandada y maldiciendo al pastor que después de beneficiarse los había delatado. Un pequeño grupo de guardias civiles, junto con otros hombres armados tomaban al asalto el pequeño cobertizo. Uno de los atacantes corría adelantado sin escuchar los gritos de mando que le recomendaban detenerse. Dami, metralleta apoyada en la cadera, percutor en ráfaga y obscenos juramentos, parecía una bestia enfurecida ajena a cualquier otra realidad que no fuese la muerte y la venganza. Algunas balas rebotaban entre las piedras, pero las más numerosas, con despiadada pericia acertaban en su trayecto derrumbando cuerpos que huían o rematando los tendidos sobre el yerbal. El llanto de los montes resultaba insuficiente para calmar el justiciero lamento del contraaguerrillero, transformado en rencoroso y resentido instinto de inhumana crueldad. Imprecaciones, blasfemias, juramentos, gritos desesperados de terror, condenación y venganza apenas disminuían el ronco repiqueteo de las armas automáticas que disparaban al frente sin buscar siquiera objetivo alguno. Solamente una metralleta hundía sádicamente sus balas sobre los ya tendidos cadáveres, algunos de cuyos cráneos estallaban lanzando trozos de masa encefálica que se pegaban sobre las rocas.

—¡Basta ya, Dami! ¡Por el amor de Dios! ¡¿No ves que ya están muertos?!

El sargento no era precisamente alma devota, pero la dantesca imagen repugnaba a todo humano sentimiento. Dami se volvió convulso hacia su jefe, la boquilla de su repetidora apuntaba una fácil diana, sus lagrimales secos, irritados, sin vestigio alguno de secreción, recortaban unos ojos extrañamente abiertos, enloquecidos, que miraban sin ver. Bellido demostró una vez más su valor reconocido, y sin arredrarse ante la enajenada figura que le apuntaba al pecho, se acercó paso a paso, lentamente, con la mirada fija en las dilatadas pupilas, silencioso, callado, tranquilo, hasta llegar a cogerle, sin oposición alguna el *naranjero* y alejarse pausadamente, como no queriendo interrumpir el doloroso choque entre la alienación y la realidad. La partida había sido prácticamente aniquilada. Solo escaparon dos hombres: el Fermín y, por ventura del destino, Chapo, el maqui fortachón y velludo que no gustaba de cumplir

órdenes.

17. El «barrio chino».

Confidentes.

La ciudad oculta sus miserias cuando dormita, dos vetustos faroles apenas dan para alumbrar a medias la calle de Las Escaletas; el sereno reposa la curda sobre un escalón que antecede al portal de una vivienda. Dos personas, guardando sigilo, pasan por delante del vigilante que ni siquiera percibe su presencia. Se detienen ante un portal y marcan un golpe con el mazo, suave pero suficiente para que el que les espera tire del engranaje y abra la puerta.

—¿Qué tal el herido?

—Regular, doctor. Parecía delirar a ratos. Le he puesto paños fríos en la cabeza como usted me dijo. Sudaba a chorros.

—Vamos a ver cómo va la cosa. Quítale la venda de la pierna, Adela —el médico pasó a retirarle la de la cabeza—. No va mal del todo —comentó mientras observaba la otra herida—. La del muslo está peor.

—Parece infectada —comentó la mujer.

—Pues ya sabes. *Ubi pus ex vacue*. Prepáralo todo.

La enfermera abrió el maletín, sacó dos simples utensilios: bisturí y erina, preparó unos algodones y gasas impregnadas de tintura de yodo, destapó unos frascos de agua oxigenada y alcohol y tras lavarse las manos procedieron a la limpieza de las heridas. El paciente resistió la cura con algunos leves quejidos que finalizaron cuando el doctor preparó el drenaje con unas gasas y la enfermera cubrió hábilmente las partes afectadas.

—No podemos hacer más en estas circunstancias —se excusó el galeno—. Hemos evacuado bastante pus. Esperemos que no vaya a más —se dirigió a Calero—. Dale estas pastillas de vez en cuando. Máximo seis al día. Y si tiene fiebre, pues ya sabes, ponle paños fríos en la cabeza y rocíale el cuerpo con alcohol.

Tras unas elementales abluciones, Calero sacó dos botellas, *Coñac Domech* y *Anís del Mono*, y ofreció unos cigarrillos americanos, emboquillados y largos que agradecieron sinceramente. Sentados alrededor del camastro, y mientras observaban la evolución del paciente que parecía conseguir un sueño reparador, conversaron sobre los nuevos acontecimientos.

—Que os parece lo de Madrid —preguntó Calero.

—Pues que, como todo, no sabemos la realidad. Ni siquiera quiénes lo hicieron —contestó la enfermera.

—Pero lo sabremos —el galeno ejercía también de político—. A mí no me cabe duda que fueron los del Menda, son los únicos que se atreven en la capital —se sirvió otro coñac y lo saboreó lentamente—. En Barcelona es otra cosa, pero en Madrid, desde que se han cargado a los de la Ciudad Lineal, no dan pico en bola —viendo que insinuaba cierta decadencia trató de enmendarla—. Pero el botín fue bueno, y hasta creo que se cargaron a un policía armado.

—Pues la prensa pone todo lo contrario —insistió el camuflado Paco—. Aseguran que murió uno de ellos y cogieron a otro herido.

—¡Qué prensa ni qué leñes! ¿No me digas que te crees lo que ponen los periódicos?

—Es que no lo he leído en los diarios sino en *Semana*.

—¡Y qué! ¿Es que hay alguna diferencia?

—Hombre, no sé. La prensa es toda del Movimiento.

—No seas estúpido, chaval —el profesional quiso hacerse el gracioso—. Aquí todo lo que se mueve es Movimiento.

—Sí, claro —balbuceó el joven mientras admiraba las piernas de la chica—. Yo leo lo que pesco por ahí. Nunca compro el periódico, pero a veces dejan revistas sueltas en la barbería.

—¿La tienes ahí? —y ante la respuesta afirmativa continuó—. Tráete ese panfleto.

—No dice que fuera autoría del maquis, pero lo insinúa porque iban bien armados.

—¿Y quiénes van a ser? ¡Sólo nosotros nos jugamos la vida contra Franco!, —comentó enervada la mujer—. Los del PC somos los únicos que luchamos. Los demás son unos cobardes asquerosos que sólo se apuntan cuando les conviene.

—No vas desencaminada, Adela, pero conviene que mantengamos la cabeza fría.

—Estamos muriendo como chinches —la chica, hasta entonces silenciosa, parecía irritarse por momentos—. El mes pasado no llegamos a tiempo de salvar al Juanele; hace menos de quince días acribillaron al Protestante y se desangró malamente. Éste —señaló al encamado— no sabemos si saldrá...

Paco se había dirigido a la cocina, regresando con unas hojas que componían una publicación. Trató de alisarlas componiendo el artículo y se las entregó al médico.

El fracasado asalto a un banco de Madrid.

El día 2 de abril, a las once de la mañana, y en plena calle de Velázquez, ocurrió un suceso que, por revestir todas las características de la espectacularidad, acaparó los comentarios de los madrileños.

Un grupo de forajidos, armados con pistolas ametralladoras, penetró en el local de la sucursal del Banco Español de Crédito, y después de amenazar al público que en aquella hora realizaba sus operaciones, se dirigieron a la caja, apoderándose de una cantidad de dinero. Entre los que allí se hallaban, pasado el primer momento de estupor, se produjo la natural reacción, y uno de ellos salió a la calle dando

la voz de alarma. A sus voces de «¡Atracadores!», acudió el guardia civil señor Moyano que viajaba en un tranvía y, parapetándose tras un árbol, hizo frente a los cuatro maleantes, matando de un disparo a uno de ellos, e hiriendo a otro, que, pese a esto se dio a la fuga y asaltó el automóvil que conducía el excampeón de España de lucha grecorromana don Heliodoro Ruiz, al que amenazó con una pistola y obligó a llevarle hasta las cercanías de Fuencarral donde el conocido deportista luchó con él dejándole rápidamente fuera de combate^[19].

—¡Magnífico para una película americana de *gangsters*!

—Falta la chica —intentó bromear la enfermera.

—La chica, el chico, los autores, el dinero, los otros dos que escaparon y mil cosas más. Patrañas. No más que patrañas. Lo único cierto es que han asaltado a un banco, y de los grandes. ¡Ahí queda eso!

—¿Y creéis que pudo ser cosa del Menda? —inquirió Paco.

—Seguros no podemos estar. Pero en Madrid no puede achacársele a nadie más desde que fracasaron los apoyos.

—La culpa fue del topo que se les metió en la RENFE —la muchacha cruzaba las piernas conocedora de su atractivo—. Menos mal que se lo cargaron, aunque demasiado tarde.

—Parece ser que existen algunos infiltrados entre los cazas de ciudad —remachó Calero, interesado en tener datos—. Se dice que aquí en Valencia hay alguno —el atrevimiento servía de protección.

—Valencia tiene bastante con la AGL, la Agrupación más numerosa, efectiva y valiente de toda España —el doctor cubría bien el expediente psicológico—. Mucho de su armamento supera al de la Guardia Civil y, desde luego, en cuanto a hombría les dan sopa con honda. Por algo está dirigida por el Partido Comunista. Mejor nos iría si las demás partidas dejasen de tontear y se apiñaran con el PC.

—Los anarquistas nunca quisieron juntarse y, en realidad, tuvieron gran culpa en la toma de Madrid —apostilló la sabidilla.

—Dejaos de errores pasados —cortó el médico—. Sólo sirven para minar la moral de nuestros luchadores. Ahora interesan otras cosas —se dirigió a Calero cambiando de tema—. El paciente que tienes a tu cuidado es un compañero de alta calidad. ¿Entiendes?

—Lo único que sé de él —Paco quería información— es que lo trajo Adela en el sidecar de su moto, encogido como un conejo y medio desvanecido.

—¿Y para qué quieres saber más?

—Para nada, para nada —se apresuró a aclarar—. Es que como ha dicho usted que es de alto copete...

—Ahora escúchame bien.

—Soy todo oídos.

—Verás. El paciente no está para muchos trotes, pero espero que pronto pueda recibir todas las visitas que precisan hacerle.

—Visitas ¿de quiénes?

—Calma y serenidad, querido compañero. Déjame que te explique. Nadie sabe

dónde está escondido. No he querido decirlo hasta que se encuentre en condiciones. Cuando lo esté, si podemos atajar la infección, comunicaré su ubicación y permitiré visitas. Nunca más de tres. ¿Entiendes? Si vienen más les prohíbes la entrada.

—No me harán caso —Calero intentaba provocar todo tipo de conversación para poder sacar conclusiones.

—Te escudarás conmigo, y el que no esté conforme que venga a protestar. Ya lo aclararé yo.

—¿Y cómo sé que puedo dejarles entrar?

—Te preguntarán por Torán.

Por fin salía el apellido o apodo del encamado. Tenía que sacar más detalles. ¿Quién podría ser el personaje en cuestión que tanto predicamento tenía entre los compañeros?

—Pero yo no puedo estar aquí las 24 horas del día.

—¿Por qué no?

—Porque, como aquí se dispone, trabajo en la albañilería.

—Trabajas en lo que te ocupamos. Desde que te libraste de lo de la albufera no tienes más trabajo que el que te digamos. Tanto puedes hacer de albañil como de perito agrícola.

—Vale, vale.

—Pues eso. Ahora eres cuidador de alguien importante. Yo vendré todos los días a darle un vistazo; lo que no puedo asegurarte es la hora de visita.

—¿Y qué tengo que hacerle?

—Lo que ya sabes. Ver si tiene fiebre. Darle agua, mucha agua y limpiarle todo lo que puedas. Mañana ya veremos. ¡Ah! Y las pastillas. No más de seis al día.

El doctor y la enfermera abandonaron la casa. Paco contempló intranquilo al paciente. Dormido, sin el sudor que el empapaba el rostro y el pecho hacía unos momentos, parecía otro hombre. La evacuación del pus, las pastillas y el rociado de alcohol habían surtido efecto. Hasta entonces Calero no se había dado cuenta que el hombre era desagradablemente barbilampiño, aunque con buena cantidad de pelo en la cabeza, en cuya parte lateral izquierda se había rasurado totalmente y cubierto con un vendaje. Aparentaba no más de cincuenta años, acaso cuarenta y pocos, piel excesivamente blanca y, no precisamente por la pérdida de sangre; era una blancura extraña, molesta, repugnante. Desnudo sobre la cama resultaba un espectáculo verdaderamente grimoso, repelente. Había rebuscado hasta la saciedad entre las mugrientas ropas que había traído, pantalón, camisa, chaqueta raída, en los bolsillos, en los zapatos, en los calcetines y hasta en el forro de un elegante sombrero totalmente incongruente con el resto de la indumentaria. Nada. Ni el menor indicio que pudiera servirle de algo.

Mientras la ciudad duerme, los bajos fondos despliegan su enigma, necesidad y desdicha alimentados por la anestesia del instinto y precariedad del placer. Las callejas que circundan la de Las *Escaletas* se pueblan de moradores nocturnos, la

mayoría solitarios, algunos en pequeños grupos alborotadores animados por el alcohol que, cívicamente son acallados por los impúdicos transeúntes. Una ley no escrita cuida de mantener el orden entre los parroquianos de los burdeles, tratando de evitar la incursión de la policía que transita condescendiente mientras se mantenga la calma. La tristeza también ambienta la zona del famoso lupanar. Prostitutas ya añejas, cargadas de historia, sonrían medio desdentadas al recién desembarcado marinero que ni siquiera trata de elegir. Miseria, falsos oropeles, minusválidos convertidos en cicerones que dicen saber donde no hay peligro de contagio, hetairas de buen ver que acaso esconden en su esplendidez el terrible mal del infierno. Un par de policías armadas, exigen a un trío de meretrices la cartilla de sanidad. Las normas son ciertamente inflexibles. Se debe tener el sello, o cuño, sanitario que se imprime mensualmente para permiten ejercer libre de patología venérea. Sin embargo el miedo existe y tiene que vencerlo el usuario, a pesar del profiláctico y periodo de incubación. En la España de la época, la regulación de la prostitución, resultado de la opinión pública, coherente o cínica, cuidaba con mano dura su práctica fuera del recinto acotado, la enfermedad y la protección de la menor. Cumplidos estos requisitos el ejercicio de la misma, en las casas de mancebía, estaba legalmente consentido. Evidentemente, muchas de las madamas no solamente actuaban de regidoras del burdel, previa explotación de sus pupilas, sino que proporcionaban información sustanciosa a la policía, acogiendo a las leyes contra vagos y maleantes y contra el comunismo y la masonería. En las festividades de la ciudad, sobre todo en Fallas y la Feria de Julio los transeúntes, desde luego varones, se apiñaban tropezándose en las calles, mientras buscaban determinadas casas de lenocinio en las que se establecían verdaderas colas de presuntos beneficiarios. En días de *overbooking* los proxenetas contrataban individuos que vendían su puesto en la cola de los preferentes lugares de turno.

Paco soportaba, en ocasiones, molestas llamadas de repique producto de bromas pesadas o incluso de sinceras equivocaciones de algún despistado. Conocido en la zona, no solía ser incomodado por las profesionales del lugar que guardaban entre sí esa conspiración del silencio que se cumple casi siempre entre el mundillo de la marginación. Los acuerdos tácitos, sobreentendidos, leyes no escritas implícitas en los comportamientos obligan generalmente mucho más que las más exquisitas retóricas jurídicas. Las ventajas para los comprometidos suelen ser beneficiosas, pero el peligro de la traición se admite siempre entre lo posible, por lo que su represión o venganza adquiere, por lo común, tintes de crueldad.

Pasado un tiempo, algo menos de un mes, el hospitalizado pudo ya valerse por sí mismo. Hasta entonces parco en palabras, parecía haber adquirido una extraña verborrea fruto de su largo obligado silencio. Sus relaciones con su cuidador, como no podía ser menos, eran de agradecimiento y sinceridad. En más de una ocasión, Calero sentía la repugnancia de quien se sabe traidor a su apariencia. Aquel blancuzco y, sin duda, perverso Torán, demostraba facetas de cordialidad y gratitud,

por lo menos hacia quien había colaborado en su supervivencia. Largas conversaciones, provocadas por Paco en desesperado intento de conseguir la máxima información iban, poco a poco, desgranando la personalidad del herido, su ensamblaje en el PC y el grado de responsabilidad. Sin embargo, como dato curioso, jamás reveló el cómo, por qué y donde fue ametrallado. Su silencio sobre este aspecto, contrastaba fuertemente con el ansia de relatar su procedencia, las batallas en la guerra civil e incluso algunas anécdotas demostrativas de su capacidad de lucha. De nacionalidad norteamericana, aunque de padres españoles, había formado parte de las Brigadas Internacionales, reclutado en el Batallón Lincoln como combatiente de la 15.^a Brigada, y tomando parte en los principales combates de Belchite, Brunete, Jarama, Teruel y en la legendaria batalla del Ebro. Amigo personal del fallecido Julián entraron juntos por el valle de Arán cuando la fallida operación Reconquista de España, logrando incrustarse en el terreno, quedar un tiempo en España, volver a Francia y retornar nuevamente junto al maquis con órdenes expresas del PC cobijado en Moscú. La ya patológica verborrea del encamado le llevó a convertir su soliloquio en una revisión histórica de su procedencia. En una reunión del komitern en 1936 se realiza una proclama invitando a todos los obreros del mundo, con cierta experiencia militar, a participar en la liberación de España de las «hordas fascistas», y en enero del 37 queda organizada la 15.^a Brigada Abraham Lincoln. La heroicidad de las Brigadas Internacionales quiso ser contrarrestada por el *fascio* por cierta leyenda negra en la que su férrea disciplina, se interpretó como expresión del terror estalinista, empleado ciertamente por un escaso número de oficiales del komitern con crueldad inusitada. Estas circunstancias junto a reconocidos escándalos contables en que las unidades seguían recibiendo las pagas de los brigadistas caídos en combate, por no cursar los obligados partes de baja, provocó que se firmara un decreto, por Indalecio Prieto en el que los combatientes internacionales quedarían sujetos a la Justicia Militar española, integrados en el Ejército Republicano y no pudiendo contar más de un cincuenta por ciento de oficiales extranjeros en sus filas.

—Me siento orgulloso de mi origen español —comentaba Torán haciendo más difícil el dilema personal de Calero—. La gente no sabe que gran parte de nuestros efectivos eran españoles, que venían a cubrir nuestras bajas infundiendo el coraje que a veces nos faltaba. Al final de la contienda, antes de retirarnos definitivamente, casi la mitad de nosotros éramos oriundos de España.

—Aquí, según he oído, todos los brigadistas eran considerados héroes de la libertad. Sin embargo, la propaganda falangista mentía descaradamente hablando de la crueldad de los comisarios políticos.

—¡Unos y otros mentían! Yo he oído a Marty, el llamado por los fascistas Carnicero de Albacete, exponer bravamente la necesidad de una disciplina fuerte, rápida, ejemplar, para cortar de raíz la desidia, libertinaje, borracheras e indisciplina de algunos brigadistas. ¡Yo mismo he tenido el honor de formar parte del pelotón de fusilamiento de muchos indeseables! —alardeó el barbilampiño—. ¡Tú no sabes el

daño que han hecho al PC todos esos individuos!

—¿Y quién decidía la ejecución?

—¿Quién? ¡Nosotros! Los verdaderos comunistas. El comisariato de las brigadas.

—¿Los mandos políticos implantados por Rusia? —se atrevió a preguntar Calero.

—¡No! También tú has sido producto del veneno fascista. Fue Largo Caballero el que estableció que además del mando militar debía existir en cada brigada un comisario que justificase la naturaleza socio-política de las Fuerzas Armadas.

—Es cierto que yo soy un producto de mi época. Cuando empezó la guerra había cumplido los 15 años y, en realidad, solamente he sido consciente de la opresión franquista. Según corre por ahí, los comisarios e incluso los jefes del ejército republicano marchaban en la retaguardia, matando a tiros a los que reculaban.

—Eso también lo hacían los fascistas. Se ha exagerado mucho sobre la represión entre nosotros. El mismo Marty, expuso ante el Comité del PC francés, la necesidad de escarmiento entre los brigadistas, reconociendo que no pasaron de 500 las ejecuciones ordenadas por él, y siempre justificadas por una conducta indeseable.

—¿Y cómo se te ocurrió volver a meterte en este fregado?

—¡Ah! —Torán se humanizó en su gesticulación, impregnando un tinte inexplicablemente romántico en su físico—. Ese es otro tema del que posiblemente hablemos otro día.

—¿Has dicho que eras compañero de Julián? —Paco siguió indagando sin ahondar en lo que comprendía no debía presionar de momento—. ¡Ese sí que era un gran hombre!

—Bueno, era un gran militarista, pero ideológicamente quedaba un poco flojo. Yo lo apreciaba de verdad, y cuando intentaba convencerle terminábamos en gresca, que se arreglaba con un lingotazo.

—Yo lo conocí personalmente y tenía muy buena impresión de él.

—Viví un episodio con Julián muy difícil de olvidar.

—Él no estuvo en las Brigadas.

—No. Se enroló en las Fuerzas de Intervención Francesa.

—Entró con Granell con los carros en París.

—Sí, y al poco tiempo cruzó los Pirineos conmigo. Precisamente esto es lo que quería contarte —paró un momento en su charla, sorbió un vaso de agua, expelió un fuerte eructo y continuó—. Ante el fracaso de la invasión, cuando la mayoría de los efectivos habían muerto, caídos prisioneros o retirados hacia Francia, pequeños grupos de maquis logramos pegarnos al terreno y buscar lugares de asentamiento. Teníamos conocimiento de algunas cuadrillas de huidos que deberían proporcionarnos cobertura efectiva. En un caserío de Trespas pasamos cuatro noches en las que casi nos morimos de hambre y frío —guardó silencio unos momentos tratando de calmar su disnea. Paco le invitó a callar pero el paciente estaba obsesionado con su relato—. De allí pasamos a zona aragonesa cobijándonos en la sierra de Gúdar. Precisamente en uno de esos aislados pueblos cuyo nombre me

resulta imposible recordar, contactamos con un masovero totalmente afín a nuestra ideología, represaliado franquista y salvado de la muerte precisamente por los dueños de la hacienda. En aquel entonces, cuando algún *falangistote* o cura salía fiador de una persona, quedaba todo resuelto por muchas atrocidades que hubiese cometido —Paco no pudo evitar un recuerdo para su infortunado tío Cristino, sacado de la cárcel por intercesión de don Jesús—. Junto con el Julián formábamos una partida de seis hombres, cantidad más que excesiva para el escaqueo. Uno de nuestro grupo, libertario por cierto, se lió con la mujer del mediero que ciertamente estaba de muy buen ver. El traicionado marido, hombre mucho mayor que la infiel, sintió desgarrarse el alma al sentirse pagado con aquella moneda. Julián fue expeditivo. Nos había repetido hasta la saciedad que deberíamos comportarnos con justicia, honestidad y gratitud con todos aquellos apoyos que se jugaban la vida más aún que nosotros. Conocidos los hechos, instaurado el consiguiente consejo de guerra, Julián ordenó el ajusticiamiento del trasgresor. Yo mismo le descerrajé un tiro en la nuca mientras el cobarde pedía clemencia con gritos inmundos y era sujetado por dos de los nuestros. La mujer se desmayó ante el espectáculo, y el infeliz viejo la recogió entre los brazos llevándola compasivo hacia la habitación.

—Erais duros con lo del sexo, ¿eh?

—Con la disciplina, querrás decir. Ya tenían bastantes quienes nos ayudaban para que encima les hiciéramos la faena. No puede negarse que algunos mal nacidos, impropriamente llamados maquis, llegaron a violar a algunas mujeres sin que el PC pudiera echarles el guante. ¿Cómo es ese refrán de los *meapilas* sobre la villa de no sé qué señor?

—Villa, no —sonrió Paco—. ¡Viña! *De todo hay en la viña del Señor.*

—Pues eso. Si ellos tan del crucifijo, admiten sus debilidades, ¿por qué no vamos a admitirlas nosotros que no creemos en todas esas estupideces?

—¿Y qué dijeron los otros de la partida?

—Pues les pareció muy bien. Julián sabía mandar.

Torán había llegado ya al tope de su resistencia. Se le notaba satisfecho de haber charlado en confianza, pero sumamente cansado. No había que ser muy compasivo como para comprender que la conversación debía llegar a su fin. Sin embargo Paco quería saber algo que le importaba mucho.

—Tengo ganas de que vengan las visitas para poder charlar con nuestros compañeros de lucha.

—Lo siento, chico —atajó rápido el convaleciente—. Tú no estarás presente.

—¿Y eso? ¿Es que no confías en mí? —protestó con indignación.

—No es eso, chaval. Es que debemos seguir nuestros principios, y yo el primero dada mi situación en el Partido. Lo mejor que puedes hacer es acomodarte un espacio que no sea éste.

El evidente agotamiento del encamado y la decisión, al parecer inamovible, de no tener testigos en sus conversaciones con otros, convenció a Paco de que no había más

que decir sobre el asunto. Se tumbó en el catre después de asear al paciente y se hizo el dormido mientras forzaba la mente discurrendo el modo de enterarse de algo. Resultaba mucho más agradable acomodarse en el bajo, junto a los ladrillos, losetas, grifería y utensilios que dormir junto al comunista, pero ese desahogo le impedía recibir información de primera mano, sumamente importante para el cumplimiento de su misión. No podía renunciar a una ocasión que se le brindaba como la más sustanciosa de todo su trabajo. «Conocer de vista a los del comité del PC, por si sólo ya no era moco de pavo —pensó—, pero oír sus conversaciones sería ya un excelente trabajo». Se durmió pensando que, por lo menos, cuando los viera anotaría cualquier dato o referencia física que sirviera a la policía para identificarlos.

Al mismo tiempo que en la ciudad del Turia se pergeñaban las nuevas actuaciones del maquis para zanjar el evidente desmoronamiento de la lucha antifranquista, en las dos vertientes del Sistema Ibérico y acompañando al Cabriel en la serranía de Cuenca, los guerrilleros de la AGLA y los de la meseta centro deciden coordinar, junto a los últimos vestigios de las partidas una operación extrema, posible canto de cisne de la guerrilla.

La historia vendría con el tiempo a demostrar, que la permanencia guerrillera en el monte hasta los años cincuenta no tenía ninguna razón de ser, obligando a los maquis a buscar solamente la necesaria supervivencia, convirtiéndolos en auténticos bandoleros que huían de su aniquilación. La partida del Mariano, sensiblemente diezmada, había tenido que reorganizarse sumando miembros de otros grupos igualmente mermados.

—No sabemos nada de Torán —se lamenta Mariano mientras sorbe el café que ha hecho el Chato—. Estamos pendientes de sus instrucciones.

—Lo malhirieron en Peñagolosa y ni siquiera sabemos si vive.

—Hombre, si la hubiese *pringao* ya nos lo habrían dicho —comentó Torrijeras.

—Lo único cierto es que nos vamos desmoralizando. Las partidas apenas realizan pequeñas recuperaciones económicas, algún que otro reparto de propaganda y escaparse de los civiles.

—Pizarro nos ha comido la moral.

—¡A mí, no! —bramó Mariano—. Lo que pasa es que no podemos estar actuando sin orden ni concierto, agazapados a la espera, ¿a la espera de qué? ¿De que nos achicharren como moscas?

—El Buró Político no dice nada —intervino el Chato.

—No dice nada —suavizó el otro componente del EM— porque nos han interceptado al Torán.

—Nos lo hayan interceptado o cargado —Mariano descargaba su enfado—, nos da lo mismo si no arreglan la cuestión ¡Que venga otro a orientarnos!

—Y si no, actuamos por nuestra cuenta.

—Eso es lo malo Chato, que la gente se considere descabezada, haga cada uno lo que le parezca y empiece la verdadera escampada.

—Ya han intentado escabullírsenos cuatro.

—¡Pero los hemos liquidado!

—Y a la gente no le ha parecido muy correcto.

—¿Cómo puedes hablar de correcciones, cuando cada vez estamos más cerca de palmarla? —el cabecilla no podía calmar su irritación—. Precisamente por ser condescendientes, ¡débiles en nuestra empresa!, hemos llegado a un espíritu derrotista que puede acabar con nosotros.

—También el exceso de disciplina puede destrozarnos —el Chato intenta inculcar el militarismo adquirido en la Legión Extranjera—. Yo estoy de acuerdo en eliminar a los traidores, y hasta a los cobardes, pero debemos hacerlo con más inteligencia, sin asustar a los otros. Fue la misma KGB de Stalin quien aconsejó el terror como la única medicina contra la deslealtad y la traición. Y el resultado costó mucha sangre.

—En eso coincidió con las SS de Hitler —atizó Torrijeras en un intento de demostrar su integridad.

—¡Bueno, ¿y qué?! —Mariano no atendía razones—. Nosotros hemos experimentado entre los nuestros que tal y como nos encontramos, no podemos dar la menor muestra de desfallecimiento.

La conversación llegó a ese punto muerto donde los discrepantes, reconocen parte de razón en su oponente, pero no quieren demostrar lo que les parece una endebles. Sabían muy bien, por experiencia propia, que tanto la permisividad como la dureza excesiva conseguían el mismo resultado. En los montes de Cabra habían ahorcado a un traidor dejándolo tres días colgado para escarmiento de los pusilánimes. La disposición, aún tomada por consejo de guerra, no fue tan eficiente como se esperaba. Dos del grupo huyeron horrorizados de su posible fin.

—¿Cuántos hombres tenemos? —Mariano, y su EM ocupaba un campamento separado del grueso de la partida y hacia días que no visitaba a sus hombres—. ¿Ha desaparecido alguno desde que ajusticiamos al delator?

—No.

—¿Ves cómo tengo razón?

—Puede.

—¡Pero cuántos quedan?! —chilló.

—Diez en Peñacabra, nueve a un kilómetro, en el Sesgal, y seis cerca de Rubielos.

—Con veinticinco hombres bragados, soy capaz de agarrotar a todo el maestrazgo. Siempre y cuando no me vengan los del Buró Político a tocarme las pelotas, claro.

—Lo malo es que de los veinticinco, más de la mitad están por tirar los trastos —sentenció Torrijeras—. Tienes que ir a verlos para darles ánimos.

—¿Y para qué os tengo a vosotros?

—No es lo mismo ir nosotros que presentarse el jefe. ¡Reconócelo!

Mariano se sirvió otro café, lió un cigarro, se palpó los bolsillos buscando el

yesquero, y como solía hacer cuando no tenía respuesta, guardó silencio y se dio un respiro paseando entre los pinos, dándoles de vez en cuando sonadas patadas.

—Sabe que tenemos razón —murmuró el Chato— pero nunca da su brazo a torcer.

—Es un cazurro, pero no tiene un pelo de tonto.

—Por supuesto. Dentro de un rato nos vendrá con una ocurrencia que no será más que la que le hemos indicado nosotros.

—No nos quejemos, los hay que...

—¡Calla! Que ya viene. Pronto ha decidido.

Mariano se acercaba más templado y sereno que cuando se alejó. Seguía con el pitillo entre los labios, aparentemente displicente. Se plantó ante sus dos hombres, piernas abiertas y manos sobre el cinturón en manifiesta actitud chulesca y espetó.

—Por una vez en la vida creo que tenéis razón. Sólo yo puedo arengar a mis hombres. Lo haré en espera de que nos vengan órdenes de más arriba. Entre tanto, enviaré a alguno a la ciudad para que se entere de lo que pasa con Torán.

—Me parece perfecta tu decisión. Mientras no sepamos nada nuevo, tú eres el más indicado para organizar las partidas.

—Las partidas de nuestra zona —especificó Torrijeras— porque de las demás no sabemos nada.

—Ni falta que nos hace —el jefe guerrillero intentaba que su cesión no conllevara la falta de criterio—. Yo soy responsable de todo este sector. Y vosotros también. ¡Ya tenemos bastante con ello! ¡Sólo falta que les saquemos las castañas del fuego a andaluces, extremeños, gallegos...!

—¿Y con los de la zona Centro?

—Me has interrumpido, ¡animal de bellotas! —intentó justificar su olvido, sin conseguir credibilidad— con los de la sierra Guadarrama es con los únicos que podemos entendernos.

—Perdona, hombre. Parece que hoy estás *encajotao*, pero con los del centro, con el melindre del Severo no vas a conseguir nada —opinó el Chato.

—¿Dónde va ya el Eubel de la Paz? —se hizo el enterado Mariano—. Ha desaparecido del mapa. A lo mejor está preparándose para catedrático.

—Veinticinco hombres, más tres que somos nosotros, sumamos veintiocho. Eso ya es una brigada.

—Que con el Hurón y el Poeta llegamos a la treintena.

—¡Vale ya! —gruñó Mariano—. A esos dos no hay quien les pille. ¿Alguien sabe dónde paran?

—Yo no, desde luego. Pero cuando son necesarios acuden.

—El músico porque es un marisabidilla escurridizo —aclaró Torrijeras— y el otro porque lo mandan los del Comité.

—Hay quien dice que han visto al Poeta en dos sitios al mismo tiempo.

—No seas imbécil, Chato, eso de estar en dos lugares a la vez, no sé cómo se

llama, pero los curas dicen que sólo lo puede hacer Dios.

—Y ése no existe —aclaró—, así es que tú veras.

—¿Y qué vas a decirle a los hombres? Vamos, si puede saberse.

—No lo sé. Pero será algo gordo. Tenemos que preparar algo sonado que baje los humos a los franquistas. Tengo algo pensado, pero aún debo meditarlo tranquilamente.

—¿Podemos ayudarte, jefe?

—Tendréis que ayudarme. Pero aún es pronto. Ya os pediré vuestra opinión cuando lo tenga más digerido.

La España del maquis parece cambiar de andadura cara a su política exterior. El apoyo de la Iglesia junto al auge del Opus Dei, la práctica eliminación de la llamada conspiración monárquica, la relajación de la oposición de París y Londres, junto a las palabras del presidente Truman, uno de los considerados mayores enemigos de Franco, en las que proclamaba el engaño, la mezquindad y tiranía del comunismo, ayudan considerablemente a dinamitar la lucha antifranquista que queda referida a pequeños reductos, generalmente deshilvanados de una organización efectiva.

En realidad el declive de las agrupaciones del maquis había comenzado mucho tiempo atrás. La caída del mítico Marrofer, acrónimo de Marcelino Rodríguez Fernández, procedente del *maquisard* francés, y unificador en la lucha antifranquista de personalidades tan anárquicas como Benigno García Andrade, alias Foucellas, representó uno de los mayores golpes contra la acción guerrillera. La Agrupación gallega, en una huida hacia delante, intenta la voladura de Radio Coruña, realizando el ajusticiamiento de algunos alcaldes pedáneos de pequeñas parroquias, así como deflagraciones con caída de cables de alta tensión, voladura de raíles y ocupación de algunas aldeas. A todo esto vino a sumarse la descomposición de las partidas, faltas de la obligada unificación estratégica para la consecución de los objetivos. Las discrepancias entre los distintos jefes; el mismo Foucellas, condenado a muerte por Marrofer, de la que logró escapar gracias a la popularidad entre el paisanaje gallego; la intransigencia del Comité Central sobre algunas actuaciones, como en el caso de Severo Eubel de la Paz que ocasionó la ruptura definitiva de éste con el Partido; y otras varias circunstancias motivadas por la férrea y efectiva belicosidad de la Guardia Civil, sembró la duda sobre la conveniencia de continuar la lucha entre los mismos guerrilleros. La guerrilla urbana también había marcado su inflexión con el descubrimiento de varios enlaces y puntos de apoyo esenciales para la oposición armada al Régimen. En Madrid se detiene a una tal Carmen dueña de una casa que servía de estafeta y refugio de guerrilleros, así como a un repartidor de *Mundo Obrero* en el Puente de Vallecas. Otro de los golpes más graves sufrido por la guerrilla antifranquista, fue el descubrimiento del lugar de reuniones del Comité Central del Partido en una casa de la Ciudad Lineal de Madrid ocupada por un pacífico matrimonio ruso que, a la vez, tenían instalada una emisora clandestina.

La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, junto con los cazas de ciudad de

Valencia que ya empezaban su declive, y la acometividad efectiva de la guerrilla urbana en Cataluña, que nunca se distinguió por las lucha armada del maquis en la sierra necesariamente ocupados en el paso de individuos a uno u otro lado de la frontera, mantenían los pilares de la lucha antifranquista. Las últimas decisiones tomadas en Moscú, empezaban a tomar cuerpo entre los jefes guerrilleros, muchos ya convencidos de la inutilidad de su sacrificio. Poco a poco se iba constatando que la desaparición de los apoyos campesinos, por desmantelamiento, represión o simple y pura defección, hacia poco menos que imposible la lucha en el monte, que empezaba a quedar relegada a la huida, deserciones, chivatazos para salvar la vida, o duro bandidaje obligado por la supervivencia.

Algunos maquis acosados en el monte, tratan volver a sus pueblos de origen con la esperanza de ser acogidos por sus familiares o amigos, en espera de una solución ya poco esperanzadora. Muchos de ellos, consideran las ciudades, más pobladas y, sobre todo, desconocedoras de la realidad, lugares más apropiados para pasar desapercibidos. La casa de la calle Las Escaletas empieza a recibir un peligroso trasiego de gentes, ávidos de respuestas a sus inquietudes en búsqueda de una solución en las que les va la vida. Confían, en última instancia, en las decisiones de un esperado jefe, herido gravemente pero ya repuesto para encauzar sus acciones. Torán, había sido anunciado con exageradas alabanzas como el mesías de un éxodo organizado. De las muchas historias que corrían sobre su entrada en España, algunas lo situaban en Peñagolosa y otras en Asturias, la única cierta era que fue tiroteado cerca de la Estación del Norte de Valencia, al reunirse con un vigilado por la policía, logrando ser recogido por dos obreros del Partido quienes avisan a la enfermera Adela del Hospital General. El viajero traía consigo una serie de pasaportes falsificados, diez cédulas de identificación igualmente falsas, tres pistolas automáticas y una fuerte suma en metálico que superaba las 70 000 pesetas, amén de específicas instrucciones para facilitar el paso de la frontera.

Actualmente Torán se recuperaba de sus graves heridas en la calle Las Escaletas cuidado por Calero. El primer visitante del que tomó nota Paco se trataba del Reyet, apodo de un represaliado por el franquismo que había cumplido condena trabajando en la construcción de un pantano, ocupación por la que redimía pena y le permitió sustraer unas cargas explosivas. Fue quizá la única conversación entera que pudo escuchar el guardia civil. A partir de entonces, las precauciones de Torán se ampliaron, hablaban en voz baja y cerca de la ventana abierta para que los ruidos de la calle actuaran de cobertura. Calero siempre que acompañaba a las visitas, cerraba la puerta del piso y bajaba algunos escalones procurando hacer suficiente ruido para simular su retirada. Luego, medio de puntillas subía la *escaleta* y pegaba el oído a la puerta de la habitación intentando captar las pocas palabras que le llegaban. A grandes rasgos pudo enterarse de algunos datos que podrían servir de indicio a las fuerzas gubernamentales. Uno de los que acudieron era alférez de la Milicia Universitaria, del Cuerpo de Artillería, experto en el manejo de explosivos, a lo que

se había dedicado en su destino, quedando encargado por el PC de la voladura de la oficina del SEU de la ciudad. Otro, de apodo valenciano El Roch por el color de su pelo, preparaba el asalto de una sucursal del Banco de Valencia en la que actuaba de cajero en cuya operación tenía el encargo de abortar los sistemas de alarma que luego figurarían cortados por los asaltantes.

Paco había adecentado el bajo de cinco por cuatro metros, acondicionándose un pequeño habitáculo, pegado a la ventana y separado del resto por unas pilas de ladrillos y losetas, con cabida suficiente para un camastro y un destartado asiento de brazos que le permitía un cierto aislamiento, más psicológico que real. Una bombilla de 25 vatios, lujo indudable pero insuficiente, pendía del desconchado techo; y una ventana grande, enrejada, de casi dos metros cuadrados completaba la fastuosidad del local. El ventanal tenía la ventaja de que separado de los hierros más de un palmo, permitía tenerlo ligeramente abierto para que entrase el aire de la calle, amén de que, dada su añeja suciedad pegada fuertemente sobre la parte interior del cristal, impedía la visibilidad externa permitiendo sin embargo, otear desde dentro simplemente rascando la inmundicia y configurando unas mirillas. Un día de julio, con el calor de las noches estivales valencianas solamente soportables en la algazara de la feria, Calero fue despertado de su sueño por unos débiles golpes con la aldaba de la puerta. Maldijo por lo bajo al impertinente recabando paciencia mientras se medio vestía y fue hacia la puerta.

—Necesito urgentemente hablar con Torán —susurró con acento autoritario el recién llegado.

—¿Quién quiere verle?

—¡Yo!

La escueta y perentoria contestación no daba opción a ninguna otra repregunta. Paco abrió la puerta permitiendo la entrada al acuciante personaje y lo acompañó por la *escaleta* hasta la habitación del convaleciente. Allí golpeó pidiendo permiso y dejó entrar al visitante. Nada más cerrar la puerta sintió la punzada del peligro. Solamente había escuchado una palabra y no esperó más. Bajó raudo los irregulares escalones procurando hacer el menor ruido posible, cogió la camisa que tenía sobre la silla, abrió la puerta sigilosamente y empezó una loca carrera. Apenas treinta metros lo separaban de la esquina que dobló hacia la izquierda, aminoró la marcha transformándola en paso rápido intentando sortear lo mejor posible los numerosos mirones, más que usuarios del producto, del ambientado lupanar. Dos meretrices le lanzaron una obscena oferta mientras una tercera, apoyada en una farola, enseñando el máximo permitido de sus encantos, fumaba displicente bajo la mortecina luz en un triste y cursi remedo del *Pigalle* parisino. Una manzana más, atravesó la recoleta plazuela del árbol, sorteó a dos guardias que arrastraban a un borracho hacia la comisaría, y entró en la jefatura de policía irrumpiendo en el despacho del inspector de guardia.

La escena del primer piso en la casa de la calle Las Escaletas, guardaba estrecha

relación con la premura de Paco. Cuando el recién llegado se encontró con Torán, pronunció éste la única palabra que motivaría la destrucción de todo un laborioso tinglado montado contra el PC.

—¡¡Amadeo!! ¿Cómo estás aquí?

El reconocido visitante estrechó fuertemente a su compañero hasta el extremo de provocarle dolor en sus heridas y, disculpándose por la alegría le palmoteó más cuidadosamente la espalda.

—¡Ya ves, camarada! ¡Aquí estoy!

—¿Y cómo ha sido eso? ¡Te hacía en la trena!

—Todavía debo estar allí —bromeó mientras seguían las muestras físicas de reconocimiento y alegría.

—Pero ¿cómo lo has logrado?

—Amistades y dinero.

—Serán amistades altas —predijo Torán.

—No tanto. En la cárcel con pesetas se puede conseguir todo. Bueno, casi todo. La escapada es lo más difícil, pero siempre hay que probar suerte y, a veces, sale.

—¿Algún guardián?

—¡Qué va! Mucho más sencillo. El conductor recogedor de basuras. Unos cuantos duros bajo mano, para él y para el de puertas. Y ya está.

—¿Pero el vigilante también entra en el ajo?

—Sí y no.

—Aclárate, hombre.

—Sí, porque no inspecciona correctamente el camión. No, porque no sabe que se escapa un preso sino que cree que se escaquea comida del recinto.

—Se darán luego cuenta, ¿no?

—Pero ya habrán pasado unos días. No sabes el despiporre que se cuece en las prisiones. Los de la policía armada, no son la Benemérita; los jefes suelen ser falangistas de puro, chalet y querida, y los trapos sucios se lavan en pulcra intimidad. Cuando se dan cuenta que no les salen los números, tanto de presos como de pasta —ironizó intencionadamente— se echa mano del borrón y cuenta nueva. A ellos más que a nadie les interesa que todo cuadre perfectamente.

Después de cortos comentarios sobre sus recientes vidas, saborear el *Domech* y fumar un cigarrillo pasaron a divertir sus pensamientos sobre el barrio donde se ubicaba la casa. Torán comprensivo, no pudo informar debidamente a su amigo. Aparte de considerarse misógino, su obligada postración no le había permitido conocer el distrito. Al final se llegó al tema principal del deseado contacto. Tanto uno como el otro habían sido encargados por el Buró Político para poner orden en lo que parecía representar el principio de un final no deseado. La enorme esperanza que se había iniciado con la Unidad Nacional Española (UNE), en la que se daba cabida a todo tipo de antifranquista, por el mero hecho de serlo, estaba quedando desde hace tiempo relegada a un cúmulo de intereses de una partitocracia que intentaba

convertirse en unitaria. Nadie puede sensatamente dudar, que el Partido Comunista de la época obedecía a directrices estalinistas con la intención de instaurar la dictadura del proletariado, y que los ideólogos más conspicuos, eran precisamente los que mejor conocían esta realidad.

—Necesitaba salir de aquel *merdel* no sólo para estar libre sino para comunicar a los nuestros las próximas actuaciones.

—No me digas que en el trullo también funciona el espionaje —la sonrisa de Torán mostraba entre incredulidad y orgullo.

—Ya te he dicho que allí se puede conseguir cualquier cosa. Muchos reclusos, más los comunes que los políticos, hacen de asistentes del mando, barren, limpian, escriben a máquina, manejan papeles y mil cosas más. Una buena *mordida* los hace condescendientes.

—¿Y qué es lo que sabes?

—Que se prepara una investida del Ejército en colaboración con los civilones para acabar con nosotros.

—Seguro que es idea del malnacido de Pizarro.

—No puedo asegurártelo, pero lo que es cierto es que están preparando lo que llaman *Operación Escoba* que tratará de empujarnos hacia donde nos esperarán los guardias.

—¿Y estás seguro de que serán soldados?

—Segurísimo. Un batallón de Infantería apoyado por una Sección de Ingenieros y una batería de Artillería iniciarán el ojeo.

—¿Y para qué tanta bandurria?

—Imagínate lo peor. Uno de los encarcelados, al que llaman El Militar dice que lo más seguro es que prendan fuego al monte para encauzarnos la huida.

—¿Y qué podemos hacer?

—Para eso estoy aquí —aseguró Amadeo—. Hay que avisar a la mayor parte de partidas que podamos.

Torán quedó pensativo. Luego se le ocurrió algo que le vino a la mente por asociación de ideas.

—¿Y qué te ha dicho Calero?

—¿Qué Calero? —respondió asombrado el visitante—. Ni siquiera sabía el plan establecido. Ayudaba solamente a la recogida de armas que nos entraba por el puerto de Valencia y ya era bastante. Al pobre se lo cepillaron, de entrada, como a un conejo en la alquería.

—Entonces... —un rictus de sorpresa, odio y cólera ensombreció el rostro de Torán. ¿Cómo podían haber caído en una cosa tan estúpida? Una satánica increpación, se convirtió en miedo, terror y cobardía mientras murmuraba silabizando—. Entonces... ¿quién es el de abajo?

Los dos hombres se miraron a los ojos unos segundos enervantes. Una película de sucesos pareció proyectarse al unísono sobre sus mentes. Sin pronunciar palabra sus

rostros pasaron del rojo intenso al blanco cadavérico. El paciente se medio incorporó buscando la *luguer* colocada sobre el cajón que había de mesilla mientras el recién llegado se palpó inconscientemente el cuerpo buscando un arma que sabía no llevaba y corrió hacia la escalera en claro intento de fuga. Un fuerte revuelo en la calle, acompañado de gritos de alarma, ruidos extraños y voces autoritarias mostraron, sin necesidad de visualizarse, la realidad de la situación. Amadeo volvió a subir la *escaleta* con una rapidez impensable, saltando los escalones de dos en dos dirigiéndose hacia la escalerilla metálica que suponía, acertadamente, que daba al terrado. No hizo caso de los gritos de Torán que trataba inútilmente de hacerle comprender que no estaba en condiciones de salvarse por sí mismo. Unos paisanos, pistola en mano, entraron en la casa mientras varios policías armadas rodeaban el lugar y despejaban a los temerosos y entrometidos paseantes.

—Es una redada —afirmó un enterado.

—¡Qué va! —concretó una vieja ramera—. Cuando vienen por nosotras no hacen tanto ruido. Esto es algo más.

—¡Viva Franco! —chilló un beodo.

—¡Arriba España! —corearon tres chavales brazo en alto, universitarios sin duda, que celebraban algo.

Las mujeres corrían hacia sus casas apremiadas por las gesticulaciones de las amas, los hombres *de bien* se escabullían entre las callejas buscando terreno decente; solamente los jóvenes, atrevidos, proxenetas y algún que otro pordiosero, a pesar del letrero *Prohibida la mendicidad*, seguían con avidez los acontecimientos.

Desde el tejado de la casa contigua el fugado escuchaba los ruegos y maldiciones del minusválido que se sabía encerrado en su ataúd. A punto estuvo de perder el equilibrio que pudo costarle un serio disgusto, y blasfemó culpando al aterrorizado pedigüeño de haberle distraído con sus lamentos. Un seco disparo, único, lúgubre, elocuente, terminó con los gemidos del suplicante. Con el valor que sólo procura el instinto de conservación, Amadeo se atrevió a saltar del tejado a un balconcillo que enfrentaba el callejón. Las persianas plegables de madera, que en la época no representaban lujo alguno ya que ahorraban la cristalera, crujieron resquebrajadas por el peso del acróbata. Entró en la oscura habitación y salió al descansillo donde un afeminado *palanguero* lanzó un gritito no se sabe si de sorpresa, temor o admiración. En pocos minutos, el fugado de la cárcel caminaba aparentando serena complacencia por la Plaza del Mercado, ya a las afueras del barrio chino valenciano.

18. Infierno en el barranco.

Rivalidades.

Costilleo se dolía de los últimos sucesos del maquis. El verdor del junqueral que acompaña al ya amansado río, parece haber desaparecido dando paso a unas malsanas hierbas, sucias de barro y polvo que entristecen el antaño vergel. Los antiguos cimbreantes chopos, llenos de alegría y frescura simulan impertérritos vigilantes que cumplen su misión de soledad. Los circundantes declives de extraña bravura transforman su atrayente belleza en emborronado paisaje. Así como la naturaleza, con su fuerza vitalista influye en los comportamientos humanos, también el consciente de las personas produce su impronta sobre el sentir de los montes. Los enhiestos peñascales, arrojados por boscaje de enebros, carrascas y pinos simulan melancólicos susurros provocados por el azote del viento. La Iglesia parece haber olvidado sus campanas a todo lo ajeno al toque de luto, dolor y desconsuelo. La casa cuartel de la Benemérita hondea su bandera a media asta. El cura y el médico todavía no han regresado de donde fueron requeridos, y hasta los hombres válidos del pueblo permanecen lejos de la villa. Un terrible, horroroso suceso ha conmovido los cimientos de toda una comarca inundada por ríos de llanto que pregonan su duelo hasta el Pórtland de las ciudades.

Pecharromán, teniente jefe de línea coordina, junto a las otras dos líneas sectoriales una amplia zona. La Guardia Civil de Costilleo conforma el vértice triangular de la retaguardia de exploración, mientras la contrapartida de Bellido tiene orden de recorrer todas las masías posibles del área. No solamente las fuerzas del orden, sino los mismos lugareños, incluso los más izquierdosos se enfrentan con espanto a la realidad. Algunos recalcitrantes no creen que el suceso hubiera sido provocado por seres humanos y achacan a la propaganda del Régimen atribuírselo al maquis con ánimo de hacer constar su crueldad y bandidaje. No falta la contrapropaganda de los panfletos comunistas, tiradas de ciclostil efectuadas en la misma montaña y algún que otro local urbano, donde se culpa al franquismo de la desidia, abandono e indiferencia ante las deficiencias de la red ferroviaria. Tomás Cossías describió, años más tarde, el luctuoso episodio:

Y el sitio elegido fue un punto de la vía en que ésta bordea un barranco de sesenta metros de profundidad,

en el termino municipal de Mora la Nueva, provincia de Tarragona. Tal vez se pensó en una voladura del tren, pero acaso, por falta de explosivos o por otra razón que se desconoce, renunciaron a este método y acordaron el descarrilamiento precisamente en un punto donde los trenes suelen llevar bastante velocidad. Para realizar su propósito hubieron de sustraer una llave de las llamadas de «vaso» o «campana» y con ella arrancaron tirafondos o tuercas de las que sostienen la vía, desprendiendo todo un tramo de carril, es decir, más de ocho metros, y exactamente (y aquí se comprueba una vez más la perversa intención con que actuaban) del lado del barranco, del carril externo según la marcha del convoy en el momento de tomar una amplia curva.

Y, en efecto, en una noche oscura, hacia las once, el 12 de febrero de 1949, el expreso de Barcelona a Madrid caía por el barranco de Mora la Nueva entre un fragor espantoso de crujidos de maderas, hierros y cristales, y gritos, lloros y lamentos de una muchedumbre de viajeros que casi enloquecía de terror viéndose en el fondo de aquella grieta, en medio de la negrura de la noche, sin poder encontrar cada uno a sus familiares, ni poder prestar auxilio a los heridos y con una baja temperatura, que aún hacía más terribles los padecimientos físicos y morales.

Nunca pudo saberse con certeza quiénes fueron los verdaderos autores del descarrilamiento del tren que, desgraciadamente, había provocado cuarenta y tantos muertos y más de un centenar de heridos. La represalia gubernamental ocasionó una serie de incidentes negativos para el maquis que destrozaron la moral provocando huidas, deserciones, enfrentamientos entre ellos mismos, y poniendo en marcha la terrible rueda acción-represión de brutales resultados.

Los acontecimientos del barrio chino valenciano habían desmantelado la guerrilla urbana en la capital y los pocos que consiguieron librarse huyeron hacia Barcelona o hacia las sierras del maestrazgo. Vidal, el yerno del portero mutilado de guerra cometió la equivocación de huir despavorido no más divisar a la policía que se acercaba hacia la casa. Le fue aplicada la ley de fugas ante los ojos de su aterrorizada esposa que, en realidad, ya había empezado a consolarse antes del suceso con el señor del principal centro. Evidentemente Calero dejó de ser provechoso en su misión de infiltrado; los sucesos lo habían *quemado* totalmente, pasando a nuevo destino dependiente del propio general Pizarro Cenjor con sede en Teruel. Las relaciones personales entre este mando de la Benemérita y sus subordinados, don Laureano Hernández, capitán de Mora de Rubielos, y teniente Pecharromán, jefe de línea de Costilleo, motivaron que el cabo Francisco Valdés Marín disfrutara de diez días de permiso en espera de recibir destino de libre designación.

La sucesión de circunstancias que, de momento, resultaron favorables para Paco, obligaron a enterrar para siempre el sobrenombre de Calero, gozando unos días de merecido descanso que aprovechó, lógicamente, para acudir a Costilleo. La motocicleta que montaba, prestada por el alguacil de Curiel empezó a sentir los vaivenes, no solamente producidos por el terreno, sino por la ansiedad de su conductor al divisar la veleta del campanario de la iglesia cuya vigorosa presencia obliga a descuidarse del abrupto y bello paisaje que le antecede. El camino comarcal describe una coqueta y peligrosa serie de recodos que bordean la falda de la montaña. Al llegar al collado, Paco suspende la marcha, se sienta sobre unas piedras y queda ensimismado, más ofuscado por sus pensamientos que por la belleza del paisaje, hasta volver a montar en el ciclomotor. Ya no se ve el campanario porque el

montículo presenta mayor altitud y unas orgullosas rocas, vértice geodésico de segundo orden impiden por la izquierda la visión del poblado. Desde allí, comienza el descenso por una vereda, simulacro de calzada, que buscando los corrales del municipio, y ladeando algunos cerros enfrenta directamente con la vista de Costilleo. El muchacho detiene nuevamente el vehículo. Una especie de agobio físico, cada vez más intenso no acompañado de ningún dolor determinado pero con respiración anhelante, expresión de un fuerte deseo de bienestar material y espiritual, le obliga a recostarse sobre el chopal que se abre ante el pueblo. Hace exactamente veinte meses y ocho días que se despidió de Palmirica. Más de año y medio sin ver a una adolescente de las montañas es más que suficiente para encontrarse con una mujer hecha y derecha. El prolongado esfuerzo de contener sus instintos, anteponer la seguridad y el trabajo a cualquier otra querencia, alimentarse de entereza y soledad, en continua lucha con sus inclinaciones y deseos, y vivir eternas horas en estado de alerta, parecían haber derrumbado su espíritu, ante una incontrolable sensación de libertad. Un chispazo de emoción, mezcla de incredulidad, y alborozo estalló ante sus ojos con la visión de don Jesús que, como todos los días, en su huerto, repasaba el obligado breviario. Siempre recordó, sin ningún sonrojo, la carrera que emprendió para llegar ante el mosén y besarle la mano.

—¡Dame un abrazo, hijo mío! —clamó emocionado el buen cura mientras el libro se le escapaba de las manos—. ¡Anda!, recógemelo, que no estoy para inclinaciones —y continuó palmoteando la espalda al muchacho.

—¡Don Jesús! ¡Qué ganas tenía de verle!

—Y yo, y Palmirica, y su madre, y todo el pueblo. ¡Cuánto hemos rezado por ti, sobrino! —corrigió rápidamente el esclarecedor y anticipado parentesco—. ¡Ay! ¡Hijo mío, cuantas gracias tenemos que dar a Dios! —Luego, sabedor por su experiencia de los sentimientos humanos y, antes de pasar a otros asuntos, informó telegráficamente— Palmirica bien. Hecha una mujercita. Hacendosa, fiel y un tanto lloriqueante. Sólo pensando en ti. Siempre rezando.

—¡Cuántas ganas tengo de verla!

—Y ella. ¿Qué crees? Pero ojo —no pudo resistir el sermoneo—. ¡Ojo con los encuentros tan deseados! ¡Mucho ojo! Tranquilidad. Mucha tranquilidad. ¡Ya tendréis tiempo para más! —y haciendo gala de su sapiencia sentenció—: ¡Cuánto daría yo para que los casados mantuviesen las mismas apetencias con los años! —consideró que se había extralimitado y corrigió—. Bueno, los hay de todo, ¿eh? No creas.

Paco no estaba para disquisiciones morales, ni mucho menos psicológicas, tratando solo de abreviar el tiempo y acudir a ver a la muchacha, pero el mosén tenía ganas de charla, o acaso, aplacar los ánimos del chaval.

—¿Cómo has venido?

—Con la moto del alguacil de Curiel —la señaló e hizo intención de acercarla.

—Déjala donde está, hombre. Nadie se la va a llevar. Aquí no es como en la capital. Siéntate un poco y descansa.

El pequeño huerto, rodeado de áspero secano, pregona el esfuerzo continuo del labrador, su empecinado afán de transformar en tierras medianamente cultivables el árido y montañoso terreno. El huerto del cura heredado desde tiempos ancestrales en el patrimonio eclesiástico del municipio, solamente cambió de dueño en el periodo republicano del frente popular. Y aún entonces, Serafín Valdés, el padre de Paco, el honesto, cabal y probo alcalde, regidor de consistorios monárquico, republicano, y franquista, admitió solamente la modificación nominal sin llevarla a la práctica. Don Jesús se sentó sobre el pretil del bancal, en esa posición característica del penitenciario dispuesto a la escucha y el muchacho se resignó a la espera.

—Cuenta, cuéntame cosas. Bueno, las que puedas contar, claro.

—A usted se le puede contar todo —contestó el conformado guardia—. Me servirá de confesión.

—Nadie te obliga a eso, hijo mío —aclaró el párroco—. Me refiero a lo que pueda servirte de catarsis... —se dio cuenta del palabro y corrigió—, de relajación y tranquilidad, vamos.

Paco, al principio algo intranquilo, fue encontrando con el relato de sus cuitas el estado anímico al que se refería el cura. Descubrió su situación con el colorido propio de la juventud donde el valor, la ignorancia, el miedo, el idealismo y la pasión se entremezclan en las profundidades del alma. Le habló de la calle de Las Escaletas, de su ubicación en el *barrio chino* donde mejor se guardan los secretos al igual que se traicionan, de su relación con el sargento de la guardia civil de Arrancapinos, de Vidal el marido consentidor y de Torán el herido carilampiño, muertos por disparos de la policía y por suicidio; de Amadeo el único escapado, anteriormente huido de la cárcel, y de muchas otras cosas más personales pertenecientes a la intimidad. Relató su cambio de identidad, la usurpación de la personalidad de Calero un bandolero muerto en la toma de la casa del Pintor, así como la inesperada llegada del único que podía identificarlo. Ninguno de los dos se percató del largo tiempo que habían permanecido a solas hasta que doña Palmira, acudió presurosa al huerto, preocupada por la tardanza de su hermano. El encuentro con la ya reconocida futura suegra, significó para Paco el último baluarte a vencer, beneficioso bálsamo sedativo antes de verse con Palmirica. Y durante el camino, más largo de lo deseado por el joven, el trío conversaba interesado mientras el muchacho daba el brazo a la mujer.

—¿Y qué se dijo aquí de lo del tren?

—¡Dios los perdone a todos! —exclamó doña Palmira.

—Ni en plena persecución de los matacuras he pasado más angustia —aclaró don Jesús—. No recuerdo haber visto u oído en mi vida una escena tan del infierno como la del barranco de Mora la Nueva —y el inteligente párroco empleó su retórica más vehemente para describir el cuadro.

Como necesitando la eliminación de recuerdos que perturban el estado psíquico, don Jesús, visualizó con sus palabras el agresivo espectáculo alejado totalmente del bien y cercano a la maldad suprema, capaz de conmover los cimientos de cualquier

conciencia. La angustiada escena, indescriptible y trágica apenas podía ser superada por el horror de la muerte. Estremecía el pensar que lo pasado, lo ya vivido, carece de posibilidad de cambiar, ni siquiera de modificar el más mínimo detalle. Más, mucho más terrible que la muerte, era la vivencia de quienes la esperaban. Sangre, gritos de horror, de perdón y de súplica restallaban en la humeante y espesa negrura de las tinieblas. El extenso caos que se extendía sobre los reventados vagones, trozos de hierro y brotes de llamas que se esparcían entre la ladera y el barranco, trastornaba todavía más los cerebros que aun tenían posibilidad de pensar, o acaso sólo de sentir. Los más sufrientes eran aquellos que ni siquiera tenían la esperanza de morir, envidiosos de los que ya no existían, de los que ni el dolor ni la misericordia podía aliviarles de aquella tragedia. El sacerdote describió con lágrimas de tristeza el desconcertante letargo que se apoderaba de los vivientes agarrados al borde del terrible precipicio, abismo de miseria y desesperanza. Cuerpos destrozados, incapaces ya de articular quejas ni plegarias a las que permanecía sorda una Naturaleza insensible a cualquier dolor del que sólo respondía el silencioso llanto de los montes.

—¡Eso es lo que saben hacer los maquis! ¡Los pregoneros del bien del pueblo! — chilló el guardia civil, espantado del relato de un testigo presencial.

—Me resisto a pensar, Dios lo sabe, que eso sea obra de seres humanos —rezó el cura.

—Tú lo disculpas todo —le increpó su hermana—. Ya se ve que estás acostumbrado a escuchar pecados gordos.

—Déjate de interpretaciones —zanjó don Jesús, mientras dirigía sus advertencias al muchacho, en un claro intento de borrar el recuerdo—. Tú, Paco, tienes que ir a dormir a tu casa. Una cosa era antes, y una muy distinta es ahora. Ya eres oficialmente prometido de Palmirica, y no está bien visto que un pretendiente conviva bajo el mismo techo que la novia. No es cuestión del qué dirán, es cosa de buenas costumbres.

—¡Pues no faltaba más! —increpó la hermana.

—Lo comprendo perfectamente, don Jesús. No se preocupen. Incluso puedo ir a quedarme en la casa-cuartel.

—Pues mira, no estaría mal —concretó la mujer—. Allí estarás muy bien.

—Y tú, fanfarronearás con tus amigas —aclaró el mosén— de que tu futuro yerno se hospeda con los jefes.

La conversación, intrascendente para Paco dado su próximo encuentro con Palmirica, transcurrió en estos términos hasta la llegada a la rectoría. El guardia civil se plantó frente la puerta esperando que alguien la franqueara. Palmira se arrogó el principio de autoridad en la escena del encuentro y, decidida, abrió la puerta con su propia llave entrando la primera en la estancia. Don Jesús llamó a su sobrina colocándose al pie de la escalera que comunicaba con el primer piso. Palmirica bajó los peldaños rápidamente, como siempre, y al ver al recién llegado detuvo sus pasos, recorrió lentamente los escalones que faltaban, y se detuvo en el último apoyándose

sobre el grueso pomo que remataba la barandilla. Miró a su madre que tenía los ojos bajos, hacia el suelo, luego a su tío en cuya expresión leyó una comprensiva complicidad y, sin más interpretaciones, echó los brazos al cuello del joven.

Querría decirte las palabras más hondas que te tengo que decir; pero no me atrevo, no vayas tú a réirte...

Querría decirte las palabras más verdaderas que te tengo que decir; pero no me atrevo, no vayas a no creerme...

Querría decirte las palabras más ricas que guardo para ti; pero no me atrevo, porque no vas a pagarme con las mejores tuyas...

Querría sentarme silencioso al lado tuyo; pero no me atrevo, no se me vaya a salir el corazón por la boca^[20]...

* * *

La *Operación Escoba* se iniciaba siguiendo los ríos Cabriel y Mijares con la intención de envolver las sierras Espadan, Javalambre y Gúdar. Mariano con su eximio Estado Mayor Chato y Torrijeras, reagrupaba a más de cuarenta hombres intentando apegarse al terreno o buscar una retirada momentánea. Fermín y el Chapo pernoctaban en el Puntarrón, masía de ideología afín a los escondidos; del Hurón y del Poeta no se tenía la menor noticia, y Amadeo intentaba contactar con la AGL.

En una alzada del terreno que se asienta sobre las dentadas cumbres de la sierra, con apenas cincuenta metros cuadrados de planicie, dos hombres descansan sobre unas piedras después de haber recogido la nota de la estafeta. A unos quinientos metros cuesta abajo se encuentra un corral de donde arranca una senda que conduce a la masada del Puntarrón. El sendero se pierde pronto tras una curva, permitiendo solamente entrever una enmarañada maleza dibujada por pinos, retamas, enebros y alguna que otra higuera silvestre. Desaparecido un buen trecho, el camino vuelve a entrecerse en algunos claros de la fronda, hasta divisarse claramente, ya lejos, para llegar al aprisco. Hasta donde la vista les alcanza, los dos guerrilleros escrutan la boscosa ladera norte donde han creído ver en una pequeña calva, pasada la umbría, un grupo de hombres, no saben cuantos, que ascienden hacia la cima.

—Si son de los nuestros, mirarán antes la estafeta —dice uno.

—Y si no lo son, seremos nosotros los que tendremos que escondernos — responde el otro.

—Vayamos hacia el tajo y vigilemos la llegada. Si no se acercan al *correo* nos dará tiempo de huir.

Los dos maquis se adentran en el bosque, bajan un largo trecho escarpado y se esconden tras unas peñas vigilando el lugar designado. En la oquedad de un pino albar cubierta por unas ramas, señalado el pie del árbol por una pequeña roca abarcada por las raíces, se encontraba la estafeta donde obligatoriamente tenían que mirar los guerrilleros antes de llegar a sus bases. El incumplimiento de esta norma podía causar varias bajas por estar ocupado el campamento por guardias civiles.

Cierto es también que, en ocasiones, la revisión del correo había ocasionado el efecto contrario, precisamente cuando el lugar hubiera sido detectado por las fuerzas del orden, y hacían la espera. De todas formas, la correcta actuación guerrillera, fue siempre más beneficiosa que el olvido. Por otra parte, cabe señalar, que la situación de la estafeta quedaba siempre alejada, entre uno y dos kilómetros del campamento, lo que permitía a los maquis un cierto recorrido para actuar en una u otra forma, según la notificación encontrada.

Un guerrillero, avanzadilla del grupo, ascendía la pendiente y se acercó solitario hacia el árbol en cuestión. Apartó el ramaje que cubría el pequeño hueco y sacó una nota. Miró a uno y otro lado y los dos observadores salieron de su escondite. Reconocidos entre sí, el recién llegado emitió el conocido canto del búho, que fue respondido a lo lejos confirmando la libertad de aproximación. La pujanza de la vegetación parece querer disputarse el terreno enredándose entre zarzas, aliagas, troncos y matas. El resto de los hombres tarda más de la cuenta en llegar, acaso hayan descansado unos instantes antes de ascender las escabrosa cercanías de la quebrada. Un gavilán, ave rapaz de color gris azulado planea majestuoso como queriendo indicar el punto donde conversan los tres hombres mientras fuman complacientes y echan unos tragos de la bota. Como punto de referencia unos cuervos parecen vigilar las asperezas de las crestas que circundan el campamento. La partida se aproxima quedando un excesivo tiempo al descubierto, atravesando jaras, brezos y carrascas. El encuentro se realiza con normalidad; no resulta difícil reconocerse a pesar de que algunos jamás se han visto. Todavía queda un buen trecho por recorrer y el grueso de los hombres ya ha descansado bastante. Fermín y el Chapo, los dos maquis vigías caminan junto al que hace de jefe del grupo.

—Nos dijo el enlace que vendrías pronto a recogernos y que mirásemos en la estafeta.

—Bien hecho —confirmó Fermín.

—No necesito tu aprobación —cortó molesto el jefecillo recién llegado. Algo le decía que aquel nuevo personaje le podía crear algún problema—. Yo siempre sigo las normas. Por eso envié un adelantado para ver el correo antes de llegar.

—Y nosotros os dejamos el aviso.

El jefe no respondió, pero avivó el paso adelantándose en la hilera. Más de uno de los maquis apercibe el malestar entre los dos hombres. Uno parecía venir fuerte y el otro no estaba dispuesto a ceder a nadie su puesto. Pasan las ruinas del corral acompañados solamente por el silencio acogedor de los montes, y suben bruscamente el último tramo hacia la calva. Llegan a la reducida planicie circundada de bruscos picachos que parecen incrustarse en el cielo y se dejan caer, casi despeados, sobre el verdín tentador del terreno. Unos cuervos protestan de su llegada con desagradables graznidos, mientras una bandada de torcaces contrapone su rápido y alegre vuelo al reproche de los negruzcos córvidos.

—¿Acampáis al descubierto? —pregunta un curtido y fuerte mocetón.

—No. Resultaría imposible muchas noches. Lo hacemos en las conejeras.

—¿Dónde?

—En las cuevas de esos peñascos.

—No se ven.

—Naturalmente. Nadie las puede localizar si no las conoce. Aquí, en el claro, solemos pasar la mayor parte del día, pero luego nos *empiltramos* en los agujeros.

Las adustas paredes de las carboneras erizadas de fragmentos rocosos ocultan totalmente los refugios de los maquis, iniciando el pico estrecho de un gigantesco embudo que se va abriendo al descender por el barranco hasta llegar al valle. Desde lejos se asemeja a un pétreo murallón invadido por una vegetación herbácea que destaca sobre los aislados peñascos productos de antiguos desmoronamientos. A pesar del aparente despego del mandamás, Fermín se acerca, sentándose sobre un sillar natural próximo al que compartía con dos más del grupo.

—¿Tenéis alguna operación a la vista? —y como nadie responde, insiste—: ¿Os molesto?

—No nos gustan los preguntones —responde uno de los reunidos—. Sobre todo si no los conocemos de antes.

—Precisamente por eso, pregunto —Fermín quería dejar claro desde el principio su posición.

—Seguimos las órdenes de Mariano —la imprecisa respuesta del jefe indica su malestar.

—Entonces estáis al corriente de la *Operación Escoba*.

—Perfectamente —la rápida contestación del cabecilla indica un cierto desconcierto que no pasa desapercibido al inquisidor.

—Entonces os habrá indicado Mariano el plan de repliegue.

—Todavía no —respondió queriendo ganar tiempo el jefecillo.

—El mandamás se rasca la tripa y morrea del pellejo —comenta el mayor del grupo.

—¡Cállate Abuelo, no enmierdes el asunto!

—¿Es que no es verdad? Todavía no he sabido de ninguna actuación directa del jefazo y su Estado Mayor —insistió el aludido.

—¡Están para organizar las cosas! —salió otro al paso.

—Sí. Como los de la Francia. Cuando sea mayor —bromeó amargado el Abuelo — me apuntaré a los de organizar.

—Lo que tienes que apuntarte ahora es a ser provechoso —bramó el jefecillo—. ¿O es que no sabes que eres un paquete para nosotros?

—¡Ya estoy harto de medio llevarte a costas en las marchas! —gritó uno.

—Y yo de cargarte el máuser en los momentos difíciles.

—Que por cierto —el acusado no cejaba— cada vez van siendo menos.

—¡Márchate a la piltra!, Abuelo, antes de que se me caliente el diente.

El aludido soltó una blasfemia, se echó un trago de la bota y marchó hacia uno de

los cubiles.

—Ya veréis lo que tarda en subir la rocha.

—Un día tendremos un disgusto por su culpa.

—Lo peor es que desmoraliza a la gente.

—Cincuenta y tantos años son muchos años para nosotros —el que hablaba era el más joven de la cuadrilla.

—También vale su experiencia.

—¡Experiencia! ¡Experiencia! Ya tenemos bastante con la nuestra.

No precisaba Fermín muchos conocimientos más para adivinar que el grupo se estaba descomponiendo y que solamente el jefe y su camarilla permanecían unidos. No obstante, quería saber más.

—En todas las cuadrillas hay moscas borriquetas. ¿Lo tenéis mucho tiempo entre vosotros?

—¡Qué va! —parecían haberse tranquilizado liberándose del vetusto maqui—. Éste nos vino de la partida del Eubel de la Paz.

—El catedrático que se largó con su segundo.

—Bueno —intervino el esquivo dirigente—. Ya está bien de chapurreo. El Abuelo es un estorbo, pero eso lo sabemos de siempre.

—Sí. Un estorbo —corroboró un cetrino malcarado mirando fijamente a su jefe.

—Pero tiene sus simpatizantes —el más joven resultaba mucho menos agresivo que los demás—. A mí me resulta agradable, aunque reconozco sus limitaciones.

—¿Qué os parece si nos vamos al petate? —expuso Fermín, arrepintiéndose rápidamente de indicar una opinión que podía interpretarse como mandato.

—Vete tú si quieres. Nosotros nos quedamos con Macarra.

El apodo del jefecillo, hizo sonreír interiormente a Fermín. Siempre se ponían los mote con arreglo a alguna cualidad del bautizado, y si éste hacía honor al suyo no sería difícil desbancarlo. Tenía que hablar con el Chapo. Quizá esta fuese la gran oportunidad de su vida. Capitanear una partida que se apoyase eficazmente para cruzar la frontera. Tal y como estaban las cosas, lo mejor era *tomar las de Villadiego*. Y cuanto antes, mejor. Se despidió del grupo lo mejor que pudo, no sin antes convenir la mejor forma de ocupar las covachas.

—El Chapo y yo, si te parece —preguntó al Macarra—, dormiremos en la cueva pequeña. Vosotros, podeis hacerlo en aquella —señaló unas cortantes piedras—; la llamamos la conejera gigante, por su tamaño.

—Antequera —ordenó el jefe—, acompaña a éste para ver bien el sitio.

—Y vuelve pronto —rió un enterado— no te vayas por la *chorva* que la masada queda lejos.

—No hace falta aventar las intimidaciones —protestó el aludido.

—Por una vez que eliges bien, no es cuestión de ocultarlo —farfulló otro en medio de soeces afirmaciones—. Hasta ahora sólo se te había visto con desecho de tiente y cerrado.

—Dejaos de majaderías. ¡Anda!

Mientras Fermín se reunía con el Chapo recogiendo los dos su parte de bazofia, y Antequera cumplía sus obligaciones revisando la covacha, los maquis reunidos con Macarra hacían sus comentarios, totalmente ajenos a la belleza del paisaje que los envolvía. Las acusadas pendientes de las laderas del barranco están surcadas por ramales de secas torrenteras por donde predomina una vegetación espinosa. Dos pequeños calveros situados en línea a ambos lados de una loma semejaban, desde lejos, los vigilantes ojos de un gigantesco rostro formado por las anfractuosidades de la montaña. Siguiendo el perfil ondulado del cerro se comprende la toponimia del lugar que los pastores conocen como *La mujer muerta*.

—¡Zagal!, marcha a nombrar el servicio de guardias y elígete una —el jefe aleja al más joven del grupo—. Los demás podéis marchar a dormir.

—Ya sabes —ríe un barbudo, dirigiéndose al chavalillo—: «El que parte y bien reparte, no hace trabajo perdido; se queda la mejor parte, y con todos queda amigo».

—Vosotros tres, quedaos aquí conmigo —ordena tajante.

El muchacho se aleja sorteando aliagas y cantos, atraviesa prácticamente el pequeño circo hasta llegar donde se apilan unas losas que conforman una cómoda mesa. Señala para sí, lógicamente, la primera guardia y avisa a Antequera que tiene que relevarle. Los demás, excepto el jefe, claro, los irá despertando el cesante. Macarra se queda con sus incondicionales.

—Más vale que discutamos nosotros solos la cuestión.

—Esto está ya acabado.

—Pero antes tengo que darme el gustazo de quitar de en medio al Cordero —barboteó el jefe.

—¿Qué cordero?

—¡Idiota! Al cabo José Cordero.

—Todos queremos cargarnos al cabo. Terminó con tres de los nuestros.

—Escuchadme el plan —Macarra miró alrededor considerándose libre de espectadores—. Ocupamos Losa del Rey, nos cargamos al civilón que estará en el bar y, si todo sale bien, damos el último mitin.

—¿No sería mejor algún secuestro y emprender la marcha hacia la frontera con algo de pasta?

—No podemos hacerlo todo.

—Pues suprime el mitin que maldita la falta que nos hace.

—Lo principal es cargarnos al Cordero ese.

—Vale. ¿Y qué hacemos con el resto de los hombres? —un malcarado desdentado escupió parte del cigarro en el suelo.

—Que hagan lo que quieran. Nosotros cuatro nos largamos.

—¿Y con el Antequera y el Zagal qué?

—¡Qué se zurzan! No estamos ahora para contemplaciones.

—Expondremos el plan a los hombres —dictó el jerifalte—. Especialmente el

ajusticiamiento del cabo y, sobre el resto, ya decidiré más adelante o sobre la marcha.

Se deshace el grupo para recoger el rancho. Manchones negruzcos ribeteados de verdor pincelan la bravía esbeltez de las montañas. Caprichosos salientes rocosos señorean el frondoso pinar que acoge a todo ser viviente. También los maquis forman parte del paisaje; los maquis, y los masoveros, y los pastores, y los guardias y todo el conjunto de actores que representa la tragedia. De momento, un grupo de hombres repone fuerzas y, poco a poco, van marchando a sus cubiles. Desde su refugio Fermín y el Chapo consumen en silencio sus viandas. El primero da vueltas a sus pensamientos en busca de la forma con que abordar sus asuntos. Mira hacia el ralo y escueto terreno y sabe que no se puede tener a unos hombres del monte tanto tiempo inactivos, aburridos, abocados a la pereza y a su consiguiente desconcierto y anarquía. Por las trazas regresaban de aprovisionarse de viandas, incluido un par de odres de vino que ya empezaban a surtir su efecto. Desearía hablar con el Chapo mostrarle su plan, pero su misma desconfianza le incita a silenciar sus deseos. Tiene que comandar el grupo. Son diez hombres, menos Macarra, nueve, y con ellos dos, once. Suficientes. Pero hay que eliminar a uno. El cabecilla nunca consentirá que sea otro quien lidere la partida. No hay mucho tiempo que perder. Tienen que adelantarse a la maniobra envolvente que prepara la Guardia Civil con el Ejército. Coge la bota que el Chapo ha llenado de vino y se endilga un largo trago que hace refunfuñar al otro. Se dan ambos media vuelta, dejando el pellejo en medio como buenos camaradas y se sume cada uno en su discurrir.

Entretanto el Zagal distrae su monotonía recorriendo con los prismáticos el todavía visible horizonte de la inmensa barrancada. Desde donde se encuentra domina un amplio espacio que asegura la protección del campamento perfectamente mimetizado con el terreno. No es fácil adivinar el lugar, ni mucho menos el punto vigía. Descansa los gemelos sobre la cincha colgada al cuello y queda absorto en una lejanía que no percibe su visión. Poco más de una veintena de inviernos, y ya hace cinco años que se echó al monte. Todavía no comprende bien el porqué se encuentra allí. Una noche parrandera de chavales, chuminada apuesta ante las mozas, le hicieron robar la corona de flores situada sobre el frontispicio de la iglesia bajo la reverenciada y patriótica inscripción de *Caídos por Dios y por España*. ¡Brutal herejía que no podía quedar sin un severo castigo! Y precisamente el día conmemorativo del Glorioso Movimiento Nacional del 18 de julio. Vuelve a la realidad y coge nuevamente los gemelos jugueteando con ellos acercando las atrevidas y salvajes seguetas de la cordillera. Intenta imitar con su vista el vuelo solemne y majestuoso del águila, planeando por encima de los pinos, contemplando una bandada de grajos que parecen volar asustados emitiendo su estridente silbido, una rapaz ratonera empieza a desplegar suavemente sus alas al descubrir un pequeño roedor que se deja ver entre unas zarzas, un poco más abajo descansan sobre un senderillo un grupo de perdices, y algo más alejado, casi llegando al valle una liebre realiza una imprecisa carrera salpicada de grandes y repetidos brincos. Termina su

periplo en el hondón de la vaguada, distinguiendo perfectamente el muladar, los tres gorrinos, y hasta los dos perros del pastor. El ángulo de visión izquierdo le anuncia un punto en movimiento. Regula los binoculares y atisba una caballería que por su cojitranca andadura considera no pertenecer a la masada. Permanece un tiempo siguiendo al animal y acaba reconociendo un asno sobre el que cabalga una persona. Sigue interesado en la escena hasta ver como el acemilero descabalga y penetra en la casona. Cuando vuelve a dirigir los anteojos hacia el mismo sitio, llega a tiempo de observar como el gañán vuelve a su montura cargado de un raro objeto. Afinando más la visión, intrigado por la secuencia, imagina figuras y suposiciones. Piensa, recuerda y acierta. Sonríe. No cabe la menor duda. El Poeta ha ido a recoger su acordeón con la acémila prestada de algún paisano del Pueblo o de las masadas cercanas. Puede vanagloriarse de ser de los pocos que han visto al bardo recoger de su escondrijo el instrumento. Baile, fiesta, casorio o bureo se siente en el ambiente. ¡Quién pudiera participar en el jolgorio! Simplemente olvidar por unos momentos la cotidiana angustia del escaqueo en la sierra, y a lo mejor hasta poder abrazar unos segundos las turgencias de una moza.

El día despunta grisáceo recortando la cima del altozano sobre un cielo cubierto de nubes de tonalidad tormentosa. Hay algo en el liviano viento que sacude el pimpollar que parece contagiar a unos hombres que rumian su fatalidad. Nadie habla, ni comenta o discurre palabrerías ni chascarrillos. Fermín despierta en soledad. Sale del agujero y resbala, arrastrando las posaderas, por la parda y discreta pendiente que le separa del erial. Nadie ríe el suceso que normalmente ocasionaría burlas, chanzas y algún que otro obsceno comentario.

—¿Dónde está mi compañero? —pregunta disimulando el dolor de la rozadura.

—Ahí, junto al carrascal —contesta sombrío un agitanado personaje.

—No hace falta que lo busques —sentencia Antequera—, tuve que cargármelo cuando intentaba escapar.

—Sí —atajó rápido el Macarra—. Marchaba con avituallamiento completo: comida, una *sten* y municiones. No nos gusta que se nos traicione.

—Pero... si no ha hecho nada extraño... —se atrevió a comentar el nada pusilánime Fermín.

—¿Cómo que no? Apenas nos conocemos, nos esquilma y se larga. ¿Es para confiarse?

Fermín se sobrepuso a la sorpresa, no porque sintiera la muerte del Chapo, que le tenía sin cuidado, sino por la expedita solución. Sin embargo no terminaba de encajar el *puzzle* que se le presentaba a la vista. Le pareció natural querer ver el cadáver e hizo mención de ayudar a enterrarlo.

—Ayúdanos a agrandar el hoyo —comentó uno de los que actuaba de sepulturero— tienen que caber dos.

—¿Dos?

—Sí, dos. El Abuelo palmó también esta noche. Se le secó el corazón. Eran ya

muchos años.

Fermín empezó a comprender el siniestro ambiente que se palpaba entre los guerrilleros. Ya le extrañaba que estuviesen tan cabizbajos por la liquidación del Chapo Algo más había sucedido. Mientras ahondaba en la fosa intentó enterarse de la muerte del Abuelo. Al parecer sólo presentaba una fina marca rojiza alrededor del cuello, por debajo de la nuez que, hasta entonces, nadie había visto. No precisó más explicaciones.

—¿A quién ponemos debajo? —preguntó un chiflado.

—Al que más pese —chilló un vesánico—. No vaya a despachurrar al otro.

Un fulgurante resplandor precedió en pocos segundos a un ensordecedor estruendo, como si los cielos hubiesen querido acallar la repugnante expresión, y una lluvia brusca, agresiva, continua, obligó a los hombres a refugiarse en sus cubiles. La mayoría de los guerrilleros, entre ellos Fermín ocuparon la cueva principal, centro de reunión durante las agresiones atmosféricas, y lugar de pernocte del jefe y sus más allegados. Nuevos truenos acompañaron a los sucesivos relámpagos, chispas eléctricas y culebrinas, que parecían representar las antorchas de un funeral inexistente. Algunos de aquellos que presumían de desaprensivos o despiadados rumiaban en su interior el temor a las fuerzas de una Naturaleza que se resistía a admitir la perversidad de los humanos. Sin poderlo evitar, posiblemente con distintos sentimientos, todos pensaban en aquellos seres inertes, uno cara al cielo y otro contra el suelo, en distinta posición incluso en la muerte. Al principio la lluvia pareció lavar los cuerpos de los dos infelices, pero con el constante chapoteo sobre la tierra empezó a embarrar primero la cabeza y la cara, luego las manos visibles y hasta uno de los pies del Abuelo que había quedado descalzo. Cuando terminó la borrasca los hombres salieron de su escondrijo acercándose lentos, temerosos a recoger los cadáveres. Casualmente el viejo parecía haberse arrastrado sobre el barrizal, dejando un lúgubre y siniestro surco sobre el calvero. La enlodazada cabeza, boca arriba hacia irreconocible los rasgos simulando un espeluznante trasgo ávido de terrible venganza. Echaron con turbación y desaliño los cuerpos sobre la fosa, y se apresuraron a cubrirla con el cenagal que la rodeaba. El Zagal había construido una tosca cruz que intentó colocar sobre el pequeño montículo, pero la bronca y áspera orden de Macarra llegó a avergonzarle de su intención.

—¡Déjate de tonterías, Zagal! Por mí, puedes poner todas las cruces que quieras, pero eso podría resultar una muestra peligrosa de nuestra presencia.

A veces resulta difícil admitir los bruscos cambios del cosmos pasando de la furia casi mitológica a la sorprendente y bienaventurada calma de los dioses. El conjunto de cieno, barro y piedrecillas junto a restos de sucia pinocha y hierbajos arrastrados que, apenas hacía unos instantes discurrían por el calvero, se habían asentado en pequeños montones convirtiendo todo el terreno en un pantanoso fangal. Acabado el macabro enterramiento, el jefe convocó la reunión de todos los guerrilleros, diez en total, contando al Fermín y descontando a los dos eliminados.

—Lo pasado, pasado está —inicio sin ambages—. Atended mis propuestas.

Empezó un largo discurso que, obviamente, había preparado con sus incondicionales. La situación para los del monte no era halagüeña pero tampoco angustiada. Hacía falta un nuevo esfuerzo para conseguir derrumbar al Régimen franquista. La Agrupación de Mariano contaba todavía con más de una treintena de hombres dispuestos a la lucha.

—¡Hace poco éramos doscientos! —gritó una voz.

—Cierto —Macarra intentó visualizar al chillón—. Y podríamos seguir siendo más si no fuese por la deserción de muchos.

—¡Y por la dureza de nuestras propias ordenanzas! —Se atrevió a vociferar otro descontento.

—¡Impuestas por quienes jamás han pisado la sierra!

Pronto se percató el dirigente que los ánimos estaban encrespados y que no era el momento más adecuado para largar su mitinero discurso. Sin embargo, la presencia de Fermín del que no dudaba quería imponerse sobre el grupo, le obligaba a cubrir el expediente. Rebasados los 1800 metros de altitud, en la fascinante y desafiante cobertura de las montañas, entre la realidad y una inmensidad salvaje, no hay espíritu capaz de enfrentarse a su soledad. O se cree en algo intangible, etéreo, espiritual, o se sucumbe en la melancolía del desamparo. No era precisamente el Macarra uno de los idealistas convencidos de los que ya quedaban pocos en el maquis, ni tampoco Fermín podía darse de soñador desinteresado, pero los dos sabían muy bien que se jugaban un difícil episodio que, pudiera ser, les costase la vida.

—¡Vale ya! —se engalló el gerifalte—. El que no quiera escuchar, tiene la puerta abierta.

—¡Como los dos fiambres! —vociferó un borracho.

Macarra se levantó enfurecido en un enajenado gesto de hombría que le obligaba a una rápida acción autoritaria, pero la fuerte manaza de Fermín le retuvo en su sitio mientras decía en alta voz.

—No vale la pena. ¿No ves la cogorza que lleva?

El jefecillo forcejeó unos segundos en vano intento de hacer constar la imposibilidad de plasmar su autoritaria irritación, pero desde ese instante tuvo conciencia de que su liderazgo se había acabado. Compuso la figura lo mejor que pudo, hizo ver su agradecimiento con una palmada en la espalda y se dejó caer sobre la roca preferentemente asignada.

—Tengamos algo de cordura —habló pausado Fermín—. El día ha sido malo para todos, para mi también, pero el jefe nos ha reunido para exponernos sus proyectos, —era consciente de que cada palabra suya, socavaba cada vez más el caudillaje de Macarra, al que acabó dirigiéndose—. Olvida a este insensato que sólo merece tu desprecio, y cuéntanos tus planes.

El aturdido guerrillero empleó todo su esfuerzo en interpretar lo que sabía era su última oportunidad y, cuanto menos, consiguió mantener su virilidad, digna de mejor

causa, dirigiéndose a los que todavía eran sus hombres. No era cuestión de arrugarse precisamente ahora que tenía un peligroso oponente. Se armó de compostura, teatralizó sus movimientos, elevó el tono de voz y con solemne entonación inició su discurso.

—He estudiado —entró de rondón en el asunto— la posibilidad de entrar en Losa del Rey para dar un escarmiento al mal nacido del Cordero —se oyeron algunas tímidas voces de asentimiento—. Nuestro punto de apoyo del pueblo asegura que todas las tardes acude al bar a jugar la partida.

—Ha hecho la vida imposible a muchos campesinos —gritó un gárrulo.

—Que han tenido que echarse al monte para librarse de sus garras.

—Y sobre todo se ha ensañado con las familias. Las hace ir al cuartelillo para interrogarles malamente. A Miguel, uno de los hermanos Gómez Corrales, lo llevó por la calle de la amargura.

—¡Dejad que se explique el jefe! —zanjó un pelota.

Empezaba a animarse el cotarro, volviendo a adquirir el Macarra una cierta preponderancia que Fermín intentó cortar dándoselas de estratega.

—¿Acude solo al bar, o va con escolta?

—A veces... depende —la indecisa respuesta fue otra baza perdida—. Pero lo tengo todo previsto. Yo, con Dientes y Pelos entraremos en el bar, mientras el Zagal nos cubrirá la puerta. Vosotros —se dirigió a dos hombres que limpiaban el ánima del máuser— os llegaréis a la casa cuartel. Si el cabo está en el bar y los de ronda por el monte, no creo que haya más de dos cuarteros. Y vosotros dos —refiriéndose a los que acomodaban al ebrio— dirigidos por Fermín iréis a buscar al alcalde. Con el *mamao* de momento no cuento. Será mejor que se quede aquí durmiendo la curda.

—¿Y qué hago yo con el alcalde? —pregunta Fermín—. ¿No sería mejor ayudar a los otros?

—Tú secuestrarás a su hijo.

—¿Estará allí?

—Seguro. Y si no que te lleve a buscarlo. Os largáis con el chico sin esperarnos y pedís un recate de 200 000 pesetas.

—Buen pellizco.

No estaba mal el plan. Después de todo lo del alcalde era lo menos peligroso y más lucrativo. Peor será enfrentarse a los guardias o cargarse en el bar al comandante de puesto. Parecía que las cosas le venían rodadas a Fermín. Caso de ver la cuestión fea, se largaba y los dejaba empantanados. Y no digamos si conseguía la tela. Eso ya era pedir demasiado. Los hombres se animaron con la nueva perspectiva. La falta de recursos, suma de penalidades y exceso de inactividad propiciaba un ambiente de aburrimiento y pesadez que abocaba en frecuentes discusiones, polémicas e incluso altercados que llegaban a enrarecer aún más la obligada convivencia. Fermín, utilizando su experiencia, intentó confraternizar con los dos elementos que se le habían confiado. Uno de ellos Antequera, ya no le resultaba extraño; el otro,

cuarentón, de aspecto decidido y difícil de intimidar parecía hacer honor a su apelativo de Bragao. Dos hombres aprovechables, sobre todo si se largaban con el esperado rescate sólo repartido entre los tres.

La reunión se continuó con una jugosa pitanza que, con buen acierto, había ordenado Macarra al servicio de cocina. Una buena olla podrida, cocido de carne y garbanzos al que se añade jamón y algo de gallináceos, recién recogidos del Puntarrón, tras su correspondiente pago, regado de vino del país terminó por aplacar cualquier punto de aspereza. La comida abundante representaba uno de los mayores placeres a los que puede acogerse un guerrillero. Muchos días de hambre, sequedad, cansancio y angustia, vagando sin rumbo, huyendo de sus perseguidores, convertían las comilonas en succulentos banquetes difícilmente superables por cualquier otra greguería.

Contradictorias noticias agitaban las coscojas y pinares de la sierra, contagiando los ya desmadejados ánimos guerrilleros. Mientras que por una parte se aseguraba que a la fecha, no quedaba en España más agrupación valiosa que la AGLA, como consecuencia de una dudosa desconvocatoria desde Moscú, por otra se afirmaba todo lo contrario. Propaganda en ciclostilo difundía la pujanza de las Agrupaciones de Asturias, Galicia, León y Granada, precisamente en detrimento de la de Levante, ocupada en la creación en el llano de los llamados Consejos de Resistencia. Esta doble voz de la sierra, seguramente alentada por las fuerzas represoras para sembrar la duda y desconfianza, daba lugar a enfrentamientos dialécticos entre los propios guerrilleros, alentando críticas y posibilitando deserciones. Se llegó incluso a correr la noticia de una grave enfermedad de Pasionaria que se debatía, en Moscú, entre la vida y la muerte y podría ocasionar una orfandad de muy difícil reposición.

Ajena como siempre a estas circunstancias la España mayoritaria, del asalariado, así como la del emprendedor y del obrero, sufridores derrotados u orgullosos vencedores, se acoplaba, con mayor o menor consuelo al Régimen oficial que, tanto por la fuerza como con el beneplácito, había traído la paz y el orden social.

Las tensiones internacionales acabarán influyendo notoriamente en la lucha guerrillera contra Franco. La advertencia que Churchill había hecho sobre las intenciones comunistas de establecer un control totalitario en toda Europa, dio lugar poco tiempo después al establecimiento del espectral Telón de Acero. El peligro de la bolchevización de gran parte de Europa convirtiendo a la vencida Alemania en vanguardia comunista, preludia la separación económica, ideológica y territorial de parte del país, en especial la capital Berlín.

A todo ello viene a sumarse la promulgación del célebre discurso del presidente estadounidense Harry S. Truman en el que compromete a su nación a apoyar la libertad de todos los pueblos que se sientan presionados por el régimen comunista. Nuevamente Franco representa un bastión sumamente apreciado por los Estados Unidos y, como lógica derivada, un fuerte descalbro para la lucha armada antifranquista.

En medio de este caos internacional, producto directo de la ii Guerra Mundial, tras la divulgación del horroroso Holocausto, el dramático espectáculo del *Éxodo*, barco donde navegan hacinados gran número de emigrantes judíos que nadie desea acoger, la decisión de la ONU sobre la partición de Palestina en dos estados, árabe y judío, las bocanadas de libertad que pregona Mahatma Gandhi, la pérdida británica del dominio sobre India y Pakistán y muchos más irresolubles problemas que inundan el mundo, no es difícil admitir que el problema guerrillero en España pasase a un muy secundario lugar.

19. Suceso inesperado.

Funesto error.

La árida tierra había recibido las pasadas lluvias con placer, cansada de la pertinaz sequía que asolaba los campos. Cerca de los relucientes raíles que cruzan la estación de Costilleo, a unos doce kilómetros del pueblo un pastor vigila atento con gorra sin visera y abarcas de goma. Ha salido por la mañana y no regresará a casa hasta que venga la noche. Dejará el ganado en el corral, apenas a unas tres tiradas de piedra de las primeras casas y volverá al día siguiente para la misma faena. Desde que se ahorcó Ismael, el dulero, nadie ha querido ocupar su puesto. Algún pequeño terrateniente tiene su vaquero privado, otros, los más, reúnen pequeños grupos de animales y contratan a un pastor, generalmente el hijo de alguna masada. Con el transcurso de la mañana van apareciendo a lo lejos aisladas personas, no más de seis entre apeadero y poblado que transitan en mulos y burros cargando algo de mies, o recogiendo paja o pipirigallo. Una vida en continuo contacto con la naturaleza conforma una manera de ser, de pensar, de sentir, que permite escuchar el silencio, el azote del viento, el susurro de las hierbas. El campesinado y los guerrilleros comparten el suelo por donde discurren sus vidas, entienden sus mutuos sentimientos aunque no participen en sus creencias, ni en sus principios. El camino que conduce a Costilleo circunda el pequeño montículo del Chirimito, desde donde en alguna época los hombres del lugar lanzan cohetes para provocar o alejar la tormenta. Un numeroso grupo de gorriones picotea entre los vetustos portalones de los pajares mientras vigilan de reojo un taimado halcón que se pasea en las alturas en espera del momento propicio. Saboreando el camino, hierbajos, tierra y barro, dos figuras transitan solemnes en reconocida agradable compañía. Una mujer con un fajo de leña apoyado en la cadera se detiene unos instantes a su paso, luego sigue la marcha, mientras uno de los hombres, pues son dos varones, se gira señalándola.

—Ahí va la pobre Juliana. ¡Cómo lloraba cuando se le mató el hijo con el carro!

—Me acuerdo. Estaba yo asistiendo un parto en Montanar y aunque tardé en llegar no hubiera podido hacer nada de estar presente.

—La vida nos va enseñando a vivir.

—Yo creía que los curas cuando salían del Seminario lo sabían todo —ironizó el

compañero.

—Nos ocurre como a los médicos: estudiamos, creemos que aprendemos un poco, y luego nos damos cuenta que no sabemos nada, bueno... casi nada.

—Cierto, don Jesús. Nos enseña la experiencia.

—¡Qué gran verdad, querido amigo! ¡Qué gran verdad!

—¡Hombre! Y ya que estamos por una vez de acuerdo, dígame mosén, ¿la experiencia de los del monte es lo mismo que la de los guardias?

—Puede que sí.

—Puede que sí, asevera el puede que no. Luego estamos de acuerdo.

—Usted, querido galeno, hubiera sido un buen político.

—¿Qué le parece este régimen en el que el Estado absorbe todos los poderes?

—No presuma de rojo, don Antonio. Usted más que nadie es un ciudadano del mundo, del mundo que a cada uno nos ha tocado vivir. Recuerde a Kipling: «Si sabes meditar, observar y conocer/ sin llegar nunca a destructor o escéptico/y soñar, sin que el sueño te domine/ y pensar sin ser sólo un pensador».

—¿Y usted cree que esto lo sabe Franco?

El buen cura soltó una sonora carcajada que fue coreada por el galeno en una total y absoluta comprensión, sin necesidad de aclaraciones ni comentarios discursivos. Deambulan un tiempo en silencio, cabizbajos y abstraídos para seguir, al parecer indiferentes, contemplando el muñón de un antiguo puente romano. Considerando haber recorrido suficiente camino, retornan hacia el pueblo parándose don Jesús ante un pequeño madero, hincado sobre unas peñas.

—Ya podían haber compuesto lo que tantas veces he solicitado. No me atrevo a arrancar estos restos de cruz que pregonan tanto desidia como dolor.

—Nadie se atreve a tocarlos, mosén.

—Cuando vinieron las muchachas de falange y se enteraron de lo que había sido, los adornaron con unas flores. ¡Benditas niñas!

—Ahora parece que Falange está de capa caída. Otra cosa era cuando el cuñadísimo Serrano Suñer era presidente de la Junta Política del Movimiento y existía un descarado predominio de falangistas y militares en el gabinete. Nadie se atrevía a toserles.

—Y aunque Franco había puesto a Arrese para moderar o domesticar al falangismo, ahora al desaparecer el ministro sus camaradas se colocan en puestos menos visibles al exterior.

—Girón en Trabajo; Fernández Cuesta en Justicia y Martín Artajo en Exteriores es un trío de fortaleza.

—Creo que el tal Girón, es el más duro. Ha creado la Seguridad Social y se dice que no parará hasta ver caminar a los médicos en zapatillas —afirmó un tanto zaheridor el cura—. Franco es consciente de que la realidad obliga a lavar la cara del Régimen.

—Reconozco que es mucho más astuto de lo que se cree generalmente. Su

mandato proviene de una victoria militar carente totalmente de ideología. La Falange le resulta un idealismo que sirvió en su tiempo pero que conviene no recordar.

—No me parece nada mal, se lo confieso —aseguró don Jesús—. La mentalidad del Caudillo obedece a la férrea concepción del orden que tiene un general de tradición conservadora y fuerte componente católico.

—Y por cierto nada liberal.

—Por supuesto, lo admito sin ambages. Me gusta su catolicidad, su repudio a la masonería y al comunismo; sin embargo esperaba algo más del cacareado *Fuero de los españoles*.

—¿Qué esperaba usted de un militarote que ni en el *Fuero del Trabajo* del 38, ni en la *Ley Constitutiva de las Cortes* del 42, ni en su esperado *Fuero de los Españoles* del 45 ha mencionado cualquier indicio de acordar una Constitución que nos diera libertades?

—¿Le parecía mejor las ordenanzas del Frente Popular?

—¡Ya sabe usted que no! —cortó el médico—. Aquellos eran unos bestias, pero ahora tienen ustedes a dos *misorreros* de pro: el meapilas de Martín Artajo y el inquisidor Ibáñez Martín, nada menos que encargado de Educación.

—Ni meones ni *dominus* del Santo Oficio, son dos ministros de talla reconocida.

—También tendrá talla Pizarro, ¿no?

—Nada tiene que ver con los anteriores, señor doctor.

—Pero ¿Tiene talla o no?

—Tiene efectividad. No me lo niegue.

—Hay quien dice que hasta ha empleado aviación, carros de combate y artillería ligera contra los maquis.

—Eso lo dice Lister, otro bocazas que se emborrachaba en su puesto de mando en orgías con mujeres de mala vida.

—Si hiciéramos caso a todo lo que embarra, buenos iríamos.

—En efecto —repuso el cura— el latín tiene un verbo muy expresivo que un intelectual como usted comprenderá al instante: *Dicitur... se dice, se comenta*. Siempre pluralizando, nunca objetivando.

—Lo cierto es que la confrontación de las fuerzas del orden con los del monte ha tenido un clímax, una caída y una reactivación inesperada.

—La siempre nefasta acción-reacción. Usted sabe tan bien, o mejor que yo, la reciente infiltración por los Pirineos de nuevos elementos, notablemente preparados, para reorganizar la lucha guerrillera que con la represión de Pizarro había limitado su capacidad ofensiva.

—Y no solamente en Levante. Los éxitos del general turolense han tomado cuerpo en otras regiones. Se dice, *dicitur* —expresó el galeno con soflama—, que apenas quedan Agrupaciones activas, y que la guerrilla está dando palos de ciego y recomponiéndose en las ciudades.

—Todavía quedan muchas partidas en la sierra. Fermín, Mariano, Macarra,

Grande, Timochenko...

—Ese *rusoski* de pacotilla está colaborando vestido de guardia civil con el teniente-coronel Limia Pérez.

—La verdad es que están ocurriendo cosas alucinantes. La fuerte represión que, sin duda está mermando al enemigo, produce una brutal reacción de los del monte. ¿Dios sabe cuándo acabarán de matarse?

—Ahora va a intervenir el Ejército.

—¿Usted cree, don Antonio?

—Por lo menos es lo que se oye por ahí, aunque Pecharromán no suelta prenda.

Los dos conversadores enfilan el parco trecho de tierra y gravilla aplastada que inicia la entrada del pueblo donde persiste desde tiempos republicanos un crucero que simula una veleta. Se adentran en un paseo de chopos que incita a la meditación y que don Jesús añora no esté en la otra parte del pueblo, cerca del huerto del cura. Se les cruza un vecino llevando una caballería del ronزال y se lleva la mano a la boina en respetuoso saludo. Antes de llegar a las casas, apenas a unos metros de un derruido muro, un rosal silvestre se defiende del punzante cardo que se asienta en el pastizal. Entran en la calle que zigzaguea hacia la iglesia, sin prisas, saboreando ese sosiego rural tan distinto de la aceleración de las ciudades. El sol mañanero traza chinescas sombras sobre las blancas casucas; y al doblar la esquina casi tropiezan con la pareja de la guardia civil que saludan militarmente y pronuncian, casi al unísono, los buenos días. Con acharolados tricornios, verduscas capas, botas de leguis de tela y metralleta al hombro, inician su ronda del monte. Nadie sabe dónde van, acaso visitarán las masadas, o vigilarán en los ventisqueros, o esperarán escondidos en los puentes de paso o en el vado del río. A lo mejor solo pasean los caminos, suben las sendas y conviven un tiempo con los pastores. Puede que llueva, aunque no parece, y tengan que refugiarse en algún corral, incluso apretarse con las ovejas o pringarse de garrapatas, chinches o piojos en algún lanar. Acaso les espere la muerte o tengan que ir a crearla. No se sabe si hablan mucho o simplemente espetan algún vocablo. Cuando se les divisa, siempre parece que van callados, siempre separados unos metros, rumiando silencios de órdenes, prebendas y miserias. Los dos intelectuales del lugar, cuidadores de cuerpos y almas, vuelven su vista hacia la viril pareja que ya se adentra en el sendero del pinar. Uno recuerda estrofas del *Himno de la Guardia Civil*:

Benemérito Instituto,
Guardia fiel de España entera,
que llevas en tu Bandera
el lema de Paz y Honor.

El otro, tan erudito como el anterior, aunque más ingenioso y pragmático murmulla por lo bajo, a sabiendas que es oído por el reverendo.

—Paso corto, vista larga y mala leche.

Desde un alerón del consistorio llega el zurear de las palomas murmurando

arrullos buscando pareja. Dos lugareñas, ya añejas, regresan de la fuente con sendos botijos que les hace inclinarse, curiosamente, a contrarios lados. Un viejo campesino, bastón hincado en el suelo, bromea un consejo:

—¡A ver si os caéis de costado y la jeringamos!

Cura y médico se despiden.

En la casa-cuartel de Costilleo mientras las mujeres tienden la colada y aprovechan para charlar desde las ventanas del patinillo, el radiotelegrafista entrega al teniente Jefe un parte urgente:

Asunto: Operación Escoba

El Excmo. S. General jefe de Zona en escrito de Ref. n.º 352 me comunica lo siguiente:

A partir de fecha 3-D hará saber a los jefes de línea de su Comandancia el inicio de la Operación Escoba.

1. Empleo plano 3022BH.
 - 1.1. Puntos A (9,5), B (8,4), C (6,2).
 - 1.2. Punto A Batería 105/30 fuego real de maniobra cota 305 dirección NE.
 - 1.3. Puntos B, C Regimiento mixto n.º 6 envolvente de aproximación.
2. Jefes de Línea.
 - 2.1. Comandantes de Puesto cobertura puntos finales orden 334. H. 9.

Lo que le comunico para su conocimiento y efecto.

El teniente José María Pecharromán esperaba el parte que ya le había adelantado telefónicamente en conversación personal uno de los oficiales del Estado Mayor de la Comandancia, tal y como solía hacerse a la espera de la orden por escrito. Con la serenidad que le había conferido su experiencia, y aprovechando la quietud de su despacho extendió el plano de referencia y, con la sencillez con que trazaba sus planificaciones topográficas, sobrepuso un papel de calco y marcó las coordenadas señaladas. Luego, con el pequeño lapicero de dos colores, rojo y azul, remarcó la longitud de tiro, dirección de la marcha, tiempo aproximado de convergencia y apostaderos de los puntos finales. A continuación calculó el número de hombres que debía mover sin dejar desmantelados los puestos. Saca del cajón de su mesa una petaca de tabaco picado, se lía parsimonioso un cigarrillo, lo enciende y se dirige hacia la puerta llamando a su esposa. Cuando llega y la hace pasar al despacho ella ya sabe que una nueva angustia va a tenerla en zozobra un cierto tiempo.

El autobús diario que recorre los doce kilómetros entre la estación de ferrocarril y Costilleo, anuncia su llegada a la plaza del pueblo con el bocinazo correspondiente. Algunos vecinos acuden a su encuentro por razones personales o acaso curiosidad, los chiquillos siempre corren hacia el coche sin saber por qué, muchas veces desde que lo ven traquetear a lo lejos, el cartero recoge su saco custodiado por los dos guardias civiles que hacen el servicio de protección, uno a la izquierda, tras el conductor, el otro en el último asiento corrido de la derecha. Bajan cinco o seis personas, a veces, sobre todo en verano, se ocupan las veintidós plazas disponibles, otras, solo traslada al conductor, cartero y los dos números. Pero, eso sí, el correo va

siempre custodiado. Sorpresivamente será el servicio más cumplidor y exacto de la España de Franco, si bien es cierto que, a veces, la función de distribución queda condicionada por el aislamiento de la nieve. El repartidor llega a la rectoría, es lo que le queda más cerca, solo lleva dos cartas, un sobre para don Jesús y una pequeña saca para el Ayuntamiento. Llama con su repique especial acompañado del voceo de su oficio. Antes de que termine la sonatina, Palmirica ya ha abierto la puerta para recibir la carta. Conoce la letra hasta en sueños. No la abre de golpe; antes corre a su cuarto, cierra el pestillo que no precisa para nada, aprieta el sobre a su pecho, realiza la señal de la cruz y abre con la tijera el preciado estuche. Sonrisa, ligero lagrimeo, nueva sonrisa y al final un ligero beso sobre la firma.

Algunos campesinos regresan a sus hogares; son de los pocos agraciados que comen en casa, aunque hay quien dice que, por el contrario, son los que no han encontrado nada para recoger. Las satisfacciones y las penurias suelen ir siempre acompañándose, como las maledicencias y las caridades. En el bar-mesón ya están don Jesús y don Antonio tomando su pisolabis. El cura, por razones desconocidas, siempre que acude directamente a la taberna, excepto naturalmente cuando la visita «de paso», lo hace destocado, sin teja ni bonete, como queriendo pregonar que «no está de servicio», salvo emergencias, naturalmente. Aunque los domingos y festivos siempre son invitados por los parroquianos, los días de diario abonan sus caldos, por cierto individualmente, ya que no es cosa de pagar de más el capricho del otro.

Al mismo tiempo que Costilleo disfruta del plácido y tranquilo ambiente de un soleado y transparente mediodía, en el ventisquero de Los Frailes, a pocos kilómetros del actualmente idílico poblado tiene lugar uno de las secuencias más incomprensibles de la España del maquis. La contrapartida de Bellido se encontraba descansando de su trasiego por los montes. Hacia poco habían sido informados por un pastor que otro grupo de maquis habían pernoctado en ese lugar, por el momento ya desalojado. El sargento y Maiques compartían un trozo de pan con cecina, los dos hermanos Reyes estaban tumbados en tierra cubriéndose la cara con las boinas, mientras Dami cabeceaba apoyado sobre un mojón con la metralleta entre las manos, y el Culebras miraba fijamente al vacío. De pronto, sin causa alguna que pudiera figurarse, sin mediar palabra y con la rapidez de una fiera enjaulada que busca una libertad inexplicable, Culebras arrebató el subfusil a Dami y, enajenado, disparó una ráfaga sobre los que hasta el momento figuraban como compañeros. La muerte llega instantánea sobre Dami y los dos hermanos; Maiques sale ileso y Bellido recibe un impacto en el brazo derecho en el que ya sostenía su naranjero. El autor del súbito e inesperado ataque, huye enloquecido pronunciando incongruentes chillidos, mientras dispara al aire parte de las municiones que todavía le quedan en el cargador, arrojando posteriormente el arma como si le quemase entre las manos. Aunque existieron comentarios para todo, nadie pudo con el paso del tiempo acertar a explicar correctamente la historia. Ni el trastorno mental transitorio, ni las penalidades del monte a las que ya estaba acostumbrado, ni los remordimientos de su traición, pueden

esclarecer totalmente la sangrienta escena. El guardia incólume ayuda al herido a contener la hemorragia realizando el simple torniquete que le permiten sus medios y, lo más rápido que pueden caminan hasta el puesto más cercano en busca de ayuda. Ya recogerán a sus muertos con el respeto y honor que les deben.

Pecharromán recibe al poco tiempo las novedades y ordena a todos sus puestos circunden el espacio acordado. La búsqueda perduró varios días, entre los que se comentó que el huído había asesinado a una de las hijas de la masía Las Torcas. Tras empecinado rastreo fue visto por unos pastores corriendo desahogado mientras se despojaba de sus ropas ante los ladridos y persecución de los perros. Una soleada mañana se le encontró desnudo, ahogado de bruces sobre una poza de menos de treinta centímetros de profundidad. Su fin, como su trágica decisión, quedará para siempre entre los enigmas de la Historia.

Los numerosos elementos antifranquistas refugiados en el exilio, tanto comunistas, como socialistas, anarquistas y militantes de distintas tendencias carecían de una visión real de la situación moral, política y económica de España. Las graves disidencias entre las izquierdas durante la guerra civil, volvieron a encontrarse en la España del maquis, hasta el extremo de crearse un Frente de Resistencia Libertario que acordó, en un pleno de Federaciones Confederadas realizado en Francia, quitar protagonismo a los comunistas que, de dejarles seguir sus consignas, acabarían resultando ante el pueblo como los únicos salvadores del proletariado. La mesa del pleno acuerda enviar a España una docena de hombres que pulsaran las fuerzas con las que se podía contar en una nueva incursión más estratégica, y valorasen la realidad de la propaganda del PC. La decisión tomada, sobre la marcha, por este grupo cenetista de entrar en un pueblecillo y arramblar con unas 30 000 pesetas que quisieron repartirse entre ellos, motivó una división del mismo que acabó con la detención de una parte y la muerte de la otra por fuerzas somatenistas y de la Benemérita. No se sabe ciertamente si por convicción o conveniencia, el mando supremo de la CNT española en Francia, propagó que el cacareado levantamiento nacional, con sus éxitos militares, no era más que una invención de los comunistas.

La existencia en las montañas transcurría encerrada en unas coordenadas comunes a todo ser viviente que se asentaba en ellas. Un algo inexplicable, sin duda debido a murmullos, suposiciones, secretos o imaginaciones, iba impregnando el ambiente con el convencimiento de un azaroso acontecer. A pesar del secreto con que se había querido ocultar la Operación Escoba, los recoletos movimientos de tropas disfrazados de simples maniobras, las palabras medidas en crípticas órdenes, y el simulado esfuerzo de crear normalidad; la intuición y perspicacia campesina acertaba en sus razonamientos. Y al igual que el aldeano, los hombres del monte percibían la realidad. Numerosos grupos de pequeñas partidas, hasta entonces prácticamente desconocidas entre sí, empezaron a mostrarse como si saliesen de la tierra. Algunos hombres convertidos en topos desde la finalización de la guerra, escondidos en sus propios hogares sin haber salido jamás al frescor de la tierra, hijos sin padre que

hacían murmurar maliciosas intenciones, cuadrillas agitanadas de expropiación de lo ajeno, antiguos republicanos más infelices que malévolos, fugados de batallones de castigo, irredentos criminales acogidos al calor de la familia, cobardes responsables que nunca habían dado la cara y numerosas pandillas pseudopolíticas que, en realidad, solo embarullaban la lucha guerrillera salieron en desbandada ante un temor ciertamente hiperbolizado.

Entre los rescoldos del inquieto revuelo se desvelaron efectivistas grupos de la sierra, como el formado por los *maquisard* que entraron en España con el aniquilado Julián y que se habían adentrado en las sierras extremeñas, para posteriormente subir hacia la zona centro y contactar con la de levante. Cortazar con sus cuatro guerrilleros y Ramiro con tres, habían realizado numerosas acciones económicas, secuestros, voladuras de torres eléctricas y enfrentamientos con la guardia civil que habían inquietado seriamente al teniente-coronel Limia Pérez y acabado con la vida de tres de sus guardias.

La prometedora partida del Comandante Ruiz desaparecida a los pocos días de haber conseguido un sustancioso botín de 280 000 pesetas volvió a dar señales de vida sin que nadie la hubiese requerido; y el Chamorro, a quien todos creían muerto, salió de su escondite en la masada donde había asesinado al marido de la mujer con la que estaba amancebado. Los seis huidos del Penal de Lospan, artífices del sabotaje de unas minas de carbón dirigidos por el Conductor anunciaron su presencia con el desvalijamiento a unos paisanos que regresaban de una feria de ganado; y el Caracol, de mejor nombre Baboso, asiduo visitante de los burdeles capitalinos, que había escapado por piernas con la ayuda de la Chana, ramera y confidente policial, apareció como hombre tranquilo en un restaurante de lujo.

El apoyo de unidades del Ejército en el rastreo de los montes facilitó la desabrida y áspera labor de la Guardia Civil pero, al mismo tiempo, aumentó la presión ejercida por los mandos exigiendo resultados rápidos, eficaces y ejemplarizantes. En ocasiones, desde el mismo Costilleo, se oían funestos y aterradores traqueteos de mosquetones, bombas de mano y metralletas, que sobrecogían el alma de los vecinos y llenaban de angustia y miedo a las pobres mujeres de los guardias que se encerraban en sus cuartos tratando de consolarse entre ellas mismas.

—¿Dónde estará Ramón?

—No te preocupes. Me ha dicho la del cabo que el tuyo no ha salido hoy de batida.

—¿Y dónde va a estar? —se preguntaba la infeliz.

—En el correo, tonta —trataba de confortarle la amiga—. Marchó de buena mañana con el mío cuando acababa la guardia.

—En Castañar asaltaron el autobús —gemía la pesimista.

—Mujer, vas a acabar enfadándome. Lo que pasa es que estás preñada y todo te parece un mundo.

—Me da que esto no va a llegar a término.

—¡Cállate ya, so burra! Lo único que vas a conseguir es que te salga con algún *antojo*. Vamos junto a la mujer del teniente que tiene más agallas que todas nosotras juntas.

La vida de estas mujeres, insertada en la profesión de sus maridos, habituadas a las penurias de la casa-cuartel, muchas veces ninguneadas por el vecindario, no era precisamente un camino de rosas. Justo es reconocer, aunque no era el caso de los de Costilleo, que muchos guardias se habían alistado para escapar de la falta de trabajo, habitaban cuarteles destartalados, siempre alejados de sus lugares de nacimiento y, con frecuencia, evitados por los habitantes del lugar por miedo, cobardía o simple negligencia. La disciplina era fuerte, el peligro inminente, el salario pobre y las condecoraciones, premios en metálico o avances en la escala que, sin duda se dieron, resultaban reducidas y exiguas. Muchos relatos escritos, apartando los tendenciosos, han propagado testimonios directos, ciertos y documentados del maquis, pero no es fácil encontrar, posiblemente no existan, manifestaciones igualmente históricas, evidentes y sinceras de esas mujeres que, junto con sus hijos, contribuyeron a mantener la existencia de unos hombres con tricornio, botas de monte, capote y metralleta, muchos de ellos malcarados que expusieron sus vidas en el cumplimiento de lo que consideraban su deber. La historia de la Guardia Civil, transcurre consustancial con la del pueblo. La misma guerra fratricida convalidó la división en dos bandos y desde siempre, desde su creación por el Duque de Ahumada, la Benemérita se engranó con los sentimientos de la colectividad.

La guerrilla antifranquista y su represión entran en el campo de la historia acompañadas, como todas las gestas, de leyendas, mitos y partidismos. Siempre es difícil, acaso imposible, aun contando con la honradez de sus relatores, separar la verdad de lo imaginativo. Pero desbrozando entre el romántico o rencoroso sentimiento de los hombres, puede encontrarse ese *filum* que parafraseando a Teilhard de Chardin descubre la historia como «una curva escondida bajo un haz de tangentes». La verdad era que para sobrevivir en la sierra hacía falta coraje, fuertes piernas y espíritu de supervivencia. Por norma general, los maquis no buscaban enfrentamientos directos, prefiriendo los sabotajes, la propaganda, los golpes económicos y la represalia directa contra algún determinado enemigo. Su gran movilidad nocturna, generalmente dirigida por algún enlace o lugareño conocedor minucioso de la sierra, producía la impresión, al verse en poco tiempo en lugares distintos el mismo grupo, que su número era muy superior al real. Los guardias solían, a veces, echar bombas de mano al interior de las cuevas donde suponían podían encontrarse los guerrilleros, por lo que éstos, conocedores del caso, evitaban ocuparlas considerándolas trampas mortales.

A pesar de la propaganda comunista, muchos de los captados por la guerrilla se sentían engañados por las falsas promesas de comida, dinero, favores a las familias y vida en libertad.

Las circunstancias del momento obligaron a Mariano a establecer rígidos sistemas

de disciplina. De notable inteligencia natural aunque desprovisto de verdadera formación, tuvo el acierto de dividir los grupos con arreglo a las condiciones, características y veteranía de los hombres. Los considerados de mayor valor y fanatismo, aun cuanto careciesen de conocimientos guerrilleros, fueron designados jefes de cuadrillas fieles a las directivas del PC; a los más astutos y sagaces se les encargaron los servicios internos de la Agrupación, pomposo nombre donde se agrupaban los chivatos y soplones del mando. La pesada carga de los asustadizos e irresponsables grupillos incorporados al monte, por miedo y temor a la fuerte represión, carentes de ideología alguna, y casi siempre fuente de peligrosas deserciones, fueron distribuidos entre veteranos en comisión de algún asesinato que obligase su permanencia. Condicionamientos morales aparte, estos métodos resultaron sumamente eficaces para el fortalecimiento de una lucha que amenazaba con derrumbarse, y que logró por el momento aglutinar a casi un centenar de maquis.

Pronto se dio cuenta el taimado e inteligente jefe guerrillero que Ramiro y Cortazar, provenientes del *maquisard* eran más que provechosos, y debía incluirnos entre sus incondicionales del EM Chato y Torrijeras. La incompatibilidad entre Fermín y el Macarra la zanjó dando a cada uno la jefatura de una partida. A los considerados menos apropiados se les dio la ansiada ocasión de cruzar la frontera a sabiendas de las pocas posibilidades de éxito que les esperaban

Divididas las partidas según las órdenes establecidas, los imponderables del destino ayudados por la soberbia y la codicia de los hombres intentaron combinar la subordinación con el provecho propio. En una hábil maniobra de interesada conveniencia, Fermín se avino a la primitiva propuesta del Macarra para asaltar Losa del Rey con excusa de ayudarle a rendir cuentas con el cabo jefe de puesto.

No era precisamente antes de la noche cuando los guerrilleros solían realizar sus operaciones, pero por razones de conveniencia táctica eligieron el momento en que los paisanos solían acudir al bar. Más de una treintena de hombres tomaron parte en el estudiado asalto. Los dirigidos por Fermín marcharon hacia la casa cuartel situada justo en la salida del pueblo, un grupo de seis marcharon en busca de los hacendados, y el resto, al mando de Macarra entraron en el café. Cuando las primeras bombas de mano se escucharon explotar sobre el edificio de los guardias, los asaltantes del bar irrumpieron en escena ordenando que se quedasen quietos todos los asistentes. Intempestivamente, el Dientes que portaba un mosquetón del 7,5 hizo fuego hacia un rincón del recinto, seguido del tableteo de la metralleta del Pelos. La trágica secuencia se acompañó de ruidos de caída de mesas, sillas, roturas de vidrios y algún que otro gemido. Sin saber siquiera el motivo los maquis hicieron fuego con sus armas disparando al albur, mientras el jefe da la orden de retirada con estridente voz. El Zagal que vigilaba la puerta fue arrollado por sus compañeros que salían huyendo, no de ningún perseguidor, sino de su provocada terrible desgracia.

El manto lúgubre del silencio cubrió la huida de los maquis.

El suceso, contado posteriormente según opiniones, florituras y acusaciones

variadas presenta un resultado objetivo: el susodicho Cordero no se encontraba en el bar. El ametrallamiento de los asistentes fue debido a que en una de las mesas más apartadas se estaba jugando una partida de cartas en la que se envidaba seriamente con dinero, cosa prohibida por la autoridad competente. Los jugadores ante la sorpresiva irrupción de los maquis, posiblemente creyendo que se trataba de los guardias, trataron de esconder sus apuestas realizando un aturullado movimiento que fue instintivamente respondido por el martilleo de las armas. Seis muertos y quince heridos fue el resultado de esta hazaña. En cuanto a la casa-cuartel no salió mejor librada. La práctica totalidad de los relatos sobre el maquis, pasados los años, presentan recuerdos históricos de la muerte de un número y de la esposa y el hijo menor del comandante de puesto que resultó gravemente herido junto a otro de sus vástagos.

La respuesta de la Benemérita, junto a somatenistas y vecinos fue áspera y dura. Se apresaron varios lugareños de los que corrieron luctuosos relatos, fueran o no causados por la represión. Hubo quien atribuyó al propio Fermín, la muerte de Macarra y sus incondicionales Pelos y Dientes, a los que se les encontró muertos en el monte.

Entre tanto, la escena internacional tiene ya muy poco que ver con la cuestión española. Los Estados Unidos, a través de su Secretaría de Estado, recomiendan, dada la importancia estratégica de España, mantener relaciones con el régimen de Franco. En la Asamblea realizada en Nueva York se mantienen distintas posiciones marcadas por la URSS y los estados latinoamericanos y europeos. Por la parte soviética se insiste en aplicar duras sanciones a la dictadura franquista, cumpliendo el castellano refrán de «ver la paja en el ojo ajeno sin ver la viga en el suyo». Otros concurrentes defienden posturas mucho más suaves, y aunque manifiestan su repulsa a la Dictadura, no participan de las medidas sancionadoras por no considerar a España una amenaza para la paz mundial, hábil eufemismo de resultarles provechosa para ellos. Todavía surgen otras voces que destruyen gran parte de la esperanza del Gobierno republicano en el exilio; las que consideran *el problema español*, como un asunto interno exclusivo de los propios españoles.

Sin embargo el amplísimo tablero mundial donde se juega la partida de la paz no deja resquicio por donde zafarse del lance. En contra de lo previsto, el ejército rojo de Mao ayudado por la Unión Soviética, derrota a Chiang Kai-Sheh proclamándose la República Popular China. España, mantenida en su aislamiento por conveniencia internacional pone en marcha todos los recursos imaginativos con la esperanza de ser considerada *la reserva espiritual de Occidente*. Junto a la Sección Femenina de Pilar Primo de Rivera, la viuda del líder de las JONS Onésimo Redondo, Mercedes Sanz Bachiller, copiando el modelo asistencial nazi, realiza una magnífica labor entre la población más desfavorecida a través del nunca suficientemente ponderado Auxilio Social.

El avance comunista impulsado por la URSS junto al incipiente germen de lo que

posteriormente sería el gran coloso chino preocupa seriamente al Gobierno de Franco. Los dos máximos representantes mundiales del Régimen comunista, Stalin y Mao construyen una amistad personal, basada no solamente en la simple conveniencia sino en su desbordante ambición y similar origen humilde. El soviético, hijo de zapatero, y el chino, de granjero, intentan implantar en sus inmensos territorios el sueño universal de la teoría política marxista, Stalin apoyado en la masa obrera y Mao en la revolución agrícola. El franquismo sabiendo que la guerrilla estaba organizada principalmente por el PC reparte sus esfuerzos en dos direcciones: demostrar que con esa doctrina es el Estado el más tiránico de los patronos, y dar las órdenes pertinentes para la total aniquilación del maquis.

Contra todo pronóstico, hasta hoy en día no claramente demostrados, los consejos del dictador soviético sobre el cambio de táctica en la lucha antifranquista para abandonar la guerrilla en el monte y trasladarla a las ciudades a la clase obrera no se llevan a cabo a pesar de ser dados personalmente a Carrillo y Pasionaria. Sin embargo, en Cataluña, zona que se había considerado de paso únicamente utilizada para el trasiego a través de la frontera francesa, el movimiento libertario convertirá la guerrilla urbana en una cuestión específica de la capital. Los atracos a bancos, hoteles, joyerías; sabotajes de tendidos eléctricos, líneas férreas, secuestros, asaltos a prostíbulos de lujo a los que acuden hombres de negocios y jerifaltes del régimen, enfrentamientos a elementos aislados de las fuerzas del orden y toda clase de desmanes son relativamente frecuentes en la ciudad condal. Pero los distintos grupos de acción, y las mismas escisiones internas de los anarquistas hace que la situación, aunque digna de tener en cuenta, nunca llegue a preocupar seriamente a la cúpula del Régimen.

Estos grupos de acción, capitaneados por Quico Sabaté y Facerias intentan internacionalizar la lucha antifranquista, colocando bombas en los consulados de Brasil, Perú y Bolivia, países que apoyaron a Franco en la ONU cuando no se quiso acreditar a los embajadores españoles. Los atentados, junto a la colocación de explosivos en diversos lugares, plaza de Cataluña, claustro de la catedral y otros, dirigidas siempre por libertarios ajenos al PC, son recibidos con duras críticas por los mismos comunistas que los interpretan como actos de provocación desencadenados por Falange para establecer una dura represión y condenar a Barcelona a un estado de sitio. Un hecho no muy conocido, relatado por Bayo, fue la preparación del mayor atentado contra el Jefe del Estado promovido por el maquis y los militantes libertarios, con motivo de la inauguración de la XVII Feria Internacional de Muestras de Barcelona. Un numeroso grupo de hombres con uniforme, militar y de la guardia civil, atacarían al Dictador, provistos de metralletas y bombas de mano, cuando pasase revista a las tropas que esperaban su llegada. La localización de un comprometido mensajero que fue muerto por la Guardia Civil frustró el descabellado intento.

Los montes seguían cubriendo con su llanto los alejados villorrios, aldeas y

caseríos incapacitados totalmente para librarse de la maldición de la sierra. Algunos años más tarde, el historiador Cossías recogería acertadamente los sentimientos de aquellos últimos maquis:

Con esta situación surgieron más arraigadas las pasiones, los odios, las envidias, el rencor contenido a medias durante tanto tiempo, durante tantos trabajos y fatigas. Ya nadie fiaba de los demás. Los puntos de apoyo eran temidos. Se les escogía entre individuos de toda confianza, y muchas veces se dio el caso de vivir varios meses de un solo apoyo, de una sola casa o masía, con la que contraían deudas largas y casi siempre impagadas.

Su propaganda, radiada desde el extranjero, simulaba acción y eficacia en las operaciones. Pero el destino ya estaba decidido: o la evacuación definitiva o el desangramiento total.

20. El monte en llamas.

La «Operación escoba».

Desde lejos se divisa una ancha columna de humo que ocupa dos buenos trechos de barrancales, en uno de cuyos extremos la grisácea nube deja entrever el rojo colorido de las llamas. Casi al mismo tiempo, otro punto encarnado parece salir de un imaginario boquete de la roca y, a más de cien metros en línea, una nueva humareda cierra en arco la práctica totalidad de las dos montañas que conforman el despeñadero. No hace falta mucha fantasía para adivinar la provocación del incendio, ni excesiva sensibilidad para dolerse de la arrasada belleza del bosque, la muerte de vida y el penoso marco de desolación por el que también lloran los montes. Entre los negruzcos troncos, crepitantes carrascas, arruinados nogales y llameantes aliagas, se otea cobrando belleza el amplio y todavía intacto paisaje montañoso que abriga atractivos llanos y bajadas que drenan agrestes barranqueras.

—No. Eso no está bien.

—No.

—Nunca pensé que lo hicieran.

—Yo sí. Vi las cubas de gasolina llevadas por los soldados.

—Yo hablé con uno de los capitanes cuando le entregué un parte de la Comandancia —el cartero se explicaba dolido— pero nunca imaginé lo que harían. Sabía, eso sí, que intentaban cercarlos, pero esto otro, no.

—Cuando tocaron a fuego las campanas y el alcalde me entregó el pregón, ya no tuve la menor duda. Se llamaba a todos los hombres a montar en las dos camionetas con destino a cubrir los bancales.

—Para librarlos del fuego.

—¿Librarlos? ¿De qué fuego?, si las llamas nunca podían llegar a la huerta. Era para alejarnos a todos del lugar de marras y poder dirigir el incendio.

—Pues mal lo van a pasar los de la sierra —el alguacil, por supuesto tan adicto al régimen como el cartero, no podía evitar un cierto sentimiento de fraternidad tan desarrollado entre el campesinado siempre que no tengan problemas de lindes o regadíos—. No tienen más salidas que *punte grajo* y la *rocha rodeno*.

—Y allí los esperan quienes yo me sé —sentenció el cartero—. El teniente les

tiene ganas.

—Hombre, ya se han cargado a varios guardias.

—Y hasta a pobres desgraciados que no tenían nada que ver con este desmadre — el repartidor se limpiaba con la manga los legañosos ojos que, según él los debía a la incesante lectura de las direcciones de la correspondencia—. Ya me gustaría topármelos algún día.

—No seas fantasma, viejo, que te quitarían el *costreñimiento* para toda tu vida.

—Pues ¿qué te crees? ¿Que soy un cobardica?

—No. Pero tampoco eres un héroe. ¿Los has visto alguna vez?

—Más de cuatro.

—¿Y se lo has dicho a los civiles?

—¿Para qué? —braveó el cartero—. ¡Si ya saben que están por ahí!

—¿Y qué te han dicho?

—Nada nuevo. Lo de siempre.

—¿Y que es lo de siempre? —el pregonero no se daba por contento con las respuestas de su amigo y sonreía socarrón ante las divagaciones del mensajero—. Cualquiera diría que les tienes querencia.

—La misma que tú —respondió molesto, limpiándose una nueva legaña—. ¡Pues sí que estamos para chinchorrerías en estos momentos!

No hubo respuesta para la más que acertada conclusión. Las dos *autoridades* permanecieron un rato silenciosos contemplando las llamas que iban cerrando un círculo con dos solas estrías libres que hacían de cortafuegos.

—Ahí tienes las dos torrenteras de salida.

—Hasta me parece ver los tricornios a la espera.

—No se ven, pero nosotros los vemos —razonó el trompetero mientras achicaba los ojos para acomodar la visión—. Va a ser una matanza.

—Se rendirán. Yo sé de algunos que no están por la labor —aseguró el cartero—. Y hasta se pasarían al otro bando si no tuvieran más miedo a lo suyos propios.

—¡Mira! —interrumpió el legañoso—. ¡Están tirando granadas!

—¡Los hacen recular hacia las llamas! ¡No tienen salvación!

—Si llevan un buen guía podrán refugiarse en las cárcavas.

—¿Y cómo crees que saldrían?

—Esperando a que escampe. Con un poco de suerte el incendio no llega a las fosas.

—Pero el humo los asfixiará. No tienen más salida que las trochas que les han marcado.

—El teniente no los aniquilará —y murmuró para sí mismo— pero les tiene ganas, muchas ganas.

Por la inclinada senda que dibuja la base del imponente friso de la sierra, se observa una pequeña hilera de puntos negros que bajan lentamente. Desaparecen un buen rato bajo los pinos y vuelven a mostrarse más cercanos y mucho más visibles.

Delante camina un guardia civil, tricornio forrado y metralleta en posición de combate. Cierra la fila otro guardia que tira de las riendas de dos monturas. Entre los dos civiles, caminan seis paisanos en fila de a uno, media docena de maquis que han preferido la incertidumbre a la muerte segura. El imponente farallón que enmarca la onda de fuego, frena bruscamente las llamas que apenas logran cubrir una pequeña franja de su base. La propia naturaleza detiene el bárbaro cataclismo provocado por la mano del hombre. Antes de llegar al cuartel, la triste y hosca procesión pasa por delante de los dos funcionarios que no son capaces de mirarlos de frente y agachan la cabeza como si tuvieran que ocultar una culpa que, en realidad, no va con ellos.

—Los civiles también van amargados.

—No todos. Algunos hasta se pavonean.

—Pero la mayoría va un tanto de serio elevado.

—No querrás que vayan tirando cohetes.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—De sobra —reconoce tristón el pregonero—. A nadie le gusta esto pero tiene que acabarse de una vez —se lía un cigarro mientras pasa la petaca al de la cartas—. ¿Crees que veremos el final?

—Seguro —pasa delicadamente la lengua sobre el pegamento del papel y cierra el abollado cilindro para llevárselo a los labios—. Pizarro ha decidido terminar como sea.

—¿Crees que habrá sido él quien ha ordenado la quema?

—Él, o alguien de más arriba. Lo que está claro es que esto no es cosa de jefes de línea, ni siquiera de comandancias.

—¿Habrá sido el mismo Franco?

—¡No seas animal! El Caudillo no está para estas menudencias.

—¿Llamas menudencias a pegar fuego al monte?

—Para nosotros no. Pero para el Generalísimo es como para ti apartar una mosca borriquera.

Una de las camionetas que salieron cargadas de hombres para controlar la exigua huerta, aislados frutales y pequeños tajos de hortalizas, regresa traqueteante, sin apenas producir más sonido que los propios de su desvencijada mecánica. Los que bajan del destartado furgón lo hacen silenciosos, con las azadas sobre el hombro tan limpias como marcharon, el botijo vacío y las dos botas chuchurradas, los mendrugos de pan regresan intactos y el pedazo de cecina apenas ha mermado un través de dedo. No han comido nada, acaso el pesar y las ansias no se lo han permitido. Inmediatamente se percataron de la inutilidad de su requerimiento salvo, naturalmente, que se les quisiera alejar de los focos de incendio. Al llegar a su inútil destino una pareja de guardias les limitaron el territorio. No entablaron con ellos conversación alguna, pero los vieron pasear, algo separados, a veces ocultados por la maleza. No parecía que vigilasen nada. Estaban allí sólo para no dejar que nadie traspasase esa frontera de censura que habían establecido los mandos. No. No tenían

de plomo las calaveras. Cuando bajó el conductor del vehículo, se le acercó el cartero preguntando.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Pero no sabes nada?

—No.

—¿Y qué habéis hecho?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Nada.

El campesino entiende, y sabe leer lo que no escucha, y comprende en una negación mucho más de lo que puede expresar un erudito de las letras. Ese *nada* de los montes, sobre todo si es repetitivo, declara una elocuente comunicación. Son las mismas letras pero distintas entonaciones, convincente compendio que supera con creces una retórica fluida. El preguntón vuelve junto a su compañero sin emitir palabra alguna. No hace falta. El manifiesto silencio transmite una significativa comunicación.

—Aún vienen más —anuncia el pregonero.

—Esos ya tienen bastante —tres cuerpos cruzados en sendas cabalgaduras de los que se distinguen los brazos y las piernas a cada lado del animal—. Esos los traen para contarlos. ¿Cuántos quedarán arriba en la misma situación?

—¿Y qué nos importa? Con tal que los entierren.

—Eso sí que lo hacen —el cartero inclinó involuntariamente la cabeza—. Don Jesús dice que hay que enterrar siempre a los muertos.

—¿Quedará todavía alguno?

—Seguro. Por lo menos el Mariano que huele el peligro, como las liebres, se habrá escapado. Y con él alguna tanda.

—A veces me sorprendes con las cosas que sabes.

—Es que esto de las cartas da mucha *metalurgia* —adjetiva incongruentemente el legañoso.

—¿No me dirás que has llevado algún sobre a los del monte?

—Pues verás —musitó el cartero por lo bajo, mirando a uno y otro lado—, a los del monte, no; pero a los del estanco... ya sabes... —bajó el tono de voz sin que hiciera falta— les he entregado alguna carta un poco rara.

—¿Y cómo sabes que era rara?

—Entre nosotros —confesó en tono de privacidad— una de ellas estaba un poco abierta y se la di al teniente.

—¿Es que todas las que no están bien cerradas, las entregas a los guardias?

—¡No seas tontainas! No entiendes nada.

—Le echaste un vistazo, ¿no?

—¿Tú qué crees? —y mirando al pregonero que no pronunció palabra alguna,

continuó—. Pues eso.

Una ligera brisa soplaba sobre las callejas que guardaban el silencio de una agobiante soledad. De vez en cuando rompía la extraña calma un grupo de gorriones que picoteaban la tierra para alzar el vuelo todos juntos sin aparente motivo. Si se aleja la vista de la tragedia y se posa sobre la entrada del pueblo, el espíritu recobra egoístamente la tranquilidad. Una hilera de acacias preludia el inicio de las casas por el lado oriental de la villa. Planeando el horizonte por encima de los tejados se vislumbra cercano el camino del calvario con los hitos del vía crucis zigzagueando entre peñascos y rala vegetación. Los dos contertulios, cargados de noticias recibidas y convenientemente adobadas por la imaginación, acudirán a la taberna donde, sin ponerse de acuerdo pero con el mismo cariacontecido y enterado conocimiento, hilvanarán una historia posiblemente más cierta de la que se escribirá posteriormente.

El jefe de línea permanece sentado sobre una roca queriendo captar ese rumor suave del viento sobre los pinos que permanece oculto por el cercano chisporroteo de la pinocha. Piensa en silencio, momentáneamente separado de sus hombres, inclinada la cabeza y los brazos apoyados sobre los muslos. Imagen de cansancio, acaso apatía, rara connivencia de contrapuestos sentimientos que no se puedan interpretar. Por un lado acusa la satisfacción del deber cumplido, de la idea de orden, paz, tranquilidad y honra de colaborar a la extinción del bandidaje en su país. Por la otra aqueja la desgracia del dolor, la duda ética de buscar la muerte de sus semejantes, de sus compatriotas. Piensa que es necesario. Que son ellos los que quieren prolongar una guerra que ya no tiene seguidores. Y como marco de su percepción contempla los árboles sin vida, dolientes estatuas camufladas de negro, latigazo de recuerdos que desgarran el alma. La furia del fuego dibuja extrañas figuras que convierten el paisaje antaño colmado de verdor y poesía en siniestras tierras cargadas de honda tristeza. Sabe muy bien que no todos piensan igual. Ni siquiera entre los de su mismo cuerpo armado. Ha visto llorar a algún guardia ante la muerte de un paisano, pero también conoce a quien se congratula de arrancar la vida, se alegra del dolor de las familias, y hasta de quien entra en cólera cuando no remata una espera. Dicen que todos los maquis son criminales, asesinos que sólo buscan el dolor del pueblo para implantar la cacareada dictadura del proletariado. Puede ser, pero él cree que existen excepciones, sobre todo entre los desgraciados engañados en una lucha que tienen perdida de antemano. Los mandamases, como siempre, están lejos, fuera de España, y hasta los jefes de Agrupación, para estar más seguros, se cobijan en refugios separados de sus guerrilleros. ¿Cuándo acabará la lucha cainita de un pueblo religioso y sectario, acogedor y cruel, valiente y cobarde, honesto y corrupto? Posiblemente nunca.

Pecharromán ve correr, delante de las llamas, a cuatro hombres desesperados buscando una más que improbable huída. Y vuelve a extrañarse de sus propios sentimientos que parecen querer enloquecer su cerebro. Se dirigen hacia una de las únicas salidas que han dejado aposta libre, la de *rocha rodeno*. Allí hacen la espera cinco de sus hombres, cuatro y el cabo Justino, quien con toda seguridad dará la

orden de abatirlos. Desea que lleguen pronto, que caigan sin contemplar su camino de muerte; pero a pesar de que parecen galopar sobre sus fuertes y probadas piernas, el teniente los ve a cámara lenta y tardan demasiado en llegar a la meta. Sin poderlo evitar, piensa también que, como opinaba el pregonero, deberían apegarse en los fosos de las cárcavas, posiblemente el fuego no pudiera cubrir las rocas y salvaran el pellejo. Por supuesto él no descubriría la posibilidad. El jefe de línea se dio sendos puñetazos en las piernas y se levantó enajenado ante su propia ofuscación. No titubeaba de esta forma cuando defendía el Santuario. Pero aquello era distinto. Los sitiadores eran rojos, ávidos de destrucción y muerte, y se defendía a mujeres, ancianos, niños y el honor de unos hombres. Estos de ahora... son distintos..., o no..., desde luego son de la misma camada. También hay ladrones, asesinos y traidores a su patria y, sobre todo, mucho ignorante... Pecharromán decidió apartar la vista de los sentenciados... ojos que no ven... y se encaminó hacia la furgoneta.

Nunca se supo el resultado de la Operación Escoba, aunque muchas fueron las suposiciones, invectivas e imaginarias historias sabidas, como de costumbre, de buena tinta. Lo único cierto fue la detención de seis maquis, la muerte de los cuatro que trajeron en las cabalgaduras y la existencia de una pequeña montonera que podía muy bien semejarse a una fosa común. Sobre el número de escapados nadie opinaba. Según la rara filtración de alguno de los guardias se escabulleron más de los previstos, posiblemente por un error en la disposición de los apostaderos, o acaso algún despiste más o menos justificado.

Durante algún tiempo la montaña permaneció inactiva, los masoveros respiraron cierto alivio, el pueblo esperó la llegada del invierno acarreado leña, piñas, aliagas y hojarasca, y los guardias siguieron vigilantes, recorriendo en pareja los pinares y barrancos enfundados en sus capas protegiéndose de las madrugadoras heladas. Mediado el otoño surgió la noticia. Una partida de siete maquis, al mando de un tal Fermín había sido avistada rondando la masía de los Lores, donde secuestraron a la mujer del dueño consiguiendo un rescate de 200 000 pesetas. Un nuevo secuestro en la persona del hijo del practicante de Rochelas y un atraco en el camino de Cabrillas a los tratantes que regresaban de la feria les reportó un total de 160 000 pesetas. La Guardia Civil montó un dispositivo que permitiese coparles antes de que, dada la evidente recaudación de fondos, pudieran evadirse a Francia.

—¿Estás seguro del enlace? —el interrogado era el cabo Justino.

—Segurísimo, mi teniente. Su mujer nos sirve de garante. Desea esconderse voluntariamente en la casa-cuartel hasta que finalice el asunto.

—¿De verdad lo hace voluntariamente?

—De verdad, mi teniente.

—No me hace gracia la cosa —el oficial no estaba muy satisfecho del procedimiento empleado—. Me da mala espina...

—Nada de eso, mi teniente. La mujer lo hace por su propia seguridad. Puede usted hablar con ella y convencerse.

—Está bien, pero que no hable mucho con las otras mujeres. Ponla en la habitación del chico.

—Sí, mi teniente —el cabo, ya experto, quiso cambiar el tema—. Ya vendrá pronto su hijo ¿no?

—Para Navidad —Pecharromán cogió rápidamente el hilo de la conversación—. Este curso acaba el bachiller y, si Dios quiere, sacará el examen de Estado.

Oficial y subalterno dialogaron unos instantes sobre asuntos familiares hasta que el teniente, algo avergonzado por el rápido cambio de asunto provocado por el sagaz cabo volvió al tema oficial.

—¿Cuál es tu idea, Justino?

—La que usted me diga, mi teniente.

—Déjate de majaderías. Eres la persona que más conoce a estas gentes. Tú dime lo que ya tienes pensado y yo diseñaré la operación.

—Verá, mi teniente. El enlace admite el doble juego. Dice que la partida del Fermín, de siete hombres, tiene proyectado el secuestro del hijo del masovero. Les va bien este tipo de actuaciones —el cabo colocó el papel de calco que le ofreció el oficial sobre el mapa del Servicio Geográfico del Ejército y dibujó unas líneas y redondeles—. Este es el corral de la masada, a pocos metros de la casa. Aquí está el reducido huerto de faenas agrícolas que siempre trabaja el chaval. El camino a la masía pasa por un buen montón de gavillas de avena —Justino se detuvo en la exposición—. ¿Con cuántos guardias podemos contar, mi teniente?

—Depende de lo que me digas —el oficial dejó claro quién disponía a la gente—. De momento tenemos a Bellido de baja, pero puedes contar con Maiques que es un buen elemento, y algunos de casa.

—Maiques nos resulta indispensable —el cabo nunca usaba el singular para no herir susceptibilidades—. Permítame, mi teniente, que le cuente lo que sé.

Apoiados sobre el plano los dos hombres estudiaron la acción. Mientras Justino explicaba detalladamente las informaciones que poseía, Pecharromán iba punteando sobre el papel las anotaciones pertinentes, disponiendo la maniobra que consideraba más efectiva. Entre tanto, a menos de cinco kilómetros de la casa cuartel se hablaba del mismo tema desde un punto de vista totalmente opuesto. Fermín exponía a sus hombres el nuevo plan a seguir.

—Esta última recaudación, y cruzamos la frontera.

—¿Nos vamos? —inquirió adusto un cejijunto personaje, medio desdentado y con cara de pocos amigos, poseedor de una de las dos metralletas que llevaba el grupo.

—¿Te parece pronto? —medio bramó un larguirucho.

—Me parece inoportuno.

—Puede quedarse el que quiera —decidió Fermín—. Siempre he dicho que yo me marcharía con el que quisiera. Aquí no se obliga a nadie.

—Pero el dinero recogido no se ha repartido como quedamos —insistió el

disconforme.

—Si quieres separarte de los demás, te doy tu parte ahora. Y lo mismo digo a todos. Siempre he dicho —reiteró machacón— que yo marcharé a Francia. Esto está perdido desde hace tiempo.

—Pues yo quiero mi parte —se expresó con contumacia el rebotado.

—Vale —zanjó el jefe—, puedes retirarte ahora mientras explico los planes. Antes de acostarte pasa por mi tienda —y dirigiéndose al resto de maquis sentenció—. Éste es el momento de quien quiera macharse. Luego será tarde.

Fermín esperó en silencio el tiempo que consideró oportuno viendo que nadie más abandonaba la reunión. Luego se encaró con sus hombres razonando su propuesta y prometiendo un bien ganado reposo. Dinero, placeres, Francia, amigos, pocos sufrimientos y nada de jugarse la vida inútilmente.

—El golpe no puede fallar. El jueves vendrá el enlace y nos indicará los puntos de aproximación. Hasta el domingo tendremos tres días para vigilar la masada. Lo haremos en domingo porque la gente no suele salir a trabajar y vigilarémos el terreno con suficiente antelación. El chico no guarda el festivo y sale temprano a labrar, se retira a comer y a medias tarde vuelve al trabajo —luego críticamente murmuró pensativo cuidando que lo oyesen todos—. Lástima de metralleta que nos va a faltar.

La noche ennegrece el tono blancuzco del cielo, los maquis acuden a sus cobijos, tenderetes de lonas y tiendas de campaña camuflados de denso follaje. Un manto de soledad se cierne sobre el arrebuñado silencio que guardan los hombres en sus escondrijos. Todos piensan en lo mismo: la marcha de uno de ellos y la pérdida de una importante arma automática. Lo uno produce incertidumbre, lo otro mengua la capacidad guerrillera. Pero las leyes del instinto disfrazadas de destino despejaron los peligros aun a consta de pensamientos maledicientes. A la mañana siguiente el tránsito había desaparecido, Fermín juraba que le había entregado su parte y, extrañamente, la metralleta aparecía incólume con sus cintas de cargadores enganchados sobre unos pinos. Nadie cuidó de averiguar nada. Existían demasiadas quebradas, simas y barrancos por los alrededores, y aunque el vuelo siniestro de unos buitres en determinado y reducido círculo, hubiera en otras circunstancias servido para algún comentario, en esta ocasión no hubo mención a carroña alguna.

El campamento distaba más de tres kilómetros de la masada, pero el jefe guerrillero había dispuesto durante dos días un vigilante a trescientos metros de la misma. Todo parecía normal por los alrededores. El hijo del dueño salía temprano a proseguir sus tareas de labranza y el maqui de turno realizaba su observación detalladamente. Pero aunque el escenario guardaba el decorado con su natural disposición, varios actores actuaban entre bambalinas. Tres guardias civiles hacían la espera desde la casa, y otros dos se escondían entre las gavillas. Hacía una semana que guardaban la emboscada; descansaban durante el día en la masía o en el corral adjunto y permanecían vigilantes durante la noche en sus apostaderos. Los masoveros realizaban sus funciones con normalidad, y el protagonista de la escena se esmeraba

en la representación. Maiques de compleción y formas semejantes al hijo del dueño, vestía con sus ropas, cubriéndose con una boina y manejando hábilmente la azada. Al atardecer del domingo tres hombres se aproximan a la masía haciendo señas, desde el sendero, al supuesto hijo del dueño para que se les acercase, pero el muchacho respondió a gritos que no podía hacerlo por encontrarse abriendo la pequeña balsa recolectora. Los guerrilleros aceptan la réplica y caminan a su encuentro mientras los cuatro restantes, apostados entre carrascas, cambiaban de lugar ignorantes de lo que les aguardaba. Habían estado vigilando durante días sin avistar ningún movimiento extraño, y se encontraban lo suficientemente alejados del objetivo como para temer una emboscada. Pero apenas los tres de avanzadilla cruzaron el punto señalado, el falso hijo del dueño se tira al suelo, mientras una lluvia de plomo y fuego cae sobre los maquis. Sucumbió el trío sin poder disparar un solo tiro, y dos de la retaguardia sintieron en sus carnes las balas de los guardias. De la partida del Fermín, sólo quedaron éste y uno que había sido pastor por el lugar.

El olor a pólvora, sudoración, estiércol y deyecciones se mezcla con el del trigo, paja y sembrados dejando que la sangre regara las matas de esencia a romero y espliego. Hay quien dice que desde entonces no crece lavanda en los rastros por donde se escapó la vida. El aire va perdiendo su luz, apagándose lentamente y transfigurado un paisaje que pronto se llena de tricornios, paisanos, carretas y cabalgaduras que, en realidad, nadie comprende de donde han salido. La suave y moribunda luz del cielo va dando paso al raso negro de la noche, focos luminosos rastrean la tierra, la mayoría son pequeños faroles, algún que otro carburo y los faros de una furgoneta. Toda la escena se concentra en un reducido e irregular espacio donde se desarrolla un tenebroso cuadro que destroza la dulzura del crepúsculo. Entre tanto lloran los montes ante la cruda e irreversible verdad, dolorosa, acaso necesaria, siempre aceptada con resignación por los hijos de una tierra que asume su fatalismo.

—Bien Maiques, muy bien —anima el teniente palmeándole la espalda—. Come algo en la masía.

—No puedo, mi teniente. No me entra ni un bocado.

—Pues bebe un buen trago, muchacho. Eso te sentará bien.

—Agua, mi teniente, sólo agua y muy fresca que tengo la garganta reseca.

—Vale, chaval. Entra y tumbate un rato —mientras se aleja el guardia, Pecharromán se dirige al cabo—. ¿Qué hay de los otros?

—Ni rastro, mi teniente. El Fermín de los cojones se nos ha escapado.

—¿No se perderá por esta enrevesada sierra?

—No lo espere, mi teniente, va con un pastor que se conoce estos montes como la palma de la mano.

—Pues no quedaré tranquilo hasta cogerlo.

—Bueno —sentencia Justino—, cogerlo o eliminarlo. ¿No? Mi teniente.

El oficial no responde. Recuerda los asesinatos de Gadur y no desea expresar sus sentimientos. Se aleja del cabo y se acerca a un corrillo de somatenes que han

aparecido como por ensalmo, por supuesto después de finalizado el siniestro. Son cuatro, uno se toca con una boina roja y porta un máuser, los otros llevan escopetas de postas, y todos con sus cartucheras repletas.

—¿De dónde sois? —interroga el guardia civil.

—De varios sitios —contesta el de la boina—. Siempre hacemos una ronda por los montes. Hay mucho mal nacido por estos andurriales.

—¿Sabréis que se necesita un permiso para hacer de autoridad?

—Por supuesto, oficial —respondió bravucón el que hacía de jefecillo—. Lo tenemos de la Comandancia. De sus jefes, vamos —sentenció fanfarrón.

—Lo llevarás encima, ¿verdad?

—Por supuesto, oficial. El permiso y el carné de Falange, si lo desea.

—No. Ese no me hace falta. He recogido muchos en las redadas del barrio —contestó serio el teniente.

—Yo creía que Franco nos daba bula con las furcias.

—Pues está equivocado, señor —el guardia civil empleó el usted por vez primera—. Enséñele al cabo los papeles —saludó militarmente y se alejó del grupo.

Pecharromán tuvo que contener su impulso para no cargar su estado de ánimo contra los impertinentes personajillos que tanto daño hacían en la opinión popular. Ya tenían bastante los paisanos, reconoció sincero, con la rigidez de los guardias como para venir soportando a los fantasmones de turno. Miró hacia donde se encontraban y sonrió complaciente. El cabo Justino los había puesto firmes, les incordiaba con los papeles y les echaba una buena gresca. El grupo de somatenes marchó mesurado, y al pasar junto al teniente se irguieron en un respetuoso saludo. Cuanto tenía que aprenderse aún, después de una guerra entre hermanos. A veces pensaba que todos tenían razón, mejor dicho sus razones, que no habría forma alguna de cicatrizar las heridas de un pueblo tan pleno de orgullo como de rencor. Pero lo que estaba claro es que, como fuera, había que acabar con el maquis. Para él, ahormado en la defensa a ultranza del orden y de la religión, acaso equivocado pero siempre de buena fe, no existía otro remedio más que la aniquilación del enemigo. Los otros serían mucho peores. Ya lo demostraron de sobra con el criminal Frente Popular. ¿Qué hubiera sido de España si hubieran ganado los rojos? Ni siquiera habrían impuesto la República. Ellos mismos pregonaban la dictadura del proletariado, los juicios populares cargados de vesania, los crímenes contra la Iglesia, el amor libre, la destrucción de la familia. Muchos republicanos de bien rechazaban los desmanes de las turbas marxistas, ahítas de venganza, odio y rencor. Pero nosotros tampoco estamos libres de culpa, pensaba, no hemos sabido perdonar, ni comprender, ni enseñar a un pueblo medio analfabeto que sólo responde ante sentimientos. Como siempre, el guardia civil acababa enterrando sus pensamientos con el control defensivo de su deber; superponiendo imágenes de dolor, humillación, destrucción y muerte contempladas por sus mismos ojos cuando caían familiares, amigos, mujeres, ancianos y niños. Y tenía que apretar los dientes cuando le traicionaba el subconsciente pensando que también los otros

podrían tener parecidas imágenes. Entonces, un guardia civil, todo un héroe, honrado, cabal y valiente, se cogía la cabeza con las manos y gritaba hacia dentro: ellos eran peores, mucho peores, más criminales, mucho más crueles, despiadados, sanguinarios e inhumanos. ¡Nosotros luchábamos por Dios y por España, por el pan y la justicia!

Costilleo amanece repitiendo día, no pregona el menor indicio de lo sucedido en la sierra. El sol se pliega delicado sobre las estrechas y empinadas callejas del pueblo, unas niñas, sentadas sobre el pretil del puente romano juegan a muñecas mientras unos chiquillos las molestan lanzándoles piedrecillas con el tirachinas. Pasa un viejo golpeando las ancas de un mulo y sermonea a los chicos que ya hacen bastante con no contestarle con algún impropio. Las niñas cambian de lugar y los chavales abandonan su objetivo. Un carro rechina tirado por dos bueyes. Son los toros del tío Sandalias, los únicos en varios kilómetros a la redonda, con los que trilla, porta troncos, lleva pesados bultos y los coloca siempre hermanados en el mismo puesto. Dice que si los cambia de lado no se ponen de acuerdo para tirar de la yunta. Es la única forma de llevar los leños gordos al pueblo, aunque tienen el inconveniente de que los animales no pueden llegar junto al lugar donde tronchan los pinos. Pero no hay cuidado, los leñadores talan el árbol y lo tiran rocha abajo, empujándolos con cuerdas y cadenas hasta llegar donde los esperan los bueyes. De allí al pueblo median unos dos kilómetros de pista impracticable para vehículos pero adecuada para los toros del tío Sandalias.

Don Jesús y don Antonio repasan sus conocimientos un poco más tarde de lo habitual. Habían comenzado el camino cuando un muchacho acudió corriendo solicitando la presencia del galeno. El cura lo esperó sentado bajo una noguera mientras el médico cubría su urgencia mucho más rápido de lo que se esperaba.

—¿Qué tal?, señor doctor. ¿Secreto profesional?

—¡Que va!, reverendo. Un cólico nefrítico sin importancia. Mucha agua, reposo, calor en los riñones y aguantiformo.

—¡Dios nos libre! Lo conozco por propia experiencia.

—¿Y qué me dice de lo de ayer?

—Lo mismo. ¡Que Dios nos libre!

—Esto se acaba, mosén.

—¡Dios lo quiera, don Antonio! Ya lleva años finalizada la guerra.

—La guerra no finalizó el uno de abril del treinta y nueve, como dijo Franco. Todavía continúa.

—Lo siento, doctor. Ya sabe que no estoy de acuerdo con usted. Si el maquis no recibe del pueblo el apoyo esperado, es precisamente porque todo hijo de vecino está hasta el gorro de guerra.

—Y porque las potencias democráticas nos han mandado a la mierda, con perdón.

—Dejémonos de democráticas, y hablemos de vencedoras, o es que mi dilecto amigo considera demócrata al *padrecito* Stalin.

—Ya sabe usted que no, don Jesús, pero es una forma de entendernos. Apenas

transcurrida la mitad de la Segunda Guerra Mundial, con las conferencias de Casablanca en 1943, las de Yalta y Teherán en el 45 y sobre todo la de Postdam ya se veía venir el asunto.

—Cierto —corroboró el clérigo puntilloso, sin querer ceder en su erudición—, precisamente en esta última, que finalizó el uno de agosto del 45, el más astuto fue el soviético en el reparto de Europa, pidiendo la ruptura total con la España de Franco.

—Aprovechando que faltaban dos de los grandes líderes que ganaron la guerra: Roosevelt, fallecido y sustituido por Truman, y Churchill derrotado por Attlee en las elecciones.

—Pero Churchill, ya había avisado a Roosevelt en Yalta de cómo se las gastaba Stalin.

—No dude, docto presbítero, que gracias a ese aviso, Stalin sólo consiguió que los americanos e ingleses se opusieran a la entrada de España en la ONU, pero hicieran la vista gorda para otros acuerdos.

—Les convenía, ilustrado amigo, tenían un fiero lebrél cerrando las puertas al comunismo.

—Y una Iglesia agradecida, caro arcipreste.

—¡Déjese de ascensos! Parece ser usted el que gusta del lenguaje militarista —se descaró el cura—. Cualquiera día le pongo el usía.

—Usted sabe muy bien que el Caudillo se encontró con la Cruzada sin esperarla.

—Dios escribe con toda clase de renglones.

—¿Hasta con los del maquis?

—Hasta con los de ellos. No lo dude, señor médico. Y hasta con los suyos y con los míos.

—Pues buena parrafada nos ha escrito el de arriba con lo de Castarrero. Dos guardias civiles muertos mientras hacían la ronda, violación de la señora del alcalde, por cierto de buena vista...

—¡No blasfeme, señor mío! Y menos mezclar el culo con las témporas —protestó el cura, que también había sido monaguillo.

—Perdone, reverendo —contestó con sinceridad el médico—. Es que a veces se me escapa el contagio con estos mendrugos.

—Más respeto, señor mío, más respeto hacia los humildes —sermonea don Jesús.

—Perdón, insisto, señor cura. Pero le digo que no sé por dónde ve usted la mano divina tras dos muertes de civiles, una violación, y unas cuantas palizas a sospechosos.

—Yo no veo nada, hermano mío, pero no me cabe la menor duda de que detrás de todo está la mano de Dios.

—No se ofenda si le afirmo —el médico respetaba a su amigo pero no cejaba en su criterio. Acaso por eso mismo se apreciaban tanto— que yo también veo la mano de Franco. Después de todo los dos son buenos amigos, ¿no?

—Tan amigo es el de arriba, como usted dice, con el Caudillo como con usted y

hasta conmigo.

—Volvamos a poner los pies en tierra —concluyó el galeno que no deseaba molestar con cuestiones teológicas—. Los maquis tienen la cosa perdida. Qué distinto todo de aquellos días en que en la Francia ocupada los dirigentes comunistas organizaban el Cuerpo de Guerrilleros Españoles. Qué distinta la euforia de entonces, cuando encuadraban a los bravos españoles en las Fuerzas Francesas del Interior, con la desgana de ahora. Hoy en día, nadie duda de que lo mejor que podían hacer los del monte en largarse como puedan.

—¡Ay querido don Antonio! ¡Pero si no los dejan marchar!

—Le aseguro que los guardias, les dejarían vía libre.

—Puede ser. Pero los suyos, no.

—Acabemos admitiendo que en el fondo son unos desgraciados.

—Cierto, querido cátedro, si cada uno admite el adjetivo en cualquiera de las acepciones que más se adecúe a sus criterios.

—Admitido, reverendísimo y querido amigo, admitido.

Llegan a un altozano desde donde se divisa un tramo de vía férrea antes de esconderse en un túnel. Parece una detallada maqueta pintada con verdes distintos, marrones fuertes y sucios blancos entre los que sobresale un redondel de pimpollos, todavía jóvenes, que suavizan la bravía del paisaje. Las sombras se esfuman al deslizarse las nubes movidas por el viento y mientras el cura se espiritualiza admirando la belleza dibujada por el Creador, el médico abre sus brazos, inspira con fuerza y agradece a la Naturaleza el canto a la vida. Desde la atalaya se divisa un amplísimo terreno, la mayor parte boscoso, salteado de diminutos valles donde desembocan agrestes torrenteras. Don Jesús señala, a lo lejos, un llamativo y grisáceo farallón, especie de acantilado y caprichosas rocas que, detenidas por los arbustos, blanquean las salvajes laderas.

—Allí mataron al Trilero.

—Fue su propia mujer la que lo denunció a los guardias.

—Estaba huido desde comienzos de la guerra —aclaró el cura.

—Y casi desde el mismo tiempo su mujer le daba por chicuelinas.

—Está usted hoy dejado de la mano de Dios, don Antonio. No hace más que decir impertinencias. Bueno —corrigió el mosén—, pero con buena fe, claro.

—Mire don Jesús, si se hubieran puesto de acuerdo al finalizar la guerra todo hubiera sido mejor.

—No me decepcione doctor, y no diga fantochadas. ¿Acuerdo entre los enfrentados? ¡Vamos, hombre! Pero si ni siquiera estaban de acuerdo entre ellos mismos.

—Sea valiente, señor cura y dígame de qué parte está.

—Dios me perdone si me dejo llevar por mi propia cobardía, pero yo estoy con los que acaben con las guerrillas.

—¿Sea como sea?

—No le entiendo —remoloneó el sacerdote.

—Y yo no le exijo más respuesta.

—Dios se lo premiará, hijo mío.

Vuelven sobre sus pasos y se detienen en un rincón del pueblo donde unas casas de viejas portadas se adornan con unos balcones de madera de peligroso uso. Justo en la encrucijada una especie de acacias, les llaman plataneros bordes, con bolas de fino pincho proyectan sus sombras sobre un banco de obra, blanqueado exageradamente, donde toman asiento los dos incondicionales. Descansan poco rato, acaso nada porque todo el personal que transcurre se detiene un momento a preguntar algo, nada menos que el señor cura y el doctor tomando la sombra. No es fácil verlos así, siempre están ocupados o paseando ensimismados por las sendas. El plácido ambiente parece querer olvidar los hechos recientes; un aire tamizado por montes y pinos impregnado de sanos olores, no todos de esencia, parece dar sentido a costumbres pasadas que ya empiezan a ir desapareciendo de la vida rural.

—Hombre, Sebastián —se levanta el mosén—. Ya has vuelto.

—Sí, don Jesús, ya no hago falta allí.

—Lo que haces es mucha falta aquí —aclara el cura—. Desde que te has ido nadie me sabe arreglar los papeles de la iglesia.

—Mañana mismo se los cojo. El panteón del San Roque estoy seguro que pertenece a la parroquia.

—Pues el señor alcalde asegura que es del Ayuntamiento.

—Mucha cuchara para unas cosas, y para otras cuchillo y tenedor —apunta el galeno.

—Mañana sin falta me pongo con ello, don Jesús —apunta Sebastián mientras se despide.

—¿Y qué más tiene —pregunta el médico— que el panteón pertenezca a la Iglesia o al Ayuntamiento?

—Mucho —se apresura el cura a responder—. Si es del consistorio, la Iglesia no tiene nada que rascar. Pero si es de la parroquia...

—Si es de la parroquia, ¿qué?

—Pues mire don Antonio. En el susodicho mausoleo no hay todavía nadie enterrado. Lo mandó construir una familia en desagravio de los curas que había mandado al cielo uno de sus antecesores. Luego era para enterrar a curas ¿no?

—Parece justo, claro.

—El primero que puede ir ahí es un servidor. Y a mí me importa un bledo dónde entierren estos huesos. Pero si es de la Iglesia, puedo vendérselo al señor alcalde.

—No me lo imaginaba, querido don Jesús, haciendo negocios privados.

—Nada de privados, señor doctor, ¡eclesiásticos! ¡Y muy eclesiásticos! Vendo el panteón y arreglo la capilla del Sagrario, que se le va a caer encima el cimborio y, aparte del desastre puede ocasionar algún disgusto serio.

—Por allí van su hermana y su sobrina —interrumpe el médico.

—Sí. Vienen de recoger yeros para los animales.

—¿Yeros?

—Sí hombre, sí. Yeros. Esa legumbre que tiene que darse seca y no húmeda porque se hincha en la tripa y mata a los puercos.

—¡Ah, sí! —responde no muy convencido el facultativo haciéndose el enterado—. La Palmirica está ya muy crecida.

—Acaba de cumplir los diecisiete.

—Pues ya ha encañonado del todo. Y bastante bien, por cierto.

—¿Qué dice?

—Que ya está hecha.

—¡Ah, sí, claro! —afirma el cura—. No me había dado cuenta.

—Es que usted no se fija en esas cosas.

—¡Claro que me doy cuenta, hombre! —protestó el párroco—. Lo que pasa es que las miro de otra forma.

—¿Y qué sabe del chico?

—¡Ah! —suspiró satisfecho sin poderlo evitar—. ¡Ese sí que está hecho un hombre! —se detuvo ante un corral para tomar aliento—. Dentro de nada le dan los galones de sargento.

—Se casarán, ¿no?

—Naturalmente don Antonio. ¿Pues qué cree? Son novios formales.

—Y tendrán que irse a vivir a otro sitio.

—Pues sí. Los guardias civiles no pueden vivir en su pueblo ni en el de su mujer. Pero lo destinarán a la capital —volvió a mostrarse ilusionado—. Tiene una hoja de servicios inmejorable. Si Dios quiere allí podré yo acabar mis días. No en su casa —dejó muy claro— sino en la residencia de los padres jesuitas. Mi hermana ya es otra cosa. Lo normal es que los yernos carguen, es un decir, con la suegra.

La arquitectura rural de últimos tiempos quiere ocultar los detalles antiguos, que cobran un valor y una belleza superior si quedan a la vista. La herrería aparece brutalmente enyesada, cubiertas sus vetustas y atractivas piedras de una mezcla cementada que destruye su nobleza. A la fuente le han sustituido su tejado moruno por una sucia uralita que no sirve en absoluto para calmar la solana. Menos mal que no se les ha ocurrido tocar el abrevadero de los animales, ni el amplio lavadero de pulidas peinetas alisadas por el restregar de miles de manos femeninas. En realidad el pueblo no ha perdido su encanto. Sus calles guardan el melancólico sonido de la quietud, explosionada por el correteo de los niños, el reverberar de la luz sobre los escasos adoquines del pavimentado suelo y unas motas resplandecientes de insectos que flotan huyendo de la algarabía de los gorriones. Rompen la paz, el chasquido de los cascos batientes de dos cabalgaduras montadas por uniformes verdes.

—¿Qué nuevo dolor nos traerán los guardias? —musita el cura mientras mueve los labios en inequívoca señal de plegaria.

21. Maquis en casa del cura.

Asalto al campamento.

Jorge Sepúlveda, nombre artístico tras el que se esconde el valenciano Luís Sancho Monleón, enamora a las muchachas españolas con sus canciones, especialmente con la mítica *Mirando al mar* de cuyo disco se venden la astronómica cifra, para la época, de quince mil copias. Franco demuestra sus extraordinarias dotes para la pesca del atún; la moda femenina se recata con faldas largas por debajo de la rodilla y el color azul marino como clave de elegancia y discreción; la radio se recrea con consultorios sentimentales que son escuchados por gran número de mujeres que suelen compaginarlos con las labores propias del hogar; las relaciones entre Iglesia y Estado se intensifican mientras la Falange pierde auge en el Gobierno, y los Estados Unidos apuestan claramente por la España de Franco.

El jefe del Estado concede un tercer indulto, después de los de 1945 y 1947 con motivo de una celebración religiosa, si bien malas lenguas lo relacionan con la escasez de presupuestos y el hacinamiento en las cárceles. Se inicia un discreto despegue de la estructura productiva del país, pero es evidente que se precisa la inversión extranjera que, a su vez, necesita contar con el visto bueno de Naciones Unidas. La política del Régimen intenta presentar un aperturismo con el que amortiguar la desconfianza que recibe del exterior. Mientras *el NODO* se recrea en imágenes de Franco en su nombramiento doctor *honoris causa* por la Universidad de Coimbra, la Guardia Civil recibe órdenes tajantes de extremar la vigilancia en la frontera con Francia, acabar con los puntos de apoyo mediante la infiltración de afectos al Régimen, y buscar el total exterminio del maquis.

La división del Mariano había salido prácticamente indemne de la pregonada *Operación Escoba*. De los 26 hombres que contaba su unidad cuando disgregaron la Agrupación, todavía quedaban veintidós, y los cuatro que faltaban habían sido abatidos por el propio vecindario de Tremoles, cuyos campesinos apoyaron al somatén envalentonados por las continuas noticias desfavorables al maquis. Sin embargo, Mariano tenía un asunto pendiente con el alcalde de El Grajo debido a que la búsqueda, por parte del edil, de una oveja perdida lo llevó a las cercanías de uno de sus campamentos que, días más tardes fue asaltado por la Guardia Civil. Relacionado

el corregidor con la denuncia a la Benemérita se conjuró su ajusticiamiento. El jefe maqui dispuso, como operación de distracción el asalto tres días antes, por la mayor parte de su grupo, a unas alejadas masías así como la voladura de una torre eléctrica. Aprovechando la natural dispersión de las fuerzas del orden, Mariano, con un reducido numero de los suyos llegó por la noche al pueblo de El Grajo llegándose a la casa del alcalde. Dos de los maquis treparon a un balcón, mientras otros cuatro, con el jefe, llamaron a la puerta. Al abrirla, los aupados al mirador rompieron el ventanal irrumpiendo en la habitación y haciendo fuego sin objetivo fijo. Los de abajo dispararon directamente al alcalde y a su esposa que estaban cenando, matándolos en el acto e hiriendo gravemente a una hermana de ésta medio paralítica y demente. Todos los atacantes desaparecieron en los montes sin dejar rastro de su crimen.

Hazañas como ésta podrían relatarse muchas. Y así, entre los pueblos de Ejulve y Pitarque, ambos de Teruel, acordaron un atentado contra el coche de línea de Alcorisa a Cantavieja, para lo cual atravesaron troncos en la carretera, que obligaron al coche a detenerse. Pero allí viajaban una pareja de la Guardia Civil, que le daba escolta, y que, en cumplimiento de su deber, repelió la agresión, pero no pudo impedir que fuera capturado don Antonio Pérez Escorihuela, teniente alcalde de Villarluengo que, minutos después del asalto, llegaba en su coche particular. Fue llevado al monte y sobre él dispararon los bandoleros, abandonándole en suelo, después del último tiro en la cabeza. Afortunadamente, no había muerto, aunque si padecía lesiones muy graves, e incluso un ojo le había saltado, al salir la bala por el mismo. Muy mal herido, ciego, desorientado por no conocer el terreno, corrió de una a otra parte, sin saber donde se encontraba, y tuvo la fortuna de hallar a una patrulla de fuerza que daba batida en busca de bandoleros. Al oírse llamar por su nombre, confundió a los que le gritaban, y trató de huir, pero como había sido reconocido, fue alcanzado y le condujeron urgentemente al poblado más cercano, para recibir cura de urgencia, y desde allí, fue trasladado a Zaragoza. Convenientemente tratado, tuvo la fortuna de salvar la vida^[21].

Costilleo no quedaba al margen de estos episodios. Al anochecer de un domingo, cuando don Jesús cenaba placidamente, después de su día de trabajo, junto a su hermana y sobrina, un par de golpes súbitos sonaron en la puerta. Hecho el preceptivo ¿quién es?, se repitió la llamada sin pronunciar palabra alguna.

—Palmirica, súbete al granero —mandó rápido el cura— y tú, Palmira, retira el plato y cubiertos de la chica, y siéntate a la mesa como si nada fuese contigo —luego haciendo ruido con la silla como si la retirase pesadamente chilló—. ¡Ya va, calma, ya va!

Al abrir la puerta se encontró con dos desconocidos, sucios, desastrados y malcarados que entraron precipitadamente mientras murmuraban.

—Ya te dije que era la casa del cura.

—¿Podemos pasar? —preguntó uno de ellos cuando ya estaban dentro y habían cerrado la puerta.

—Naturalmente, hijos míos. Esta es la casa de cualquier necesitado —contestó el sacerdote dando cuenta de que se percataba del caso.

—Nunca había visto a mi papá con faldas —se descaró el más adusto.

—¡Cállate, Pastor! No estamos para bromas —y dirigiéndose a don Jesús aclaró—. No le tenga en cuenta, mosén, venimos de mucho tajo. ¿Podemos comer algo? —

pareció darse cuenta por primera vez de la presencia de Palmira—. Buenas noches, señora.

—Naturalmente, hijos, naturalmente. Sentaos a la mesa que mi hermana os servirá lo que quede de olla.

Patatas, algo de chorizo, judías, garbanzos, más patatas y unos buenos trozos de cerdo resultó un festín inesperado para los dos guerrilleros. Mientras comían con avidez y echaban algunos tragos de buen vino, Palmira permanecía apartada sentada junto a la puerta de la cocina como expectante servidora, rezando para que su hija no hiciese el menor ruido que pudiese delatar su presencia. Don Jesús, en una silla de enea junto a sus comensales, trataba de tranquilizarlos animándoles a repostar fuerzas.

—Comed, hijos, comed; que el hambre es siempre mala consejera.

—No todos sus feligreses podrán darse este tipo de panzadas, ¿eh?, señor cura —espetó desagradecido el llamado Pastor.

—Pues, no. Es verdad. Nosotros recibimos del vecindario mucho más de lo que nos merecemos e incluso necesitamos. La mayor parte la repartimos.

—La reparten... ¿o la venden?

—La damos, hombre. ¿Para qué queremos el dinero?

—Y nosotros, ¿también podemos entrar en el reparto?

—Naturalmente. Lo necesitáis tanto o más que los del pueblo.

—Mosén —interrumpió el que parecía mandar en el dúo—, ¿puede darnos algo de dinero?

—Muy poco, hijo. En eso no somos muy pudientes.

—Pero en la iglesia habrá mucho —arreció el malcarado.

—¿Mucho? ¡Ay, hijo mío, qué poco sabes de la Iglesia! —sonrió tristón el párroco.

—Lo que sé es que hay portacirios, cruces, copas y más cosas que valen mucho.

—Bastante menos de lo que crees —aseveró el cura— y, además, ¿qué ibas a hacer con ellos? ¿Piensas que alguien te los compraría? Y si lo hiciera, dejarías una pista que podría costarte la vida.

—Pues en las huchas habrá dinero.

—Todo para ti —esta vez rió el párroco con ganas—. Es para los necesitados.

—¡Déjate de chuladas y danos la llave!

—De eso nada —respondió el sacerdote con bravura—. Si quieres ir a la casa de Dios, incluso para llevarte las pocas perras que hayan, yo te acompaño.

—¡Basta de comadreo! ¡Las llaves, cura! —chilló el otro.

—Si hemos de ir a la iglesia, nos vamos los tres —atajó potestativo el presbítero.

—¿Qué te parecen los humos del curita, Fermín?

—Acordes con sus funciones. Debe haber oído muchas confesiones de viejas deseosas —zahirió mirando provocativamente a Palmira—. Dejadme acabar de cenar y os acompaño.

Cumplida la ordenanza, los tres hombres marcharon hacia la iglesia. Don Jesús abrió el portalón con la inmensa llave y cedió el paso a sus acompañantes. Como si un sacrosanto impedimento físico prohibiese la entrada, ninguno de los dos maquis se atrevió a traspasarla. El cura queriendo restar importancia a las interioridades de conciencia, cruzó el umbral y tomando agua de la benditera, la ofreció a los dos hombres que no supieron qué hacer. Entraron despacio, como no queriendo romper el silencio del templo y cerraron cuidadosamente la puerta. Mientras el sacerdote encendía un par de velas, como si de un vesánico satanismo se tratara, Fermín y el Pastor enloquecieron abriendo los cepillos con las navajas. El botín resultó ser de dos pesetas con quince céntimos; recaudación íntegra en el mes. Fermín hizo ademán de realizar el sacrílego acto de lanzarlas contra el Sagrario, pero lo pensó mejor, o acaso sintió miedo, y se las guardó en el bolsillo. Verdaderamente no había nada de valor que llevarse. A todo caso, el Cristo del Altar Mayor, pero cualquiera carga con él.

Volvieron a la casa. Palmira permanecía en la misma posición que la dejaron; la mesa quedaba igualmente servida, la olla de barro, el pan, un trozo de queso, el porrón y unos higos secos.

—Podremos dormir tranquilos, ¿no?

—Por nuestra parte desde luego —respondió el cura— pero a las cinco de la mañana ya salen los pastores y algún vecino con el mulo.

—Y usted... No dirá nada de nuestra presencia, ¿verdad?

—Pues mira, sí —contestó sereno don Jesús.

—¿Qué dices? —el Pastor cogió la escopeta furioso.

—¡Estate quieto, animal! —cortó tajante el otro—. ¡Déjale que se explique!

—Sabrán, de todas formas, que habéis estado aquí —razonó el cura—. Puede haberos visto alguien en el pueblo. Y si hay duda, el cimporrio que habéis hecho con los cepillos habrá que explicarlo o suponerlo acertadamente. *Ergo* —concluyó el párroco—, con mi silencio sólo conseguís ponerme en un aprieto, que es lo de menos, o hacer más difícil que os ayude otra vez, que es lo de más.

—Tiene razón el cura —habló el Fermín tras un largo tiempo de silencio—. Además es mejor que nos marchemos ahora. Ya descansaremos en otro lugar. Tú —se dirigió a la mujer— ponnos algo de comida en el macuto y vino en algún casco. Y usted, avisado párroco, espero que nos de tiempo de desaparecer, ¿eh?

—Naturalmente hijo mío. Os daré tiempo. ¿Qué os parecen cuatro horitas?

—¿Pecará mintiendo por nosotros, reverendo? —apostilló el maqui.

—En todo caso venialmente. Todo es cuestión de restricción mental.

—¿De qué?

—De nada. Como si fueran trampillas de cartas —explicó el mosén, matizando—. Cuando no se juega con chavos, claro.

Pasa poco tiempo de la media noche, el pueblo se oculta bajo un cielo sin estrellas, calles sin luz y casas cerradas. La *pareja* de ronda hace horas que salió de servicio; ya han vuelto los del ganado, y los hombres con los aperos de trabajo.

Solamente el sereno vocea las horas y el tiempo. Dentro de treinta minutos lo cantará en la era del Pobre y luego descenderá por la calle de las Parras, pasará por la del solano y esperará otra media hora para vocear cerca del portal de los Martín. Durante ese lapso de tiempo deberán los guerrilleros salir de la casa, cruzar la plaza de la iglesia, seguir por el huerto del cura y perderse entre las montañas. Ese será el camino que don Jesús declarará sin mentir a los guardias, lo cual no quiere decir de ninguna forma que sea el que verdaderamente han tomado los escapados.

Doña Palmira, que no debe haber despegado más de diez palabras, prepara ciertamente con esmero el hatillo de los maquis. «Que tu mano izquierda no sepa lo que da la derecha», reza la buena mujer, acompañándose de algunas letanías y repitiéndose conmovida: «Haz el bien y no mires a quién». Dos buenas hogazas, dos generosos trozos de queso y jamón, unos hermosos tomates, un poco de sal y dos botellas de vino. No está nada mal el avío. Los guerrilleros se despiden, don Jesús les echa la bendición y, extrañamente, entre confuso y avergonzado, el criminal de Gadur, el descreído y cruel Fermín hace ademán de besarle la mano. Se interrumpe orgulloso y mira los emocionados ojos del cura, baja los suyos inmediatamente, y pronuncia un susurrante y dificultoso *salud* mientras desaparece por la puerta seguido del Pastor.

Sobre las seis de la mañana don Jesús se presenta en la casa-cuartel. El teniente lo recibe educadamente y presta gran atención a lo que se le informa, aunque sin demostrar excesiva sorpresa. Eran dos hombres, armados sí, aunque el eclesiástico no entendía de armas, lo cual era verdad; llegaron cuando habían terminado de cenar, lo cual podía sugerir que estaban ya reposando el condumio; no miró la hora en que salieron de la iglesia pero el tiempo se le hizo interminable, lo que también era verdad; doña Palmira no tenía ni idea de cuando se marcharon aunque se le hizo larguísima la permanencia en la casa, algo totalmente cierto; y en cuanto a Palmirica podría jurar que habían estado un día entero, lo que tampoco se oponía a su impresión de zozobra. El aspecto de los forajidos se resumía en que eran varones, de edad media, morenos, curtidos, sucios y de estatura normal. Toda una descripción definitiva, sin la más mínima falsedad. En resumidas cuentas, el perspicaz oficial se percató que la descripción no rebasaba la antropometría del paisanaje y que igual podían hacer unas horas que habían abandonado la casa del cura, como apenas cinco minutos.

Salen del cuartel y, mientras madre e hija marchan a casa, don Jesús gesticula dando a entender que prefiere caminar un tiempo por los senderos de la zona. Pasa por el huerto del cura, se detiene unos instantes, cabecea sintiendo recuerdos y sigue la leve cuesta que le lleva hacia la derruida masía de los Pérez Gil, *perejil* para los paisanos. Unos torcaces producen cierto bullicio al huir espantados de las ruinosas piedras. Los restos del viejo caserío se encajan entre matorrales, carrascas y cantos derruidos. Don Jesús se sienta sobre una especie de sillar que simula un esculpido trono alisado por los años. Observa el lejano contorno de las imponentes masas de

roca que se asientan sobre las verde parduscas laderas en cuyas faldas desembocan los barrancos que drenan el terreno.

Ya no se recrea con la memoria de su niñez, sino que se aflige imaginando dolores que nadie parece querer atajar. Conoce a más de un maqui que le sirvieron de monaguillo antes de encontrar al bueno de Sacristán, aquel que ayudaba a misa como los ángeles a pesar de su pregonado ateísmo. Dios lo tendrá en gloria, seguro, como al cabezota del Cristino y al infeliz Ismael. Seguro que estarán todos juntos aunque, eso sí, sólo debe guardárselo para él, ¿quién entendería la comprensión y misericordia divina? ¡Ah! Si tuviéramos que ser juzgados por nuestros semejantes, ¿nos salvaríamos alguien? Lo cual no quiere decir que todos vayamos al cielo ¡No! ¡Todos no! Pero por lo menos todos los que él conocía, con sus defectos y hasta pecados, no tenía duda de que andarían por allá arriba. Bueno, a lo mejor alguno todavía estaba en el purgatorio. El mosén se persignó y rezó unos padrenuestros por sus almas. Como suele ocurrir en los momentos de excesiva sobrecarga psíquica, las neuronas cerebrales se disputan las conexiones nerviosas entrecruzándose confusamente en un magma de estallidos sensitivos. La mayoría de las veces aciertan el engarce pero en ocasiones, como fugaces chispazos, chirrían en su encontronazo y salta una respuesta aparentemente extraña al estímulo. Don Jesús pasó de la oración al enfado, del dolor a la indiferencia, de la bondad a la malicia y a la nobleza pasando por la intolerancia. ¡Señor, quítame de encima al maligno! Pidió perdón al Altísimo y encontró la paz.

Don José María Pecharromán, teniente de la Guardia Civil y jefe de línea, no estaba dispuesto a que los bandoleros campasen por sus respetos en los sectores asignados a su custodia. Temía también, justo es reconocerlo, que al general Pizarro se le acabase su poca paciencia y le enviase, no solamente un *bocinazo* sino alguna papela motorizada. Reconocía que, a veces, se pasaba de condescendiente aunque nunca saltándose la consigna de *El honor es mi divisa*. El maquis, al parecer exterminado en algunas partes de España, parecía cobrar auge en la que estaba a su cargo. El oficial tenía desplegado sobre su mesa el plano con el subrayado de su línea en rojo. Cuatro sectores, tres pueblos y nueve aldeas, además de unas catorce masías y otros tantos corrales. Los montes de Peña Blanca, Santa Bárbara, el Morrón y Puntarrón configuraban los puntos geodésicos más altos de su territorio. Seis grandes barrancos y más de diez barrancadas entraban bajo su supervisión.

—¿Da su permiso, mi teniente? —el suave golpeteo de la puerta y la conocida voz del cabo le saca de su ensimismamiento.

—Adelante Justino. ¿Qué novedades traes?

—A sus órdenes, mi teniente —saluda el guardia—. Un parte de la comandancia —entrega el papel, y se queda firme.

—Toma asiento, Justino. A ver qué nos dicen.

Pecharromán lee detenidamente el radiotelegrama, lo deja sobre la mesa y posa la mirada perdida durante un rato de silencio. El cabo permanece callado, sentado educadamente sin apoyar la espalda en el sillón y aparta dos moscas que,

impertinentes, molestan a su jefe.

—Se equivocan —son sus primeras palabras.

—Totalmente —comenta el subalterno y apostilla—. Con todo respeto, mi teniente.

—Estos del Estado Mayor, son muy inteligentes sobre el papel, pero no conocen bien el monte.

—Una cosa es patear la sierra y otra muy distinta verla con líneas.

—Las curvas de nivel no entienden de política, ni siquiera de sentimientos.

—Cercar las catorce masías es prácticamente imposible —comentó el subalterno.

—No es eso lo peor.

—¿Pues qué es, mi teniente?

—Que resultaría una masacre. Con los masoveros metidos en los caseríos, sería terrible la matanza.

—Hay que contar con que saldrían huyendo.

—Si los cercamos, no. Acuérdate del fuego cuando les tapamos la salida.

—Muchos se refugiaron en los mases.

—Y el resultado ya lo conoces.

—Sí, mi teniente.

El oficial cogió su gorra de montaña, se ajustó el correa, revisó la pistola del 9 largo que llevaba cargada, abrió la puerta que comunicaba el despacho con su vivienda y habló con su mujer. Luego ordenó al cabo.

—Prepara los caballos, coge el *naranjero* y acompáñame al monte.

Salen al paso con cabalgaduras frescas, sanas y limpias que agitan alegres la cabeza agradeciendo el contacto con esa naturaleza saturada de aromas, de hierbas olorosas que envuelven el aire puro y fino de la montaña. Siguen una carretera de tierra, salpicada a tramos de piedras sueltas que los caballos sortean con ese inexplicable instinto. A lo lejos se divisan las cumbres de la sierra, con tres cimas medio superpuestas que se coronan con imponentes paredes verticales de rocas, que bien alcanzan los cincuenta metros. En las tierras altas donde asientan los farallones y en las umbrías predomina el pino albar, y en las cotas medias y bajas, junto a sustratos silíceos y en las solanas, se entremezcla el pino negral y el rodeno. Del sendero que recorren a caballo, surge de improviso, sorprendiendo a los jinetes un enorme buitre común, la leonada rapaz que, entretenida en su depredación, deja su alimento para alejarse enrabiada y majestuosa hacia la buitrera. Aflojan la macha para bajar al final de un barranco donde se encajona el río. Desmontan de sus cabalgaduras y las dejan beber agradecidas en las limpias aguas de rebrotan sobre las rocas. Oficial y cabo se tumban sobre la fresca hierba que contornea el caudal, Pecharromán ofrece su petaca y papelillo al subordinado para liarse un cigarrillo. Prenden la yesca y succionan con fruición el áspero tabaco.

—¿Qué te parece el lugar?

—Perfecto para la espera, mi teniente.

—Obligada salida de las tres masadas que se alinean en la bajada.

—Mucho mejor, desalojarlos y hacer aquí el apostadero.

—Por lo menos separaríamos a los masoveros.

—O serían tan imbéciles —completó el cabo— que huirían con ellos como los de Mas Cirilo.

—No creo que estén ahora las cosas como antes.

Después de una pausa más larga de lo corriente, el teniente se incorporó para sentarse sobre una amplia roca. El subalterno se levantó presto. No iba a permanecer tumbado mientras su jefe estaba sentado.

—Dime Justino, ¿y tú que piensas de los maquis?

—Que son rojos, mi teniente —contestó sin dudar.

—¿Todos?

—Todos, mi teniente. Bueno —dudó tristón— menos muchos medieros que los ayudan por miedo.

—¿Y qué harías con ellos?

—Lo que me manden, mi teniente.

—¿Nunca pensarías que podrán tener, padres, mujeres, hijos...?

—También yo tenía familia. A mis padres los fusilaron y a mi hermano mayor, con 26 años y cura del pueblo, lo mataron a pedradas.

No hacían falta más palabras. Permanecieron callados unos instantes y el teniente ordenó.

—¡Vamos! Quiero ver algunas cosas.

Trotan entre hierbas, tierra y meandros sobre los que discurre un frescor cristalino que al acodarse sobre unas losas se amplía formando un embalse, hogar de barbos y hasta de algún que otro cangrejo agarrado a las peñas. Un vientecillo suave y vivaz ondea levemente las aguas del natural remanso y se escucha sobre los espesos chopos los gorjeos de jilgueros, gafarrones, cardelinas y verderones. Entre álamos, encinas y pinos se forman artísticos pasillos, bellas rinconadas y recoletos espacios sombríos en los que los dos guardias civiles parecen formar parte del paisaje. La húmeda y viviente rambla se une inesperadamente a un seco barranco que desciende desde uno de los vértices geodésicos de primer orden que segueteen el horizonte. Al fondo los imponentes paredones de perpendicularidad sobrecogedora conforman aristas que parecen taponar el cielo rematado de blancas nubes. Surcando las verticales paredes donde las matas parecen agarrarse al vacío, confluyen estrechas angosturas dibujando constreñidos corredores de imposible acceso. En toda la amplitud del imponente macizo, de uno a otro lado y de arriba a abajo, se hilvanan verducas grietas formadas por superpuestas y delgadas láminas de roca que cobijan rapaces de majestuoso y engreído planeo. El teniente se detiene y espera que Justino le llegue al paso.

—Sigue templado que nos están vigilando.

—¿Desde dónde?, mi teniente —murmura el cabo sin mover la cabeza.

—No lo sé exactamente, pero con toda seguridad desde un rincón del macizo.

—Por aquí no se ha sabido nunca, ni siquiera de un merodeo del maquis.

—Precisamente, Justino —deja caer el oficial—. Trotemos un poco.

Un leve golpeo en los ijares, más caricia que quebranto, y las cabalgaduras contestan el ritmo pedido. Se ahoga el sonido de los cascos en un terreno arcilloso, mezcla de barro y mantillo; toman en diagonal una senda que zigzaguea subiendo una loma para descender suavemente, casi de forma imperceptible durante un largo recorrido que los conduce a un valle. Acaso no se aleje del farallón más de quinientos metros en línea recta, pero ya no quedan restos de las bravías rocas, ni de la frescura del riachuelo que ha muerto en el embalse. Todo el paisaje cercano queda sombreado por hermosos pinares de esbeltos árboles piñoneros por los que brincan, de vez en cuando, ágiles ardillas que desmenuzan entre sus pequeñas patas delanteras las abiertas piñas. El valle se angosta penetrando en un impresionante desfiladero de unos cien metros de longitud que acaba en unas divergentes laderas cuajadas de pinos, matojos y desarrolladas encinas. Disminuyen el trote y marchan al paso por una pequeña senda que se adentra en el pinar. Se detienen contemplando los aislados muñones de lo que, según la leyenda, correspondieron al basamento del pabellón de caza de uno de los señores feudales, renombrado vasallo de Santa María. Un lagarto se desliza entre los restos del muro, el caballo del teniente abate la cabeza y suena un disparo, seco, único, que rebota en una especie de pilar a la altura de la cabeza del oficial. El instintivo movimiento de la bestia le salvó la vida. Saltan bruscamente al suelo los dos guardas civiles, Pecharromán se pega al terreno protegiéndose con un resto de zócalo derruido, mientras el cabo reptaba en diagonal, metralleta en posición de disparo, intentando calcular la localización del tirador. Segundos, minutos eternos de silencio, ni siquiera los sonidos acompañantes del monte se dejan notar. De pronto el rasgado tableteo de un arma automática vuelve a preludiar una inmensa soledad. El teniente da una voz a su subordinado que responde con otra anunciando su cercana presencia. Se juntan sentándose al abrigo de las rocas.

—Sólo era uno, mi teniente. Le he dado pero se me ha escapado, con toda seguridad herido.

—¿Has visto restos de sangre?

—Un trozo de manga de camisa con la que pudo hacerse un torniquete.

—¿Y del hombre?

—Nada. La pronunciada pendiente de la loma cuajada de hierbajos y monte bajo ha facilitado la huida.

—Un centinela avanzado. No hay duda.

—No suelen atacar a la fuerza en su misión de vigilancia.

—No. A no ser que se cumplan los dos requisitos indispensables.

—Objetivo rentable y seguro.

—Exacto —corroboró el teniente.

—La rentabilidad de un oficial de la Benemérita es más que deseada. Y en cuanto a la seguridad de la diana —cabeceó Justino—, muy cerca debía estar para atreverse a

disparar.

—Y tanto. El chasquido del cerrojo hasta me pareció oírlo. No era mi hora.

—De igual forma se salvó el Generalísimo en la guerra de África.

—Sí, eso dicen —el teniente dirigió los prismáticos hacia la masa rocosa—. Estamos lejos del farallón, pero esto confirma mi suposición.

—Allí es imposible batirles —señaló el cabo.

—Y hasta desalojarlos. Pero si supiéramos dónde se esconden, les haríamos la espera. Tienen que salir alguna vez.

—Y hacerlo por esta parte. El otro lado del murallón es igual o más empinado que este, y no tiene ninguna rasgadura de bajada.

—Después de lo de hoy, es casi seguro que no vuelven a este sitio. Buena le espera al que ha fallado. Me consta que tienen prohibición expresa de buscar refriega cuando están de vigilancia.

—Le han cegado la proximidad y sus dos estrellas —mi teniente.

Van hacia los caballos que, acostumbrados, han permanecido quietos, como trabados por los sonidos de los disparos, y resoplan con un bufido extrañamente alegre al ser montados. Salen del pinar y toman el trote, no es cuestión de tentar al destino, saliendo al aplome de la ladera por donde marcha un camino forestal que puede permitir a ratos una buena galopada. Llegan a un punto donde la pista se bifurca en dos desiguales calzadas. La más estrecha, por la que apenas cabe una carreta conduce a la masía de Los Pedros, pasando por los corrales del Zorro y perdiéndose en el caserío del Selvar. La más grande, de sus buenos dos metros de anchura termina en Costilleo pasando por el huerto del cura. A la llegada al cuartel, tras aconsejar el teniente que no se dijera nada a las mujeres, el radiotelegrafista transmite el parte a la Comandancia General.

La marcada inflexión en la lucha acontecida tras el incendio del monte, pareció provocar un fenómeno de rebote que volvió a instaurar el pánico no solamente entre los pequeños terratenientes de la zona, sino en todo el campesinado.

El ajusticiamiento de un cazador por medio de una puñalada en el cuello, acusado de delatar la presencia de una partida fue seguida de la detención de tres peones considerados como enlaces, a los que se les aplicó la ley de fugas.

La feria anual de Cedrillas (Teruel), a la que solían acudir numerosos tratantes de ganado y en la que se manejaba bastante dinero tuvo este año su historia. Aunque el campesino guardaba toda clase de precauciones, es obvio que resultaba un buen objetivo para el maquis. La pista que enlazaba el pueblo con el de Cabra y Mora de Rubielos recorría un paisaje agreste, de fuerte pinar, serpenteado de trazo en trazo por un río de pujantes especies que ornamentaban sus riberas. Pero a la belleza de la imagen adornada por el rumor del agua y los abruptos murallones de roca, el viandante añade la angustia de la soledad, la indefensión y el temor.

Un grupo de siete tratantes es asaltado por una partida que les conmina a entregarles el dinero. Mientras los asustados comerciantes intentan vanamente

explicar sus penurias, irrumpe una fuerte voz de mando acompañada de un tableteo de fusil ametrallador. La Guardia Civil que hacía la espera, abate a cuatro maquis y, accidentalmente, a uno de los campesinos.

En el mismo término de Mora de Rubielos, y al parecer por el grupo del Ramiro exigen al dueño de una masada 20 000 pesetas que, valientemente les negó. Como represalia le mataron cuatro mulas y un gorrino, llevándose abundantes víveres en una caballería. El jefe de línea respondió deteniendo a seis campesinos acusados de apoyar al maquis, obligándoles a abandonar el pueblo con sus familias. La muerte de dos enlaces, fue seguida del incendio de una hacienda de derechas con todo el ganado dentro.

Uno de los últimos episodios del año sucedió cuando tres guardias que recorrían la sierra, detectaron a lo lejos la presencia de un supuesto maqui en actitud de vigilancia. Realizaron un rodeo de aproximación, pero fueron avistados por el centinela que corrió dando la voz de alarma. Un grupo de guerrilleros salió de su escondrijo desparramándose por la sierra como era la norma para dividir a la fuerza. Los tres civiles persiguieron a la cuadrilla más numerosa, formada por cuatro hombres que se dirigían hacia un caserío con el supuesto propósito de hacerse fuertes, alcanzando a dos de ellos que corrían rezagados. Uno de ellos cayó muerto en el acto por la ráfaga del *naranjero*; el otro resultó ser una mujer, vestida de hombre, que fue hecha prisionera^[22].

En una de las rutinarias caminatas de la Guardia Civil de Costilleo la *pareja* se percató de una columna de humo que salía de unos peñascos de «Rocamora». La insólita hora, mediodía, chocaba con las precauciones que solían tener los guerrilleros, pero lo abrupto del lugar hacía sospechar su presencia. Este tipo de errores se prodigó, aunque parezca extraño, más de la cuenta entre las partidas. De regreso al cuartel comunicaron la novedad al jefe de línea que mandó con ellos a Justino y dos guardias más a inspeccionar el lugar.

—El campamento lo tienen en las peñas de Rocamora, mi teniente —informó el cabo a su regreso—, y el punto de apoyo Mas la Mora.

—¿Cuántos crees que pueden ser?

—No tengo ni idea, mi teniente, pero por los dos sacos que llevaban parecía que abundaba la comida.

—¿Sabes exactamente la entrada?

—Casi con seguridad. Pedro, que estaba cerca cree que puede indicar el agujero.

—¿Es difícil el acceso?

—No mucho. El terreno es empinado y de aliagas pero casi todo de monte bajo hasta llegar a la roca.

—¿Pueden tener alguna otra salida?

—Lo ignoro, mi teniente, pero no creo que sean tan estúpidos como para no tenerla.

—Bastante lo fueron haciendo fuego de día.

—Cierto, pero eso puede ser un pronto y la previsión de la escapada suele pensarse detenidamente.

—Prepara a los guardias.

Sobre las diez de la noche, cuando Costilleo apenas se alumbraba por las tres farolas que lo envolvían en el misterio, Pecharromán, Justino y seis números recorrían silenciosos el camino que debería llevarlos al encontronazo. El teniente había comunicado a sus superiores las novedades, pidiendo permiso para actuar, y obtenido la informativa respuesta.

De Comandancia a Jefe de Línea:

Admitida propuesta. Posible partida Ramiro. Alrededor diez hombres. Esperamos novedades. Éxito.

Uno de los ciclostilos guerrilleros describiría, más tarde, así el asalto.

En la madrugada del 26 de octubre un numeroso grupo de criminales guardias civiles junto a varios asesinos y opresores falangistas entraron a sangre y fuego en el campamento de Rocamora. Un traidor, que fue muerto por sus propios compañeros en el tiroteo, fue el causante del asalto al encontrarse precisamente de guardia y no dar la voz de alarma. Nuestros guerrilleros se defendieron bravamente provocando la huida de los atacantes. En la cobarde encerrona murieron heroicamente Albañil y Mulero, siendo detenido Casto y asesinado posteriormente aplicándole la ley de fugas. Entre los cuatro guardias muertos se encontraba el sargento que los mandaba. ¡Por nuestros héroes asesinados, muera Franco!

El parte de la Guardia Civil rezaba:

A las 4 horas del veintiséis del corriente, el teniente que subscribe junto con un cabo y seis números toma al asalto el campamento Rocamora. Tras fuerte tiroteo, mueren los bandoleros: Eusebio Torralba, a. Mulero, Bernabé Moreno Carro, a. Albañil y Teodoro Juan Ríos a. Casto. Huyen los restantes, entre los que parece encontrarse una mujer. Confirmada partida Ramiro. Se ocupa propaganda, víveres, armas, municiones y máquina de escribir. Ninguna baja en la fuerza.

La mayoría del campesinado de la sierra se decantaba hacia las ideas conservadoras y religiosas de la época, sin que faltasen, por supuesto, opiniones contrarias y un reducido número de indiferentes. Años más tarde, José Javier Esparza, escribirá sobre una memoria histórica que oculta no solamente los ajusticiamientos realizados entre los mismos maquis sino, los centenares de comunistas asesinados por su propio Partido, acusados de trotskistas, agentes del capitalismo o aborrecidos titistas.

22. Omisión de socorro.

Preludio de un romance.

Un hombre caminaba por la carretera sintiendo la caricia fresca y agradable de la mañana. Había abandonado voluntariamente el autobús en el cruce de las masadas dispuesto a recorrer la pista precisamente para embriagarse con los todavía tenues vientos de la montaña. Revivía con añoranza tiempos pasados al abrigo de las rocas que perfilaban los canchales de la sierra. Saboreaba el contraste de verdes, pardos y sucio amarillo todavía impregnados del rocío matutino. El camino se adentra acercándose a las incipientes lomas que anteceden al pinar.

A la vuelta de una curva divisa un rebaño lanar con su pastor apoyado de forma inverosímil sobre el cayado, mientras dos perros cuidan que no se desmanden las ovejas. Está lejos, imposible de distinguir sus rasgos, ni siquiera su figura que aparece deformada en retorcida posición. Pero el caminante sabe muy bien que es el tío Evaristo. Casi treinta años escuchando el sonido del viento, soportando el calor abrasador y el azote irresistible del frío. Toda una existencia en la sierra, entre pinares, frondas y secanos. Una vida entera en el monte, como su padre, igual que su abuelo, idéntica a todos sus antepasados de los que tenía noticias. Y aunque no lo atisba, está seguro que calzará albarcas de cinta y goma, calcetines de lana, antiguamente blancos, gorra de visera y chaqueta oscura con una manta plegada al hombro. Uno de los cánidos azuca con sus ladridos a dos de las ovejas que se apartaban de la grey y que rápidamente regresan a refugiarse en el rebaño.

El andariego se detiene como saboreando el lejano concierto de campanillas y balidos que le llegan saturados de la fragancia de la sierra. Unos cuantos metros más, y de pronto surge el pueblo tras el pequeño montículo del Chirimito, aquel de donde lanzan cohetes para librar las tormentas. Esta vez, al detenerse, se sienta sobre un mojón que apenas se separa un tiro de piedra de las primeras casas. Casas que, en realidad, son corrales medio derruidos pero que todavía sirven para apartar el ganado. Se desprende de la pesada mochila y enjuaga la boca con un trago de su cantimplora, agua todavía fresca que recogió de la fuente del anterior poblado. Inclina unos instantes la cabeza, mirando, sin ver, la pedregosa tierra como buscando ánimo para dirigir la mirada hacia los hogares que imagina saturados de vida. Se extraña así

mismo al comprobar que sus primeros pensamientos son para su tío, el impetuoso Cristino, y para Ismael, el amigo que buscó la muerte y para Sacristán, hilando obligatoriamente con don Jesús y Palmirica. Sólo entonces, cuando afloran los sentimientos más íntimos cargados de amor y ternura detiene su mente en su madre y siente que la ve aproximarse como tantas veces de niño, con los brazos abiertos y los labios rebosantes de besos.

No sabe el tiempo que permaneció recorriendo las quimeras de un reciente pasado. Una ronca voz de saludo lo sacó de su ensimismamiento. El paso de un labriego, sentado a mujeriegas sobre un burro le volvió a la realidad. Dejó que se alejase unos metros, y cogiendo nuevamente la mochila caminó en dirección contraria acercándose al pueblo. Desde la última vez que marchó hacia la capital, para el curso de ascenso a sargento había dejado arrendada su casa a unos que le cuidaban la cosecha; matrimonio de cierta edad que habían perdido a su hijo en la guerra civil. El agricultor, antiguo requeté que asistió orgulloso al alistamiento de su unigénito en el banderín de enganche de las brigadas navarras, había perdido bizarría, arrogancia y valor sin mermar un ápice el orgullo de un ancestro actualmente alejado en el tiempo y en el espacio. Francisco Valdés Marín volvía a su pueblo con los bien ganados galones y quince días de permiso antes de conocer su nuevo destino. No era necesario quedarse en la casa del párroco, ni hacía falta hospedarse en el cuartel; tenía su propia vivienda sin la tristeza de la soledad y con la cálida compañía de los aparceros.

Al llegar a la fuente, abrevadero, pilón, estanque y lavadero reunidos, se sintió por primera vez solitario en el camino. El bisbiseo continuo del surtidor no recordaba haberlo visto sin compañía. También era cierto que jamás se había acercado a horas tan extrañas. Extrañas por las costumbres, que no por intempestivas. Vació, sin hacer falta, su cantimplora y volvió a llenarla dejando resbalar el preciado líquido sobre sus manos. No sabía por qué había realizado esa acción, tendría agua más que suficiente en los cántaros de cualquier casa a la que arribase, igual de limpia, igual de fresca pero no directamente del herrumbroso y sobresaliente chorro del manantial. Sí, algo tenía la fuente de la entrada del pueblo que tanto servía para el chismorreo de las mujeres, como para el inicio del galanteo, como para el indispensable mantenimiento de la vida de personas y animales. Mete la mano en el pilón con el infantil deseo de coger algún renacuajo de los que negrean la piedra. Repite la acción una y otra vez y consigue, al final agarrar uno de los más gordos que se rebrinca en la mano ahogándose en el aire. Lo suelta pusilánime al comprender que le está quitando la vida. ¡Sólo Dios sabe el contraste de sentimientos que se pueden dar en un servidor de la Benemérita!

Del recodo donde empiezan las casas, justo al doblar los corrales, se aproxima una figura femenina, moza por sus ligeros andares, botijo en ristre y sombrero de paja y ala ancha colgado al cuello. Algo siente Paco en el pecho que le hace levantarse. Unos pasos más y acepta que el deseo le ha hecho imaginar ilusiones. No es

Palmirica, ni joven, más bien cuarentona aunque espigada; en realidad ni siquiera la conoce. Disimulando su actitud, y una vez ya puesto en pie, camina hacia ella como si continuase su andadura. Se cruzan y, como es preceptivo, se dan los buenos días. Ella, curiosa, vuelve la cabeza mientras marcha hacia la fuente. Él se muestra impertérrito, más estirado que antes, como queriendo mostrar desde el principio unos títulos que no están a la vista. Al pasar los apriscos, sin mediar visión alguna, de pronto, bruscamente, como si de un trallazo de arcabuz se tratase un vozarrón le sorprende.

—¡Paquito! ¡Paco! —corrige—. ¿Qué haces tú por aquí?

Se trata del cartero, que viene de recoger el primer correo de la mañana. Un buen servidor, activo, enraizado en su tierra, conocedor de toda una vida matizada de recuerdos, recuerdos que ya no enturbian sus sueños y que le han hecho feliz conformándose con su destino. Lo abraza impulsivo provocando la salida de la saca de las dos únicas cartas que transporta, quedando en el fondo, por su mayor peso, solamente un sobre del municipio.

—¡Pero, Paco! —sigue impresionado el hombre—. ¡Te hacíamos en la capital haciendo el curso de jefazo!

El muchacho contesta el abrazo con emoción. Recuerda de toda la vida al bueno del repartidor, siempre tempranero, puntual por el correo, contando con que el autobús tenía que enlazar con el tren; llevar la correspondencia y recoger la que había que repartir y luego, cumplida la misión, acercarse al campo, a regar, cavar, roturar, lo que fuera.

—¡Cuenta, hombre, cuenta! ¡Que tengo que sorprender al del pregón con novedades! —reconoce sin ambages el rústico.

—Pues, bien —responde Paco sin saber qué decir—. Como siempre.

—Pero ¿cómo que como siempre, chaval, si tú siempre has estado en el pueblo?

—Quiero decir que... normal. Eso, normal —contesta torpón—. ¿Y por aquí?

—¡Ay por aquí! ¡Por aquí mucho, pero que mucho!

—Pero mucho ¿de qué? —el joven llega a impacientarse—. ¿Bueno o malo?

—De todo, hijo de todo —contesta haciéndose el interesante, para no ser menos que el muchacho—. Más de lo segundo que de lo primero.

—¿Más de lo malo? —interroga ya seriamente preocupado Paco.

—Sí, mucho más. Pero tranquilo —el patán no tenía nada de tonto, no en balde se aseguraba en el pueblo que adivinaba el sexo que traerían las preñadas con sólo ver la forma de la tripa—. Tu Palmirica bien, muy bien ¿comprendes? Sin ofender, ¿eh? Pero de lo otro muy mal.

—¿Qué es eso de lo otro?

—De los maquis —susurró haciéndose todavía más misterioso—. Muertos, palizas, detenciones, más muertos. Hasta quema de montes, pajares y ganado.

—Muertos ¿de qué parte?

—De las dos —comentó casi inaudible— pero más de la otra, gracias a Dios.

—¿Y qué dice el teniente?

—¿Don José María? Nada. Nunca dice nada. ¿Qué va a decir? —dejó unos instantes para aumentar el suspense y continuó—. Pero uno sabe, oye, ve...

—¿Tú has visto algo?

—Mucho.

—Y...

—No es para hablarlo aquí. Ya nos tomaremos unos vinos en la tasca, ¿no?

—¿Y allí sí que estamos seguros? —quiso ironizar el joven.

—Segurísimos. Todos los parroquianos lo sabemos. ¿No ves que no suelen ir mujeres?

—Permíteme la curiosidad —quiso disimular Paco—. ¿Qué tal don Jesús, y don Antonio, y el Cuchara y...?

—Ya te he dicho que tranquilo, Paco. Palmirica bien. Guardándote el puesto. Bueno, ya sabes —intentó arreglarlo— es un dicho como otro cualquiera. Quiero decir que todo bien.

Aunque el cartero no supiese expresarlo con mejores frases, Paco sabía que ese *todo bien* quería decir *todo bien*, más que suficiente.

—¿Y qué pasa con el maquis? En la ciudad se comenta que está prácticamente acabado.

—¡Ay, Señor, Señor! —se lamentó el cartero—. ¡Qué ignorantes son los de la capital! Ignorantes... o engañados.

—¡Pero, hombre!

—Sí Paco, sí, analfabetos o desinformados —machacó dándoselas de erudito—. ¡Que uno tiene mucha *metalurgia*! Bueno. Ya hablaremos más tarde. No quiero detener tus ansias —e hizo un guiño cómplice—. Lo primero es lo primero.

Se despidieron con otro abrazo no tan efusivo como el primero pero igualmente significativo. El deseo llevaba a Paco a encontrarse con Palmirica; pero así de pronto, recién llegado, desaseado y sucio, presentarse en casa del cura no le parecía muy acertado. Otra cosa sería si se encontrase a solas con la chica. Eso era muy distinto. Entonces lo que menos importaba era el adecenamamiento de su persona. Cosa, pensó, que no suele sucederle a las mujeres. Es verdad. Quizá debería dar tiempo a Palmirica que se enterara de su presencia y se arreglase, aunque no le hacía falta. Y tampoco podía esperar demasiado tiempo entre la noticia y el encuentro; podría dar a entender falta de interés. ¡Válgame Dios! ¡Y qué cosas tan tontas se piensan cuando uno abandona la disciplina de la Academia! ¿Y si se presentase en el cuartel? ¡Qué idiotez! Allí tenía que ir vestido de uniforme, con los galones bien relucientes para que le saludase el de puertas y llamase al cabo de guardia. Lo normal era marchar a su casa, ser recibido por los labriegos, agasajado como Dios manda, y ya veríamos luego.

Mientras estas preocupaciones ocupaban la mente del novel sargento, otros razonamientos, muy diferentes aunque con cierta relación, se discutían en una cueva

de la montaña.

—El Hurón puede llevarnos.

—No lo hará, es demasiado cobarde y la cosa no es para bromas.

—Todo es cuestión de pasta.

—O de acollonarlo.

—Los Molinos están descartados.

—El señoritingo está ahora más seguro con los guardias.

—Sea como sea hemos de dar pronto un efectivo acto de presencia.

—Podemos volar la iglesia de cualquier pueblo.

—Eso sería una bestia que nos pondría en contra a todo el campesinado —atajó molesto el que sin duda era el jefe—. No necesitamos más parecido con los comunistas.

—¿Qué tienes tú que decir de los comunistas? —espetó violento un hombre rubio, de pelo lacio, sucio y maloliente que estaba tumbado sobre una manta.

—Lo que todo el mundo sabe. Que son unos intratables. ¿Pasa algo? —esperó un rato sin respuesta y continuó—. Ahí tenéis a muchos de los vuestros que lo están pasando canutas por el miserable del Carrillo.

—El lugar de la central que abastece a toda la zona, sólo lo conoce el Hurón —comentó uno de los hombres para quitar hierro a la conversación— y eso porque intervino en su construcción.

—Pero tiene sus vigilantes.

—¡Será por miedo!

—Sabes que no. Pero necesitamos al Hurón para saber dónde están.

—Dejaos de pamplinas —esta vez fue Antequera el comentarista—. Llamemos al Hurón y, ya sabéis, ¡hay que untarlo!

—Las cosas tienen que hacerse bien —habla Ramiro—. El Hurón pasa con cierta frecuencia por la estafeta del Canto. Se le deja una nota y en paz.

—¿Y qué día pasa próximamente?

—¡Ah! Eso no se sabe. Ya cuida él de no ser previsible. Pero pasará y vendrá a recogernos. Bueno... Si le interesa la oferta, claro.

—Pues menuda pepla.

—Todo lo que quieras, pero es el que más tiempo lleva en la sierra y nunca lo han cogido.

—Es de la época de los huidos —habló el Rubio—. A veces hasta duerme en su casa y jamás lo han descubierto.

—¿Y duerme en su pueblo?

—Bueno, es que tiene varias casas, ya sabes —comentó malicioso el del pelo lacio—. No sé lo que le ven las mujeres que las medio atonta.

—Eso es porque no se ha metido de por medio el Antequera. ¿Verdad, tú?

—¡Ya estoy harto de vuestras bromas! Lo decís de tal forma que parece más de cachondeo que de realidad. Y todo el mundo conoce —se infló altanero— que de

hembras voy *sobrao*.

—Dejemos la conversación interminable —comentó el jefe— y veamos qué nos ha preparado el Pastor para la cena.

—Migas, como siempre.

—Y que no falten, Fermín. Unas buenas migas y vino del país son siempre bien recibidos. Por cierto —se dirigió a Antequera—, mañana dejas la papela en la estafeta para el Hurón.

—Dile a estos que no me tomen a chirigota o tendré que demostrar lo que soy.

—¿Cómo? —indagó un atrevido.

—Con las cocineras.

—¡Aquí no hay ninguna cocinera! ¡Son guerrilleras! —bramó Ramiro—. Las chicas están ayudando al Pastor con las migas.

—No es para tanto, jefe —apuntó un comedido.

—Las muchachas están aquí en contra de mi voluntad —insistió con dureza Ramiro—. Mirlo se trajo a la novia con muchas condiciones. Y la otra se agregó de baldes. Fui demasiado blando. Pero ya sabéis. Ninguna broma con esto. Sabes muy bien lo que te dije —señaló al ennoviado—. Aquí dentro, nada de nada. ¿Sabes lo que es nada? —y sin esperar respuesta, continuó—. Fuera, y lejos de los demás, ¡allá tú! Pero la más mínima insinuación en público, ya sabes —el gesto fue amenazador—. Y en general, cualquier cosa con las chiquillas, se pagará fuerte. Para el más tonto de todos —aclaró—. Al que cometa la menor torpeza —dejó unos instantes de silencio para enfatizar la frase— ¡lo mato!

Nadie puso en duda la aseveración del jefe. Sus ojos se habían achicado semejando dos pequeñas líneas negras algo debajo de las cejas, su cara aparecía prominente y más afilada que nunca; de pie, con los brazos pegados al cuerpo en un remedo de un duelo decimonónico, firme, inmóvil, recorrió toda la sala como buscando una excusa para algo. Un silencio impenetrable cubrió la escena, que quedó truncada con la llegada del Pastor y las dos muchachas con la olla de migas. La actitud del dirigente era de sobra conocida por sus subalternos. En el *Manual del Guerrillero* se especificaba la no permisividad de ningún tipo de convivencia que provocase incidentes de cualquier tipo en materia de sexo, y aunque existen datos probados para todos los gustos, cabe admitir que la mayoría de las partidas cumplían la norma.

El grupo que comandaba Ramiro secundado por Cortazar, Antequera y Zagal contaba además con Mirlo y las dos mujeres, Rubio, Manuel y los recién agregados Fermín y el Pastor. Una partida compuesta por once componentes, dos de ellos femeninos, cobijados todos en una desconocida cueva situada en un impresionante murallón de verticales paredones grisáceos, especie de acantilados de áspera y rugosa roca caliza acribillada de grietas donde se aferran arbustos y emergente masa vegetal. Una delgada plancha natural de piedra casi pegada al farallón deja entre éste un discreto espacio, no más de dos metros de altura y un suficiente boquete para el paso

de un hombre, que se ensancha por la parte inferior permitiendo la entrada a rastras con más holgura. Confundida entre los múltiples resquicios superficiales, camuflada por el variado colorido de arbustos, setos, frondosidades y maleza, la entrada a la cueva pasa totalmente desapercibida.

El paredón calizo, de impresionante verticalidad, se asienta sobre una ladera con rasgadas pinceladas de verde y con un empinado rastro prácticamente invisible, que conduce a la oquedad. Una vez realizado el incómodo acceso se amplia bruscamente la gruta formando un rectángulo irregular, de una bisectriz máxima de quince metros, con suelo perfectamente alisado sobre el que asientan algunas mantas y petates. Al fondo izquierdo de la sala, una especie de túnel escalonado presenta un discreto desnivel y una anchura que puede abarcarse con los brazos medio extendidos. Esa reducida galería que puede cruzarse con pocos pasos, presenta una abertura de algo menos que media rueda de carro permitiendo, a través de los arbustos que la cubren, otear, sin ser visto, toda la hondonada y avistar plenamente la masía que descansa sobre el valle. Finalizado el pequeño corredor, se desemboca en un salón, unas tres veces más grande que el primero, con carácter ascendente, asentado sobre una masa de bloques que se continúan con vistosas coladas y columnas conformando un complicado conjunto de galerías, simas y depresiones. Tres aberturas tubulares, de alrededor de un metro de diámetro, y a distintas alturas, permiten aflorar a la otra parte del murallón, desde donde, por medio de cuerdas, puede salirse a la opuesta vertiente.

Guardando el silencio provocado por las últimas palabras de Ramiro, se acomodan alrededor de una amplia losa, firmemente asentada en uno de los laterales de la sala mayor de la cueva. Las migas con buenos trozos de chorizo, salpicado de ajos, y el frecuente trasiego de la bota parecen aliviar las preocupaciones. Mientras dan cuenta de la cena, Cortazar recuerda los turnos de guardia que se reforzarán al amanecer por ser la hora más adecuada para los ataques de los guardias. Una de las funciones, obligatorias y de mayor peligro, es el acarreamiento de agua que se hace trayéndola de la poza de la masía. Aunque los medieros representan un buen punto de apoyo, de sobra es conocido que su colaboración ni es gustosa ni desinteresada. Esta arriesgada prestación, suele realizarse con bastante frecuencia, y de forma voluntaria por el Zagal, acción que no pasa desapercibida por el resto del grupo pero que nadie osa contrariar.

El Pastor inicia el turno de noche. Ramiro y las dos muchachas duermen en la primera sala, los demás hombres se acurrucan en la más amplia, cerca del fogón y cubiertos por sus mantas. Las armas, apoyadas sobre unos troncos, a excepción de las de Ramiro y Cortazar que les acompañan en los jergones, quedan libres de los seguros durante la noche para poder usarlas sin dilación. El Zagal, cubriendo la tercera guardia, observa que una de las chiquillas sale al exterior. No le da importancia alguna pero ante la tardanza en su regreso sale de la cueva extrañado de la prolongada ausencia. Casi al mismo tiempo, y como siguiendo un plan

preestablecido, el Mirlo y su amante abandonan el refugio sin ser vistos por el centinela. En el comienzo de la ladera, pasado el sabinar que bordea unas rocas, y desde el pico de un cordal que domina un amplio espacio, el Zagal divisa a la muchacha que se retuerce sobre unos musgos. Va a ir a su encuentro y se detiene entre asombrado y temeroso. Un par de figuras se acercan hacia ella. Sí. No hay duda, son Mirlo y su chica. ¿Qué hacen? Parece que hablan los tres. La chiquilla, incapaz de levantarse, parece suplicar a la pareja. Gesticulan. El hombre se inclina sobre el bulto que ahora yace en el suelo como sacudido por extraños espasmos. «Mirlo» se levanta, coge a su manceba por el brazo y tira de ella animándole a marcharse. La chica se resiste tímidamente, pero ante lo que al parecer son elocuentes explicaciones, corren juntos perdiéndose en el pinar. El Zagal, que hasta entonces había permanecido impávido tratando de comprender la escena, en un instintivo acto se lanza imprudentemente rocha abajo en socorro de quien cree necesitada de ayuda. La noche cuchichea rumores de amargura y tristeza. Una racha de aire levanta un pequeño rescoldo de hojarasca mientras una torcaz alza el vuelo silenciosa. No hay estrellas, ni luna, ni nubes que den una pincelada de vida al cielo, y sobre los montes cae el llanto de la muerte y semilla sin vida.

El joven guerrillero, vuelve de su observación, sube aprisa la empinada ladera que le separa de la cueva. No le quebrantan rasguños, caídas, trompicones, rasponazos ni heridas. Por dos veces ha perdido la vieja escopeta que le sirve de arma. Ha tenido que volver sobre sus pasos para evitar una irreparable pérdida. Está acostumbrado a caminar, a doblarse para escalar atrevidos riscos, a tambalearse bajo el ardiente sol y aterirse ante el terrible frío. Pero ahora es distinto; suda, tiritita, tiembla y se agarrota a la vez. No tiene miedo como otras veces, pero siente su alma encogida y su garganta rasposa por la sequedad. Apenas cien metros le separan de la grieta de apertura del cubil y le parecen eternos, a pesar de que los ha recorrido cientos de veces cargado de pesadas vasijas llenas de agua. Traspasa la entrada y cae de bruces junto al jergón sobre el que dormita Ramiro.

—Mirlo y su zorra han huido —balbucea entre rencoroso y sollozante, mientras el durmiente se despierta maldiciendo—. La otra ha muerto.

—¿Qué dices?, ¡condenado! —brama el jefe mientras zarandea al chiquillo—. ¿Quién ha muerto?

—La otra, la más chica... desangrada.

Ramiro agarra al Zagal por los sobacos, lo alza y le abofetea para sacarlo del ensimismamiento que le supone. El chico se endereza del traspié, adopta una postura de bravura, echa ligeramente los hombros hacia atrás, mira de frente, bruscamente sereno, seguro de sí mismo, se encara directamente a su jefe y pronuncia en voz baja, con un sonido extraño.

—Estaba preñada.

Clarea el cielo con un color plomizo entre gris aguado y oscuro. Un relámpago precede en segundos, demasiado cerca, al alarido del trueno. Parece como si la

naturaleza se encabritase, protestando contra ese ser privilegiado y maldito que se empeña en contradecirla. Lluve torrencialmente sin apenas haber anunciado su llegada, acompañándose de relucientes sonidos eléctricos, fuertes y enlazados, como queriendo ocultar cualquier otro sentimiento. Lloran las sabinas, y los pinos, y el carrascal y los chopos, y se endurecen las hilas de los resineros, se ahogan efluvios aromáticos y se desdibujan esos bellos colores pastel de los verdes, rojos, amarillos, blancos, marrones y diamantinos. Los ribazos desbordan regueros de agua que estallan con ímpetu al chocar con las rocas, mientras tres hombres empapados por la lluvia a pesar de las mantas con que se cubren bajan con cuidado la agreste pendiente.

—Allí, junto al carrascal —señala el Zagal.

—No se distingue nada —habla Cortazar.

—Sí —apunta Ramiro—, parece que un brazo sobresale del lodo.

—Sí, Sí. Eso es.

Llegan donde yace la chiquilla. Envuelta en un barrizal, medio cubierta por vieja pinocha, broza y piedras que arrastra la torrentera, apenas se le adivina el rostro. No hace falta. Tras sacarla del fango y recostarla sobre unas rocas, Ramiro le coge el pañuelo y le limpia el rostro lavándoselo con la lluvia que cae del cielo. Refuerzan como pueden un foso natural formado por las aguas, cercándolo con delgadas losas del escabroso oquedal. Cuidadosamente, depositan el cuerpo de la infortunada cubriéndolo con capas de floresta, piedras y ramas. Emprenden el regreso, calados hasta los huesos, chorreando soberbias, duelo y agua. El Zagal se rezaga unos pasos, gira la cara hacia el túmulo y, a escondidas, realiza la señal de la cruz. Luego, resbalándole por el rostro lluvia y lágrimas, sale de la sordera que le cubría, y vuelve a escuchar el retumbar de los truenos. A veces hay que trepar a gatas, agarrándose a las matas que esbaran mojadas, hay que hacerlo despacio, sin apresuramiento, sin recrearse con la silueta de los cerros ni en las bravías rinconadas. Ya en la cercanía de la cueva dos cuervos lanzan su lúgubre graznido y, en contrapunto se empieza a sentir la fresca húmeda de la tierra como intentando lavar la pesadumbre.

No es necesario agrupar a los hombres que están pendientes del retorno de los que marcharon. Pastor y Manuel preparan el desayuno: leche en polvo americana, café del bueno, de Brasil, traído de Francia y un trozo de hogaza con miel. Suculencias que no posee el común de los mortales españoles. La voz sorda, fúnebre del jefe da cuenta de la situación. El silencio permite escuchar el desagradable sonido de los sorbos en los metálicos vasos, y hasta el repugnante chasquido de la lengua contra el paladar de algún zafio. Un inesperado manotazo descargado sobre un insecto que se aplasta sobre el suelo retumba como un trallazo en la oquedad de la sala.

—Sepa el que preñó a la chica —susurra hosco y amenazador Ramiro cerrando los ojos, cuidando de no mirar a nadie para englobar a todos en su negrura— que si lo encuentro... con mis propias manos le quito la vida.

Nadie se mueve, ni siquiera siguen comiendo. Ninguno se atreve a decir, por no destacarse, que acaso podía haber sido el mismo Mirlo.

—Y ya sabéis —dictamina el jefe— desde este momento la pareja que se ha escapado está sentenciada a muerte.

Los hombres respiran tras el desahogo del maqui. De momento se ha aguantado la primera represión violenta. Asean sus petates, algunos realizan discretas abluciones en el barreño de turno, y cubren los servicios del día. Vigilancia, acarreo de agua, visita a la estafeta para llevar la misiva al Hurón, aprovisionamiento en la masada y recogida de información; limpieza de material, utensilios y armamento, obligada lectura del *Manual del Guerrillero* y entretenimiento del ocio. El temporal empieza a amainar. Las tormentas de la sierra donde poseen la bravura de la altitud y el alivio de la brevedad. Como acostumbra, el Zagal se ofrece voluntario para carrear el agua. No espera a que finalice la ya tenue lluvia y comienza el descenso de la ladera, cargado de cantimploras y un pequeño bidón de metal proveniente de la guerra civil, de los que llevaba la Sanidad Militar para transportar el alcohol. Los lleva enlazados por un cordel y envueltos en una especie de hule para que no chasqueen demasiado contra las piedras. Todavía va chorreando del remojó anterior, pero no le importa. Sabe que no puede empaparse más y que no llegará a secar su ropa hasta muy tarde, hasta que pueda acercarlas a la lumbre de la cueva o, mucho mejor, al arrimarse al fogón de la masía. Sí, allí, junto al calor de las llamas permanecerá encogido, variando de vez en cuando de posición, jugando con la badila de las brasas para animar el fuego y, acaso tenga la enorme suerte de charlar con Rosina, la hija de los medieros, rubia como del trigo la espiga seca, como oyó cantar una vez al Poeta.

Mientras desciende la empinada rambla todavía cruzada por suaves regueros, vislumbra los blancuzcos muros de la masía Pomerale, majestuosa hacienda de más de 150 hectáreas de secano, situada en una planicie a modo de sartén rodeada de monte. El edificio se compone de tres cuerpos: el principal de residencia, el destinado para el ganado vacuno y el corral para el lanar. El primero, situado en el extremo Este dispone de habitáculos para los dueños, pastores y criados, estando a su vez construido en altura por tres plantas. La inferior, a la que se entra por un descubierta con diversas puertas para la casa y los corrales, comprende la cocina-comedor, el horno, distintas alcobas, trasteros y escalera para los dos plantas superiores. La primera, con aposentos para los señores, cocina y retrete incluidos, separado de los cuartos para masoveros, graneros, teñada y pajares, presenta en su fachada principal un balcón y una ventana. Dada la inclinación del terreno sobre el que se asienta el edificio, la parte derecha del muro central corresponde a los pajares, con acceso directo desde la era. La última planta, liberada de paredes interiores y con un discreto murete que la separa longitudinalmente de forma irregular está destinada para yerbera, almacenamiento de heno, aperos y útiles de labranza, siega, caza y demás.

El Zagal se detiene bruscamente y se tumba tras unas matas. Por el collado de la izquierda, pasada la rasante, arranca un sendero que culebrea bajando hacia la masía. Comunica con los corrales de El Albar, próximo término que enlaza con el municipio de Costilleo. Rocha abajo, la pareja de guardias civiles se aproxima a Mas Pomerale,

les pesan las capas que todavía escurren agua, y los tricornios parecen relucir a pesar del nublado. Portan los *naranjeros* boca abajo, cubiertos por el embozo, como guardando el hilván de la vida con la que cruzan los montes. El joven maqui se apega al terreno, esconde el pequeño fardo de los recipientes, y contiene la respiración como queriendo detener los pulsos que le agitan. Como acostumbran, uno de los civiles cubre la llegada del otro a la puerta. Vocean algo y sale un hombre junto al perro pastor que olfatea al recién llegado y corre hacia el retrasado como queriendo reconocerlo. Entran todos en la casa, mientras el Zagal maldice a los visitantes. No es cuestión de regresar a la cueva, demasiado arriesgado sabiendo que los guardias pueden estar oteando las laderas. Si fuera de noche, aun se atrevería a desandar el camino pero, aunque no brilla el sol, la claridad es más que suficiente para vislumbrar la totalidad del cerro. Esperará que se marchen. Lo primero es acomodarse, buscar un hoyo cercano y dejar pasar el tiempo sin quitar la vista del caserío.

Vuelve la lluvia. Ahora más suave, mucho menos fuerte pero más continua. El Zagal no tiene más remedio que buscar un refugio. Conoce la ladera palmo a palmo, y sabe que a menos de veinte metros de donde se encuentra existe una cavidad formada en la roca, pequeña pero suficiente para cobijar, de momento, a un hombre. Es poca distancia, pero tiene que extremar las precauciones para que no lo vean desde la masía. Seguramente los guardias estarán junto al fuego, acaso sentados alrededor de la mesa tomando un buen tazón de leche recién ordeñada, pero en el monte nadie está seguro de que no lo vean. No le preocupan los compañeros de arriba, esos estarán todos cobijados. Mira un rato a la masía, en realidad sin saber por qué, le consta que nadie va a salir con este tiempo. Sin pensarlo más, acaba pringándose mientras reptaba el corto trecho que lo separa de la concavidad. Se arrebujaba en ella limpiándose la cara con el agua que recoge en el pañuelo tras escurrirlo repetidamente. El saco con las cantimploras y el bidón, no caben en el agujero, pero es igual, lo deja fuera, ya no puede mojarse más. Pasa un tiempo, no demasiado, cesa nuevamente la lluvia y el muchacho intenta otear la casona. Tiene que exponerse un poco, elevándose ligeramente fuera del pequeño hueco. No observa nada, pero no es cuestión de perder de vista si salen o no los guardias. Busca un nuevo lugar donde atisbar mejor aprovechando que finalizó el aguacero. No esperará mucho rato. Los guardias tienen que seguir su ronda. Salen cuidando, como siempre, de no ser sorprendidos. Demasiadas historias desagradables han sucedido entrando y saliendo de los caseríos. Dos hombres y una mujer están en el portón de la masada. Han salido con los guardias a otear el cielo.

—Ha venido bien encender el horno en un día como hoy —hablaba Felicita mientras cruzaba la puerta—. A ver si me ayudáis que nos conviene amasar hoy que estáis todos en casa.

—Vamos *pa dentro* que puede que nos caiga otro chuzo —sentenció uno de los varones—. Si ya han venido los guardias, no hay más que ver.

—Aún puede que vengan los otros —aclaró su hermano José.

—Pues no estaría mal cumplir con las dos visitas al tiempo.

—¡Venga! ¡Venga! Que el horno no está para bollos —aclara la hermana—. Hay que almacenar el pan en las artesas para que se conserve —y mirando al cielo concluyó—: ¡Adentro todos que nos viene otra!

En esto último medio acertó. Un embarullado ruido de truenos se dejaba oír alejándose paulatinamente del lugar. No, No llovería más sobre la masada, pero hacían bien en recogerse en la casa. Atrancaron las puertas, tanto la de entrada como la del corral y la cuadra, y aprovecharon el momento para echar un vistazo a los animales. No en vano la hacienda gozaba de un profuso ganado vacuno, caballar, asnal y ovino; aparte de la cría doméstica de aves, cerdos y conejos. Buena finca rústica de secano en la que anualmente, concluyendo agosto, se pasaban cuentas con los amos de todo lo concerniente a su explotación. Ya había pasado el mal día en que el fallecido Román tuvo que amañar el inventario del ganado y contar una historia que, al parecer, no convenció a nadie, ni siquiera a quien la relataba.

—Pues mire, señorito —refería el gañan al propietario— este es el número de las reses muertas y matadas para el consumo de la familia.

—Sí, sí, Román —refunfuñaba el dueño—, pero no me dices nada de las nacidas o adquiridas durante el año.

—Le juro, señorito, que no me he apropiado de ninguna.

—No lo dudo —insistía tenaz el patrono— pero las cuentas no salen.

—Es verdad, señorito, no salen, pero son así —porfiaba el patán.

—¿Pues no sé por qué no salen, si son así?

—Vera, señorito... —titubeaba el pobre hombre—, sólo faltan seis...

—¿Y te parecen pocas?

—No, no son pocas. Pero hay gente por medio que pasa mucha hambre.

—No serán de otras masías.

—No... de otras masías no... —los apuros del mediero eran sinceros— pero pasan hambre.

Aunque siguieron otros comentarios, no hacía falta muchas explicaciones para relacionar la cuestión con los hombres de la sierra. Román era honrado y fiel, todo lo fiel y honrado que se puede ser en el monte, y el hacendado no estaba tampoco por la labor de ahondar mucho en el destino de media docena de corderos. Todo pasado. Ahora a esperar el próximo esquilo del ganado lanar, marcarlo y repartir los vellones, además de señalar las crías habidas en el año.

Tras un tiempo de espera, el Zagal creyó conveniente acercarse a la masía. Llenó sus recipientes en el chorro del abrevadero, los volvió a ajustar con la cuerda envolviéndolos con la tela impermeable y dejó el fardo junto al pilón. No era caso, después de tanto aguante, de volverse a la cueva sin echar un vistazo a la Rosina. No la ha visto pero seguro que estará en la casa. Llama a la puerta y le abren pronto.

—Ya te habíamos visto en el abrevadero —dice Felicita.

—¡Hola, señora! —medio balbucea el chiquillo echando una mirada alrededor de

la cocina-comedor en busca de la muchacha—. Ya veo que están todos.

—Pues sí —apostilla rápido la mujer como queriendo dar el aviso—. Estamos todos y los guardias acaban de marcharse.

La noticia ya era conocida por el joven, pero agradeció la misiva interpretándola como una advertencia.

—Pasa, escúrrrete junto al fuego y tómate un tazón de leche —invitó la masovera.

El Zagal no se hizo de rogar y al pasar junto a Rosina le mandó una sonrisa digna del mejor discurso. José llega de la cuadra, se echa un trago de la bota y se acerca a sus hermanos, ella atareada junto a la artesa y él arreglando el poyo de albañilería de la cantarera. Hay que aprovechar los días de cobijo para reparar las cosas de la casa.

—¿Y dices que eran dos?

—Sí. Un hombre y una mujer —afirma Agustín.

—¿Y parece que se escondían?

—¡Hombre! ¡Y tanto! Cualquiera de la sierra conoce la intención del que la cruza.

—¿Y de qué se escondían? —pregunta José, el otro hermano.

—¡Ah! ¿Y yo qué sé? Lo único que puedo asegurar es que huían *escopetaos*.

—¿De qué?

—¿Y a mí qué me cuentas? Sólo vi que se dirigieron hacia la masía del Chorrillo.

—Pues allí ya la tuvieron seria con los guardias.

—Eran los tiempos del Sobrapelotas. ¡Buen ejemplar! Se cargó a dos y porque no le dieron más.

—A dos hombres y a una mujer.

—No. Te aseguro que a la mujer se la llevó detenida.

—Luego desapareció por completo.

—Cosas del Régimen.

—Pero ahora los masoveros son de otro palo.

—No sé, no sé —dudó el otro hermano—. Pero a nosotros no nos importa nada de eso. Si se han *escapao* un hombre y una mujer... no puede ser para nada malo.

Rieron la intencionada afirmación y continuaron ayudando a las faenas fuertes que siempre necesita una casa de vez en cuando; trabajo propio de hombres, naturalmente: albañilería, repaso de vigas y soportes, revista de ventanas, fregadero, yerbera y mil cosas más. El Zagal daba buena cuenta de su tazón de leche sentado junto al fogón intentando secarse del chapuzón y repasando visualmente a Rosina, sin perder una palabra de la conversación de los hombres. No había duda que se referían al Mirlo y su compañera, y que se habrían refugiado en la masía del Chorrillo. Buena ocasión para hacerse valer ante Ramiro. Pero no era cuestión de desaprovechar la visita a la muchacha. El Zagal se sabía correspondido, por lo menos en simpatía. No en vano le daba siempre su buena hogaza con algo de jamón o tocino y, por supuesto, le dedicaba expresivos, aunque disimulados, gestos de aprecio. Hasta una vez que le rozó la cadera con la mano, no se dio por enterada pero se puso roja como un tomate. Eso, por lo menos, no demostraba repulsa ni indiferencia. Cuando acabara la lucha

contra los fascistas, le pediría a su madre que quería casarse con su hija. Incluso podría volver a su pueblo y sería uno de los libertadores de la opresión. Seguramente a todos los guerrilleros les darían un buen puesto, por lo menos en el Ayuntamiento, y hasta es posible que lo mandasen a la capital. Y en último caso intervendría a medias con su trabajo en la explotación de la finca con su suegra y hermanos. Pero ahora era cuestión de cumplir con su deber; llevar agua a los suyos y contar a Ramiro las noticias sobre el Mirlo. Aunque ensimismado en sus pensamientos se dio cuenta que Rosina excusaba su presencia. Seguramente marcharía al corral para arreglar a las gallinas, o acaso a la porcaterra, o al granero. No. Casi seguro que no habrá ido al terrado, y mucho menos a los pajares. Cumplida su misión, con el estómago agradecido, y no estando presente la muchacha, el Zagal se dispuso a abandonar la masada.

—Todavía no sé cómo te llamas —la agradable voz de Rosina sorprendió al muchacho recogiendo su fardo del abrevadero—. Ya nos hemos visto seis veces y ni siquiera conozco tu nombre.

—Llámame Zagal, como todos me dicen —no tuvo más capacidad de respuesta ni encontró forma de continuar.

—Zagal —repitió ella dulcemente—. Qué bonito es tu nombre.

—El tuyo lo es más —respondió el chico con la torpeza del extasiado.

No hablaron casi nada, pero se dijeron casi todo. Una situación absurda, disparatada, como tantas se dan en la vida, envolvió las montañas con desgarros de nubes llorosas; y la realidad superó a la ficción convirtiéndola en leyenda. Leyenda acogida en las estribaciones turolenses del maestrazgo, sobre el agreste terreno del Vergel, barranco del Moro y Hoyo Blanco, transmitida por los ecos de la sierra Espadán como mito, tradición, fábula, epopeya o cuento de viejas.

—¡Rosina! ¡Hija! ¿Dónde estás?

La voz recelosa de Felicita impuso el sello de la realidad, truncó la belleza del ensueño, devolvió los colores al monte, el murmullo del viento a los pinos, los aromas húmedos a las matas, y el sonido de la voz a la muchacha.

—¡Vete! ¡Zagal!, ¡corre!, ¡márchate!... y vuelve.

Toman vida las desafiantes cúspides de la sierra, cogen forma las bravías laderas jaspeadas de verdes y marrones, cierra el horizonte el telón de fondo de las deshiladas nubes, mientras el Zagal, arrastrando el hato, recrea su utopía con la saludable fragancia que le envuelve. Bruscamente, antes de lo deseado llega a la rendija de la cueva. Jadea exagerada y extrañamente risueño, totalmente ajeno a las proclamas de Radio Pirenaica que mal escuchan los guerrilleros:

Muerte a Franco [...]. El éxito está asegurado [...]. La reacción militar está en marcha [...]. Ayúdemos al pueblo a defenderse [...]. Daremos la vida por nuestros hermanos [...].

En esta misma emisora dirigida por Pasionaria, como afirma José Javier Esparza, en *El libro negro de Carrillo*^[23], se difundirán con entusiasmo campañas de

difamación encaminadas a la liquidación de algunos de los comunistas tenidos por disidentes, especificando el repugnante caso de Joan Comorera cuya hija fue obligada a renegar de su propio padre por «practicar la moral burguesa».

El Zagal se encuentra totalmente al margen de toda aquella parafernalia propagandística. ¿Qué tiene que ver con él todo aquello? ¡Y mucho menos con Rosina! Deja caer el fardo con metálicos sonidos, se sienta sobre un cantal y con voz entrecortada por el esfuerzo comenta.

—Los han visto cerca de la masía del Chorrillo.

Ya no tiene nada más que hablar. Está cansado, muy cansado. Se dirige hacia su petate, se tumba de golpe y sueña arrullado por aquellas rimas de Rubén Darío que escuchaba repetir a su abuelo:

Yo quisiera poder darte
una rima
que llevara la amargura
de las hondas penas mías
entre el oro del engarce
de las frases cristalinas.
Yo quisiera poder darte
una rima
que no produjera en ti
la indiferencia o la risa,
sino que la contemplaras
en tu pálida alegría,
y que después de leerla...
te quedaras pensativa.

23. La justicia de la sierra.

Repugnante delator.

Oscurece despacio, demasiado lentamente para los cinco hombres que ocupan el cerro, ocultos entre matorrales y rastrojos que sólo permiten otear, medio incorporados, un reducido paisaje en el que se enmarcan una carbonera, pila de leña recubierta de arcilla, y un chozo de estacas y ramas. Llevan más de diez horas en aquella posición, apenas hablan, no fuman, solo se pasan de vez en cuando las cantimploras. Visten viejas chaquetas; el más destacado zamarra, pantalones de pana, boina negra y calzado del lugar. Se oyó resbalar unas piedras. No era muy normal que se desprendieran sobre terreno nevado. Todos se pusieron tensos, ningún otro sonido señalaba peligro. Más de una semana de espera les había enseñado a cubrir bien el objetivo. Teodoro, el carbonero, estaba dentro del chamizo, había cambiado de bando desde hacía tiempo. Bueno, cambiar, no, sino acoplarse a lo más conveniente. A la Benemérita le interesaba también un confidente. Denuncia y apoyo a cambio de olvido del pasado. De un tiempo a esta parte la transacción daba muy buenos resultados. El invierno era duro, la nieve arreciaba sobre el monte, la contrapartida se arrebujaba con su propia vestimenta, dos de ellos se cubrían con mantas. Una difuminada silueta se acerca a la chavola. Paco, Justino y Maiques esperan a que entre el visitante y se deslizan aproximándose a la cabaña. Están tan cerca que oyen las voces.

—¿Has visto a alguien? —el recién llegado se alumbraba con una especie de linterna, se despojó de su equipo y puso el máuser en el suelo—. Deja que me caliente un poco —se acercó a unas brasas.

—En todo el día no ha pasado un alma. ¿No vienen los otros?

—Luego —fue todo el comentario.

Unos minutos de silencio. Parecía hasta que se oía el restregar de las manos haciéndolas reaccionar al frío. Maiques sentía el latido de sus sienes que se transmitía por el pecho. La larga espera, junto a la inmovilidad y el frío le hacían chasquear los dientes hasta creer que lo oirían desde el exterior. Paco, el sargento y jefe de la contrapartida, pegado a él, sintió el temblor del compañero y le presionó el antebrazo mientras le lanzaba una mueca de tranquilidad que, con toda seguridad no fue vista.

La conversación del refugio volvió a escucharse.

—¿Desde cuándo no has visto a los guardias?

—Desde hace tres días. Marchaban por abajo, pero por aquí ni se acercaron.

—¿Y eran más de la cuenta?

—¡Que va! —el carbonero trataba de aparentar sosiego—. La pareja haciendo la vuelta. Llevaban tanto frío que iban encogidos y tapados casi hasta los ojos.

El visitante abrió el hule que hacía de estrecha puerta y salió al exterior. Emitió el conocido sonido del búho, esperó la contraseña, la repitió y se volvió a meter en la choza. Al poco rato otro hombre entró en el chamizo.

—No se puede aguantar la helada. Ha dejado de nevar y parece que es peor. Tenemos que avisar al Chano o se quedará tieso.

—Hay que cumplir la seguridad. Nunca el canto de la rapaz sin menos de diez minutos de separación.

—En diez minutos se congela.

—¡A que no! Te lo asegura el Tarta.

Pasado un tiempo más que prudencial, uno de los hombres silabeó nuevamente la contraseña. No debía estar muy lejos el receptor porque al poco rato se metía presuroso en la choza. Paco contabilizó los ocupantes, tres maquis y el carbonero. Arriba estaban tres de la contrapartida cubriendo el servicio. Él y Maiques esperaban los hechos acordados con Teodoro. Desde su posición seguían perfectamente los acontecimientos. El carbonero pretendía salir del chozo alegando una necesidad imperiosa intransferible. Los otros se hacían los remolones, incluso aconsejándole que no saliera para ello del habitáculo. La nieve y la helada cubrirían perfectamente el expediente. Los minutos se hacían siglos. Teodoro orinó, o acaso lo simuló, en la cabaña. Más tiempo eterno. Parecía que los maquis de la palloza no tenían intención de dejar que nadie saliese al exterior. ¿Acaso sospechaban algo? Imposible, el carbonero tenía que buscar una excusa; no podía permitirse el lujo de permanecer con los otros. Por la cuenta que le tenía ya inventaría algo. No hay otra posibilidad. No van a poner en riesgo la vida del confidente. Por lo menos, por ahora. Ya se verá más tarde. Por delante de los apostados corre un conejo medio atolondrado que se detiene ante la cabaña y luego continua su paseo. No realiza el menor ruido, pero recuerda que hay vida en movimiento en la soledad de la sierra. Dentro del chamizo suenan bajos ronquidos, se percibe un leve roce de hierba seca. Teodoro sale sigiloso a la nieve y, de pronto, lanzando un grito, corre desesperadamente a refugiarse hacia donde están los de la contrapartida. Todo sucede en un instante. Se escuchan voces de alarma, acompañadas de chillidos, ternos y maldiciones. No se sabe de donde, ni siquiera quien es el primero en disparar. Las ráfagas provenientes de los guardias acribillan la vigilada ratonera. Un hombre llega a salir tambaleándose del chamizo y cae de bruces sobre la nieve. Se sigue disparando a lo que solo son unos cuerpos que manchan de rojo el blanco manto que sirve de mortaja. Loca y ciega refriega de muerte. Acaso los maquis ni siquiera tuvieron tiempo de disparar sus armas. ¿Y qué

más da?

Los guardias hunden sus pies hasta cubrir los tobillos, envueltos en rudos calcetines de lana donde se recogen los bajos del pantalón atados con unas cuerdas. Han dejado tres cadáveres en el jacal.

El carbonero marcha hacia el pueblo, por sus propios medios, sin cuidarse de mirar un instante atrás. Está, sin duda, horrorizado del espectáculo. Horror que debió prever cuando convino el hecho con los hombres del sargento. Brutalidad, mezcla de repulsión y salvajada que iba, poco a poco, transformándose en simple miedo a sus consecuencias. ¿Sabrían alguna vez los de la sierra que había sido el delator? ¿Acaso alguno del pueblo sospecharía de que todo hubiese sucedido en la carbonera? Ahora estaba sin usarse, pero al fin y al cabo era su lugar de trabajo, pero también el de otros que como él habían construido el chamizo. ¿Por qué se iba a sospechar de los carboneros? Y si así era, ¿por qué de él y no de los demás compañeros? Mientras Teodoro se acerca al pueblo, la contrapartida se cobija de la nevada en el cárcamo del Rector. También piensan en los muertos que han dejado sobre la nieve. Ya los cubrirá la ventisca como los razonamientos primitivos cubren las vivencias. Misión cumplida. Dos palabras que se necesitan para soportar el peso de la responsabilidad, o acaso esas otras dos de *Obediencia debida*. Quizá no hace falta nada porque se está convencido de que la razón es de uno.

El carbonero llega al pueblo. Todo está igual que lo dejó. Todavía no han llegado las palabras del monte, esos rumores que dicen los transmiten las ramas, las hojas, el correteo de las liebres, el runruneo de los insectos, los graznidos de los cuervos y el ronzar del jabalí. Aseguran que en ciertas noches, los refulgentes ojos de las rapaces proyectan sobre las piedras lo que han divisado durante el día. Debe ser mentira pero... se ha oído tantas veces...

Teodoro no es capaz ni de dirigirse a su casa. Incomprensiblemente al pasar por delante de la iglesia, se persigna, cosa que no ha hecho nunca y vuelve a regresar al monte. No sabe por qué, ni de dónde lo recuerda, ni siquiera a lo que se refiere, pero en el fondo de su alma escucha algo que le dice: *¿Dónde está tu hermano?... ¿qué has hecho de tu hermano?* Y todavía más incomprensiblemente se responde: *¿«Soy acaso yo el guardián de mi hermano?... además, ¡yo no tengo ningún hermano!»*. Al fin y al cabo, intenta tranquilizarse, ha comprado su vida. Pero la ha comprado, vuelve a los remordimientos, no con moneda alguna, sino con tres muertos. Entremezcla sus incongruentes recuerdos, sus creencias de niño. No, él no se ahorcará como Judas. Ni mucho menos. Aquel vendió a Dios y éstos no pasan de simples bandidos. A pesar de todo, siente dolor, reconoce que si no hubieran descubierto su complicidad, no los hubiera delatado. Se lo merecían. Sí. Pero no los habría denunciado.

La contrapartida de Paco sale del cárcamo. Sus hombres le llaman jefe, sin tratamiento alguno, y lo tutean. Justino, el cabo, hombre rudo, nacido en el monte, al que mataron a pedradas a su hermano cura, tiene muy claros sus sentimientos, y

Maiques, el más joven que según méritos había pasado de chofer del teniente a componente de la contraguerrilla es un hombre leal, adepto y fiel hasta las últimas consecuencias. Los otros dos que cierran el quinteto, Chimo, un número de la Benemérita, y un cazador de Pedregas, conocido por su nombre cinegético, son tan de fiar como sus compañeros, todos voluntarios en la lucha contra los bandoleros. Saben muy bien a lo que se exponen, vida dura en la sierra, penurias, búsqueda del encuentro, acaso de la muerte, cansancio, soledad, sin recursos de urgencia, obligados a no tocar poblado en seis días, el séptimo contactarán con algún puesto y cursarán novedades. Visten, hablan, se comportan como maquis. Tienen órdenes de aniquilarlos, carta blanca para actuar. Nadie les pedirá razones, pero tampoco cubrirán sus posibles errores o enfermizos excesos.

La verdad es una, pero la historia se narra de muchas formas.

Pons Prades escribe:

Surgieron opiniones discrepantes: un grupo cuya voz preponderante era la del Manco de la Pesquera, preconizaba la creación de varios frentes más de lucha, en particular el de la guerrilla urbana, con el fin de obligar a las fuerzas represivas a diseminarse, sin lo cual la guerrilla del monte acabaría siendo exterminada, debido sobre todo a la represión que se ejercía contra la población civil. Por otra parte, había dos informes copiosos y detallados: el de Vladimiro y el de Antonio el Catalán, ambos coincidentes en lo esencial: que como primera medida se disolvieran las partidas y seguidamente que se recuperase el mayor número de guerrilleros. Había otra fracción, la más minoritaria —la mayoría era partidaria de la disolución— que preconizaba el mantenimiento de determinadas partidas en zonas bien escogidas.

Conviene saber tamizar los relatos en un intento, acaso vano, de comprender la realidad. Contrastar la verdad histórica, aun la narrada por autores bien intencionados, es tarea posiblemente encomendada a muy posteriores generaciones. Cossias cita acertadamente:

Recordemos por ejemplo, entre otros muchos casos, el asesinato vil de que se hace objeto al padre del Jefe de Falange de Montoro, en Teruel; el atraco a dos ganaderos de Arcos de las Salinas, llevándose 28 000 pesetas; el asesinato de dos indefensos vecinos en Vega del Codorno; el del dueño de la masía Cerrito, en Cabra de Mora; el secuestro del hijo del dueño de la masía del Fondo, en Morella; el asesinato del vecino de la provincia de Castellón, Miguel Poles Sorribes; el de Lamberto Granell Belmonte, en la masía del Batán, del término de Miravete; el saqueo de la aldea Sabina, en el Rincón de Ademuz; el saqueo de Casas de Pedro Izquierdo, en Cuenca; el atraco en Son del Puerto, en Teruel; el asalto a la aldea de Arandilla, del término de Alcantud, en Cuenca; y muchos más.

Quizá para comprender la lucha guerrillera antifranquista haga falta recordar el aserto de *la pescadilla que se muerde la cola*. Los principios del odio y la irracionalidad, acaban en frustración, justificaciones y venganzas. Es muy difícil, a veces imposible, romper honradamente el círculo. También existen hechos, igualmente creíbles, que hablan de otras cosas. Gómez Fouz cita en *La brigadilla*:

Padilla es el nombre que con más fuerza sonaba entre los perseguidores de los guerrilleros del Valle del Caudal (Alfonso Padilla Ortega, cabo de la Guardia Civil) [...]. Una vez acabada la guerra civil, barrió todos los pueblos que van desde Mieres a Pola de Lena, disfrazado de gitano o de arriero, y se infiltró entre los huidos entre los que hizo estragos. Fue el autor de los seis muertos del Llano la Tabla. Formó una red

de chivatos entre aquellos que habían estado sirviendo a la República, y esto le dio unos resultados asombrosos. Entre sus colaboradores destacó el Roxu, teniente republicano, al que metió a trabajar en la Fábrica de Mieres como guardia jurado. Eso sí, a condición de que la Guardia Civil dispusiera de él cuando ésta lo necesitara. Pero el colaborador más conocido será Chendo, de Vegalafonte, que le dio innumerables chivatazos y colaboraría con la Guardia Civil hasta el final de la guerrilla. Chendo se convirtió en uno de los más pertinaces perseguidores de guerrilleros a pesar de haber sido de ideología de izquierdas.

La España del maquis se encuadraba entre unos amplios parámetros que no siempre encajaban en una sola verdad, esa verdad tan difícil de encontrar. Y de encontrarla, casi imposible de interpretar en toda la realidad histórica de la época.

Justino se destaca de la contrapartida para contactar con el puesto de Montanar. Los demás quedan a la espera. No conviene acercarse todos a la pedanía. Las novedades que trae el cabo, encajan perfectamente con la situación del momento. El grupo de Mariano marcha en desbandada buscando la frontera francesa. A su paso dejan lágrimas, desolación y rencores. La dura política represiva del general Pizarro está consiguiendo a grandes pasos sus objetivos. Evacuación de las masías con obligación de dejar las llaves en el Puesto de los guardias; toque de queda con la imposición de llevar una luz, farolillo o carburo, que anunciase la presencia de cualquier vecino pasadas las nueve de la noche; acoso terco y pertinaz a los puntos de apoyo, enlaces o encubridores; aplicación de la ley de fugas; apoyo incondicional a las contrapartidas, y toda clase de actuación efectiva.

Las deserciones, sospechas, depuraciones, delaciones, venganzas y puro y simple bandolerismo hacen prácticamente imposible la vida en la sierra. La situación de los del monte dista mucho de ser asimilada por unos extraños guerrilleros que acabaron teniendo en contral hasta a su propio Partido.

Según las noticias que trae Justino, en Curiel, el grupo del Mariano asesinó al practicante por considerar que había delatado su presencia por las cercanías. Este mismo crimen fue atribuido, en algunos murmullos, a un tal Macario, vengativo labrador a quien el profesional le impedía acceder cómodamente a su huerto. Lo verdaderamente cierto es que la política de *tierra quemada* atribuida al general Pizarro Cenjor consiguió no solamente la multiplicación de las deserciones sino un cruel ajuste de cuentas entre los propios maquis.

Chimo pide los prismáticos que lleva colgados al cuello por el barboquejo Cazador y detiene a la contrapartida. Unos instantes de quietud y señala un punto no muy alejado.

—Allí, jefe, en el nogal. Junto a las piedras apiladas.

Paco coge los gemelos dirigiendo la visión hacia donde le indican. Otros momentos de observación y ordena a sus hombres caminar prevenidos hacia el lugar. Pisotean sin excesivo cuidado unos banales, detienen la marcha a una prudente distancia del objetivo y el sargento manda adelantarse a Cazador. Agazapado, medio reptando entre matojos, escopeta entrecruzada entre los codos que hacen de soporte, el destacado llega a unos metros del árbol. Se medio incorpora, queda unos instantes

en suspenso, se levanta y hace señas a sus compañeros de que se aproximen. El espectáculo que contemplan es repulsivo.

—Descolgadlos —ordena Paco.

—No hacía falta ponerlos así —habla Chimo— con el tiro era suficiente.

Justino corta la soga y baja a la mujer mientras los otros lo hacen con el hombre. Pendían del nogal, boca abajo, sujetos por los pies a dos ramas, las manos atadas a la espalda, la mujer con las faldas púdicamente recogidas en las piernas por una cuerda, los dos cadáveres con un tiro de gracia en la cabeza de las que pendían restos de masa encefálica y chorretadas congeladas de sangre. Ninguno de los hombres de la contrapartida es precisamente pusilánime, pero alguno de ellos no puede evitar una arcada.

—¿Qué hacemos con ellos, jefe?

—Dejadlos en el suelo. Ya diremos a los de la masía que se encarguen de enterrarlos.

—La helada los conservará —Cazador no es melindroso, se ve que está acostumbrado a contemplar la falta de vida.

—Echadles encima algo de nieve. No es agradable dejar los cadáveres al descubierto.

—Por los buitres.

—Por los buitres y porque son seres humanos.

Allí quedaron, cubiertos de un manto blanco, los cuerpos de los dos infelices. Mirlo y compañera, pasarían a la historia del maquis como unos amantes que primaron la pasión sobre la conveniencia. Según se cuenta, la chica no pudo soportar el abandono de su amiga e intentó presentarse a la Guardia Civil. Mirlo, embravecido y hastiado, acabó atándola durante la noche para que no se escapara. De esta forma fueron encontrados por los hombres de Ramiro que, sin compasión alguna, les dieron muerte. La ley de la venganza siguió provocando el llanto de los montes.

La masía del Chorrillo acoge a la contrapartida. Desde que los anteriores medieros colaboraban con el maquis y fueron abatidos por el ínclito Sobrapelotas, estaba ocupada por la brigadilla de la Guardia Civil. Grupo, en este caso, de cinco números y el sargento Bellido, correctamente uniformados, constituyendo un Puesto avanzado en la sierra, con su correspondiente armamento, munición y emisora de radio. Convivían amigablemente con los masoveros, prestándoles al mismo tiempo la debida protección. Siempre que alguno de estos tenía que marchar al pueblo, llevar el ganado, o incluso acudir a cierta distancia de la casa a realizar las labores del campo, era acompañado por los guardias.

—¿Qué tal vais? —saludó Bellido mientras abrazaba a Paco.

—Como siempre, siguiéndoles los pasos.

—Los hemos visto por el monte, pero no hemos podido darles alcance.

—Los habéis tenido cerca —advierte Paco—. A un par de kilómetros os han dejado un recuerdo.

El jefe de la contrapartida comenta con Bellido el asesinato de la pareja y el lugar donde han quedado. Descansarán esa noche mientras los medieros ayudados por dos números sepultarán los cuerpos de los dos desdichados. La camaradería de los guardias se exagera con la relajación y la buena cena. Alubias con chorizo y patatas. ¡Manjar de dioses! Las tres mujeres que habitan la masía adoban el condumio, mientras los dos masoveros rellenan las botas. Son once guardias civiles y cinco paisanos, dieciséis personas en total. La Comandancia paga con holgura el mantenimiento de la brigadilla, y siempre hay sobras de buen paladar. Mucho se ha escrito sobre la llevadera vida de los guardias en la sierra, sus divertimentos y hasta depravadas orgías. Hasta la fecha nadie ha conseguido especificar estos hechos, a no ser que se tomen como tales, las escasas horas que, como en este caso, descansan, juegan a las cartas, se ríen las gracias y hasta sueltan algún chiste subido de tono.

Mientras la noche esconde la blanca nevada, desaparece el sonido de los montes, calla el chicharreo de los insectos, y se oculta todo sentido de vida, la partida de Ramiro se ha visto obligada a hacer alto en unos corrales, a corta distancia de un poblado. Son ocho hombres guiados por el Hurón que han cumplido la justicia de la sierra.

Ha dejado de nevar y ahora unos tenues chaparrones deshacen la nieve caída, resultando todavía más dificultoso caminar por el monte. La sequía que padecía el campo parece que pudiera beneficiarse de esta meteorología, a no ser que la nevada hubiese helado la tierra sedienta y no dejase margen de esperanza. Los maquis no pueden permanecer toda la noche en el encerradero, han perdido mucho tiempo en quitarse de en medio a los fugados, están demasiado cerca de una aldea que, aunque posiblemente no despierte, tampoco conviene dejarse ver. No podrán llegar de noche hasta la central que abastece de electricidad a cinco o seis poblados, pero al menos tienen que guarecerse en las cercanías antes de amanecer.

—¿Queda mucho? —interroga Ramiro mientras se lía un cigarro en el aprisco.

—Poco trecho, pero muy duro. Hay que ascender todo el crestón.

—¿Cuánto tiempo?

—Normalmente dos horas. Hoy no sé.

—¿Cuántos guardias?

—Siempre son tres. Con el mal tiempo estarán cobijados en la caseta.

—Eso nos vendrá bien.

—Puede —vacila el Hurón—. Pero desde allí vigilan todo el esqueleto de postes.

—No podemos llegar una vez amanecido.

—Claro que no —certifica el guía—. Marcharemos ahora hasta quedar a unos trescientos metros de la garita. Hay una zanja de la guerra que nos servirá de escondrijo.

—¿Es segura?

—Pssch. A mí no me han visto nunca cuando me he acercado.

—Pues vayamos —ordena Ramiro—. Tenemos que llegar de noche al nuevo

escondite.

La partida se arropa en sus chaquetones, algunos llevan *tres cuartos*, se embozan las bufandas encajándose las gorras, cogen las armas y macutos y emprenden la marcha. Van ateridos, medio encogidos, con guantes de lana y pantalones recogidos por los calcetines. Como un *puzzle* encajado por el destino, se escucha el lejano resoplido de un tren y, mucho más cerca el sorpresivo relincho de unos caballos. Ramiro manda echarse al suelo, Hurón se escaquea en la invisibilidad, alguien torpemente o de forma accidental, dispara un fusil repetidor inmediatamente respondido por el traqueteo de una ametralladora de campaña, y el coclear de caballerías. Una patrulla de guardias a caballo han contactado con la partida. Los instantes de confusión solo permiten escuchar, aparte del sonido de los disparos, los gritos de Ramiro ordenando el regreso a la base. El rompecabezas se completa con un nuevo chaparrón. Barro, sangre, gritos y gemidos enfangan la atmósfera. Luego un extraño silencio sólo alterado por el piafar de unas cabalgaduras. Cuatro guardias civiles van apareciendo, poco a poco, en escena, rebuscan con las linternas, y encuentras dos cuerpos sin vida. Rubio y Manuel han pasado a mejor vida.

—Tenía razón el enlace.

—Nunca ha fallado.

—¿Pero, lo conocéis?

—Sólo el teniente. Ya lleva tiempo con el doble juego.

—Hay quien dice que desde los tiempos de los huidos.

—Cualquiera sabe. Lo cierto es que nos sirve de escobón.

—¿Y cómo sabe tantas cosas?

—Al cabo Justino le oí decir, cuando estaba en el cuartel, que va soplando poco a poco. No quiere descubrir todo el pastel para asegurarse con nosotros.

—Pues dicen que estuvimos a punto de cargármolo.

—Sí. Cuando la contrapartida del sargento Bellido liquidó al Julián. Estaba por allí, y como nadie lo conoce pues...

—Y aunque lo conociésemos no haríamos ningún daño si lo matásemos. Estas sabandijas además de asquerosas son peligrosas.

—¿Y qué hacemos con estos? —el guardia civil señala a los dos maquis abatidos.

—Cargarlos en la caballería. Hay que llevarlos al pueblo —da un respingo de asco mientras ayuda a colocarlos.

—Hay que pasearlos como escarmiento —comenta un guardia mientras se ajusta el tricornio.

—Al teniente no le gusta eso —el que habla es un guardia de primera.

—Pues en tiempos del Sobrapelotas estaba la cosa de buen ver.

—Pero ahora no.

—De todas formas son unos malnacidos.

—Eso es otra cosa. Hijos de P... asionaria. Nosotros somos otra cosa.

—Tampoco nos andamos con chiquitas —comentó el más joven que, hasta

entonces, no había soltado palabra alguna.

—¿Y qué quieres que hagamos? Nos jugamos la piel igual o más que ellos. Mi mujer ha perdido el crío por las angustias.

La conversación se detiene bruscamente, vuelve a llover, los caballos chapotean en el barro, los dos guardias que van a pie con sus monturas cargadas de muerte, se recogen las capas librándose del fango como pueden. En las primeras revueltas del camino se avista el inconfundible hito del Chirimito, darán un rodeo para no entrar en el pueblo con el trágico lastre. Seguro que no hay nadie por las callejas, pero mejor es hacer las cosas como Dios manda, aunque sean del diablo. Pasan por la era del Pobre, las escuelas, van calados hasta los huesos, atraviesan la plaza de la iglesia, por detrás del Ayuntamiento, uno de los montados se santigua, los tricornios dibujan reguerillos de agua que resbalan por los laterales, no hacen sombras, porque son ellos mismos que las parecen, uno lleva un legui desabrochado por donde le entra la lluvia, no hace caso, lleva mojados los pies, como los sentidos, como el alma. Se cruzan con el sereno que acaba de cantar las cuatro, corroborando el aguacero. La calle se estrecha, pasada la iglesia, con cierto sabor moruno que marca la encalada fachada, de buen aspecto, rejas cruzadas y balcones de madera. A pesar del mal tiempo y la negra noche, la cortinilla de un ventano se descorre tímidamente. Desde su habitación de la casa del cura, Palmirica esfuerza los ojos por distinguir el cortejo. Los ruidos de cascos a esas horas solo pueden pertenecer a los caballos de los guardias. Sabe que Paco no va con ellos, pero todo lo que transporta el viento con sabor a Benemérita voltea el ritmo de su corazón. No, no es él. Lo sabía, pero muchas veces un simple sonido trae el sentimiento de su recuerdo. ¿Por dónde andará esta noche? ¿Cuál será su cobijo? Acaso aguante a la intemperie el furor de los cielos. O quizá... ¡No! ¡No quiere pensar en eso!

—¿Qué pasa Palmira? —la voz de su madre pregunta por unos sollozos que no se han escuchado. Duermen en la misma habitación, pero aunque no fuera así, existen sentimientos que se transmiten sin sonido alguno.

—Nada madre. Que me han despertado las cabalgaduras.

—¿Qué cabalgaduras? —inquiérese adormilada la mujer, que nada ha oído.

—Ninguna, madre. Debía estar soñando.

Las dos callan. Una sigue durmiendo sin haber siquiera despertado del todo. La otra se arrebujá entre las mantas, secándose los ojos con la sábana que tanto sabe de llantos. En la habitación de arriba, don Jesús debe soñar con San Pedro armonizando con ronquidos el fragor de la tormenta.

La fúnebre comitiva ha llegado a las puertas de la casa-cuartel. Desde la ventanilla del portón el de guardia hace tiempo que los ve llegar. Cruzan la entrada y paran en el patio donde, después de bajar los cadáveres y depositarlos sobre la balaustrada, uno de los guardias conduce a las monturas a las cuadras. El teniente ya se encuentra en la galería antes de que encerrasen a las cabalgaduras.

—¿Vosotros qué tal? —es lo primero que pregunta.

—Nosotros bien, mi teniente. El informante acertó de pleno.

—¿Cuántos eran?

—No sé, mi teniente. Creo que cuatro o cinco.

—¿Sabéis hacia dónde han ido?

—No, mi teniente —el guardia de primera respondía entrecortado, aterido de frío aunque estaban resguardados bajo los porches—. Tampoco hemos visto a nadie de la contrapartida.

—Están en el Chorrillo con Bellido, me lo acaban de comunicar por radio. Anda, marchad a limpiaros y descansar un poco. Recoged antes a los muertos y dejadlos tapados a la entrada de las cuadras. No conviene que los vean las mujeres ni los chicos. Mañana será otro día.

Pecharromán y el de puertas inspeccionaron someramente los cadáveres. El número logró identificarlos como el Rubio, cantarero de Beniven y Manuel, de La Losa, pueblos vecinos al suyo. No eran mala gente, pero habían cometido muchos robos y atropellos durante la guerra, aunque no se les atribuía ninguna muerte. Se sabía que pertenecían a la partida del Ramiro.

—Mañana llamáis a don Antonio —el teniente deseaba hacer todas las cosas en regla—. Están muy muertos pero el médico es el médico —se marchaba a su apartamento y volvió a detenerse—. ¡Ah! Y avisad también al cura, no sea cosa que nos eche los perros por no dejar que les de su bendición. No sé para qué les va a servir, pero, en fin, las cosas son así.

Totalmente al margen de estas circunstancias, los hombres de Ramiro iban llegando a la cueva. Pronto se percataron de que no estaban todos. El jefe realizó algunos comentarios, más bien parcos dada la situación y la contenida ira del fracaso.

—Faltan Manuel y el Rubio.

—Vi dos cuerpos tendidos revolcándose en el suelo —Antequera respiraba fatigado.

—No pueden ser otros. A los guardias ni los hemos visto.

—Podría ser el Hurón —aventuró el Pastor, mientras blasfemaba con intención Cortazar.

—¡El Hurón tiene que ser quien nos ha vendido!

—Cierto —confirmó Ramiro—, pero ha firmado su sentencia de muerte. Lo cazaremos como a la parejita —maldijo escupiendo en el suelo—. ¡Aunque sea lo último que haga en la vida! —luego, más calmado advirtió—: Quitaos la ropa, sólo falta que alguien se ponga enfermo, cuidado de no encharcar el suelo y encended fuego. Tú —ordenó dirigiéndose a Fermín— prepara algo de comer y saca la bota.

Cuántas horas muertas se pasan en la sierra. Son las peores. Infinitamente más amargas que las dedicadas a una peligrosa situación en la que incluso se apuesta por la vida. Mucho se ha dicho sobre las actuaciones del maquis, posiblemente demasiado si se compara con el silencio sobre esa eterna ociosidad que, aunque parezca irreal, acapara la mayor parte del tiempo en el monte. Horas en las que se

piensa, se recuerda, se vive un tiempo al que no se está acostumbrado que pesa como una losa sobre la penosa soledad o, lo que es peor, sobre la problemática convivencia.

La vida cotidiana de la España del maquis, esa microhistoria plagada de anécdotas, vivencias personales, murmuraciones, añejas creencias, maledicencias y suposiciones, conforman un escenario real en el que se desenvuelven los protagonistas del drama entre gran número de comparsas. Comparsas a las que no puede negarse su importante papel, sin el cual no podría desarrollarse la tragedia. Desde el epicentro del maestrazgo, extendiéndose por las bravías sierras que lo conforman, se representa una triste, dolorosa, y muchas veces incomprensible historia silenciada por el llanto de los montes.

Una partida de seis guerrilleros lame sus heridas en una escondida cueva; un jefe de línea dispone las órdenes recibidas de Pizarro; un par de mujercitas, medio guardia, medio maqui, aprietan sobre el corazón el temblor de sus manos; una contrapartida abandona el puesto avanzado de la Guardia Civil trasegando pinares, piedras, zarzas y bosques impenetrables; un jefe de Agrupación, junto con un grupo de hombres busca la frontera francesa dejando a su paso miedo, angustia, lágrimas y sangre; un ser menudo, extraño, repugnante, apodado el Hurón concierta con la Comandancia de la Benemérita esa huida a Francia, favor comprado a base de traición a sus compañeros; mientras un par de solteros sesentones pasean por la cañada de Costilleo.

—Esto se acaba, don Jesús.

—Se está acabando desde que empezó, y ya llevamos sus buenos cuatro años.

—Cierto. ¿Y cuántos muertos llevamos ya?

—No llevo la cuenta, doctor, pero unos cuantos, y los que quedan aún.

—¡Esto es una locura! ¿Cuándo se acabará con todo?

—Cuando Dios quiera, don Antonio, cuando Dios quiera.

—Pues ya debería querer. ¡Digo yo!

—No blasfeme, querido amigo. El de arriba escribe con renglones torcidos.

—Podría haber aprendido ya a hacerlos rectos.

—¿Y para qué?

—Pues para que lo podamos entender.

—No se minusvalore, carísimo, no se minusvalore ni lo haga conmigo. Sé muy bien que me entiende perfectamente.

—A usted lo entiendo perfectamente, reverendo. Al Otro es a quien no lo acabo de interpretar.

—No hay que interpretar nada, doctor. Solamente hacerse como niños.

—¿En comprensión o en ignorancia?

—En sencillez.

El silencio fue la respuesta confirmativa de la opinión del cura, silencio que fue interrumpido por unos conocidos sonidos que se escuchaban en la lejanía y que hicieron detenerse a la pareja contemplando el lugar de donde provenían.

—Ni perdigones, ni postas, ni cartuchos de ninguna clase. Disparos de fusil.

—Que nos lo digan a nosotros que sabemos de caza. De fusil repetidor para más señas.

—Le apuesto unos vasos a que son del Manco de la Pesquera.

—No me parece que la apuesta —razonó el mosén— aunque sea sobre algo *non santo* ofenda al Señor. Yo creo que el de La Pesquera se acabó con lo de Fuencaliente.

—Sabrá usted, querido cura, mucho de latines, pero del Manco anda un poco despistado.

—¿Pues no le asaltaron los guardias el campamento?

—Y tanto. Pero a él, curiosamente no le pasó nada y salvó el pellejo.

—Quiere usted decir que...

—Yo no quiero decir nada más que lo del *dicitur* que critica usted. Conocí a Basiliso Serrano Valero, Manco de la Pesquera, en el pueblo de su apodo. Y para empezar, la hipertrofia del mote la lleva por la falta de dos dedos de su mano izquierda producida por un petardo en unas fiestas. Fue siempre militante libertario, desde antes de la guerra civil, y se echó al monte en el verano del cuarenta y cuatro, cuando yo ya no estaba en el pueblo.

—¿Y dice usted que se salvó por pelos de lo de Fuencaliente?

—Parece ser que precisamente por no tener pelos en la lengua. Usted me entiende.

Sin conseguir completar el *puzzle*, como en la mayoría de los casos del maquis, se acusaría a los servicios internos de la Guardia Civil del asesinato del alcalde de Santa Cruz de Moya, Celso Fernández, atribuido, por otros al celeberrimo maqui.

La historia del Manco ha sido relatada por muchos autores con más o menos acierto. Según Salvador F. Cava en *Las dos vidas del Manco de la Pesquera* se constata su presencia en las aldeas de Alcachozo, Puebla del Salvador, Almodóvar del Pinar, Fresneda de Artalejos, y todo el sector de Parras de la Vega, imputándosele las muertes del número Heliodoro Martínez y del cabo de la Guardia Civil Gonzalo Valderrama, cerca de Gabaldón, en abril de 1947. Robos, atracos, utopías y vandalismo adornan la leyenda del controvertido guerrillero que, entre otras cosas, secuestra al transportista maderero Miguel Perfecto en la carretera entre Enguítanos y Cardenete, se esconde en unos molinos de Poyatos y toma parte en la muerte del secretario del lugar Leovigildo Enebra. Sin embargo, justo es señalar que durante la República, como miembro destacado de la CNT en su lugar de origen, evitó serios desmanes, oponiéndose a las purgas contra destacados derechistas que se daban en aldeas vecinas y evitando los asesinatos del párroco de su pueblo y de otro cura amigo.

Los dos tertulianos, interesados en el tema y movidos en algo por un disculpable morbo al que, en este caso, no molestaba la sotana, trataban de estar al día de lo que sucedía a sus alrededores, uno por el bienestar físico de sus pacientes, y el otro por la

paz espiritual de sus feligreses.

—¿Y *dicitur* que intervino el susodicho en el desastre? —interrogó el clérigo.

—Parece ser que los pilló desprevenidos, sin ni siquiera montar vigilancia, existiendo indicios de presencia de gente extraña, atribuida inocentemente a pastores. Además, hay datos que aseguran que el Manco la única orden que dio fue la de *Sálvese quien pueda*.

—Desde luego él se salvó.

—Sí —corroboró el médico—. Lo que no comprendo es cómo con todas estas dudas y raros sucesos, continúa con vida.

—Ya le digo, querido doctor, que los designios de Dios son inescrutables. Además ¿quién le asegura que lo que usted piensa es lo cierto?

—Nadie, nadie —se apresuró a decir el galeno—, yo solamente le he aplicado el *dicitur*.

Con la caída de la tarde, los dos fraternales amigos, silenciosos y algo cabizbajos regresaron a sus casas. Don Jesús, como siempre, deseó al doctor sus buenas noches acompañada del «hasta mañana si Dios quiere», y el facultativo le respondió, también como de costumbre, con el cariñoso y un tanto socarrón «y usted que lo vea».

No era raro escuchar ruido de disparos en los montes, la vida continuaba su curso y, a todo caso, a algún paisano se le apoderaba el miedo un tanto más que el día anterior. Las mujeres elevaban los ojos al cielo en muda plegaria, los que estaban en el bar cruzaban miradas de reojo, algunos jugadores dejaban de golpear en el mármol las fichas de dominó y, los que volvían de la sierra apresuraban quizá un poco el paso para llegar a sus casas. Los simples tiroteos, si no frecuentes, tampoco excepcionales, solían ser solucionados por la *pareja* de turno y, en todo caso, por la comandancia de puesto.

Sobre el dudoso comportamiento del Manco de la Pesquera en el asalto al campamento de Fuencaliente, uno de los guerrilleros que logró escapar herido relata:

No lo pensé dos veces. Salí vallejo abajo. Creo que al principio no se dieron cuenta y antes de llegar al río Cabriel hay unas paradas de terreno llano y estaban sembradas de centeno, yo di media vuelta y me metí en el sembrado y parece que dejaron de tirarme. Había una parada y detrás de la pared allí me senté y allí empezó a escocerme. Fue cuando me miré la pierna y yo vide la herida y, como nosotros llevábamos una bolsa para estos casos, allí me curé. Terminado esto aun seguía el tiroteo. No pude menos de fijarme a la parte de arriba de donde nosotros estábamos, te veo a cuatro guardias disparando sobre mis compañeros. No lo pensé más y les disparé los cinco tiros que llevaba el mosquetón, y con aquello se acabaron los tiros. A poco llegó el Manco al río. Se paró, tiró la metralleta y los cargadores al mismo río, se quitó la chaqueta, se la puso al hombro y empezó a caminar y no le dispararon ni un solo tiro, por eso digo que nos vendió^[24].

24. Orgía de sangre.

Ilusión truncada.

Todavía lleva en su zamarra las muestras de escupitajos, vómito y unos profundos rasguños. Señales de uñas ásperas y duras surcan su mejilla izquierda, de sus labios sale un ligero hilillo de sangre y sus manos, todavía agarrotadas, no acaban de relajarse tras su vesánico crimen. Con sus dedos gruesos, fuertes, cubiertos de vello acaba de estrangular a la mujer que ha violado hace unos minutos. No siente pena, pero tampoco satisfacción, no percibe remordimiento alguno, pero también le es negada la complacencia. Da un traspíe y unas arcadas impregnan aún más el suelo con hedor de mugre, vino, sudor y secreciones. La macabra orgía de Mariano y sus hombres produce gritos sin voz, carcajadas sin alegría, palabras sin sentido, y golpes sin razones. El pequeño caserío, apenas tres casucas y dos corrales, ha quedado desierto. Sus habitantes han huido cobardemente abandonando la única pequeña masía digna de ese nombre donde los maquis han entrado a saco. Tres mujeres, un viejo y dos niños han sufrido las vejaciones de unos hombres enloquecidos por el alcohol, el temor y la cobardía. Pero ha habido suerte, duele decirlo, solo ha muerto una de las dos jóvenes, la asesinada por Mariano, la única que, por su juventud, ha pagado su resistencia con la vida. Los hombres se tambalean entre muebles viejos, cuerpos, vidrios rotos, cántaros destrozados y enseres desplazados. Mariano intenta imponer su autoridad con un ímpetu que no posee, chilla, eso sí, y sólo logra hacerse oír cuando grita desaforado una mentira efectiva.

—¡Los guardias! ¡Que vienen los guardias!

Torpe, atropelladamente, de forma infausta si fuera cierta la alerta, corren desaforados hacia la puerta en una huida desesperada. Pero el jefe ha sabido sobreponerse. Ríe brutalmente enfureciéndose y hace entender a los ebrios de vino y locura que no pueden permanecer más tiempo en lo que, de hecho, representa una trampa mortal. Aún aturcidos, los hombres comprenden la situación, cogen sus armas, intentan recoger sus atavíos lo mejor posible y salen a trompicones de la casa. Uno, dos, siete, quince, veintitantos maquis en total, se echan al monte, en el sentido más literal de la frase. No saben dónde van, pero saben muy bien de dónde vienen. Hay que correr, reptar, huir, alejarse lo más posible del siniestro, calamitoso y

desgraciado escenario del que han sido artífices. Tardarán toda la noche y siguiente amanecer en derrumbarse sobre un carrascal. Puede ser que alguno piense, pero es seguro que no racionaliza sus sentimientos. Mariano necesitará más de cuarenta y ocho horas para disponer de su agrupación.

Estas situaciones no fueron frecuentes, pero existieron. La soledad, frustraciones, necesidades, angustia, miedo, incertidumbre y privaciones, azotaron cruelmente a los guerrilleros. Las partidas tenían órdenes expresas de respetar al campesinado, sobre todo a las mujeres, en ocasiones se ajustició a los infractores, pero, en otras también se incurrió en el libertinaje. La historia del maquis está repleta de relatos donde las mujeres se plegaron a los deseos, algunas por las buenas, otras con menos comprensión, y hasta con promesas y engaños. También existieron forzamientos y estupro, y hasta el doloroso e incomprensible consentimiento de padres que por salvar la vida perdieron la honra. Hembras hubieron que esperaban la marcha de sus maridos para acoger a algún guerrillero, y otras que acompañaron al monte a sus amantes, novios, o esposos. Según el doctor José Gabaldón, en sus notas personales recogidas en *El rabo del diablo* asegura que en la serranía conquense una mujer se plegó, por ideología política, a cubrir las necesidades sexuales de una partida turnándosele entre los hombres. No faltaron empleadas del sexo en alguna masía apartada. Sin embargo, la mayoría, gran mayoría, permanecieron firmes, incluso mojígatas, con el consiguiente respeto por parte del maquis. Justo es reconocer, que no se dieron circunstancias de homosexualidad ciertamente proclives en situaciones de aislamiento, promiscuidad, soledad y angustia. Los casos de la Peluquera y la Pastora son realmente excepcionales. El primero fue un palmario homosexual, el segundo, más producto de la desgracia que de la torpeza.

Manuel Villas Raso, escribe en su libro *La Pastora: el maqui hermafrofito* que Teresa Plá Meseguer, conocida como La Pastora, nació en Mas de la Pallisa, Vallibona, Castellón en 1917. Aquejada de un pseudohermafroditismo masculino, fue considerada mujer hasta que una mañana invernal la humilló un grupo de muchachos comandados por un teniente de la Guardia Civil, que la obligaron a desnudarse. Parece ser que desde entonces cambió sus ropas femeninas y adquirió los nombres de Florencio, Teresot y Durruti. Agregada al maquis fue durante quince años la pesadilla de la Guardia Civil. Los últimos años en el monte los pasó junto a Francisco, otro guerrillero perseguido por la justicia. Capturada por la policía andorrana en 1960 fue entregada a las autoridades españolas, pasando unos diecisiete años en la cárcel acusada de la muerte de veintidós guardias civiles, siete alcaldes y un ermitaño. Amnistiada en diciembre de 1977, resulta uno de los personajes más controvertidos y misteriosos de las guerrillas españolas.

La nefanda y obscena actuación del grupo de Mariano no podía quedar sin respuesta. Respuesta que, en ocasiones, sobrepasaba la acción a represaliar y que, por esta vez, pareció leve, infructuosa, sin duda alguna difuminada por el silencio de las montañas. Pizarro Cenjor, el general maldito para el maquis abandonó su puesto de

mando para acceder personalmente a las comandancias de su dependencia. Nunca se supieron las normas dictadas pero, realidad o ficción, se forjó una leyenda de *tierra quemada*, que fue agrandándose hasta el ocaso de la lucha antifranquista. Pecharromás, ordenó a todos los puestos de su línea rastrear hasta el último matorral sobre la tierra, se trataba de una guerra sin cuartel donde sólo contaban los resultados. Una parte del grupo de Mariano, permaneció cercado durante tres días en Rambla seca, cerca de Mosqueruela, donde los guardias abatieron a dos de los escondidos e hirieron gravemente al que hacía de practicante. Este último, con un torniquete en la renqueante pierna, y otro en el brazo, se arrastró más de cuatro kilómetros intentando llegar a un punto de apoyo, que ocupado por la contrapartida le remató «misericordiosamente».

—¿Es Mariano? —preguntó Paco ansioso.

—¡Qué va, jefe! Ni se le parece.

—¡Hay que cargarse a ese hijo de perra!

—Lo encontraremos aunque se esconda en el infierno —el cabo Justino no estaba tan seguro de lo que decía—. No debimos rematar a éste para que cantase.

—Los de arriba ya no quieren prisioneros.

—Ni tenemos por qué hacerlos —concretó el cabo—. Solamente dejarlos vivir un poco más —la macabra afirmación hizo medio sonreír al jefe.

—Pues de la Rambla no tienen que escapar todos. Los tenemos en un puño. Por lo menos quedan cinco o seis.

—Cuatro o cinco —confirmó Justino al poco rato, después de ametrallar unos matorrales.

Dos bombas de mano estallaron a pocos metros de los guardias. No estaba tan claro el asunto. Los maquis iban bien pertrechados y sabían, de sobra, que se jugaban la vida. Unas cuantas explosiones más, zumbidos de proyectiles que rebotan entre las crestas de las rocas, ruidos que el miedo hace no se correspondan con la realidad, gritos, blasfemias, órdenes inconexas, humo, mucho humo producido por cartuchos llenos de pólvora usados como barrenos, con finalidad de intimidar y facilitar la escapada. De entre todo este averno de tinieblas y muerte, estremece paradójicamente un lamento suplicante: «¡*Mare de Deu ampareume!*^[25]». No todos conocen el valenciano, pero no hay un solo hombre que no entienda el ruego, y más de uno siente algo extraño en los ojos que no es precisamente debido a la humareda. El jefe de la contrapartida da la orden de asalto, y los cinco guardias civiles, prácticamente al unísono, descargan sus armas irrumpiendo sobre una pequeña hoyita, concavidad cercada de piedras, zarzas y carrascas, sin saber a ciencia cierta lo que encontrarán en ella. Luego el silencio, ese silencio que parece sólo existir en los cementerios, con brisa de sabinas rastreras, variedad ramosa de pequeñas hojas pegadas a la rama. La densa masa de humo que cubría la zona hace unos instantes, parece haber desaparecido por completo, como si quisiera dejar al descubierto una hedionda y taciturna escena. Dos muertos, una caja de petardos, dos mochilas repletas de

propaganda, unas cuantas municiones y, lo más preciado para la contrapartida, una radio-emisora portátil. Por parte de la Guardia Civil, ninguna baja. El sargento se sienta sobre una roca mientras su gente realiza la inspección, recuento de enseres y toma de datos. La abrumadora calma que sucede tras un episodio enervante, desconecta los enlaces neuronales sin permitir siquiera racionalizar sentimientos. Hay quien llora tras la alegría, y hasta ríe en la desgracia, y grita en el silencio o permanece mudo en el estruendo. Poco a poco, por la mente del guardia civil pasan imágenes, imágenes sin sentido, como el grabado de un modelo irreal, sensitivo, tranquilizante y evocador. Y al poco rato, las láminas adquieren vitalidad, realismo, recuerdos, ilusiones, temores. Sin saber por qué piensa que el miedo ayuda a seguir con vida, que la memoria ayuda a transitar, a querer, a vivir. Y extrañamente se sintió también amargado, dolorido, resentido de lo que debía considerar como victoria. Volvió a cambiar bruscamente el calidoscopio y siguió el rastro irreal de una figura que recorría la quebrada sierra, de Palmira, prendado de su alegre caminar, de sus ojos, de su clara mirada, de su airoso porte aldeano y majestuoso, de sus labios, de su sonrisa, y hasta le pareció escuchar cercana su voz, como si inundara el valle con su eco.

—Jefe, todo listo —la voz de Justino le sacó del ensueño—. Están ya identificados. No hay más que echarlos al hoyo.

—¡Aquí no hay nada que hacer más que enterrarlos!

Tardan poco en cumplir la humana obligación de enterrar a los muertos. Los cinco guardias civiles recogen sus cosas y siguen los intrincados pasos de la montaña. Nada nuevo ha sucedido, y aunque alguno siente el agri dulce sabor del antónimo vida-muerte que le impide el sosiego, nadie duda que han cumplido con su deber, un deber difícil y sencillo, penoso y satisfactorio al mismo tiempo. No saben hacia dando marchan, ni siquiera el jefe de la contrapartida tiene un objetivo determinado. Caminar, vigilar los montes, buscar el encuentro con la guerrilla, proteger a quien lo necesite, machacar a quienes se le opongan. Hay un lugar en la mente que inhibe la conciencia moral cuando ésta zona está encerrada por el caos de los sentidos. Lo bueno y lo malo no aparecen como oponentes sino convertidos en un todo que, juzgados por el instinto de supervivencia, se muestran indiferentes entre sí. Estará bien o mal según el automático reflejo de la conveniencia. Esto no destruye el libre albedrío del individuo pero dificulta seriamente el acto voluntario. Los guardias saben muy bien que aún les quedan muchas horas sin tomar contacto con poblado alguno. Son de siete a diez días los que deben permanecer en la sierra, perdidos entre matorrales, sobreviviendo por sus propios medios, alimentándose en masías, caseríos, e incluso por rapiñas, beberán en las fuentes, o en los ríos, dormirán al aire libre o en peligrosas cuevas donde un descuido puede ocasionarles la muerte ante el acoso no solamente de guerrilleros sino de sus propios compañeros que desconocen su localización.

El sargento jefe delibera con sus hombres y decide dirigirse a la masía Pomerale,

gente dudosa que conocen solamente de referencia. Sobre el primitivo masovero no habían dudas, pero los actuales, hermanos de la viuda, aún con las buenas referencias de la mujer e hija, no son todo lo seguros que Paco considera. Con el objetivo fijado siguen la estrecha senda que bordea el inconfundible y soberano pico de Peña Blanca, atraviesan una pequeña pista forestal que les conduce a un nuevo paraje más adusto y de brava topografía, comparan su pequeñez, prácticamente diminuta, cuando caminan bajo el desafiante paredón rocoso que domina la montañosa sierra de Gúdar, con sus hieráticos peñascos que conforman terroríficas simas y agrietados escollos. Desde una de estos disimulados resquicios unos prismáticos siguen la marcha de los caminantes. Les observan con detenimiento intentando descubrir su identidad o, cuanto menos, su procedencia. Parecen guerrilleros, cierto, pero ni Ramiro ni Cortazar, tienen noticia de partida alguna cercana. Antequera apuesta por ser un grupo perdido de maquis que busca la masada, opinión aceptada por Fermín, pero el Pastor asegura que no son gente de la zona.

—Si fueran de los nuestros sabríamos algo. No existe grupo alguno de guerrilleros cerca de aquí. Los de Mariano huyen por las buenas. Los últimos deben haber sobrepasado ya Mosqueruela buscando el camino de la frontera.

—Pero sabemos que se han *desparramao* en pequeñas camarillas —apuntó Fermín— que deben estar perdidas por estos montes.

—No pueden estar tan despistados como para retroceder —Cortazar estaba inquieto, se le notaba en que parpadeaba continuamente siempre que estaba nervioso—. ¿Y si fueran de la contrapartida?

—¡No mentes al diablo! —masculló el Pastor mientras susurraba por lo bajo—. Podría ser...

—El Zagal está en la masía.

—Ese maldito crío nos va a traer complicaciones —sentenció Fermín.

—¿Y qué quieres? ¿Qué nos lo carguemos? —masculló Ramiro.

—Puede ir alguno de nosotros a ver quiénes son.

—¡Estás loco! Ni movernos —Ramiro había cogido instintivamente su arma apuntando hacia la lejanía—. Saldremos de duda sin exponernos.

La contrapartida llega a la masía. Maiques se adelanta cubierto por el cabo, los otros tres permanecen a la expectativa. La temperatura roza los cero grados, el viento es leve pero sumamente frío, y apenas aparece alguna estrella en el normalmente poblado cielo. Justino, como acostumbra en prevención, monta la metralleta a ráfagas. El primer guardia hace con la mano una señal de espera. A través del portón se escucha una lenta y triste melodía producida por un instrumento que parece apagado por sordina. No, no es un dispositivo acoplado, es simplemente que los gruesos muros mitigan el sonido de lo que, sin duda, es un acordeón. Estarán de fiesta en la masada. No, los acordes son demasiado melancólicos, lentos, nostálgicos que no casan con ninguna actividad festera. La curiosidad supera, por un momento, al recelo de los guardias. Escuchan, aguzan el oído intentando desbrozar unos arpegios

extrañamente cautivadores. Justino desgarró el velo del ensueño y golpeó la puerta.

—¡Necesitamos cobijo! —siguen instantes eternos de silencio—. ¡Somos amigos!

El acordeón ha dejado de sonar, hasta el susurro del monte parece haber desaparecido por completo, y el ligero siseo de los noctámbulos insectos parece haberse ocultado en las honduras de la sierra. El cabo vuelve a llamar. Ahora con más fuerza, y una voz femenina, desde dentro, pregunta tranquila y resuelta.

—¿Quién va?

—Guerrilleros —la voz del cabo es segura, imperiosa, parece atronar el espacio mientras se escucha el deslizamiento del cerrojo y el raspar de la poderosa llave—. No temáis nada, somos de paz.

Felicita se enmarca en el zaguán brava y sosegada; mira de arriba a abajo a los dos hombres e inquiere en su mutismo.

—Mujer, somos guerrilleros, déjanos entrar a recogernos un poco —las palabras del cabo Justino, hijo de la sierra, son apacibles, pacíficas, incluso solícitas, sabedoras muy bien de lo que se lleva en el monte—. Sólo queremos descansar.

—Sois únicamente vosotros dos.

—Y alguno más.

—¿Cuántos?

—Tres.

—Pasad —la mujer ejerce su potestad sin amilanarse—. No están mis hermanos, pero hay dos hombres en casa y mi hija.

—No temas nada de nosotros, siempre y cuando —matizó— seáis amigos nuestros —echando una ojeada a los presentes, un hombre maduro y un muchacho, indicó a Maiques—. Dile al jefe que pueden entrar.

Justino, buen subalterno, revisó rápidamente el comedor-cocina, y sin subir la escalera de obra medio sesgada que conducía al piso superior, interrogó a la mujer.

—Me aseguras que no hay nadie más en casa, ¿no?

—Exacto.

—Y este hombre, ¿quién es?

—¿No lo ves? —respondió arrogante Felicita—. Un músico al que damos de comer a cambio de sus trovas.

—¿Y el chico?

Unos instantes de silencio que se hicieron eternos aceleró el corazón del Zagal y Rosina, pero la masovera reaccionó con prontitud.

—¿Quién va a ser, si mis hermanos no están en casa? El pastor que nos guarda el ganado.

Junto al suspiro de alivio de la chica se advirtió la sutil mirada y la sonrisa de complacencia de ambos adolescentes. La dueña de la casa había salido en defensa del muchacho, lo que significaba, para ellos, la admisión en la familia. Eran tiempos de agobio, silencios, miedos, atavismos, prejuicios y severas costumbres. Una simple palabra, una mirada, un gesto tenían más sentido que un discurso, totalmente

impensable en aquellos lugares y circunstancias.

—Jefe, todo en orden —saludó Justino a la entrada de Paco y Chimo. El Cazador había quedado de vigilante—. Hasta tenemos un trovero que nos puede distraer un poco.

Los recién llegados saludaron a los presentes, dejaron sus armas apoyadas en la bancada alejada del fogón y Chimo se dirigió hacia el piso de arriba mientras Maiques recorría la casona, pajares, corrales y demás dependencias. La escena que se desarrollaba en la masada recogía todos los tópicos de la época. Felicita removía la olla, su hija sacaba unas hogazas de pan y un buen porrón de vino, el Zagal se hacía el hombre fumando un caliqueño que le provocaba lagrimear mientras entregaba al camuflado sargento la petaca del Poeta que pretendía figurase suya.

—¡Hazte un trova buen hombre! —solicitó Paco.

—¡Venga, Poeta, no te hagas de rogar! —insistió el muchacho mientras la torva mirada del citado le advirtió que no le gustaba lo llamasen por su mote.

—Acaba la que estabas verseando, o mejor, repítela entera —corroboró la muchacha.

Sin mediar palabra alguna, con la desgana que demostraba siempre ocultando, no se sabe por qué, su añoranza por la composición métrica de narrar un suceso, recogió del suelo el fuelle musical, y acarició con sus toscos dedos el teclado mientras plegaba y extendía las tablillas con sus válvulas. Con los primeros acordes, un bálsamo de templanza se instauró en el lugar, los dos hombres de la contrapartida que habían pasado la supervisión de la casona acudieron a la sala, y hasta el que estaba de vigilancia pegó el oído a la poterna. Junto a unos tristes y sucesivos arpegios, la tenue voz del Poeta compuso una serie de troveras que nunca se sabrá si fueron o no intencionadas dada la indiscutible sagacidad del músico.

En la plaza de mi pueblo
dijo el jornalero al amo:
«Nuestros hijos nacerán
con el puño levantado».

Esta tierra que no es mía
esta tierra que es del amo
la riego con mi sudor
la trabajo con mis manos.

Pero dime compañero,
si estas tierras son del amo
¿por qué nunca lo hemos visto
trabajando en el arado?

Con mi arado abro los surcos
con mi arado escribo yo
páginas sobre la tierra
de miseria y de sudor^[26].

En contra de lo que parecía esperarse, un silencio tenso, espeso, opresivo, pareció

cernirse sobre todos los presentes. Paco se levantó de la silla donde reposaba sorbiendo un tazón de caldo caliente deliciosamente grasiento, con sabor a tocino rancio, y se encaminó a la cantarera a echarse un trago de agua fría. Nadie levantó la vista mirando a los demás. Un extraño desasosiego había creado las palabras del Poeta que escondía tras su mueca una sonrisa interna, mezcla de satisfacción y odio imposible de explicar. El jefe de los guardias fue el primero en reaccionar.

—Muy bien, viejo. Veo que sabes reivindicar los derechos de los jornaleros. ¿No puedes trovar algo más alegre? —miró fijamente al bardo con una complaciente sonrisa, y el aludido, en su mutismo, siguió fantaseando una sonatina.

Caer en una leñera
una chispa, un fuelle vió,
se acercó, sopló y sopló,
y creció al punto la hoguera.
El fuelle tomar espera
después las de Villadiego;
pero es víctima del fuego.
Así los soplonos obran:
Primero enemigos cobran
y son las víctimas luego^[27].

El Poeta no posibilitó respuesta alguna a su versificación arrancándose por unos compases que aglutinó los sentimientos de todos los presentes. Su pasodoble preferido *Suspiros de España*, el que más tarde se confundiría con el de *En tierra extraña* de Doña Concha inundó con su nostalgia el trágico ambiente de los montes. Y al finalizar, ese momento instintivo del *olé*, acaso lo único excepcionalmente unificado de todos los españoles, amalgamó emociones de distintas ideologías.

Poco se habló después. Los hechos responderían más adelante de los pensamientos de cada uno. Saciado el apetito, rociadas las gargantas de tanino, esa sustancia astringente del hollejo de la uva, y corrida la petaca, Felicita dispuso el acondicionamiento de las gentes. Brava hembra de la sierra, mujer fuerte de la Biblia, heroica hija de una tierra castigada por la obstinada cerrajón de sus habitantes. El Poeta y el adherido pastor, pernoctarían en la cocina-comedor, los recién llegados no tendrían más remedio que acomodarse en el pajar, y ella, con su hija dormirían en el piso de arriba.

Los hombres de la contrapartida suben la pequeña cuesta que conduce a la era y llegan al pajar que viene a tener la entrada a nivel del primer piso de la masía. Con el calor de la paja, el resguardo de los muros y el perfecto techado para que resista la meteorología, resulta más que comfortable la nueva ubicación. Si a ello se añade el cansancio, la caliente olla y los buenos tragos, sin menospreciar los cigarros y hasta la música, aquello parece más una orgía de invierno que un obligado descanso. Sin embargo, el jefe no olvida que están de servicio, servicio duro en el que todavía les resuenan los mortíferos sonidos de las armas. Se monta la guardia en el exterior. Nadie ignora que están en zona de guerra, sin embargo la resistencia humana es limitada y, aunque a veces resulta extraño, a pesar del peligro, los cuerpos se

derrumban sobre esos agradables tallos secos, medio enteros o triturados destinados al pienso, a cubrir los techos de las chozas, a rellenar las albardas, o a cualquier otra cosa.

Una fría neblina cubre el valle y parte del collado deslizando sus brumas sobre los árboles. El vuelo silencioso de algún ave rapaz, posiblemente un búho, termina en una de las hendiduras del muro del pajar. El hombre que hace guardia busca con la mirada el hueco donde se ha cobijado e, instintivamente, dirige su arma hacia donde sabe no la usará. Así pasan las noches la contrapartida, siempre vigilantes, atentos a cualquier sorpresa, mimetizados con los montes hasta convertirse en seres naturales del entorno. Bajo el sotechado cuatro guardias civiles recuperan sus fuerzas, alguno, posiblemente Chimo, incluso ronca, pero no todos duermen. También los de la Benemérita son seres humanos, lo son, aunque muchos dicen que no sienten, que no sufren, que no saben de piedad y conciencia. Pero no todo han sido leyendas negras para el Instituto Armado.

La disciplina es, entre todas, la que rige con más imperio los deberes del Instituto. Ella conjura el desorden y preserva a la sociedad de confusión y de allanamiento de jerarquías. La disciplina es firmeza, decía el Duque de Ahumada, primer jefe del Cuerpo. Firmeza y luz, cabe corregir aludiendo al diamante. Ordenanzas y reglamentos de la Guardia Civil imponen previamente la subordinación al mando. La disciplina ha forjado el temple moral de la ejemplaridad del Arma, nunca agradecidas demasiado. Junto a la disciplina está vivo en la Guardia Civil el culto del honor, que transmiten como un legado o como un vínculo las promociones viejas a las promociones más nuevas^[28].

Acunando a su *naranjero*, el sargento jefe de la contrapartida ahoga los malos recuerdos del día dedicando sus pensamientos a quien lo espera, sabiéndola angustiada por sufrimientos, temores y desvelos. Quizá, medita, empiece a no querer acabar siendo la mujer de un guardia civil. La historia dice que muchas lo pensaron, pero fueron excepción las que se echaron atrás por tal motivo. No en vano las *guardiaciviles* eran consideradas por todos, para lo bueno y para lo malo, como componentes del Cuerpo. Pasan por su mente algunos recuerdos que ahora toman diferente sentido. La mujer del teniente, siempre serena, sonriente, complaciente y cercana a pesar de sus innegables temores en clara contraposición con la arisca del Sobrapelotas, hosca y antipática, cuando, hoy lo entiende Paco, era el escudo que protegía su acomplexada ansiedad, no exenta de angustia y miedo por su marido. Porque lo cierto es que, aunque cayeron asesinados por el maquis familiares de los guardias, pocas veces demostraron temor por ellos mismos. Existe un silencio, culpable sobre la vida de estas personas que, en las incomodidades de la casa-cuartel, sufrieron la soledad, el temor y hasta el desprecio de los mismos a quienes protegían. Unos por odio o vergüenza, y otros por cubrir sus propias responsabilidades de abandono, realizaron un vergonzoso pacto tácito de silencio, sobre los dos colectivos que más incompreensión, soledad y angustia soportaron en la España del maquis: los masoveros y las familias de los guardias.

Sobre un resquicio de la puerta aparece la figura de Chimo que no necesita

molestar a nadie, porque Paco se levanta al instante. Sabe que cuando el que hace guardia abandona su puesto es por alguna razón urgente. Justino tampoco dormía porque igualmente sale al exterior en espera de alguna novedad. Los tres hombres hablan en susurros protegidos tras el murete de un abrevadero. El vigilante está seguro. A menos de cincuenta metros de la masada, a la entrada del pinar, junto a los carrascos leñosos hay alguien escondido. No, no es ningún gorrino, la altura es mayor y va encorvado. El cabo asiente, siguiendo la senda del collado, cuando se pierde de vista en el recodo también se adivina una sombra. La neblina se achica a ramalazos por la luna. Hay que avisar a los demás. Y cuidarse del viejo del acordeón. No inspira confianza. El chaval es otra cosa. Pero no se sabe. Las mujeres, nada. Demasiado enteras para ser sospechosas. Pero pueden haber llegado los hermanos, y esos, tampoco son de fiar. No. No se ha acercado nadie a la casa. Hay que avisar a los otros dos. Los cinco contraguerrilleros toman posiciones defensivas, uno ha subido al piso de arriba parapetándose tras la puerta sin cristales del balcón frontal. Felicita y Rosina, despiertas por los pasos en la escalera, han sido obligadas a no salir de la habitación y a no abrir el ventanuco que da a la parte lateral de la masía. Maiques, en la cocina, sisea silencio al Poeta y al joven, mientras separa la madera del portalón para poder disparar y salir, si es preciso, rápidamente. Pasa el tiempo sin que ocurra novedad alguna. La tensión ha hecho olvidar hasta el frío. Amanece, el incipiente sol clarea las nieblas que van alzándose poco a poco. Todo aparece tranquilo, un conejo, o acaso una rata bordea el muro izquierdo de la casona, el cacareo de un gallo despunta la aurora. No es cuestión de permanecer todo el día a la espera. Las mujeres preparan el desayuno, leche, pan, nueces y miel. El Poeta coge su acordeón y dice marcharse pero el jefe de los guardias no le deja. Tiene que esperar a que se marchen ellos. Es costumbre del maquis no dejar que nadie los deje en determinado lugar, y el viejo lo sabe bien. Nadie saldrá de la masía hasta que la contrapartida la abandone.

Ha pasado gran parte del día, el viento sigue azotando las copas de los pinos, nadie saborea el maravilloso panorama que se vislumbra desde el sendero por el que caminan los guardias. Encorvados por el esfuerzo ascienden hacia la tupida cima de árboles, verdor y esencias. Despojada de sus nieblas, la montaña descubre sus perfiles dejando admirar el esplendor de su topografía. En la vertiente opuesta, a escasos metros de la cumbre mana una agradable fuentecilla, posteriormente conocida como *La fuente de los maquis*. La contrapartida toma aliento vivaqueando en las proximidades. Ignoran que, desde no muy lejos, unos hombres siguen su marcha y observan su descanso. Son los hombres de Ramiro, los mismos que se acercaron la noche pasada a la masía sin atreverse a dejarse ver desconfiando de su identidad. Se han encontrado con el Zagal y el Poeta. El muchacho cree que era una partida de maquis, pero el viejo discrepa totalmente.

—Te digo que eran guardias.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Cortazar.

—¡Porque lo sé!

En el monte, las respuestas firmes y seguras, no precisan razonamiento alguno.

—¿Cuántos son? —La cara de Ramiro expresa necesidad de saber y decidir.

—Cinco.

—¿Armas?

—Dos fusiles ametralladores, dos mosquetones y una escopeta.

—¿Una escopeta entre los guardias? —habla Fermín.

—¿Por qué no? —corta bruscamente Ramiro—. ¿Acaso no tienen que parecer como nosotros?

—¿Llevan provisiones para varios días?

—Llevan mochilas —el Zagal no quiere permanecer al margen—. Les han comprado cecina, patatas, vino y ajos a la dueña —y remata dándoselas de enterado—. Les han pagado bien, muy bien.

—¡También nosotros lo hacemos! —la afirmación de Fermín era solamente parte de verdad. Pagaban bien, sí, cuando podían—. Y si no tenemos dinero les abonamos con vales que cobrarán con creces cuando acabemos con Franco.

Sigue un silencio que ya no resulta extraño cuando surge en la conversación la posibilidad del final de la lucha antifranquista. Las noticias empiezan a llegarles en cuentagotas y no son precisamente halagüeñas: en Alcor se han presentado cinco maquis a la Guardia Civil; Franchina, una mujer despechada, ha traicionado al grupo que servía de enlace; el general Pizarro ha conseguido introducir un delator en la agrupación de los Curilos; el capitán Hernández, el Ogro de Mora, ha tomado una masía donde se albergaban varios guerrilleros, informado por un enlace. Los guardias civiles fueron recibidos a tiros y cuando, el capitán se disponía a subir al piso superior, se interpuso el cabo que prefirió ir delante, siendo abatido por una ráfaga de metralleta^[29].

La certeza de que el mantenerse en el monte sólo puede conducir a la muerte ante la improbabilidad de cruzar la frontera, conduce a muchos de los mandos a traicionar a sus subordinados. En el término de Ejulve (Teruel) un jefe de Agrupación, delató a sus compañeros a cambio de escapar con vida, traición que no le sirvió para librarse del garrote vil. Se cuenta de un elemento de dudosa procedencia dada su envidiable situación económica debido al estraperlo, que consigue introducirse en una partida. Engreído y pedante mina la confianza de los compañeros favoreciendo varias deserciones a cambio de dinero y logra apoderarse de un pequeño botín conseguido en una masía. Pero la exitosa hazaña de este individuo que le valió la protección de la Guardia Civil, fue la ejecución, por los propios maquis del responsable político del grupo^[30].

Ramiro decide no buscar el encuentro con los que supone acertadamente son componentes de una contrapartida. La cercanía de la cueva donde se esconden y el punto de apoyo de la masía son lugares que conviene no descubrir. El Poeta, como acostumbra, se despide solitario. Los demás regresan a la cueva, campamento base de privilegiada situación y perfecto camuflaje. Cada uno rumia sus pensamientos.

Aguado Sánchez expondría, tiempo después, algunos documentos del maquis que hablaban, por sí solos, de la situación:

Nuestros camaradas de la organización del Partido en el monte nos ofrecen una rica y valiosa experiencia, que al ser culminada con la depuración del Partido de elementos provocadores y cobardes la damos a conocer a todos los militantes para que les sirva de provechosa lección en la lucha y actividades diarias [...]. El enemigo ha utilizado las formas más crueles y refinadas para destruir la Agrupación (agl). El terror más salvaje, las palizas y fusilamientos han fracasado ante la voluntad de acero y el valor de nuestros guerrilleros y población antifranquista. El enemigo ha recurrido a métodos más refinados, entre otros al de la provocación solapada enviando sus agentes al monte. Y hay que decir que este ha sido el medio que les ha dado ciertos resultados. ¡Con razón dice el camarada Stalin que para ganar una batalla es necesario todo un ejército. Para perderla, basta con que se infiltre un traidor en el Estado Mayor! [...]. Mas reciente la traición del cobarde Elías ha costado la muerte de cuatro valientes guerrilleros, y la desertión del agente de policía Ángel, que trajo 900 guardias civiles al campamento ha estado a punto de causar la desaparición de una de nuestras unidades guerrilleras [...]. Este miserable asesino ha entregado a la policía atado de pies y manos a todos los enlaces y puntos de apoyo y organizaciones que él se había preocupado de conocer bien. ¿Cómo es posible que ocurran tales catástrofes?

La dirección del Partido nos lo dice: por la negligencia, por la autosatisfacción, por la falta completa del sentido de la vigilancia revolucionaria, por la irresponsabilidad [...] se producen desertiones, muere algún camarada por no servir las estafetas, cunde la discordia y la desconfianza entre los militantes. Nuestros camaradas no se paran a pensar donde están las causas de estos hechos. Creen que es debido a las dificultades de la lucha y a la fatalidad [...]. Afortunadamente gracias a la preciosa ayuda del Documento de la Dirección que ha venido a agudizar la vigilancia colectiva de todo el Partido en el monte estos dos provocadores han sido descubiertos y recibido el castigo ejemplar [...]. En el caso de los traidores Elías y Ángel es imperdonable que se haya producido la traición pues se tenían indicios incluso de que una hija del segundo trabajaba para la policía [...].

La necesidad de establecer una estricta disciplina entre los guerrilleros, evidentemente no siempre cumplida, queda reflejada en los *Estatutos de la AGL*:

Art. 34.— Serán consideradas como faltas leves aquellas que no puedan traer como consecuencia la baja de algún guerrillero o unidad [...]. Tres faltas leves constituirán una falta grave...

Art. 35.— Los delitos de traición, rebelión, desertión, espionaje y robo de armamento serán sancionados con la pena de muerte por fusilamiento [...].

Art 36.— Para la condena y ejecución de la pena señalada en el artículo anterior se formará un tribunal presidido por el jefe de la Unidad, otro de Unidad y un guerrillero. El encartado tendrá derecho jurídico para libre elección de defensor.

La partida de Ramiro ha tenido un día agitado y enervante. Han estado cerca del enemigo, lo han tenido prácticamente cercado y, sin embargo no han sido capaces de actuar. Todos lo han preferido así, pero no pueden evitar un cierto sentimiento de frustración. Desde su privilegiada atalaya advierten la llegada de los dos hermanos de Felicita.

—Vuelven los dos maromos —comenta Fermín—. Poco ganado traen.

—Lo habrán vendido en la feria de Cabrillas.

—Lo que significa que traen muchas perras.

—¿Y qué? —corta bruscamente Ramiro.

—Pues eso —Fermín no se amilana—. Que nosotros no andamos sobrados.

—Los de la masada son un apoyo indispensable para nosotros.

—Aun podían serlo más —apuntilló el Pastor— si los esquilbamos.

—¡Estáis locos! —Cortazar les reprendió severamente—. No podemos tratar así a quienes son nuestro sustento.

—Lo son hasta que se cansen de nosotros.

—¡Basta ya! —chilló el jefe—. No estamos para bromas.

—No es ninguna broma hacernos con dinero.

—¿Pero no ves animal que si nos enemistamos con ellos pueden denunciar nuestra presencia?

—No saben donde nos escondemos —insistía Fermín.

—No con exactitud, pero no son tan imbéciles como para ignorar que estamos cerca.

La conversación resultaba interminable y, ambas partes, deciden no continuar. Es ya noche cerrada. Esta vez, ni la luna se deja ver, no hay sombras, todo es penumbra, cielo negruzco, casi invisible. Pasan las horas y un airecillo gélido, variable, hace runrunear la vegetación. Pastor cabecea sentado sobre una piedra en la entrada de la grieta haciendo su guardia. De pronto un toque en el hombro y un siseo le despiertan del todo. Es Fermín debidamente pertrechado.

—Silencio —cuchichea—. Coge tus cosas y, ¡andando!

Sigiloso como un reptil el despejado vigía penetra en la cueva, toma sus avios, cambia su mosquetón por un arma de repetición y marcha con su compañero descendiendo lentamente del farallón. Cuidan de poner los pies donde corresponde, saben que el descenso en la oscuridad es peligroso, no pueden ni siquiera provocar el más pequeño desprendimiento de piedras que pueda alertar a los durmientes. No necesitan hablar. Instintivamente saben hacia donde van. Ha transcurrido más de una hora y todavía no han llegado a la mitad de la pedriza. Paran un momento tumbándose en una pequeña planura de la pendiente. No hablan. Fermín señala un punto y el Pastor asiente con la cabeza. Reanudan la bajada; cerca del fin de la loma uno de ellos pierde pie y resbala hasta unas zarzas. Aguanta el dolor sin rechistar. Vuelven a quedar en suspenso unos instantes, como esperando algún otro sonido. El silencio se hace audible. A unos pocos metros se vislumbra el abrevadero de la masía. Un esfuerzo más y se cobijan, apoyadas las espaldas, en el costal del pilón. Unos instantes de anhelante respiración. El Pastor masca unas briznas de romero. Sin comentario alguno, y casi al unísono, ambos cargan las armas, se levantan, y caminan erguidos y decididos hacia la puerta de la casona.

Al amanecer, un siniestro crepitar, repetidos chasquidos, y angustiados balidos salen de entre las llamas de lo que fue Mas Pomeraleas.

Los rumores de la sierra cuentan que un muchacho, un chavalillo, un zagal, bajaba del murallón a trompicones gritando desconsolado un ininteligible nombre.

Con el tiempo, del refugio de la partida tan sólo quedará una oquedad tapiada por un derrumbe y la mil veces reinventada leyenda de los inocentes amores de unos chiquillos desaparecidos con el llanto de los montes.

25. Sermón dominical.

Informes de la «contrapartida».

Costilleo recibe el halago de la naciente primavera. La carretera comarcal, no asfaltada totalmente, va ascendiendo al atravesar el puente de la vía ferroviaria. Mientras va empinándose describiendo recodos y abandonando el seco, se vislumbran pequeños cultivos que verdean las tierras con diminutas huertas de hortalizas, manzanos y perales. Algún campo de maíz, trigo, pocos olivos, pequeños almendrales y aislados grupos de nogueras adornan el lugar. Lentamente, el esfuerzo del hombre intenta transformar el terreno en un paisaje agrícola todavía lejano.

Don Jesús inicia la plática dominical:

—Queridos hermanos en Cristo, desearía que hoy los hombres renunciaran al cigarrillo del sermón. Gracias. Muchas gracias. En esta muy católica España en que vivimos empieza en las ciudades a notarse la impudicia. Las mujeres entran en la casa de Dios sin medias, con manga corta, exagerados escotes y hasta, algunas, sin mantilla. Dicen, incluso, que hay playas donde se bañan y se tumban al sol en bañador hombres y mujeres *totum revolutum*. De esas concurridas playas no quiero hablar, porque ¡me da asco! A Dios gracias esto no ocurrirá nunca en nuestro pueblo, entre otras cosas porque no hay playas, y por mucho más, porque nuestras mujeres, es decir, —matizó— las vuestras, representan la honestidad de esa familia que forma la sal de la tierra. Pero no quiero hablaros únicamente de este sexto mandamiento que, aunque es muy importante, es solamente uno entre diez. Sabéis que no soy político, que en mi magisterio no defiendo ideología alguna, pero tampoco debo ser cínico. El domingo pasado entraron en la iglesia de Rinconada un grupo de guerrilleros que interrumpieron el Santo Sacrificio de la Misa. No. No mataron al cura como aquellos, también hijos de Dios, que lo hicieron en aquella parroquia gallega. No lo mataron, no, pero hicieron algo acaso peor. ¡Mucho peor! Arramblaron sacrílegamente con los vasos sagrados, la Custodia y hasta con el pesado Sagrario, todo ello mucho menos valioso de lo que creían en su impío proceder. Y... lo digo con todo el dolor de mi alma, ¡ningún hombre de los presentes, aunque eran pocos es verdad, ni siquiera el sacerdote, justo es decirlo, se atrevió a interponerse! ¡Esa falta de hombría acabará siendo la carcoma de nuestra Religión! Y os lo reconozco. Posiblemente yo tampoco

hubiera tenido valor de enfrentarme a los sacrílegos.

Se escuchó ciertos comentarios en susurro que pregonaban que don Jesús les hubiera hecho frente. Algunos hombres bajaron la cabeza, el teniente Pecharromán compuso su postura en el asiento mirando al frente, mientras sentía los ojos de su mujer mirándole desde la bancada femenina ¡Él si que lo hubiese impedido! ¡Aun a costa de su vida!

—¿Cuándo acabará esto, Señor? —seguía el párroco—. Perdónales Señor. Ten compasión de ellos. Perdónales sus faltas, no mires su actuación —luego iracundo se le escapó un sentimiento—. ¡Echa a estos animales de nuestra tierra! —se cubrió la cara con las manos y hubo quien aseguró luego que había exhalado un sollozo—. ¡Perdón, Señor! ¡Y perdonadme vosotros hermanos! ¡Perdonad mi pecado de soberbia!

Todos los concurrentes disculparon *in mente* al exaltado cura que terminó bruscamente el sermón evidentemente avergonzado de su acaloramiento. Terminada la ceremonia, mientras toda la feligresía se dirigía a los bares comentando el rarísimo enfurecimiento del mosén, éste, arrodillado ante el Sagrario con los brazos en cruz oraba en silencio.

—¡Hombre, reverendo! —saludó don Antonio que lo esperaba a la salida de la iglesia—. Me han dicho que hoy se ha destapado contra los rojos.

—No sea cruel, don Antonio, no haga leña del árbol caído.

—Caramba, querido don Jesús, no creía que fuera para tanto —el bueno del doctor sintió haber humillado a su amigo—. No lo he dicho con ninguna mala intención. Sólo deseaba quitar importancia a lo que no la tiene.

—Gracias por su amabilidad. Gracias. Pero he pecado de soberbia y, ya sabe, *contra soberbia, humildad*.

Contra avaricia, largueza; contra lujuria, castidad; contra ira, paciencia; contra gula, templanza; contra envidia, caridad y contra pereza, diligencia.

—Conoce los pecados capitales y su forma de combatirlos, querido doctor. Siento que no sea usted creyente.

—Y yo siento que sea usted tan humilde. ¡Vamos hombre, pelillos a la mar!

—El ejemplo, Señor, el ejemplo. ¡Qué mal ejemplo he dado hoy!

—Al contrario, querido cura. Ha demostrado hoy una cosa importantísima en estos tiempos y que el pueblo necesita.

—No me avergüence más, don Antonio. Ya tengo bastante.

—Nada de avergonzarle, señor mío. Al contrario. Ha hecho saber a esta pobre gente, y perdone por mi soberbia que no considero pecaminosa, que se puede llevar sotana y tener un par de testes con su epidídimo correspondiente.

—Cuando usted lo dice...

—¡Y tanto que lo digo! ¡Claro que hay que echar a tanto animal de nuestras tierras!

—Lo que ocurre es que los hay en todas las partes —el cura quiere contrapesar

sus palabras.

—Cierto —corroboró el médico—. Pero tranquilícese usted. No vamos a medir la animalidad pero hubo quien dijo: *Combatiremos sus ideas dentro y fuera de la legalidad, e incluso justificaremos el atentado personal.*

—Recuerdo perfectamente cuando Pablo Iglesias se lo dedicó a Maura en un mitin del PSOE. Pero no me consuela, querido don Antonio, no me consuela pensar que hay mucho animal. Yo no tengo derecho a serlo.

—Pues tranquilícese que, en la viña del Señor, como usted dice, se dijeron muchas animaladas. ¿Va usted ahora a la vejez, perdone la fiducia —el galeno gustaba de hacer saber su prosopopeya— que se arrepiente de ser sincero? ¿Quién empezó primero? ¡Ah! ¡Vaya usted a saberlo! Conste que yo no soy de los de Franco pero mi memoria no es mala. Estaba precisamente en Alicante aquel enero del 36 cuando Largo Caballero espetó: *Quiero decirles a las derechas, que si triunfan, tendremos que ir a la guerra civil declarada.*

—Pero por mucha acémila suelta, yo no tengo derecho a comportarme así.

—Si sólo fueran acémilas, aun tendría un pase...

Un tanto serenado, el preste se puso de penitencia poner en el cepillo de San Roque una peseta cada vez que hablase peyorativamente de cualquier ideología política.

—Pues yo colaboraré de igual forma —zanjó el doctor— cada vez que hable bien de cualquier partido —y dió una palmada en la espalda de su acompañante.

—Lo más triste de todo es que nadie entiende que la conflictividad entre los bandos no está motivada únicamente por la política.

—Esto es lo que no comprende el actual Régimen. La represión contra el maquis acaba siendo una lucha entre el pueblo, entre los mismos campesinos, donde lo que menos importancia tiene es la ideología. Son los sentimientos de parentesco, de familia, lo que más une a estos patanes con los del monte. Su mentalidad tradicional, incomprendida para los extraños, les hace inconcebible no prestar ayuda a los suyos, tengan las ideas que tengan.

—¡Qué razón tiene, don Antonio! Pero eso no se entiende desde los despachos. Porque al igual que el lazo familiar, existe también ese sentimiento del servidor, no del servil, que rechaza al guerrillero por el afecto personal de los masoveros y pastores a sus amos.

—Y además está el miedo, ese miedo que obliga a inclinarse en la balanza por la seguridad de su familia. El miedo y hasta la envidia y la venganza.

—Bien sabe Dios —justificó el sacerdote— que nunca podrá saberse la realidad de este llanto de los montes, hasta que no se desprenda la hojarasca política que lo envuelve.

Dan la vuelta al cuartel y emprenden el camino hacia el cementerio, cuya puerta custodian un par de orgullosos cipreses. Más de mil metros distancian al camposanto del pueblo pero, en contra de lo que suponen, resulta un kilómetro suave, agradable,

de aromático paisaje bordeado de tramo en tramo por unas acacias, llamadas bordes, con florcillas blancas que en el pueblo conocen como quesillos. Se cruzan con algunos paisanos, mayores, sobre todo mujeres que en grupillo pasean tomando el sol. Un hombre cubierto con gorra, cintura enfajada de negro y azada al hombro camina por un bancal.

—¿Adónde vas Evaristo? —pregunta en voz alta el cura—. ¿No sabes que hoy es domingo y no se trabaja?

—*Me se ha taponao* la acequia y *me se está* inundando la huerta.

—Corre pues; que primero es la obligación que la devoción.

—Y pensar que esta buena gente está viviendo otra guerra —lamenta don Antonio.

—Y para ellos peor que la anterior.

—Y tanto. Los rojos de entonces no iban contra los pobretones.

—Peseta para San Roque, don Antonio. Está usted hablando bien de un bando.

Una perdiz, luego dos, levantan el vuelo a escasos pasos de los contertulios que, impenitentes cazadores, no pueden ocultar un gesto desilusionado. Llegan al lugar sagrado, don Jesús en susurros reza un padrenuestro, naturalmente en latín para no faltar a la caridad con el silencio del médico; bordean la tapia sobre la que destaca el panteón del curato y se dan de bruces con unas torpes letras que anuncian: «¡Muera Franco! ¡Viva la República!».

—¡Ya estamos! —el doctor suelta un taco—. Ahora tendremos aquí a todo el Instituto Armado.

—Y las pasadas por la casa-cuartel, y los interrogatorios, y la de San Quintín.

—Y las palizas, mosén, no se olvide.

—Eso no será mientras esté el teniente.

—No sabemos lo que hará. Pero el Sobrapelotas curraba fuerte.

—Parece que nadie ha visto el panfleto. Lo deben haber puesto hace poco.

—Lo que indica que están cerca —don Antonio recorrió instintivamente con la vista el paisaje.

Cuando regresaban hacia el pueblo, en el recodo del Chirimito un guardia civil recorría con los prismáticos el terreno, y la furgoneta del cuartel renqueaba torpemente dirigiéndose al cementerio. No había duda. El teniente ya tenía conocimiento de la pintada. Los pequeños grupos de personas que gozaban del soleado mediodía regresaban presurosos a sus hogares. Posiblemente no sabían el motivo pero la visita de los guardias al camposanto no podía deberse a buena cosa. Y el caso era que no se veía al enterrador por ningún sitio. La camioneta se detuvo ante la puerta, bajaron cuatro guardias y el teniente, pero nadie se detuvo a abrirla. En dos grupos rodearon la tapia. Uno de los números volvió al coche y recogió un cubo de pintura blanca. La impúdica frase quedó oculta para siempre.

Diversas interpretaciones, algunas sobrenaturales, cubrieron las horas dominicales en los bares, paseos, tertulias y hogares. Nadie sabía la causa, y los que más se

aproximaban a la realidad, el maestro y el sepulturero, hablaban de pintadas obscenas. Ni el médico ni don Jesús realizaron comentario alguno, pero fueron amablemente citados, esa misma tarde, por el jefe de línea enterado de que les habían visto rodeando el muro del sacramental.

Esa misma noche el oficial marchó en su coche, solitario y bien armado, hasta la Peña del Moro, a unos tres kilómetros del pueblo. Escaqueó como pudo su pequeño auto y emprendió la cuesta del camino forestal que lo llevaría al inicio del barranco del mismo nombre. En una encrucijada de sendas cogió la más abrupta, interrumpida a trozos por piedras y aliagas. La trocha se hunde en un bosque de pinos que, junto a la oscuridad, impiden contemplar los espléndidos baluartes de las rocas que recortan las montañosas cimas. Se detiene ante los restos de un corral, antiguo cobijo de ganado, del que ya no queda techumbre ni gran parte de pared. Allí se sienta sobre unas piedras de las que escapa un lagarto y, protegiéndose de ser descubierto, enciende un cigarrillo. Dos cercanos chasquidos de piedras, seguidos de un ligero silencio son contestados igualmente por el oficial. Prácticamente al instante, una sombra pronuncia unas palabras.

—A sus órdenes mi teniente, sin novedad en la contrapartida.

—¡Hola Paco! —Pecharromán se ha levantado, estrecha la mano de su subordinado y le informa en principio— Palmirica bien, suspirando por ti. ¡Cuéntame muchacho! ¿Qué tal la semana?

—Movidita, mi teniente. Hemos tocado en tres masías y un pueblo. Todos los masoveros juegan a sobrevivir. Procuran no preguntar pero tampoco hablan mucho. En dos de ellas nos han tomado por maquis, pero en la de Cascales tengo la impresión de que no ha *colao*. Esos son un punto de apoyo con toda seguridad.

—Le diré a Bellido que se encargue de ellos. El teniente coronel Limia Pérez inició un trabajo efectivo. Conmutación de la pena de muerte a cambio de colaboración.

—Salvar su vida gracias a la de los demás no parece muy honroso.

—Lo que deciden nuestros superiores no es cosa nuestra. Gracias a esos procedimientos, el Virutas, de la partida del maldito Quincoces colaboró efectivísimamente con Limia Pérez y el sargento Ruano.

—En una masada nos han dicho que de los once recién incorporados al monte, nueve han regresado a sus casas.

La noche era agradable, el lugar, en plena naturaleza, resulta tranquilo y sano, las laderas boscosas con estrías de rocas remarcaban el oscuro tapiz de monte bajo. Pecharromán recibía información valiosísima del sargento.

Al Rubio lo han eliminado por la delación del Perico que iba agregado a una contrapartida. En Mas Bayot, el Rabós solía encontrarse con su mujer, siendo descubierto por un guarda jurado que lo denunció. El delator fue colgado y asesinado en el barranco del Cerroch, aunque los guardias aseguran que murió en un tiroteo. La verdad parece ser que fue asesinado por el maquis. José Ramia Ciprés, el Petrol, que

se echó al monte por ser de la CNT, fue muerto por su propia partida acusado de simpatizar con unos caciques que con anterioridad le habían dado trabajo. En la Venta existente en el cruce de carreteras de Calaceite y Valderrobres, que colaboraba con los del monte, compartieron posada un grupo de guerrilleros y tres guardias civiles. Entre los maquis, vestidos de titiriteros, se encontraba Teresa Plá Meseguer, La Pastora. En La Tosca, término de Valderrobres, existía un grupo de maquis causante de numerosos sabotajes de líneas telefónicas, telegráficas y eléctricas de la zona. Los bandoleros atribuyen a la Guardia Civil muertes, abusos sexuales y detenciones de numerosos habitantes de los pueblos cercanos cuando asaltaron el campamento. Los panfletos de propaganda comunista era lo más extendido entre el campesinado, a través de un punto de apoyo comunitario, el pueblo de Aguaviva, Teruel, conocido con el nombre de La Pequeña Rusia. El final del Ricardo, Peregrin García Galarza, no estaba claro. Es cierto que logró escapar del tiroteo, separándose de sus compañeros y bajar al río para intentar curar sus heridas. Pero al marchar para Tarayola, en los bancales de los Llanos, se derrumbó sobre unos olivos y murió ante los ojos del Esmorellat, pastor de la Ginebrosa, siendo levantado su cadáver por el practicante del pueblo. Sin embargo, la causa de su muerte no ha quedado clara para nadie. Según la Guardia Civil, dado que en el cuerpo no se encontró ningún papel ni rastro delator, y el practicante era simpatizante de izquierdas, se le achacó a éste la muerte directa del maqui, sin embargo, la propia Agrupación Guerrillera de Levante acusó a sus compañeros de haberle abandonado. Los moradores de la masía de Matalví eran colaboradores del maquis y enlaces del Sector, ayudando sobre todo a los del campamento del pinar de la Cerollera-Aguasvivas^[31].

Falta poco para que asome en el horizonte la primera luz de la mañana. Se adivinan ya el impresionante cinturón de montañas que recortan el todavía gris del cielo. Un águila perdicera madruga excesivamente y pasa rozando los derruidos muros del corral. La noche se desmorona abandonando la tristeza de su silencio.

—Hasta pronto, mi teniente. Dele mi recuerdo a Palmirica.

—No lo dudes, Paco.

—¿Ordena alguna cosa más?

—¡Cuídate, chaval!

Mientras Paco se pierde entre pinos, matojos y hierbales el oficial permanece sentado sobre las piedras, apoyado en un trozo de tapia. Recuerda su juventud, cuando tanto patriotismo empleó con entusiasmo inversamente proporcional al apego a la propia vida. Y se ve reflejado en el muchacho que acaba de marchar. Años mozos que ya no volverán nunca, ilusiones que irán desgarrándose a lo largo de la existencia, realidades dolorosas que se enfrentarán a unos principios que aunque perderán ímpetu, lustre, brillantez y textura con los años, jamás se desmoronarían por completo. Recuerda su bravura compartida con las gentes del Santuario y, concatena sus sentimientos con la de aquel general alemán Karl Strecker que resistió hasta la extenuación en la Batalla de Stalingrado con los restos de su 11.º Cuerpo de Ejército,

después que Von Paulus se rindiese con 90 000 hombres, más de 1000 carros de combate y cerca de 10 000 cañones. Le sigue gustando la lucha, el combate, la defensa de los valores aun a costa de la vida, pero le desagrada la política.

Pecharromán sigue inmerso en sus pensamientos. La lucha guerrillera del maquis empezó con el revoltijo de la miseria, el engaño, el odio, la mugre y la venganza. El 26 de febrero de 1946, París ordena el cierre de la frontera con España en protesta por la condena a muerte y ejecución de quien fuera coronel de las Fuerzas Francesas del Interior, Cristino García Granda. Lo que ignoran o silencian las potencias aliadas es que Santiago Carrillo para hacerse con el control del PC envía, engañado, a García Granda con un grupo de guerrilleros a España, con la intención de eliminar a Gabriel León Trilla, colaborador de Jesús Monzón, a quienes intenta responsabilizar de la fracasada invasión por el valle de Arán. En su labor depuradora, Carrillo acusa a Trilla de resultar confidente de las fuerzas franquistas traicionando a los guerrilleros. Como era de esperar, León Trilla es asesinado por un tal Olmedo que lo apuñala y desvalija para aparentar un robo, Monzón desbancado, García Granda detenido por las fuerzas del Régimen y ejecutado, y Santiago Carrillo dueño absoluto del PCE en la clandestinidad.

El teniente guardia civil abandona el lugar. Piensa en sus hombres de la contrapartida y en los de la brigadilla asentados en la masada. Menos mal que Bellido tiene una emisora para darle novedades. También tiene su recuerdo para las familias de esos guardias que se juegan la vida por unas pesetas que apenas les sirven para mantener a los suyos. Regresa un tanto apresurado intentando llegar al pueblo sin despertar mucha atención. Su mente se alivia con el palpitar de la naturaleza, la frescura de la madrugada, el verdor de las montañas, los altos riscos y desnudos peñascales que empiezan a colorear su aspecto pardo-plomizo. Comienzan a destacarse los estratos que engalanan las empinadas laderas. Casi aplasta sin saberlo un mimetizado conejo que permanecía inmóvil ante su proximidad.

A lo lejos, ya en el valle, se divisan lo que parecen casas de añoso aspecto. Sin embargo, Pecharromán sabe que son recortes de rocas, tierra y boscaje que entre enredada maleza simulan, de lejos, un poblado. Pero esta vez algo le llama la atención. Algo que da un toque extraño a lo que siempre ha sido una visión apacible, solitaria y serena. Son las figuras reales de dos hombres. Dos hombres que parecen estar comiendo sentados en la tierra, con dos cargados sacos y unos palos. Coge los prismáticos y define la imagen. Sí, son dos hombres, pero los sacos son mochilas y los palos armas de fuego. ¿Cazadores? No. ¿Guardias? Menos. ¿Labriegos? Ni hablar. Sólo quedan maquis. Sí. No cabe duda. Son guerrilleros. Dos guerrilleros que portan munición o lo que parece más probable producto de algún saqueo. Lleva su pistola reglamentaria, pero la metralleta la dejó estúpidamente en el coche. Es inútil hacerles frente con un arma corta. Tiene que marchar hacia donde dejó el pequeño vehículo. Rápido, sin perder tiempo, no sea que se le escapen los bandoleros. Más de una vez está a punto de resbalar y caer por la empinada ladera. Ya no admira el

paisaje, ni dirige la vista a las alturas, ni tiene en cuenta los peligros que corre en su apresurada marcha. Sólo cuida de no perder la referencia. No es difícil. Están asentados en *el caserío fantasma*, como le llaman en el pueblo. Llega al coche, que había cuidado de cerrar, coge el arma de repetición con dos peines de repuesto y marcha presuroso hacia su objetivo. Esta vez ataja por un sendero que trepa suavemente hasta abandonarlo a unos doscientos metros tirando monte arriba entre peñascales. Corta por un viejo corral de ganado que aboca a un redondel, acaso antigua era, parcheado de matojos y aliagas. La amplia visión de la naturaleza produce un cierto placer sensual que se acerba con el sentimiento de ansiedad y emoción de dar caza al enemigo. Se aposenta en un hachero, atalaya de un altozano desde donde domina el terreno. Los dos hombres descansan tumbados sobre el agradable yerbal. Puede eliminarlos fácilmente. No le es posible darles la voz de alto. Le remuerde disparar sin contemplaciones. Se tumba en el suelo, apoya firmemente las piernas sobre dos fuertes guijarros hundidos en la montaña, los codos fijos para asegurar el blanco, y el arma segura y estable. El punto de mira abarca parte de los dos hombres. No necesita siquiera mover el arma para abatirlos a la primera ráfaga. Se autocomplace con la visión, y hasta se considera un iluso si les da la menor oportunidad de defensa. No duda lo más mínimo de quienes son, de que si no los mata serán ellos los que darán buena cuenta de muchos inocentes. El teniente no puede pensar de otra forma. O ellos o nosotros. Y ese nosotros abarca a millones de españoles. A pesar de todo necesita un arreglo mental para disparar. Lo encuentra. Dispara dos únicos tiros que considera de advertencia a pocos metros del blanco, y espera el instante de la respuesta. Instante, acaso fragmentos de segundo que condiciona dos vidas humanas. Los maquis cogen sus armas e intentan ocultarse mientras disparan. Realmente nunca tuvieron escapatoria. Apenas dos ráfagas de metralleta acaban con sus vidas. La historia finaliza para Fermín y el Pastor.

Las sierras que circundan Costilleo empiezan a cubrirse de negras nubes que avanzan hacia el pueblo todavía dorado a trozos por el sol. Un leve viento que va arreciando poco a poco embebido en tormenta, azota los pinares y carrascas llevando consigo una llovizna que pronto se convierte en brusca lluvia. Apenas unos minutos más tarde una cortina de agua parece ocultar todo mundo de vida. Ni siquiera se adivinan las casucas, ni la orgullosa torre de la iglesia, ni el mástil de la bandera de España que siempre ondea en la puerta de la casa-cuartel en el centro justo del «Todo por la Patria». Bruscamente, como suele suceder con frecuencia en estos lares, cesa el aguacero transformándose en gruesos y aislados goterones que anuncian la calma. Vuelve la luminosidad dejándose ver por lontananza los escondidos rayos del sol.

El jefe de línea apenas había tenido tiempo de cobijarse en un agujero de la roca. Tiene que regresar al pueblo. Sale de la covezuela y camina con ritmo lento, cuidando de sortear los pequeños arroyos que ha formado la lluvia. Por un instante piensa en los dos cuerpos sin vida que habrán quedado sepultados por el barrizal del inclinado bancal. Por una de esas incomprensibles reacciones de la mente se duele sabiendo

que se habrán mojado. ¿Qué más da?, ¡si ya no pueden sentir nada! ¿Acaso existe frío, lluvia o inclemencias de la naturaleza donde quiera que esten? Pisa las piedras, matas y arbustos recién lavados por el cielo acercándose hacia el camino donde dejó su automóvil. Al regresar al pueblo, ya cerca del mojón que indica la distancia de tres kilómetros se encuentra con la pareja de guardias que rondan las cercanías. Detiene el coche y habla de los dos maquis muertos en el «caserío fantasma». No dice nada sobre su encuentro con el jefe de la contrapartida. Por supuesto la *pareja* no pregunta; solamente se interesa por la integridad del teniente. Saludan militarmente y, como si nada hubiese ocurrido, siguen en su continuo caminar sobre la agradecida tierra mojada que tanto sabe de historia. Años más tarde parecerán insólitas estas imágenes, los senderos se convertirán en caminos, éstos en carreteras; los montes perderán gran parte de su misterio, desaparecerán los cobijos, los campos se transformarán en huertas y, lo más triste, la historia se escribirá por gentes que no vivieron el momento, que acudieron a informadores partidistas, que hablaron de oídas y asumieron la realidad envuelta en ideología.

El pueblo reverbera sobre la tierra mojada. Un grupo de vecinos, hombres de edad, se sientan sobre el pétreo banco que rodea el centro de la plaza. Charlan del tiempo, del secano, del campo y también se atreven con inquietantes frases sobre los del monte cuando ven pasar el coche del teniente. La escena alcanza todo el significado de la época. Tras la lluvia, un atrevido sol se recrea en las fachadas pareciendo proteger la vida de los lugareños. La tormenta no ha dejado salir durante las primeras horas, pero ya se atisban los movimientos acelerados de los obligatoriamente rezagados. Los ancianos permanecen sobre el poyete, cubiertos con gorra, vistiendo jerséis, encogidas chaquetas, y pantalones de pana, alguno apoyado en su bastón de palo viejo amarillento. Estos son los verdaderos protagonistas de la España del maquis ¡Qué pocos escritores han indagado en sus vidas! En el mejor de los casos, sólo testimonios de personas interesadas en relatar una historia repleta de conveniencias y resquemores.

Pecharromán entra en la casa cuartel. Ordena al cabo de guardia que haga saber a su mujer que está de regreso y se dirige directamente al radiotelégrafo. Comunica con la Comandancia y da el parte de novedades. Trasladarán los cadáveres para su reconocimiento y toma de datos. No. No pasaran por el pueblo. En caballerías los llevarán hasta el cruce de Masadas, donde los recogerá la furgoneta. Acudirá a la ciudad para detallar los informes transmitidos por la contrapartida. Al parecer solamente quedan en la zona los hombres de Ramiro y pequeños restos de la Agrupación del Mariano. Apenas una treintena de hombres en toda la Línea. Luego, agotado, el teniente sube a su pequeño apartamento. Rosalía lo abraza con fuerza y le ayuda a despojarse de sus ropas para darse una buena ducha. José María, ya no es el jefe, descansará un buen rato tumbado indolentemente sobre la cama. Su mujer vela sus sueños mientras rememora una vida llena de angustia y temor pero también de satisfacción, alegrías y amor.

A pocos metros de la casa-cuartel unos niños juegan en un descampado convertido en deseado campo de fútbol con sendas porterías limitadas por grandes pedruscos. Palmirica bordea el bancal en dirección al mercadillo que todos los jueves se monta a la entrada del pueblo. Las hortalizas, frutas y encurtidos se entremezclan con albarcas, cinturones, pantalones de pana y ropa femenina. La quincallera echa su piropo a la posible compradora, el viejo vendedor hace gala de su seriedad y el gitano pregona su mercancía. Rosalía, la esposa del teniente, se hace la encontradiza con la muchacha, se saludan y mientras charlan de sus cosas, la *guardiacivila* aparta a la joven unos pasos del bullicio y le dice algo que ilumina el rostro de Palmira. No hay duda. Informaciones tranquilizadoras de Paco. Tranquilizadoras y, por supuesto, algo más, algo de lo que saben decirse las mujeres. Luego recorren juntas unos cuantos puestos ambulantes y Rosalía, se despide sonriente de la muchacha, deteniéndose a comprar unos pares de calcetines que tanto destroza su marido. Palmirica deambula sin parecer acordarse del por qué acudió al mercadillo. Luego recuerda, camiseta y calzón para su tío, alcaparras y aceitunas que entusiasmas al mosén y una rebeca para su madre que ya no le caben más remiendos en la que se compró hace años. Vuelve a casa presurosa, con esa ilusión temerosa que sólo suele durar unos instantes. Paco está bien, se acuerda de ella, la quiere, y muchas cosas más que supo adornarle la mujer de don José María. Al pasar por el erial donde juegan los chuiquillos, chuta torpemente una pelota que se les había salido del campo con el regocijo de los muchachos por haberle visto un poco más de la pantorrilla.

Entre tanto, la sierra sigue latiendo al ritmo que marca la naturaleza. En el punto donde se inicia el collado del camino que conduce a Montanar, cerca del antiguo estanque, ahora seco y ni siquiera embarrado, aparece un hilillo de humo negro que poco a poco se engrosa acompañándose de un monótono sonido. Se trata de un curioso mercancías minero que recorta su silueta sobre el azul del cielo. La soledad de los raíles sólo se siente acompañada por las catenarias sujetas a unos postes de madera sobre las que se apoyan algunas blanquinegras golondrinas. El tren se detiene con su lento deslizar. Algo le impide seguir por los raíles. Tras unos minutos de reposo, la máquina vuelve a ponerse en marcha, recorre apenas medio centenar de metros y una estruendosa explosión, hace volar el trenecillo que vuelca su mercancía sobre la planicie. La acción se achacaría, días más tarde, al trío formado por Ramiro, Cortazar y Antequera, en sus últimas bocanadas de existencia. Casi al mismo tiempo, como si el destino hubiese jugado a potenciar la actividad del maquis, en Pedregas secuestran al hijo del alcalde pedáneo exigiendo 100 000 pesetas por su rescate.

—Nunca nos darán esa cifra —comenta malhumorado el Chato.

—Para rebajar siempre hay tiempo.

—Y para desprestigiarnos más.

—Ya tenemos bastante con la escapada del Mariano.

—Siempre me dio mala espina —Torrijeras hacía lo posible por convencerse—. Fuimos su Estado Mayor, y nos abandonó miserablemente.

—Mas bien nos traicionó —sentenció el Chato—. Se enroló con los que acompañaban a Grande para pasar la frontera.

—Dejémonos de pamplinas. Nosotros a lo nuestro. Somos diez que podemos aún dar mucha guerra.

—¡Venga, esperemos las cien mil por el chico! Con ese pellizco podemos hacer muchas cosas.

—Y tantas. A lo mejor hasta atravesar la frontera.

—Yo prefiero quedarme en el pueblo, con la familia. Después a la capital y a perderse.

—Allí te cazarán como una rata.

—¡Vale ya! —zanjó tajante Torrijeras—. Vosotros dos llevaros al chaval al encinar. Los demás venid conmigo.

Habían detenido al vástago del corregidor cuando marchaba con el capataz a sulfatar un pequeño terreno de su propiedad. El muchacho había quedado retenido por los maquis en espera de que el labriego trajese el dinero solicitado. Durante mucho tiempo el suceso se ventiló por los montes, atravesó las sierras y hasta los periódicos de la ciudad hicieron su particular comentario.

El aldeano regresó por el sendero, solitario, tal y como le habían indicado, sin saber a ciencia cierta donde encontraría a los del monte. Tras un repliegue del barranco, junto a un medio derrumbado pretil que bordeaba un aguadero, dos hombres armados le salieron al camino.

—¿Traes el dinero?

—Sólo la mitad —balbuceó angustiado el campesino—. El amo ha dicho que tratará de reunir lo que falta, pero que no lo tiene ahora.

—¿Y cómo lo reunirá?

—No lo sé. Seguramente entre los familiares. Pero tardará unos días.

—No podemos esperar.

—El amo ha dicho que le devolváis al hijo y os jura que llevará el dinero que falta donde queráis.

—Tu amo es idiota o cree que lo somos nosotros —el maqui se mal encaró con el fusil dirigido a la barriga del capataz—. Danos lo que llevas y márchate.

—Pero... ¿y el muchacho?

Torrijeras palpó el dinero, lo repasó malamente y pensó que aún así resultaba un buen pellizco. Era cuestión de huir. Nada de esperar a obtener el resto. Las horas resultaban preciosas para escapar. Valoró las circunstancias y contestó.

—Al chico ya lo soltaremos. ¡Vete de una vez y cierra el pico!

El guerrillero pensaba soltar al joven, conformándose con lo obtenido. Cincuenta mil pesetas en la época eran muchas pesetas. Suficientes para un respiro, y acaso hasta para poder escapar a Francia. Pero todo ser viviente depende de los arcanos del Destino. Acaso el hombre sea el único que puede ahormarlo en parte, aunque todo su poder resulte insuficiente para frenar la historia, la fábula y el mito. Cuenta la leyenda

que de las entrañas de la tierra surgieron arpegios de muerte, que el cielo se tornó negruzco cubriendo los montes de un hálito irrespirable. Huracanes de humo y fuego surgían de ocultas troneras que agujereaban las rocas. Miles de sombras verduzcas con reflejos acharolados y destellos de plata vieja, surgían de las matas resbalando entre los árboles. Un eco siniestro recorrió valles y montes, cruzó ríos, atravesó murallas de piedra, retumbó sobre las escuálidas casas de los poblados y cuando llegó el silencio, ese silencio que lleva la muerte se forjó la historia. Historia cubierta de fantasías con bases más o menos verdaderas, que se encierran en un trágico resumen: guardias, somatenes y vecinos acudieron a enfrentarse con un maquis que consideraban indefenso. Dos campesinos heridos y un somatenista muerto. Por la otra parte cinco guerrilleros abatidos. Y en el centro, como víctima inmolada, un muchacho de diecisiete años.

El campesinado llora su desgracia, las fuerzas del orden intentan asumir su fracaso y los maquis rumian su descalabro. La mitad de la partida eliminada, el dinero perdido en la contienda, posiblemente guardado entre las ropas del cadáver de Torrijeras. Quedan sólo cinco hombres derrotados reunidos en el convenido punto de encuentro, cerca del Pozo Cerdaña. El Chato, un tanto alejado del resto, deambula pensativo, repasa su vida, sus circunstancias políticas, las vivencias de la guerra civil, su exilio en Francia, embrutecido en los campos de concentración, su ingreso en la Legión Extranjera seguido de la ilusionante y frustrada invasión por el valle de Arán. Él fue uno de los pocos que consiguió infiltrarse y conectar con el fallecido Torrijeras que se afilió a CCOO, de la que llegó a ser dirigente, tan sólo motivado por la paliza que dieron a su padre unos falangistas por cantar la Internacional puño en alto.

El Chato se recostó sobre unas rocas, lio un cigarro de la mohosa petaca descolorida y rallada, encendió la yesca y echó unas bocanadas de humo negro grisáceo mientras su mente seguía enlazando recuerdos. Qué distinto todo esto de la vida del comunista Mariano, nombrado directamente por el Buró Político como jefe de Agrupación. Un Mariano inteligente, sí, incluso con dotes de mando; pero que nunca había salido de España y cuyos méritos radicaban en su especialidad en paseos y quema de iglesias. Un Mariano que ha abandonado a sus hombres, llevándose una radio-emisora americana, para apoyarse en su huida con dirigentes de más alta enjundia. Sin embargo, el Chato, quizá influenciado por su más que imprevisible futuro, rumiaba también que había colaborado en la eliminación de algunos compañeros acusados de delatores, y hasta fue él mismo quien ajustició al hijo del alcalde cuando se vió copado por los guardias. Ahora todo resultaba distinto.

Andrés Sorell en *La guerrilla antifranquista*^[32] reconoce que así como al iniciarse la lucha guerrillera parte del campesinado aceptaba el ajusticiamiento de algún cacique o falangista prepotente, la situación fue cambiando con el tiempo. La muerte del alcalde pedáneo de Benalí en 1948, las detenciones de los puntos de apoyo y sus consecuentes denuncias, obligaron al maquis a abandonar la zona. Quedaba ya lejos la obligada o graciable colaboración campesina.

El Chato ordena cambiar de terreno, el miedo a la traición obliga a no asentarse por gran tiempo en un mismo lugar. Tropiezan con un pastor que, por treinta pesetas de las pocas que llevan, se atreve a conducirlos a la casa del amo, asegurándoles que fue «apaleado por rojo y le partieron los guardias el espinazo». Hay dudas. Casualmente uno de los guerrilleros, conoce al referido gañán por vivir en el mismo pueblo donde aconteció el suceso. Sabía del desdichado que había intentado reemprender su vida en otro lugar de la sierra. Deciden confiar con el cabrero amenazándole que le eliminarían si les engaña. Rendidos, medio descalzos, con la ropa hecha jirones en la desesperada huida, heridas cara y manos por espinos y rastrojos, los cinco hombres se arrastran en búsqueda de algún alivio a sus penalidades. Entrada la noche llegan a los primeros corrales del pueblo. El pastor encierra el ganado y camina unos metros hacia la puerta de la primera casa habitada. Los maquis, aconsejados por el hatero, rodean silenciosos los pajares y, al poco rato, se les abre una portezuela separada del suelo una buena alzada. Un hombre entrado en años, giboso y ladeado de hombros, de rala barba y pelo entrecano les invita a entrar. Inesperadamente los dos antiguos vecinos, reconociéndose, se abrazan emocionados. El viejo, todavía estrechando sus huesudos brazos sobre el maquis musita con odio.

¡Matadlos! ¡Matadlos a todos!

No hace falta que componga más la frase. Ninguno de los presentes duda de a quienes va dedicada. Una mujeruca, desdentada, cubierta la cabeza con negra toca, mandil a cuadros y con cacillo de mango largo, todavía humeante en la mano, les recibe con una mueca que quiere ser una sonrisa.

26. El fin de las guerrillas.

El cartero de Costilleo pregona en voz baja la última noticia que dice saber de buena tinta pero no quiere descubrir a su informante. Las fuerzas del orden han matado a los famosos hermanos Quero Robles: Antonio, Francisco, José y Pedro. Claro ejemplo familiar de lucha antifranquista. Se terminaron las guerrillas comunistas andaluzas.

La propaganda del maquis intenta contrarrestar el real suceso.

La criminal Guardia Civil tortura y mata a nuestros familiares, dejando los pueblos llenos de odio y sangre. ¡Tened por seguro que el Tirano caerá derrotado! Hemos sido traicionados por el extranjero pero no conseguiremos arrodillarnos ni ante la Falange ni ante los curas. Por cada uno de nosotros que cae, cien se levantan para suplirle. ¡No desfallezcáis! ¡Al final vendrá nuestra victoria!

Todos los historiadores coinciden en admitir que, ya en el otoño de 1949 se acusa una desmoralización general en las partidas todavía disponibles. El golpe que motivó la caída libre de la guerrilla fue el asalto al campamento de Santa Cruz de Moya, Cuenca, ocurrido el 7 de noviembre^[33].

Observando su régimen de vida, el cerco se preparó con toda paciencia, sin olvidar el más mínimo detalle. Algo más de una compañía de guardias civiles, al mando del comandante jefe del Sector interprovincial de Landete, integrada con núcleos de las comandancias de Cuenca, Teruel y Valencia, montó los servicios de cerco al campamento. La escapatoria era imposible...

A las siete horas comenzó el asalto. Hubo un intenso fuego de metralletas, fusiles y granadas de mano. Tres horas duró el combate. A las diez de la mañana, un silencio imponente presidía el recinto del campamento. Todos los bandoleros habían muerto. Por parte de la Guardia Civil sólo hubo un sargento herido leve...

El Informe de Pedro de la AGL en archivo del Comité Central del PCE, notifica:

Hubo 12 muertos, yo solo me he salvado de tan criminal ataque. Parece que cogieron algún camarada en grave estado y allí lo remataron brutalmente. Según noticias de los mismos civiles llevaban la orden de no hacer más que muertos. No sabemos si a algún camarada en estado grave le sacarían alguna declaración.

En el asalto tomaron parte unos mil guardias al mando de un teniente coronel que no sabemos su nombre; iban divididos en tres grupos, los de Valencia, Teruel y Cuenca, siendo los de Teruel los que atacaron el campamento. Los cadáveres los desnudaron y arrastrados hasta cargarlos en los mulos. Los llevaron a Teruel. Según noticias ellos tuvieron 18 muertos y varios heridos...

Desde el primer momento yo, y después con los camaradas, se comprendía que el asalto era obra de una mano traidora y que el enemigo iba sabiendo quienes había en él.

Muchas fueron las acusaciones que se hicieron sobre la traición, entre ellas las del propio Pedro, autor del anterior informe, pero lo cierto fue que los efectos psicológicos del asalto resultaron sumamente negativos para los maquis. Días más tarde, una partida irrumpe en Fresneda de Altarejos (Cuenca), para aprovisionarse, haciéndoles frente los vecinos y obligándoles a huir sin botín alguno^[34].

A finales de 1949 principios del 50, la práctica totalidad de las partidas habían sido eliminadas o, cuanto menos, convertidas en grupos de supervivientes que sólo buscaban escapar. No obstante, la Agrupación Guerrillera de Levante todavía daría trabajo a las fuerzas del orden. La contrapartida del sargento Francisco Valdés se topa en la zona del Alto Palancia con dos guerrilleros del grupo del Chato que, aunque momentáneamente logran huir, son acosados, uno muerto a tiros y el otro por una granada.

Aun quedarían un par de años de lucha absurda, con escasos medios de subsistencia, acorralados como fieras a las que empieza a negarse el pan y la sal. La huida es permanente, nunca acampan más de dos días en el mismo lugar, los campamentos base están devastados, los puntos de apoyo eliminados, masadas y pequeños núcleos de habitantes desalojados u ocupados por la Guardia Civil, los enlaces encarcelados o ajusticiados; es el momento en que los maquis son ya un claro estorbo para el campesinado.

El Chato y sus dos hombres intentan contactar con el grupo de Mariano que, a su vez, quería unirse a Grande para cruzar la frontera. Intentan pasar en tren a tierras catalanas sin conseguirlo dada la estrecha vigilancia realizada por la Guardia Civil en ferrocarriles y carreteras. Destrozados, sin dinero y escasa comida, el trío intenta ganar kilómetros sin realizar ninguna acción que pueda delatarlos. Perdidos en el monte, llegan a una encrucijada de caminos donde se topan con una patrulla de soldados procedentes de un destacamento cercano. El momento es incierto. Hombres armados y soldados frente a frente. El cabo da la voz de alto y el Chato se detiene, brazos caídos, dejando su arma sujeta por el barboquejo. Los otros dos guerrilleros le secundan, el ambiente es extraño y tenso por ambas partes.

—Contraseña —interroga el militar.

—No la sabemos —contesta firmemente Chato—, somos somatenistas.

—Documentación —los soldados tienen las armas entre sus manos.

La situación es delicada. Ninguno de los presentes atisba a suponer su desarrollo. El Chato recuerda su permanencia en la Legión Extranjera y, sobre todo, sus delicadas actuaciones en el *maquisard*. Sin el menor titubeo entrega una falsa tarjeta de falangista que le proporcionó Mariano. El cabo la ojea y se la devuelve.

—Vale. Buen servicio.

Todos respiraron aliviados. Soldados y maquis se alejan por distintos caminos. Demasiado fácil. Convencimiento, miedo, respeto, seguridad, ignorancia. La historia no sabrá nunca lo que pasó por aquellas mentes. Por parte de la patrulla nunca nadie comentó el suceso, ni siquiera se dieron novedades. Por la de los guerrilleros, tenían

bastante con ignorarla. La partida sigue su marcha por una cañada, pequeño valle de paso entre dos reducidas alturas, teniendo la fortuna de tropezar con unos árboles frutales. Apetitosas manzanas de piel fina verde amarillenta, y carne blanca, son devoradas por los tres hombres. Sacian, de momento, el apetito y alivian un tanto la espantosa sed. Siguen la marcha buscando desesperadamente un lugar donde poder reponer fuerzas. Uno de los que acompaña al Chato cree conocer el terreno y la existencia de una pequeña masía abandonada siguiendo las órdenes del general Pizarro La obligación de precintar los hornos y entregar las llaves todas las noches en el lugar más cercano donde hubiese alguna autoridad, redujo significativamente el rendimiento de las masadas. El trasiego de los medieros, aparte de la incomodidad, ocupaba gran parte del día reduciendo el trabajo y por tanto la producción. Los animales sufrían también las deficiencias, las caballerías tenían que permanecer largo tiempo en la cuadra o quedar trabadas durante muchas horas, la tierra no podía mantenerse en óptimas condiciones, el ganado adolecía de paseos y buenos pastos y, en general, la explotación de minifundios llegaba a resultar antieconómica. Los guerrilleros cruzan un par de ramblas, cauces secos de antiguas torrenteras, siguen una senda que salva un collado, remanso de pinos y cultivos de secano, y divisan una casa de pobre arquitectura. En realidad se trata de cuatro paredes con techado y un corral adosado de apenas treinta metros cuadrados. No divisan la entrada que les cae en sentido contrario, pero una ventanuca, que parece estar hecha recientemente se abre en el paredón trasero. Dan la vuelta a la casona, la puerta solamente está encajada, el silencio es absoluto, no se vislumbra el menor signo de vida. Ni siquiera un pajarillo, ni ave, ni roedores o avispas se encuentran entre las piedras. Parece un escenario de desolación y muerte. Y es cierto, la parca guadaña descarga imprevisiblemente su hachazo. Una rociada de balas envuelve a los maquis apenas empujar la puerta. Una metralleta en el zaguán, y varios *naranjeros* desde el balcón delantero, fulminan a los guerrilleros que ya habían sido vistos hacía rato por el ventano posterior. Los guardias civiles de Bellido que patrullaban la zona y tenían el caserón como apostadero acabaron con tres vidas. Al Chato le salía por la garganta la sangre a borbotones, era el único que había caído boca arriba; los otros dos, ovillados, daban aún los últimos estertores antes de ser compasivamente rematados.

La noticia corre como la pólvora por todo el maestrazgo castellonense, zona del alto Palancia, Espadán, Javalambre y sierra de Gúdar. Se suceden las acciones represivas ante el conocimiento de que una veintena de hombres intentan llegar a tierra tarraconense camino de los Pirineos. La historia continua con unos ecos de leyenda. Un maqui ha sido traicionado por su amante.

Restos del grupo del Mariano, han conseguido contactar con los enlaces que deberán conducirlos a cruzar la frontera. El propio jefecillo ha eliminado a uno de los guías por creerle que los conducía hacia un apostadero de los guardias cuando, en realidad, se había perdido en la montaña. Todos saben que los principales *pasos* son conocidos por la Benemérita. Demasiados soplos, traiciones y chivatazos por

conseguir salvar el pellejo. Precisamente la equivocación del camino, las continuas vueltas erráticas, las dificultades de orientación, y el mismo cansancio, hambre y sed, que superan malamente esquivando cualquier referencia habitada les facilita escapar a la persecución.

Pero no todo son penalidades para el maquis. Más tarde se sabría que en 1951, cuando la lucha guerrillera ya no tenía porvenir alguno, el ya citado historiador de la Guardia Civil, Francisco Aguado Sánchez, escribiría:

Presentados cuatro bandoleros en la masía el Quemado, del término de Linares de Mora, se montaron los debidos servicios para su eliminación. El capitán jefe de la fuerza Crescencio Torres López, en un exceso de celo, se dispuso a impulsar los servicios. Desde un apostadero, al sentir toser varias veces al capitán, creyendo se trataba de los forajidos, hicieron fuego, causándole la muerte. En 9 de agosto, Rubio y tres más secuestran a dos jóvenes que se encontraban de excursión en las proximidades de Alcalá de la Selva. Consiguen por el rescate 47 000 pesetas. La demora en denunciar el hecho impidió la pronta localización. No se les pudo dar alcance. En 27 de noviembre era muerto el Eduardo. En la refriega también murió el guardia Pedro Jiménez Erdozaín.

En cuanto a la legendaria historia del maqui traicionado por un amor despechado, siempre narrada junto al romántico episodio del Zagal y Rosina, los hechos se imputan al envidiado conquistador Antequera. Al parecer, el seductor guerrillero mantenía relaciones amorosas con Angelina, la mayor de las dos hermanas llamadas Las Guapas. Una tarde que marchaba hacia la casa, se encontró con que la amante no se encontraba en ella, y no tuvo el menor inconveniente en suplir el *compromiso* con la hermana menor. Pero Angelina volvió antes de lo previsto, sorprendiendo in fraganti a la acalorada pareja. Por esas cosas inexplicables de la vida, o acaso de la insondable mentalidad femenina, Antequera consiguió el perdón de su manceba tras largas y suplicantes promesas y, desde luego después de quedar bien con su *obligación*. Pero la mujer despechada no olvida fácilmente su desprecio. Angelina calmó su resentimiento con las no menos ardientes proposiciones de uno de los guardias de la patrulla de Bellido. El resultado era fácil de esperar. La fogosa muchacha cambió gorra por tricornio, acabando, tras un periodo compartido, por denunciar al fementido Antequera. Una preparada encerrona acabó con la vida del galán, y cuentan las crónicas que, desde entonces, para mitigar sus penas, las dos hermanitas se refocilaban con los guardias, por lo que trocaron su apodo de Las Guapas, por el de Las Pelanduscas.

La provincia turolense se encuentra prácticamente batida por las fuerzas de la Benemérita en cumplimiento de las fuertes y duras represalias impuestas por el general Pizarro. La mayoría de los hombres que formaban las partidas han sido muertos, prisioneros, o simplemente convertidos en delatores para salvar la vida. La contrapartida del sargento Francisco Valdés Marín se encuentra por la zona de Mosqueruela de regreso a su base en busca de un merecido descanso. Diez días sin tocar pueblo, despeados, cansados del trabajoso recorrido por senderos y atajos, barbados y sucios cubren el último punto que les queda de servicio. Las

informaciones hablan de que un grupo de guerrilleros ha logrado llegar a los Pirineos, quedando una reducida bolsa de hombres por la zona de Gúdar. La contrapartida intenta hacer noche en el rento Los Toricos, cuyos moradores, favorables al Régimen, conocen a los guardias civiles. Todavía no se han impuesto las sombras, y en la lejanía aún resplandece un leve reflejo áureo, cuando divisan los muros del deseado caserío cobijado bajo las grandezas de las cimas dominantes. Maiques y Cazador se adelantan unos metros, llegan a la cuadra y se acercan al portalón. Mientras uno golpea la puerta, el otro permanece pegado al muro. La puerta no se abre, pero desde el único balcón de la fachada principal, y tras una entreabierta contraventana de madera, sueltan dos bombas de mano que explotan entre los guardias.

Cazador cae desplomado sin vida, mientras Maiques, herido y renqueante trata de encontrar cobertura. Siente en su vientre un ardor extraño junto con un calor agobiante. Solo piensa en protegerse tras unas rocas, pero la muerte no le da tiempo a cumplir su deseo. Una ráfaga de metralleta acaba con uno de los hombres más valiosos en la lucha contra el maquis. Los otros tres, pegados a los matorrales, reptan tomando posiciones. Se encuentran en terreno batido.

La noche cubre con la mortaja de su imparcialidad el peligro y la inseguridad. Dentro del casal, el viejo masovero permanece junto al fogón, acogiendo con sus brazos a su mujer y a una hija de catorce años. El hijo mayor, joven de diecinueve, está sujeto con fuertes lazadas a una silla de enea.

—¡Tú, viejo...! —habla Ramiro—. Sube conmigo —luego de dirige a Cortazar—. ¡Lleva a las mujeres también arriba y ciérralas en un cuarto!

El mediero no protesta, en realidad se tranquiliza al saber que su mujer e hija van a permanecer juntas encerradas. Al hijo no cree que le hagan nada. En cuanto a él, ¿qué más da? Ya ha vivido bastante. Además, en realidad no cree que lo liquiden. Acaso lo empleen como escudo o intercambio. Ramiro lo conduce al piso superior, lo lleva al granero y lo encierra cruzando la barra exterior. Tiene dos ventanucos, pero son tan escuetos que no permiten el paso de un hombre. Piensa en su hijo maniatado en la cocina, las dos mujeres en un cuarto del piso de los amos, y él en el silo, bajo el tejado. Sin duda los guerrilleros intentarán huir en la noche. Tienen ventaja. Saben, porque los han visto, que la contrapartida era de cinco hombres y ahora solo quedan tres. Sin embargo, los guardias no tienen la más mínima sospecha de los maquis que hay en la masía. No hay duda, intentarán escapar. Tienen grandes posibilidades de hacerlo. Tres hombres no pueden cubrir una escapada y mucho menos crear ninguna zona batida.

—Nos vamos, ¿no? —interroga Cortazar.

—Por supuesto. Ahora o nunca. Lo más seguro es que permanezcan agazapados junto a los chopos. Allí los hemos visto cuando se acercaban.

—No saben cuántos somos, ni el armamento que tenemos.

—Por lo pronto saben que llevamos granadas.

—¿Salimos por separado?

—No hace falta. Sólo son tres y no pueden dispersarse mucho. Escúchame bien.

Ramiro expone su plan. Cortazar acudirá a la cuadra y él al corral para abrir, lo más sigilosamente posible, las puertas del ganado, tanto el de las reses mayores como el de cabras y ovejas. Tras unos minutos de espera, y con un disparo de aviso azuzarán a los animales con una granada de mano. La estampida será aprovechada por ellos para huir hacia el barranco, por la parte de la umbría.

A pocos metros de la masía baja el barranco, divisoria de términos marcada por altas cumbres plagadas de pinos. El paisaje, aunque todavía oscurecido, es ocre y pardo, un par de ventisqueros recortan los repliegues de la umbría de donde parten unos senderos utilizados, en su tiempo, para el acarreo de la nieve y poder cubrir las *fresqueras*. Los dos guerrilleros han conseguido escapar de la masía, cruzar el barranco, subir un altozano y llegar al Pico del Águila, punto geodésico de primer orden. De momento están a salvo.

Entre tanto el mediero trabaja en su objetivo. Ha pasado un cierto tiempo y no duda que los maquis ya no se encuentran en la finca, a la que no volverán por ahora bajo ningún concepto. Sin dudarlo echa mano de un recurso acordado entre los masoveros del lugar. Tiene a mano los utensilios necesarios: los cohetes y el yesquero. Coge el cartucho lleno de pólvora con la varilla que lo sujeta, lo saca a través del ventano y prende la mecha haciéndolo salir disparado hacia lo alto donde explota produciendo un fuerte estampido. Unos segundos más y repite la acción. De esa forma avisa a las masías circundantes de que se encuentra en peligro por el maquis. El anuncio también es conocido, naturalmente, por los tres hombres de la contrapartida. Deducen, lógicamente, que si se ha podido realizar es porque el autor goza de cierta libertad. Sin dudarlo se acercan a la casa. Justino alcanza el balcón, empuja con fuerza la resquebrajada puerta de madera y penetra cauteloso.

Con el paso del tiempo, las montañas del maestrazgo irían ahormando una leyenda digna de las mejores epopeyas de la historia. Sobre los mimbres de la realidad se añadirían confusos relatos, producto de miedos, propaganda y fantasía. Los maquis habían sido doce, de la partida del Manco, violado a las dos mujeres, matado al muchacho y dejando inútil al viejo. Los guardias, más de un centenar habían perdido fuego a los corrales de los animales que, sin poder escapar, la mayoría habían muerto carbonizados. Cuatro guerrilleros muertos y dos con la aplicación de la ley de fugas. Más de un guardia había sido juzgado por falta de espíritu militar, cobardía e incluso desobediencia.

Ramiro y Cortazar descansan tumbados sobre un yerbal saturado de olor a pinos, cubierto por un sombrío bosque. Delicioso lugar para disfrutar de un cierto sosiego. Pero los guerrilleros no están para tales conveniencias. Se saben salvados de momento, pero también que les espera un futuro incierto, más peligroso que alentador. Ya no piensan en ningún tipo de victoria, sino de huida. Cortazar rebusca en sus bolsillos del tabardo y saca la petaca, el papel de liar, se hace un pitillo mientras pasa tabaco y librillo a su compañero. De pronto suelta una blasfemia, no

tiene yesquero, interroga con la mirada y recibe el gesto negativo. Vuelve a blasfemar y lanza con furia la tabaquera. Ramiro se levanta pausado, y marcha a recogerla metiéndosela en la cazadora. Ya habrá alguna otra ocasión. Siguen tumbados, cada uno con sus pensamientos, con la mirada perdida en ese paisaje cárstico trenzado de relieves producidos por la solución de rocas calizas, caracterizado por la presencia de grietas, cañones y cuevas. Buen lugar de escondite. Pero ahora no les sirve para nada.

—Debemos separarnos. No es conveniente que nos vean juntos —murmura Ramiro.

—Sí.

—La metralleta y el máuser nos delatan.

—Sí.

—Tenemos que desprendernos de ellos.

—Sí.

—¿Tienes pistola?

—Sí.

—¡Ya está bien de tanto sí! —se encoleriza Ramiro—. ¿Es que no tienes nada que decir?

—No.

Ramiro lanza un exabrupto, se levanta del suelo y da un puntapié a los pies de su amigo. Este se medio incorpora con la pistola en la mano. Se miran unos instantes y bajan ambos la cabeza avergonzados de su nerviosismo. Cortazar se levanta y gesticula un abrazo con su compañero.

—Nunca había perdido la cabeza de esta manera.

—Estamos derrotados —rumia Cortazar.

—Derrotados, pero no muertos.

—Sólo es cuestión de tiempo.

—¡No, camarada! ¡No!

—Hasta tú hablas ahora de *camarada* —le echa en cara.

—Es sólo un resultado de la derrota. Los que han perdido son ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—Los comunistas. Los únicos responsables de nuestro fracaso. Tanta mentira, tanta propaganda, tanta falsedad sobre el pueblo, los militares, las democracias... ¡Mentira! ¡Todo mentira!

—Pero nos han ayudado —Cortazar intenta no desmoronarse por completo.

—Se han ayudado ellos mismos. Nosotros, los que nos jugamos el pellejo, no les importamos nada. Sólo les servimos para escribir con nuestra sangre la constancia de su lucha antifranquista. ¡De su lucha! ¡De su oposición! ¡No de su victoria! Saben muy bien que ahora perderán, lo sabían, lo han sabido desde que les echaron de España. Pero esperan otros tiempos, otra época que les regale lo que hemos hecho nosotros.

—No te entiendo bien.

—Es igual. No te preocupes —Ramiro se da por vencido en su perorata. Sabe que no sirve para nada—. Lo único importante ahora es escapar de la quema. Yo, por lo menos, nunca volveré a Francia. ¡Me da vergüenza!

—¿Dónde piensas ir?

—Ni siquiera se si podré hacerlo, pero intentaré marchar a Tánger. Quizás vuelva a Europa algún día... algún día —se quedó unos instantes pensativo y continuó la frase en un susurro—, algún día acaso podré volver a España.

Tras un tiempo de marcha llegan a una hoyada espaciosa donde encuentran un pequeño embalse, posible rescoldo de las filtraciones en épocas de grandes lluvias. Desde allí se divisa un camino llano, monótono, con pequeñas ondulaciones que parece terminar en la falda de un suave cerro donde se asientan unas casas. Cortazar se detiene y agarra a su compañero por el brazo.

—Ése es mi pueblo. Me quedo.

—¡Estás loco! Acabarán cogiéndote.

—Me ayudarán a esconderme.

—¡No lo hagas! ¡Te matarán!

—Mis paisanos sabrán protegerme.

No hace falta insistir. Tan seguro es que no se conseguirá convencerle como de que acabará mal. Las despedidas siempre son extrañas, sobre todo cuando se piensa que nunca se volverán a encontrar. Los dos compañeros de historias legendarias, vivencias extremas, tragedia y ensueños, victorias y muertes, se separan definitivamente sin ningún gesto expresivo. Cortazar da a su compañero su máuser y se aleja sin palabra alguna. Ramiro, vuelve la espalda intentando seguir, sin saber por qué, un camino distinto. Lleva el arma recibida un tramo hasta dejarla escondida, junto con su metralleta, en una oquedad. Allí se detiene y vuelve la vista atrás. Ya no se distingue a nadie por el sendero. Tonos ocres, verdes y dorados difuminan un paisaje solitario.

La vida describe secuencias imposibles de prever. Sin duda la libertad del hombre, contra todo pronóstico, puede variar el destino.

Pocos días después de esta despedida, un individuo desconocido, en evidente estado de embriaguez, alborota la noche en una taberna de un pequeño pueblo albaceteño. La policía del lugar lo conduce a la Comisaría donde, al cachearle, se le encuentra una pistola. Interrogado hábilmente por su deteriorado estado, se le identifica como Cortazar, uno de los maquis de los que no se tenía noticia. Al día siguiente es conducido a Valencia, al conocido acuartelamiento de Arrancapinos, donde se perderá su pista para siempre.

Jamás podrá saberse por completo la realidad del maquis, si el historiador no se desprende de ese componente político que conforma su opinión.

Quizá sea un hecho paradigmático el caso de La Pastora, Teresa Plá Meseguer, el maquis hermafrodita, personaje vicioso y cruel por antonomasia para unos, ser indefenso para otros, arrastrado por las circunstancias genéticas para muchos, bravo,

tierno, valiente, degradado, cauteloso, acaso el más adjetivado guerrillero de la lucha antifranquista. Cogido prisionero y liberado posteriormente por el régimen, para incompreensión de algunos.

Durante mucho tiempo se recordará la historia rocambolesca de Severo Eubel de la Paz, ilustre *desfacedor de entuertos* que logró escapar sin dejar rastro, afincándose en un pueblo de Lugo, afiliándose a un círculo parroquial para recaudar fondos para los pobres. La llegada de un compañero guerrillero, igualmente escaqueado que se hizo pasar por su cuñado, ocasionó una novelesca situación, ciertamente real. El nuevo pariente decidió casarse con una muchacha del lugar por lo que se realizaron las obligadas amonestaciones, leídas en la parroquia cercana de donde era natural. El comandante de puesto recordó casualmente el nombre del maquis y se dispuso la operación de captura, con el resultado de la sorpresiva detención doble, de éste y de Severo. El apresamiento de ambos tuvo gran resonancia tanto en la prensa oficial como en la clandestina que la adornó de connotaciones románticas. Eubel de la Paz condenado a muerte en Consejo de Guerra, fue indultado de la máxima pena cumpliendo condena en el penal de Burgos hasta 1972, en que se le concedió la libertad condicional.

La Comandancia de Teruel tiene el acierto de propagar una serie de noticias dirigidas a los familiares de guerrilleros haciéndoles saber que todos aquellos que no tuvieran crímenes directos a su cargo y se presentaran voluntariamente a la autoridad se beneficiarían de una amplia amnistía^[35].

El caos adquirió tal fatalismo, que los pocos jefes guerrilleros que aguantaban en el monte, intentaron drásticamente atajar el desmoronamiento ajusticiando, sobre la marcha, por horca o fusilamiento al menor indicio de flaqueza.

Resulta significativa esa especie de punto final que escribiría Dolores Ibárruri en el XXX aniversario del Partido:

En el treinta aniversario de la fundación del Partido Comunista, yo os saludo con el alma, camaradas, que en el interior del país, exponéis constantemente vuestra libertad y vuestra vida en la lucha contra el régimen franquista.

Yo os saludo gloriosos guerrilleros, expresión heroica de la voluntad insumisa de un pueblo, al que solo la traición de Casado pudo vencer. Yo os saludo con cariño entrañable a los que tras las rejas de cárceles y presidios mantenéis en pie vuestra conciencia, orgullosos de vuestras convicciones y seguros del mañana justiciero.

Y en el aniversario del día que quedó grabado como un hito en los anales de la historia de las luchas de nuestro pueblo. Yo os saludo a todos los que en la emigración lucháis por el retorno a la Patria liberada.

La chispa que nosotros encendimos hace treinta años y que las masas guardan en su conciencia, trabajada por el sufrimiento y la opresión, es un fuego que vive inextinguible bajo las cenizas del terror, de la miseria, y que mañana será incendio arrollador avivado por el odio del pueblo hacia sus verdugos.

Bajo las banderas del marxismo-leninismo, que son las banderas de la primera revolución socialista triunfante en la sexta parte del mundo; bajo las banderas de Lenin y Stalin, adelante camaradas, en la lucha por la paz, que es la lucha por la democracia, que es la lucha por la independencia y soberanía nacionales, que es la lucha por el socialismo.

En el treinta aniversario de la fundación del Partido Comunista de España, vuestra Dolores Ibárruri.

Acaso esta promesa democrática hubiera elevado los ánimos de los Magro,

Cristinos, Fermines, Viejos, Chispas, Cortazar, Justinos, Chatos y ese larga lista de guerrilleros que murieron a mucha distancia de la exaltada redactora.

Pero la España del maquis todavía sigue sangrando. Un rastro de muertes, torturas y sufrimientos va marcando una retirada trágica, doliente, penosa y vengativa. El teniente Pecharromán y sus guardias, van azuzando la huida de un pequeño grupo desligado de la Agrupación del Mariano que ya ha conseguido traspasar la frontera. Desarticulada una red de enlaces con el resultado de una veintena de detenciones, es apresado un maqui en una mancebía. La hetaira por congratularse con los guardias y seguir regentando el prostíbulo, los conduce por la noche al caserío del Sargal, nombre tomado del conjunto de arbustos de ramas mimbreñas que crecen a orillas del río. Cinco de los guardias se sitúan a menos de quince metros de la casa, cubriendo los flancos y la retaguardia; otros dos a unos cien metros del portalón, el jefe de línea junto al pajar y Bellido con la manceba en la corraliza. Son momentos tensos, de cierto nerviosismo para algunos y una indiferencia patológica para otros. La presencia de la muerte inquieta, al igual que tranquiliza a quien acompaña. Parece como si la mimbrera orquestase el silbido del viento y el borboteo del río sobre las piedras sirviera de sonido de fondo. La prostituta, obligada por el sargento intimidada a la rendición a los guerrilleros. Ladran unos perros y una tea encendida cae sobre el pajar haciendo crujir las maderas que lo sustentan, obligando al oficial a salir de su escondrijo. Pecharromán bordea las choperas, ladea unas rocas abruptas, cruza el riachuelo y espera. El silencio le obliga a actuar. Vuelve al incendiado pajar que ya amenaza con alcanzar el techado de la casa. De pronto, sin previo aviso, tropieza, materialmente, con uno de los guerrilleros con el que mantiene una lucha cuerpo a cuerpo. Desde algún lugar les lanzan una granada ocasionándoles la muerte. Junto al jefe de línea caen abatidos cinco maquis y los tres habitantes de la masía.

A unos kilómetros de la tragedia, las casas de Costilleo, mitad piedra, mitad barro, aguantan el discurrir continuo, cansino y apagado de una lluvia triste, monótona y desconsolada que baja acompañada del llanto de los montes. Y, como contraste a todo este discurrir de la historia, como firme arbusto en el camino, no muere, sino nace la eterna historia de amor de unos maestros de escuela.

27. Cambian los tiempos

También en la Historia del hombre existe una selección natural. Selección mucho más cruel que cualquiera de las múltiples que tienen lugar en la Naturaleza.

De entre la veintena de hombres agotados, completamente desilusionados que intentan cruzar la frontera francesa en un amargo retorno, Andrés Sorell cita en su libro *La guerrilla antifranquista*:

Fue en Cofrentes donde nos asaltaron el campamento. Teo, llegado de Francia, trajo órdenes para disolver la agrupación. Con él llegaron los enlaces. Era un momento que esperábamos todos. Y comienzan las contrariedades. El asalto al campamento fue terrible, un verdadero combate, en el que aparte del muerto y los heridos perdimos las municiones, la emisora... y la moral, pudiéramos decir. Sin embargo, logramos rehacernos, recomponer los grupos, tarea no fácil para algunos, que, impacientes, buscaban salir cuanto antes del país sin esperar a estar todos agrupados.

Es el Manco de la Pesquera, herido, quien ha hablado, quien delata nuestra huida, nuestra composición, las estafetas. Así, cuando el Andaluz, viejo combatiente del valle de Aran, acude con otro guerrillero a una estafeta, es acribillado a balazos por la emboscada de la Guardia Civil. Se nos ha perdido un grupo. Los hombres están destrozados: duermen ajenos a la propia muerte que nos envuelve. Como si el no despertar fuese una liberación. Casi todas las estafetas eran conocidas por el Manco, han sido denunciadas. Una vez más, ¿qué hacer? ¿Renunciar a los que faltan y continuar la marcha, o un último esfuerzo para encontrarles? Pero ¿y cómo? Asaltados los campamentos, ambos grupos nos buscamos, andamos en las noches con mil precauciones, escuchamos hasta el ruido del silencio que puede delatarnos una pista. Los hombres de mi grupo están impacientes, quieren salir a Francia cuanto antes: ahora ya es sólo salvar la vida, todo parece haber sido olvidado. Es Grande quien insta a esperar, a escapar todos o ninguno, quien recompone la disciplina. Y por fin, un día, encima del pantano de Benageber, encontramos noticias de los perdidos en una vieja estafeta no utilizada desde hace tiempo y desconocida por el Manco.

Difícil resulta resumir las dificultades que encontrábamos para la evacuación: ¿cómo su recuerdo puede dar idea de cuánto pensábamos, hablábamos, callábamos aquellos días y noches terribles? Hubo quien salió por tren, siendo una locura. El tiempo de las citas había pasado.

Ni en carretera ni en ferrocarril podía esperarse ya la presencia de los camaradas que habían de enlazarlos. Y quienes decidían cruzar a pie las tierras españolas, en busca de la frontera, ¿con qué moral lo hacían, bajo qué disciplina, a qué órdenes?

Al fin, en la sierra de Gúdar, un grupo recompuesto de veintisiete hombres toma el camino de Francia: sin dinero, sin comida, sin guías, destrozados de andar, ¡muchos llevamos un mes de aquellas noches!, hasta que adivinamos la ciudad de Tortosa, marchamos cargando con los heridos ¡Cuántas veces nos perderíamos, enterados ya de que la Guardia Civil guarda los puertos de Beceite!

Nuestra obsesión es no disparar un solo tiro, provocar el menor ruido posible, ganar kilómetros en la marcha, resistir la fatiga y el desánimo.

Y un día, que entonces pareció milagroso, dos enlaces del Partido nos pasaron a Francia. Para quienes tuvimos suerte, éste fue el final.

Pasado el tiempo, en Costilleo las familias empiezan a marcharse. Se cierran casas, el pueblo se va quedando solo, desaparecen personas, animales, útiles de labranza, aperos, es como si se despertase de un letargo que ha durado cien, cincuenta, veinte, no menos de diez años. Ya casi no se vive de la tierra, ni del ganado, ni mucho menos del intercambio de alimentos y otras cosas. El cuartel de la Guardia Civil es mandado por un capitán, más joven que el anterior teniente, soltero, serio pero agradable, que sabe de maquismás de lo que quieren contarle los viejos del pueblo. Don Antonio, el médico murió en la capital, nadie sabe de qué. Don Jesús vive en Valencia, cerca de la iglesia de Santo Tomás, en una residencia de sacerdotes, todos ancianos y achacosos. Su hermana murió poco después de la boda del teniente Francisco Valdés Marín con Palmirica. Ahora el matrimonio, vive también en Valencia, concretamente en Játiva, en donde Paco manda una comandancia.

La vida es distinta en el pueblo y, sin embargo, no han pasado tantos años. Todavía no hay luz eléctrica en todas las casas, ni mucho menos agua potable ni servicios adecuados. Solamente la parte de las eras bajas, la más cercana al abrevadero y al depósito, tienen agua corriente. El actual alcalde, hijo de falangista, les ha prometido que en menos de cinco años llevará a todas las casas, agua, electricidad y alcantarillado. Esto último no se lo cree nadie. Tienen médico que cambia cada poco tiempo; y también un cura, muy amigo del capitán y bastante poco del alcalde. De los antiguos habitantes apenas quedan, unos por defunción y otros por emigrar han ido despoblando la villa. Las masías, antaño tan representativas y provechosas, han ido también quedando solitarias. Algún que otro encargado, que no mediero, dirige el negocio del dueño, contratando a peones que reciben su paga semanalmente. Los pastores que quedan, encierran el ganado por la noche y vuelven al pueblo en motocicletas, vehículo muy empleado por aquellas sierras. Parece mentira, pero sin saber por qué los inviernos ya no son tan fríos, ni caen aquellas nevadas que taponaban las casas e impedían sacar las caballerías. En cambio en verano el calor sigue siendo sofocante, y aunque se les ha prometido una piscina, ocurre, como con los desagües, que tampoco se lo cree nadie. Además la piscina llevaría consigo el uso del traje de baño y eso, a pesar del nuevo cura que parece más liberal que don Jesús, no está nada claro. Otra cosa era que los muchachos se bañasen en porreta en los ríos.

Un par de nuevas maquinarias recorren los prados, se trata de un tractor, especie de auto de grandísimas ruedas con un mecanismo capaz de arrastrar tierra, vegetales, cultivos y hasta piedras. Pero lo más adelantado de todo y que inició la despoblación, fue la traída al pueblo de una trilladora, máquina que machaca la mies y hace que el grano se suelte de las espigas sin necesidad de aquel tablón guarnecido por debajo con trozos de pedernal incrustado o cuchillas de acero. Los gorriones siguen revoloteando, bebiendo en los charcos y buscando un pingajo de desperdicio, insecto o residuo comestible. Pero las alegres y pizpiretas gallinas que paseaban las calles, han quedado recluidas en el corral, y tanto las pocas caballerías que quedan, como los

bueyes del alguacil se alimentan de una cosa que llaman piensos compuestos.

Sin embargo no todo son modernidades en Costilleo. Todavía queda lejos la estación de ferrocarril, la carretera es de tierra y cuajada de baches, el coche de línea sigue siendo renqueante, el sereno marca las horas nocturnas y canta el estado del tiempo, siguen realizándose los bandos a viva voz, precedidos del consiguiente toque con la trompetilla, y los chiquillos de la escuela, costumbre ancestral y preciada, se afanan en levantarles las faldas a las muchachas. El estanco ha cambiado de dueños. A los anteriores se los llevaron los guardias por no se sabe que cosas. La fonda ha desaparecido, pero queda la taberna, con la antigua fotografía de la cueva de estalactitas y estalagmitas, plagada de cagaditas de moscas y enmarcada en la pared. Destaca centrada la figura de don Jesús apoyado sobre la impresionante columna vertical que desciende del techo hasta agarrarse al polvoriento suelo. En el ángulo inferior derecho tiene una dedicatoria del fotógrafo: *Al mejor amigo de su mejor amigo. Antonio.*

Costilleo parece haber quedado anclado en el tiempo. El hombre se ha esforzado en transformar el erial poblando el secano de almendros, olivos, y hasta una pequeña huerta para cosechar hortalizas. Pero la bravía fortaleza del monte, rescoldo de pinos, hierbas y matorrales cercena el siempre incipiente terreno agrícola. Sin embargo el municipio goza de una cierta bonanza apoyado en la madera, la cebada y el trigo. Las escuelas han sido remozadas, tienen agua corriente y los servicios cuentan con el alcantarillado correspondiente. El maestro ha conseguido del Ayuntamiento la cesión de un espacio de tierra, aplanado aunque con una leve inclinación, para jugar al fútbol, y hasta un frontón donde pelotean los mozos. A doña Amparo, ya señora y no señorita por su matrimonio con don Pascual, le ha regalado la Sección Femenina una máquina de coser, delicia de todas las mujeres del pueblo que, junto con sus hijas, aprenden a manejarla.

Los dos maestros de escuela de Costilleo, como los de tantos pueblos, figura nunca lo suficientemente reconocida, elogiada y agasajada por sus méritos en esa España hacendosa de la postguerra, tienen todavía mucho que decir sobre la época del maquis. Don Pascual ha ido siempre apuntando, en esa libreta de rallas azuladas horizontales, todos y cada uno de los datos conocidos sobre los guerrilleros incluidos cuchicheos, normativas, oficios, propaganda y rumores, aún los sin duda exagerados de sus propios alumnos. Su mujer, doña Amparo, siempre le ha animado a relatarlos en un libro, pero él ya no está para esas cosas, ha pasado demasiada vida, como dice, y sólo busca el refugio de la satisfacción en sus recuerdos.

Joaquín Ruiz Jiménez, embajador de España en la Santa Sede firma con el Vaticano las características de los eclesiásticos en los deberes militares y se crea la figura del Vicario General Castrense. La inolvidable *Gilda*, Rita Hayworth visita España junto a su esposo Ali Khan. Regresan la practica totalidad de los embajadores de las potencias extranjeras excepto, naturalmente, la Unión Soviética. Franco visita las colonias donde se formó militarmente, y la prensa del régimen airea las

posesiones que España tiene en el continente Africano: Sahara Occidental, Ifni y Tarfaya, Guinea Ecuatorial y el protectorado de Marruecos. La guerra fría sigue ensombreciendo el panorama internacional, lo que favorece al régimen franquista. Corea del Norte cruza el paralelo 38.º, contando con el apoyo de la URSS y China, mientras que EE. UU. se inclina directamente del lado de Corea del Sur. Y en medio de esta vorágine, los montes de España van secando un llanto que nadie quiere recordar. Un tácito pacto de silencio, no provocado únicamente por la censura, olvidará a unos hombres que trazaron una parte de la historia con idealismo, crueldad, ignorancia, utopías, venganza, ilusiones, principios y engaños.

En el camino aprendí, que llegar alto no es crecer
que mirar no siempre es ver, ni que escuchar es oír,
ni lamentarse es sentir, ni acostumbrarse es querer.
En el camino aprendí, que andar solo no es soledad,
Que cobardía no es paz, ni ser feliz sonreír.
Y que peor que mentir es silenciar la verdad.
En el camino aprendí, que puede un sueño de amor
abrirse como una flor, y como una flor morir,
pero en su breve existir, ser todo aroma y color.
En el camino aprendí, que humildad no es sumisión.
La Humildad es ese Don que se suele confundir:
No es lo mismo ser servil, que ser un buen servidor.
Cuando vayan mal las cosas, como a veces suelen ir,
cuando ofrezca tu camino sólo cuestas que subir,
cuando tengas poco haber pero mucho que pagar,
y precisas sonreír, aun teniendo que llorar.
Cuando te agobie el dolor y no puedas ya sufrir...
Descansar acaso debes, pero nunca desistir.
Cuando todo esté peor más debemos insistir.^[36]

Esporádicos ensayistas, periodistas, intelectualoides, desocupados o simples fisgones merodean, de vez en cuando, por Costilleo, tratando de acoplar la historia a sus pretensiones. Todos tienen alguna razón para convencerse. Heroicidades, deserciones, torturas y traiciones se mezclan en un mismo saco del que se saca la verdad que más convenga. O la mentira. La AGL será, sin duda, la Agrupación Guerrillera que más páginas ocupará en la literatura del maquis. Nombres como Antonio, Grande, Pepito el Gafas, Manco de la Pesquera, Blanca, Rosita, Sole y un largo etcétera harán correr ríos de tinta que se mezclaran con la sangre y el llanto de los montes. Emencio Alcalá Germán, por citar un sencillo patán, será para unos el pobre campesino abocado por las circunstancias a echarse al monte, mientras que para otros será considerado como el traidor que delató una de las estafetas más buscadas. Posiblemente dos verdades que tienen distinta consideración. Uno de los hombres que ocasionará mayor controversia será Basilio Serrano Valero, Manco de la Pesquera, que tras un largo historial heroico, delictivo y sangriento, será detenido imposibilitada su huida por fractura de la extremidad inferior, encarcelado en Valencia tras una larga y esclarecedora confesión y fusilado en Paterna el 10 de diciembre de 1955. Parece ser, según comentarios afines izquierdistas que, el Manco,

no precisó de grandes interrogatorios ni torturas. Con sus delaciones se detuvieron enlaces, estafetas, campamentos, puntos de apoyo y hasta la ruta de evacuación que se había propuesto desde Francia.

Pedro Merchán, Paisano, fue uno de los maquis que pagó con su vida la traición del delator. Sin embargo, muchos ideólogos lo considerarán para siempre un ser generoso, signo de rebeldía y valor en la lucha antifranquista.

Los maquis se movían principalmente por zonas montañosas de toda la península, preferenciando las zonas boscosas o provistas de vegetación densa que proporcionara cobijo. Otro factor importante es la localización de las partidas y su supervivencia fue el aspecto social. Se tendió a elegir áreas donde se pudo contar con la colaboración de, al menos, una parte de la población, dado que sin el apoyo de ésta difícilmente podría sostenerse un grupo guerrillero. A veces la presencia de partidas en determinadas zonas se debió simplemente a la reagrupación en los montes más cercanos de contingentes de huidos de las poblaciones locales.

En las zonas de clima más adverso, como por ejemplo las montañas de León, fue relativamente frecuente que los maquis pasaran periodos de tiempo más o menos largos escondidos, en pequeños grupos, en casas de apoyos dentro de los pueblos, especialmente durante los meses invernales.

Entre las grandes zonas de máxima actividad guerrillera destacan la cornisa cantábrica desde Galicia hasta Cantabria, con especial incidencia en las montañas de Asturias y norte de León; el Levante, concretamente el área comprendida entre las provincias de Teruel, Castellón, Valencia y Cuenca; Centro, que englobaría Extremadura, norte de Córdoba, Ciudad Real, Toledo y montañas del Sistema Central y sur de Andalucía, comprendiendo dos zonas independientes, Cádiz por un lado y Granada-Málaga por otro. Además hubo actividad también en otras áreas de menos extensión, como en La Mancha y en el Alto Aragón.

En las ciudades también actuaron grupos de resistentes armados, aunque sólo alcanzaron cierta relevancia en Madrid y en Barcelona. En la capital española la guerrilla urbana tuvo un carácter predominantemente comunista, apoyada por el PC. Su vida fue efímera. Los guerrilleros que actuaron en Barcelona, en cambio, fueron mayoritariamente anarquistas. Esta ciudad constituyó el último de los escenarios urbanos del maquis. Los intentos de extender la lucha a otras capitales como Valencia o Bilbao no prosperaron.

El carácter generalmente rural y aislado de las localizaciones de la actividad guerrillera, si bien favorecía el desarrollo de la misma, supuso un notable obstáculo para la consecución de sus objetivos. En efecto, dado el bloqueo informativo, tan sólo los escasos —en términos relativos— y dispersos habitantes locales fueron conocedores del conflicto. A la mayor parte de la población española se la mantuvo en la ignorancia en relación a la guerra de los montes^[37].

Existe, entre los partidarios de la *memoria histórica*, un exacerbado afán en considerarse protagonistas de la lucha antifranquista.

Santiago Carrillo afirma que, lejos de causar desánimo, debe considerarse un honor que el Partido Comunista sea el único que ha mantenido la lucha a favor de la República y la Democracia, ininterrumpidamente, desde el comienzo del Régimen franquista^[38].

Hay quienes sostienen que: «A la par que aumenta el interés por esta guerrilla, se multiplican los intentos de despojarla de su carácter mayoritariamente libertario para presentarla vagamente como *lucha republicana* o *democrática*, al igual que sucede con figuras significadas del anarquismo ibérico (Salvador Seguí, Puig Antich, Joan Peiró^[39])».

En relación con el eterno conflicto entre el anarquismo en España y el exiliado en Francia, donde la FAI trató de detener al maquis ignorando la lucha en el interior, la

historiadora Dolors Marín comenta: «Como es lógico, por imperativos vitales, el Movimiento Libertario del Interior, aglutinado en torno a Manuel Molina y Lola Iturbe, y el del Exterior, representado por Federica Montsey y Germinat Esgleas, tenían ópticas muy distintas a la hora de entender la vivencia de la lucha^[40]».

Para don Pascual, maestro de Costilleo, su opinión sobre los maquis, por lo menos tan respetable como las demás y, en realidad, mucho más extendida por el apolítico campesinado era muy clarificadora.

—Mira, Amparo —comentaba con su esposa—, no hay duda de que el movimiento guerrillero ha sido siempre encarnizadamente antifranquista, pero todo lo demás que se cuenta es pura fanfarria. Nada de objetivos democráticos ni ideología progresista. Su derrota estaba cantada, y su hipotético triunfo nunca hubiera significado la implantación de la democracia en España, sino una dictadura, infinitamente peor que la actual. Estoy seguro de que habría sido semejante a la estalinista que se está apoderando de la Europa oriental —y acababa su discurso afirmando—. Te lo dice un vencedor vencido.

El pueblo que vivió la época del maquis, representativo de tantos otros que sufrieron la contienda a muerte de dos bandos, empieza a remontar su trágica historia. Alejado de la despersonalizada vida de las ciudades, todavía sigue conservándose un cierto adormecido pasado que, aunque silencioso, perdurará durante mucho tiempo en la mente de sus protagonistas. Hay muchos menos habitantes, pero en la época veraniega, incluso durante muchos fines de semana, se llena de una juventud cuyos padres emigraron dejando solos a los abuelos. Y en las cálidas noches del estío, mientras esa gente bulliciosa organiza alegrías verbeneras, un grupo de ancianos, sentados en la bancada de piedra que siempre ocuparon, apoyados en sus añosos bastones, comentan y piensan en aquellas noches del maquis donde el sonido de un disparo, el ruido de unos cascos o el arranque de la furgoneta del cuartel, encogía el alma en espera de la tragedia.

Don Pascual y doña Amparo se acercan al vetusto corrillo. Le hacen sitio al maestro en el poyete, mientras la señora marcha a reunirse con las mujeres que, sentadas en sillas de enea alrededor de la plazuela, hablan entre maliciosas y alegres del baile *agarrado* de la actualidad. Este sábado han contratado los mozos a un acordeonista que acompañado por dos guitarreros del lugar tocan pasodobles.

—¿Ha terminado su libro, don Pascual?

—No estoy escribiendo ningún libro —se excusa el maestro—, simplemente apuntes, noticias, recuerdos que pienso dejar en el Ayuntamiento para generaciones venideras.

—¡Deje ya a un lado a los maquis!, —le increpa un viejo— y escriba más sobre el guiso de la caldera, que eso sí que se va a perder. Garbanzos, longaniza, costilla de cerdo, morcillas de cebolla y tocino con algo de arroz.

—¿Dónde comes tú todo eso? —interroga el más anciano.

—En mi casa, cuando viene la chica de Valencia y trae las cosas.

Sí, los hijos han emigrado a las ciudades, algunas chicas para ponerse a servir, pero otras han tenido suerte y se han casado con algún señorito o, mejor, con algún labrador de la huerta.

—No quiero que la historia se tergiverse con el tiempo.

—¿Qué no quiere qué? —pregunta un atrevido.

—Que la realidad del maquis se interprete equivocadamente.

—Nadie contará la verdad —razona la despejada mente de un octogenario—. Mientras dure Franco está asegurado el silencio, y después —profetizó el longevo— cada uno dirá lo que se le antoje.

—Nadie le hará caso. Yo he conocido la monarquía, la república, la guerra y lo de ahora, y todos han hablado de la feria como les va.

—Vale, puede ser —corta don Pascual que sigue a lo suyo— pero díganme, ¿saben algo del Mariano?

—Nadie sabe qué fue de él. Yo estoy por lo de que escapó de España.

—Lo que es seguro es que Grande pasó a Francia. Me lo ha dicho mi chica que está sirviendo en casa de un oficial de artillería.

—Y que Chaquetalarga se largó dejando plantada a su novia.

—Eso ya hace mucho que se sabe.

—Y del Poeta, y el Hurón y Ramiro y tantos otros, ¿no saben ustedes nada?

—Pregúntele al capitán.

—No seas borrico Evaristo —cortó el razonador—, ése sabe menos que cualquiera de nosotros.

—Verá, don Pascual —intervino el más joven, que ya no vería los setenta—, yo conozco a dos personas que, si quieren, pueden contarle muchas cosas. No son del pueblo, pero se juntan de vez en cuando en la feria.

—¿En la de Costilleo? —pregunta interesado el maestro.

—Sí. Uno de ellos trae un puesto de ropa —y bajando la voz, comenta—: antes de dedicarse a esto fue maqui.

—¿Y el otro? —a don Pascual se le abrieron los ojos ilusionado.

—El otro, aún le gustará más. Perteneció a una contrapartida.

Don Pascual requiere datos para ponerse en contacto con los referidos, luego sigue un largo silencio, ese silencio tan expresivo que interrumpe con frecuencia las conversaciones más atrevidas de los aldeanos. No hablan, pero todos piensan, recuerdan historias que posiblemente nunca se atrevan a contar. Han ocurrido tantas cosas, cosas de unos y de otros que es mejor olvidar. ¿Para qué revolver tristezas, amarguras, desilusiones, miedos? Este don Pascual no sabe donde se mete. O acaso sí. Fue falangista y luego se borró de la lista. Tuvo una novia y se le murió. Ahogó sus desilusiones y penas en la esperanza del trabajo y del magisterio. Encontró a doña Amparo de la que muy poco se sabe, aparte de ser una mujer excelente, bondadosa y llena de cariño. El maestro sabrá por qué se interesa por todos estos líos. En Costilleo solo quieren olvidar, ignorar un pasado del que todos salieron perdiendo. Bueno,

todos no. Alguno descansó y hasta elevó preces al cielo por librarse de una desasosegante incertidumbre, y hasta hubo quien hizo dinero. Sueltan un cohete, que nadie sabe de donde ha venido ni quien lo trajo, y las guitarras pierden el compás de ese pasodoble tan español del *Gallo*, los viejos alzan la cabeza, un niño irrumpe en asustado llanto y hasta el cabo de la Guardia Civil busca al responsable. No pasa nada. Ha sido el hijo del alcalde que ha traído unas *salidas* de Valencia. Ya podía haber avisado. El guardia civil indica al atrevido que no dispare ningún otro o que lo haga en el centro de la plaza avisando a la concurrencia.

Don Pascual abandona el grupo y va en busca de su esposa que departe animosamente con la mujer y la suegra del alcalde.

—Pues dice mi yerno que gracias a Franco podemos hoy vivir tranquilos.

—A Franco y a la Guardia Civil —subraya la hija.

—¡Mujer, claro! No se concibe una sin el otro.

—Pues mi yerno dice —la mujer mira alrededor y murmura bajito— que han encontrado una fosa con huesos cerca del Pozo de Cerdaña.

—Serán de algún animal —intenta suavizar la maestra.

—Sí. De un animal humano —remacha la anciana.

Doña Amparo no gusta seguir la conversación, pero la alcaldesa consorte y su madre no parecen estar dispuestas a ocultar sus conocimientos.

—Mi yerno asegura que los guardias han dicho que son los restos de un maqui.

—De un maqui —sigue la hija— que mataron sus propios compañeros por violar a una masovera.

—No lo entendiste bien —aclaró la madre—. Al que mataron fue al que mató al violador.

—Tienes razón, madre. Lo había confundido con el que encontraron en la masada de las Pelanduscas.

De esta forma se iba tejiendo una historia tan difícil de entender como adornada de cuentos, chismes y comadreos, sin olvidar los aditamentos varoniles más propios de coloquios entre cazadores. Lo cierto era que, a causa de las lluvias habían quedado al descubierto los restos de un pequeño depósito de municiones, con seguridad del maquis. El hallazgo se adornaba con el también real descubrimiento de un esqueleto encontrado en la cercana cueva, procedente de un huído de la guerra civil, todo ello recubierto de cotilleos, sin venir a cuento, sobre *permisividades* que debían atajarse.

Los maestros vuelven a casa, tienen vivienda, cómo el médico, construidas por el Servicio Nacional de Regiones Devastadas y Reparaciones. Este organismo, creado por las tropas nacionales en 1938, fue denominado al finalizar la contienda como Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones, dependiente del Ministerio de la Gobernación, encargado de la reconstrucción del país, especialmente de aquellos territorios más destruidos por la guerra civil.

—Me han hablado de unos más que valiosos informadores sobre el maquis.

—¿Cuándo dejarás esas cosas que tanto te atormentan, Pascual?

—No me atormentan, mujer. Es solamente curiosidad, acaso con un poco de morbo, lo reconozco.

—Pero, si ya lo sabes todo.

—¡Qué va! Ni lo sé, ni se sabrá nunca. Sólo se escribirá lo que resulte correcto en el momento.

El matrimonio recorre las callejas desiertas, todo el pueblo está en la plaza. Aunque ya son mayores, parecen caminar amartelados, ella con la cabeza apoyada en el hombro del marido, han sufrido mucho, no tendrán hijos, y han tenido la dicha de encontrar, al atardecer de su vida, el reposo y bonanza que ni siquiera soñaron. El ambiente es plácido, con ese tibio fresco de las noches rurales, acunadas por montes y pinos.

—¿Te acuerdas del teniente?

—Claro —responde ella— y de Rosalía, su mujer y del muchacho, José María. ¿Qué habrá sido de ellos?

—Viven en Zaragoza, es lo único que sé. El general Pizarro se encargó personalmente de ellos.

—Pizarro... —murmuró Amparo—. ¡Qué hombre tan indescifrable!

—¿Indescifrable? Nada de eso, mujer. Yo no tuve el honor de conocerle pero cómo si lo hubiera hecho. Lo vi sólo una vez, en Mora de Rubielos, pero conozco todas sus andanzas y decisiones.

—Por don Luis, ¿no?

—Sí. Por don Luis Blasco maestro de Mora y anteriormente de Gúdar, íntimo de Pizarro y un hombre cabal. Fue quien me contó lo de Felisa, los asesinatos de Gúdar y la represión en Fuen narices.

—También a mi me contaba cosas del maquis Delfina, su mujer.

—Testigo fiel de las andanzas de su marido. Toda una mujer de su tiempo.

—Me aseguró que los guardias no ahorcaron a Felisa. Estaba ella hablando con don Laureano, el capitán de Mora, cuando bajó agobiado y desencajado uno de los números dándole la novedad del suicidio de la mujer. Don Laureano la emprendió con el pobre guardia, gritando iracundo y colérico, mientras corría fatigado hacia el cuartel. Delfina me aseguró que, un cierto tiempo más tarde, incluso habló con los hijos de la muerta y les aseguró que no fueron los guardias los causantes^[41].

Siguen caminando despacio, muy despacio, silenciosos, medio ausentes por las empedradas callejas recopilando sus recuerdos. El maestro, de improviso, entona por lo bajo aquello que canturreaban en las trincheras y luego se hizo popular entre los soldados de la División Azul. Amparo se recostó aun más sobre el hombro de su marido.

Chaparrita, la divina
la que al templo se encamina
por la mañana a rezar.
Le pide a Dios, ruega y llora
que la lleve en buena hora

a su templo a descansar.
Me da besos a montones,
y amorosos mordiscones,
que a veces me hacen llorar.
Ella a veces también llora,
y el llanto la decolora,
pero se vuelve a pintar.
Lleva *rouge* en las mejillas
la falda por la rodilla,
si será por el calor.
Lleva las uñas pintadas
y las ojeras moradas
y los labios de color.

La popularidad de la canción se forjó entre la juventud contestataria de aquellos años cuarenta, con la aparición de las llamadas *chicas topolino*, en referencia al coche utilitario italiano. Siempre se ha hablado de aquella España inquisitorial, amargada y enlutada; sin querer reconocerse, como lo indica la canción, la existencia de una rebeldía juvenil femenina, faldicorta, altos tacones, ojos y labios pintados que trataba de compaginar la alegría con la responsabilidad impuesta.

En la plaza la fiesta desprende sus últimas cansinas bocanadas. Las mujeres y los viejos van abandonando, poco a poco el lugar. Sólo quedan algunos jóvenes que, aunque prudentes, remolonean el fin de la juerga. Todavía estarán muy lejos los tiempos del desenfrenado *botellón* y similares. Ninguno de los presentes podría imaginar lo que resultarían estas *verbenas* muchos años después. Un par de vejetes acartonados comentan por lo bajo mientras se dirigen renqueantes a sus casas.

—No debiste decirles que conoces a uno que fue de la contrapartida.

—No le dije quién era y además lo situé fuera del pueblo.

—Pero acabará sabiendo que fui yo, y hasta ahora sólo tú conoces la cosa.

—¿Y qué más da que se entere?

—Que se entere el maestro, no me importa. Lo que me importa, y mucho, es que lo sepan los demás.

—Pues le dices que no lo diga y ya está.

—No sé... no sé... —y se quitó la boina para rascarse la cabeza.

Mientras los viejucos regresan silenciosos a sus hogares, el maestro ya en el lecho matrimonial, no puede conciliar el sueño. La posibilidad de entrevistarse con un exmaqui y un guardia civil le impide el descanso. Se levanta en pijama, la noche es templada, doña Amparo, que tampoco duerme, le aconseja que se cubra y no tarde en volver a la cama. Sabe que es imposible, su marido permanecerá revolviendo sus papeles, esos papeles que tanto le obsesionan. Si por lo menos quisieses escribir un libro. A lo mejor hasta ganaban dinero. Pero Pascual no es eso lo que pretende. Solo desea dejar escrito lo que conoce personalmente o de primera mano. La mujer se da media vuelta en la cama, permanece un tiempo despierta, rumiando pasados y al poco rato se queda dormida.

En su pequeño despacho, habitación en realidad construida por el Estado para los

hijos que no tiene, una tosca librería acumula pocos libros y muchos papeles, libretas, archivos. La mesa es vasta y sólida, con una cajonera en la parte izquierda cerrada con llave en la que se encierra una pistola del nueve largo, reglamentaria, con permiso, y su correspondiente munición, junto a una colección de sellos y unos cuantos billetes de la República. En otro cajón, lleno de papeles recogidos en varias libretas, se encuentra lo que busca don Pascual. Son datos del Archivo del Servicio de Estudios Históricos de la Guardia Civil:

Guardia Civil:	
Muertos	257
Heridos	370
Maquis:	
Muertos	2173
Heridos	467
Detenidos	2374
Presentados	546
Enlaces:	
Detenidos	19 444
Armamento intervenido a las partidas:	
Ametralladoras	24
Subfusiles	516
Pistolas	3075
Fusiles	2003
Escopetas, rifles	1522
Granadas	7904
Actos imputados al maquis:	
Asesinatos	953
Secuestros	845
Sabotajes	538
Atracos	5963
Enfrentamientos	1826

Más apuntes.

Según Enrique Lister para contener la invasión por el valle de Arán, Franco empleó más de ochenta mil guardias civiles y alrededor de cincuenta mil policías armados. El teniente coronel Aguado Sánchez afirma que la plantilla total de la Guardia Civil de aquel entonces no sobrepasaba los sesenta mil y la de la Policía Armada no llegaba a quince mil.

La frialdad de las cifras, incluso su veracidad, decía muy poco a don Pascual. Él

deseaba la historia, el suceso, la vivencia de los personajes que discurrían en el drama, como es la carta que le envió su amiga María:

Cuando era niña y cruzaba por el monte, no habían caminos ni carreteras, para coger el tren que me llevase de Oza de los Ríos a Coruña, me topé con cuatro hombres que llevaban largas gabardinas y que me preguntaron, con cara de pocos amigos, que adonde iba. Les dije la verdad y sin mediar aclaración alguna, que no hacía falta, me dijeron: «Como le digas a alguien que nos has visto, te colgaremos de este pino». Aún ahora recuerdo con miedo aquel encuentro^[42].

Don Pascual conocía el escenario, las comparsas, los espectadores, algún que otro actor de fuste, pero quería más, mucho más, algo que resultase inteligible para la posteridad en aquel maremágnum de realidad desconocida.

La vida continuaba en Costilleo y un maestro de escuela, de reconocida probidad, escribe de puño y letra, con apuntes deshilvanados, el episodio final de esta narración.

28. Apuntes para la Historia.

He conocido a quien llamaré desde ahora Raúl, un antiguo guardia civil componente de una de las famosas contrapartidas del general Pizarro Cenjor. Setentón que estaría todavía bizarro si no fuese porque le alcanzaron las piernas siete balas de metralleta que le envió el Ramiro. No sé cómo pudo salir tan bien librado. Según cuenta detalladamente estaba abrevando al caballo en una poza de Ejulve cuando recibió inesperadamente una ráfaga de disparos en las piernas. Se libró de la muerte porque el caballo le cubrió al caer destripado sobre él. Los otros tres guardias que le acompañaban repelieron la agresión sin sufrir daño alguno. Supieron que eran los del Ramiro porque, al huir, abandonaron una bota de vino que hacía unos días habían cogido en una masada. Llevaba la marca del ganadero.

* * *

Mi confidente no es muy expresivo, pero se le nota que va tomando confianza y empieza a soltar la lengua. Parece ser que eso también le sirve de catarsis. Una pastora de Mas del Perro les servía de enlace creyéndolos maquis y, según confesión literal, «la verdad sea dicha, nos hacía favores personales que no era cuestión de rechazar». Un día la encontraron muerta en la cabaña. Le habían rebanado el pescuezo. El asesinato se lo atribuyeron a los maquis, pero fue su novio quien la quitó de en medio enterado de sus infidelidades. Se silenció la verdad y sirvió de propaganda.

Raúl se ha puesto a llorar de repente recordando el caso del sobrino de Casquero. Lo mató Mariano en persona cuando se enteró que daba información a la contrapartida. Su relato era entrecortado por los sollozos.

El chiquillo, apenas tenía once años. «Nos conocía porque era sobrino de Casquero, uno de nosotros. Teníamos confianza en él, nos traía comida y contaba lo que sabía de los del monte. Una noche, acabábamos de estar con el chico comiéndonos unos trozos de pan y tocino cuando, al marcharnos, llegó uno de los hombres del Mariano que merodeaban por allí. El crío lo tomó por uno de nosotros y

se descubrió. El maqui lo agarró y avisó a sus compañeros. Mariano mismo le hizo el cordel y lo dejó en el sitio».

* * *

Un hecho, más que curioso, significativo, ocurrió con la brigadilla de Bellido. Raúl era del mismo pueblo que el sargento. Los guardias hacían su ronda por las masadas, inquiriendo siempre información sobre los maquis y siguiéndoles la pista cada vez que podían. Una noche, casi pisaban los talones a una partida, cuando arribaron a la masía del Chaparro, gente de confianza y que no habían visitado desde hacía tiempo. Serían las dos o tres de la madrugada. Llamaron a la puerta y les abrió el propio Chaparro, naturalmente nervioso, en calzones y con un candil en la mano. Bellido y sus tres hombres entraron de buena gana en la casa, pidieron algo de comer que sirvió generosa la masovera y, como cosa natural hablaron del maquis y el sargento mandó revisar la casa.

—No es que no tengamos confianza, Chaparro, ya lo sabes, pero hay que cumplir el expediente.

—Claro, claro —balbuceó el asustado masovero—. Pero no hagáis mucho ruido porque arriba están mis hijas y sus maridos durmiendo.

—Los hombres están rendidos —aclaró la mujer—. Han estado con la parva todo el día.

Uno de los guardias subió la angosta escalerilla de obra, bajando al poco rato sonriendo.

—Arriba están las dos parejas, más que durmiendo, matrimoniando.

—No hace un año que se casaron —aclaró la vieja.

—Diles que bajen a reponer fuerzas con nosotros —bromeó entre carcajadas el sargento—, después del esfuerzo no es malo echar unos tragos.

Entre risotadas, bromas y protestas, el número volvió a subir la escalerilla, golpeó las puertas de los dos cuartos y gritó la chanza. Los dos mozos bajaron medio vestidos, visiblemente asustados y sorprendidos. Siguieron de mejor o peor gana las chirigotas y, al poco tiempo, Bellido los mandó a descansar.

El caso no pasaría de simple anécdota si no fuera por la explicación posterior de Raúl, que me sirvió, al mismo tiempo para completar la historia de Mariano, que tanto había dado que hacer a los guardias de esta tierra.

La masada del Chaparro tenía como medieros a una familia honesta, apolítica tirando a conservadora, y, desde luego, católica. Tanto el dueño de la finca como los masoveros eran favorables al régimen y, por supuesto, ayudaban a los guardias siempre que podían, procurando pasar desapercibidos para los guerrilleros. En la noche referida, dos hombres entraron violentamente en la masía. Se sabían perseguidos. Cogieron a las muchachas y se encerraron con ellas en los dormitorios, amenazando a los viejos de que iba en ello la vida de sus hijas. Los pobres padres,

contaron el embuste del casamiento, tratando de ocultar la deshonra de las chicas. Los esposos no eran otros que Mariano y uno de sus hombres que se habían despistado buscando el grupo de Grande. A partir de aquí, el relato de Raúl admite dos versiones. En una, el masovero murió de angustia y vergüenza al mes del suceso; en la otra, al día siguiente se pegó un tiro con su escopeta de caza^[43].

* * *

He conseguido averiguar cosas importantes del Hurón. Desde hacía tiempo representaba un doble enlace. Estaba en relación, consentida, con tres mujeres que le servían de cómplices. A dos de ellas, antiguas militantes de la FAI, Federación Anarquista Ibérica, se les atribuye la composición de la letra charanguera:

Si los curas y frailes supieran
la paliza que les vamos a dar
saldrían a la calle gritando
libertad, libertad, libertad.

La tercera era la viuda de un pobre republicano que, al ver el desastre del Frente Popular al que había contribuido a defender, se convirtió en un ferviente defensor de Besteiro, paradigma de la ética y la honradez que, elegido presidente de las Cortes Constituyentes en julio de 1931, abandonó, desengañado, la dirección del PSOE y UGT.

Las tres mujeres, empleadas por el régimen como infiltradas en el mundillo antifranquista, sirvieron, cosas del destino, como amantes y recurso de seguridad al astuto y retorcido Hurón. Cada vez que el avieso enlace actuaba de guía en alguna partida lo ponía en conocimiento de cualquiera de sus concubinas que, a su vez, lo trasladaba a la Guardia Civil.

* * *

Sé muy bien, por experiencia propia, las honradas dudas que se plantean ante los manejos políticos de los mandatarios que, desbordados por sus propias mentiras, acaban por no poder atajar ese monstruo sin cabeza que representa el estampido de las masas. Es cierto que la Constitución republicana afirmaba las libertades y la alternancia mediante elecciones, pero nunca se llevó a cabo en puridad, claramente y sin rodeos. En realidad la intención del legislador, nunca fue la cacareada laicidad de las normas, sino un anticristianismo que reducía al clero a una ciudadanía de segunda, a la miseria, y asestaba un duro golpe a la enseñanza, dejando en inferioridad todo sentimiento católico. Gran parte de intelectuales que ayudaron al advenimiento de la República, se rasgaron las vestiduras con la experiencia del Frente Popular. Pérez de Ayala considera a sus líderes de una cobardía y baja que nunca hubiera imaginado;

Ortega, tras su famoso *no era eso*, fustigó a los intelectuales extranjeros que, en su ignorancia, defendían a las izquierdas; Marañón los tacha de cretinos criminales y hasta el mismo Besteiro admitió que Franco había librado a España de una pesadilla.

«Dios escribe con renglones torcidos», y los historiadores, con mayor o menor fortuna, se empeñan en quererlos amañar. Un ser repugnante, desagradable, acomodaticio y traidor como el Hurón, vendió a todos y se sirvió de todos; y otro, por citar del mismo bando como Julián, idealista convencido, perdió la vida por desconfiar de la comprensión de un enemigo.

* * *

Han montado el mercadillo y me han indicado el exmaqui que esperaba. El Churro es un hombre sesentón, bastante más joven que Raúl, o por lo menos lo parece. Tiene una cicatriz que le cruza la mejilla izquierda. Parece ser que fue motivada por un asunto de faldas. Al principio no se ha dado por enterado de nada de lo que le decía. No sabía de qué iba la cosa, hasta que me acompañó el de la contrapartida. Por supuesto se conocían. Los cité a los dos en casa, por la noche. Mi mujer estaría durmiendo. Incluso tuve la desafortunada idea de ofrecerles dinero y, ambos a dos, se mostraron verdaderamente ofendidos. Pan, jamón, tomate y frutas, regado de vino de la tierra fue más que suficiente para comenzar la tertulia. Y después, mientras se soltaban las lenguas, café, tabaco y unos *vidrios de sol y sombra*.

—Tú estabas con Mariano. Cuéntale al señor lo que sabes.

—Y tú respondes de la confianza, ¿no?

—Pues claro, Churro. ¿No me ves aquí rajando?

—Pero tú siempre has sido de estos.

—Yo he sido de éstos como pude haber sido de los otros.

La afirmación de Raúl era fiel exponente de la realidad. Cuando yo miraba a los dos hombres, estudiaba sus reacciones, su forma de hablar, de comer, de gesticular, hasta de opinar en sus discrepancias, los veía como dos astillas de un mismo palo. La España profunda se manifestaba en quienes habían sido dos enemigos mortales, provenientes de dos almas gemelas. Los imaginaba a uno con boina y a otro con tricornio y eran la misma persona con casquetes distintos. Tanto pudieron verse enfrentados, como hermanados y hasta con los papeles cambiados. Al Churro, como él mismo reconoce, se le ha calentado el diente, habla y habla sin cesar, me palmotea la espalda de vez en cuando y me hace sacar otro porrón de vino.

—Me has caído bien, profe, tienes derecho a saber cosas —me dice ya con lengua de estropajo.

—No te pases, Churro —le aconseja el Raúl.

—¿En qué quedamos, viejo? ¿Hablo o no hablo? —y sin esperar respuesta continúa—. Hablo porque me sale de los riñones, ¿está claro? —se dirige a Raúl—. Lo de riñones lo entiendes, ¿no? Lo digo por no ofender al señorito.

Se echa al colete una buena porronada y, como si se hubiese serenado de repente empieza:

—Nos habíamos cargado a un falangista y herido a unos cuantos somatenes en una encerrona, cuando tuvimos que huir a todo trapo porque llegaban los guardias. Teníamos una casa en el pueblo que nos servía de refugio. Nos dirigimos allí y, como conejos asustados nos escondimos en el piso de arriba. Alguno hasta se metió debajo de la cama —ríe estrepitosamente, lanza un eructo y aclara—. No fui yo el cagarruta. Mucha atención a lo que va ahora, maestro. Vienen los guardias, llaman a la puerta y les abre la única persona decente que existía en la casa —se relame los labios—. Una chiquilla de no más de diecisiete años que se encara con los tricornos diciéndoles: «Pasen, señores, pasen. Pasen y registren lo que quieran. Mis padres y hermanos están en la trilla». Los guardias convencidos de la inocencia de la muchacha, no pasan de la entrada. Le aconsejan que atranque la puerta y no abra a nadie hasta que venga su familia. ¡Nunca sabrá nadie que encerrados arriba estábamos cuatro guerrilleros cagaditos de miedo! La *hembra* tenía más huevos que todos nosotros juntos^[44].

El Churro acaba su relato y apoya la cabeza directamente sobre la mesa. Entre Raúl y yo, lo llevamos al sofá. No es cuestión de sacarlo a la calle. Se quedará en mi casa hasta que despierte. No hay cuidado. Amparo está dormida y yo me acostaré en el sillón cuidando al beodo. El viejo guardia intenta suavizar el asunto disculpándose del nuevo acontecimiento, pero le convengo de que marche a su casa y yo me encargaré del Churro. Me quedo dormido cerca del dipsómano hasta que Amparo me despierta. Es ya de mañana y el de la pítima ha desaparecido.

* * *

Ya no volví a saber nada del Churro hasta que me dijo Raúl que lo habían metido en la cárcel por no se que asunto de un atraco a una sucursal bancaria. Por lo visto tenía amistades con otros dos antiguos guerrilleros que estaban de topos en sus pueblos.

Conocí personalmente a un medio demenciado, que acabada la guerra permaneció escondido en la cuadra, durmiendo en el comedero de las bestias y alimentado por su anciana mujer hasta el año 1950. Cuando se convenció de que ya había terminado la contienda, salió del refugio y contaba cosas extraordinarias. Aseguraba que conoció al Julián, al Ramiro y al Poeta, que aunque solitario y con tintes autistas, le confesó un día que su sueño era tocar en París, en uno de los *cabaretes* de Pigalle, donde había oído que se hacía una cosa que llamaban *estripises*, en la que las mujeres se quedaban en *porra* delante de la gente. Esta afirmación del topo, imposible de imaginar entre el campesinado, resultaba a todas luces inconcebible que se la hubiese inventado. Alguien tenía que habérsela contado, y ese alguien podía ser muy bien el mismo Poeta.

* * *

Para Costilleo ha sido un día histórico la venida del teniente de la Guardia Civil don Francisco Valdés Marín, Paco, el sobrino del Cristino, con su señora esposa, doña Palmira, la sobrina de don Jesús. Tienen una criatura de menos de un año, y hay quien asegura que es la viva imagen de su abuela paterna. Esto de los parecidos siempre me ha sugerido la horripilante imagen que representaría quien tuviese, de verdad, la nariz del padre, las orejas del abuelo, la boca del tío o la cabeza del bisabuelo. No he podido resistirme a buscar, en un aparte, a Paco para hablarle.

—Estoy recogiendo datos sobre el maquis de estas tierras. ¿Podrías decirme algo? Siempre y cuando no te comprometa, claro. Pero tú tienes una buena historia.

—Mis conocimientos personales nadie me ha prohibido comentarlos. Otra cosa es, comprenderás, las razones políticas o documentos secretos del Archivo de la Guardia Civil. De lo que, dicho sea de paso, conozco muy poco.

* * *

La buena disposición de Paco me supuso una colaboración excepcional. En las tres noches que pudo dedicarme, recogí el final de los guerrilleros más importantes que tuvieron relación con esta zona. Adjunto relación nominal.

Sacristán: Tan ateo, como ferviente adorador de don Jesús. Su hijo, Ismael, se ahorcó en un pozo. Primer maqui que murió en Costilleo acribillado por los guardias que le hacían la espera delante de la iglesia. Fue por una encerrona del Mariano.

Cristino: Tío de Paco, el teniente Francisco Valdés Marín. Republicano encarcelado y liberado por buenos informes de don Jesús. Se echó al monte por las palizas del Sobrapelotas a Sacristán. Fue asesinado por el *cordel* de Torrijeras, siguiendo órdenes de Mariano.

El Magro: Malcarado y avieso. Fue quien advirtió a Mariano que Sacristán y Cristino no eran de fiar. Llevado herido a la masía de Los Chopos, medio agonizante, el mismo Julián lo remató.

El Chispas: Antiguo minero, enfermo de silicosis. Idealista. Murió en el asalto al campamento base que tenían cerca de la masía de Los Chopos.

Julián: *Maquisard* jefe de guerrillas, que entró con los carros de combate de Granell en la liberación de París. Anarquista enemigo acérrimo de los comunistas. Murió acribillado por la contrapartida de Bellido en la estación de Barracas (Castellón) al no hacer caso de las recomendaciones que le dio Calero (Paco).

Chapo: Fortachón y velludo. Consiguió escapar con Fermín tras el asesinato de los padres de Dami. Lo mató Antequera, al querer huir del grupo al que se habían adherido.

Viejo: Eliminado por Macarra, el mismo jefecillo que ordenó la muerte del

Chapo.

Culebras: Protagonista de uno de los más extraños casos que se dieron en la sierra. Desertó poniéndose a las órdenes de la contrapartida de Bellido. Mató a uno de los maquis apodado el Navajas. Transtornado, acribilló a tiros a Dami y a los hermanos Reyes, dejando herido al sargento y sin consecuencias a Maiques.

Torán: Barbilampiño de nacionalidad norteamericana y padres españoles, enrolado en el batallón Lincoln de las Brigadas Internacionales. Volvió con el maquis a España, siendo herido y cuidado por Calero (Paco) en la calle Las Escaletas de Valencia. Se suicidó al ser acorralado por la policía.

Vidal: Enlace que vivía a costa de su suegro y los *beneficios* de su mujer en la portería de la calle Martí, de Valencia. Descubierta al caer el punto de apoyo del barrio chino, fue eliminado por la policía cerca de su propio domicilio.

Mirlo: Asesinado, junto a su compañera, por los hombres de Julián cuando la pareja huía de la cueva que les servía de refugio, abandonando a una chiquilla que murió desangrada en un aborto.

El Zagal: Sin duda el muchacho más inocente del maquis. Se echó al monte por temor a la Guardia Civil, al robar una corona de flores puesta bajo el rótulo de «Caídos por Dios y por España» en conmemoración del 18 de Julio. Protagonista, junto con Rosina, de una de las leyendas más románticas de las montañas. Se acabó su historia entre las llamas que incendiaron la masía donde murió su enamorada.

Fermín: Labriego al que se le atribuye la matanza de Gadur. Eliminado por el teniente Pecharromán, junto con el Pastor en el *caserío fantasma*.

Torrijeras: Antiguo dirigente de CCOO que se agregó al maquis porque a su padre le dio una paliza la Guardia Civil. Fue eliminado por los guardias en el secuestro y muerte del hijo de un alcalde. Formó parte del EM de Mariano.

El Chato: Alistado en la Legión Extranjera. También del EM del Mariano. Murió ametrallado por los guardias del sargento Bellido que le hacían la espera en una masía abandonada.

Antequera: Perteneciente al *maquisard*. Mató al Chapo cuando huía de la partida. Galán seductor de mujeres, murió traicionado por una amante despechada que consoló su pérdida con los guardias.

Cortazar: *Maquisard*. Cuando se separó de Ramiro para escaquearse en su pueblo, fue detenido borracho cerca de Albacete y conducido al cuartel de Arrancapinos (Valencia) donde se perdió su rastro.

Amadeo: Le faltaban los dedos anular y meñique de la mano izquierda. Entró en España por Portugal, recalando en Valencia. Marchó a la alquería del Pintor en la Albufera donde le hicieron prisionero. Descubrió la identidad de Calero (Paco) y abandonó a su suerte a Torán en Las Escaletas. Desapareció sin dejar rastro.

Mariano: Especialista en paseos y quema de Iglesias durante la guerra civil. Jefe de una Agrupación que llegó a contar con más de 200 hombres. Nunca había salido de España hasta que escapó a Francia con Grande, donde vive con su compañera de

la que tiene dos hijas.

El Hurón: Doble enlace. Delató a gran número de partidas. La Guardia Civil le ayudó a pasar la frontera. Vive en Francia con cierta comodidad económica.

El Poeta: Acordeonista y versificador. Se desconoce el porqué de su incorporación al maquis. Vivía aislado la mayor parte del tiempo. Logró atravesar la frontera en solitario y actualmente se gana la vida en París, tocando el acordeón en Pigalle y en Montmatre.

Ramiro: *Maquisard*. No existen datos sobre su desaparición.

* * *

El teniente de la Guardia Civil Francisco Valdés, que para mí siempre será Paco, me proporcionó algo tan valioso como la relación oficial de las zonas de actuación del maquis, así como los nombres de los guerrilleros más destacados:

Montes de León y la Cordillera Cantábrica, desde Galicia a Santander, donde actuaron numerosas partidas a raíz de la terminación de la guerra. Los bandoleros más activos fueron, en Galicia-León: Xanote, Aguirre, Bailarín, Puerco, Langullo, Foucellas, Moncho, Julián y Coronel Benito; en Asturias: Caxiga, Comandante Flores, Alegría, Machado, y Santeiro y en Santander: Cariñoso, Juanín y Bedoya.

Serranía de Cuenca, Muela de San Juan y estribaciones del Sistema Ibérico. Fue el campo de acción de la Agrupación Guerrillera de Levante, cuyos principales terroristas fueron: Antonio, Pepito el Gafas, Grande, Delicado, Manco de la Pesquera, Andrés y Pedro.

Zona Centro, sierra de Guadarrama, Gredos y Montes de Toledo, donde actuó la Agrupación Extremadura-Centro, con sus nombrados bandoleros: Quincoces, Comandante Honorio, Chaquetalarga, Manco de Agudo, Comandante Carlos, Julián, Fermín, El Francés, Magro, Timochenko, y Paco el Catalán.

Sierra Morena, en las provincias de Jaén y Córdoba. Actuaron aquí Godoy del Pueblo, Bellota, Cojo de la Porrada, Los Jubiles, Cencerros y Mario de la Rosa.

Serranía de Ronda y Sistema Bético y Penibético. En estas zonas montañosas fue donde más actividad mostraron las partidas. En Cádiz y Málaga destacaron Manolo Rubio y Bernabé López, conocido como Comandante Abril. En Granada y Málaga actuaron Ollafría, Yatero, Los Queros, Sevilla, Clares, Polopero y, sobre todo, el Roberto, jefe de la agrupación guerrillera de su nombre.

En Cataluña el bandolerismo tuvo mucho de terrorismo urbano y estuvo a cargo, principalmente de Sabaté, secundado por Massana, Facerias y Caraquemada^[45].

* * *

No tengo más información sobre los maquis. Me pasaré por Camarena de la Sierra

(Teruel). Dicen que hay historiadores que recopilan datos sobre las cuevas del Regajo, donde se constituyó la Agrupación Guerrillera de Levante.

Epílogo

La historia del maquis ha sido desconocida durante mucho tiempo por unos y otros al abrigo de consideraciones políticas.

El escritor Pons Prades, alistado en el ejército republicano durante la guerra civil, posteriormente en los grupos de la Resistencia francesa, detenido en el Pirineo y encarcelado en Barcelona de donde se evade, regresa a España en 1962 y escribe:

Renuncio a ofrecer en un epílogo análisis o conclusiones extraídas de los hechos presentados, y posibles comparaciones con el desenvolvimiento del movimiento guerrillero en latitudes y tiempos diferentes, de aquellos días o de los nuestros. Creo, sin embargo, que a través de la lectura de los textos y testimonios recogidos y expuestos, podrá, el que lo desee, extraer el juicio de valor que considere necesario.

En Santa Cruz de Moya, Cuenca, un monumento al maquis construido en 1991, y al que se acude en sentido homenaje todos los años, recuerda:

En memoria de los guerrilleros españoles muertos en la lucha por la paz, la libertad y la democracia al lado de todos los pueblos del mundo.

Y más explícitamente, una placa situada en el km. 26 de la carretera Mora de Rubielos, Alcalá de la Selva (Teruel), en la entrada al sendero que conduce a Fuenarices recoge:

Doroteo Hernández Marco
Isaac Villarroya Garcia
Juan Escribano Fandos
José Blasco Blasco
Joaquín Fayos Bodi
José García Herrero
Joaquín Tomás Saura
José Zafón Lázaro
Mariano Izquierdo Lucia
Nemesio Escriche Fandos
Fueron torturados y asesinados

la noche del 2 de octubre de 1947
sin ser juzgados por el dictador.
Sus cuerpos fueron abandonados
sin enterrar.

Yo, Joaquín Saura dedico
esta placa a mi primo Joaquín T. S.
y a todos sus compañeros
para que nunca vuelva a pasar.

No sabemos de reunión anual alguna que recuerde a esos guardias civiles que murieron sobre las mismas montañas, cumpliendo con lo que consideraban su deber.

Han desaparecido de los muros de las iglesias aquellos «Caídos por Dios y por España».

Que sepamos, no consta en ningún sitio visible, a pesar de suceder a menos de una veintena de kilómetros de esa placa que nombra a quienes «fueron asesinados sin ser juzgados por el dictador», lo que ocurrió en Gúdar (Teruel), donde una partida de unos quince maquis, el 29 de septiembre de 1947, asesinó en las eras a dos matrimonios, tres niños y una mujer.

Aguado Sánchez es el único autor que cita sus nombres:

Víctor Bayo Ferrer, su esposa Piedad Ros Gargallo y sus hijos Víctor y Ana, de nueve y siete años de edad respectivamente; a Fernando García Vicente, a su esposa Fe Bayo Ferrer, y a su hijo Juan de doce años, y por último, a Cándida Gimeno Villaroya de sesenta y cuatro años.

La *memoria histórica*, como siempre, sólo recuerda lo que se considera *correctamente político* en el momento y, por supuesto, cada uno puede extraer el juicio de valor que considere necesario.

Relación de maquis históricos

(Además de los nombrados en las citas)

- **Antonio** (Ángel Fuetes Vidosa): *Maquisard*. Jefe de la AGL, murió en un enfrentamiento con la Guardia Civil.
- **Blanca, Rosita y Sole**: Muchachas que se echaron al monte con los maquis.
- **Carmen**: Punto de apoyo en una casa de Madrid que sirve de estafeta.
- **Carlos**: Junto con otros maquis matan en Puerto Escandón (Teruel) a un guardia civil y hieren a tres más. Huido a Francia.
- **Cecilio Martín Borja**: Jefe de la 5.^a Agrupación Centro, muerto por las fuerzas del orden en Madrid.
- **Chaquetalarga**: Importante maqui extremeño, jefe de una Agrupación que tenía como lugarteniente al Veneno. Al final solitario y huidizo, escapó a Francia en 1947, con su amigo Miguelete abandonando a las hermanas Goyorías, que fueron detenidas, y colaboraron con la Guardia Civil siendo posteriormente liberadas.
- **Cristino García Granda**: Minero asturiano que tomó parte en la revolución de octubre de 1934. Huye a Francia donde es nombrado teniente coronel. Vuelve a España como jefe de la Agrupación Guerrillera de la Zona Centro, encargado por Carrillo de eliminar a Gabriel León Trilla. Apresado por la Policía es fusilado, ocasionando una protesta internacional. Considerado en Francia como héroe de la Resistencia se le adjudica la Cruz de Guerra.
- **Daniel**: Natural de Monteagudo de Salinas (Cuenca). Lugarteniente de Manco de la Pesquera.
- **Juan Ramón Delicado**: *Maquisard*. Uno de los jefes de la AGL. Ejecutado por los propios guerrilleros en Javalambre.
- **Facerías**: Actuó sobre todo en el medio urbano, Barcelona, junto a Quico y Caraquemada, colocando bombas en los consulados de Bolivia, Brasil y Plaza de Cataluña.
- **Felisa**: Mujer de Florencio Guillén, El Pinchol, detenida en la cárcel del Castillo

de Mora de Rubielos donde se ahorcó, y por la que se vengaron los guerrilleros con la matanza de Gúdar, acusando de su muerte a la Guardia Civil.

- **Ferla** (Baldo Fernández): Acabó delatando a sus compañeros pero no logró salvar la vida.
- **Foucellas** (Benigno García Andrade): De personalidad anárquica, se decía que robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Delató a varios compañeros, siendo ajusticiado por garrote vil en La Coruña. Representó junto a Marrofer (Marcelino Rodríguez Fernández) la leyenda guerrillera de las aldeas gallegas.
- **Francés**: Hecho prisionero al finalizar la guerra civil, logró la libertad en 1946 y se incorporó a los guerrilleros, de los que desertó dos años después.
- **Germán** (Emencio Alcalá): Desertó del maquis y quedó libre.
- **Gómez Galoso**: Herido y detenido en céntricas calles de La Coruña ante la pasividad de los numerosos transeúntes.
- **María y Paula Goyorías**: Hermanas. La primera tuvo un hijo con Chaquetalarga y la segunda quedó embarazada de Miguelete cuando ambos maquis huyeron a Francia.
- **Grande** (Florián García Velasco): Militante del PC en la clandestinidad, se incorporó a los guerrilleros en 1946, llegando a ser jefe de la 11 sección de AGLA. Consiguió huir a Francia con un grupo de guerrilleros en 1952, volviendo a España después de la muerte de Franco en 1988. Murió en abril de 2009 a los 92 años de edad. Uno de los principales maquis que celebraban su ideología en Santa Cruz de Moya (Cuenca).
- **Juanín** (Juan Fernández Ayala): Legendario maqui asturiano que logra tener en jaque a la Guardia Civil. Se dice que guardaba en una cueva más de 30 tricornos de los guardias abatidos. Se cree que lo mató la Guardia Civil, aunque se duda de la versión.
- **Jabato y Sergio**: Abatidos por la Guardia Civil tras una delación.
- **José Vitini Flores**: Sentenciado a muerte y cumplida sentencia por el asesinato en Cuatro Caminos.
- **La Gabardina**: Grupo de cazas de ciudad de Levante.
- **La Pastora** Teresa Pla Meseguer, maquis hermafrodita, encarcelado y puesto en libertad en 1977.
- **La Peluquera**: Único homosexual incorporado al maquis del que se tiene noticias.
- **Los Galileos**: Grupo de cazas de ciudad de Levante.
- **Manco de La Pesquera** (Basiliso Serrano Valero): Guerrillero de 1946 a 1952 en que fue detenido. Fusilado en 1955 en Paterna (Valencia). Denunció a varios compañeros.
- **Paisano** (Pedro Merchán): Se tienen opiniones controvertidas. A pesar de

traicionar a sus compañeros, no consiguió salvar su vida.

- **Palomo** (Dionisio Castellanos): Condenado a muerte, logró escaparse de la cárcel y agregarse al maquis. Posteriormente desertó y colaboró con el teniente coronel Limia Pérez delatando a sus compañeros.
- **Pedro**: Único superviviente del asalto al campamento de Santa Cruz de Moya (Cuenca), en el que murieron doce maquis. Resultó sospechoso de traición por lo que realizó un informe a la AGL que se encuentra en el archivo del Comité Central del PC.
- **Pepito el Gafas** (Francisco Corredor Serrano): Uno de los más importantes jefes de la AGL. Estudiante de Ingenieros de Caminos. Jefe de la Escuela de Capacitación Guerrillera de los Montes Universales, creador del SIR (Servicio de Información Republicano). Huyó a Francia donde, parece ser, fue ajusticiado por orden de la dirección del PC.
- **Petrol** (José): Condenado a muerte tras la guerra civil, logró fugarse e incorporarse a la guerrilla, siendo ajusticiado por otro maqui.
- **Antonio, Francisco, José y Pedro Quero Robles**: Hermanos. Claro ejemplo de familia incorporada al maquis.
- **Quico** (Francisco Sabaté Llopart): Libertario del que se dice preparó un atentado frustrado contra Franco, siendo junto a Ramón Vila, Caraquemada, y José Castro Veiga, Piloto, los últimos maquis eliminados por las fuerzas del orden en 1960, 1963 y 1965 respectivamente.
- **Quincoces**: Uno de los jefes más duros de la Agrupación Extremadura Centro, fue muerto en enfrentamiento con las fuerzas del orden en el término de Campillo de la Jara (Toledo).
- **Rabós**: Logró fugarse del presidio tras la guerra civil. Al parecer fue ajusticiado por los mismos maquis en Cerollera (Teruel).
- **René**: Delató al Palomo, causando su detención.
- **Ricardo** (Peregrín García Galarza): Consiguió huir de un enfrentamiento con los guardias, pero acabó muriendo en circunstancias extrañas cerca de Aguasvivas (Teruel).
- **Roberto**: Entró a España por el Norte de África. Inteligente y astuto fue muerto por la Guardia Civil en la masía del Matet (Castellón).
- **Rubio de Almería**. Muerto por la Guardia Civil en la masía Matet.
- **Severo Eubel de la Paz** (Adolfo Lucas Reguilón García): excéntrico maqui autor de un «pacto de no agresión» entre guerrilleros y la Guardia Civil. Detenido de forma rocambolesca se le condenó a la pena de muerte de la que fue indultado y puesto en libertad en 1972.
- **Timochenko**: Uno de los principales maquis de la zona Centro que acabó colaborando con el teniente coronel Limia Pérez.

- **Tito:** Proclamado por *Mundo Obrero* como un héroe muerto en enfrentamiento con la Guardia Civil.
- **Tortosino:** Muerto por los guardias junto a Rubio de Almería.
- **Villacampa** (Joaquín Arasanz): Importante jefe de la Agrupación Guerrillera de Aragón.
- **Virutas:** De la partida de Quincoces. Desertó para colaborar con el teniente coronel Limia Pérez y el sargento Ruano.

Bibliografía

1. Aguado Sánchez, Francisco. *El maquis en España*. Editorial San Martín. Madrid 1975.
2. Aguado Sánchez, Francisco. *El maquis en sus documentos*. Editorial San Martín. Madrid 1976.
3. Alcalá Ruiz, Emencio. *Germán. Memorias de un guerrillero*. «El maquis en la Sierra de Cuenca». Ed. Salvador F. Cava. Instituto Juan de Valdés. Cuenca 2002.
4. Arasa, Daniel. *Años 40: los maquis y el PC*. Ed. Argos Vergara. Barcelona 1984.
5. Arasa, Daniel. *La invasión de los maquis*. Ed. Balacqva. Barcelona 2004.
6. Baird, David. *Historia de los maquis. Entre dos fuegos*. Ed. Almuzara. 2008.
7. Cervera, Alfons. *Maquis*. Editorial Montesinos. 1997.
8. Cícero, Isidro. *Los que se echaron al monte*. Ed. Tantin. Santander 2002.
9. Cossías, Tomás. *La lucha contra el maquis en España*. Editorial Nacional. Madrid 1956.
10. De la Cosa, Juan. *Comentarios de un español*. Imprenta Semana Gráfica, Valencia 1946.
11. Díaz Díaz, Benito. *La guerrilla antifranquista en Toledo*. Editorial Colectivo de Investigación Histórica Arraval. Talavera de la Reina 2001.
12. Dirección General de la Guardia Civil. *La Guardia Civil Española*. Ed. Secretaría General Técnica del Ministerio del Interior. Madrid 1989.
13. Domingo, Alfonso. *El canto del búho*. Ed. Oberón. Grupo Anaya. Madrid 2002.
14. Domingo, Alfonso. *El maquis*. Ed. Grupo Anaya. Madrid 2002.
15. Esparza, José Javier. *El Libro Negro de Carrillo*. Editorial Libros Libres. Madrid 2010.
16. Garrido, Luis. *El maqui*. Edimundo. 1998.
17. Gómez Fouz, José R. *La Brigadilla*. Julio Somoza. Temas de investigación asturiana. Capellades (Barcelona) 1992.
18. Marín Silvestre, Dolors M. *Clandestinos*. Ed. Plaza&Janes. Barcelona 2002.
19. Martínez de Baños, F. *Hasta su total aniquilación*. Ed. Almena. Madrid 2002.

20. Moreno Gómez, Fernando. *La Resistencia armada contra Franco* Ed. Crítica. Barcelona 2001.
21. Navarro, Manuel. *Los maquis. ¿Por qué hasta 1952?* Imagine Ediciones. Madrid 2006.
22. Pons Prades, Eduard. *Guerrillas españolas. 1936-1960*. Ed. Planeta 1977.
23. Ramírez Cañil, Ana. *La mujer del maquis*. Ed. Espasa Calpe. Madrid 2008.
24. Romeu Alfaro, Fernanda. *La Agrupación Guerrillera de Levante*. Ed. Alfons El Magnànim. Valencia 1987.
25. Romeu Alfaro, Fernanda. *Más allá de la utopía: Agrupación Guerrillera de Levante*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca 2002.
26. Romeu Alfaro, Fernanda. *El silencio roto. Mujeres contra el franquismo*. Ed. El Viejo Topo, 2002.
27. Rozada, Nicanor. *¿Por qué sangró la montaña?* Ed. Nicanor Rozada I. Gofer. Oviedo 1997.
28. Ruiz Ayucar, Ángel. *La sierra en llamas*. Ed. Fuerza Nueva. Madrid 1953.
29. Sánchez Agustí, Ferrán. *Maquis y Pirineos*. Ed. Milenio. Lleida 2001.
30. Sánchez Tostado, Luis Miguel. *Los maquis en Sierra Mágina*. Ed. Ayuntamiento Albánchez de Mágina. 1998.
31. Sanz Lallana, Pedro. *Maquis en el corazón del Rodeno*. Ed. Pedro Sanz Lallana 2007.
32. Serrano, Secundino. *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*. Ed. Temas de hoy. Madrid 2001.
33. Sorell, Andrés. *La guerrilla antifranquista*. Ed. Txalaparta. Tafalla (Nafarroa) 2002.
34. Trapiello, Andrés. *La noche de los cuatro caminos*. Ed. Grupo Santillana. Madrid 2001.
35. Vidal Sales, José A. *Maquis. La verdad histórica de la otra guerra*. Ed. Espasa Calpe. Madrid 2002.
36. Villar Raso, Manuel. *La Pastora: el maqui hermafrodita*. Ed. Albia. Bilbao 1978.
37. Yusta Rodrigo, Mercedes. *La guerra de los vencidos*. Institución Fernando el Católico. Excma. Diputación Zaragoza 1999.
38. Yusta Rodrigo, Mercedes y otros. *Historia de maquis en el Pirineo aragonés*. Pirineum editorial. Huesca 2000.

Notas

[1] *Semana*, n.º 263, Año VI. Madrid, marzo de 1945. <<

[2] *Comentarios de un español*. Imprenta Semana Gráfica, Valencia 1946. <<

[3] Tomás Cossías, *El maquis en España*, Editora Nacional, Madrid 1956. <<

[4] Dirección General de la Guardia Civil. *La Guardia Civil Española*. Madrid 1989.

<<

[5] Relato de Carmen Bádenas y Manuel Mallou. Mora de Rubielos (Teruel). <<

[6] Información del Dr. Manuel Gimenez Wiergo (Valencia), familiar directo de las secuestradas. <<

[7] Francisco Aguado Sánchez. *El maquis en sus documentos*. Editorial San Martín. Madrid 1976. <<

[8] Testimonio de Teresa Cercos Edo, una de las protagonistas del suceso. <<

[9] Emencio Alcalá Ruiz, «Germán». *Memorias de un guerrillero*. «El maquis en la Sierra de Cuenca». Ed. Salvador F. Cava. Instituto Juan de Valdés. Cuenca 2002. <<

[10] *Los gozos de San Roque.* <<

[11] Informe de Francisco Cano Sánchez (Madrid), nieto del mencionado Juan Luis Cano Expósito. <<

[12] Francisco Aguado Sánchez. *El maquis en sus documentos*. Editorial San Martín. Madrid 1976. <<

[13] Francisco Aguado Sánchez. *El maquis en España*. Editorial San Martín. Madrid 1975. <<

[14] Francisco Aguado Sánchez. *El maquis en sus documentos*. Editorial San Martín. Madrid 1976. <<

[15] *La Codorniz. El Espectador de Marquerie*. Madrid-Barcelona. Diciembre 1949.

<<

[16] Relato de José Beneyto Gargallo, testigo presencial del asalto. <<

[17] *La Internacional*. Letra de Eugene Portier, 1871. Música de Pierre Degeiter, 1888. Versión española hasta la II República. Actualmente seguida por el PC. Existe otra versión latinoamericana y de los socialistas españoles. <<

[18] *Las cinco lamentaciones de Jeremías*. Sagrada Biblia. Nácar-Colunga. BAC. Madrid 1960. <<

[19] *Semana*, n.º 268, Año VI. Madrid, abril de 1945. <<

[20] Rabindranaz Tagore. *El jardinero*. <<

[21] Tomás Cossías. *La lucha contra el maquis en España*. Editora Nacional. Madrid 1956. <<

[22] Información de José Alcalá, *El Majo*. Mora de Rubielos. <<

[23] José Javier Esparza, *El libro negro de Carrillo*, Editorial Libros Libres, Madrid 2010. <<

[24] Emencio Alcalá Ruiz, «Germán». *Memorias de un guerrillero*. «El maquis en la Sierra de Cuenca». Ed. Salvador F. Cava. Instituto Juan de Valdés. Cuenca 2002. <<

[25] Testimonio de Antonio Blasco Ferrer, maestro de Gúdar y procurador en Cortes por Teruel. <<

[26] Poema compuesto por Federico García Lorca basado en canciones populares. <<

[27] Barón de Andillas. *Fábulas y cuentos*. Tomo II. Ed. Topográfico de Julián Peña. Madrid 1866. <<

[28] *El Sol*. Madrid. Diciembre 1931. <<

[29] Información de Adela Hernández, hija de Laureano Hernández, *El Ogro de Mora*, capitán de la Guardia Civil de Mora de Rubielos. <<

[30] Información directa de Fernando Gómez Pérez, capitán de la Guardia Civil de Mora de Rubielos. <<

[31] Daniel Castillo Fandos. *Senderos de la memoria, La gavilla verde*. <<

[32] Andrés Sorell, *La guerrilla antifranquista*. Editorial Txalaparta, Tafalla 2002. <<

[33] Francisco Aguado Sánchez. *El maquis en España*. Editorial San Martín. Madrid 1975. <<

[34] *Ibíd.* <<

[35] Información directa de Fernando Gómez Pérez, capitán de la Guardia Civil de Mora de Rubielos. <<

[36] *En el camino aprendí*. Poema atribuido a Rafael Amor. <<

[37] Ver <http://www.rekursosacademicos.net/web/2010/04/06/maquis>. <<

[38] *Nuestra bandera*. Diciembre 1948. <<

[39] *Solidaridad Obrera*, n.º 215. Abril 2003. <<

[40] *Ibíd.* <<

[41] Testimonio de Delfina Blasco, protagonista del comentario. <<

[42] Testimonio de María López Eiriz, protagonista del suceso. <<

[43] Comentario de E. Navarro, T. Moya, *El Bolea*, y otros. <<

[44] Comentario de E. Navarro, T. Moya, *El Bolea*, y otros, todos amigos del autor y, en aquellos años, niños. <<

[45] Dirección General de la Guardia Civil. *La Guardia Civil Española*. Madrid 1989.

<<